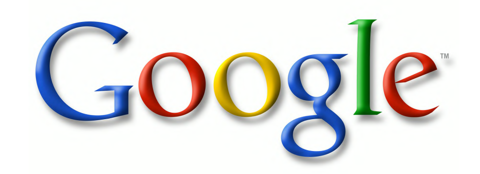





Digitized by Google

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

GUERRA

DE LA INDEPENDENCIA.

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 A 1814,

POR EL BRIGADIER

D. JOSE GOMEZ DE ARTECHE Y MORO,

oficial que ha sido de los cuerpos de Artillería y de Estado Mayor del Ejército,

CON UN PROLOGO

ESCRITO POR EL EXCMO. SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN.

TOMO I.

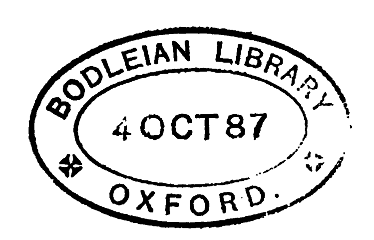
MADRID: 1868.

IMPRENTA DEL CREDITO COMERCIAL

A CARGO DE DON D. CHAULIE,

Costanilla de Santa Teresa, número 8.




BODLEIAN LIBRARY
4 OCT 87
OXFORD.

PROLOGO.

La guerra de la Península en 1808, mejor dicho, la protesta airada de la España contra la pérfida invasion de los ejércitos franceses, y la resistencia armada á los planes de conquista de Napoleon I, es un fenómeno y un efecto que la historia particular debe registrar con todos sus pormenores, pero producido y explicado como todos los hechos en que la humanidad toma parte por causas necesariamente preexistentes, profundamente sociales y con grande labor de los tiempos preparadas. La varia semilla moral que la Providencia en sus altos designios arroja para que las familias humanas se constituyan, y que estas se asimilan para desenvolverse dentro de determinadas condiciones de suelo, de clima y de raza, toma, fecundada por la vitalidad de los pueblos y de los gobiernos, formas externas y rumbos marcados para el

desarrollo normal de aquellos, sus sentimientos y costumbres, para la solucion de las crisis mas ó menos grandes de su existencia y para determinar hasta su decadencia y su muerte. Examinar estas manifestaciones, estudiar la transicion de sus periodos, conocer las modificaciones de su organizacion política y de su constitucion genial es la tarea y el fin de la Historia general. Sin su historia escrita no se concibe una nacion organizada y sin aprovechados estudios históricos no se comprende la posibilidad de su cultura y adelantos. Al remontarse el historiador á mas esferas que la de la simple narracion cronológica de los hechos, al ofrecer anchísimo campo á la meditacion, dando algun tanto de lado á los detalles y á los indivíduos para consagrarse á la filosofía, en el enlace de los sucesos y de sus consecuencias ha de encontrar el camino trazado por Dios á los pueblos, é, inclinando la cabeza ante Aquel que todo lo dirige, lecciones á gobernantes y gobernados para marchar con la perfeccion posible por la senda del progreso y de la virtud.

Asáltanos hace tiempo, aficionados á esta clase de lectura, la duda temerosa de si los historiadores generales anteriores al siglo presente han armado la traza de sus libros por vias y datos seguros y acertados, por mas que, por otra parte, reconozcamos el brillante genio de algunos, el ingenio indisputable de los mas, la buena fé, recta y varonil conciencia de todos. Preciamos mas por lo mismo, y así lo confesamos, engolfarnos en los historiadores de sucesos particulares, de épocas ó determinados reinados, y de guerras de ver-

dadera importancia histórica. Los autores de historia general de esos tiempos se sirvieron sin duda alguna de los cronistas y de documentos mas conocidos que compulsados, pero la estrecha, por lo comun árida y á veces falsa relacion de estos, no acusa la mayor confianza en aquellos. A juzgar por lo que las investigaciones y escrupulosos análisis modernos y por lo que la crítica mas científica y autorizada rectifican y esclarecen la oscuridad, la ignorancia y los errores sobre importantísimos puntos históricos, recibidos como cosa juzgada en la historia general, parécenos que ha de haber, andando los tiempos, tanta diferencia entre la historia general reconstruida, apurada y reintegrada por la verdad de los trabajos parciales, al estilo de hoy, y las historias que conocemos y á que nos referimos, como entre estas y las crónicas, sin aventurarnos á decir, como entre el romance y la realidad. Sin embargo, y aunque no bastaran jamás las muchas y depuradas rectificaciones, ni la mucha luz con que los archivos, las academias y los escritores de sucesos particulares iluminan los puntos dudosos y los arcanos de la Historia general, las transformaciones sociales, las grandes peripecias y las condensaciones de resultados, que como piedras miliarias marcan la marcha de los pueblos, quedan de antiguo con bastante certidumbre determinadas para juzgar de esas causas, que el historiador de unos sucesos particulares es preciso conozca y tenga presentes para explicarse el efecto, el fenómeno y el periodo que trata de describir. Busquémoslas en la Historia de España sin remontarnos mas

que hasta donde cumple á nuestro propósito para comprender la convulsion y el choque sangriento de 1808.

El pueblo español no estaba políticamente apercibido por la necesidad que tuviera para desear ni recibir la propaganda de 1789, y estaba social y constitutivamente preparado por el sentimiento monárquico y religioso para resistir á cualquiera intruso sin mas derecho que la fuerza y á cualquiera imposicion de doctrinas exóticas. Al advenimiento de la dinastía de Borbon la España no sufrió alteracion alguna en su manera de ser interna, ni conmocion en sus costumbres, ni violencia en sus antiguas y á la sazon muertas franquicias, como hubo de experimentar al principiar la dinastía austriaca, cuando llevaba muchos siglos de representacion en Córtes aceptada por sus Reyes. Los monarcas de la segunda dinastía, ó sea la borbónica, no encontraron libertades públicas, no fueron tiranos ni déspotas, y conservando incólume el espíritu casi democrático y originario del país, formulado en una libertad civil práctica que no les estorbaba, fueron durante el siglo XVIII verdaderamente ilustrados y hasta se hicieron españoles. A vueltas de sus debilidades, de sus bondades y aun de su sumision á los valídos, no se deshonraron ni nos deshonraron con torpes y escandalosas complacencias, como mas tarde, con un insolente favorito; importaron adelantos, algunas novedades y mayor regularidad en la administracion pública; no trajeron la desigualdad civil, ni las castas, ni los caprichos del *Rey Estado*, ni las *lettres de cachet*, ni los coroneles en *lisiére*, y caballeros é hidalgos no mortificaron el

altivo carácter de la nacion española. Como los privilegios que existian no embarazaban el paso á nadie para llegar á adquirirlos, como el poder del clero, cómplice y palanca de la política austriaca absorvente y sospechosa, habia embotado hasta en la memoria las aspiraciones políticas de las muchedumbres ignorantes, la nacion no se habia enterado ni de la predicacion enciclopedista que preludió la revolucion francesa, ni los espíritus mas adelantados habian bebido en aquella escuela moderna y reformadora, aunque extraviada y ponzoñosa, mas que la porcion regeneradora y saludable que al fin todo tóxico lleva consigo. Si alguien hubo alarmado con la tempestad y con el torrente revolucionario del vecino reino fué solo Cárlos IV y su córte, pues el pueblo, repetimos, vió con perfecta calma el incendio. Recordaremos como prueba ulterior y que da mas fuerza á nuestra opinion la parvedad de entusiasmo político con que en 1814 presenció el pueblo español de 1808 desaparecer por una plumada aquella constitucion prepóstera y nada española de 1812, y como los delirios de los que, con mas patriotismo que experiencia y conocimiento de la índole del país, la restablecieron de 1820 al 23, la hicieron antipática á ese mismo pueblo que aplaudió con frenesí la intervencion del duque de Angulema á los gritos de *viva el rey neto y muera la nacion*. Es verdad que despues las cosas tomaron otro aspecto; la invasion de 1808 habia sido una nueva faz de progreso para la civilizacion de España, no hay que negarlo; por otra parte, todo sufrimiento tiene su límite y me-

dida, toda idea hace su camino y toda transformacion pide su molde; esto junto y en incubacion produjo por fin la alborada de libertad en 1833, y ya con mas cordura y mas inteligente direccion se otorgó una carta verdaderamente española por una ilustre y generosa soberana. La nacion sustituyó esta carta posteriormente por otra y otra para dirigir la nave de sus derechos hácia mas liberales y definidos horizontes, la cual aunque entre borrascas y huracanes, pero sin perder nunca el rumbo, voga y surca en el agitado mar de esta sociedad en transformacion, sin desviarse de su destino y sin retroceder ni ante un liberalismo desenfrenado, ni ante una resurreccion de lo que ni polvo quedaria á la luz del nuevo mundo moral y de adelantos que hemos alcanzado. No; la influencia divina no lo permitirá, porque va diciendo que *no* á las sociedades modernas.

Pero esta España liberal no era la España dormida y sin ansias reformistas de 1808. La política que presidió al Pacto de familia continuaba, el esclarecido Floridablanca retrocedia al contemplar la marcha del pavoroso drama francés, y todavía si despues del sangriento desenlace del 21 de enero de 1793 hubieran sido escuchados los consejos del anciano conde de Aranda su sucesor, y no hubiéramos declarado la guerra á la República, no hubiéramos tenido que aceptar la paz de Basilea y la pérdida de Santo Domingo, no se hubiera firmado en San Ildefonso la alianza ofensiva y defensiva, no hubiera perecido por ese infeliz tratado nuestra escuadra en Trafalgar amarrada á los des-

tinos de la Francia, y otra hubiera sido nuestra posicion y nuestra fuerza para resistir los designios de Napoleon contra España, escritos ya fatalmente para él y para ella. Pero el príncipe de la Paz prevaleció sobre Aranda, comenzó por obedecer á un sentimentalismo de familia que reprobaba nuestro interés como nuestra impotencia, y su ambicion, desvaneciéndole despues, lanzó á este país en un abismo de desgracias. El haber declarado la guerra á la República es cosa evidente que nos trajo todas las consecuencias que terminan con la ocupacion de España por los franceses.

Al lado de esa calma, si no indiferencia, con que el pueblo español agotado contemplaba desplomarse la vieja sociedad francesa, existia un sentimiento monárquico y religioso tan arraigado como demostró la prueba á que se le puso. Por de contado, que es preciso para poder apreciarlo, considerar la España en principios de este siglo y no como suele hacerse por algunos críticos del dia siguiente desde el punto de vista de la España de hoy. La formacion de sus reinos, la de su unidad monárquica, la compañía inseparable de sus reyes en sus conquistas, glorias é infortunios, de tal manera la traian identificada con ellos, que el amor se habia convertido en abandono y el abandono en absoluta y ciega confianza. La solidaridad espontánea de la mayoría del pueblo español con la última voluntad de Cárlos II, la conformidad posterior de todo él y su adhesion al monarca nombrado en su testamento, como si una ley hubiera proclamado su derecho, responden de esta verdad entre muchos casos

que podriamos citar. El carácter, las empresas y la fortuna del soberano se reflejaban en la historia de la nacion de tal manera que por ellos habia sido grande ó pequeña, mísera ó poderosa, sin mostrar su autonomía mas que para ser paciente y magnánima con sus flaquezas y desventuras y para sentirse huérfana de toda direccion y vida con su ausencia. La demencia de arrebatar un extranjero á la España su rey y de ultrajar su religion era provocar la del país, y el furor patriótico de un pueblo que respondia á este solo resorte, símbolo hasta de su orgullo, tenia que ser funesto para el audaz provocador aunque se llamase Napoleon.

Con esta disposicion social de la España se presentaron los sucesos por todos conocidos en la historia general desde 1808. Cárlos IV y María Luisa estaban, por consiguiente, absueltos siempre; el protervo y el culpable era solo el favorito; el oprimido el príncipe de Asturias enemigo del privado; los franceses unos impíos, y sus novedades y mudanzas políticas declaradas por su peculiar instinto aberraciones peligrosas para la dicha atónica y para el sueño inconsciente y sereno de que gozaba. Altivo y sobrio, pobre y duro, es el español puntilloso y dispuesto á la pelea en los trances de su dignidad personal y de su libre albedrío, hasta donde lo puede defender, y este carácter viene de todos los tiempos acompañando á su gravedad al par que á su apasionada y varonil bizarría. Todos los climas, todos los terrenos, toda clase de aguas con todos los alimentos del globo encerrados en una latitud N. de 36 á 44°, las razas mas opuestas, mas nobles y mas

gallardas de la humanidad desde el Celta y el Alano del Septentrion hasta los hijos de Tiro y de la Libya, á que debe su orígen y fusion etnográfica y filológica, han hecho del habitante de la Península siempre un tipo independiente, perseverante é indomable para defender la propia tierra, aventurero para volar á la extraña, y tan fresco en la próspera y adversa fortuna, como perezoso para el trabajo que proporciona bienestar y regalo. De esta rara y múltiple combinacion de condiciones elementales se derivaba y se deriva en España un espíritu de conservacion *in integrum* de cuanto abraza el medio en que el español vive desde el hogar hasta la patria, desde la nocion del sentido comun hasta el absurdo, si es español, desde la fé mística mas pura hasta la supersticion mas esclava y sin raciocinio. Por debajo del español mas sensato, mas culto y mas moderno se mueve, obedece y responde su carácter, su sangre y su idiosincrasia en fin sobre todos los atavíos de la educacion, sobre todo el dominio de la inteligencia, sobre toda la geometría de la experiencia y del cálculo. Mezcla de ardiente pasion y de pausado juicio no todos los momentos ni todos los casos pueden exaltar su individualidad, pero existia y existe el resorte que Dios sabe solo tocar eligiendo la mano y la ocasion que le parece para que se tienda con tanta violencia como resistencia. Someramente hemos bosquejado las causas y elementos históricos preexistentes; esta era la verdadera historia, esta era la nacion y el cuerpo político, este era el individuo que Napoleon desconocia esencialmente por

confesion propia, y en cuya casa se entró deslealmente por la puerta falsa, bien así como juzgando empresa llana, impune y mezquina el apoderarse de ella.

El historiador de sucesos particulares necesita en su campo circunscrito colocar y enlazar los hechos de menor á mayor en un órden inverso al de la historia general, pero por tan buen arte, tal sin onía y tanto discernimiento que sin perder un ápice de los pormenores y episodios, sin despreciar los detalles de todo linaje vengan ellos naturalmente, al propio tiempo que á explicar por extension los orígenes y grandes causas que aquella registra, á depurar la verdad para sumarse despues con otros y otros trabajos y poder reconstruir un dia esa misma historia general en magnífico cuadro y concierto que todo lo abrace, todo lo consigne y todos lo entiendan y crean. Exige además el escribir la historia de sucesos particulares necesidad y sazon, tanto por el tiempo trascurrido como por la disposicion del público á recibirla, ya que no se puede faltar al deber de hacerlo, sobre todo, cuando otros la desfiguran, ni sean los mismos actores á propósito para buenos jueces, ni los mejores y mas serenos autores. Obedeciendo á estos principios, y puesto que la historia militar de la guerra de la Independencia no estaba escrita en España, la necesidad de hacerlo era evidente por la grandeza de la hazaña, y porque habiendo dicho todos los extraños su última palabra y con ella sus errores, sus ofensas y hasta sus calumnias forzoso era levantar la voz sincera de la verdad para honor de propios,

confusion de la envidia ó de la ignorancia y defensa de los santos fueros de la justicia. Cuando los particulares se sentian desfallecer por lo gigantesco de la empresa, no solo intelectual sino materialmente considerada, deber era de los gobiernos estimular la buena voluntad y el ingenio, prestar su robusto apoyo y facilitar generosamente todos los medios de que dispone para conseguirlo. Esto lo ha hecho el gobierno español comprendiendo el deber y la necesidad y lo ha hecho en sazon, cuando están concluyendo de desfilar para el sepulcro envueltos en su gloria y en su triunfo los últimos y venerables restos de aquella Epopeya, y cuando nosotros sus hijos, pasado ya el equinoccio de la vida, solo respiramos el ambiente dulce de la calma, solo sentimos hervir el pecho de santa admiracion, y solo ejercemos la crítica con el fervoroso anhelo de imitar su ejemplo.

Nadie ha escrito ciertamente la historia militar de la guerra de la Independencia tal como era ya de necesidad escribirla, y tal como la lucha exige y merece. Cuanto á raiz de los sucesos y posteriormente se ha publicado en España abrazando ya el periodo entero, ya ciñéndose solo á operaciones parciales, á episodios mas ó menos interesantes, á refutaciones, justificaciones y vindicaciones en libros, memorias y opúsculos ni llena las condiciones de severidad imparcial y de juicio póstumo y contradictorio, ni puede servir mas que como material digno de aprecio y de consulta para una obra formal y concienzuda. El conde de Toreno, que podia decir *quæque ipse misserrima vidi*,

compuso la historia del levantamiento de la Península, sin que la parte militar entrara en su plan ni en su propósito mas que como una de las expresiones activas y de las manifestaciones forzosas y concurrentes para describir el conjunto político, social y turbulento de aquella gran revolucion. Bajo su punto de vista, el ilustre autor nos legó este monumento y desempeñó su tarea como un gran patricio, como un elegante y verídico escritor y con la competente autoridad de su participacion en los sucesos, de su estudiosa laboriosidad y de su indisputable talento.

Pero si el vacío de la Iliada Española no ha sido llenado todavía por nuestros escritores, en cambio las prensas extranjeras han sudado durante treinta años historias militares de la guerra de la Península, escritas por aliados y por enemigos con tal ansia de posteridad, tan poca caridad para los españoles y tal exceso de propias alabanzas que seria un crímen no coger la pluma siquiera para responder á los mas importantes por su posicion personal y mas autorizados por consiguiente por nuestro silencio. Para los demás olvido. Y una circunstancia peregrina se observa en esa falange de escritores; nuestros enemigos, los franceses, á pesar de su arrogancia y de tratarnos con dureza, alguna vez lo hacen con respeto, y en sus inexactitudes, involuntarias ó adrede, nunca con insulto y menosprecio; nuestros amigos, nuestros aliados, los frios ingleses, al consignar los mas graves errores nos niegan el sacrificio, nos disputan el triunfo sin ellos, y nos abruman con sus ofensas, con su petulante des-

den y con sus agravios. Los capitanes de Napoleon que estuvieron en España, casi todos han escrito mas principalmente para su descargo y excusa, y pueden ser refutados con calma y con templanza como entre soldados nobles y adversarios francos, que al fin aquí se desconceptuaron y fueron vencidos varios. El mismo Mr. Thiers, cuyo magnífico libro confunde ya un poco la opinion con los romances, puede ser contestado con rostro risueño y con la benevolencia á que obliga el tamaño de sus cándidas y brillantes consejas, pero lord Wellington, entre los diversos autores ingleses, y el T. C. Napier sobre todo, el clásico militar inglés, como sus compatriotas le juzgan, la primera autoridad de nuestra guerra en opinion de la Europa, no pueden menos de ser contestados punto por punto; ellos dos solos impondrian la obligacion de escribir la historia militar de la guerra de la Independencia, y el tiempo es llegado de deshacer los asertos sin comprobacion, los errores y las acusaciones que aquel varon antiguo y gran capitan dejó correr en *sus despachos*, como de probar lo contrario que Mr. Napier en su prefacio, con mano harto ligera y con el mayor énfasis, desenfado y aplomo establece. He aquí algunas frases de nuestro poco benévolo aliado.

«Los españoles han asegurado con audacia, y el »mundo lo ha creido, que la salvacion de la Península fué obra de sus manos; yo combato este aserto tan »contrario á la verdad como injusto para la fama del »general inglés, é injurioso para la gloria de las armas »británicas.

»Desde el momento en que una fuerza inglesa ocu-»pó el campo, los españoles cesaron de obrar como »principales en la lucha empeñada en el corazon de su »país, lucha que implicaba su existencia como nacion »independiente. Presumidos y arrogantes, su orgullo »se sentia herido por el insulto; supersticiosos, exal-»taba sus sentimientos religiosos hasta la furia fanática »un clero todopoderoso que temia perder sus ricos »bienes, pero pasada la primera explosion de la indig-»nacion la causa de la independencia excitó poco »entusiasmo.

»Manifiestos, decretos, altivas bravatas, ocultando »como el ámplio velámen un barco carcomido, hicie-»ron que se exhibieran como valientes cuando la fuerza »y la firmeza verdadera no se encontraban en parte »alguna.

»Los abundantes auxilios de la Inglaterra y el va-»lor de las tropas anglo-portuguesas fueron los ele-»mentos que sostuvieron la guerra, como el gigantesco »vigor con que el duque de Wellington resistió á las »fuerzas de la Francia y sostuvo la debilidad de tres »gabinetes ineficaces fué lo que salvó la Península.»

Frente á esto, para gloria y justicia de la España, por fortuna y como si anticipara la respuesta, decia en Santa Elena nuestro tremendo enemigo, el gran Napoleon I, aquella nobilísima y tan conocida reparacion; «desdeñaron (los españoles) su interés para fijarse so-»lamente en la injuria, se indignaron á la idea de la »ofensa, se rebelaron á la vista de la guerra y corrieron »todos á las armas. Los españoles en masa se condu-

»jeron como un hombre de honor. Nada tengo que »decir á esto sino que ellos triunfaron, que han sido »cruelmente castigados, ¡ qué puede ser lo sientan al»gun dia! ¡Ellos merecian otra cosa!» Forzoso es, pues, que la historia militar analice este gran juicio y confunda aquella desentonada y deleznable acusacion, ya que hayamos de sufrir la mayor injusticia política del siglo. El tratado de Utrech nos habia quitado inícuamente á Gibraltar, y al reunirse en Viena un siglo despues los comisarios de todos los que habian combatido al coloso, solo dejó de contarse para el premio de justicia á la nacion que le abrió la tumba, y la generosidad inglesa conservó clavada su garra en Gibraltar. En aquella gran liquidacion de tantos acreedores y tantas heroicidades solo dejó de tomarse en cuenta, solo parece que se consideró ausente á la mas grande heroicidad, la de la España; *sed præfulgebat*, *eo ipso quod non visebatur*.

El libro que ha escrito el brigadier don José Gomez de Arteche es el llamado á tan alta, clamante y patriótica mision al propio tiempo que á legar á la posteridad lo que, por la pérdida sin duda del Diccionario, se llama hoy la *verdad verdadera*. Dice Carrion Nisas que los españoles escriben poco en comparacion de otras naciones literarias, pero que en todos los géneros tienen alguna obra que se coloca en primera línea entre las análogas de los demás pueblos; esto lo cita al encomiar al marqués de Santa Cruz autor de la primera obra militar dogmática del mundo de cien años á esta parte. Tiene razon Carrion Nisas; muy

pocos libros escriben los españoles, pero cuando escriben, lo hacen, refiriéndonos á nuestro oficio, como han escrito sus historias Melo, Moncada y Hurtado de Mendoza reputados por verdaderos clásicos en su forma y magistral doctrina, y como lo han hecho algunos insignes historiadores de Flandes. Esto solo se explica porque se presta mas el poco amor al trabajo y el carácter indolente y poco vanidoso de los españoles á ejercitar la vida y á solicitar sensaciones que á recordar sus hechos y á cantar sus proezas, abandono que merece disculpa porque de las desventuras que confiesa y que jamás le abaten recobra nuevas fuerzas para desafiar incesantemente á la fortuna: para ningun español se ha quedado la esperanza en el fondo de la caja de Pandora. Un nuevo ejemplo que citar de esta lamentable deficiencia del carácter español y un nuevo elogio á uuestro infatigable autor facilitará, en nuestro concepto, á los contemporáneos y venideros el señor de Arteche con su historia de la guerra de la Independencia, y á decir verdad, gústanos mas que se registren pocos libros y tan buenos como los que tenemos y como el del señor de Arteche, la puerta de cuyas páginas nos cabe la honra de abrir, que los muchos y malos de otros paises prolíficos é intemperantes en la manía de las publicaciones.

Educado el autor en el cuerpo de Artillería, nutrido en las ciencias, docto en toda clase de lectura profunda y buena, apenas entró en el cuerpo de Estado Mayor del Ejército dió desde luego, y brillando entre los mejores, muestras de laboriosidad y apli-

cacion, de aficion al estudio de cuanto al arte militar se refiere en sus mas elevadas esferas, y como si adivinase la empresa séria que mas adelante se habia de encomendar á su talento compuso y publicó la única geografía militar de España que poseemos, trabajo notable de ciencia, de historia aplicada, de método y de claridad. Faltaba solamente al señor de Arteche para robustecer su recto juicio y desenvolver las dotes naturales y artificiales de su espíritu la experiencia de los hombres y de los negocios, y sus destinos como su mérito le han llevado á ejercer cargos importantes en los centros militares, y á rozarse con la sociedad, por él siempre apetecida y en ella señaladamente distinguido, de casi todos los personajes militares y políticos del país. El señor de Arteche, por fin, en toda la madurez y lozanía de la edad, que no es el escribir de historia para gente moza, y sin lazos con los tiempos ni con los coetáneos del drama, de carácter tranquilo, imparcial y sesudo ha enriquecido por su particular diligencia y perseverancia el arsenal de datos que le ha suministrado el Depósito de la Guerra, harto menguado por incuria de sus custodios en tiempos anteriores al reinado de doña Isabel II, y por la ausencia de todo escrúpulo de zafios expoliadores.

Jamás durmió en el gobierno español la idea de mandar escribir la historia de la guerra de la Independencia ó de auxiliar á quien prestara el servicio de escribirla, y tanto es así, que, vibrantes aun los ecos del estruendo, húmedos los campos con sangre y lágrimas, flotando casi el humo de la pólvora dió co-

mision para ello á varios jefes y oficiales que pertenecieron al cuerpo de Estado Mayor, pero solo sacaron á luz un tomo, y racionalmente, aunque otras circunstancias no lo impidieran, no hubieran podido publicar mas. El horizonte no estaba claro, los espíritus agitados no podian fijar las ideas, y no habia bastante silencio todavía para la voz de la verdad y de la justicia distributiva. El gobierno de S. M., pasado medio siglo, creyó, y creyó bien en nuestra opinion, que era asunto hasta de honra el escribir ya la historia militar de la guerra de la Independencia, y ordenándolo así al cuerpo de Estado Mayor, poniendo á su disposicion sus archivos y el auxilio gráfico y artístico del Depósito de la Guerra, fué honrado y elegido para el encargo el señor de Arteche, si bien dejándole la libertad y responsabilidad de sus juicios y apreciaciones sobre los hechos todos que habian de estamparse con completa y documentada autoridad.

La órden estaba dada y el escritor aparejado con entera fé, pero la empresa, en verdad, no era llana. La España no es una nacion militar sino esencialmente civil, no es una nacion guerrera sino una nacion belicosa, y escribir la historia de una guerra y de una insurreccion á la vez, narrar una lucha diaria que duró seis años en la enmarañada confusion de las combinaciones del arte y de todos sus principios con las súbitas, audaces y descosidas operaciones y algaradas de una sublevacion dirigida y sostenida por una confusion de poderes ó por arrebatos individuales, es obra harto difícil de encerrar en un plan general, y de aten-

cion exquisita y menuda para no olvidar los detalles. Por cierto que el suceso no es nuevo en un país que cuenta los combates por los dias de su existencia como pueblo, pero no por eso deja de ser novísimo, dadas las modernas reglas del arte histórico, el sujetar á método y enseñanza clara la descripcion del suceso nacional y europeo mas extraordinario del siglo presente. Los extranjeros no han podido como no pueden, es cosa averiguada de siempre, conquistar nuestro suelo para permanecer eternamente, y de esa tranquilidad y confianza de que arrancó el esfuerzo heróico goza hoy el último español; pero pintar el complejo panorama que lo explica esta vez, sin lisonja, sin consideracion á protestas injustificadas del orgullo, sin piedad para nadie, sin transportes de la imaginacion acalorada, y llevando cronológicamente todos los accidentes por estilo severo y sobriedad de concepto, es colosal tarea que reclamaria igual indulgencia para el mas clásico y aventajado escritor.

No basta hoy á la crítica moderna ni aun al mero aficionado á la lectura la relacion de los hechos á la manera de crónica monotona y seca; es preciso no distraer su recogimiento á componer la unidad, si se le da dislocada, es preciso no retorcer su mente para que se dé cuenta de lo que no está bien apreciado, y es forzoso al mismo tiempo acompañarle de la mano hasta el fin sin que tenga que volver los ojos atrás y de modo que sienta vivo interés, vea los resultados lógicos é inexorables y se posea de la conviccion misma del autor. Hay mas; debiendo acudir á destruir lo

falso ó lo injurioso, es preciso no abusar del derecho por hacerse cargo de todos los desvarios y de todas las vulgaridades, y no romper la relacion con digresiones siempre inoportunas y tanto menos disculpables cuanto mas conspicuas.

El señor de Arteche presenta en su obra las dificultades vencidas y la demostracion de los principios y modos de hacer la historia que acabamos de establecer: su introduccion ó ingreso á los acontecimientos es completo y lleno de erudicion, de buen gusto y de oportunidad; la descripcion geográfica y topográfica es un cuadro perfecto y bien dibujado, cosa no estraña en quien es profesor en la materia; y su defensa del sistema de guerrillas con todos sus inconvenientes, como la exposicion del carácter de la raza para descifrar en seguida toda la historia antigua y moderna están hechas de mano maestra. El cuerpo de la historia, sin perder de vista los resortes y causas del movimiento genera relacionados con la lucha, se ensancha en la exegesis militar y en ella se desmenuzan, casi se deslien, como objeto principal los planes de propios y contrarios con todos los sucesos, que descomponiendo desde el principio la invasion francesa, calculada estratégicamente, la convierten en un trabajo diario de ocupacion y de abandono, de ofensa y de defensa incesante, sin líneas, sin bases, sin puntos objetivos de decisivo éxito. La guerra que de parte de los franceses era ofensiva se redujo á defensiva sin llegar á dominar mas que la tierra que pisaban, y los españoles atacados y á la defensiva no cesaron un momento en la ofensiva.

Las plazas tomadas y las batallas ganadas por los mariscales fueron puros accidentes de la contienda; ocupar á Madrid no era ocupar á Viena ó á Berlin; vencer en Rioseco, en Ocaña y en María no era vencer en Austerlitz, en Jena ó en Friedland. Los generales franceses, con excepcion de Suchet, en una guerra llevada ya sin método y sistema, mal ideada política y administrativamente, odiosa en el país y en Europa, sin compensacion ni objeto en perspectiva y sin un auxiliar en todo el teatro de la Península, aunque grandes guerreros eran nuevos en esta clase de lides, y se veian forzados en semejante laberinto á obrar por su propia cuenta é instinto, cuando no por rivalidad, por mas que recibieran órdenes para combinarse unas veces de una autoridad central y desvirtuada, otras del Emperador que se hallaba á larga distancia del campo de operaciones. Esto es; la gran guerra tiene poco campo de aplicacion para la estrategia en la de la Independencia, sin que esto quiera decir que no se formaron ejércitos españoles, y que, aunque con varia fortuna, no se encontraron con los franceses; que no hubo algunas operaciones regulares y de vasta extension; y que, sobre todo, al unirse con los ingleses no tomara la contienda un carácter mas clásico y decidido dirigida por el general británico. En cambio, la pequeña guerra, como llaman los escritores especiales á las operaciones secundarias de la grande, que no es lo mismo que el *guerrilleo*, aquella y este ofrecen un campo inagotable al estudio de los militares, especialmente de los españoles, estudio que deben aprovechar con avidez por-

que además de que esta es la guerra que siempre hemos hecho y debemos hacer dentro de casa, es la en que se forman mas que en ninguna otra los caracteres de resistencia, los espíritus audaces y guerreros, las artes sagaces y fecundas de inventiva del indivíduo. Al amparo y abrigo de estas operaciones secundarias y de ese *guerrilleo* es como pudo tranquilo, y no de otro modo, lord Wellington con los ejércitos coligados de la Península desenvolver sus planes, llevar sus operaciones adelante y dar fin de los ejércitos franceses arrojándolos al otro lado del Pirineo. El señor de Arteche, que ha tenido presente todo esto, ha desempeñado su tarea con tanta maestría como honradez y patriotismo, y no escasea menos su censura para aquellos de nuestros fieros voluntarios que sin la menor idea de disciplina obligaron á muchos sensatos generales á presentar batalla campal á las aguerridas tropas francesas sin lograr mas que sucumbir fácil y generosamente, llenar de luto á la patria y probar repetidamente que no son solo el valor y el entusiasmo prenda segura de la victoria. Para complemento, en fin, levanta con maestría, con sencilla dignidad y como de pasada el error ó la injuria que encuentra, remitiendo á una bien colocada nota la refutacion y la prueba.

Concluido en gran parte su trabajo fué presentado al gobierno de S. M., mas como á protector y como prueba de que sus deseos se habian cumplido, que como á juez fuera del terreno oficial, supuesto que á estimular y á auxiliar habia declarado solemnemente queria se redujera su papel, dejando al autor la liber-

tad de sus juicios. El gobierno, por la parte relativa á su competencia, juzgó conveniente oir la opinion de la Junta Consultiva de Guerra, presidida por el capitan general marqués del Duero, y compuesta, con excepcion del que escribe estas líneas, de generales distinguidos y sabios, anciano alguno y testigo de los sucesos, directores de las armas la mayor parte, y tan severos como respetables todos en punto á dar su voto público en asunto tan delicado para la honra de la patria, para el honor del ejército, y para su propia dignidad. Si el señor brigadier Arteche no tuviera otra recompensa que ese voto, está colmada la mayor de las ambiciones de un militar y la satisfaccion mas honrosa de un escritor, porque ese voto, además de la autoridad que consigo lleva, fué unánime y por aclamacion. Oigamos á esa altísima corporacion expresar su concepto al ministro de la Guerra en cuanto se refiere al manuscrito por el órgano de dos de sus indivíduos, el ilustrado director general de Artillería don José L. Campuzano y el director general de Infantería.

«La obra que ha emprendido el señor brigadier »Arteche, está llamada, en nuestro juicio, á llenar el »vacío que antes mencionamos (*la falta de una historia militar de la guerra de la Independencia*), explicando minuciosa y detalladamente los hechos tales »como sucedieron, y como aparecen de la compulsa»cion de todos los documentos nacionales y extranje»ros que ha examinado con notable celo y perseveran»cia. Mas, antes de entrar en el exámen de su escrito, »permítasenos exponer algunas consideraciones acerca

»de las condiciones que debe tener en nuestro concepto »una obra que trate del asunto á que se contrae la pre»sente. Todas las historias, cualquiera que sea la mate»ria de que se ocupen, deben tener un fin moral y no »concretarse á la descarnada y fria relacion de los suce»sos, pues si de la historia se ha dicho que es maestra »y consejera de los hombres, necesario es que se es»criba á la luz de un criterio filosófico y moral que »guie al lector siempre y que le ayude á deducir con»secuencias útiles y exactas. Tal criterio, en el caso »presente, debe fundarse en el carácter peculiar de los »beligerantes y muy particularmente en el de los espa»ñoles y portugueses, puesto que el teatro de la guerra »fué toda la Península; en el conocimiento completo »de la organizacion de todas las fuerzas contendientes; »en el no menos indispensable de la topografía del país, »y decimos topografía, porque en la clase de guerra »que se llevó á cabo no bastan simples conocimientos »geográficos de la Península para comprenderla; y »finalmente, en los antecedentes históricos que prece»dieron á la lucha. El autor se hallaba preparado en »algunos de estos importantes antecedentes, pues ade»más de haber publicado hace años una extensa geo»grafía militar de España, ha levantado planos de va»rias principales batallas de aquella guerra. En su ofi»cio de 8 de octubre de este año remitiendo su ma»nuscrito al ministerio, dice: *Comprende este volúmen »un discurso preliminar dirigido á hacer ver que el mo»vimiento nacional de 1808 era tradicional en España, »y presentó la misma fisonomía que las anteriores*

»*guerras, así en la tenacidad y esfuerzos desplegados por nuestros compatriotas y en la forma adoptada para hacer eficaz la resistencia, como en su escasa homogeneidad que la hizo dilatada y varia. A esta introduccion, ya de por sí extensa pues que encierra á grandes rasgos la historia militar de nuestro país, sigue una serie de capítulos en que he ido reseñando la situacion general de Europa en los años que siguieron á la paz de Basilea y la particular de España al fijar en ella Napoleon I sus aspiraciones de mando. En otros posteriores describo la entrada de los ejércitos franceses en España y Portugal, la ocupacion de nuestras plazas fronterizas, la explosion del pueblo de Madrid en el memorable* DOS DE MAYO *y la sucesiva de las demás provincias de la monarquía; y por fin presento un cuadro de los beligerantes puntualizando las organizaciones militares de todos, franceses, ingleses y portugueses, pero, como es natural, con mayores detalles y con reflexiones mas detenidas y minuciosas sobre la del ejército español.* Tales son, en efecto, las materias contenidas en el primer tomo y sobre ellas expondremos algunas consideraciones. El discurso preliminar histórico que está en cabeza de la obra, sirve de base y fundamento á la perfecta inteligencia de nuestro carácter nacional, inteligencia que ha de servir muy principalmente para formar aquel criterio de que antes hemos hablado. Semejantes discursos acompañan generalmente á todas las grandes historias escritas en los tiempos modernos, y así vemos, por ejemplo, á Robertson hacer preceder su

»historia del Emperador Cárlos V de su admirable »*Cuadro de los progresos de la sociedad en Europa des-* »*de la destruccion del Imperio Romano hasta el princi-* »*pio del siglo XVI*; vemos tambien á William Prescot »en su célebre *Historia del reinado de los Reyes Cató-* »*licos* poner en cabeza de ella una extensa introduccion »en la que se explican las constituciones de Castilla y »Aragon hasta el siglo XV; y por último, aun en la »vasta *Historia de España* de Lafuente, creyó este »autor deber anteponerla un resúmen general de ella. »Admitida, pues, la conveniencia, ó por mejor decir, »necesidad de aquella introduccion, solo nos resta »decir que está escrita con elegancia y estilo rápido y »vigoroso, cual conviene á los límites estrechos en que »se propone encerrar el cuadro y al objeto militar del »asunto. Puede leerse en apoyo de esto y como síntesis »de toda la introduccion su artículo XI (pág. 91.) »Llama tambien la atencion en dicha obra el cuadro de »los beligerantes, explicándose detalladamente la or- »ganizacion de todos los ejércitos que pelearon en la »Península, y muy particularmente del español que es »el que mas interés ofrece y el que mas desconocido »era por no haberse publicado hasta ahora ningun »pormenor de su organizacion y fuerza. Molestaríamos »demasiado á la Junta si nos detuviéramos mucho en »el exámen detenido de los restantes capítulos. En »nuestro entender, en la redaccion de todos ellos hay »notable claridad de exposicion, buen método, coor- »dinacion, sano criterio en los juicios y razonable ex- »tension en los preliminares, extension que natural-

»mente va siendo mayor á medida que mas cercanos »están los sucesos ó que mas enlace tienen con la »guerra de la Independencia. No olvida tampoco el »autor el vindicar á nuestro país de las injusticias de »que ha sido objeto por historiadores extranjeros siem- »pre que la ocasion se le proporciona oportunamente, »vindicacion tanto mas importante cuanto que de la »obra que nos ocupamos no podrá prescindirse al es- »cribirse en lo venidero otras que traten del mismo »asunto. Nótase tambien en la del señor Arteche un »prudente tacto al tratar de la historia de nuestra Córte »en la primavera de 1808, tacto que es indispensable »por respetos manifiestos y conocidos de todos. Así »mismo se nota en las vindicaciones un lenguaje come- »dido, pues las injurias de extranjeros deben contes- »tarse con razones sacadas de los hechos y no con otras »injurias ó con frases descompuestas contrarias á la »majestad de nuestra historia. Es digno de atencion el »minucioso y animado relato de los sucesos del DOS DE »MAYO, (pág. 312 del cap. VI) en el que con vivo colo- »rido se describen las sangrientas y variadas escenas de »tan memorable jornada. Tambien lo son otros muchos »que no citamos por no prolongar demasiado este es- »crito. En conclusion, entendemos que el autor ha »comenzado muy bien su trabajo y que este primer »tomo es digno de ver la luz pública tal cual ha sido »presentado en manuscrito. El fruto que de dicha pu- »blicacion se obtenga, servirá para ilustrar á todos »nuestros compatriotas realzando el espíritu nacional »y haciendo ver las ventajas que se obtienen de la bien-

»entendida union del pueblo y el ejército. Enseñará á »huir en lo futuro de los males que en aquella época »trajo la desunion que el autor señala á veces, pues á »fuer de historiador severo y concienzudo reprende »las faltas de nuestros compatriotas siempre que se »cometieron, que no de otro modo puede ser la his»toria enseñanza para el porvenir. En cuanto á la uti»lidad que tal obra ha de proporcionar al ejército »creemos que ella deberia ser objeto de los estudios de »todos nuestros oficiales como en Prusia lo ha sido la »historia de las guerras de Federico el Grande. De las »memorias del mariscal Suchet se dijo que su lectura »es la mejor enseñanza que puede darse á los jóvenes »acerca de la guerra de los sitios. Con mas razon pudo »despues decirse lo mismo del *Diario de los de España* »redactado de órden del gobierno francés por el coman»dante Belmas, y con harta mas entendemos podrá »afirmarse otro tanto de lo que el brigadier Arteche »prepara en este y otros particulares, pues á los datos »que aquellas obras proporcionan añadirá los docu»mentos nacionales de que dichos autores carecieron. »Por último, en el extranjero servirá la obra de que »nos ocupamos para deshacer el cúmulo de errores de »que están plagadas otras, por otra parte célebres, »dejándose ver en consecuencia que en algunas tan »difusas como la *Historia del lord Wellington*, escrita »por Mr. Brialmont, solo se haya consultado como »autoridad española la obra del conde de Toreno, y se»guido por lo demás en cuanto á injurias la corriente »general de los extranjeros.»

La misma Junta y haciéndose cargo de las dificultades materiales para llevar adelante y conducir á buen término el árduo propósito del señor Arteche decia á propósito del asunto y del autor: «el gobierno que »ha conseguido encontrar un jefe tan idóneo como el »señor Arteche para contar militar y concienzudamente »las heróicas hazañas de nuestros padres, al propio »tiempo que le preste el auxilio de su Depósito de la »Guerra en cuanto el autor pida, debe estimularle ge»nerosamente por un servicio tan importante tributado »á la gloria del país y al honor del ejército que han de »leer en las páginas de ese libro la mas grande enseñan»za, el mas acrisolado ejemplo ocurrido, como dijo Cer»vantes de Lepanto, *en la mas alta ocasion que vieron »los siglos pasados y los presentes*, *ni esperan ver los »venideros*. Despues de todo la mayor y mas envidia»ble recompensa que ha de obtener es la de pasar á la »posteridad con las proezas que describe.»

Para fin y elevado epílogo del informe de la Junta Consultiva de Guerra, algunos de cuyos trozos acabamos de consignar con gusto, en aras de la justicia y del mérito concluia su ilustre presidente el respetable y estudioso marqués del Duero con las siguientes frases: «la Junta, oido el dictámen que antecede, le ha »dado en sesion de ayer una aprobacion tan unáni»me como entusiasta, conviniendo en que si el asunto »del escrito es digno por él mismo de excitar los sen»timientos mas nobles que puedan levantar el ánimo »de soldados españoles, el autor lo es tambien á su »vez del aprecio general y de la honra que en él han de

»recaer por la modestia, por la laboriosidad y por la »instruccion vasta y poco comun que ha demostrado »en el tomo concluido, instruccion que ha conseguido »adquirir en medio del mas exacto cumplimiento de sus »deberes militares. Razones son estas que bastarian so»bradamente para que fuese tomado en consideracion »el dictámen referido, sino tuviese ya en su favor la »Real órden de 26 de noviembre de 1864, por lo que »toca á la impresion del tomo dicho y de los subsi»guientes. Muy lisonjero es para mí tener que consig»nar informe tan satisfactorio bajo todos conceptos, así »como juzgo muy oportuna esta ocasion de celebrar »la suerte de que se cuente entre las personas que »componen el E. M. G. de nuestro ejército una de »quien tanto puede esperar el servicio del mismo en »bien del trono y del país, pues que á sus condiciones »expresadas antes reune cuantas constituyen el verda»dero hombre útil de guerra.»

Digamos, para concluir, dos palabras sobre la diccion empleada por el autor. Es dicho vulgar que el estilo es el hombre, como si se quisiera hacer entrar el carácter y el modo de ser en la manifestacion del juicio y de las abstracciones del espíritu, y esto, que puede tener alguna aplicacion en las obras filosóficas y doctrinales, no cabe admitirlo, en nuestra opinion, en las didácticas y sobre todo en las históricas, que mucho tienen de tales. Si se dijera que el estilo es la inteligencia, estariamos conformes con este aforismo, porque sabiendo pensar, sentir y comprender se sabe decir, sin que la forma ó el arte oscurezca la luz que

quiere derramar el que lo produce. Podrá rechazarse como impropio de la majestad de la historia el estilo abigarrado, el mordaz y el poco solemne y levantado, pero no otro alguno segun el sentimiento y el gusto literario del autor, si lo tiene bueno. Modelo y clásico es Tácito con su *imperiosa brevitas*, Suetonio con su austera sequedad y Melo con su pulcritud y tersura; Boileau quiere que hasta para los poetas sea sencillo con arte, sublime sin orgullo y agradable sin afeites; lo que importa es amar profundamente la verdad, no esclavizar el espíritu con la forma y que el lector vea y entienda al maestro, que de seguro, si lo es, será visto y entendido. El señor de Arteche escribe como piensa con juicio varonil y severo, con igualdad y sobriedad, dado lo difuso del asunto, y, sin embargo, con colorido y animacion que no están reñidos con la justicia y la imparcialidad. Al convertir en frases y palabras sus conceptos lo hace con locucion castiza, por un modo sencillo y sin afectacion, y sin imitaciones, arcaismos y extravagancias oscuras como quien copia movimientos ajenos, ó pretende una originalidad que resulta artificioso, violento é indigesto revoltillo, porque el estilo ha de ser propio, natural y espontáneo.

La historia militar de la guerra de la Independencia del señor de Arteche, modesta y desnuda de todo artificio como la verdad misma, excitará el agradecimiento de sus compañeros y del país, evocará placenteras ó resignadas, pero obligadas siempre, las sombras de aquella fuerte y heróica generacion, y ser-

virá, al propio tiempo que de estímulo para otros, de pedestal para su propia fama. Nosotros se la diputamos como muy merecida, y se la codiciamos además con toda nuestra alma, aceptando hasta sus desdichados envidiosos, porque tiene la fortuna de ser, como dice el general Foy, uno de esos felices escritores que ha logrado levantar un monumento á su patria.

EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN.

HISTORIA

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

INTRODUCCION.

I.

El carácter especial de un pueblo se da á conocer, igualmente que en su historia general, en la de cada uno de sus períodos mas notables.

Esto se observa en España y tan clara y distintamente, que admira á cuantos propios y extraños se han dedicado á estudiar nuestra historia patria. En cualquiera de los tan varios y magníficos sucesos que la constituyen, se hacen sentir, por reciente que sea, las mismas virtudes, iguales vicios y usos semejantes á los que ilustraron á nuestro pueblo primitivo ó causaron en ocasiones su servidumbre.

Uno de esos sucesos es la guerra de 1808 á 1814,

generalmente llamada de la *Independencia*; acontecimiento que siendo el mas grandioso de los tiempos modernos, revela á la vez y resume los rasgos mas sobresalientes del genio ibérico en sus excelencias y defectos.

Por eso al emprender el exámen de aquella dilatada lucha, necesitamos remontar nuestras observaciones hasta alcanzar los primeros destellos de la historia, y siguiendo su luz, cada vez mas viva, podremos irnos despues explicando las causas fundamentales de una resistencia que sorprendió á los muchos que, deslum brados ante el poderío del invasor, ni la previeron entonces, ni mas tarde supieron darse cuenta de ella. «Quitad á la historia, dice Polibio, el estudio de las »causas, de los medios, del objeto de las empresas »humanas, y el cuidado de examinar si cada una de »ellas ha tenido el éxito que se debia esperar, y ¿qué »resultará? un ejercicio literario, no una leccion.» Solo, pues, elevándose á las primeras épocas de la nacion española y contemplándola en las peripecias mas importantes de su existencia y de la marcha tantas veces interrumpida hácia su definitiva constitucion, es como puede observarse el espíriru conservador que la distingue, causa, medio y razon la mas poderosa del éxito feliz con que se vió coronado el admirable movimiento cuya descripcion constituye el objeto de este libro.

Que no de otro modo produce verdadero fruto el estudio de la historia, y solo así puede servir de guia en la senda, casi siempre áspera y difícil, por donde el hombre debe alcanzar el fin á que la Divina Providencia dirige la humanidad en sus benéficos desig-

nios. De aquí la necesidad de ese estudio y lo provechoso de una enseñanza que estimule en los hombres la emulacion, el orgullo y hasta la envidia hácia las acciones generosas que han conducido á otros al templo de la inmortalidad.

El patriarca imbuye en los miembros de su numerosa familia el amor á la paz y al trabajo, y para fortificar aquella doctrina en sus jóvenes oyentes, les presenta su propio ejemplo y el de aquellos venerables padres que la Santa Escritura cuenta entre sus héroes; el guerrero lee con avidez ó escucha atento la narracion de los hechos que consumaron sus antepasados y los elevaron hasta alcanzar eterna fama; aun el niño tierno y falto todavía de la razon, cuyo desarrollo es generalmente tardío y lento, se deleita con relaciones á cuya moral promete inocentemente ajustar su conducta, y el sabio sigue á los que han dejado antes que él un rastro luminoso de su existencia, cual satélite ansioso de tomar á su vez rango igual en el reducido sistema de los grandes hombres. La *Iliada* era la lectura favorita de Alejandro, y Aquiles su modelo; César se complacia en hacer el elogio de Hércules; á Cárlos V acompañaban siempre los *Comentarios* de aquel insigne romano; y Federico y Napoleon recomendaban los estudios históricos como los mas propios para formar á los hombres.

Hemos dicho que la historia excitaba la envidia hácia las acciones generosas, y ¿qué otra pasion que la envidia desvelaba á Temístocles presentando á su imaginacion calenturienta los laureles de Milciades? ¿No era, mas que emulacion, envidia la que hacia llorar ante la estátua de Alejandro á César, al que pre-

feria ser el primero en una aldea á ser el segundo en Roma?

La historia, pues, estimulando á la virtud y aun dirigiendo las pasiones á fines benéficos, ofrece en su estudio vasta compensacion y frutos inapreciables. Pero si de los hechos particulares, cuya enseñanza utiliza el hombre en sus propias aspiraciones, se remonta uno á la esfera de aquellos acontecimientos generales en que ya no se estudian ni comparan las pasiones de los hombres individualmente, sino el espíritu de los tiempos, el de las generaciones y el carácter de cada raza en las distintas familias de la especie humana, ¡cuán superior no es el fruto de sus vigilias, la recompensa de sus esfuerzos!

Porque las diferencias humanas no se distinguen fácilmente al poner en paralelo un hombre con otro, que todos son ramas de un tronco comun, cuya sávia, trasmitida sucesivamente, nos alimenta y mantiene; es necesario buscarlas en esas masas agitadas de un sentimiento que por no ser individual, parece impuesto providencialmente para la regeneracion y progreso de la humanidad.

Solo considerada así se revela al intelecto humano la obra majestuosa de los hombres, que sin apercibirse de ello, presentan con el trascurso de los tiempos un conjunto digno de Aquel que lo ideara.

Quien, por ejemplo, observe atentamente la marcha progresiva de la civilizacion en Europa; cómo se preparó en ella el advenimiento de la idea cristiana, su complemento mas perfecto, y por qué medios se ha conservado esta en su mayor pureza, reconocerá cuanto acabamos de exponer, nada ajeno, en nues-

tro concepto, al objeto de esta parte de la obra.

La naturaleza del suelo de Egipto, á cuya reformacion parece haberlos destinado la Providencia, hizo á sus habitantes incansables y perseverantes, religiosos y humildes; y así como ella no se fatigaba del trabajo secular de arrastrar las arenas que al fin formaron el floreciente Delta del Nilo, ellos empleaban generaciones y generaciones en elevar las pirámides y aquellos gigantescos monumentos que, aun en ruinas, dejan extático al viajero en Ménfis y Tébas. Hoy mismo, trascurridos tantos siglos, el que se detenga á contemplar las columnas del templo de San Pablo, que acaba de restaurar en Roma la santidad de Pio IX, verá que aun siguen ejerciendo su influencia en el moderno Egipto las cualidades morales que el Cielo impuso á sus moradores al darles en repartimiento aquel suelo arenisco é inundado.

Pero aquellas maravillosas construcciones encerraban una idea sublime, revelaban pensamientos elevados y previsores; mas que el sudor del esclavo representaban los esfuerzos de una inteligencia superior. En los vastos hipogeos de Tebas y en las pirámides, se encuentra la manifestacion de un estado de cultura, de un desarrollo de las ciencias físicas y matemáticas que hacen se crea descubrir en el fondo de aquellas obras colosales la cuna del saber humano. Podrán disputársela otras regiones mas orientales, pero la controversia tiene que apoyarse en versiones mitológicas, y nosotros no queremos penetrar en sus tinieblas y sí solo seguir la luz rutilante y clara de la historia.

Aquella civilizacion y aquel saber tomaron asiento

en la Grecia á favor de la condescendencia de los sacerdotes para con algunos intrépidos viajeros, y se modificaron y desarrollaron en razon del carácter del pueblo helénico.

La configuracion del suelo, fraccionado violentamente por las aguas y los montes; aquellas facilitando las espediciones marítimas y la colonizacion, y estos favoreciendo la constitucion de pequeños estados, produjo en los griegos el ardor y el patriotismo característico de los pueblos libres. Pero entretanto ¡qué de querellas entre aquellos valientes! ¡qué de disensiones entre las repúblicas en que se hallaban divididos! El orgullo y la movilidad en las ideas les impele irresistiblemente á la controversia, en la que, sobreexcitados por la oposicion y por sus propias exageradas pasiones, establecen principios y con ellos escuelas filosóficas, políticas y administrativas; razonables unas, otras hasta extravagantes; controversia, sin embargo, que produce un desarrollo extraordinario en el pueblo que la sostiene, y como consecuencia el sentimiento de lo bello y el refinamiento en las costumbres. El pueblo griego parece destinado á perfeccionar la civilizacion recibida del Egipto, que el soldado romano esparcirá despues por el mundo.

Nace Roma junto á una colina cubierta de olivos, y como para escarnecer los atributos gentílicos, la corona con una fortaleza un áspero y rudo cazador que levanta los fundamentos de su imperio con las depredaciones de sus compañeros y con la sangre de su propio hermano. Rodeada de vecinos belicosos, en una comarca solitaria, triste é insalubre, ¿cómo podrá Roma engrandecerse hasta producir la unidad del

mundo conocido por ella? Solo creando aquella disciplina que hacia al hermano matar al hermano, y al padre castigar con muerte á sus hijos; solo siguiendo aquella política invariable que evitaba las coaliciones enemigas, y por el contrario tendia á proporcionar auxiliares cuya recompensa despues y al menor pretexto solia ser la ruina ó la servidumbre; solo con la dignidad que no consentia transacciones en la mala fortuna, dignidad que obligaba á Pirro á abandonar el teatro de sus explendentes pero inútiles victorias, á Breno á huir á la vista de un pequeño fuerte rodeado de escombros humeantes y presidiado por unos cuantos patriotas, y á Anibal á evacuar la Italia despues de once años de recorrerla triunfalmente, pero sin doblegar la firmeza de sus irreconciliables enemigos. Solo así, y con la perseverancia y pertinacia mas magnánimas, podia llegarse al engrandecimiento que proféticamente habian anunciado los libros sibilinos.

El pueblo-rey logra con tales medios dominar en todas partes, introduce en muchas su lenguaje, y aun sin asimilarse los pueblos por sus privilegios y leyes, los prepara á recibir el don mayor que el cielo se ha deleitado en conceder á los mortales, el Cristianismo.

Esto, sin embargo, no bastaba: necesitábase despues un pueblo que supiera mantener en su pureza aquella doctrina y la defendiera contra las innovaciones de los filósofos y de los ambiciosos, y ese pueblo conservador por instintos y por carácter se manifestó en la península ibérica.

Obsérvesele dentro de su propio territorio y se le encontrará siempre guardando con la mayor veneracien la fé y las costumbres de sus mayores, aun sien-

do uno de los pueblos que han snfrido mas y mas duraderas dominaciones.

Invadidas por los bárbaros las provincias occidentales del imperio romano, obscurécese en ellas la luz toda de civilizacion que aun en su decadencia esparcia por el mundo aquel cuerpo gigantesco, último tabernáculo de las sociedades antiguas. Bórranse las ciencias, las leyes y hasta las artes de la memoria de los hombres, como si se sepultaran envueltas en las ruinas y el polvo de los monumentos que las atestiguaban echados por tierra ó incendiados por los invasores, y hasta la idea cristiana, aceptada por ellos, se altera y corrompe entre la muchedumbre ignorante que la impone con la tea ó con la espada.

Ahora bien; en aquella confusion inmensa, en aquel olvido casi completo de toda idea civilizadora, España no solo sabe emanciparse de la servidumbre á que la sujetó en un principio la proverbial altanería de los godos, sino que conservando la religion en su mayor pureza logra imbuirla y hacerla oficial, si así puede decirse, entre ellos. Mas tarde, cuando la Media-luna llega á ocupar con sus armas la mayor parte de nuestro territorio, España mantiene entre sus habitantes viva la fé de sus mayores y hasta en práctica en no pocas localidades el culto cristiano, valiéndose, cuando le es dado, de la tolerancia de los árabes y aspirando, cuando no, á la palma del martirio.

Por el contrario, al llevar á cabo su restauracion, se muestra de todo punto intransigente, y al lanzarse por el camino de las conquistas, lleva, al par que sus usos, la religion y las leyes patrias, y las impone con la severidad y el exclusivismo de quien tiene en ellas fé

ciega y convicciones profundas. No es Egipto creando la idea civilizadora en sus templos y observatorios, inaccesibles á los profanos: no es Grecia sacándola á la luz en las discusiones públicas, ni Roma, su discípula, sujetando los pueblos para hacer momentáneamente de ellos uno solo por el que pueda mejor difundirse el nuevo dogma; es un pueblo que al aparecer influyendo en el continente y al llevar sus armas á regiones hasta entonces desconocidas, impone su religion pero las asimila dándoles con su idioma, sus leyes, sus derechos y su fuerza: las hace, por decirlo así, hermanas, las hace parte integrante de él mismo.

Por eso cuando en Europa empezaban á extraviarse las ideas religiosas al impulso de predicaciones sugeridas, mas que por la conviccion, por el interés personal ó el despecho, España mantuvo en sus cátedras y en el campo de batalla, la infalibilidad de la Iglesia, y esta encontró en la unidad religiosa y en la unidad política de una monarquía alumbrada constantemente por la luz del sol, un baluarte inexpugnable y un depósito seguro para su doctrina inmutable y salvadora.

Vemos, pues, que la cualidad de conservador es la distintiva, la característica de la raza ibérica, y ella esplica el alzamiento de 1808 contra la dominacion francesa, á pesar de presentarse envuelta en un misterioso velo de afecto y proteccion hácia este noble país, y apoyada en un poderío desconocido desde la decadencia del imperio romano.

El conquistador mas feliz, político á la vez el mas sagaz y profundo, vió en España eclipsárse el astro de su fortuna colosal y sintió turbada su vasta inteli-

gencia al acometer la que él consideraba como su empresa mas fácil. Para llevarla á cabo desplegó toda la astucia y la severidad toda de su carácter, y puso en juego los medios y recursos poderosos de que disponia, muy superiores á los que habia empleado para vencer al resto de la Europa continental: ¡esfuerzos inútiles! la virtud, la constancia, la fuerza y la pobreza no se agotan jamás. El afecto y fidelidad á sus jefes naturales, los reyes, hizo inaceptable al intruso, y ni los halagos ni la fuerza pudieron vencer la repugnancia que los españoles sentian hácia las innovaciones de allende el Pirineo.

Pero la resolucion heróica de los españoles, ¿fué el arranque de un indivíduo airado por la injusticia de que se le quiere hacer víctima, el alzamiento de un pueblo ofendido en sus objetos mas caros, pero ocasional, sin mas antecedentes que los que imponen las circunstancias del momento? ó ¿fuè un movimiento tradicional en el país, previsto por las inteligencias elevadas y cuya explosion no debió sorprender al emperador Napoleon que lo reconocia como posible antes de resolverse á la conquista de la Península?

En opinion de algunos historiadores, enemigos ó celosos de la gloria adquirida por España en aquella lucha, nuestros compatriotas no hicieron ningun esfuerzo general y grande. Nosotros demostraremos mas adelante lo contrario: entretanto vamos á probar que el de 1808 no desmintió ninguno de los caractéres típicos del pueblo ibero, presentando la misma fisonomía que las anteriores luchas en cuantos rasgos dió á luz, así en la tenacidad y esfuerzos desplegados y en la forma adoptada para hacer eficaz la resistencia,

como en su escasa homogeneidad que la hizo dilatada y vária.

Necesitamos, al intentarlo, recorrer aunque rápidamente la historia militar de España. No vamos á halagar el orgullo nacional: á la par que las excelencias de nuestro carácter, orígen de tantas glorias, queremos mostrar los defectos que en muchas y muy solemnes ocasiones han causado el vencimiento del pueblo mas magnánimo de Europa, segun lo apellidaba Barrére en la Convencion francesa. Los desastres, por dolorosos que sean, ofrecen tambien su utilidad relativa, y mucho mas cuando reconocen por causa la de nuestras desventuras nacionales; «la felicidad, bastándose á sí misma, ha dicho un filósofo, aisla á los hombres, la desgracia los acerca.»

II.

La geografía es el primero de los datos que han de producir el conocimiento de un país, cuya historia lleva siempre impreso en todos los sucesos el sello de las condiciones de localidad. De aquí la semejanza de índole en pueblos que habitan regiones parecidas, y la disparidad de costumbres y de afectos entre los que

huellan un suelo diferente. Si comparamos al habitante de las montañas, grave hasta la melancolía, entero hasta la terquedad, y apegado á su pobreza y al trabajo, con el morador de la llanura, ligero, locuaz, sin preocupacion por un porvenir que á costa de poquísimo afan le asegura la riqueza de su suelo, observaremos en su lenguaje, usos, leyes y hasta en sus canciones, la diferencia orográfica y climatológica de los paises de su orígen respectivo.

En España se hace notar esta diferencia, mas, acaso, que en ninguna otra region de Europa. En las montañas se ha conservado en su pureza primitiva el carácter nacional; y así como sirvieron repetidas veces de abrigo á los que en las diferentes invasiones intentaron mantener vivo el fuego sagrado del hogar patrio, así tambien han servido sus asperezas de depósito á las costumbres de nuestros antepasados. ¿Qué más? Aun existe en ellas un pueblo de orígen escondido en una oscuridad impenetrable, cuyo lenguaje ha atravesado incorrupto los tiempos y las dominaciones, y que por no presentar analogía con los idiomas conocidos hay quièn supone, y no sin algun fundamento, que sea el de los solariegos de España, y aun quien, sin pruebas, lo haga remontar al principio del mundo.

En las tierras bajas, por el contrario, los couquistadores han hallado en general poca resistencia, hasta acogida benévola, y se han establecido fácilmente pero sin solidez; por que los que les han sucedido en la invasion han superado con la misma facilidad obstáculos que parece deberian ser poderosos tratándose de la defensa de un territorio fértil y, por tanto, estimado de sus poseedores. Las costumbres, á su

vez, han ido modificándose al roce con las de los invasores, viéndose en ellas una mezcla abigarrada en que apenas pueden distinguirse las tintas puras de los usos nacionales primitivos.

Situada en los términos occidentales de Europa, la España en union con el reino portugués forma una vasta península de figura próximamente pentagonal, presentando el aspecto de un promontorio inmenso que descuella á una altura de muchos centenares de metros sobre las aguas del Océano Atlántico y las del Mediterráneo.

Nada mas agreste y árido que las grandes mesetas que constituyen la base superior y las montañas que la coronan; pero nada, á su vez, mas pintoresco y fértil que los valles que estas forman y las tierras bajas que á su pié orean las suaves brisas de la mar; nada, de consiguiente, mas desapacible y aterrador que la morada en las crestas escondidas en la elevada region de las nubes, ni mas halagüeño y atrayente que el litoral y los campos regados por los muchos y caudalosos rios que surcan tan variado territorio.

Forman la Península varias cordilleras ó cadenas de montes, consideradas, por unos, como partes de un sistema especial hespérico, relacionado con el general del globo por los Alpes y el Cáucaso; aisladas y sin enlace mútuo, segun otros, efecto de formaciones distintas y de muy diferentes épocas.

Existe, sin embargo, una que, aunque no la mas elevada, es la mas importante por su extension, y puede considerarse como la raiz de todas las demas cordilleras que cubren la Península, y la base, de consiguiente, de todo el sistema ibérico. Esta es la cordi-

llera Pirenáica, una de las mas antiguas del globo al decir de los geólogos, y que cubriendo en su primera parte el istmo que nos une al resto de Europa, forma despues la costa septentrional hasta los cabos de Touriñan y Finisterre, unidos en la region mas occidental de la parte española. No es una cordillera seguida, sino que por el contrario la constituyen varias sierras que paralelamente al núcleo principal que forma la divisoria de aguas, se levantan con pendiente muy rápida al N. pero cubierta de vegetacion abundante, y hácia el S., abrupta, azotada por los huracanes que produce el austro y presentando los signos todos de violentos trastornos y degradaciones contínuas.

De la parte central de la Pirenáica se desprende otra série de montañas que con el nombre, aunque impropio, de cordillera Ibérica se dirige primero al S. E. hasta el encumbrado Moncayo y despues al S. y al S. O. hasta hundirse en el cabo de Gata. Unas veces se muestra elevada, áspera y se distingue perfectamente sobre las mesetas centrales; muchas otras afecta la forma de un escalon hácia el Ebro y el Mediterráneo y se confunde por la parte opuesta con las llanuras mas altas; ora cubierta de espesas arboledas, ora exenta de vegetacion.

De la cordillera ibérica se desprenden hácia la parte oriental ramales considerables que forman las divisorias de los rios que afluyen al Ebro por su orilla derecha ó bajan al Mediterráneo; pero los mas importantes tienen su arranque en la otra falda y se encaminan al O. De estos últimos, los que ofrecen mayor interés son· la cordillera Carpetana ó Carpeto-vetóni-

ca; la Oretana ú Oreto-herminiana, y la Mariánica. Las tres son de nacimiento humilde, apenas perceptible; pero despues, al par que la pendiente general vá paulatinamente disminuyendo hácia el Océano, se encumbran y engrandecen á punto de formar series de montañas casi siempre seguidas, ásperas y de no fácil tránsito.

En el término de la Ibérica, donde esta es conocida por *sierra de Baza*, se descubre el enlace, ya que no sea la continuacion, de aquella con la Penibética, la cual se levanta sobre el Mediterráneo en una grande extension hasta el cabo de Tarifa, punto el mas austral de la Península. En la cordillera Penibética se encuentran los picos culminantes del sistema ibérico cuales son los de Mulhacen y Veleta que alcanzan la altura de 3.554 y 3.470 metros respectivamente; y junto á ellos y en toda la montaña se presentan señales evidentes de la gran revolucion ó revoluciones físicas que debieron causar aquel rompimiento simbolizado en uno de los trabajos del hijo de Júpiter y que dió lugar á la comunicacion de los dos mares entre los montes Avila y Calpe.

Obsérvase en todo el sistema orográfico peninsular hallarse constituido por una serie de cordilleras próximamente paralelas, compuestas á su vez de otras que siguen ley igual en su formacion. Mirada desde una gran altura, por cima de la region de las nubes, la Península deberá presentar el aspecto de un mar agitado por olas inmensas impelidas por el huracan y sorprendidas en su movimiento casi uniforme por una solidificacion instantánea. Solo así puede uno darse cuenta de la rara circunstancia de que aun cuan-

do en ocasiones la divisoria lleve una direccion N. S., perpendicular á la de las cordilleras en general, como sucede en la Ibérica entre los montes de Segura y el cabo de Gata, las sierras que la señalan, las de María, de las Estancias, de Filabres y de Alhamilla, observen siempre la direccion de E. á O.

¡Rara uniformidad la que ha impuesto el movimiento interior de la masa ígnea del globo en sus sacudimientos, para producir tan admirable y singular efecto!

La gran mole peninsular de España ofrece á las aguas cuatro vertientes generales; la septentrional y la occidental al Océano, y la oriental y la meridional al Mediterráneo, separadas de dos en dos por la divisoria general de aguas que señalan el Pirineo y la cordillera ibérica, prolongada esta última por la penibética hasta el cabo de Tarifa.

Por la vertiente septentrional caen al mar en España varios rios, aunque poco caudalosos y de curso no dilatado. Descienden de la cordillera pirenáica que por su proximidad al Cantábrico y su grande altura no les deja espacio ni tranquilidad, así que bajan arrebatadamente saltando en bulliciosas cascadas, cortando los ramales paralelos á la cordillera por gargantas estrechísimas y arrastrando con sus aguas cuanto se puede oponer á la corriente.

Desde el Bidasoa, rio internacional que en la última parte de su curso separa á España del imperio francés, hasta los que bañan los confines occidentales de Galicia, son muchos los que ofrecen interés, así por las regiones que cruzan como por las condiciones que presentan, especialmente bajo el punto de

vista militar; pero su enumeracion y clasificacion deben reservarse para cuando se hayan de relatar las operaciones de la guerra y entonces obtendrán un lugar preferente. Hasta llegar á tal ocasion nos basta la ligerísima reseña geográfica que vamos haciendo, necesaria para comprender los grandes sucesos que intentamos presentar luego á la meditacion de nuestros lectores.

En la vertiente oriental se encuentran varios rios que al bajar al Mediterráneo señalan líneas militares de la mayor trascendencia para la defensa de España, apoyadas en un sistema de plazas formidable en otro tiempo; pero el curso de aguas mas importante en esta zona y aun en toda la Península es sin disputa alguna el Ebro, dilatado y profundo foso detras del cual puede restablecerse el equilibrio de las armas si por desgracia fuesen las españolas aterradas en la frontera de los Pirineos. Rápido y encerrado entre ásperas márgenes en el primer tercio de su curso, bastante caudaloso y abriéndose paso entre montañas considerables en el segundo, y navegable en el último, riega un país extenso y feraz, objeto de ambicion para los extraños y teatro de hazañas sin cuento en todas las épocas de la historia española.

Los rios que descienden al Mediterráneo al S. del Ebro y por la vertiente meridional, son de escaso interés, si se exceptuan los que riegan las bellísimas y ricas campiñas de Valencia y Murcia. No así los que recorren las cuatro extensas cuencas de la vertiente occidental, las cuales teniendo su orígen en las mesetas centrales y al pié de la cordillera ibérica rinden al Océano el tributo de sus abundantes aguas.

El Duero, en la region pirenáico-carpetana, es el que baña cuenca mas espaciosa y alta, deslizándose sus aguas por las mesetas de la Vieja Castilla y mezclándose con las del Océano en el reino portugués junto á O'Porto. El Tajo recorre la region carpeto-oretana, en la que se abre un lecho de rocas, tan angosto y áspero en Castilla la Nueva que acredita el nombre que lleva, pero que no impide que á su terminacion en Lisboa forme un verdadero mar y un espacioso puerto. El Guadiana, de orígen hasta hace poco misterioso, de curso interrumpido y de caudal menos considerable que los dos anteriores, presenta en oposicion al Tajo un álveo ancho y á trechos pantanoso en las llanuras casi desiertas de la region oreto-mariánica; éntrase despues en Portugal y á su desembocadura en el mar junto á Ayamonte forma frontera con los límites meridionales de aquel reino al pié del sistema Cunéico, término de la cordillera oretana. El Guadalquivir que riega la fertilísima y pintoresca region Mariani-pénica, la antigua Bética, codiciada por todos los invasores que han hecho de ella su mansion favorita, nace entre las rocas de la sierra de Cazorla y los frondosos bosques de Segura y Alcaráz, y despues de recorrer las magníficas vegas de Jaen, de Córdoba y Sevilla, y surcado ya desde esta última ciudad por numerosas naves, da sus aguas al mar en la parte septentrional de la provincia de Cádiz, en la suave y melancólica playa de Sanlúcar de Barrameda.

Otros rios menos considerables por su caudal, pero que no carecen de importancia, bañan además la vertiente occidental, como el Miño, el Vouga, el Mon-

dego, el Guadalete y otros, cuya descripcion tendrá lugar á su tiempo.

Como del sistema de montañas depende naturalmente el de los rios, estos siguen, así en su direccion como en la de sus afluentes, una ley casi siempre sujeta á las condiciones de los montes entre que se abren paso. Así se observa en España que todos los rios caudalosos corren en el mismo sentido en que se extienden las cordilleras, que ya hemos dicho ser en general próximamente paralelas, formando así con ellas un sistema doble de barreras para las operaciones de la guerra.

Situada la Península entre los 35 y 43° de latitud N., esto es, en la region media de la zona templada, disfruta de un clima benigno, algo frio en las montañas y en las mesetas centrales, suave, templado y hasta un poco cálido en las costas y valles. Así no es extraño encontrar producciones del Norte de Europa junto á las que dan orígen á la riqueza de nuestras posesiones de Ultramar, influidas por un clima caluroso y húmedo, y esto en lugares tan próximos como que se descubren alternativamente en la cúspide y en la falda de una misma montaña.

He aquí la causa quizás mas influyente de las varias invasiones que ha sufrido la Península, la cual ha ofrecido con su clima y con sus producciones, tan estimadas y abundantes, un aliciente irresistible á cuantos han podido por su número ó su fuerza recorrer en son de conquista el viejo mundo. Al mismo tiempo esa causa y unidas á ella la condicion quebrada del terreno y la naturaleza y caudal de los rios, diviéndolo en zonas determinadas por límites difíciles

de salvar, han producido en los habitantes, con el amor al suelo nativo, la aficion al aislamiento y fatalmente la carencia de unidad de miras y la falta de disciplina necesaria para la constitucion rápida de un gran pueblo.

En la guerra de la Independencia, á pesar de manifestarse unánime la voluntad de resistir, se hizo tambien conocer la influencia de esas causas, inseparables de nuestro suelo, en el modo y en la forma de la defensa, presentándose los españoles en una gran parte dispersos en masas que parecian girar irresistiblemente en derredor del hogar propio. Y no fueron solo los españoles, sino que tambien los franceses se dejaron arrastrar de esa division mortal, que podria llamarse aquí endémica, atribuida generalmente entre ellos á la ausencia del emperador; y aun los ingleses, apasionados de ciertas y determinadas regiones, miraron hasta con horror otras mas bellas y feraces como presagiando en ellas desgracias para sus ejércitos.

De todos modos á estas causas de localidad debemos atribuir en no pequeña parte el carácter de los españoles, si no negamos toda influencia en él á las que han producido en el cuerpo humano tales variaciones que se considere dividida en razas distintas la que no reconoce mas que un solo tronco y orígen.

En cuanto al carácter, los que se han ocupado en desentrañar las diferencias que indudablemente existen en los hombres de diversas regiones, encuentran en el de los españoles una originalidad notable que explica la diversidad entre su historia y la de los demás pueblos.

Vamos, pues, á ver á nuestros compatriotas en su

primitivo estado, entregados á sí mismos, á su ignorancia y barbarie, y observándolos en el país y siguiéndolos despues en sus aventuradas expediciones, podremos comprender su conducta en la guerra objeto de este libro.

III.

Los Iberos aparecen entre diversas y encontradas versiones como los primeros habitadores históricos de la península española.

El investigar el orígen de estos pueblos y si es apropiado su nombre como traido del Cáucaso, ó debiera sustituirse con el de Euskaros por encontrarse aun en los restos de esta familia conformidad notable de costumbres con las de los primeros españoles, son objeto de discusion muy propios para un historiador general, no para nosotros atentos á un efecto único y determinado.

Eran los iberos gentes, al par que sencillas, rudas y apasionadas, ardientes en el ódio como en la amistad, sin temor á las fatigas ni á la muerte, bochornosa tan solo para ellos fuera de los combates, y se dedicaban naturalmente al pillaje contra sus vecinos mas

ricos, ó mas tímidos, abandonando las faenas del campo y del hogar al sexo separado por la naturaleza de los horrores de la guerra. Pero en aquella raza privilegiada en que ya se ve brillar el desenfado marcial y la abnegacion que tanta gloria habian de atraer sobre el nombre español, traslucíanse fatalmente el desasosiego y falta de hermandad, causas siempre de nuestros desastres nacionales y de las dificultades que constantemente hemos experimentado para la constitucion definitiva y total de la Península.

A favor de las discordias pudieron los celtas penetrar en el país, apoderarse de la region septentrional y compartir con los naturales el dominio del interior; los fenicios, valiéndose de amaños y promesas que lisonjeaban la cándida credulidad de los iberos, lograron establecerse en la costa meridional de la Península, y los griegos, pretextando objetos puramente comerciales, fundaron colonias en Rosas, Ampurias, Sagunto y Denia.

Nadie ignora á qué se debió la llegada de los cartagineses que demostrando vender un favor á su madre y aliada Tiro la arrebataron la conquista con que ya contaba en todo el Mediodía y en parte del Occidente de España. Aquellos sucesos escondidos en tinieblas, nos ofrecen muy corto interés. No sucede lo mismo con los posteriores que pusieron gran parte del país bajo el dominio cartaginés, pues que en ellos empieza á dejarse ver de un modo no conjetural sino histórico, evidente, cuanto importa saber acerca de los usos y costumbres militares de nuestros antepasados.

Amilcar, el célebre fundador de Barcelona, recorrió la Bética y la costa oriental toda hasta contemplar

las llanuras de la Galia desde la cumbre del Pirineo. Creia haber sujetado fuertemente aquellas fértiles comarcas, y sin embargo tras de nueve años de triunfos, rara vez interumpidos y con cuyo fruto presumia neutralizar los descalabros de la primera guerra púnica, encontró en Ilicio (Elche) una derrota completa y la muerte.

Aquella batalla es la primera campal que registra la historia española, y en ella, así como en los combates anteriores, se manifiestan ya la índole marcial de los españoles, su aptitud intelectual para la guerra y su manera de pelear.

Muerto Asdrubal á manos de un esclavo, sucédele Anibal, aclamado por el ejército que le habia visto al lado de su padre Amilcar creciendo en brios y en ódio al nombre romano. No basta al heróico mancebo el dominio de la Península; su pensamiento se encumbra al de vencer á Roma en la misma Roma, y si verifica expediciones hácia el centro de nuestro territorio es para ejercitar sus fuerzas ó buscar amigos que sirvan á sus levantadas miras; empezando á descubrirlas al romper con una de las ciudades aliadas de su rival. Sagunto inauguró en la historia española la série de resistencias heróicas que tanta honra han proporcionado á nuestro país, y de sus cenizas saltaron las chispas que habian de abrasar en fuego de amor patrio á los hijos de Numancia, Calahorra, Zaragoza y Gerona. Anibal triunfó, pero no de los españoles que solo le dejaron por trofeos de su conquista cadáveres y escombros gloriosos, triunfó de los romanos sobre quienes atrajo, con la indignacion de los habitantes, los primeros reveses que sufrieron en la Península.

Tras aquel memorable y aterrador suceso, Anibal reuniendo un numeroso y aguerrido ejército, compuesto en su mayor parte de españoles, trasmonta el Pirineo, atraviesa la Galia y anticipándose á las legiones de Escipion en el paso del Ródano, vence los Alpes y aparece en las llanuras de Italia con toda la grandeza de su genio.

Los romanos prefirieron á oponerle todos sus recursos, el aislarle en Italia, impidiendo que Asdrúbal y los demás capitanes cartagineses le hicieran llegar refuerzos de España. Cneo Escipion y despues su hermano Publio recibieron, pues, el encargo de arrojar á los cartagineses al otro lado del Estrecho, empresa que empezaron bajo los mas favorables auspicios, pero que solo tuvo la gloria de llevar á feliz término el hijo de uno de aquellos insígnes varones, muertos cuando ya se consideraban vencedores.

Desde la primera expedicion de Amilcar y la intervencion de los romanos hasta la expulsion de los cartagineses, solo mediaron treinta y tres años de 238 á 205 antes de la venida de Jesucristo; pero como en tan corto espacio de tiempo se revelaron las cualidades todas geniales de los españoles, su valor, sus discordias y su modo de guerrear, vamos á detenernos un momento en describirlas, con lo cual en adelante nos bastará apelar á los muchos ejemplos que despues dieron de ellas para demostrar que aun subsisten entre nosotros con la misma fuerza.

Como los hombres de todos los paises antes de constituirse en sociedad, los españoles en la confusion de los primeros tiempos, segun ya hemos dicho, se daban á la vida *léstrica*; esto es, al robo de sus ve-

cinos mas ricos ó mas débiles. Los cartagineses y romanos al internarse en la Península encontraron de consiguiente celos, rivalidades, odios y envidias hondamente arraigadas de tribu á tribu, aun de ciudad á ciudad, y las supieron aprovechar mañosamente y con fortuna. Horror causa el pensar que los vencedores de Sagunto eran en su mayor parte españoles alistados en las banderas de Anibal, y fácilmente se prevee la suerte del país al observar cómo Indibil y Mandonio, los adalides mas influyentes entre nuestros compatriotas, pasan y repasan de un campo al otro de los dos contendientes sin otra idea que la de combatir y sin otro norte que la fortuna alternativamente favorable ó adversa á unos ú otros. Así en vez de motivos de gratitud, cartagineses y romanos, y con especialidad estos últimos, hallaron en la conducta de los españoles pretextos para oprimirlos y vejarlos pregonando en Roma su mutavilidad y su engreimiento.

Esta no es solo una opinion nuestra, sino que lo es tambien de los mismos conquistadores que observaron aquella profunda division entre nuestros mayores y la fomentaron cuantas veces salió á luz para con su ayuda vencerlos mejor y sujetarlos mas fuertemente.

La ocasion no podia ser mas propicia para la emancipacion de los españoles. Solo con que se mostrasen indiferentes á la lucha entre Cartago y Roma, quedara España libre de las dos rivales. Por el contrario, la Península proveyó de soldados á unos y otros, y toda la sagacidad de los conquistadores se empleó en oponer españoles á españoles, pues ni la

ciudad latina ni la púnica tenian medios personales para contienda tan prolongada y mortífera. El afan de pelear de nuestros antepasados los conducia á los ejércitos, sin mirar de que lado estaba la conveniencia de la patria, y allá se combatian y destrozaban en Sicilia, en Italia y en la misma España sin mas objeto que el de satisfacer su ardor marcial.

Los cartagineses fueron los primeros en alistar á los españoles en sus filas y con ellos conquistaron casi toda la Sicilia. Mas tarde, en Italia, aparecieron los españoles cubiertos con sus camisas rojas y armados de su espada corta infundiendo pavor á los legionarios en el paso del Tesino, en la Trebia, en Trasimeno y en Cannas, ó haciéndose matar sin excepcion alguna como en la batalla del Metauro, por no volverles la espalda como los galos y liguros. Los Escipiones combaten con españoles á los españoles de Asdrubal y Magon, y en Munda las legiones de César, compuestas en gran parte de españoles, derrotan á las pompeyanas, españolas casi en su totalidad.

Por tal camino, inútil el valor, imposible la independencia de la patria.

Pero si en esta falta de union, en esa diversidad de sentimientos de los miembros de una misma familia se encuentra el secreto del avasallamiento de los españoles á los pueblos extraños que han invadido la Península, acaso tambien aparezcan en ellas el éxito de su resistencia en ocasiones y la causa de su emancipacion actual. Un esfuerzo general, simultáneo, debe producir la independencia del país que lo hace; pero si es desgraciado, por inferioridad de disciplina ó por falta de genio en los caudillos que lo di-

rigen, sobreviene la desconfianza, decaen los ánimos y al abatimiento que producen los primeros reveses, sucede el abandono de la defensa. El provincialismo se traduce en resistencias parciales, fáciles de vencer en cada caso, pero como parciales, son poco cruentas, no infunden desaliento aun siendo desgraciadas, y haciéndose incesantes, de todos los momentos, concluyen por fatigar y rendir al conquistador mas afortunado.

He aquí por que el pueblo español, primero en atraer las miras ambiciosas del pueblo-rey, fué el último en satisfacerlas; he aquí la causa de aquella dilatadísima lucha de la reconquista cristiana contra los Abderramanes y Almanzores, y en fin, por qué el capitan mas insigne de los tiempos modernos no pudo sacar en España fruto de aquellas magníficas concepciones que en otros paises le producian una conquista sólida ó un tratado ventajosísimo en un solo dia, en un momento solo quizás de inspiracion militar.

Consecuencia del fraccionamiento social de los españoles era el modo de hacer la guerra mantenido hasta nuestros tiempos con las solas variaciones que naturalmente habia de introducir la diferencia de armas.

Vestidos de una ropilla áspera ó de pieles y cubiertos de un escudo galo los de la region del Ebro, y los del interior, de la pelta ó cetra que les dió nombre despues, y provistos de un odre para el paso de los rios, lanzábanse los españoles á la pelea armados de honda, de dos lanzas, de un palo de gancho para sujetar de las riendas los caballos enemigos, y de aquella espada corta que sirvió de modelo á los ro-

manos. Los jinetes con sables, hachas, mazas y aun lanzas, conducian peones á la grupa; siendo tan diestros en el manejo de los caballos, que los habia que guiaban dos á la vez saltando de uno á otro en la mas rápida carrera.

Atendida la especie de armas anteriores á la invencion de la pólvora, el órden profundo era el único decisivo en el choque, y cada país debió adaptarlo al carácter de sus habitantes, á su organizacion social, unitaria ó federativa, y á las condiciones de igual clase de sus enemigos naturales.

Así se ve á los griegos formar la falange, llevada á su perfeccion por Filipo y Alejandro, órden en alto grado sólido, cuya fuerza consistia en lo compacto de una masa tan numerosa y profunda y cuyos defectos eran la dificultad de moverse y la carencia de líneas que pudieran remediar un desastre.

«Un Dios sin duda inspiró la legion á los roma»nos,» segun nos dice Vegecio. Aspirando al dominio universal y mirando la guerra como el ejercicio mas noble, los romanos pusieron todo su conato en perfeccionar la legion. Como dirigida á la guerra ofensiva, procuraron la mayor flexibilidad posible á fin de que fuese útil en toda clase de terrenos, y así se vió á los legionarios combatir en masa con el mismo desembarazo que por manípulos y personalmente. Sus armas ofensivas y defensivas y su formacion les permitian pelear de todos modos y en cualquier lugar.

Polibio atribuye los desastres de sus compatriotas á la superioridad de la legion sobre la falange. No trataremos nosotros esta cuestion tan debatida, por ajena al asunto que nos ocupa, y nos contentaremos

con observar que ambas formaciones llenaron en general el objeto de su creacion; la falange favoreciendo el defensivo que exigia la situacion de Grecia, y la legion el ofensivo que llevaba á Roma al imperio del mundo, sin que por eso dejen de citarse casos en que la primera abriese sus claros y debilitara su fondo, y la segunda se formara en línea contínua, operaciones ambas ejecutadas con el éxito mas feliz.

Un pueblo valeroso que ocupaba un país sumamente quebrado debia tardar en adquirir el convencimiento de la fuerza que en sí encierran las grandes masas; y efectivamente, el nuestro mantuvo por mucho tiempo su costumbre primitiva de pelear diseminado, al menos en grupos poco considerables.

Los primeros historiadores nos hablan, sin embargo, de una ordenanza estudiada en las masas, sistema mas ó menos sabio, pero completo, para utilizarlas en el combate. Segun Suetonio y Vegecio, los españoles extendian su línea de batalla en haces ó catervas de á 6,000 infantes dejando entre sí claros suficientes para el paso de otras de á 2,000 caballos que hasta el momento oportuno se mantenian siempre á retaguardia, claros que al empezar la pelea se hallaban cubiertos por pelotones de caballería con infantes á la grupa que la inauguraban escaramuceando y disparando sus dardos. Nosotros no vemos en este órden mas que una imitacion bárbara de la legion, y es de suponer que no lo usasen nuestros antecesores sino posteriormente á la llegada de los romanos y en muy raros y limitados casos.

Mas reconocido se halla el uso de la formacion triangular ó en cuña (cúneo), importada probablemen-

te por los griegos que la habian admirado combatiéndola en Thimbrea y la usaron despues como una evolucion de la falange en Leuctres y Mantínea. Tito-Libio dice al describir una de las batallas de la Península: «Los celtíberos, comprendiendo su debilidad para re»sistir á las legiones si combatian de frente y en una »misma línea, cargaron en triángulo. En esta clase de »ataques, tienen comunmente tal ventaja que es impo»sible contrarestar su choque cualquiera que sea el »punto del ejército enemigo al que dirijan su carga.»

La fuerza del cúneo está en la comunidad de esfuerzos de todos los soldados hácia un punto solo, fácil por lo mismo de arrollar, dividiendo así la línea en que se penetra; pero la legion en las diversas suyas, cada vez mas robustas segun iban siendo aterradas las primeras, tenia medios para ir remachando aquella punta hasta inutilizarla por completo. Los triunfos de nuestros antepasados deben atribuirse mas bien á su valor y al desprecio de la vida que los arrastraba á resistir la robusta organizacion de los que no encontraban ya en el mundo obstáculo á su pujanza.

Si el cúneo hubo de desaparecer pronto como sistema de entre los usuales para disponer las masas en el campo de batalla, no sucedió lo mismo con otro, original del país, y en el que jamás han encontrado rivales sus habitantes. Aludimos al de fuerzas diseminadas que molesten al enemigo en sus marchas y campamentos, lo acosen de contínuo, lo asalten en los momentos inesperados y lo conduzcan á desfiladeros y pasos difíciles donde el valor suple al número y á la disciplina.

Y no se tenga por tal sistema el de *brigandaje*, como han dado en llamarle quiénes al frente de ejércitos organizados con toda regularidad por hombres eminentes en las armas, no pudieron domeñar á nuestros incansables y perspicaces compatriotas; que nosotros lo tenemos, dentro de ciertos límites, como muy adecuado á la naturaleza del suelo peninsular, y propio, de consiguiente, para mantener la independencia del país, mira la mas elevada á que debe aspirar quien presuma de levantados y patrióticos pensamientos.

Los hombres que organizando una fuerza en país montuoso, se aprovechan de él para aumentarla progresivamente, adiestrándola en el ejercicio de las armas y en las combinaciones de la guerra, endureciéndola con la fatiga, animándola con victorias proporcionadas y creando un espíritu de órden con el que logren merecer despues señalados triunfos, no deben llevar ese nombre bochornoso que quiere dárseles, y el caudillo que obedece á esos fines y los soldados que coadyuvan á sus pensamientos, mostrando una fuerza de voluntad que no cede ni ante los reveses ni ante los trabajos, pueden ser muy bien colocados en la lista de los que por sus virtudes militares legan su nombre á la posteridad.

Mas aun: ese sistema es lógico, pues ocupado un territorio por fuerzas, aun cuando poco numerosas, sin los entorpecimientos que consigo llevan los ejércitos conquistadores, apoyadas en el país, tanto en el sentido de los abastecimientos como en el de las confidencias, adquiere una superioridad indisputable solo con la circunstancia de no tener que recorrer mas

que los rádios ó las cuerdas del círculo de sus operaciones ó de ocupacion; pudiendo lanzarse sobre las extremidades segun convenga á su objeto y en las ocasiones mas favorables. Es un axioma militar, por otra parte, el de que la guerra ha de mantenerse á sí misma, y mal podrá sostenerla un ejército que necesite encontrarse siempre concentrado para no verse acometido y roto á cada instante y sin poder esparcir en todas direcciones destacamentos que le procuren los medios de subsistir y las noticias precisas para operar con probabilidades de exito. El aprovechar esta superioridad, hacerla efectiva y conseguir el triunfo son resultados que, mas que á la audacia, corresponden al genio.

En el curso de esta historia veremos cómo varios de los caudillos que operaron en esta forma, siguiendo el espíritu marcial de sus compatriotas, supieron con el tiempo y con el ejercicio adiestrar sus tropas á punto de formar grandes masas que ó bien incorporaron á los ejércitos regulares ó llevaron aisladamente al campo de batalla.

Y en prueba de que ese sistema de guerra no es exclusivo sino calculado y sujeto á las condiciones de nuestro territorio y al objeto especial de una guerra defensiva, es que apenas desembarazada España de sus enemigos interiores, tras la dilatadísima lucha de la reconquista contra la Media luna, y al sacar sus hijos del suelo patrio á influir con las armas en los destinos del resto de Europa, se la ve formar ejércitos regulares organizados segun principios sabios que ella misma inventa ó resucita, regidos por la mas severa disciplina, uniformes, compactos y halagados,

de consiguiente, por la fortuna, compañera en las batallas del órden y el talento, de la obediencia y de la union. No basta para las empresas gigantescas en que se ve comprometidos á los españoles en aquella época el órden defensivo que se les achaca como único que alcancen, antes bien es necesario aquel que exige dotes que revelan el genio conquistador, guerrero, político y administrativo.

Hemos dicho que Amilcar experimentó los efectos de ese sistema peninsular en toda su extension. Ademas de haber sufrido en sus marchas la hostilidad constante de los españoles, vió dolorosamente, momentos antes de morir, roto y disperso su brillante ejército, victorioso en nueve campañas sucesivas, por efecto de una estratagema cuya imitacion habia de salvar despues á su hijo en Italia.

Tenemos que describir esa manera de hacer la guerra para reconocer despues su conformidad con la empleada en parte contra los franceses en la de la Independencia. Nada mas fácil; pero con el objeto de no despojar la descripcion de esa originalidad y sabor antiguos que revelan la verdad, vamos á acudir á dos historiadores, romano el uno y que asistió con Escipion á la guerra de España, español el otro y penetrado perfectamente del espíritu de los escritores que le habian precedido en la narracion de nuestras luchas con Cartago y Roma.

«Llámase *guerra de fuego*, dice Polibio, á la que »Roma hizo entonces á los celtíberos. Esta guerra »efectivamente tuvo un carácter particular de encar»nizamiento y ofrece una serie continuada de com»bates. En Grecia ó en Asia, casi siempre una bata-

»lla, rara vez dos, decide la lucha, y en estas mismas batallas todo depende de un solo momento, el »del ataque ó del choque. Pero en la guerra de que »aquí se trata, las cosas tomaron otro rumbo. Ordi»nariamente solo la noche interrumpia estas peleas en »que los combatientes no dejaban á la fatiga triunfar »del alma ni del cuerpo, y, como sintiendo haber »abandonado el campo de batalla, volvian de nuevo »á nuevas luchas: apenas el invierno interrumpia la »serie de aquellas interminables hostilidades. En fin, »si se quiere representar una guerra de fuego no hay »que concebir otra que la de que tratamos en este »momento.»

Florian de Ocampo, al relatar la marcha de Amilcar de Barcelona á Elche, y despues de describir el paso del Ebro, agua arriba de Tortosa, refiere así los combates que tuvo que sostener el capitan cartaginės. «Los betulones catalanes de quien arriba hablamos, y »los otros principales sus favorecedores, salieron lue»go tras él como solian, para perjudicarle en todas »las maneras y pasos donde hallasen aparejo. Hacian »siempre sus arremetidas en lados y rezaga no des»cansando momento, ni dándoles vagar ni tiempo de »reposo. Muchos de ellos, metidos adelante por cual»quier parte que podian, apellidaban la tierra, decla»raban el robo que traïan estos cartagineses de las na»ciones españolas engañadas ó vencidas, y daban re»lacion de la ciudad que dejaban hecha para con ella »sojuzgar y destruir todo lo restante hasta los mon»tes Pirineos. Como los españoles de aquel siglo, »cuanto mas dentro morasen de la tierra, tanto mas »fuesen esquivos y feroces por estar desviados de la

»comunicacion y tratanza de los extranjeros, oidas »estas nuevas y sintiendo cerca de sí tantos enemigos »y tan grueso campo, venian impetuosamente de mu»chas partes á los reconocer y resistir. Y así se jun»taban unos con otros á bulto, sin tener hombre no»table que los gobernase ni rigiese; pero segun ya di»je, llegaban tantos cada dia que muchas veces bas»taron á turbar el ejército y romper harto trecho de »la rezaga, y destrozar tantas banderas, que si no tu»viesen el esmerado capitan que traian, los destruye»ran de todo punto.»

Algunas de las tribus célticas solian fortificar sus moradas, pero en lo que ponian un esmero especial así los galáicos como los iberos del litoral del Mediterráneo, era en resguardar de los piratas las calas y playas mas propias á estos para abrigarse de los temporales ó para verificar un desembarco. Muros elevados de mampostería y aun en algunos puntos torres de construccion ciclópea que todavía se admiran en sus restos, muy semejantes á las de los pelasgos en Italia, abonan este aserto de los griegos y romanos que vieron todas las costas guarnecidas de pequeños fuertes, como ahora se ven con las torres levantadas contra las depredaciones de los turcos y berberiscos en los tres últimos siglos.

Para combatir aquellas fortificaciones deberian emplearse medios eficaces; pero, desgraciadamente, si existian, son ignorados y tenemos que esperar á la venida de los cartagineses para descubrir los primeros ensayos de la tormentaria en España. El ariete, cuyos primeros golpes sirvieron para abrir ancha brecha en las murallas de Cádiz, al arrojar de ellas los car-

tagineses á los fenicios, es el ingenio que en primer lugar citan los historiadores. Tito-Libio menciona tambien lobos, catapultas y torres en poder de los cartagineses; mas el silencio de los demás escritores de aquella época quita algun fundamento á sus asertos.

Tal vez parezca larga y enojosa esta descripcion de los primeros acontecimientos históricos en la Península, y de las costumbres militares de sus moradores; mas para comparar unos y otras con los de la época moderna, son necesarios algunos pormenores. En adelante en la corta revista objeto de la introduccion, solo mencionaremos aquellos grandes sucesos que, habiendo influido en la suerte de España, vengan á comprobar cuanto cumple á nuestro propósito.

IV.

Dos siglos pasaron antes de que los romanos pudieran considerarse dueños de la Península; dos siglos de lucha incesante, encarnizada, sin tregua alguna. Venció al fin la disciplina romana, «sin la cual, decia »Vegecio, los descendientes de Rómulo nada hubieran »conseguido contra la muchedumbre de los galos, con-

»tra la corpulencia de los germanos, ni contra el nú»mero y las fuerzas corporales de los españoles,» pero aun así, la guerra de España fué en Roma causa de discordias, motivo de escándalo, y el terror en ocasiones la hizo tan impopular como despues llegó á serlo en el imperio napoleónico.

En la historia de aquellos dos siglos se manifiestan siempre el valor y la noble pertinacia de los españoles, y siempre tambien aquel espíritu de division que hacia inútiles los esfuerzos mas heróicos; si alguna vez asoma un momento de concordia, un pensamiento de unidad, se descubre próximo el instante de la emancipacion y se ve á Roma acudir á los artificios mas reprobados para romper los lazos fraternales que sabe han de causar su expulsion del país.

Tres veces se encuentra esta á punto de realizarse; en la guerra de Viriato, en la de Numancia y en la de Sertorio.

Las vejaciones de los romanos al poco tiempo de haber abandonado la España Escipion el Grande, llegaron á ser mucho mas duras y frecuentes que las que habian cometido los cartagineses; se hicieron insoportables. La rapacidad de los pretores no conocia límites; y á fin de satisfacer su codicia para alcanzar el favor de sus compatriotas, ávidos siempre de fiestas y espectáculos costosísimos, sujetaban á los vencidos á las exacciones mas cuantiosas y humillantes. La menor oposicion irritaba á aquellos delegados, mas tiranos aun que los sátrapas de Oriente; y al menor pretexto, sin él muchas veces, recurrian á la violencia y al castigo.

Uno de aquellos malvados extranjeros, Galba,

avaro al par de su colega el cónsul Lúculo, andaba por Lusitania robando y destruyendo campos y poblaciones, hasta que viendo frustrados sus planes codiciosos con la fuga de los habitantes, ideó el mas inícuo, ruin é inhumano que ha podido concebir mortal. Fingiendo compadecerse de los montañeses y quererlos atraer á la amistad de Roma, los convidó con tierras pingües donde á beneficio del trabajo pudieran ocurrir á su sustento, y cuando incautos aquellos y confiados noblemente en la fé romana, aceptaron la oferta de Galba, este ejerció en ellos la mas atroz carnicería.

Salvóse de aquella matanza Viriato, tipo perfecto del guerrero español. Empeñando primero pequeñas escaramuzas, aprovechándose de las condiciones del terreno y valiéndose de las mas sutiles estratagemas, y presentando poco despues batallas campales con superior habilidad, fué venciendo, uno tras otro, á los pretores Vetilio, Plancio, Unimano y Nigidio; mantuvo la campaña varias veces con fortuna ante el cónsul Fabio Máximo, imitador del gran Fabio, é hizo capitular mas tarde al cónsul Serviliano, encerrándole en angosturas de dificil salida. Solo el asesinato, vilmente comprado por Cepion con el oro y el deshonor de Roma, pudo vencer del fiero Lusitano, cuando escuchando su voz y siguiendo su ejemplo, principiaba la mayor parte de la Península á salir de su letargo, y unida en un solo pensamiento hubiera podido sacudir el yugo extranjero.

En los doce años que trascurrieron desde la propretura de Galba hasta la muerte de Viriato, Roma vió sus ejércitos casi siempre vencidos, desacredita-

dos sus mas hábiles generales, sus pueblos llenos de temor y de vergüenza, y llegó á confesar despues por el órgano de sus historiadores, «que habia asesinado »á Viriato porque no habia podido vencerle.»

Viriato, apoyado en la gran base de operaciones que le ofrecian las montañas de Lusitania, su tierra natal, no solo rechazó victoriosamente los ataques de los romanos trasladándose con rapidez á los puntos por donde estos intentaban penetrar, ya por el valle del Tajo, bien por el del Mondego, sino que mostrándose casi siempre agresor, invadió la Bética donde se hallaba sólidamente arraigada la dominacion romana, y obtuvo en aquella provincia sus triunfos mas brillantes. De manera que Viriato, no solo mostró el esfuerzo y desenfado genial de sus compatriotas y su habilidad en aprovechar los medios que ofrece el país para combatir, sino que tambien, por confesion misma de sus enemigos, se presentó á manera de gran capitan en las batallas campales y sacó á luz las dotes todas de un eminente estratego. Un francés, historiador de España, dice á propósito de la batalla de Évura: «Apareció Viriato en aquella contienda con ínfu»las de esclarecido capitan: sus miradas eran certeras, »sin par su denuedo, y se le veia por fin acudir á todo »con tal tino que dejó desconcertados á los romanos.»

Y sin embargo, y á pesar de haber faltado Roma á las estipulaciones de Serviliano aprobadas por el Senado, y hasta de haber llamado á Viriato «amigo »del pueblo romano,» apellidó á la guerra de España *guerra de salteadores*. ¡Estraña coincidencia! ¡Veinte siglos despues á una lucha de índole igual se daba el nombre de *guerra de brigantes, de bandidos*! El orgu-

llo y el despecho se manifiestan siempre con los mismos caractéres.

A la guerra de Viriato sucedió la de Numancia.

La muerte de aquel insigne patricio hizo desmayar á los habitantes en la defensa de su país y desbarató la liga formada con los pueblos de la Celtiberia. Roma pareció quedar en posesion segura, si no pacífica, de las regiones central y occidental de la Península, y ya dirigia sus miras hácia el Norte, cuando una ciudad pequeña, pero fundada en punto que por su situacion respecto al sistema militar de España, pasa por de la mayor importancia, se atrevió á desafiar su poder y aun lo mantuvo vacilante por muchos años.

Ya antes y en la guerra de Viriato, habia Numancia demostrado el disgusto con que veia á los romanos en el centro de la Península; pero sufrian estos la arrogancia de aquella *nacioncilla*, como la llamaba alguno de ellos, por no suscitarse mayores dificultades cuando los pretores de la Ulterior andaban tan mal parados con el cazador lusitano.

Una vez muerto éste, el cónsul Pompeyo que mandaba en la Citerior, pretextando la buena acogida hecha por Numancia á algunos celtíberos fugitivos, se propuso la destruccion de la ciudad y rompió los tratados que garantizaban su independencia.

No era, sin embargo, la empresa tan fácil como se la habia imaginado el presuntuoso romano; así que, á pesar de haber llevado á ella 32,000 infantes y 2,000 caballos, despues de varias tentativas para atraer á una batalla campal á los 10,000 defensores de Numancia, y despues de sufrir grandes pérdidas en las celadas y escaramuzas que le armaban, tuvo que reconocer de

nuevo la independencia de la ciudad para al concluir el tiempo de su mando no volver á Roma desairado ó vencido.

A Pompeyo sucedió Mancino, quien, rechazado de los muros, hubo de levantar el sitio que habia puesto á la ciudad, y con su rendicion poco posterior y su ignominioso suplicio hizo se manifestaran de nuevo la mala fé de los romanos y la generosidad y gallardia de los numantinos. Furio Filo se contentó con ejecutar la sentencia de Mancino; y Pison, que vino á relevarle, fué á su vez derrotado como los cónsules sus predecesores y llevó á Roma la consternacion y el espanto de que se hallaban poseidos los legionarios que peleaban en España.

Escipion, el menor de los Africanos, el que habia arrasado los muros de Cartago, el caudillo prudente que se vanagloriaba de no combatir sino forzado por la necesidad, diciendo «que su madre le habia parido »para capitan y no para soldado,» vino por fin á restablecer la disciplina perdida y el espíritu decaido de los descendientes de Rómulo. Acompañábale una multitud de amigos llenos de emulacion y deseosos de adquirir nombre bajo tan esclarecido jefe, formando para defenderle y darle prestigio una numerosa cohorte en que se distinguian guerreros como Yugurta, Mario y Quinto Fabio Máximo, historiadores como Polibio, Sempronio-Aselion y Aulo Gelio, y hasta poetas como Lucilio.

Numancia vió, pues, al frente de sus muros la juventud selecta de Roma, príncipes de tierras remotas haciendo el aprendizaje de las armas, sabios y escritores, cuanto podia imaginarse para ornato del que

habia de ser su vencedor; pero que realmente no hacian mas que tejer la corona inmarcesible de la ciudad que iba á desaparecer en el polvo, cuyo nombre, sin embargo, se repetiria de generacion en generacion como ejemplo de valor, de abnegacion y patriotismo.

Numancia cayó, pero no al impulso de las armas y de las máquinas, sino al de las llamas en que se arrojaron sus habitantes, contra quienes no se atrevian á levantar sus manos, los que necesitaron cubrirse de lodo y endurecerse en las fatigas para mantenerse á pié firme sobre las fortificaciones con que circunvalaron la ciudad. Cayó, y debemos confesarlo, por las causas mismas que produjeron la ruina de Sagunto y la muerte de Viriato; porque, segun dice nuestro historiador Morales, «¿cómo habiamos de vencer los es»pañoles á los romanos siendo nosotros mismos los »que procurábamos nuestra destruccion?» «Con la »concordia se mantuvo y con la discordia pereció,» decia tambien nuestro compatriota Tireso; y Polibio, Estrabon y todos los historiadores romanos, atribuyen á la desunion la caida de Numancia y la servidumbre posterior de España.

Una época, aunque corta, de union va á poner al país á punto de alcanzar su independencia y de vengarse acaso de su mortal enemiga en su seno mismo.

Quinto Sertorio que desde sus primeros años habia servido en la Península y admirado el carácter de los españoles, pensó al huir de los seides de Sila, que halagando el espíritu independiente de los iberos y uniéndolos en intereses y disciplina, podria mantener el partido de Mario y aun restablecer en Roma el poder democrático. Y efectivamente, si en un principio y

desconociendo todavía los españoles el carácter y el talento del proscripto, no le ayudaron con la eficacia necesaria para vencer las legiones de Sila, poco despues de su segundo arribo á nuestas costas se le allegaron cuantas naciones se mantenian en guerra con los invasores ó libres de su tiránica dominacion.

Unidos entonces y bajo la direccion de un hábil capitan que les enseñó las ventajas de la disciplina militar, volvieron á lucir dias de triunfo, de victorias como las de Viriato, y en su desesperacion tuvo Roma que apelar á los mismos medios de dividir y á los puñales mismos que habian acabado con el Lusitano.

Vencido facilmente el pretor Cota por los portugueses; puestos en fuga vergonzosa Lucio Domicio y Manilio por Hirtuleyo, teniente de Sertorio; burlado siempre y derrotado Metelo Pio y aun el mismo Pompeyo el Grande, saludado tiempo habia con el título de Imperator, ya era dueño Sertorio de la mayor parte de la Península, é imaginaba llevar muy pronto la guerra á Italia, atravesando los Alpes como Anibal, cuando los generales romanos acudieron á la traicion para atajarlo en el camino de sus victorias, buscando entre los compatriotas de Sertorio que diariamente se acogian á sus banderas, el que le clavó alevosamente el puñal que habia de libertar á Roma de un dominador y á sus generales de un rival afortunado.

La batalla del Sucron, los sitios de Contrevia y de Laurona y cien otros combates mostraron de cuanto eran capaces los españoles unidos bajo una direccion acertada; y cuando esta cesó por la muerte de Sertorio y la defeccion de los romanos, que despues pasaron al campo de Pompeyo en busca del precio de su

alevosía, nuestros compatriotas, viendo imposible el triunfo, ofreciéronse á millares en hecatombe á los manes de su general. ¡Ejemplo insigne de adhesion y de afecto hácia el que los habia puesto á pique de obtener la suspirada libertad!

Ya nada pudo resistir con fortuna; y España, objeto predilecto de la rapacidad de los delegados romanos y víctima de toda clase de vejaciones y de ultrajes, se dividió en los dos partidos que representaban César y Pompeyo. Tomando parte en las contiendas que estos mantuvieron en nuestro territorio, regáronlo abundantemente los españoles con su sangre para procurar el dominio de uno ú otro de los rivales.

Cesaron aquellas luchas fratricidas y ya se iban á cerrar las puertas del templo de Jano, cuando por las montañas de los cántabros y astures resonó el grito pavoroso de la guerra. Cuál fuese el terror que infundiera en Roma y el cuidado de Octavio Augusto por aquella sublevacion que venia á turbarle en su imperio universal se deja ver en que quiso él mismo sofocarla y acudió, escoltado de numerosas legiones, á cubrirse con el laurel de la victoria. Horrorizado, sin embargo, por la tenaz resistencia que le oponian los cántabros y temeroso de la cólera celeste que parecia manifestarle la injusticia de su empresa, se volvió á Tarragona, dejando á Antistio y á Carisio la direccion de la guerra.

Acabáronla, efectivamente, los dos generales con el sacrificio de cuantos habian intentado su emancipacion, los que clavados en cruz y cantando los himnos bélicos de la patria dieron su último aliento por ella, como poco despues en las Médulas cerraron los astu-

res la era de las guerras, dando principio á la paz universal que recibió el nombre de Octavio.

Era el año de 23 antes de la venida del Salvador cuando tuvo fin aquella contienda, postrer esfuerzo de un pueblo amante de su independencia, pero dividido y sin conocimiento de su verdadera fuerza. Cuantas veces pudo siquiera presumirla se vió próximo á alcanzar el fin que se proponia cada region separadamente en sus luchas parciales. Sus enemigos, como mas diestros y cultos, sabian muy bien que con la union de los españoles era imposible la victoria, y promovieron y fomentaron sus discordias y rencillas.

Cuanto nosotros dijéramos sobre este punto seria frio y desautorizado: acudamos á los antiguos cronistas y por ellos sabremos lo que los españoles por su candor é ignorancia no pudieron conocer antes ó, conociéndolo, no supieron aprovechar.

Ambrosio de Morales, traduciendo á Veleyo Patérculo que nos dejó la memoria de las últimas guerras, se explica así: «En estas provincias de España desde »que fué enviado á ellas Neyo Escipion, de tal mane»ra peleamos con ellas con mucha sangre, tanta de »romanos como de españoles, por espacio de doscien»tos años; que perdiendo capitanes y ejércitos, mu»chas veces se le hizo afrenta al imperio romano y aun »se vió puesto en peligro. Por que estas dos provin»cias fatigaron, y al fin consumieron con la muerte »á los dos Escipiones. Maltrataron por espacio de vein»te años á nuestros pasados, con la muy afrentosa »guerra del capitan Viriato. Menearon é hicieron dar »vaivenes para caer á todo el pueblo romano con el »espanto de la guerra de Numancia. En aquellas pro-

»vincias rompió el pueblo romano el feo concierto de »Quinto Pompeyo, y el otro mucho mas feo de Man»cino, con la grande ignominia de entregar el capitan »general. España mató muchos capitanes generales, »consulares y pretorios; y en tiempo de nuestros pa»dres, levantó tanto á Sertorio con el gran valor y es»fuerzo de los suyos en las armas, que por cinco años »no se puede juzgar cual tenia mas poderío en ellas, »Roma ó España, y cual de las tierras habia de que»dar por señora de la otra. Pues estas provincias tan »extendidas, tan llenas de moradores tan feroces: Au»gusto César las puso en tanta paz que donde jamás »cesaban grandes guerras, ahora gobernándolas Publio »Antistio, Publio Silo, y despues los otros llegados, »no se halla ni aun solo un salteador.»

Lucio Floro dice: «España no intentó nunca levan»tarse en masa contra nosotros midiendo sus fuerzas »con las nuestras para sacudir la dominacion roma»na ó defender paladinamente su libertad; porque si »lo hubiese intentado, su misma situacion entre el mar »y los montes Pirineos que la cercan, hubiera hecho »imposible hasta el invadirla.» Estrabon dice igualmente: «Las otras provincias fueron conquistadas por »los romanos de una vez, España repartió sus guerras »por muchos tiempos, y parece que las tenia como »en depósito para gastarlas poco á poco.»

Así cayó España en la servidumbre de los romanos admirados cada dia mas de su victoria al estudiar y observar la naturaleza de nuestro suelo y el carácter de un pueblo fiero, orgulloso y tenaz cual ninguno de los que habian conquistado. Todos ellos se sometieron perdida una gran batalla ó despues de una

campaña desgraciada, sufriendo la esclavitud con resignacion: los españoles mantuvieron la guerra dos siglos enteros y al ser vendidos en Roma despues de un desastre no alcanzaban valor alguno, seguros los compradores de que al dia siguiente no encontrarian mas que cadáveres en los calabozos.

En la Península, ya que se sometieron al Imperio participando de la paz general que siguió á la sublevacion de los cántabros y astures, y apartados del movimiento producido por el cambio frecuente y tumultuoso de emperadores, los españoles demostraron tomar con fruto una y no pequeña parte en el progreso intelectual, dando á Roma filósofos como Séneca, poetas como Marcial y sobre todo Césares que, como Trajano, llenaron el mundo con la fama de sus hazañas y beneficios.

Pero cuando tuvieron ocasion de probar hasta donde rayaba su heroismo, aun fuera de los combates, fué al tomar asiento en las provincias españolas la nueva doctrina religiosa difundida desde lo alto de la Cruz por las extremidades del mundo. Acogióse en España con afan y fervor sumos, cómo signo de la libertad y de la fraternidad humanas, y presentáronse á millares los españoles ante los tribunales de los tiranos á obtener la palma del martirio, confesando en alta voz la fé en el Crucificado y desafiando la cólera de los dioses del paganismo y la venganza, la rabia y la sed de sangre de sus ciegos adoradores.

V.

Innumerables gentes en su mayor parte desconocidas, de aspecto pavoroso y de feroces instintos, habian cruzado el Danubio y el Rhin, esas dos grandes corrientes que separaban la civilizacion de la barbarie, y se extendian por las tierras de Occidente devastándolas como la lava de un volcan invade y asuela cuanto encuentra en su arrebatada carrera.

Ya en tiempo del emperador Galieno (260 de J.C.) salvaron el Pirineo suevos, francos y otros bárbaros del Norte, y destruyendo ciudades y matando á sus moradores, indefensos para tranquilidad de Roma, recorrieron una gran parte de España hasta pasar por el estrecho gaditano al Africa septentrional. Pero principiaba ya el siglo V cuando tuvo lugar la grande irrupcion que arrancó el país á la dominacion romana y que habia de mantener la suya por espacio de mas de trescientos años.

¿Por qué esta invasion no encontró la oposicion que en las precedentes hallaron cartagineses y romanos? ¿Era que habia decaido el valor antiguo con paz tan dilatada? ¿Habia sucedido la postracion á aquellos alar-

des tan fieros de amor á la independencia tan ruda y cruelmente reprimidos? ¿Acaso los españoles identificados ya con sus dominadores padecian de la molicie y relajacion de costumbres que habian producido primero la decadencia y despues la ruina de la que acababa de ser la señora del mundo?

No: Roma no se habia asimilado los pueblos; les habia impuesto leyes y en gran parte su lenguaje; pero no les habia dado sus fueros y prerogativas, y mal puede asimilarse un pueblo privado de garantías, sumido en la esclavitud, con el que vive con ellas, y las reparte á capricho, muy rara vez y en circunstancias muy extraordinarias. Era, pues, completamente indiferente á los españoles el que sus dominadores se llamasen romanos ó godos; y aun si se atiende á la legislacion de unos y otros y á su conducta en España, era muy preferible la servidumbre impuesta por los recien llegados á la dura esclavitud que caracterizaba la dominacion romana. Por eso en cuantas luchas mantuvieron los imperiales en la Península defendiendo las plazas del litoral del Mediterráneo, que pudieron conservar por mas de dos siglos, ó tratando de extender su accion al interior cuando recibian refuerzos de la metrópoli de Oriente ó se hallaban animados por las victorias de Belisario y de Narses, los españoles se mostraron en general meros espectadores, mientras los godos iban atacando á aquellos y los iban venciendo, segun se lo permitian sus diferencias con los suevos y las suscitadas entre ellos mismos por la condicion electiva de sus monarcas.

Los españoles se levantaron, es verdad, en varios puntos y ocasiones y formaron aquellas terribles ban-

das de *Bagaudos* que en general fueron á acogerse á las montañas septentrionales de la Península; pero no fué para ayudar á unos ú otros de los contendientes extranjeros, sino para salvar sus vidas amenazadas ó para vengarse de las depredaciones que sufrian. Todo al principio de la irrupcion fué desórden y espanto: no se sabia en los pueblos, envueltos en fuego y sangre, quienes eran los mas temibles; si los vándalos, suevos y silingos que acababan de entrar, si los romanos que al despedirse no querian dejar mas que ruinas á sus enemigos, ó si los mismos naturales armados de ira y sedientos de venganza; pero los visigodos, mas civilizados que los primeros invasores y mas humanos que los imperiales, fueron imponiendo poco á poco la obediencia y devolvieron la paz.

Si la irrupcion de los septentrionales revela la desunion de los españoles y romanos, la de los árabes vino á hacer manifiesto el alejamiento de aquellos respecto á los moradores de la Península. No tenemos que acudir para hacerlo ver á la ley de razas, valla de separacion entre vencedores y vencidos rota tan solo en los últimos tiempos de la dominacion goda; nos basta representarnos por un momento la tan funestamente célebre batalla del Guadalete.

Poco importa á nuestro propósito el sitio del combate, llevado nuevamente á orillas de otro rio, ni las diferentes vicisitudes en los varios dias que duró la pelea, sea por la poca energía que en ella desplegaron los godos, vencedores en los primeros trances, ó por la manera de guerrear de los africanos dados á algaradas y rebatos poco decisivos hasta alcanzar el conocimiento de las fuerzas enemigas; lo que interesa

en este momento es observar el estado moral de los que iban á decidir la suerte de España en aquella jornada memorable.

Numeroso y brillante era el ejército de don Rodrigo, exígüo y pobre el de los bereberes; nadie al verlos y comparar las fuerzas hubiera vacilado en decir de qué lado deberia inclinarse la victoria. Pero entre los godos reinaba la discordia, esa sierpe venenosa que acobarda á los hombres; y entre los agarenos no habia mas que una voluntad, la de Tarec, ni mas ambicion que la de obtener la victoria ó el paraiso. Mas aun: en el campo de los infieles pululaban los españoles, unos por enojados, otros por amigos de novedades, muchos por aquel espíritu batallador de los primeros tiempos. Todos estos se habian afiliado voluntariamente á los árabes en su excursion hasta el Guadiana; y los que iban á pelear entre los godos, arrebatados de todas las provincias por el ejército, caminaban persuadidos de que como españoles no obtendrian ventaja alguna.

Corrió la sangre á torrentes por espacio de cinco ó de siete dias, que sobre esto no se hallan acordes los historiadores; y al fin, impelidos los bereberes por su genial bravura y el ejemplo de su intrépido caudillo, ayudados por los españoles de su campo y viendo la desercion de los que en el opuesto peleaban con don Oppas y los hijos de Witiza, lánzanse allá á lo mas recio de los escuadrones godos, dando al aire su grito de guerra y agitando sus lanzas y cimitarras, y arrollan cuantos obstáculos van encontrando. La poca caballería de los godos cede ante la numerosa de sus contrarios, y la infantería, formada de gente colecti-

cia, mal armada y sin espíritu ni disciplina, huye desbandada, llenando el campo de cadáveres y el país todo que recorre de espanto y desolacion.

Nada resiste en adelante: las ciudades abren las puertas á Tarec y sus tenientes ó les oponen muy débil resistencia, y hasta Toledo, en donde se apoderan de todas las coronas y tesoros de los monarcas godos, y hasta Mérida, admiracion de Muza, solo Ecija y Córdoba lograron detener un momento á los invasores. Los españoles, (*Rumies* como los llamaban los árabes) viendo respetadas sus iglesias y haciendas, cedieron en todas partes; los godos, al perder las pocas fortalezas en que se fueron guareciendo y el pequeño reino de Teodomiro en Murcia y Orihuela, demostraron que solo habian campado en España durante los tres siglos de su dominacion y fueron á las montañas del Norte á confundirse en la nacionalidad que habian hasta entonces menospreciado.

VI.

La batalla del Guadalete dió principio á la contienda mas dilatada é importante de cuantas registra la historia española.

Cerca de ocho siglos ardió en la Península la fra-

gua de la pelea constante, abrasadora. Generaciones y generaciones, unas tras otras, sin interrupcion ni descanso, alimentaron su fuego centelleante, y jamás el eco de la montaña dejó de repetir el martilleo de los combates, ni la corriente de uno ú otro valle dejó de llevar ensangrentadas al Océano sus aguas. Monarcas de ánimo levantado y capitanes de corazon de hierro y en que resplandecia el genio de la guerra, brillaron en el campo de los españoles, llevando encadenada la victoria á sus banderas; los pueblos ofrecieron su sangre y sus haberes sin tasa; nunca se vió mejor deseo ni mas acendrado patriotismo; y sin embargo la reconquista cristiana fué tan lenta, tan interrumpida de infortunios, tan azarosa, que solo á los setecientos ochenta y un años de combatir se vieron ondear en las torres de la Alhambra los pendones de Castilla y de Aragon.

¿Qué veneno sutil emponzoñaba la sangre, ó que espíritu maléfico turbaba las inteligencias para hacer inútiles esfuerzos tan generosos, y dejar sin resultado acciones tan magnánimas como las que se vieron en aquella época de eterna fama? La discordia.

Vamos á detenernos un momento en este período de nuestra historia nacional, pues que presenta una circunstancia muy notable para nosotros, la de una perfecta semejanza, á pesar de las diferencias de los tiempos y de su duracion, con la guerra de la Independencia.

«Ambas causas eran una misma, y nosotros aun»que franceses, dice Cárlos Romey, no diferenciare»mos una contienda de otra; ambas fueron naciona»les, y por tanto legítimas.» Pero si las causas eran

iguales, impuestas por la necesidad de la defensa, tambien los medios con que esta se llevó á cabo fueron semejantes, exceptuando los puramente materiales, producto de otro estado de civilizacion y de adelantamiento en las artes, y muy parecidos los accidentes múltiples de ambas contiendas, hasta en ser uno mismo el lugar en que se lanzó primeramente el grito de independencia.

La organizacion, la disciplina y el conocimiento del arte militar estuvieron por mucho tiempo en el campo de los invasores, y naturalmente obtuvieron estos con tales elementos esplendentes victorias y llegaron á sojuzgar la mayor parte del país. Pero en España es difícil alcanzar triunfos decisivos, por el carácter de los habitantes y su manera de combatir; así que una vez decididos á defender su libertad ó á recuperarla, la lucha no podia menos de ser obstinada y larga. Iban á repetirse los hechos mismos que en la guerra con los romanos; y con ellos iba á demostrarse que tenacian aquel espíritu marcial y aquella abnegacion que habian llegado muchas veces á cansar la perseverancia proverbial del pueblo-rey.

El resultado no podia preverse en los primeros momentos, pues habia de consistir en no pequeña parte en la conducta de los invasores. En un principio árabes y franceses obedecieron las inspiraciones de sus jefes naturales, cumpliendo aquellos ciegamente las órdenes del Califa de Bagdad y despues las del de Córdoba, una vez declarada independiente la dinastía de los Ommiadas, así como los franceses caminaron en la conquista bajo un solo pensamiento. Pero cuando en unos y otros, árabes y franceses, se despertaron las

ambiciones y se excitaron las envidias, distraidos los monarcas en apartadas empresas, los españoles fueron comprendiendo que la discordia que á ellos los habia dividido y hécholes débiles, amenguaba, á su vez, la pujanza de los enemigos, y que era necesario confundirlos con la union, la disciplina y el arte adquiridos lentamente y con las propias desgracias.

En los romanos habian subsistido estas cualidades sin interrupcion hasta la total dominacion de España; no podia, pues, ser dudoso el resultado apareciendo dividido é ignorante el bando español: desde el momento en que desaparecieran de las filas de los árabes y de los franceses podia darse por segura la victoria de nuestros compatriotas, si por el contrario daban ellos algunas muestras, aunque pequeñas, de haberlas adquirido.

Calatañazor, las Navas, el Salado y Granada, esas cuatro grandes etapas en la marcha penosísima de la guerra contra los moros, demuestran perfectamente el influjo de la union y la necesidad de ella.

Los españoles, á fuerza de valor y de constancia, habian logrado hacer de las montañas en que se dió el primer grito de libertad, un asilo seguro para épocas de desgracia, tan frecuentes en los dos primeros siglos, y aun podian mantenerse en la derecha del Duero, desafiando el poder de los califas en el tiempo de su mayor esplendor. El rey Pelayo habia hecho á los moros evacuar las dos Asturias, y los primeros Alfonsos habian llevado sus armas triunfantes por todo el valle del Duero y hasta las extremidades meridionales de Lusitania; pero lo que realmente presentaba condiciones de seguridad para los cristianos á fines

del siglo X era la parte septentrional de aquel extenso valle. Los primeros Ommiadas, sofocadas las rebeliones que se fraguaban de contínuo en Córdoba á la proclamacion de cada soberano y constituidas la unidad árabe en España y su independencia del califato de Damasco, no dejaban en descanso á los españoles acosándolos constantemente en sus nuevas conquistas. No impedia esto, sin embargo, el que al abrigo de estas guerras los territorios mas apartados del teatro de la lucha fuesen constituyéndose en estados independientes, ya por sí propios, bien con ayuda de los extranjeros del otro lado del Pirineo. Así que al advenimiento de Hescham en 976, combatian contra los sarracenos, la Marca de Barcelona, los reinos de Aragon, Navarra y Leon y el condado de Castilla, aunque, desgraciadamente, divididos entre sí como en los tiempos primitivos de nuestra historia.

Fué fácil, por lo mismo, al Hadgeb Almanzor, capitan el mas entendido, hábil y afortunado que tuvieron los moros, el vencer á los españoles, arrebatarles sus conquistas, destruir los templos y ciudades nuevamente fundados, é inundar á Córdoba de trofeos y despojos cristianos; pero cincuenta campañas sucesivas y desgraciadas tenian que hacer comprender á estos el secreto de sus derrotas, y uniéndose un dia en Calatañazor navarros, castellanos y leoneses, hicieron cejar por primera vez á sus aborrecidos enemigos.

Debian pasar doscientos diez años antes de dar otro ejemplo de union eficaz como el de Cálatañazor.

Habíanse dividido, á su vez, los agarenos: gobernadores atrevidos y díscolos, obedeciendo á los impulsos de su ambicion y á la inquietud genial de su raza, com-

prendiendo la debilidad de sus califas, engolfados en los placeres dentro del palacio fantástico de Zahara, y fuertes con el mando de las tropas opuestas á la marcha, cada vez mas arrebatada, de los cristianos, se habian desentendido de la autoridad de Córdoba. A favor de estas discordias, Castilla, unida á Leon, se apoderó de Toledo y extendió su territorio hasta la cordillera mariánica: Navarra se fortificó con la adquisicion de nuevos territorios y con la de robustas instituciones; y los reyes de Aragon, contando ya con el condado de Barcelona y asentado su trono en Zaragoza, imaginaban la conquista de las costas é islas orientales de la Península. La reconquista, sin embargo, se hacia muy lentamente, interrumpida por guerras civiles y por la separacion inmotivada de reinos. Un gran monarca, Fernando, habia dividido el suyo en cinco partes para halagar el afecto de sus cinco hijos, y habia sido necesario al cielo dotar á uno de estos de una ambicion desenfrenada y de un corazon muy fuertemente templado, para que deshiciese la obra funesta de su padre. Y á pesar de ejemplo tan saludable y de resultados como la conquista de Toledo, ese mismo rey, que acusaba á su progenitor por la desmembracion de sus estados, hizo, á su vez, la del Portugal, error cuyas consecuencias aun está sufriendo España y causa, la mas eficaz, de nuestra decadencia actual.

Pero llegó un dia en que atravesaron el estrecho gaditano innumerables huestes de africanos con el intento de arrebatar el dominio de la Península á sus correligionarios y destruir hasta el nombre cristiano. «Venian arrancando la yerba de los llanos, volcando

»los peñascos que les atajaban el tránsito, trasmon-»tando sierras encumbradas y agotando con la muche-»dumbre de su soldadesca las corrientes de los rios,» segun nos dice el arzobispo don Rodrigo que los vió en Alarcos. Era necesario un esfuerzo grandioso para evitar la ruina que amenazaba á Castilla: aquel venerable y sabio prelado recordando, quizas, el ejemplo de Calatañazor, ideó dar al mundo otro nuevo y mas fecundo de union y fraternidad, llamando á Toledo á cuantos por la gloria de cristianos quisieran vencer ó alcanzar el cielo.

Apíñase efectivamente en las márgenes del Tajo multitud inmensa de castellanos, aragoneses y navarros, multitud que se acrece aunque momentaneamente con muchos millares de extranjeros del Garona, del Loira, del Rhin y hasta del Danubio, ansiosos del galardon de la cruzada, pero que vuelven á su país algunos dias despues, poco satisfechos del fruto material de los primeros combates; muévese, luego de bien descansada y fortalecida, hácia el país enemigo: lo invade tras numerosos pero inútiles asaltos, guiada por un pastor cuya imágen es hoy objeto de curiosidad y veneracion en el altar mayor de la catedral de Toledo; y, preparada con el pasto espiritual el lunes 16 de julio de 1212, acomete furiosamente á la morisma y alcanza sobre ella el triunfo mas glorioso en las Navas de Tolosa.

Si en aquel dia los reinos cristianos hubieran estado bajo una sola mano, ó si leoneses y portugueses, en vez de aprovecharse de la marcha de Alfonso VIII y de invadir sus provincias, pelearan en las Navas junto á los castellanos, hubiérase consumado la libertad de la Península, derrotados, como lo fueron completa-

mente, los Almohades y divididos y dispersos, cual estaban, los moros andaluces.

Aun debia durar mucho aquella lucha colosal. La batalla de las Navas, sin embargo, produjo un gran desaliento en los mahometanos, y preparó de tal modo conquistas, que aun debian considerarse como remotas, que á los pocos años, las islas Baleares y el reino de Valencia caian en poder de Jaime I y, no mucho despues, el nieto del vencedor de las Navas, el santo rey don Fernando, arrojaba á los moros de Sevilla, Jerez, Córdoba, Jaen y otras muchas ciudades importantes de Andalucía.

Pero continuaban las guerras civiles qne producian descanso y reparacion á los enemigos, quienes, á su favor, pudieron constituir y robustecer el pequeño reino de Granada, donde se habian ido recogiendo los restos de la dominacion muslímica, como seis siglos antes en Asturias los de la gótica.

La existencia de Granada solo podia fundarse en la desunion de los españoles; y, efectivamente, fué esta tal que aun se mantuvo aquella pequeña monarquía por espacio de doscientos cuarenta y ocho años, amenazando la restauracion cristiana y deteniendo la constitucion unitaria de la Península. El sucesor de San Fernando, don Alfonso el Sabio, distraido con los estudios y con sus ambiciones personales en Alemania, fué el que mas contribuyó á sostener el poderío vacilante de Granada. Al acudir á Marruecos en demanda de socorros para contrarestar la desobediencia de su hijo mostró la debilidad de un reino dividido en bandos y convidó á los moros á sujetarlo de nuevo.

Continuaron los disturbios al sucederle Sancho el

Bravo, sin derecho al trono; y las minorias de Fernando y de su hijo sirvieron de mucho á los granadinos para mantenerse independientes, hasta que mozo ya don Alfonso el onceno y fuerte con la sujecion de los magnates mas rebeldes á su autoridad, se resolvió á continuar la obra de San Fernando. Apelaron los moros al Africa que contestó á su llamamiento, y un ejército, cual no se habia visto desde el arribo de los Almohades, tomó tierra en Algeciras.

A aquella liga, que amenazaba sumergir á España en los horrores de las invasiones anteriores, opuso don Alfonso la liga de Castilla con Aragon y Portugal.

La batalla del Salado, último esfuerzo del Africa contra España, es uno de los testimonios mas elocuentes de union, y una prueba de que con esta hubiera acabado mucho antes la dominacion de la morisma. Es, además, un ejemplo sumamente instructivo del estado del arte militar en aquella época, y, en tal concepto, aun hemos de detenernos en describirla en tiempo oportuno, como lo haremos con las de Calatañazor y las Navas, para que se vean los progresos, aunque lentos, que se iban haciendo por entre las tinieblas militares de la edad media.

Alfonso XI habia dejado en su prole el gérmen de nuevas discordias interiores que dieron por fruto el estancamiento de la reconquista. Don Pedro, llamado el Cruel, tiene que mantener su autoridad contra vasallos rebeldes, tanto mas censurables, cuanto que viven de la misma sangre. Encarnízase con ellos; los desgraciados encuentran siempre simpatías en esta tierra hidalga, y de perseguidos tórnanse los bastardos en poder formidable opuesto al trono y aun aspi-

rando á él. El rey legítimo trata de consolidar su autoridad con la sangre de los hermanos: mal cimiento; y despues de vaivenes varios en los trances de la guerra civil, ayudado un hermano por los ingleses que guarnecian la Guiena, y el otro por la banda de Duguesclein, quedó sobre el trono Enrique II, hijo de Alfonso XI y de su concubina doña Leonor de Guzman. Pero los tronos levantados con sangre y por la fuerza son siempre débiles; y el reinado de los Trastamaras corrió entre disensiones, débil contra los moros que continuaban en Granada y débil contra Portugal que en Aljubarrota supo fundar otra dinastía, tambien ilegítima y bastarda, é impedir lastimosamente una union basada en el derecho y por la que ya suspiraban los hombres pensadores, leales y amantes del engrandecimiento de España.

Mas de un siglo pasó así de discordias ó en empresas apartadas del objeto mas importante para los españoles; en Castilla, batallando los reyes con los magnates; Aragon, buscando su grandeza en las islas del Mediterráneo y en la península italiana; y Portugal, recorriendo los mares de Occidente en demanda de territorios ricos y extensos que no podia ambicionar en Europa. Y entretanto permanecia en pié Granada, cuando un esfuerzo, de los que se prodigaban fuera, hubiera acabado con aquel diminuto reino.

Sube al trono, en fin, aclamada por sus virtudes y carácter, una muger digna sucesora de la madre de San Fernando, señora insigne que será siempre el orgullo del pueblo castellano y cuyo solo nombre servirá de estímulo constante para conservar la ley de sucesion á la corona, y unida al rey mas hábil de cuantos han

regido la monarquía aragonesa, rechaza las invasiones de los portugueses, reprime las rebeldías de los señores y, tremolando los pendones de Castilla, Aragon y Navarra, invade el territorio granadino, aterra los castillos, conquista las ciudades y, despues de diez años de no dar un instante de tregua á las armas, arroja para siempre de España á los sectarios de Mahoma.

Hacia cerca de ocho siglos que un puñado de fieles acogidos á las escabrosidades del monte de Auseba habian dado el grito de Independencia y roto por primera vez las huestes agarenas con el favor del cielo y la fuerza de sus brazos. ¿Cómo los que unidos, aunque en corto número, al vencer á sus enemigos poderosos, no comprendieron que el secreto del triunfo estaba en la identidad de voluntades y en la comunidad de esfuerzos? ¿Cómo al esparcirse por el norte de España, siempre victoriosos mientras se veian amagados de un peligro, igual para todos, cual era el de perder su patria, no fueron sembrando el pensamiento de la union, gérmen de toda prosperidad y cuyo fruto iban ellos mismos gustando? ¿O es que, como de los dientes del dragon muerto por Cadmo brotaban los guerreros que mútuamente se combatian y mataban, brotan de esta tierra la discordia y las guerras que la despedazan?

¡Cómo de otro modo habia de retardarse tanto la victoria siendo general el deseo de sacudir el yugo!

Hemos dicho que una de las causas de la restauracion española era la de que nuestros antepasados habian ido adquiriendo la disciplina y el arte de sus contrarios; y, aun cuando no sea de este lugar el conocimiento del estado en que se mantuvo el arte militar

en aquella época de olvido de cuanto habia constituido la fuerza de los ejércitos antiguos, no queremos dejar sin continuacion lo que sobre objeto tan importante apuntamos al dar idea de los primitivos españoles y de su organizacion para la guerra.

Las armas recibieron alguna modificacion en la forma, nula en la esencia. Desapareció á la llegada de los bárbaros aquella espada corta que habia servido de modelo á los romanos; porque haciéndose consistir la principal fuerza de los ejércitos en la caballería, era necesario que se alcanzaran recíproca y mútuamente jinetes y peones. La lanza, por lo mismo, adquirió una gran preponderancia y se la hizo larga y robusta para derribar á los hombres enfardados en corazas de hierro tan fuertes, que solo con hachas ó con mazas podian ser hechas pedazos.

Obtuvo, pues, la fuerza personal una gran ventaja, y por eso era un guerrero insigne y aun capitan el que de un tajo dividia á un caballero armado, el que rompia las barras y cadenas de la puerta de una fortaleza ó detenia la rueda de un molino agitada por la corriente.

Los combates personales, á que los españoles habian mostrado siempre aficion y de que habian dado las primeras pruebas históricas ante Escipion en Cartagena, y en Palantia contra el sobrino de aquel ilustre romano, se hicieron muy generales como en toda Europa, y aun en las batallas no era estraño ver á un caballero, armado de punta en blanco y creyéndose invulnerable, engolfarse en lo mas recio de la pelea y decidirla con su temerario ataque. Pero allí donde pudo organizarse una masa compacta que en un momento

oportuno se dirigiese contra la línea enemiga, allí venció, como siempre y en todas ocasiones las masas mandadas con tino han de vencer del número y de la fuerza.

Esos mismos ejemplos de union entre los españoles son otras tantas muestras de la disciplina de sus ejércitos y otras tantas pruebas de cuanto acabamos de exponer.

El personalismo guerrero de la Edad media, llevado en España hasta la exageracion por el carácter independiente y hasta individual de los habitantes, aumentó si cabia la aficion á la guerra de rebatos y de algaradas que, por otra parte, fomentaban los árabes con hacerla ellos de la misma manera, siguiendo tambien sus instintos y costumbres militares.

El fruto escaso que da casi siempre esta clase de guerra para trances decisivos, si no se hace en combinacion con grandes masas que, aprovechando las ventajas de los destacamentos y el cansancio que producen estos en el enemigo, vayan estableciéndose sólidamente en el país invadido, hacia interminables las guerras y dejaba sin consecuencia su éxito. Despues de larguísimos preparativos y de armamentos dispendiosos, se pasaba la mayor parte de la buena estacion en escaramuzas sin resultados ó en el sitio de un castillo, verdadero nido de águilas, cuya expugnacion valia un atalaya y unos cuantos prisioneros. Si alguna vez terminaba la campaña por un gran combate, era ya cuando la gente del ejército, colecticia toda, suspiraba por la vuelta al hogar doméstico y los grandes, cansados de obedecer al caudillo de las tropas, desea-

ban ejercer de nuevo el señorío en sus feudos ó tornar á sus contínuas rebeldías.

La caballería habia tomado en la edad media una gran preponderancia; pero en España, á pesar de consistir en esta arma la fuerza principal de los árabes como la de todos los pueblos conquistadores de aquella época, la infantería, bien por las condiciones del territorio, ya por la manera de pelear y aun por la pobreza de la gente campesina, compuso el nervio de los ejércitos y tuvo verdadero influjo en sus empresas.

Veremos, pues, á la infantería compartir con la caballería las glorias de la reconquista y alcanzar, poco despues, un renombre de temible de que no se quiso hacer partícipes á los jinetes que, á su vez, demostraron en la Barleta, venciendo á Bayardo y sus once compañeros, que no desmerecian de la reputacion de los peones.

Pocos paises pueden vanagloriarse de una paridad de fuerza, tan rara en aquella época de ignorancia militar, como la que mostraron los ejércitos españoles; y buenos ejemplos de ella son los mismos que hemos citado como de union entre nuestros compatriotas, ejemplos que volvemos á sacar á luz, porque en ellos se expone á la vez el estado del arte y la disposicion que se daba á las tropas en los diferentes tiempos á que se refieren.

En Calatañazor la mayor parte del ejército del Hadjeb consistia en caballería, habiendo hecho la marcha desde Toledo en dos grandes columnas, una de la caballería andaluza y de la africana la otra. Los leoneses, castellanos y navarros fueron al encuentro de

los moros divididos por naciones en tres fuertes y grandes masas.

El primer dia de la batalla se pasó en escaramuzas como generalmente sucedia; pero Almanzor, como hombre de genio y de disciplina, se arrojaba pronto á los trances decisivos, y en el segundo dia lanzó á la carga sus espesos escuadrones. Ruda, impetuosa, terrible fué la acometida, como de gente avezada á triunfar en cincuenta campañas sucesivas; pero los cristianos resistieron y, como inspirados por el espíritu de union que los llevaba juntos á aquel campo de batalla, mantuvieron unidas sus filas, en enlace constante sus batallones y sin romper su línea.

La batalla fué defensiva en toda la extension técnica de la palabra; y Almanzor por la noche, despues de cerciorarse de sus enormes pérdidas por la falta de los caudillos, se retiró en órden á Medinaceli, donde le abandonó la vida con el pesar de la derrota.

En las Navas de Tolosa, por el contrario, los cristianos buscaban á Mohamed el Nasr que defendia el paso de Sierra Morena, salvándola aquellos, como ya hemos dicho, por las indicaciones de un pastor.

La mayor parte de los africanos peleaban á pié y todos formaron en cinco líneas densísimas apoyadas en último término en una especie de reducto formado de cadenas y lanzas, en que descollaba la tienda del Miramamolin guarnecida por 40,000 negros. Los primeros ataques de los cristianos fueron rechazados enérgicamente, y ya empezaban los moros á moverse y parecia iban á arrollar cuanto se opusiera á su ímpetu, animados por el espectáculo triste que presentaban sus enemigos, cuando reunidas las

cuatro Ordenes militares se lanzaron á la carga.

Nube que arrebata el huracan debió asemejar aquella masa coronada de blancos penachos, vestida de armas resplandecientes y envuelta en polvo durante su rápida carrera. El angel exterminador, cubriendo con sus alas la cruz arzobispal de Toledo, parecia marchar á la cabeza aterrando con su espada de fuego los batallones enteros y abriendo ancha brecha en las espesas líneas de los infieles; así que á los pocos momentos, ante aquellos héroes habia desaparecido todo, líneas, masas, infantes y caballos.

Quedaba el terrible reducto en derredor de un cabezo que *non podia home subir sino con grande afan*, segun se halla escrito en los Anales Toledanos, y en que se mantenia el Emir con los 40,000 negros. Asaltáronle furiosamente y á porfía los cristianos, y don Pedro de Aragon, segun unos, y segun la mayor parte de los escritores, la tradicion y los trofeos, el rey de Navarra, rompiendo la formidable barrera de hierro y atropellando á sus defensores, acabó tan memorable pelea haciendo huir á Mohamed á Jaen, donde esperaba entrar con los reyes cristianos aherrojados.

La batalla del Salado es un modelo, tanto mas digno de estudio, cuanto que parecian olvidados hasta entonces los modos de pelear de los maestros del arte griegos y romanos.

El Salado, como las Navas, es una batalla ofensiva por parte de los españoles.

Apenas desembarcado Albuhacen en la playa de Algeciras, acometió la fortaleza de Tarifa, que mal podia rendirse despues del ejemplo de Guzman el Bueno, y, sabiendo que Alonso XI venia á su encuentro, tomó

una posicion excelente á la izquierda del Salado, entre la plaza que sitiaba y el ejército que iba á socorrerla.

La primera línea de don Alonso pasó el rio, echando la izquierda un puente por ir las aguas crecidas en aquella estacion (otoño de 1340), y se lanzó á la pelea. El pequeño número de los cristianos no podia al pronto arrancar la victoria de las innumerables huestes del marroquí; pero observando don Alonso la situacion de los reales enemigos, despachó hácia ellos un gran cuerpo de tropas apoyado por dos de las Órdenes militares, que con el mayor denuedo y serenidad se apoderaron de la montaña y del campamento, con lo que, y con una salida vigorosa de los de Tarifa, donde se habia metido un gran refuerzo la noche anterior, quedaron los moros flanqueados y envueltos.

El Emir, sin embargo, reparó en lo débil que quedaba la línea cristiana y se movió hácia el centro con la mayor parte de sus fuerzas. Parecia que todo iba á ceder á su impulso: el monarca castellano se disponia á morir gallardamente dando ejemplo á los suyos, cuando avanzó á su vez la reserva, compuesta en su casi totalidad de vascos y asturianos, y rechazó victoriosamente á los moros que, acosados por todas partes, se dieron á la fuga mas vergonzosa.

La batalla del Salado puede arrostrar la comparacion con cualquiera de los grandes combates de la antigüedad, por las sabias combinaciones que en ella se prepararon y la maestría con que fueron ejecutadas; y tiene muchos puntos de semejanza con la de Munda, así en la manera gallarda con que se pasó el rio, como en el movimiento sobre los reales enemigos, en el vi-

gor desplegado en el centro y en el buen uso de las reservas.

Vemos, pues, que en España se empezaba á vislumbrar aquel renacimiento del arte de la guerra que habia de encumbrar el país á la mayor grandeza al principiar los que generalmente llamamos tiempos modernos.

Hubo despues grandes intervalos en que los reinos cristianos aparecieron sumidos en la mas crasa ignorancia y profunda anarquía, entre el despotismo de los señores, la tiranía de los reyes ó los excesos á que naturalmente tenian que entregarse los pueblos al procurar su emancipacion; pero bajo el vigoroso y justo imperio de los reyes Católicos se estableció el órden, reapareció la verdadera milicia, se regularizó la guerra y se inauguró la escuela en que se habian de formar Gonzalo de Córdova y los ilustres capitanes que despues le acompañaron á Italia.

VII.

Aquí empieza el período mas glorioso para España, período de la mayor importancia y que demuestra, de una manera incontestable, las cualidades eminentemente militares de nuestros compatriotas en las gran-

des operaciones de la guerra. No son ya esos combates parciales al abrigo de las montañas patrias, esas fugas inmotivadas, esas sorpresas frecuentes, la guerra, en fin, de fuego, de salteadores, de guerrillas, segun parece haber convenido en llamarlas los que no quieren atribuirnos otro arte: no; habrá extraordinarias y hábiles encamisadas, asaltos casi sobrenaturales por cima de rocas escarpadas, sobre muros elevadísimos, y aun á través de las encrespadas olas del mar; pero la Estrategia, sin exhibir todavía tal nombre, revelará á nuestros adalides sus principios mas sabios en las grandes operaciones, la Táctica obtendrá admirables aplicaciones en el campo de batalla, las nuevas armas el uso mas adecuado, y la disciplina los triunfos mas legítimos.

¡Ojalá pudiéramos dedicar una gran parte de nuestra tarea á describir aquellas grandes batallas, dignas de Anibal y de César, que encumbraron el país á la supremacía entre las naciones de Occidente! En Barleta se manifestaria la constancia indomable de los españoles, la misma que contra turcos y griegos mostraron los catalanes y aragoneses en aquella maravillosa expedicion, que, sin documentos tan fidedignos, se tendria hoy por un mito; y Cerinola y el Garellano harian ver, además, el esfuerzo, el espíritu militar y la disciplina de nuestros soldados, así como el genio de aquel á quien el mundo admirado dió el sobrenombre de *Gran Capitan*.

La infantería, robustísimo nervio de los ejércitos, adquirió la preponderancia entre las de Europa, triunfando de los que habian vencido á la Suiza, y acuchillando bravamente á la tudesca, á pesar de su compacta

formacion y de sus largas picas. La artillería, aligerada notablemente para poderse presentar en los campos de batalla, inauguró aquellas grandes baterías que mas tarde habian de proporcionar victorias y victorias al primer capitan de los tiempos modernos. La caballería, observando su debilidad ante las nuevas armas, cuyos proyectiles rompian las armaduras mas fuertes, disminuyó su número y disminuyó su fondo, y, mezclándose en Pavía con los arcabuces, dió luz para la creacion de un nuevo instituto de su misma arma que tras vicisitudes varias se considera nuevamente como de absoluta necesidad en los ejércitos. Todas las armas, en fin, se relacionaron entre sí, y los elementos constitutivos del ejército recibieron la aplicacion mas conveniente para darle fuerza y movilidad.

En medio de esta armonía admirable, con la contemplacion del genio superior que la habia creado, y observando el fruto que se obtenia, se formaron hábiles generales que lo mismo vencian á los franceses que arrostraban los rigores del Africa y se engolfaban en las soledades y asperezas del Nuevo Mundo. Pedro Navarro, Antonio de Leyva, el marqués de Pescara, el duque de Alba, Gonzalo de Ayora, Sancho de Avila, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, y cien otros que seria prolijo enumerar acaban la conquista de Italia, vengan las depredaciones de los moros del Africa septentrional y las de los turcos de Constantinopla, mantienen con las armas la unidad de la Iglesia ó contienen las rebeldías de los pueblos súbditos de la corona española; unos, inspirados por el hábil Fernando V, guiados otros por el invicto empera-

dor don Cárlos, y obedeciendo los últimos las órdenes del inflexible Felipe II. En América, Hernan Cortés y Pizarro no tratan ya de emular á aquellos fieros almogábares que con Roger de Flor, Entenza y Rocafort á su cabeza pasearon las barras de Aragon por el Asia, y, despues de castigar la falacia del emperador Andrónico, ocuparon el ducado de Atenas, sino que, llevando la luz del cristianismo á tierras completamente desconocidas, saben poner á los piés de su rey los gloriosos trofeos y las ricas comarcas que habian conquistado.

Tantas empresas en el viejo y en el nuevo continente, llevadas á cabo con la mayor felicidad á los pocos años de estar aun España dividida en varios reinos diferentes, ocupada en sus discordias interiores y en arrojar de su suelo los restos, aun poderosos, de la dominacion sarracena, demuestran la fuerza obtenida casi instantáneamente con la unidad, así como la condicion militar caracterísca en los españoles, no solo para la guerra defensiva, sino, sobre todo, para aquella que no puede hacerse con éxito sin el conocimiento y la aplicacion de los principios mas elevados del arte.

Mucho nos holgaria, repetimos, el seguir con la memoria á los valientes tercios castellanos, casi siempre vencedores, peleando gloriosamente en todas ocasiones y muriendo sin cejar un paso en el trance fatal de Rocroy, su última, aunque desgraciada hazaña; pero nos apartariamos del objeto de esta introduccion, y, por solo hacer alarde de glorias que á nadie pueden ocultarse, quitariamos interés á nuestro escrito.

Volvamos, pues, á la historia del suelo patrio.

VIII.

Vencido el feudalismo, asentada la autoridad real sobre sólidos cimientos, parece que deberian cesar en España las discordias interiores. Nada de eso; sujetos los magnates bajo la mano férrea de los reyes Católicos, apoderados estos del maestrazgo de todas las Ordenes militares tan influyentes en la tranquilidad de la monarquía, los pueblos que habian sido constantemente el apoyo de ella, descontentos del primer Felipe, marido de la infeliz doña Juana, y temiendo despues que don Cárlos abandonase el cuidado y la gobernacion del país por engrandecer el suyo natal, elevaron sus quejas, acaso con demasiado calor, y, desatendidas estas, pusieron su desagravio en la balanza de los combates.

En Villalar quedó sofocado en sangre generosa aquel primer esfuerzo popular, arranque noble que, aun ahogado en su orígen y despues en las varias ocasiones en que pudo reproducirse en apoyo de los fueros y exenciones de las provincias, ha servido y sirve en España de bandera para la emancipacion de los pueblos y sus pretensiones á la libertad civil.

Mas para la verdadera grandeza del país, para que este pudiera arrostrar sin temor las vicisitudes á que tenia que prepararse ante la actitud rebelde de los Paises Bajos, la enemistad, cada dia creciente, de la Francia y el desacuerdo inesperado con la Gran Bretaña, era necesaria, indispensable, la unidad de la Península con la incorporacion del Portugal. Ofreció oportuna, bella y justa ocasion la muerte del célibe y anciano sucesor de don Sebastian y no dejó de aprovecharla el monarca español apoyando su causa, ya de por sí sagrada, con el argumento de la fuerza. La batalla de Alcántara, una de las mas sabiamente dirigidas que mencionan los maestros del arte militar, aseguró la corona de Portugal en las sienes de Felipe. Sus dos sucesores del mismo nombre, ni supieron atraerse el amor de aquel pueblo levantado y magnánimo ni mantener su autoridad el dia en que fué desconocida. La guerra de *Aclamacion*, llamada así por nuestros desatentados vecinos, es la mayor de las calamidades que han afligido á nuestro país y al suyo, pues precipitó la decadencia, ya manifiesta, de España sin producir á los portugueses mas que una independencia nominal, necesitados, como se han visto siempre desde entonces, de proteccion extranjera para contrarestar la influencia legítima de sus hermanos.

Pero lo que mas aflige el ánimo en el estudio de tan funesto apartamiento, es que reconozca su ocasion en otro movimiento interior, en otra disension de las infinitas que han dado motivo á nuestros infortunios nacionales. Nos referimos á la sublevacion de Cataluña en 1640.

España se hallaba comprometida, especialmente

con Francia, en luchas que, despues de todo, no reconocian otro móvil ni otra causa que el odio y las rivalidades entre las casas de Borbon y de Austria. Se combatia en Flandes, en Alsacia, en Italia y en el Rosellon. En esta última provincia era donde se peleaba con mayor encarnizamiento, resuelto el cardenal Richelieu, que gobernaba entonces la Francia, á establecer la frontera en la divisoria pirenáica.

En tal ocasion y á pretexto de la licencia con que los soldados españoles se portaban en el Principado á su paso al teatro de la guerra, se declararon los catalanes en rebelion, llevándola á punto de ofrecer al rey de Francia la corona de sus Condes.

¿A qué relatar aquella sublevacion manchada con el llamamiento, siempre funesto, del extranjero? Bástenos decir que, aprovechándose de ella, alzó Portugal el grito de Independencia que, despues de una lucha sangrienta y estéril para nosotros, tuvo que reconocerse; que el Rosellon fué perdido tambien para siempre y hubo que hacer sacrificios inmensos para sujetar á Nápoles sublevada por torpeza de sus gobernadores á la voz de un atrevido pescador; que España, en fin, se mostró en plena decadencia.

IX.

¿Fué fructuosa, sin embargo, leccion tan dura? No pasaron muchos años sin que el país se viera sumido en querellas tanto mas lamentables cuanto que solo se fundaban en ambiciones personales para obtener la direccion de los negocios en la menor edad de un príncipe que, aun al salir de ella, no supo emanciparse de los intrigantes que aprovechaban su credulidad y su excesivo celo religioso. Pero cuando, tras de tanta postracion y ruina como presentaba España, murió el malaventurado Cárlos II y parecia que regida la monarquía por un soberano lleno de vigor y de talento, dirigido, además, por los consejos y apoyado por las poderosas fuerzas de su abuelo el gran Luis XIV, iba á salir inmediatamente del estado degradante en que la habian puesto los últimos reyes de la casa de Austria, una guerra civil, dilatada, sangrienta, vino á comprometerla en nuevas dificultades y á paralizar los esfuerzos de la nueva dinastía. Y, caso raro y extraordinario, las mismas provincias que mas quejas debian tener de los anteriores monarcas, como eran Aragon, Cataluña y Valencia, fueron las que con

el vigor y entusiasmo que caracterizan á sus moradores enarbolaron las enseñas de la casa de Austria y unieron sus armas á las del Imperio, la Inglaterra, Holanda y Portugal que se habian mancomunado contra Felipe V y contra la Francia.

La lucha fué obstinada y vária en sus vaivenes que no solo se hacian sentir en España sino tambien en Italia, en Alemania y en los Paises Bajos. Pero ofreció una particularidad; la de que mientras la Francia sufria reveses y mas reveses hasta el punto de aparecer en decadencia al dia siguiente de su mayor gloria, en nuestra patria, donde parece que deberian hacerse sentir los efectos desastrosos de las campañas de Alemania y Flandes, obtenia Felipe V triunfos decisivos y aseguraba la corona en su frente cuando aun resonaban los cañones de Malplaquet y cuando el mismo Luis XIV se presentaba en Gertruydemberg como su mas encarnizado enemigo. «El valor y la lealtad de »los castellanos se despertaron como de un profundo »sueño,» dice Mr. Duverine.

Detengámonos un momento en aquel período tan interesante de nuestra historia.

El primer acto de hostilidad de la triple alianza en España tuvo lugar el dia 24 de agosto de 1702 y fué dirigido contra la plaza de Cádiz, pero infructuosamente, á pesar de hallarse desarmada, sin guarnicion y desapercibida. Los desacatos cometidos por la soldadesca y la profanacion de los templos indignaron á los habitantes de los pueblos comarcanos al en que habian tomado tierra los aliados, así como á las pocas tropas que pudo reunir el marqués de Villadarias. Despues de ocho dias de inútiles esfuerzos dejaron li-

bres los aliados las playas gaditanas, pero dirigieron las proas de sus naves en demanda de las escuadras española y francesa que se decia venian de América acompañando un rico convoy de plata y mercaderías; escuadras y convoy que lograron destruir ó apresar el dia 22 de octubre en la bahía de Vigo.

El año de 1704 se señaló con desastres para la dinastía Borbónica. La escuadra inglesa, viendo que era vano el llamamiento hecho á los catalanes en favor del archiduque, retrocedió al Estrecho y, observando el abandono en que, como Cádiz en la campaña anterior, se encontraba todavía la plaza de Gibraltar, la atacó vigorosamente y con tal fortuna que á los dos dias de embestida ondeaba en los muros el pabellon británico. Si aquel infortunio, «primera piedra que »cayó de la española monarquía, como dice el mar»qués de San Felipe, chica, pero no de poca conse«cuencia,» tenia alguna compensacion en la campaña de Portugal en que el mariscal Berwick habia frustrado los planes de los aliados contra Extremadura y Castilla, en Alemania sufrian los franceses un desastre de muy difícil reparacion. La batalla de Hochstett ó de Blenheim llenó de terror á los amigos de la Francia é hizo saliesen al campo los enemigos, ocultos hasta entonces, de la casa de Borbon.

Cataluña se alzó toda en armas al año siguiente, ayudada por los ingleses que despues, valiendose de un ardid, hicieron levantar el sitio de Barcelona que ya llevaba muy adelantado Felipe V; Valencia y Aragon siguieron al poco tiempo su ejemplo, y este monarca se vió á punto de perder su corona. Entonces principió á manifestarse aquella lealtad castellana, sorda á

los halagos é imperturbable ante el peligro, sin la cual no hubieran podido tener lugar con éxito las operaciones en derredor de Sopetran ni la batalla de Almansa.

Los aliados, cuyos ejércitos durante aquella campaña habian adquirido una gran preponderancia reuniéndose en las cercanías de Madrid desde los dos extremos oriental y occidental de la Península, tenian en contra de sí toda la tierra de Castilla, afecta á la nueva estirpe real. No dominaban, de consiguiente, mas terreno que el que pisaban, y les era necesario marchar concentrados para salvarse de un descalabro, lo cual les impedia ejercer la influencia precisa para ser dueños del país. Despues de movimientos sumamente interesantes en las cuencas del Jarama y del Tajuña, tuvieron que buscar una nueva línea de comunicaciones con Valencia, perdida la de Aragon por la pericia de Berwick, y, aunque reforzados considerablemente y regidos por jefes hábiles y entendidos, perdieron la campaña en Almansa, batalla que abrió á aquel insigne capitan el reino de Valencia y á su sucesor el duque de Orleans las puertas de Lérida y Tortosa.

Cataluña se mantenia, empero, resuelta en favor de los austriacos, y las victorias de la coalicion en Alemania, Italia y Flandes animaban el espíritu público en el Principado, permitiendo á los aliados reforzar sus ejércitos de España. Así que en 1710 pudieron tomar una iniciativa vigorosa al mando de Guido de Staremberg, uno de los generales mas ilustres de la época por su valor y talento.

Lo que habia sucedido á los aliados en Castilla experimentaban los franco-hispanos en Cataluña; la mis-

ma animadversion y el mismo espíritu entero y firme, igual ó mayor resolucion de defender el país contra ellos. En Almenara se dió principio á aquella lamentable campaña y poco despues Zaragoza vió otro desastre mayor, si cabe, para los Borbones en su fértil y pintoresca llanura. Todo parecia perdido: con el archiduque á la cabeza entró en Madrid el ejército combinado y despues se extendió por el valle del Tajo buscando su union con las tropas portuguesas que operaban en Extremadura; Felipe V, seguido de algunos súbditos leales, se habia retirado á Valladolid, decidido, sin embargo, á no abandonar la Península; solo, pues, un grande esfuerzo podia salvar la dinastía Borbónica y ese esfuerzo lo hizo de nuevo el pueblo castellano animado por la resolucion de su rey y dirigido por el genio de Vendome.

Como por encanto se reorganizaron los cuerpos vencidos ó dispersos y se formaron otros nuevos con la gente que se alistaba para pelear contra los austriacos. Nueva esta y sin instruir, como se hallaba, marchó por Salamanca á caer sobre el puente de Almaráz, obteniendo, con solo aquel movimiento y aun sin quemar un cartucho, un triunfo de la mayor importancia, porque impedia la tan temida reunion de los aliados con los portugueses.

Aquel era el preludio de mas decisivas operaciones que igualmente debia coronar la fortuna con éxito completo. Staremberg tuvo que abandonar á Toledo y no mucho despues á Madrid y Guadalajara, perseguido de cerca por Felipe V quien, aprovechando un pequeño triunfo de sus excelentes guerrilleros sobre el cuerpo que ligaba las tropas de Stanhope al ejército

austriaco, aisló y rindió á los ingleses en Brihuega y rechazó victoriosamente á Staremberg en los campos de Villaviciosa.

La batalla de Villaviciosa fué el suceso mas importante y decisivo de la guerra de Sucesion. Ya podian Malborough y el príncipe Eugenio aterrar á la Francia destrozando sus mejores ejércitos é invadiendo su territorio; España vencia á sus enemigos y alentaba con su lealtad al príncipe que habia elegido á rechazar las proposiciones y las amenazas de parientes y contrarios que le instaban á abandonar á sus nuevos vasallos.

Aun tardó en representarse en Barcelona el último acto de aquel terrible drama de quince años; pero en Villaviciosa se manifestó ya su desenlace próspero para la dinastía de los Borbones.

No prosigamos sin observar las condiciones de la guerra de Sucesion, las causas de sus varias alternativas y la razon fundamental de su resultado.

Ya hemos dicho que ofreció una contradiccion notable, la de que las provincias que anteriormente se mostraban quejosas de la gobernacion de la casa de Austria, abrazaron su partido con tal calor, que á él se debe en su mayor parte la duracion excesiva de la guerra; de otro modo los aliados no la hubieran traido á nuestro suelo, como no se atrevieron á mantenerla en él en sus primeras tentativas.

¡Contrasentido fatal! Los que años antes pedian el gobierno de los Borbones y ser franceses, rechazan ahora su amistad y buscan la de Inglaterra; la de Inglaterra, contra quien no tardarán en combatir esos mismos catalanes junto á sus vecinos del Pirineo para mas adelante dar nuevas muestras de su valor en una

guerra encarnizada de seis años en union y con el apoyo de las tropas británicas. ¿Quién al observar esto no recuerda á los ilergetes Indibil y Mandonio peleando un dia junto á los cartagineses y al siguiente al lado de Escipion para combatirle mas tarde? He aquí la condicion característica de nuestros compatriotas y la causa de nuestros infortunios.

Si enérgica fué la decision de la Coronilla de Aragon en favor del pretendiente austriaco, firme, incontrastable fué, por fortuna, la lealtad castellana y ella sola salvó á Felipe V. Se ha querido atribuir el resultado á la cooperacion francesa; pero nos bastará aducir un solo argumento para demostrar su ineficacia.

¿No eran franceses los que peleaban en Hochstett, Ramillies, y Malplaquet? ¿Eran inferiores en talento á Berwick y Vendome los mariscales opuestos á Malborough y Eugenio? ¿En qué, pues, consistia que mientras en Alemania y Flandes todo eran desastres para la Francia, en España se combatia con fortuna contra la triple alianza? Un escritor francés va á decírnoslo, á pesar de haber venido al servicio inmediato de Vendome y de dedicar su escrito al elogio de este insigne general.

«Nada, dice el caballero de Bellerive, era mas ad»mirable que la diligencia de los pueblos para contri»buir á los gastos de la guerra, rivalizando entre sí en »celo y emulacion: además de los donativos del clero »y de la nobleza del país, además de los esfuerzos que »todos los Grandes de España hacian para proporcio»nar dinero y granos, los particulares de la fiel Castilla »estaban gozosísimos de encontrarse en ocasion de ma»nifestar al rey la generosidad de sus corazones.»

Otro escritor, francés tambien, Mr. Duverine, en su *Ensayo histórico sobre el espíritu de reforma en España*, al exponer las causas de la paz de Utrecht dice así: «A este motivo se unia la resolucion tomada »por aquellas dos potencias (Inglaterra y Holanda) »despues de la batalla de Villaviciosa, de no enviar »en adelante tropas inglesas ni holandesas á España, »cuyo clima era fatal á los hombres del Norte, y don»de la naturaleza del país era un auxiliar poderoso pa»ra los cuerpos francos mientras se oponia á los mo»vimientos de las tropas disciplinadas. Además los al»deanos españoles negaban los víveres á los aliados y »daban cuanto tenian á las tropas del rey preferido »por la nacion.»

La guerra en España tuvo alternativas varias y en ellas es donde se manifestó la eficacia del modo de pelear los españoles en la guerra defensiva. Los grandes desastres de Felipe V tuvieron lugar en la corona de Aragon afecta al austriaco, y por el contrario los que este sufrió fueron en Castilla decidida por los Borbones. Nada revela mejor la ventaja de pelear en país amigo y la inapreciable de los cuerpos volantes que escaramuzando en un terreno perfectamente conocido, por ser propio, diseminan, acosan y fatigan al enemigo, proporcionando á la vez el descanso y la concentracion al ejército de que dependen.

El duque de Berwick en sus excelentes memorias llenas de ingenuidad y de franqueza, como de hombre que comprende que los elogios que dispensa no quitan nada á su mérito, dice así refiriéndose á nuestros guerrilleros: «Zereceda era el mejor partidario que »acaso hubiese en Europa: tenia además un talento

»maravilloso para el conocimiento del país, para las »marchas y otras maniobras de la guerra; yo le en»contré tan buen sentido, tal capacidad y tanta pre»vision para nuestra carrera que le consultaba en to»do, y muchas veces tuve que arrepentirme de no ha»ber seguido sus consejos.»

No era menor el mérito de Vallejo y de Bracamonte, á quienes se debieron los primeros triunfos en la campaña de Villaviciosa, y que despues supieron distinguirse como generales en la guerra con los moros.

En Cataluña, á su vez, contribuian á las victorias de Staremberg los miqueletes hábilmente dirigidos por sus cabos, y Vendome se vió obligado á retroceder de la línea del Llobregat ante la imponente actitud de su contrario, cuyas guerrillas y somatenes le acosaban á todas horas y tenian aislados y comprometidos á los sitiadores de Cardona, los cuales necesitaron del auxilio de todo el ejército para salvarse de una ruina, de otro modo, inevitable.

Divididos, pues, como estaban, los españoles demostraron los medios que poseen en sí mismos para rechazar al extranjero, aun teniendo que neutralizar el provincialismo y la division profunda que tanto les perjudican.

X.

Antes y despues de la guerra de Sucesion España vió á los franceses invadir alguna vez su territorio. En 1645 el Gran Condé penetró por los Pirineos orientales hasta Lérida, y en 1638 y en 1718 acometieron por los occidentales el padre de aquel príncipe y el mismo Berwick vencedor de Almansa; pero el primero tuvo que retirarse, al son de los mismos violines con que deleitaba á los zapadores en la trinchera; el segundo retrocedió tambien ante los defensores de Fuenterrabía, y Berwick no pasó de San Sebastian.

Como para dar muestra de que las disensiones no lograban acabar con la energía y el espíritu militar del país, España se lanzó en el reinado de Felipe V á renovar en Africa las conquistas del cardenal Cisneros y á adquirir en Italia nuevos estados para los hijos de Isabel Farnesio, segunda mujer de aquel monarca. Los regimientos de nuestra infantería rivalizaron en valor y disciplina con los antiguos tercios; y hasta los generales parece que se inspiraron con la memoria de los que les habian precedido en el siglo XVI en la con-

quista de algunas provincias italianas. El duque de Montemar, el conde de Gages y el marqués de la Mina elevaron en poco tiempo la reputacion de nuestras armas, á la vez que el marqués de Santa Cruz demostraba en sus escritos, que han llegado á ser un monumento perpétuo para su memoria, que el arte y la ciencia de la guerra eran familiares á los españoles.

Los sucesos posteriores del recobro de Mahon y del sitio de Gibraltar no son mas que accidentes sin consecuencia para nuestro objeto. No sucede lo mismo á la guerra, llamada de la República, que por espacio de tres años azotó nuestras fronteras del Pirineo. Vária fué tambien en ella la fortuna; pero siempre será un ejemplo elocuente del espíritu militar de los españoles, de su carácter especial y de los medios que un país posee, aun en su mayor decadencia, cuando pelea por objetos que le son caros.

Cuando la Francia rechazaba en sus fronteras septentrionales los ataques de la coalicion, era, por el contrario, vencida en los Pirineos, dirigidos los españoles por los generales Ricardos y Caro. Especialmente en la frontera de Cataluña, la invasion española presentó un carácter ofensivo el mas prudente, acertado y feliz. Se ha querido aminorar la gloria de Ricardos achacándole miras poco elevadas, excesiva circunspeccion en las operaciones y timidez sobrada al frente ya de Perpignan; pero sus detractores no se han detenido en observar el número de las tropas con que contaba al dar principio á la guerra, su composicion ni estado. Desgraciadamente no se conoce aquella lucha mas que por relaciones de extraños, que de otro modo se viera que el caudillo que guió á los españo-

les en la conquista del Rosellon, si no exhibió las dotes militares que despues de él ilustraron á los grandes capitanes de la Francia con sistemas hasta entonces desconocidos, poseia el genio, método y maneras que pasaban en la época por mas sobresalientes en el el arte de la guerra.

El general Ricardos, desprovisto de medios para acometer á los franceses por el camino del Portus, interceptado por la fortaleza de Bellegarde bien artillada y guarnecida á la sazon, se decidió á flanquear las posiciones enemigas de la frontera y tomar de revés todos los puestos que cubrian la única carretera existente, por donde habia de recibir sus refuerzos y que debia ser su línea natural de comunicacion con España.

Acometió, pues, el 17 de abril de 1793 la fortaleza de San Lorenzo de Cerdá, conquistándola inmediatamente, á pesar de no llevar consigo artillería de sitio ni tener mas de 3,500 hombres á la mano. Apoderóse en seguida de varios destacamentos esparcidos á lo largo del Tech; entró en Ceret despues de un combate encarnizado, y puso sitio á Bellegarde y Fort-les-Bains con la artillería que habia dejado al frente del Portus y que hizo pasar por el Portell, collado abierto á la inmediacion occidental de la primera de aquellas plazas.

No habia pasado mucho mas de un mes y ya combatia en Thuir y Masd'Eu á la vista de Perpignan, mientras iban cayendo en poder de sus tenientes las plazas todas de la frontera, con cuya rendicion quedó en junio dueño de la mayor parte del Rosellon. Continuó la campaña á pesar de los calores y casi siempre con próspera fortuna de parte de los españoles en los tran-

ces decisivos. La batalla de Truillas será siempre un testimonio auténtico del vigor de nuestras tropas y de la pericia de su general. A seis mil hombres muertos ó heridos y un número considerable de desertores asciende el de las pérdidas de los franceses que, aun mandados por el experto Dagobert, tuvieron que confesarse vencidos y acogerse á los muros de Perpignan.

Reforzados, sin embargo, por numerosas tropas triunfantes en las demás partes de la República, fué necesario al general Ricardos establecerse en la ribera del Tech y campo del Boulou donde, así como en Villalonga, se vió coronado por la victoria al fin de aquella campaña, última de su vida, pues que murió en Madrid cuando ya se disponia á nuevas y tal vez afortunadas lides. «El desórden en el ejército francés »llegó á ser tal, dice Jomini, que el representante Fa»bre, no queriendo sobrevivir á tal jornada (la de Vi»llalonga) buscó una muerte gloriosa en las filas ene»migas.»

«En los Pirineos occidentales, continúa el célebre »escritor militar, los asuntos no iban mucho mejor....» Efectivamente, aunque la iniciativa de los españoles estaba limitada por aquella frontera á un espacio muy corto, teniendo, como tenian, la órden de no internarse en Francia, el general Caro mantuvo el honor de nuestras armas en repetidos combates, todos en el territorio enemigo, librando así el nuestro de los ultrajes de la guerra.

Dieron, pues, los españoles en aquella campaña muestra elocuente de su aptitud para la guerra ofensiva. En los siguientes de 1794 y 1795 tuvieron que hacer prueba de su patriotismo defendiendo el suelo

nativo, y ni en sus esfuerzos ni en su manera de patentizarlos desmintieron de su carácter antiguo.

Los franceses acumularon fuerzas y fuerzas en nuestras fronteras, las invadieron con furia y aun llegaron á ocupar parte del suelo español, pero tan parca y lentamente que ellos mismos se admiraban del corto fruto de sus victorias. En Cataluña se notaba la falta de Ricardos; y el conde de la Union, valiente hasta la temeridad mas exagerada pero escaso de talentos militares, tuvo que acogerse precipitadamente al campo de Figueras, donde logró mantenerse hasta su muerte, acaecida en medio del desastre de 19 de noviembre de 1794. Sus sucesores en el mando se acogieron á la orilla derecha del Fluviá, á la que, despues de inauditos esfuerzos[1], pudo llegar el general Vives que habia mantenido victoriosamente la derecha del ejército.

Los enemigos, dueños inmediatamente y de una manera inconcebible de la plaza de Figueras, trataron de arrojar á nuestros compatriotas de la línea del Fluviá; pero el país se levantaba en masa; en Camprodon, Rivas y la Cerdaña los somatenes rechazaban la invasion; y al principiar la campaña de 1795 la victoria de Pontós ponia al general Urrutia en el caso de recobrar la ofensiva y aun de penetrar de nuevo en Francia.

En Navarra y Guipúzcoa los acontecimientos militares seguian un curso parecido. Moncey habia logrado salvar la frontera y hacerse por arte con la plaza de San Sebastian; pero el Deva, defendido por las milicias voluntarias del país, y Pamplona, cubierta por el ejército, detuvieron á los franceses en su irrupcion durante el invierno de 1794; y en la campaña siguiente,

aun llegando á avistar el Ebro, principiaban aquellos á replegarse, temerosos de verse cortados en sus comunicaciones con Francia á consecuencia del combate de Erice, cuando la paz de Basilea puso fin á la lucha.

La guerra de la República es el último episodio de nuestra historia militar hasta el siglo presente en que se ha dado el ejemplo glorioso que va á ser objeto de nuestras tareas; pero, aun sin poderse comparar con este, el de 1793 revela el espíritu que animaba á los españoles conforme en un todo con el de sus mayores, y hace presentir la resistencia que habian de oponer el dia en que se tratára de arrebatarles su independencia. Las provincias limítrofes se levantaron resueltamente contra el invasor; los Grandes formaron cuerpos numerosos á su costa y los llevaron al combate; los contrabandistas se ofrecieron á pelear en defensa de la patria, y hasta los eclesiásticos empuñaron las armas y llegaron á constituir cuerpos. Los donativos para sustentar la guerra ascendieron á la fabulosa cantidad de doscientos cincuenta millones de reales, muy superior á la que en casos análogos habian presentado en las arcas públicas ingleses y franceses. «Erale necesario »(á Cárlos IV) tomar las armas, dice un escritor mili»tar francés, porque si no lo hubiese querido, su na»cion hubiera hecho sin él la guerra. La condenacion »de un rey por los que antes eran súbditos suyos ha»bia llenado de horror á un pueblo religioso y sensi»ble.» El entusiasmo se manifestó, efectivamente, en los ángulos todos de la Península y Portugal envió un cuerpo de 6,000 hombres que llegó á los Pirineos orientales en los últimos meses de 1793 y cuyos soldados

mantuvieron en varias ocasiones su fama de intrépidos, obteniendo la de entendido su valiente jefe el general Forbes.

XI.

Las consecuencias que se desprenden de la sucinta, pero interesante, revista que acabamos de pasar á los acontecimientos mas dignos de memoria que registra la historia española, son de la mayor importancia.

No ha degenerado el valor antiguo, ni el sentimiento de la patria ha parecido amortiguarse entre los españoles; cada dia, por el contrario, en cada ocasion nueva, los ejemplos de abnegacion, las muestras del espíritu belicoso de nuestros mayores se han reproducido con signos mas vigorosos, si cabe, que cuando no existia la cultura que suaviza y modera las pasiones.

El afecto y veneracion, la idolatría, podria decirse, hácia los reyes, dotados siempre en la imaginacion popular de amor, virtud y rectas intenciones, mantiénense inalterables y aun parecen cobrar nueva fuerza al verse combatidos, lo mismo en la region de los hechos, que en la de las ideas. No se verá á la muerte

de un caudillo amado el suicidio de sus inmediatos servidores; pero se derramará la sangre á torrentes por el monarca afligido de la desgracia, no se escaseará sacrificio de ningun género por ensalzarle, y la lealtad castellana se hará proverbial y servirá de ejemplo perdurable á los pueblos amenazados de ambiciones extrañas.

El espíritu religioso de nuestros mayores ha ido creciendo como crece y se hace profundo y recogido en el hombre al alcanzar la edad madura y segun se va imbuyendo en lo comprensible de las verdades eternas. En vano, una vez inoculadas estas en la sociedad española, se ha tratado de desarraigarlas ó de introducir el gérmen deletéreo de reformas é innovaciones; todas estas han sido rechazadas por el buen sentido de nuestros compatriotas, vencidas por la predicacion de los maestros y apartadas, á distancia en que no tuviera accion el contagio, por la prevision de los gobiernos.

Schiller, escritor nada sospechoso en nuestro favor, ha dicho en su *Historia de la guerra de treinta años*: «Desde los tiempos mas remotos, España habia »dado pruebas de su afeccion á la silla de San Pedro; »la mas ligera tendencia de su soberano hácia el pro»testantismo le hubiera costado el amor de sus vasa»llos y quizás la corona misma: un rey de España te»nia que mantenerse católico ardiente ó descender del »trono.»

Este celo religioso y esta intransigencia respecto à los objetos de su veneracion, constituyen uno de los caractéres mas sobresalientes de la nacionalidad ibérica. Se han atribuido á supersticion y á falta de cul-

tura, y se las ha querido destruir mañosamente y aun por la fuerza: ¡intentos vanos! los catequistas han sido objeto de burla ó blanco de las iras populares, y los violentadores han atraido sobre sí la venganza por las profanaciones y los ultrajes hechos á las cosas sagradas.

Es cierto que ha perdido algo de su fuerza aquel anhelo de aventuras que llevaba á nuestros antepasados á pelear en lejanas é ignotas regiones sin mirar en servicio de quién ni con que objeto; pero se ha reconcentrado intenso, arrebatador en el suelo patrio, junto á la casa nativa, en derredor del hogar paterno.

Por eso no se ha apagado el fuego de las querellas interiores, sino que se han hecho cada vez mas frecuentes y dilatadas las guerras civiles; por eso no ha podido consolidarse la unidad de la Península rompiéndose al poco tiempo de lograda; y por eso se pronunció tan rápidamente la decadencia del país, cuya grandeza no podia mantenerse con el desacuerdo entre los habitantes. Solo un choque brusco, un ataque violento á las tradiciones y sentimientos populares, podia producir un sacudimiento enérgico, un esfuerzo magnánimo en el país. Yace el leon decaido y enfermo; ¡ay, sin embargo, del temerario que ose pisar el umbral de su sombría espelunca!

He aquí el error que cometió Napoleon I al provocar á España, queriéndola sujetar al carro de sus destinos, ó, por hablar con mas exactitud, el error en que le hicieron caer Murat y sus demás delegados, informándole sobre el espíritu público de la Península de un modo tan distinto de como lo presumia el Emperador con su elevado talento. ¿Por qué en aquella ocasion, él que no solia seguir los consejos de nadie,

creyendo, y con razon, su criterio muy superior al de los demás, se atemperó á los informes y se dejó arrastrar de las excitaciones de quienes no discurrian mas que por lo que les mostraba una córte dividida en facciones y rodeada de aduladores indignos del pueblo altivo que decian representar?

He aquí tambien el error en que cayeron los pocos españoles que desesperanzados, ante tal espectáculo, del porvenir de la patria, no descubriendo horizontes halagüeños para ella, y sin presentir el arranque magnánimo de sus conciudadanos, creyeron deber fiar sus destinos á las robustas manos del Emperador. No conocian, á pesar del talento indisputable de algunos de ellos, el verdadero carácter de los españoles. Calcularon por la desgracia presente, que creian no poder remediar por sí mismos, y fundaron su esperanza en auxilio extraño, nunca desinteresado y pocas veces noble, ateniéndose los gobiernos á principios de moral muy distintos de los que sirven de norma á los hombres en sus relaciones privadas.

Hay mas: á ellos se debe acaso la mayor parte de las desgracias que entonces sufrió España, pues con su conducta dejaron ver un principio de discordia, muestra infalible de debilidad en los pueblos, y animaron al Emperador á unir la Península á su sistema continental de un modo estable, creyendo, quizás de buena fé, regenerarla y darle nuevos dias de gloria. Encadenado ya á la solitaria y triste roca de Santa Elena, á donde reconocia haberle conducido la guerra de España, creia todavía Napoleon que el apoyo que solicitaron de él los partidos, le daba derecho á la dominacion del país.

¿Por qué, no atendiendo á los odios y envidias que generalmente influyen en la política interior de cada país, no consultó la opinion de los pueblos en su carácter, tradiciones é intereses? Entonces hubiera visto cuán distinta era esta de la de aquellos á quienes fascinaba su inmenso prestigio, y cómo solo podia contar con unos pocos orgullosos que, haciéndole creer que arrastrarian en pos de sí las voluntades de los españoles, comprometieron al país en un camino del que, si salió con gloria, fué á costa de torrentes de sangre y de calamidades sin cuento. No es pueblo el español que sufra protectorados por generosos que sean, ni mucho menos se someta á las voluntades y gobierno de familias que no reconozca con derecho, siquiera fuese entonces la de Bonaparte gloriosa, prepotente y respetada en Europa.

Antes de la época en que Napoleon fijara sus aspiraciones sobre España, cuando, combatiendo á la coalicion en los campos de Austerlitz, hundia en el hielo los aguerridos batallones de los dos emperadores sus rivales, un hombre eminente, Mr. Pitt, veia en una guerra española el único remedio contra la ya incontrastable pujanza del monarca francés. «Todo está per»dido,» le decian sus amigos al saber la rendicion de Mack en Ulma, «no hay remedio contra Napoleon.» «Todavía hay remedio, replicó Pitt, todavía hay re»medio si consigo levantar una guerra nacional en »Europa y esta guerra ha de comenzar en España; sí, »señores, la España será el primer pueblo donde se »encenderá esa guerra patriótica, la sola que puede »libertar la Europa.»

Napoleon mismo en Berlin, por el suelo ya la mo-

narquía del gran Federico, decia al señor Pardo, nuestro embajador en aquella córte. «¿Desconozco yo acaso »vuestra soberbia nacional, el influjo de la nobleza, y »el poderío del clero en vuestro pueblo? ¿Y ocupado «yo en someterle, me seria fácil defenderme aquí en »el Norte donde están mis mas grandes enemigos? Si »se me cree ambicioso, no se me crea insensato. Yo »soy amigo de la España por deberes, por sentimiento, »por interes mio propio, y por política.» Y si se cree que entonces tratara de engañar á nuestro agente diplomático para ocultar mejor su deseo de venganza por la proclama del 6 de octubre, y para distraer la atencion de sus proyectos, veámosle ya engolfado en la empresa de unir la España á su sistema, como él solia decir, escribiendo á Murat en 29 de marzo de 1808 lo siguiente. «No creais que vais á atacar á una nacion »desarmada y que no teneis mas que presentar en pa»rada vuestras tropas para someter la España. La re»volucion del 20 de marzo demuestra que hay energía »en los españoles. Teneis que habéroslas con un pueblo »nuevo, que tiene todo el valor y tendrá todo el en»tusiasmo que se encuentra en los hombres no gasta»dos por las pasiones políticas.»

Esta inspiracion tan semejante en aquellos dos hombres privilegiados que se odiaban de muerte y se combatian sin tregua, ¿era inspiracion profética ó el resultado de cálculos fundados y del raciocinio que debiera desprenderse de ellos?

Los hombres comprometidos por su posicion á procurar la grandeza ó la seguridad de su patria, estudian, si son dignos de regirla, cuanto importa á tales fines, sin fiarse en la apariencia actual de las

cosas, sino basando sus cálculos y fortificando sus pensamientos en el pasado, recorriéndolo para saber si es consecuente en todas sus diferencias, irremediables por la diversidad de los tiempos, y si pueden deducirse consecuencias verdaderamente lógicas y de probables resultados.

Y efectivamente: ¿quién no deduce el que tuvo la guerra de la Independencia al recorrer nuestra historia nacional, y ver siempre á los españoles amantes de sus costumbres antiguas, orgullosos con ellas; celosos de sus privilegios, dispuestos en todas ocasiones á derramar su sangre para mantenerlos; idólatras de sus reyes, extasiados en la admiracion de sus virtudes y ciegos para sus vicios y defectos; religiosos intransigentes, dispuestos á toda clase de sacrificios al temor de innovaciones en sus creencias católicas; dignos hasta el *quijotismo*, si así puede decirse; soberbios ante el poder, mas soberbios en la desgracia é irritables hasta ser feroces ante la injuria?

Y al decir así, no se crea que atendemos solo á los resultados ya conocidos. Ahí están esos dos ejemplos de prevision que acabamos de citar, y muchos otros que aduciremos en su tiempo; pero aun sin fundar el raciocinio en ellos por ser de quienes pasan en este siglo por los hombres mas pensadores y rivales dignos, veamos en comparaciones de otra índole si debió presentirse la resistencia que opuso España á Napoleon.

Ya hemos dicho copiando á Polibio, que fuera de España, casi siempre «una batalla, rara vez dos, de»cidia de la lucha.»

Los pueblos fiaban su suerte á las armas en los

grandes campos de batalla y se sometian al enemigo si salia vencedor, procurando con la resignacion salvar sus bienes ó aminorar al menos su desgracia.

Una vez derrotado el ejército que defendia un territorio, los que no habian tomado parte en el combate recibian humildemente al feliz conquistador, le abrian las puertas de sus ciudades, donde entraba como en triunfo, lleno su carro de los laureles que le arrojaban los mismos á quienes iba á sumir en la mas dura esclavitud.

No sucedia eso en España. Un combate desgraciado no abatia los ánimos, sino que, por el contrario, los estimulaba á la venganza; el vencedor no veia mas que rostros sombríos á su tránsito por los campos y ninguna ciudad le abria paso mas que por las brechas, sin que la destruccion de las grandes poblaciones influyese en la rendicion de las demás. Caton se vanagloriaba de haber conquistado cuatrocientas ciudades en la Celtiberia; ¡muy próximas debian estar entre sí, y sin embargo, ninguna renunciaba á defenderse!

La Europa á principios del siglo actual, presentó el mismo espectáculo en sus guerras con Napoleon que el que habia presentado el viejo mundo en las grandes luchas que proporcionaron á Roma el imperio universal.

En la campaña de 1800, Napoleon se colocó á espaldas del ejército austriaco sin que este hallara en Italia ni medios de resistencia para detener á los franceses en su descenso del San Bernardo, ni aun confidencias que le hicieran conocer el peligro en toda su extension. La batalla de Marengo devolvió á Italia su

libertad, la libertad que concedia Roma á las naciones que solicitaban su proteccion.

En 1805, despues de conducir Napoleon un ejército formidable desde el campo de Boulogne hasta Ulma, invadió el Austria, que ni se sublevó ni dejó de proporcionar á los franceses los medios que necesitaban para subsistir. La batalla de Austerlitz dió fin á la guerra en un solo dia de combate.

Al año siguiente dos batallas casi simultáneas, las de Jena y Averstadt, pusieron la Prusia toda á merced del emperador francés; y en el de 1807 las de Eylau y de Friedland consumaron su ruina y demostraron la ineficacia de la alianza rusa.

Napoleon, sin embargo, no debió dejarse engañar con tales ejemplos y creer que le bastaria una campaña para hacerse dueño de la Península ibérica. ¿Porqué no examinó las guerras anteriores de nuestro país y hubiera observado, así en los tiempos antiguos como en los modernos, una diferencia notable de las demás nacionalides del globo que debió reconocer como característica y congénita con el pueblo español? ¿Porqué no presintió aquellos terribles miqueletes, dignos sucesores de los almogábares, que habian sido la desesperacion de Noailles y de Vendome á principios del siglo pasado y de Dagobert en la guerra de la República? ¿Por qué no recordó á los bravos montañeses de los Pirineos occidentales que habian detenido siete meses á los franceses en las orillas del humilde Deva y, aun vencidos por Moncey, mantenian todo el país en armas, cortaban las comunicaciones é impedian la diseminacion del ejército enemigo?

No iba aquí á vencer aquellas batallas sangrientas

y decisivas que en Italia y Alemania. No era fácil que tropas tan ágiles como las nuestras sufrieran descalabros irreparables. Es verdad que no le opondrian una solidez grande mientras no contaran con probabilidades de éxito, sino que se evaporarian, por decirlo así, como las nubes que impele el huracan, pero para condensarse de nuevo á los pocos momentos y amenazar otra vez con la misma furia que antes.

La España armada seria la imágen de la hidra, segun decia despues el general Kellerman; pero, aun cuando hubiese venido el Hércules francés, no hubiera conseguido arrancarla simultáneamente sus infinitas cabezas.

Sertorio, á fin de que los españoles renunciasen á los ataques precipitados, dijo á uno de los mas robustos celtíberos que arrancara la cola á su caballo y lo que no lograron los esfuerzos vigorosos del atleta, lo consiguió un decrépito anciano quitándosela cerda á cerda.

La leccion no era nueva, Viriato la habia dado con su propio ejemplo conteniendo el ímpetu de sus soldados y reservándolo para las ocasiones elegidas por su prudencia; pero, nueva ó no, era sabia y los españoles la adoptaron por norma de su conducta guerrera en cuantas luchas mantuvieron en el suelo patrio.

Que se abusó de los preceptos de aquella leccion, es cierto, y no lo negará quien como nosotros va á condenar los excesos de algunos guerrilleros y la independencia que otros se arrogaron, como condenaremos cuanto merezca censura en cualquier concepto; pero debemos confesarlo, aun cuando pese á nuestras convicciones militares, el abuso en el sistema de guerri-

llas era indispensable en el estado triste á que habia llegado España.

Veinte años de un gobierno entregado completamente á manos inhábiles, incapaces de dirigir la nave del Estado en tiempos tranquilos y mucho menos, de consiguiente, en los dificilísimos que atravesaba la Europa frente á la revolucion francesa; agotadas las fuentes de la riqueza pública é interceptados los recursos que ofrecian las colonias, aisladas de la metrópoli por la guerra con la Gran Bretaña; escaso en número el ejército, y ese desmembrado y esparcido en su mayor parte en el reino portugués y en Dinamarca bajo la tutela y vigilancia de los franceses; decaidos los ánimos en los centros políticos y administrativos de donde habia de salir, en caso, la organizacion y direccion de la resistencia, y aun corrompidos ó fascinados los hombres mas influyentes del país, ¿á qué medios habia este de apelar para su defensa?

No habia mas remedio que el de abandonar al pueblo á sus instintos militares y fiar á su fiereza indomable y á su espíritu levantado de otros tiempos la suerte de una lucha tan desproporcionada. Y en efecto, cuanta energía puede exhibir el patriotismo mas puro, el afecto mas concentrado á la religion, á los reyes y á las costumbres tradicionales de un país, se mostró en la nacion española. Y como la explosion da sentimientos tan ardientes no podia menos de producir la de las pasiones exageradas que siempre la acompañan, no hubo ni podia haber freno que sujetase gentes influidas por la ira y el deseo de la venganza á un órden riguroso, á una organizacion metódica, á la disciplina, en fin, de los ejércitos regulares.

El objeto era resistir, y una gran parte de la juventud se dedicó á alcanzarlo por cuantos medios podian sugerirla el instinto de la libertad y el de la venganza que la inspiraban su carácter y las violencias y la tiranía con que se queria sujetarla. La muerte de un enemigo era la aspiracion general, y se consideraba tan santa en el silencio de la noche, en el lecho, junto al hogar, en el bosque ó el camino como en el campo de batalla. Las represalias no dejaban nunca de ser terribles y no pocas veces, casi siempre, el sacrificio de un hombre era contestado con el incendio de un pueblo, el saqueo, la violacion y la muerte de centenares de inocentes. El país con la repeticion, puede decirse que diaria, de actos semejantes, quedaba solitario y yermo; pero esto que parecia una gran calamidad en otros, en España no era un castigo ni servia para escarmiento de los naturales, sino para debilidad y estrago de los mismos que así creian dominarla. La robustez, la sobriedad y mas aun, el espíritu vengativo de nuestros compatriotas, despreciaban aquellos que en otros pueblos serian rudísimos escarmientos; produciendo aquí tan solo mas sangre y mayor desolacion. Aun se descubren en el campo los resultados de aquellas devastaciones que se ejecutaban por un invasor injusto en nombre de la civilizacion y de la justicia, y han pasado años y décadas sin que desaparezcan de la vista, y pasarán muchos mas, antes de que nuestro suelo vuelva á lucir su antigua frondosidad y cultivo.

Pero si esto era, como no podia menos, un daño gravísimo, fué irreparable el que produjo el sistema de guerrillas en lo que pudiéramos llamar la exageracion del personalismo á que dió lugar, en lo mismo

que tanto contribuyó al éxito brillante, glorioso, decisivo de la guerra de la Independencia, pero que fué causa de lo terrible, cruento y destructor de las civiles que despues han destrozado nuestro país. Hombres sin educacion militar y sin los alcances suficientes para descubrir el límite á que debian aspirar en sus empresas, pensaron que lo que en aquella ocasion daba resultados debia constituir un sistema general, invariable, y en su empleo creyeron ver la revelacion de una fuerza nacional y, á la vez, la de la personal suya. Influidos en la embriaguez del triunfo y de la satisfaccion de su amor propio por la division característica de los españoles, á la menor oportunidad y con el pretexto mas frívolo, trataron de imponerse hasta á sus mismos conciudadanos, y no hubo causa nacional, política, ni aun de interés de provincia en que no se apelara á ese sistema, en que no se amenazase con todos sus efectos y con todos sus errores. Y las guerras civiles, las sublevaciones contra la autoridad, lo que solo debia tener el carácter de una representacion ó de una queja, tomaba la forma de una guerra antigua, la de fuego. Los que la habian hecho por su independencia y los fueros de su nacionalidad empleaban con los soldados de la patria y con sus propios vecinos los ardides, las violencias, los asesinatos que les habian] dado renombre. La proteccion á la autoridad, la santa defensa del hogar, constituian para ellos un delito, si se hacian en representacion de otros principios políticos ó de bando distinto, y procuraban castigarlas derramando la sangre y esparciendo la misma desolacion en el país, que años antes habian derramado y esparcido sus injustos y provocadores enemigos.

Imposible por este camino la constitucion definitiva de la patria, imposibles su prosperidad y engrandecimiento, seguras su postracion y su ruina. Y es que la ignorancia confundia una lucha con otra, una causa política con una nacional, una necesidad con sus excesos, y se abandonaba la formacion de los ejércitos regulares y la reconstruccion de las plazas, únicos elementos verdaderos de fuerza, baluartes y ciudadelas inexpugnables de los grandes estados.

Sin embargo, en la guerra de la Independencia, causa orgullo y consuelo el demostrarlo, á pesar del crédito que adquirieron muchos partidarios, y de la dificultad de organizar tropas sin el material necesario para su armamento, y sin administracion que proveyese á su subsistencia, se improvisaron ejércitos que, en combinacion con las guerrillas, vencieron algunas veces al enemigo, le pusieron muchas otras en grande aprieto, y evitaron siempre la diseminacion que le era precisa para ocupar el país y sacar de él recursos y fruto.

¿Qué mas? La guerra se inauguró con una victoria ganada por nuestros compatriotas á favor de elevadas concepciones y de una actitud en el campo de batalla que no pueden menos de reconocer detractores y enemigos.

El ejército de una potencia aliada fué, sin embargo, el que mas contribuyó á la concentracion de los invasores. No necesitan los españoles lauros agenos para ceñirlos abundantes é inmarcesibles en tan porfiada lucha.

El ejército inglés y las legiones portuguesas que combatian á su lado, los recogieron en cuantas ocasiones encontraron al enemigo comun; pero su coope-

racion nunca hubiera bastado por sí sola para arrojarlo de la Península. La conformidad de intereses proporcionaba á aquel ejército el dominio absoluto del territorio en que operaba, la tranquilidad mas completa respecto á sus movimientos ofensivos, la seguridad de noticias exactas, las probabilidades posibles de abastecimiento y la ninguna distraccion de sus elementos activos para el objeto que se proponia su hábil y experto general. Solo así se concibe cómo un pequeño número de tropas saliese siempre vencedor de las numerosas y aguerridas de los franceses. ¿Qué hubiera efectivamente conseguido lord Wellington si dominado el país á la manera que lo habian sido el Austria y la Prusia, tuviera que habérselas con los 300,000 hombrès que á un tiempo mismo llegaron á tener los franceses en España? ¿Cómo hubiera logrado mantenerse, por ejemplo, en Castilla, si Galicia, no sufriendo el yugo extranjero, y si Badajoz, manteniendo en sus torres el pabellon español, no cerraran completamente los caminos por donde los enemigos podian colocarse á sus espaldas?

Todos los ejércitos franceses se hallaban ocupados en sofocar la sublevacion general de las provincias y ninguno podia distraer sus tropas en otro objeto; ni general alguno pensaba mas que en su salvacion ó en su propia gloria, harto caramente comprada por los que lograban adquirir alguna. Así al ejército aliado no se le oponia mas que otro casi siempre inferior en número, debilitado por los destacamentos, mermado por el choque constante con los españoles, especialmente si empezaba la campaña por el sitio de alguna plaza, mal armado muchas veces, y siempre despro-

visto de los medios necesarios para mantenerlo concentrado en una marcha larga en pos del enemigo.

Este es el secreto de las victorias de lord Wellington, cuyo mérito sobresaliente no queda por eso rebajado en modo alguno. Su genio resplandeció siempre como el de todo gran capitan, así en sus planes estratégicos, como en los campos de batalla: pero la dote mas eficaz para la victoria estaba en su carácter prudente y tenaz hasta la exageracion. Ya le contemplaremos en sus memorables campañas y no le escasearemos seguramente los elogios, sin olvidar, empero, que los esfuerzos que hicieron nuestros compatriotas, á precio muchas veces de grandes sacrificios, de abnegacion suma y hasta de su reputacion militar, fueron la causa principal de sus triunfos y el elemento primero de los que servian de base á sus cálculos.

El recibió pruebas de la gratitud española; que se escuche tambien el juicio imparcial de sus actos militares.

La verdadera resistencia, la resistencia eficaz, la que desesperaba á los invasores y que no les era posible sofocar, fué la resistencia española. No emitamos todavía sobre ella un juicio que podria parecer aventurado sin la copia de datos que la historia va á proporcionarnos. Esta demostrará tambien que la resistencia reconoció su orígen en el carácter español, y que sus medios fueron *la virtud*, *la constancia*, *la fuerza y la pobreza*, *que no se agotan jamás*, segun ya hemos dicho copiando al ilustre Montesquieu en sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia*.

HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

CAPITULO I.

Revolucion francesa.—Napoleon Bonaparte.—Paz de Amiens.—Paz de Tilsit.—España mantiene su independencia y la integridad de su territorio.—Amistad geográfica de la Francia.—Proyectos de Napoleon sobre España.—Exige el envio de una division al Norte.—Motivos para hacerlo.—Accédese á él.—Composicion del ejército de la Romana.—Itinerario de los cuerpos en su marcha.—Algunos de ellos toman parte en el sitio de Stralsund.—Proyectos de la Inglaterra sobre nuestras colonias.—Provoca la insurreccion en Venezuela.—Fracasa Miranda en sus dos expediciones.—Primera expedicion de los ingleses á Buenos-Aires.—Derrota y rendicion de Beresford.—Segunda expedicion.—Derrota y capitulacion de Whitelock.—Empieza Napoleon la ejecucion de sus planes en la Península.—Cuerpo de observacion de la Gironda.—Efecto que produce en España el aviso de su formacion.

Aun no se habia ocultado en el sepulcro la augusta majestad de Cárlos III, cuando ya empezaba á hacerse sentir en Francia aquella fiera revolucion que habia

de conmover hasta en sus fundamentos las sociedades humanas, trastornando completamente las que parecian marchar al frente de la civilizacion europea.

Revolucion francesa.

A la guerra literaria y religiosa, inaugurada en el reinado de Luis XV, habia sucedido en el de su nieto y sucesor, del mismo nombre, la de la libertad política.

Tímida primero y humilde, ensayando sus fuerzas y tanteando las del poder que trataba de echar por tierra, fué haciéndose cada dia mas exigente, en razon de la debilidad que en aquel descubria, hasta que, al contemplarse robusta y considerándose ya invencible, la revolucion se decidió á desarrollar en Francia los principios abstractos y generales que la caracterizaban, y se lanzó seguidamente á propagarlos entre sus vecinos.

Dilatada y penosa fué la lucha en el interior, á punto de parecer inminente la destruccion y ruina de la Francia, menoscabada y sin prestigio, como estuvo por mucho tiempo, toda imágen de autoridad, derribados los altares de la religion nacional y manchadas con la sangre de los mas ilustres ciudadanos las instituciones que se trataba de fundar. En el exterior hubo de ser la pelea mas larga todavía y mas varia, no encontrando la propaganda preparado el campo para su accion; pero por lo mismo, y por presentarse como mas gloriosa á las imaginaciones ardientes de los franceses, produjo la union de todas las voluntades y la comunidad de todos los esfuerzos para rechazar la intervencion que se queria ejercer en su país.

Once años de contínuo combatir aseguraron las conquistas de la revolucion; y entre el estruendo de

las armas y la ruda ferocidad de las discordias intestinas, la Francia, por un contrasentido elocuente, se levantó de su anterior decadencia y apareció, al fin, árbitra de los destinos de la Europa.

Napoleon Bonaparte.

Contribuyó mas que nada á este nuevo encumbramiento de la Francia el talento de un jóven general, Corso de orígen, de carácter apasionado, ambicioso y emprendedor, pero que sujetaba su valor y sus miras á las concepciones del genio mas elevado que han logrado sacar á luz la guerra y la política.

Para encontrar rivales á este Titan moderno, es necesario trasladarse á épocas remotísimas; y aun así, Alejandro, Anibal y César tendrán que reunir en un solo símbolo lo levantado de sus pensamientos, lo emprendedor y hábil de sus estratajemas, y lo sublime de sus cálculos, para componer la ingente figura de Napoleon Bonaparte.

El sitio de Tolon habia dado á conocer su valor y su golpe de vista militar, y, poco despues, en el ejército de Italia, sus consejos, que habian producido la conquista de los Alpes, hacian presentir en el general de artillería un estratego eminente.

Mas tarde, en 1796, la Francia le confió el honor de sus armas en aquellos mismos montes, desde cuyas cumbres habia contemplado antes el risueño y encantado solar de sus mayores, embriagado del anhelante empeño de arrancarlo al influjo de su mortal enemiga el Austria. Operaciones tan hábiles, combates tan decisivos y conquistas tan rápidas como las de Italia, infundieron admiracion universal, entusiasmo indescriptible en Francia y pavor sumo en las demás naciones de Europa. Pero cuando el nombre de Bona-

parte llegó á introducir la zozobra entre los enemigos de la república y á hacerles perder la esperanza de una restauracion inmediata, fué al verlo encabezando los decretos del gobierno despues del 18 de brumario, y, mas aun, al conocerse los resultados de la admirable campaña que terminó en Marengo. Organizada la revolucion, dirigida por el genio de aquel grande hombre, sujeta por su brazo poderoso é ilustrada por sus victorias, fué cuando se hizo mas temible; pues se vió que podia concurrir con el órden y el engrandecimiento del país.

Paz de Amiens. Estaba por lo mismo muy próxima una paz que, aun cuando no prometia ser duradera, haria reconocer y consolidaria las conquistas de la revolucion. No lo fué efectivamente; pero los enemigos de la Francia tardaron muy poco en tocar los funestos resultados de su agresion, viendo á punto de realizarse el pensamiento de un grande imperio en Occidente, igual, si no mas poderoso, que el de Carlo-Magno. Al interrumpirse la paz, que habia servido á los franceses para aprovechar en su organizacion y enseñanza los resultados científicos de las guerras anteriores, y á Napoleon para establecer su autoridad omnímoda, los ejércitos imperiales cubiertos de gloria, llenos de entusiasmo y ricos de doctrina, pudieron en Ulma, Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland poner el sello á su reputacion militar.

Paz de Tilsit. Todo parecia que desde entonces deberia humillarse á la presencia de aquellos batallones, que nada podria ofrecer resistencia á su pujanza: la Europa enmudecia de espanto y allá en una frágil balsa sobre las aguas del Niemen se repartia el continente entre

los dos emperadores Napoleon y Alejandro, como diez y ocho siglos antes se habia repartido el mundo en una pequeña isla del Reno entre Octavio, Antonio y Lépido.

España mantiene su independencia y la integridad de su territorio.

Durante aquella época azarosa en que todas las naciones vecinas á la Francia habian tenido que sufrir desmembraciones importantes de territorio, cambios radicales en sus instituciones y aun la pérdida de su independencia ó la de sus monarcas, España habia logrado neutralizar la propaganda revolucionaria y mantener íntegro el suelo de la Península.

Causas poderosas debian haber influido para un resultado que no puede menos de aparecer como extraordinario. ¿Cuáles podian ser?

Amistad geográfica de la Francia.

Todas ellas pueden resumirse en una expresion puramente napoleónica: «España ha sido siempre »para la Francia *un amigo geográfico*.»

La posicion militar de la Francia es eminentemente propia para la guerra ofensiva, por ser central, por lo dilatado de sus fronteras y por el genio de sus habitantes. Estas mismas circunstancias la hacen, en cambio, débil para la defensa y, de consiguiente, necesita la alianza ó al menos la neutralidad de algunas de las naciones que la rodean. Y comprendiendo la dificultad y aun la falta de conveniencia de superar límites que la naturaleza parece haberle impuesto en los orientales y meridionales de su territorio, busca en ellos un apoyo ó la ausencia de un peligro para, con todas sus fuerzas, extenderse en la direccion mas fácil y mas conveniente de seguir. He aquí por que siempre ha tratado de hacer dos satélites suyos de la Italia y de la España; y esta es la razon fundamen-

tal de las intervenciones en la primera de estas potencias, del respeto con que casi siempre ha tratado á la segunda, y de los halagos con que ha querido atraerse las dos á sus miras é intereses,

La historia de Francia, la de todos tiempos, demuestra estas observaciones de una manera concluyente, irrebatible. Inútil, de consiguiente, es el insistir en ellas.

La república y despues el imperio siguieron en sus relaciones con España esta que pudiéramos llamar política tradicional; y solo nuestra voluntad pudo interrumpirla al correr en el patíbulo la sangre del desventurado Luis XVI, y mas tarde al aspirar Bonaparte, ciego de altivez y ébrio de ambicion, al dominio absoluto de todo el occidente de Europa.

La guerra de 1793 á 1795 demostró á la Francia que no impunemente podria faltar á una conducta, mas que dictada por intereses del momento y transitorios impuesta por los defectos de su situacion y por la necesidad de concentrarse para la defensa. Así que, ajustada la paz de Basilea, la república tendió siempre á estrechar cada vez mas los lazos que comprendia debian unirla á España. Aun con formas tan opuestas de gobierno y á pesar del odio á la dinastía de nuestros monarcas, aquellos fieros republicanos fueron los primeros en pedir la suspension de hostilidades y pusieron todo su conato en renovar aquel Pacto de familia, cuyo nombre parece que debia llenarles de horror é inspirarles, por sí solo, repugnancia á renovar la antigua alianza de las dos naciones vecinas.

Por el contrario, las discusiones en la Convencion

y las notas diplomáticas manifiestan un interés tal por la prosperidad de España y por su gobierno, que dejan ver el que tenia Francia en procurarse su amistad para las eventualidades á qne debia prepararse en las condiciones políticas y militares en que se encontraba por entonces. «El poderío español, dice »Mr. Thiers, era tan necesario á la Francia, como á »la España misma.»

Cónsul ó Emperador, Napoleon, á quien no podian ocultarse las ventajas de la alianza española, no solo trató de cultivarla, sino que puso todo su empeño en hacerse bienquisto de los españoles, primero para sacar todo el fruto posible en sus combinaciones por el norte de Europa, y despues para el engrandecimiento de la Francia y el de su propia familia.

¿Debia el gobierno español, accediendo á las pretensiones de los diferentes que se sucedian en Francia, continuar la anterior amistad, interrumpida por los excesos de la revolncion?

El gobierno español, que á la muerte de Luis XVI habia roto en guerra con Francia, contra el parecer del conde de Aranda que aconsejaba la neutralidad armada, accedió, al terminar aquella, á las pretensiones reiteradas de los republicanos, uniéndose á ellos con el mismo calor con que los habia combatido. Si la guerra habia sido inevitable, alarmado, como se hallaba, el espíritu religioso y monárquico de los españoles con los excesos de la revolucion, ¿cómo dos años despues, sin cesar aquellos y sin ofrecer esta todavía garantías de estabilidad, pudo renovarse el Pacto de familia? ¿No ofrecian leccion bastante elocuente los desastres é infortunios que habia causado aquella liga

con un gobierno que, al fin y al cabo, presentaba condiciones de órden y una marcha tradicional en su política, para enlazarse ahora con el voluble, apasionado y terrorista de la revolucion?

Si la neutralidad es capaz en alguna ocasion de salvar los intereses permanentes de un país, en ninguna como en aquella debió observarse y mantenerse. Con una marina respetable, como la que poseiamos, con un ejército ya aguerrido y numeroso, y habiendo manifestado al mundo que la nacion conservaba la energía y las virtudes antiguas, quizá España hubiera salvado á la Europa de tanto desastre como posteriormente hubo de experimentar. Sin las nuevas luchas en que nos comprometimos y que debilitaron las fuerzas vitales del país; sin la pérdida de los recursos que nos ofrecia América; armados en los mares y armados en el continente, no hubiera sido dificil ni jactancioso el apropiarnos el lema significativo de Enrique VIII, *Cui adhæreo præst*, y ser, de consiguiente, respetados y aun temidos.

No perdimos nada en la Península, y en ello funda su orgullo quien rigió en aquellos tiempos la nave del Estado; pero ¿què se hizo de nuestro poder marítimo? ¿qué de nuestra influencia en las vastísimas y remotas colonias que aquel fomentaba? ¿qué de la fuerza y del prestigio que España llegó á alcanzar en el reinado de Cárlos III? Desgraciadamente, cuando mas necesarios se hacian el tino y el vigor en la gobernacion, habia perdido España el discreto, digno y severo monarca que habia procurado al país una felicidad interior y una grandeza de que careció aun en épocas de triunfos esplendentes y de brillantes conquistas.

Gracias á la debilidad del gobierno español, pudo la Francia comprometerse, y con éxito, en las luchas gigantescas que sostuvieron la República y fundaron el Imperio; arrostrar, con fortuna algunas veces, la tiranía marítima de la Inglaterra, y hasta amenazarla con un desembarco que hizo imposible el desastre de Trafalgar; arrebatarnos los ejércitos y hacerles pelear en tierras lejanas ó por causas no españolas; y poner, en fin, á prueba nuestro patriotismo con el secuestro de nuestros monarcas y la amenaza de nuestra servidumbre.

¿Eran estos los fundamentos y estos los frutos de la *amistad geográfica* de la Francia?

Proyectos de Napoleon sobre España.

Si en las conferencias de Tilsit no, al volver á París Napoleon aparece ya el proyecto de unir la Península española al sistema imperial.

Inútilmente se esfuerza Thiers en demostrar que Napoleon en aquella época no habia fijado todavía sus pensamientos en España ni en la suerte de los monarcas que la gobernaban. Concedemos que no los revelase al emperador Alejandro en los preliminares del tratado de Tilsit, ni los manifestara en la correspondencia á sus agentes, segun consta por la recientemente publicada; pero esto no excluye el que, aguijoneado por el deseo de destronar á todos los Borbones y valiéndose del pretexto de vengarse de la conducta del Príncipe de la Paz, anduviera acechando una oca sion en que llevar á cabo un propósito para cuya ejecucion necesitaba, por otra parte, concluir la guerra del Norte. No es necesario que Pradt diga en sus *Memorias* haber oido veinte veces á Napoleon en Bayona que habia jurado en Jena que los Borbones de España

le pagarian la proclama del 6 de octubre: que el pensamiento databa de larga fecha lo demuestran con toda evidencia actos anteriores á aquella época é ideas entonces y posteriormente emitidas.

No nos detendremos mucho en probar la existencia de los proyectos del Emperador sobre España; estando, como no pueden menos de estarlo, en la conciencia de todos, no necesitamos sino muy ligeros argumentos para hacerla manifiesta á nuestros lectores.

Ya en 1801, hecha la paz de Badajoz y al negarse Napoleon á ratificar el tratado concluido, al mismo tiempo, con los portugueses por su hermano Luciano, escribia á este: «Si el Príncipe de la Paz, que está »vendido á la Inglaterra, hace que el rey y la reina »tomen medidas que puedan redundar en descrédito »de la República y en menoscabo de sus intereses, »*habrá llegado su última hora á la monarquía es»pañola.*» Por el mismo tiempo dirigia al general Gouvion Saint-Cyr, para que la manifestase á la reina y al Príncipe de la Paz, una comunicacion llena de amenazas en que se leia la de que «*al fin vendria á »estallar el rayo,*» amenaza que, como la anteriormente estampada, prueba que ya rodaba por la mente de Napoleon el pensamiento de destronar á los Borbones de España.

¿Qué otro objeto, sino, podia encerrar la insistencia del cónsul francés en mantener dentro de España, y despues de terminada la guerra de Portugal, el cuerpo de tropas de Leclerc, ni qué otro podian tener sus gestiones para aumentarlo, cuando ya ninguna falta hacia para el fin ostensible de su mision?

Ni Napoleon ni sus apologistas han logrado expli-

car satisfactoriamente aquella insistencia y aquellas gestiones, de cuyo mal resultado se vengó inmediatamente en la paz de Amiens con la cesion de nuestra isla de la Trinidad. Por el contrario, el haber seguido despues, en 1807, la línea de conducta emprendida en 1801, buscando pretextos semejantes y apoyado en motivos de la misma índole, demuestra que no se hacia mas que insistir en una idea preconcebida, que ya se suponia suficientemente madurada y con probabilidades de una práctica feliz.

Para comprender que aquel pensamiento fatal se mantuvo constante, con la perseverancia que caracterizaba á Bonaparte, en sus proyectos de ambicion y en sus recelos de advenedizo, no hay mas que seguirle hasta el punto en que desechando todo disimulo, haciendo ostentacion de su fuerza y sin cuidarse de economizar ofensas, «se resolvió, como él mismo decia despues, á aprovechar aquella ocasion única de »librarse de los Borbones, continuar en su propia di»nastía el sistema de familia de Luis XIV, y encade»nar la España á los destinos de la Francia (1).»

La manera con que abusó del tratado de San Ildefonso, arrancando á nuestro país escuadras, soldados y tesoros con el pretexto de contrabalancear el poderio marítimo de la Gran Bretaña; la demanda del puerto de Pasages, denegada afortunadamente; la de 72.000,000 de francos á consecuencia de la quiebra de Mr. Desprez, de los que llegó á obtener 24; y la insistencia en propalar ideas contrarias á la dinas-

(1) Memorial de Santa Elena.

tía española, manifiestan que el Emperador dirigia las suyas á debilitar nuestra nacion, para que no pudiera desentenderse de la tutela que se proponia ejercer sobre ella, ni oponer resistencia al arrebatarle sus reyes y señores naturales. Pero desde 1805 en que destronado Fernando IV se negó España á reconocer á José Bonaparte como rey de Nápoles, y sobre todo, desde el año siguiente en que el Príncipe de la Paz dió á luz aquella malhadada proclama de 6 de octubre, no se ocultó ya á nadie que iban á llegar muy pronto para España dias de prueba y calamidades sin cuento.

El manifiesto no podia ser mas imprudente. Si la oportunidad convidaba á intentar un esfuerzo contra Napoleon, comprometido, como se hallaba, en una guerra cuyos resultados no era fácil prever mediando el valor y la antigua reputacion de los discípulos y compañeros de Federico, era, de todos modos, necesaria una cordial y robusta coalicion para derribar al coloso. Pero ni el Austria, vencida recientemente por el abandono en que la habian dejado las demás potencias alemanas, sentiria los contratiempos de la Prusia; ni el imperio ruso, humillado tambien en Austerlitz, podia en algun tiempo presentar sus ejércitos ante su formidable enemigo; ni Inglaterra, en fin, ni otra alguna de las naciones ultrajadas por la Francia hacian mas que dirigir su atencion á las márgenes del Elba, donde iban á verse defraudadas todas sus esperanzas. Por otra parte, Napoleon habia tomado las medidas mas oportunas y eficaces para la eventualidad de una nueva coalicion, oponiendo al Austria sus ejércitos de Italia, de Dalmacia y Bavie-

ra, y á los ingleses, el ejército de Holanda y las guarniciones del litoral desde el campo de Boulogne hasta la Rochelle. ¿Era, pues, ocasion para echar España su espada en la balanza de los destinos de la Europa?

El resultado correspondió á lo imprudente é inoportuno de la provocacion.

El vencedor de Jena, dueño ya de Berlin y de la monarquía de Federico, no desplegó toda la ira que le era característica en casos tales, en expectacion de los movimientos de los rusos que se concentraban en la frontera de Polonia; pero en su entrevista con don Benito Pardo, embajador nuestro en Prusia, manifestó cuánto le habia herido la proclama de 6 de octubre, y dejó ver, entre palabras ambíguas y muestras fingidas de amistad, que no la olvidaria nunca. Es necesario no conocer absolutamente á Napoleon para dejar de descubrir en aquella conferencia, trasmitida, despues de revisada por él, á la córte de España, que el *rayo iba á estallar* muy pronto. El Emperador estaba dispuesto á lanzarlo, andaba hacia mucho tiempo espiando una ocasion oportuna, y la proclama de Godoy se la presentó plausible.

Efectivamente, ocho meses despues, vencido el autócrata en Friedland por las armas y en Tilsit por la astucia, empezaba á escucharse el trueno precursor de aquel terrible estallido.

Exige el envio de una division al Norte.

Antes, sin embargo, y siguiendo Napoleon su sistema favorito, el de obligar á sus aliados á tomar parte en los trabajos y pérdidas de sus ejércitos, habia exigido del gobierno español el envio de una fuerte division á las fronteras septentrionales del Imperio; exigencia que dió ocasion despues á una de las reso-

luciones mas heróicas y á uno de los espectáculos mas sorprendentes que ha registrado en sus páginas la historia militar moderna.

Motivos para hacerlo.

No era la de sacar de nuestra patria los mejores de sus soldados la idea que exclusivamente dominaba en la mente del Emperador. Nuestra imparcialidad se complace en hallar otras causas, poderosas tambien, unidas á la generalmente aceptada de debilitar nuestro poder militar para el dia, no distante, en que se propusiera dirigir hácia el Mediodía de su vasto imperio la accion de las armas francesas, incesante, devastadora, por mas que fingiese *hacer un gran sacrificio con el de su tranquilidad, interés y felicidad que le arrebataba su destino* (1).

Hallábase Napoleon comprometido en una empresa gigantesca por el norte de Europa. Vencedor de los prusianos en muy pocas semanas, habia encontrado despues enemigos mas tenaces y mejor dirigidos, y aun cuando tambien los arrolló en Eylau, las grandes pérdidas que habia experimentado en tan sangrienta y bien reñida victoria, la reorganizacion del ejército ruso al otro lado del Passarge, la resistencia porfiada que ofrecia Dantzig, las numerosas bajas que producian la crudeza de la estacion y malas condiciones de los cantones en que invernaban las tropas, y, mas que todo esto, los temores que debian infundir el Austria, armándose en todas sus fronteras, y la Inglaterra, aumentando sus fuerzas en proporciones considerables, exigian, además de un nuevo contingente propuesto en el proyecto de Senatus-consultum

(1) Carta de 27 de marzo á la Emperatriz.

de 20 de marzo, la accion eficaz de todos los aliados de la Francia.

Formáronse cinco legiones para reforzar los campos de Saint-Ló, Boulogne y Pontivy, poniendo á su cabeza otros tantos senadores experimentados en la guerra; aumentáronse las defensas de las plazas mas importantes de las costas del Océano y del Báltico; y para resistir á los suecos y á los ingleses que trataban de operar á espaldas del grande ejército, se sacaron de Italia dos fuertes divisiones, las de Molitor y Boudet, que inmediatamente se pusieron en marcha para salvar los Alpes. Para imponer al Austria, se contó con levantar y armar nuevos cuerpos en Suiza, Holanda y la Confederacion Germánica, que ciñesen por todas partes aquel viejo imperio, cuya disolucion se pregonaba en las notas diplomáticas. En este reparto de contingentes entre los aliados de la Francia, señalose á España el de una fuerte division que, reunida á la que guarnecia la Etruria desde el nuevo establecimiento de los Borbones en Toscana, acudiese á las costas del mar del Norte y del Báltico. Y tan imperiosamente se hizo la demanda y con tal urgencia se exigió su cumplimiento, que no dejaba lugar á resistencia ni duda, ni vacilacion, siquiera, de ningun género.

Así aparece, y así es necesario reconocerlo, en la carta que en 25 de marzo dirigió Napoleon al príncipe de Benevento, cuyo traslado damos íntegro, porque revela, además, pensamientos ulteriores, que los escritores franceses de estos últimos tiempos han creido no deber atribuir al Emperador.

«Enviad, dice, un correo á España pidiendo que

»3,000 caballos se pongan inmediatamente en camino »para Amberes, y que la division que está en Liorna »parta para Augstburgo, desde donde yo la dirigiré »sobre Altemburgo para oponerla á los desembarcos »de los ingleses. Yo pagaré ambos cuerpos. Me parece »que es cosa ya convenida con España. El bloqueo de »Hamburgo valdrá á España la restitucion de sus co»lonias al hacerse la paz. Ya no se trata hoy de meter »á embrollo este asunto. Si se quiere llevarlo á cabo »es necesario que á las veinte y cuatro horas de hecha »la demanda se ponga en camino la division que se »encuentra en Toscana, así como los 3,000 hombres »de caballería. Si á 3,000 hombres de caballería se »quieren añadir 6,000 de infantería, hay que acep»tarlos. A Beauharnais le será fácil hacer compren»der al gabinete español que, además de la ventaja de »contribuir á la paz y obtener la restitucion de sus »posesiones, conseguirá la de aguerrir y disciplinar »sus tropas. Por lo demás, basta tan solo con obrar »de buena fé. Si no lo quieren, *todo se acabó*. Yo ten»go un doble interés en hacer salir de Toscana la di»vision española.»

¡Si no lo quieren, todo se acabó! ¿Puede darse testimonio mas enérgico ni elocuente para demostrar á qué plan tan profundamente meditado obedecia la ambicion insaciable del Emperador cuando no habian conseguido alterarlo las graves reflexiones á que dicen haberse entregado en el campo sangriento de Eylau? El destino, segun él, y, en realidad, la Providencia, le engolfaba en el mar de sangre sobre cuyas ondas creia deslizarse suavemente hácia el término de sus ambiciones, cuando lo arrastraba á la soledad y al tor-

mento que, nuevo Prometeo, habia de sufrir en la abrasadora roca de un islote, apartado miles de leguas del mundo que él aspiraba á dominar. ¡*Todo se acabó*! Solo faltaba añadir, «para los Borbones.» Esas palabras que despues habia de reproducir en Bayona al consumar el secuestro de nuestros monarcas eran, una repeticion de las de *que al fin vendria á estallar el rayo*, que habia pronunciado en 1801 al ver terminada la campaña de Portugal.

Como se prometia Napoleon y era de esperar de la debilidad de Cárlos IV, accedióse á la demanda sin resistencia de que aquel pudiera apercibirse. Podrá ser exacto cuanto expone en sus Memorias el Príncipe de la Paz respecto á haber demostrado al Rey su pensamiento de romper con Napoleon en aquella circunstancia; pero si era aventurado, y así lo demostró la experiencia, el hacerlo cuando el ejército francés tenia que habérselas con el entonces tan respetado de la monarquía de Federico, ¡cuánto no lo seria despues de vencido este, vencido el ruso en Eylau y conquistadas las plazas mas formidables de Europa! Una amenaza, una protesta tan solo, hubiera producido el efecto mismo que la de octubre de 1806; y un acto de resistencia ó de agresion por parte de España, lo habria sido de locura cuando el Austria se mostraba simple espectadora de las operaciones militares que se llevaban á cabo en las soledades de la Polonia, esperando su desenlace para revolverse contra Napoleon, si era vencido, ó enviarle, en caso contrario, sus felicitaciones por el doble triunfo de Friedland y Tilsit. **Accédese á él.**

Repetimos que podrá ser exacto el aserto de Go-

doy; pero esto no probaria sino la falta de tino del ministro de Cárlos IV en su gestion internacional. Con aconsejar á su soberano la ruptura con la Francia, y seguir facilitando á ésta recursos para la continuacion de la guerra general en que se veia comprometida, no alcanzábamos otro resultado que el de nuestros antepasados en la guerra Púnica, el de dar motivo á los enemigos para que nos vejasen y pretexto á los aliados para despreciarnos y aun desconfiar de nuestra conducta. No desatendiendo en esto los consejos del célebre secretario de Florencia, es preciso mostrarse sincero aliado ó verdadero enemigo. Godoy, por el contrario, no cesó en todo el tiempo de su administracion de conspirar contra los mismos gobiernos á quienes ayudaba con las fuerzas y recursos de nuestro país; conducta débil, á la vez que indigna, que fortificando en Napoleon sus ideas ambiciosas con el deseo de vengarse, atrajo sobre España males y perjuicios de incalculable trascendencia.

Composicion del ejército de la Romana.

Formóse la division expedicionaria con los cuerpos que, á solicitud de la Regente, habian pasado el año anterior á guarnecer el reino de Etruria, y con otros varios que, encontrándose en España, debian atravesar el imperio francés al dirigirse á las costas del mar del Norte.

Todas estas tropas, en número de 11,596 infantes, 2,700 caballos y unos 600 artilleros al servicio de 25 piezas, iban mandadas por el teniente general don Ventura Caro, marqués de la Romana, distinguido por sus talentos militares y afamado por sus operaciones en los dos extremos oriental y occidental de

los Pirineos durante la guerra de la República (1).

«Eran hermosos soldados, dice Thiers, de tez mo»rena, enjutos de miembros, que tiritaban con el in»tenso frio de las tristes y heladas playas del Océano »Septentrional, y que haciendo un singular contraste »con nuestros aliados del Norte, recordaban por la ex»traña diversidad de pueblos sometidos á un mismo »yugo, los tiempos de la grandeza romana (2).»

Aquellos soldados representaban en su continente y estado militar la masa general del ejército español. El rey de Baviera y los mariscales franceses, de quie-

(1) Véase el apéndice núm. 1.°

(2) Los españoles no estaban sometidos al yugo francés: fueron al Norte como aliados, cuya accion, ó parecia necesaria al Emperador comprometido en una guerra colosal con el imperio moscovita y amenazado por los suecos é ingleses hácia las costas del Báltico, ó le convenia apartarla de España para los planes con que sin cesar tenia entretenida su ambicion.

Pero si esta inexactitud es chocante en un historiador como Thiers, lo es mas la estampada á renglon seguido, de que nuestros soldados iban mal vestidos, y, sobre todo, la extrañeza que parece manifestar porque no supiesen hablar mas idioma que el español. Consta por la historia de los regimientos que componian la division y por los estados de vestuario que aun se conservan referentes á la época en que aquellos se hallaban en Dinamarca, que el vestuario se encontraba en buen estado. Al salir las tropas de Italia y de España era nuevo; lo que, por otra parte, es muy natural por su servicio en una córte tan fastuosa como todas las de la dinastía borbónica, y por ir á pelear junto á los soldados de Napoleon tan esmerado en el vestuario de su ejército.

Pero aun cuando estuviese viejo y estropeado, no podria achacarse á abandono por parte de nuestro gobierno, puesto que estaba estipulado, y así consta repetidamente en la correspondencia de Napoleon I que se está publicando, que la manutencion, el vestuario y equipo, el armamento, todo, en fin, excepto los sueldos y haberes, seria pagado por la Francia.

Lo de que nuestros expedicionarios no sabian mas idioma que el español no necesita refutacion, y lo mencionamos tan solo para demostrar cuán fácilmente se distrae Thiers; quiso describirnos una de aquellas emigraciones de principios de la nueva era, y, apoyándose en la circunstancia de ir algunos de nuestros soldados acompañados de sus familias, dió rienda suelta á su imaginacion novelesca.

nes obtuvieron muestras de admiracion, creerian, acaso, que habian sido elegidos entre los demás de nuestro ejército; pero lo cierto es que ó fueron designados por la suerte ó por la proximidad de sus acantonamientos á la frontera francesa (1).

Itinerario de los cuerpos en su marcha.

Los regimientos de Zamora, Guadalajara y Cataluña que con la caballería de Algarbe y Villaviciosa y una batería á caballo se hallaban en Toscana, recibieron la órden de seguir el itinerario de Florencia, Módena, Mantua, Roveredo, Trento, Inspruck y Augstburgo, por la alta Italia, el Tirol y Baviera, para desde allí, unos por Maguncia y otros por Gotha, encaminarse al Hannover y Hamburgo.

Los cuerpos que salieron de España, parte por los Pirineos orientales y parte por los occidentales, atravesaron la Francia por Lyon y Burdeos respectivamente, para unirse en Maguncia, de donde partieron, con el marqués de la Romana ya á su cabeza, á establecer sus acantonamientos con los procedentes de Italia en las orillas del Elba.

La marcha duró de abril á fines de julio aun con la diligencia característica de los españoles en sus,

---

(1) Maximiliano dijo al revistar en Wilheim el regimiento de Zamora: «A la vista de estas tropas comprendo las grandes hazañas »de los ejércitos de Cárlos V, y veo que estos soldados son capaces »de repetirlas;» y Bernadotte al ver el del Algarbe exclamó: «Yo »con este regimiento entraria en el infierno y arrojaria de él al dia»blo.» Estos elogios que pudieran parecer efecto de lisonja y razon de estado, fueron justificados en el sitio de Stralsund, donde el mariscal Brunne dió las gracias al regimiento de Villaviciosa «por su »gallardía y valor,» y en el embarque para España, ocasion en que el Príncipe de Ponte-Corbo ya citado, mostró cuánto admiraba la conducta heróica de los españoles (*).

(*) *Manual del soldado español en Alemania*, publicado en Munich, 1807.

movimientos militares, diligencia que no impidió que, aun sorprendidos en el camino con visitas de monarcas y generales de los paises que cruzaban, hiciesen muestra de su buen continente y resistencia para las fatigas de la guerra.

Algunos de aquellos cuerpos, los de Guadalajara, Cataluña y los dragones de Villaviciosa, que fueron de los primeros en llegar al litoral del Norte de Alemania, obtuvieron la honra de tomar parte en la última campaña de aquel año y en el sitio de Stralsund. **Algunos de ellos toman parte en el sitio de Stralsund.**

Las vacilaciones de la Inglaterra y la conducta inherente al carácter extraño del rey de Suecia, habian dado tiempo á Napoleon para concluir la campaña con la sangrienta batalla de Friedland y aun de celebrar con el emperador Alejandro el tratado de Tilsit, sin que una diversion formal, como la que se anunciaba sobre el flanco izquierdo y la retaguardia del grande ejército, le distrajese de sus operaciones entre el Vístula y el Niemen. Mas aun: como sino fuera leccion elocuente lo sucedido al Austria y á la Prusia por su rivalidad alemana que las hizo combatir aisladas contra la Francia, proporcionando así á esta el vencerlas decisivamente, el rey Gustavo IV celebró en abril un armisticio á cuyo favor pudo Napoleon operar sin trabas contra los rusos; y en julio volvió á tomar las armas cuando iba ya á encontrarse solo en la contienda. El armisticio le costó la pérdida posterior de la Finlandia, y su ruptura, la de la Pomerania sueca y, acaso, la corona.

Rota la tregua con tan poca prevision y prudencia, el mariscal Brune, nombrado recientemente gobernador general de las Ciudades Anseáticas y ge-

neral en jefe del cuerpo de ejército de observacion, atacó á Stralsund, donde se encontraba el rey de Suecia al frente de sus tropas; contentándose los ingleses con guarnecer la vecina isla de Rugen, principal apoyo de la plaza y punto de refugio para sus defensores.

Al aproximarse los franceses, la guarnicion sueca trató de resistir en el campo, y el 6 de agosto los atacó con ímpetu; pero la division Molitor, á la cual fueron agregados los españoles, la repelió vigorosamente; distinguiéndose el regimiento de Cataluña, cuyos soldados «se batieron cuerpo á cuerpo con los »suecos y los obligaron á retirarse, cargándolos á la »bayoneta, hasta la misma estacada, en donde esta»bleció los puestos avanzados con desprecio de los »fuegos de la artillería y fusilería, que desde el mis»mo recinto le dirigian (1).» Villaviciosa, que el dia anterior habia tenido una corta refriega con los enemigos, tomó tambien parte en la del 6 con pérdida de algunos hombres y caballos. Ambos cuerpos alcanzaron el galardon honroso de que el mariscal en persona les diese las gracias por su comportamiento é hiciese mencion de su «gallardía y valor» en la órden general del ejército, así como el que el general Molitor escribiese á los comandantes, «elogiando mucho »nuestras tropas y afirmando que quedó muy satis»fecho de ellas en la citada accion, que fué bien re»ñida (2).»

(1) Historia orgánica de las armas de infantería y caballería.
(2) Idem, idem, y el parte oficial del comandante de las tropas españolas reunidas en la Pomerania sueca, que suponemos sea traslado del de Kindelan que mandaba las que se ocuparon en el sitio de Stralsund.

Abandonada Stralsund por el monarca sueco «que »parece acobardado del peligro que habia corrido en el »combate del dia 6 (1)» y satisfecho de haberse salvado en la isla de Rugen con algunos efectos militares de la plaza, fué esta entregada por su gobernador Peyron á los sitiadores que la ocuparon el 20 de aquel mismo mes de agosto de 1807.

Tres dias antes habian recibido los españoles la órden de reunirse en Hamburgo á sus compatriotas, donde los dejaremos invernando y ocupados en la práctica de los movimientos tácticos franceses, que en aquella época autorizaban las recientes victorias, para trasladarnos á las colonias, donde, como en Europa, alcanzaban tambien nuestros soldados abundantes laureles.

Proyectos de la Inglaterra sobre nuestras colonias

Conservábase en toda su fuerza el rencor de la nacion inglesa contra los españoles que tanto y tan imprudentemente habian contribuido á la emancipacion de los Estados-Unidos. En venganza, validos del señorío que ejercian en los mares, y con motivo de la guerra, aspiraban los ingleses á destruir nuestras colonias de la América meridional ó proporcionar á sus naturales los medios necesarios para sacudir el yugo español; abriendo para sí, además, un mercado abundante que les indemnizase del que perdian en Europa con el bloqueo continental.

Iba á ser instrumento de la política rencorosa del célebre ministro Pitt en Venezuela don Francisco Miranda, hombre inquieto que habia ejercitado las armas contra la Inglaterra en la América septentrional al tiem-

(1) Parte oficial del mariscal Brune.

po de su insurreccion; que despues en Europa habia militado en el ejército ruso; y mas tarde en las filas de la revolucion francesa, que habia tenido que abandonar para hacerse amigo y servidor de los ingleses. Además, sir Home Popham, el almirante destinado á izar el pabellon británico en el cabo de Buena Esperanza, estaba tambien encargado de arrebatarnos las provincias de la Plata, colonias florecientes, pero, como todas, abandonadas casi á sus propias fuerzas y recursos.

Provoca la insurreccion en Venezuela

Miranda hizo sus primeros preparativos en Nueva-York; pasó luego á la isla de Santo Domingo, donde organizó sus tropas, dándoles alguna, aunque, como es fácil de comprender, ligerísima instruccion; y provisto de víveres y municiones, salió á bordo de cuatro barcos para el vireinato de Venezuela, cuya capital avistó el 19 de abril de 1806 (1).

Fracasa Miranda en sus dos expediciones.

Pronto recibió el desengaño de su temeridad, pues ni á su vista se sublevó el país, como esperaba el infiel caraqueño, ni sus proclamas hicieron efecto alguno, y cuantos secuaces suyos se atrevieron á saltar á tierra, quedaron en poder de las autoridades españolas. Con esto y con salir de Caracas el *Argos* y el *Celoso*, dos buques de guerra surtos en el puerto, y abordar las dos corbetas y apresarlas, Miranda, salvándose en la goleta inglesa, huyó á la Trinidad, donde se preparó con refuerzos poderosos á otra nueva expedicion contra su patria.

---

(1) Los buques eran: una goleta inglesa que se le facilitó al confiarle la comision; el *Leandro*, fletado en Nueva-York, y las corbetas *Baco* y la *Abeja* que se proporcionó en Puerto-Príncipe.

Facilitáronsele, efectivamente, mayor cantidad de dinero y nuevos bajeles, y á fines de julio se presentó con una que ya pudiera considerarse importante armada, pues que constaba de dos fragatas de guerra, una corbeta, tres bergantines, dos goletas y algunos barcos de trasporte, en las costas del mismo territorio venezolano que se habia propuesto arrancar del dominio español. Queriendo distraer la atencion de nuestras tropas, amenazó varios puntos á la vez; pero encontrando en todos vigilancia y en todos el mismo espíritu popular contrario á sus proyectos, atacó la isla de la Margarita, que habia elegido para base de sus operaciones futuras, de la que tambien fué rechazado en dos intentonas de desembarco. No desistió, sin embargo, de su empeño y navegando á Coro, en el golfo de Maracaibo, desembarcó con 600 hombres, no sin dejar á su paso por frente de la Guaira un fuerte destacamento, del que esperaba tambien prósperos resultados. Esparcidas, como se hallaban, las tropas de la Colonia, no era difícil hacer un desembarco, mucho mas intentándolos á distancias tan considerables como de la Margarita á Coro; pero aun así, los expedicionarios de la Guaira no se atrevieron á saltar á tierra, y á los seis dias de haberlo verificado los de Coro, se vieron acometidos y destrozados; recogiéndose á sus buques con pérdida de 200 hombres y con la total de sus esperanzas é ilusiones conquistadoras.

Primera expedicion de los ingleses á Buenos-Aires

La expedicion inglesa á las posesiones del rio de la Plata obtuvo éxito al principio: pero, por lo mismo, dió ocasion á los naturales para probar su lealtad y ofreció campo á la resistencia de los espa-

ñoles, proporcionando mayor gloria á unos y otros.

La escuadra se presentó en junio del mismo año de 1806 á la entrada del rio, y sir Home Popham, que ya hemos dicho que la mandaba, maniobró con los numerosos buques que la componian de manera que el virey español marqués de Sobremonte se creyó acometido simultáneamente por cuatro puntos diferentes y por fuerzas cuatro veces mas numerosas de lo que efectivamente eran; aturdiéndose, á pesar de ser hombre de valor y de servicios, á punto de no dictar disposicion eficaz ni concertar operacion alguna conveniente ni oportuna. Los ingleses invadieron el territorio por la punta de los Quilmes, y á los diez dias, el 28 de junio, capitulaban los fuertes, abandonada la ciudad por el virey que se habia retirado á Córdoba, sin armar á los habitantes que lo solicitaban, creyéndose, y con razon, en suficiente número y con fuerzas bastantes para acabar con los 1,600 soldados ingleses.

No fué duradero el triunfo de los invasores: don Santiago Liniers, capitan de navío y comandante general de las fuerzas sutiles en Montevideo, que disfrazado habia visto á las personas mas influyentes de Buenos-Aires y disuadídoles de un alzamiento popular en los primeros dias, posteriores al de la ocupacion de la ciudad por los enemigos, escogió 600 hombres de los 2,000 que habia logrado allegar el brigadier don Pascual Ruiz Huidobro, comandante del primero de aquellos dos puertos, y salió con ellos por tierra para la aventurada y gloriosa empresa de arrojar á los ingleses á sus naves.

En combinacion con este puñado de valientes que

despues de indecibles trabajos, en medio de un temporal deshecho de lluvia, á travès de bosques, de rios y de pantanos, llegó á la colonia del Sacramento, distante unas treinta leguas en la misma banda oriental del rio de la Plata, remontó las aguas, burlando el crucero de los ingleses, una escuadrilla compuesta de cuatro zumaques, dos goletas, seis cañoneras y diez trasportes al mando del capitan de navío don Juan Gutierrez de la Concha, gobernador entonces de Córdoba, émulo de Liniers en aquella heróica campaña y digno compañero suyo hasta en la tumba.

Derrota y rendicion de Beresford.

Reunidos ya estos dos jefes y reforzadas las tropas, embarcáronse todos en la noche del 3 de agosto y con éxito feliz tomaron tierra en la banda opuesta al amanecer del dia siguiente; comenzando inmediatamente una serie de pequeños y siempre afortunados combates que los condujo á las puertas de Buenos-Aires, seguidos y ayudados por millares de paisanos que acudian de la tierra, anhelantes por arrojar de ella á los ingleses. El dia 10 y despues de una intimacion enérgica, recibida con desprecio por el comandante de las fuerzas británicas Carr-Beresford, que allí empezó á conocer el valor que mas adelante habia de admirar en los españoles, acometió Liniers la ciudad, y lanzando sus soldados al asalto despues de un fuego vivo de la artillería que llevaba, se apoderó de la magnífica posicion del *Retiro*, y con ella de almacenes y repuestos que allí conservaba el enemigo. Penetró en seguida por las calles alzando en armas la ciudad, cuyos habitantes contribuyeron, en no pequeña parte, á derrotar á los ingleses, quienes dejaron por tierra, muertos ó heridos, unos 400



hombres, recogiendo los 1,200 restantes en la fortaleza. Por fin, el 12 del mismo mes de agosto, acosado Beresford por todas partes, temeroso de un asalto que á gritos desaforados pedian los sitiadores con las escalas ya en la mano, sin medios para resistir, y privado de todo auxilio, arrojó su espada desde las almenas é hizo enarbolar en los baluartes la bandera española que fué saludada por los vencedores con frenéticos aplausos.

Liniers concedió generosamente á los ingleses los honores de la guerra, á que no tenian derecho por haberse rendido á discrecion; pero el general Beresford en recompensa de accion tan noble, intentó el soborno de los habitantes de la ciudad en que se le habia dejado libre, y fué necesario confinarlo á Lujan, de donde á los pocos dias se fugó con el coronel Pack.

Segunda expedicion.

El gobierno inglés, alborozado y orgulloso con la fácil conquista de Buenos-Aires, achacó, al recibir la nueva del desastre posterior, á sir Home Popham, tanto la idea y ejecucion de la conquista, como su funesto resultado para las armas inglesas. Pero no por eso desistió de su empeño; antes bien reforzó la escuadra y puso hasta 15,000 hombres de sus mejores tropas á disposicion del almirante Murray que desde la isla de Santa Elena se dirigió al rio de la Plata, decidido á conquistar el vireinato entero.

Apoderóse Murray sin gran trabajo de la colonia del Sacramento, punto que consideraba como el mas propio para la comunicacion de las dos bandas del rio, y seguidamente puso sitio á Montevideo, que cuatro meses mas tarde cayó en su poder despues de tres asaltos consecutivos.

Este suceso tenia lugar en febrero de 1807; pero hasta el 25 de junio no desembarcaron los ingleses en la banda occidental, ocupados en establecerse sólidamente en el territorio conquistado y en reforzar y robustecer su cuerpo de ejército para la expugnacion de Buenos-Aires.

Liniers entretanto ejercitaba sus tropas, en número ya de mas de 10,000 hombres llenos de valor y de patriotismo; españoles unos, inflamados del sentimiento de la patria, á la que se queria arrancar tan preciada joya, naturales otros del país, y aun muchos indios que abandonaban las Pampas para defender su suelo y religion de la codicia y de la herejía británicas.

Desde la ensenada de Barragan, donde habian desembarcado, se dirigieron los ingleses á la ciudad, seguros de encontrar en sus puertas un triunfo completo y glorioso. En el camino lograron burlar la vigilancia de los españoles que los esperaban en el paso de un pequeño rio, divisorio de los dos campos, y rodeando la corriente agua arriba de nuestra posicion, hubo Liniers de abandonarla, temeroso de verse flanqueado y hasta envuelto. Acudieron los españoles á oponerse al ejército inglés, que se encaminaba apresuradamente á la ciudad, y, no consiguiéndolo en los *Mataderos*, arrabal próximo á ella, se decidieron á ceñirse á la defensa del casco de la poblacion y del *Retiro*, algo desanimados con no ver entre ellos al intrépido Liniers que, rodeado de enemigos, debió su salvacion á la velocidad de su caballo y á las tinieblas que ya cubrian el campo de batalla.

Dos dias despues, el 5 de julio, principiaron los

Derrota y capitulacion de Whitelock.

ingleses su ataque por el del Retiro, donde mandaba el capitan de navío don Juan Gutierrez de la Concha, ya citado anteriormente. Sir Samuel Auchmuty á la cabeza de dos regimientos de línea, el 38 y el 87, avanzó intrépidamente contra aquella posicion, que cubrian 500 hombres y una numerosa artillería. Sangriento y dilatado fué el trance: nuestros cañones vomitaban la muerte haciendo estragos en las columnas enemigas; pero despues de tres horas y cuarto de continuo pelear, perdida entre muertos y heridos mas de la mitad de la guarnicion, herido su valeroso jefe en lo mas recio del combate, sin esperanzas de socorro, y agotadas las municiones, sucumbieron los defensores del Retiro, no sin clavar antes su artillería para que no sirviese al enemigo.

Mientras se representaba este cruento, pero brillante episodio de la inmortal defensa de Buenos-Aires, el regimiento inglés número 5.°, invadió el convento de Santa Catalina, y los 36 y 88 penetraban por las calles, dirigidos por el brigadier general Lumley. Pero las calles estaban interceptadas por muros y fosos de donde salia un nutrido fuego; cada casa era una fortaleza cuyas puertas parecian inquebrantables y de cuyas azoteas y ventanas caia sobre los enemigos una lluvia de proyectiles de todo género; la artillería barria las calles con la metralla; y las tropas defensoras, á cubierto de las manzanas, maniobraban para envolver los destacamentos de los invasores, ocupados en asaltar las barricadas y forzar las puertas de las casas; soldados y habitantes, en fin, parecian decididos á sepultarse en las ruinas de la ciudad, mas bien que á rendirse á los enemigos de su patria y de

su religion. Envuelto, roto y obligado á rendir las armas el 88 inglés, los otros dos regimientos que habian logrado llegar á su destino, acosados sin cesar y con graves pérdidas, tuvieron que retirarse al puesto ocupado por el brigadier Auchmuty, mientras que la artillería ligera y cuatro escuadrones de carabineros, que habian penetrado por el centro de esta línea, volvian caras y se situaban en puntos menos expuestos al fuego de los defensores.

El general Crawford, que mandaba la division de la izquierda, fraccionó sus tropas en varios destacamentos, y con ellos fué penetrando lentamente en la ciudad. El teniente coronel Pack se dirigió al colegio de Jesuitas y lo atacó con la mayor energía; pero la resistencia fué tal, que á duras penas pudo salvar una parte de sus fuerzas, dejando prisionera la mayor, despues de diezmada por el plomo y la metralla. El mismo general Crawford que llegó á apoderarse del convento de Santo Domingo y creia poder avanzar al de Franciscanos y hostilizar desde él la fortaleza, tuvo que encerrarse en el primero. Atacáronle allí, á su vez, los españoles; y despues de rechazar algunas tentativas del inglés para salir del convento y de hacer morder el polvo al teniente coronel Guard y al mayor Trotter, oficiales de una grande energía que acudian á salvar á su general, dirigieron las bocas de sus cañones á las puertas para dar el asalto. Crawford se vió aislado, se reconoció sin fuerza para resistir, sin recursos para esperar socorros, que no podian estar próximos pues que habia cesado el fuego en derredor suyo, y se creyó en el caso de rendirse para no sacrificar las pocas tropas que le quedaban.

Tenian lugar estos últimos sucesos en la tarde del mismo dia 5, y al anochecer los ingleses, que no conservaban mas posiciones que la *Residencia*, que habia ocupado el regimiento número 45 de la division Crawford, y la plaza de Toros, donde se hallaba el teniente general sir John Whitelock, comandante de todas las fuerzas desembarcadas; se veian en la situacion mas apurada, muertos ó heridos cerca de 2,000 de los suyos, prisioneros otros tantos, y los demás sin esperanza de vencer resistencia tan obstinada y heróica. Así que, al amanecer del 6, temiendo verse, á su vez, asaltados en las posiciones que ocupaban y «reflexio»nando, segun dice en su parte el mismo general »Whitelock, en que ningun fruto podria resultar de »la posesion de un país cuyos habitantes los odiaban »de muerte,» consintieron en capitular, abandonando para siempre el rio de la Plata.

Tal fué el desenlace de aquella campaña tan gloriosa para las armas españolas. Los soldados de la poderosa Albion, rara vez vencidos en los últimos tiempos, y blasonando ya de una solidez que no tardaria en hacerse proverbial, rendian sus orgullosas enseñas ante nuestros infantes, como en el siglo anterior lo habian hecho en Almansa y Brihuega, y recibian leyes de nuestros generales, cual recientemente las habian tambien recibido en el Ferrol y las Canarias, aun siendo capitaneados en estas islas por el inmortal Nelson. Los incendiarios de Copenhague se embarcaron mustios y avergonzados en Buenos-Aires, donde no esperaban encontrar una gran resistencia, hallándose la metrópoli á 2,000 leguas de distancia é imposibilitada, además, desde el combate desgraciado

de Trafalgar, de proporcionar refuerzos á sus hijos del otro lado del Atlántico.

Pero si prueba, y dura, era la en que nos ponia la Inglaterra atacando con tanta insistencia nuestras colonias americanas, mas terrible la iniciaba Francia por aquella época. Podia resistirse la primera contando con el valor de nuestros soldados y el amor que los habitantes de aquellas regiones apartadas manifestaban á la que les habia dado religion y cultura; pero ¿cómo oponerse á una agresion que era casi imposible descubrir entre los halagos que prodigaba y las artes que ponia en juego, quién, por otro lado, acostumbraba á no detenerse ante obstáculos de ninguna clase; disponiendo, como disponia, de fuerzas que la opinion general consideraba como incontrastables?

«Al regresar de Tilsit, Napoleon comenzó á ocu»parse de la Península, persuadiéndose de que, al fin, »seria necesario tomar un partido acerca de la nacion »española, que, aunque en decadencia, se encontra»ba siempre dispuesta á serle desleal (1).»

Empieza Napoleon la ejecucion de sus planes en la Península.

La *amistad geográfica* de España no bastaba á Napoleon en aquellos tiempos; su inteligencia y su am-

(1) Así empieza Thiers su relacion sobre los sucesos de España; negando que antes ni hasta mucho despues pensara Napoleon en mezclarse en los asuntos de nuestro país. Pareceria efectivamente que lo creyese así el célebre historiador, si renglones antes no se descuidara en decir que, aun cuando Napoleon ignoraba las relaciones secretas del Príncipe de la Paz con Inglaterra, no se hacia ilusiones respecto á la sinceridad de nuestra alianza, *pero queria disimular hasta verse libre y desembarazado en su accion*. Thiers deja casi siempre al descubierto alguna ligereza que manifieste las opiniones que mas cuida de ocultar. Por lo demás, ya hemos expuesto las razones que tenemos para creer en este punto lo contrario que Thiers.

bicion le impelian á proyectos que en otros hombres parecerian parto de una imaginacion completamente extraviada.

Incomunicado el Imperio de sus colonias del Atlántico y del Pacífico por la superioridad marítima de la Gran Bretaña, pensaba el Emperador en que el Africa reemplazase al América; calculando, por el clima de las costas septentrionales, que aquel continente podria producir los mismos frutos que la Europa recibe de América y que la Inglaterra se habia encargado de distribuir. Ante la imposibilidad de combatir con éxito en el vastísimo espacio de los mares, su pensamiento predilecto era el de hacer del Mediterráneo un lago francés (1).

Ahora bien; para llevar á cabo estas ideas, Napoleon necesitaba que España, separada tan solo del Africa por un estrecho canal, se adhiriese fuertemente á su sistema; y, como no creia cordial ni sincera la alianza existente, pensó, para ser dueño de los puertos de Andalucía, en la soberanía de la Península toda, cuyos monarcas, además, le eran odiosos por su orígen y legitimidad.

Era, pues, inevitable el rompimiento; mas, sabiendo que á este lado de los Pirineos moraba un pueblo de ánimo levantado, imaginó introducir en él la division, y, halagándolo con la perspectiva de próximos mejoramientos, hacerle aceptable su protectorado para que mas tarde fuese menos sensible su soberanía.

---

(1) General Foy: *Historia de la guerra de la Península.*

Necesitaba un pretexto para situar en el teatro de sus proyectadas operaciones los medios materiales de accion, la fuerza, recurso á que habia de apelar en último resultado. Lo encontró, si ya no lo tenia previsto, en el tratado secreto que acababa de celebrar con el emperador Alejandro, por uno de cuyos artículos habia tomado Napoleon á su cargo el exigir de Portugal su concurrencia á la realizacion de los grandes pensamientos que encerraba el decreto de 21 de noviembre del año anterior de 1806; pensamientos que en contraposicion de los de Themístocles, llamaba el César francés su plan de *vencer el mar por medio de la tierra*. Y como en 1801 habia visto frustrados sus proyectos de ocupacion y de dominio en el territorio lusitano por la preponderancia y rápida accion de las tropas españolas, exijió en esta ocasion el que representasen las francesas el principal papel, así por su fuerza, como por la independencia y aun autoridad de sus jefes.

Cuerpo de observacion de la Gironda.

Este plan estaba tan de antemano concebido, y tan maduro se hallaba en la mente del Emperador, que Thiebault en su *Historia de la expedicion de Portugal* dice que «apenas se habia firmado la paz de Tilsit y »ya estaban expedidas las órdenes para reunir el *pri»mer cuerpo de observacion de la Gironda*.»

Efectivamente; el 30 de julio, tres dias despues de la llegada de Napoleon á Saint-Cloud, el príncipe de Maserano, nuestro embajador en París, pasaba al gobierno español una nota con el aviso oficial de que iba á formarse en Bayona un campo de 20,000 hombres para, en union con tropas de nuestro país, exigir de Portugal declarase la guerra á los ingleses, caso



de que no admitieran la paz que iba á ofrecérseles por mediacion de la Rusia (1).

Efecto que produce en España su formacion.

Esta comunicacion y las sucesivas que fueron llegando á la córte, produjeron impresiones diferentes entre los españoles; pero el efecto general no fué contrario al Emperador, por mas que todos viesen con prevencion la vuelta de aquellos soldados cuya salida de la Península habia costado tantas reclamaciones en la anterior campaña de Portugal. La division introducida en la córte por el soberano francés, empezaba ya á dar sus naturales frutos. Los dos bandos que se habian constituido á la sombra y bajo la proteccion de Godoy y del príncipe de Asturias, estaban, puede decirse, para llegar á las manos; el primero, con toda la fuerza que da el poder ejercido por el favorito sin cortapisa alguna; el segundo, con la que da el derecho y con la que prestan las esperanzas de un próximo y favorable porvenir, tan pronto como el heredero del trono obtuviese la participacion á que en el gobierno del estado era llamado por su edad, ó alcanzase la corona que los años y enfermedades iban precipitando de la cabeza de Cárlos IV.

El bando de Godoy era indudablemente el menos numeroso; pero, compuesto de la gente atrevida que bulle siempre en las antecámaras de los validos en busca de favores, la mayor parte de las veces inmerecidos, y de la cohorte de aduladores, tanto mas

(1) Manuscrito facilitado al autor, que contiene un *Compendio de las providencias y órdenes expedidas por el Príncipe de la Paz desde principios de agosto de 1807 hasta mediados de marzo de 1808 sobre la reunion y operaciones de los cuerpos de ejército que han entrado en Portugal, y la entrada de las tropas francesas en España, su asistencia é incidencias ocurridas con este motivo.*

osados cuanto menos fundado en servicios y mérito se halla el poder que rodean con sus miserables lisonjas, aparecia robusto y hasta formidable á sus contrarios. La distribucion de los cargos públicos, solo concedidos á los que mostraban celo y abnegacion por la persona del privado, y el temor de perder posiciones y fortuna en los que ya poseian, eran los fundamentos de este partido, que elevaba su voz y sus pretensiones tan en alto, que parecia no haber derechos mas legítimos ni aspiraciones mas justas que las suyas y las de su ídolo.

Con decir que el príncipe de Asturias se hallaba en desgracia, basta para comprender que en su bando militarian la virtud y la dignidad. «Ningun pueblo, »dice el general Foy, ha conservado bajo el despotis»mo, á la altura que el español, el sentimiento de la »dignidad del hombre,» y en aquella ocasion se vió que la mayor parte de la nobleza, el clero todo y el pueblo en general, especialmente el de los campos, arrebatados de ira por las humillaciones que se hacian sufrir al trono, que eran sus propias humillaciones, fijaban su odio en la persona de Godoy y su amor en la de don Fernando.

Ambos partidos esperaban en Napoleon; el del favorito porque se veia lisonjeado por el Emperador que lo animaba para que aumentase la perturbacion con su osadía y engreimiento; el del Príncipe, porque, buscando una alianza de familia que diera seguridades á la Francia de una íntima política, esperaba su encumbramiento con la caida de su enemigo que se habia hecho sospechoso á aquella potencia con sus alardes intempestivos del año anterior.

Napoleon, que no se descuidaba en fomentar aquellas rivalidades y en dar esperanzas á unos y otros por medio de agentes secretos, y aun por el conducto de sus enviados oficiales, quienes, al enterarle de sus gestiones, le informaban de las esperanzas que los españoles todos, aun cuando por sentimientos diversos, fundaban en su intervencion poderosa, creyó llegado el caso de poner en ejecucion sus planes (1).

(1) Dirigida esta obra á narrar las operaciones militares de la guerra de la Independencia, debemos ser sumamente parcos en las apreciaciones políticas. Con apuntar ligeramente las artes usadas y los medios empleados por Napoleon para preparar la entrada de sus tropas en España sin alarmar á nuestro pueblo, creemos hacer lo suficiente para disponer al lector al espectáculo militar de aquel glorioso drama. ¿Qué fruto se sacaria, efectivamente, de entrar en el pormenor de los manejos que sin conocer los planes del Emperador ponia en juego Mr. de Beauharnais para atraerse el partido del príncipe de Asturias, mientras en París se halagaba al de la Paz por medio de su agente secreto, don Eugenio Izquierdo, con las seguridades de la amistad imperial y las esperanzas de un próximo y deslumbrador encumbramiento? Quede todo esto para los que se ocupen de una historia política, para la que encontrarán materia en aquellos sucesos.

CAPITULO II.

Composicion del cuerpo de observacion de la Gironda.—Primera noticia de los proyectos de Napoleon.—Ambiciones de Godoy.—Su celo por ayudar á Napoleon.—Cuerpos españoles contra Portugal.—Intimacion al gobierno portugués.—Contestacion dilatoria de éste.—Inquietud de los ánimos en Lisboa.—Impresion favorable en España.—Entran los franceses.—Vacilaciones de Napoleon.—Resuelve la invasion de Portugal por el valle del Tajo.—Error que comete al elegir este camino.—Marcha de Junot á Alcántara.—Unido á Carrafa entra en Portugal.—Dificultades de la marcha.—Sepáranse Junot y Carrafa en Abrantes.—Sigue Junot á Lisboa.—Mision de Barreto.—Vacilaciones del Regente.—Se resuelve á abandonar Europa.—Embárcase la córte.—Junot en Sacavem.—Entra en Lisboa.—Carrafa se dirige á O'Porto.—Marcha de Taranco.—Conducta de los generales españoles.—Operaciones de Socorro.—La bandera portuguesa sustituida por la tricolor.—Conmocion en Lisboa.—*La casa de Braganza deja de reinar en Europa.*

El *cuerpo de observacion de la Gironda* se componia de tropas que no habian tomado parte en las últimas campañas, y cuya mision se reducia á vigilar las costas de Normandía y de Bretaña. Los oficia- Composicion del cuerpo de observacion de la Gironda.

les, sin embargo, los sargentos y tres ó cuatro jinetes por compañía en los escuadrones de caballería habian hecho la guerra. La organizacion de aquel ejército era en tres divisiones de infantería, mandadas por los generales de Laborde, conde Loison y baron Travot; una de caballería, regida por el general Kellermann; un tren de artillería con 38 piezas de campaña, dirigido por el general baron Taviel, y las correspondientes dotaciones de ingenieros y tren de equipajes.

Fué nombrado general en jefe el que lo era de division, Junot, embajador que habia sido en Portugal y cuyo título conservaba todavía, á pesar de haber abandonado hacia años aquel destino para incorporarse al grande ejército en Alemania; hombre, en fin, de toda la confianza del Emperador. Él, á su vez, eligió para jefe de su Estado Mayor al baron Thiebault, general distinguido y escritor, si no imparcial, elegante y perspícuo (1).

La primera division se acantonó en Bayona; la segunda en San Juan de Luz y en las aldeas próximas á la frontera española, y la tercera en Navarrains y San Juan de Pié de Puerto. La de caballería fué situada en el camino de Bayona á Irun; pero, vista la escasez de forrajes en aquellas localidades, recibió la órden de marchar á Pau, Oleron, Castelnau y Aire; tan tarde, sin embargo, que á los pocos dias hubo de retroceder para entrar en España, con lo que se aumentó el mal estado de los caballos.

La infantería se ocupó desde el momento de su

(1) Véase el apéndice núm. 2.º

llegada á los cantones en la instruccion táctica y en ejercicios que la dispusiesen á las fatigas de la guerra, mientras el general Taviel preparaba los trasportes para la artillería, confiados á una empresa particular por hallarse todos los trenes en Alemania é Italia, y entretanto que el coronel Vincent, de ingenieros, y el ordenador Trousset organizaban el personal necesario para atender al servicio de sus institutos desde que las tropas pisasen el territorio portugués (1).

Ya estaban ejecutándose las órdenes del Emperador y se veia á los cuerpos destinados al de observacion de la Gironda atravesar la Francia con direccion al Mediodía, y aun ignoraban España y Portugal así las órdenes como su cumplimiento.

Primera noticia de los proyectos de Napoleon.

La primera noticia que tuvo nuestro gobierno de tales medidas fué la trasmitida por sus agentes diplomáticos, el príncipe de Maserano, el duque de Frias y don Eugenio Izquierdo, quienes, al cumplimentar á Napoleon por sus últimos triunfos, pocos dias despues de su llegada á París, oyeron de su boca los proyectos que abrigaba contra Portugal (2).

El despacho del príncipe de Maserano, de 30 de julio, citado anteriormente, produjo, segun ya hemos dicho diversas sensaciones, pero, en general, agradables. El Príncipe de la Paz, exento ya de los temores que le habian asaltado al ver triunfante á

(1) General Foy.

(2) Thiers le atribuye, entre otras, las siguientes palabras dirigidas á los tres diplomáticos, palabras que demuestran perfectamente que no contaba para nada con nuestro gobierno en la ejecucion de sus planes: «Es necesario, les dijo, que España prepare sus »tropas porque preparo ya las mias para invadir inmediatamente el »Portugal.»

Napoleon despues de la publicacion de la malhadada proclama de 6 de octubre, acogió con júbilo un despacho que presentaba las apariencias todas de volverse á los proyectos de junio de 1806 sobre la division de Portugal.

No eran estos entonces conocidos de nadie en España, si se exceptuan el mismo Príncipe, muy enterado en ellos, y la persona de Izquierdo, su negociador en la córte imperial. Ni hasta mucho despues lo han sido, cuando las exageradas pretensiones de Thiers, de ser el único historiador provisto de documentos auténticos, y las falsas aseveraciones de Godoy, han movido á escudriñar detenidamente nuestros archivos. En el del ministerio de Estado han aparecido pruebas incontestables de que en la primavera de 1806 se pensaba ya en la desmembracion de Portugal y en otorgar al Príncipe de la Paz un reino entero con la region meridional del lusitano, descubrimiento que ha dado luz á un historiador español para comprender las causas del desvío, poco posterior, del privado para con Napoleon (1).

Ambiciones de Godoy.

De las aspiraciones á la regencia de Portugal, á que Napoleon mostraba no oponerse, habia Godoy remontado su ambicion á otras mas altas y positivas; pero que no se atrevió á revelar por algun tiempo, temiendo el desagrado del hombre poderoso de quien hacia depender su fortuna.

El Emperador, haciéndose el desentendido, exijia

---

(1) Lafuente: *Historia general de España.* Fox debió tener noticia de estos proyectos, porque envió á Lisboa á lord Roslyn, lord San Vicente, y al general Simcoe, para, dándolos á conocer á la córte de Portugal, ofrecerle tropas y auxilios para contrarestarlos.

explicaciones terminantes, y, por fin, hubo de darlas el Príncipe de la Paz, pidiendo, mejor que la regencia, una extension considerable del territorio portugués, donde imperase libre de la zozobra que ya iba apoderándose de su espíritu. No estaba lejos de concedérsela Napoleon; pero exijia el resto de Portugal para el rey de Etruria, á quien queria desposeer de sus estados con el objeto de unirlos al reino de Italia, y el Puerto de Pasages con algun territorio de Guipúzcoa, que manifestaba convenir al Imperio para fortalecer su frontera por los Pirineos occidentales: cesiones, especialmente la última, que ni Izquierdo ni Godoy consintieron nunca en aconsejar á Cárlos IV.

Así andaban las negociaciones, cuando, distraido Napoleon con la guerra de Prusia, que requeria su presencia en los ejércitos, las rompió tan decidida y bruscamente que no parecia sino que jamás habia pensado ni detenídose en ellas.

Compréndese, pues, que abandonado así por Napoleon un proyecto que debia ser tan lisonjero para el Príncipe de la Paz, se dejase éste arrastrar de un impulso de ira y del deseo de vengarse, tan naturales en quién, como él, era objeto de un golpe tan repentino y favorable de la fortuna. Importábale mucho por entonces salir triunfante de la situacion en que se habia colocado respecto al príncipe de Asturias, cuyo odio á su persona no podia desconocer, y cuya venganza no se haria esperar en el dia, próximo acaso, de su encumbramiento al trono de España. Desesperanzado, pues, de obtenerlo él en Portugal, al recibir las cartas de Izquierdo en que se le anunciaba el malogro de un negocio de tanto interés, lanzó aquella

proclama de 6 de octubre, fuese para realizar sus propósitos de venganza contra quién parecia burlarse de su credulidad y de sus aspiraciones, bien para, con las amenazas, advertirle de su poder omnímodo en la gobernacion de nuestro país, ó tambien quizás, para, por camino opuesto, llegar á los mismos fines, á la meta misma de sus esperanzas.

Pero vuelto á mas prudentes consejos con las victorias de Napoleon y á mas halagüeñas impresiones con volver el Emperador á sus proyectos sobre Portugal, el Príncipe de la Paz se dedicó con nuevo afan á satisfacer al que él llamaba su protector, ofreciéndole toda clase de facilidades en su injusta empresa.

Su celo por ayudar á Napoleon.

Así que recibido en 5 de agosto el despacho del príncipe de Maserano, á cuyo márgen decretó el de la Paz que *todo se ejecutaria*, se dieron en 7 del mismo mes las órdenes mas precisas «para que, sin es»trépito y con toda reserva, se nombrasen y prepa»rasen, por si se les daba la órden de marcha, 6,000 »hombres de infantería y toda la caballería en Anda»lucía; 3,000 en el campo de Gibraltar y 18,000 en »Galicia (1).»

Se conoce que la vaguedad del despacho, respecto á los planes militares de Napoleon, no permitió á nuestro gobierno el fijar definitivamente ni el número de tropas ni los puntos por donde habian de invadir el Portugal; porque, hasta mucho despues, no se dieron señales de formar ningun otro cuerpo de ejército ni de dar á todos ellos destino fijo.

(1) Compendio de las providencias y órdenes expedidas por el Príncipe de la Paz. (Manuscrito citado anteriormente.)

Tres veces se repitieron las órdenes para que aquellas tropas estuviesen preparadas, siendo la última de fecha de 22 de setiembre; pero en 7 de octubre se expidió, por fin, una en que aparece por primera vez el proyecto de formar un cuerpo de ejército en Extremadura; señalándosele á los dos dias, el 9, la fuerza de 17,783 hombres de infantería, 4,380 de caballería con 3,850 caballos, 720 de artillería con 216 caballos, y 300 zapadores, que, en total, componian 23,183 hombres y 4,066 caballos.

Cuerpos españoles contra Portugal.

No fué esta, sin embargo, la órden en que se fijó la última organizacion á los cuerpos de ejército españoles que habian de operar contra Portugal en combinacion con el de observacion de la Gironda. En 30 del mismo octubre, cuando ya los franceses llegaban á Burgos, se mandó que el general don Juan Carrafa con 14,172 hombres, 3,300 caballos y 30 piezas de artillería se pusiese en Castilla la Vieja á las órdenes del general Junot; que el marqués del Socorro con un cuerpo de 7,780 hombres, 550 caballos y 30 piezas, se estableciese en Badajoz para penetrar á la primera órden en el vecino reino; y que el general don Francisco Taranco cubriese la frontera del Miño con 6,556 infantes y 25 piezas, dispuesto, tambien, á invadir la provincia de Entre Douro é Minho (1).

Tampoco fué la fuerza designada en aquella fecha la que compuso las tres divisiones, ni, mucho menos, la que llegó á penetrar en Portugal á las órdenes de los generales que debian regirlas. El apresuramiento de Junot, deseoso de no dar á los españoles sino la

(1) El mismo manuscrito.

menor participacion posible en una empresa que, como la de 1801, podria resultar ineficaz para los planes del Emperador, impidió la organizacion de las divisiones, tal como estaba proyectada, é impidió tambien el que se reunieran los cuerpos que debian componerlas y aun su entrada en el reino que iban á invadir, en tiempo oportuno y en las direcciones mas convenientes (1).

El teniente general don Juan Carrafa fué consultado por si en consideracion á su empleo y á su dignidad repugnase aquel mando; pero, lleno de patriotismo é inspirado del deseo de servir en una ocasion de que acaso pudiera originarse una lucha sangrienta, se puso á la cabeza de las tropas y á las órdenes de Junot.

Muy luego, cuando los ejércitos de las dos naciones aliadas hayan penetrado en Portugal, en cumplimiento de un convenio que vamos á dar á conocer inmediatamente, haremos ver las instrucciones que recibieron los generales españoles, cumplidas por ellos con la mayor exactitud y con tal prudencia que no han podido menos de reconocer y elogiar los mismos sobre quienes pesaba la dominacion extranjera; noble y elocuente contraste con la conducta del general en jefe francés, cuya memoria se ha hecho execrable en todo Portugal.

Intimacion al gobierno portugués.

Al mismo tiempo que el Emperador anunciaba al príncipe de Maserano su resolucion de romper de

(1) Véase en el apéndice núm. 3.º, el estado de fuerza de las divisiones, tales como llegaron á organizarse, pero sin constituirse definitivamente y sin reunir el material que á cada una de ellas se habia designado.

una manera enérgica y definitiva la alianza de Portugal con la Gran Bretaña, comunicaba al ministro de aquel reino en París, conde de Lima, la órden de manifestar á su gobierno las tres proposiciones siguientes: 1.ª que se cerrasen los puertos á la Inglaterra: 2.ª que se prendiese y extrañase de los dominios portugueses á todos los vasallos de la Gran Bretaña: 3.ª que los bienes y efectos de individuos ingleses fuesen rigorosamente secuestrados (1). A estas proposiciones durísimas para una nacion, ligada con los ingleses por los vínculos mas estrechos desde la época de su independencia, añadió Napoleon la amenaza de que, si eran rechazadas ó quedaban sin respuesta para el 1.º de setiembre, los embajadores de España y Francia abandonarian á Lisboa, y el de Portugal en París recibiria sus pasaportes. Consecuencia de esta ruptura de relaciones diplomáticas seria la guerra de aquellas dos naciones con el reino portugués, decidido, como estaba, el Emperador á no sufrir la menor lenidad en la ejecucion del bloqueo continental, y deseoso de resarcirse de las presas ejecutadas por los ingleses al interrumpir la paz de Amiens.

La intimacion hecha por el intermedio del conde de Lima fué en 12 de agosto repetida directamente al gobierno portugués por Mr. de Rayneval, que des-

---

(1) Accursio das Neves. Comision de jefes y oficiales, *Victoires et conquetes*, Londonderry, Hamilton, Thiers y Príncipe añaden la exigencia de una declaracion de guerra. Toreno, la de que Portugal, al romper con la Inglaterra, uniese sus escuadras á las demás del continente. El Príncipe de la Paz se expresa en el mismo sentido que Toreno. El despacho de 30 de julio conviene perfectamente con las proposiciones arriba espresadas.

de 1805 hacia en Lisboa las veces del general Junot. El conde de Campo-Alange, que se unió al enviado francés para tan enojosa mision, añadió á los consejos que tenia órden de dar, para que el Portugal se desentendiese de la alianza inglesa, la amenaza de abandonar aquella córte y la de que las armas españolas se unirian á las del Emperador para exigir por la fuerza lo que no pudiese obtener por mediacion pacífica, muy conveniente á los intereses generales de toda la Península.

Contestacion dilatoria.

La respuesta del ministerio portugués fué, lo que debia esperarse, dilatoria; necesitaba contar con la Inglaterra para una resolucion que tanto le repugnaba y tanto ofendia á las dos naciones aliadas. Pero habiendo manifestado el gobierno inglés la imposibilidad en que, por entonces, se encontraba de prestar un socorro inmediato á Portugal, por tener en accion todos sus medios en Buenos-Aires, Copenhague y Egipto, así como la conveniencia de ir ganando tiempo con dilaciones y esperanzas de un pronto asentimiento, para que fuesen poniéndose en salvo sus intereses y súbditos, el regente de Portugal fué cediendo poco á poco á las pretensiones de Napoleon. Ofreció la clausura de los puertos á los ingleses, objeto que parecia ser el principal de las negociaciones, pero amenazó, á la vez, con transferir el asiento del gobierno al Brasil, si aquellas concesiones no satisfacian al inflexible emperador de los franceses.

No era este hombre á quien se lograse facilmente engañar, ni mucho menos, infundir miedo con una resolucion que acaso deseaba, y que tal vez entrase en sus cálculos. No habia dejado tampoco de

prever aquel juego que, como siempre y con razon entonces, atribuia á su mortal enemiga, la Inglaterra; por lo que, para cuando tuvo noticia de la retirada de su embajador y del de España así como de las concesiones qne hacia Portugal, ya tenia organizado el cuerpo de observacion de la Gironda con su general á la cabeza, y habia dispuesto secuestrar todos los buques portugueses que se hallaban en los puertos del Imperio.

Reinaba, entretanto, en Lisboa una agitacion grandísima. El pueblo, ignorando las negociaciones entabladas y, mas aun, su resultado, se perdia en conjeturas al ver los preparativos marítimos que se hacian en el puerto, al que se habia llamado una escuadrilla estacionada junto al Estrecho Gaditano para contener las piraterías de los argelinos. Pero lo que llegó á turbar completamente las masas populares fué la retirada de las legaciones francesa y española, y, sobre todo, la poco posterior emigracion de cuantas familias inglesas mantenian en el reino un comercio activo y floreciente. Por mas que el gobierno trataba de calmar la angustia y la indignacion generales por medio de edictos tranquilizadores, las providencias que tomaba para retirar los tesoros que en alhajas encerraban las iglesias de las poblaciones fronterizas, para aumentar el ejército permanente y poner sobre las armas las milicias de las ciudades, revelaban la inquietud y los temores que aquel abrigaba, por mas que la mayor parte de estas medidas apareciesen dirigidas á resguardar las costas, por las cuales, ciertamente, no recelaba el pueblo ningun mal grave.

Inquietud de los ánimos en Lisboa.

El embajador inglés lord Strangford ayudó cuanto podia al gobierno aconsejando las concesiones que hacia el rey á fin de dilatar la invasion francesa. Así logró adquirir el mas alto favor en la córte, como en Lisboa y en el reino todo, favor de que tambien se hizo partícipe por sus continuas y eficaces gestiones á don Domingo Antonio de Sousa Coutinho, representante de Portugal en Londres. No así á los condes de Lima y de Ega, acusados públicamente de doblegarse á las voluntades de Napoleon y de Godoy; acusaciones á que no daria despues poco pábulo la asistencia de la señora é hijas del segundo de aquellos personajes á las fiestas y convites que, no sin frecuencia, daba Junot durante la época de su mando en Lisboa.

Para colmo de desdichas, hallábase exhausto el erario portugués, y fué necesario recurrir al patriotismo de los particulares para, con donativos ó empréstitos, aumentar las rentas del estado; admitiendo con tal objeto, y aun para ser acuñada por cuenta propia, la plata y bajillas que aquellos presentasen (1).

Era tanto mayor la agitacion y el temor crecia tanto mas, cuanto que una vez acabados los plazos que iba alcanzando el gobierno portugués con su sistema de dilaciones y rotas las relaciones diplomáticas, no se tenia noticia alguna ni de lo en que Napo-

(1) La mayor parte de estas noticias referentes á Portugal, están sacadas de la obra apreciabilísima que José Accursio das Neves publicó en 1810 y 1811 con el título de *Historia geral da invasão dos franceses em Portugal é da restauração deste reino*, historia que desgraciadamente no se extiende mas que hasta la convencion de Cintra. Para la historia militar de la invasion de Portugal, presentaremos documentos del mayor interés, con los que esperamos dar una relacion completa y exacta de ella.

leon y la córte de España convenian ni de los preparativos militares que se llevaban á cabo para invadir el reino. Y tanto fué así, y hasta tal punto llegaron el aislamiento en que se mantenia Portugal y la falta de medidas por parte de su gobierno para tener noticias, aun siquiera de los puntos mas probables de una agresion extranjera, que, segun veremos muy pronto, ya estaban los franceses en Abrantes cuando se supieron en Lisboa la entrada de estos en España y su aproximacion al territorio portugués (1).

Impresion favorable en Espana.

Ya hemos hecho manifiesta la clase de impresiones que habian causado en España las notas del Emperador respecto á sus planes ostensibles, y la formacion del cuerpo de ejército de observacion de la Gironda. Si habia hombres previsores que no auguraban nada bueno ni de los manejos ni de los preparativos de Napoleon, la mayor parte confiaba en un porvenir lisonjero y próximo. El Príncipe de la Paz instaba por la pronta declaracion de un tratado que, dando á conocer las inmensas ventajas que él se imaginaba proporcionar á España, y el esplendor con que á favor de nuevos y pomposos títulos creia rodear el trono de sus constantes protectores, asegurase su propia grandeza y le garantizara de los peligros á que se veria expuesto al exaltamiento del heredero de la corona castellana.

Susurrábase en la córte cuanto se trataba en París para estos fines: el semblante del favorito rebosaba de alegría ante perspectiva tan deslumbradora, y los

(1) «Inexplicable descuido, dice el conde de Toreno, pero propio »de la dejadez y abandono con que eran gobernados los pueblos de »la Península.»

reyes hacian ver su contentamiento, mas por lo que esperaban para su ministro que para la gloria de su corona.

Don Eugenio Izquierdo, entretanto, afanábase en la córte imperial por acabar la obra que con tal perseverancia seguia y cuyo malogro en la primavera del año anterior le habia costado tan graves disgustos, poniéndole á punto de perder la confianza y la proteccion del hombre por quien, decia, estaba dispuesto á sacrificar hasta la vida. Viéronse, por fin, llenos sus deseos y sus afanes compensados con la satisfaccion mas cumplida en la mañana del 27 de octubre al estampar su firma en el funestísimo tratado de Fontainebleau (1).

¡En aquel momento aciago, el cuerpo de observacion de la Gironda dejaba á su espalda el castillo de Santa Engracia, que acababa de construirse para impedir el tránsito de Pancorbo, creyendo con él cerrar á los franceses para siempre la entrada en Castilla!

Entran los franceses.

Con efecto, el 18 de octubre habia cruzado el Bidasoa la primera division con su general de Laborde á la cabeza, y alojádose en Irun entre los vítores de los moradores, bien distantes de imaginar que, al recibir en sus hogares con la mayor alegría y cordialidad á tales huéspedes, iban á abrigar serpientes, que al poco tiempo les morderian en lo mas sensible de sus entrañas.

Inexacto; mas nos atrevemos á decir, es falso cuanto algunos escritores franceses se han atrevido á dar á la estampa sobre el recibimiento hecho en Es-

(1) Véase el apéndice núm. 4.°

paña á sus compatriotas en aquella ocasion. Fueron acogidos y obsequiados con la mayor efusion, lo cual acaso no les satisficiera, acostumbrados, como se hallaban, á penetrar hostilmente en las poblaciones, con lo que obtenian mas sin quedar obligados por la gratitud (1). No encontraron los repuestos de víveres preparados en la abundancia que deseaban y son efec-

---

(1) Thiébault describe la mala voluntad de las autoridades españolas, de los comisionados para el abastecimiento de las tropas y de los habitantes, en general, del territorio que atravesaban, con tan repugnante inexactitud, que no podemos menos de detenernos un momento en refutar sus malévolas aserciones por medio de las de sus mismos compatriotas, mas verídicos y menos apasionados contra los nuestros.

El general Foy dice así al tratar de la entrada de Junot en España: «El ejército francés encontró á su paso un recibimiento favo»rable en todas partes. Las ciudades de Vitoria, Burgos y Valladolid, »dieron fiestas al general en jefe y á los principales jefes y oficia»les (*). El horror manifestado pocos años antes por los españoles »contra un pueblo que se les habia representado como herético y »enemigo del órden social, habia hecho lugar á sentimientos de una »hospitalidad benévola.

»El alto clero salia á recibir las columnas. Los aldeanos corrian »al camino para ver pasar á los soldados que tambien eran cristianos »como ellos. Se observaba con placer que el reinado de Napoleon »habia hecho borrar enteramente el odio de la nacion católica por »excelencia á la Francia moderna.»

Lo diremos de nuevo; á los franceses y á los aliados de tan distintas naciones que los acompañaban en las guerras del Imperio, les acomodaba entrar las poblaciones en son de guerra. He aquí una prueba. En las *Memorias sobre la guerra de los franceses en España*, dice así Mr. Rocca: «Atravesamos la Francia como si fuera un »país nuevamente conquistado y sometido á nuestras armas.... Los »soldados del grande ejército no perdieron en Francia la costumbre »que habian contraido en Alemania de maltratar algunas veces á los »habitantes y á los paisanos, en cuyas casas estaban alojados. Los »auxiliares aliados, sobre todo, no querian comprender por que no »habian de tratar á la Francia como á país enemigo, y decian que sin »duda era esta la costumbre, porque las tropas francesas se habian »portado del mismo modo en Alemania y Polonia.» ¡Qué no harian unos y otros en España!

(*) Thiébault, dice, que fueron bien recibidos (por excepcion) en Vitoria; pero que, á pesar de eso, fueron asesinados dos soldados. ¡Cuál no seria su conducta para que se les castigara así en una poblacion tan morigerada como Vitoria!

tivamente necesarios para la marcha ordenada de un ejército numeroso; pero culpen al Emperador que los hizo penetrar en España antes de concluirse tratado alguno, sin mediar aviso siquiera, y cuando los agentes españoles se ponian en movimiento para cumplimentar las órdenes de Godoy respecto al suministro de las tropas, no esperadas hasta mucho mas tarde. Y tan cierto es esto, que en 19 de octubre, cuando ya habia pasado de Laborde el Bidasoa, se daban aquellas órdenes, así como que el general Laburia al marchar á Irun encontró ya en Vitoria la primera division francesa, de cuya conducta con los pueblos del tránsito empezó á quejarse desde allí en oficio de 23 de octubre (1).

Vacilaciones de Napoleon.

Se conoce que Napoleon fluctuaba en sus planes. Por primera vez, acaso, en su vida, sentia en sus resoluciones, tan enérgicas y decisivas por lo general, una vacilacion y unas dudas, cuyo orígen y causa no pueden menos de reconocerse en la injusticia de su empresa. Sus instrucciones diplomáticas eran vagas é iban envueltas en frases misteriosas que confundian á sus agentes de Madrid, quienes, sin distinguir en ellas plan alguno determinado, comprendian que existia, pero tenebroso y artero, en la mente de su emperador. Las que expedia á sus generales no eran tampoco

(1) El general Laburia, comisionado en Irun, lo mismo que en 1801, para cuidar de la asistencia de las tropas francesas, hacer su recuento y dar aviso de su entrada, decia en carta reservada de 11 de diciembre: que «la vanguardia del segundo ejército (el de Dupont) se comportaba muy mal en todos los tránsitos.» El Príncipe de la Paz contestó en 16 del mismo mes, que «no se les faltase á la asistencia, pero que tampoco se disimulasen las faltas de respeto ni se consintiesen desórdenes.» ¡Providencia inútil! ¿Quién habia de hacerla respetar?

mas terminantes, y cuando Junot marchaba á Salamanca creyendo, como el gobierno español, que era para desde Ciudad-Rodrigo penetrar en Portugal por el valle del Mondego, corria un postillon con la órden de que pasase á Alcántara para dirigirse á Lisboa por la orilla derecha y la inmediacion del Tajo.

Resuelve la invasion de Portugal por el valle del Tajo.

Esta última resolucion encerraba un error gravísimo, aunque dictado por la inspeccion del mapa y datos históricos no remotos á la inteligencia mas elevada en las cosas de la guerra. La mayor brevedad en las distancias por el país invadido; la falsa idea que de los caminos suelen dar los planos geográficos, y mucho mas los imperfectos que se tenian entonces de Portugal; y sobre todo la idea, constante en el Emperador, de *que por donde pasaba un hombre podia transitar un ejército, y que veinte mil soldados pueden mantenerse en todos partes, incluso en el desierto*, le indujeron á tomar el curso del Tajo por línea de operaciones. Pero los caminos no eran viables para carruajes y mucho menos del peso de los de artillería; el país era misérrimo é incapaz de proveer á la manutencion de un ejército numeroso, y el que consideraba el Emperador como axioma y recomendaba á sus tenientes, para que no opusiesen dificultades á sus órdenes, era un precepto exagerado en muchos casos y, en aquel, casi absurdo. Acostumbrado á no detenerse ante obstáculo alguno material cuando se trataba de la guerra, no le hacia fuerza el ejemplo de la campaña del mariscal de Berwick en 1704, campaña metódica como todas las de aquella época, llevada con lentitud y sujeta á necesidades que no consentia ni reconocia Napoleon. Pronto iba á comprenderlas ó, al

Error que comete al elegir este camino.

menos, á ver que sus generales tendrian que someterse á ellas, al romper con un pueblo distinto de los que hasta entonces habian combatido, y operar en un suelo escepcional por lo áspero é inculto.

La cuenca del Tajo presenta diferencias muy notables en sus tres regiones, superior, central é inferior. La superior puede considerarse como una vasta y elevada llanura fuertemente resquebrajada por los rios, y en la que de tarde en tarde se ve descollar alguna eminencia que la domine. La zona central presenta muy distinto carácter. Las cordilleras que la separan de las cuencas inmediatas del Duero y del Guadiana presentan allí sus crestas mas elevadas, corriendo las aguas por desfiladeros escabrosísimos que han dado al rio su nombre significativo y propio. La region inferior, perteneciente ya á la monarquía portuguesa, participa, en una grande extension, de las condiciones físicas de la central; mas luego, al tocar á su término en la costa occidental de la Península, se ensancha considerablemente entre el Alem-Tejo y la Extremadura portuguesa. A la rapidez bulliciosa sucede la serenidad de las aguas que, bastante profundas para permitir la navegacion, van lentamente á desembocar en el mar de la Palla, ensenada vastísima que forma el puerto de Lisboa.

Sabiendo Napoleon que desde Madrid se recorre la orilla derecha del Tajo por un camino anchuroso y cómodo, el que dirige á Badajoz; que desde el Puente de Almaraz, donde cruza el rio aquel camino, existian otros, ya que no tan buenos, transitables para la artillería hasta Alcántara y la frontera de Portugal; y, por fin, que un siglo antes se habia penetrado en este

reino y por aquella misma frontera con ejércitos provistos de material abundantísimo de aquella arma, creyó que los suyos no encontrarian obstáculos bastante poderosos para detenerlos ó dispersarlos. Ignoraba que los ramales que se desprenden de la Serra do Moradal, primero, y despues los que de la Estrella bajan á romperse en el Tajo, además de su escabrosidad y pobreza, llevan en sus quebradas y barrancos torrentes impetuosos, muy estrechos, pero bastante abundantes de agua para entorpecer, ya que no para impedir, la marcha de un ejército.

Efectivamente, desde el Érjas, rio que en la mayor parte de su curso señala la frontera, hasta Abrantes, se encuentran varios riachuelos y muchas vertientes que se abren paso hasta el Tajo entre las descendencias de la mencionada sierra do Moradal. Entre ellos se distinguen por el caudal de sus aguas y la aspereza de sus riberas; el rio Aravil, sin puentes en ninguno de los dos caminos que desde la frontera española conducen á Castello-Branco; el Ponzul, que tampoco los tiene y en cuya orilla derecha, formada por un lomo escabroso y árido, descuellan aquella ciudad y su arruinado castillo; y el Laca ú Ocreza, tras cuyo tránsito, y en un terreno mas áspero aun que el de la derecha del Ponzul, se encuentran las formidables posiciones de *Portella das Talhadas* y *Portella da Milliarica* en los caminos de Abrantes por Sobreira-Formoza y Perdigão.

Pero aun superadas las dificultades que presentan el terreno y los rios que acabamos de describir, todavía se encuentran mas allá de Abrantes obstáculos que no dejan de ofrecer bastante importancia militar. El rio

Zezere, de curso no dilatado, pero que por recoger las aguas que se desprenden de la inmediata y elevada sierra de la Estrella las lleva arrebatadamente al Tajo, es un obstáculo no despreciable para un ejército que por la derecha y á la inmediacion de este gran rio se dirija á la capital del reino.

Los franceses ignoraban todos estos detalles, ¿cómo, de otra manera, hubieran acometido la entrada en Portugal por aquel laberinto de montañas y en la época precisamente de las lluvias?

Es verdad que en Abrantes esperaban encontrar recursos y descanso para despues seguir en masa á Lisboa, acompañados de una gran parte de su material que podria ser trasportado por el rio, navegable ya desde aquella ciudad; pero aun así, se hace difícil el disculpar un error, incomprensible, por otra parte, en el genio elevado y práctico de Napoleon. A haber seguido los franceses el camino de Vizeu y Coimbra, que condujo tres años despues á Massena á las puertas de Lisboa, ni hubieran encontrado los obstáculos que les presentó la sierra de Gata, ni se hubieran expuesto á perecer todos, si, como era de esperar de la gallardía de los portugueses, hubiesen estos opuesto alguna, aunque fuese débil, resistencia. No es mayor la distancia á Lisboa desde Ciudad-Rodrigo; es el país mas abierto; eran mejores los caminos, y Vizeu, Coimbra y Leiria podian ofrecerle tantos y tan abundantes recursos como Abrantes y Santarem.

Asistamos ahora al espectáculo de aquella marcha tan desastrosa para el ejército francés, coronada, sin embargo, de un éxito feliz por un cúmulo de circunstancias que solo hacen explicables el abandono de

Portugal y el terror que inspiraban los soldados de Napoleon.

Marcha de Junot á Alcántara.

Ya hemos dicho que antes de llegar á Salamanca recibió Junot la órden de trasladarse con sus tropas á Alcántara, para seguir á Lisboa por la derecha del Tajo. Soldados, en su mayor parte bisoños, no habian adquirido todavía la resistencia necesaria para una marcha tan precipitada. En vez de proporcionarles descanso antes de emprender caminos de que no tenian conocimiento exacto y en estacion tan cruda, se les habia sujetado á fatigas extraordinarias para introducir órden en la marcha y procurarles víveres con regularidad en las poblaciones, casi exaustas, del camino (1).

Como el Emperador exigia la mayor premura, y el carácter de Junot no ayudaba á templarla, se eligió por corto el peor camino para pasar de Salamanca al Tajo, dejando el trillado del puerto de Baños por el despoblado y hasta desconocido de Ciudad-Rodrigo á Alcántara por el puerto de Perales. Debíase, además, recorrer en cinco dias distancia tan considerable, todo lo cual, unido á un temporal espantoso de nieve y al cansancio anterior y debilidad de las tropas, causó en ellas un verdadero desastre. Así es que el ejército francés dejó en el paso de la cordillera una cuarta

(1) En lugar de darles descanso, dice Thiébault, las columnas pares recibieron la órden de doblar la jornada, y el ejército se encontró formado por brigadas: las brigadas pares doblaron otra jornada para ponerse á un dia de distancia de las de número impar de su division: en fin, las brigadas de las segunda y tercera divisiones de infantería y de la de caballería cerraron sobre la primera division á marchas forzadas, y suprimieron los descansos, con lo cual el ejército llegó á Salamanca en ocho columnas, á un dia de distancia una de otra.

parte de su infantería, casi la mitad de la caballería, y la artillería toda, si se exceptuan seis piezas que á fuerza de increibles trabajos pudieron seguir al resto de las tropas.

Aterra la relacion que de aquella marcha hace el jefe de Estado Mayor del ejército francés. Ha querido, sin embargo, pintar el cuadro con colores tan sombríos que lo ha hecho en parte inexacto. No creia, sin duda, suficiente para impresionar á sus lectores la memoria de las privaciones que habian sufrido los soldados, las tempestades que habian tenido que arrostrar, y los trabajos y fatigas que les impusiera la falta de camino en los puntos de tránsito mas peligroso; y quiso conmoverlos tambien con la de la mala voluntad de los españoles y su sed de sangre francesa. ¿Es creible, siquiera, que los pocos habitantes de aquellas solitarias comarcas se atrevieran á inquietar á un ejército entero, por disperso que caminase, ni á negarles el conocimiento de su país, aun cuando no fuera mas que por ver cuanto antes desaparecer aquellos soldados, á quienes se pinta como tan aborrecidos? El, en ocasiones, ingénuo general Foy contesta por nosotros á su compatriota en estas palabras: «Los »soldados, no teniendo que comer, vagaban á reta»guardia y por los flancos de las columnas, perdién»dose en los bosques é *inquietando á los aldeanos.*»

A su vez el general Junot, al llegar á Alcántara el dia 17 de noviembre, se mostró poco satisfecho del estado de las tropas españolas que se encontraban allí con el general Carrafa, y sumamente irritado por la falta de víveres y municiones.

El gobierno español habia sido sorprendido con la

entrada prematura de los franceses en España; pero aun mas por el cambio de plan de invasion en Portugal. El punto de asamblea era la plaza de Ciudad-Rodrigo, el mismo en que Leclerc habia establecido su cuartel general en 1801; y en él se estaba reuniendo un gran parque de 30 piezas de campaña y á él se dirigian de todas partes las tropas que habian de formar la division de Castilla. El general Carrafa estaba en marcha para las orillas del Agueda, que pensaba avistar el 16 de noviembre, mientras Mr. Tomassin, ayudante de campo del comandante de las tropas francesas, corria á su encuentro para comunicarle los nuevos proyectos y la órden de allegar gente y recursos en Alcántara y sus inmediaciones. Por muchos esfuerzos, pues, que hiciese Carrafa, era imposible reunir inmediatamente las tropas para incorporarlas al ejército francés, que ya cruzaba la sierra de Gata, ni preparar tampoco los víveres y municiones que habia de necesitar este mismo despues de una marcha tan desastrosa, como la que acabamos de reseñar.

El gobierno español, por su parte, estaba tan lejos de conocer los planes de Napoleon, que, no directamente sino por noticias que le fueron trasmitidas por el capitan general de Extremadura, supo que á consecuencia de la primera entrevista de Carrafa y Junot, los españoles operarian por la orilla izquierda del Tajo, mientras los franceses marcharian por la derecha á Lisboa. Así es que cuando estas noticias llegaron á conocimiento del gobierno, el dia 21 de noviembre, la vanguardia del ejército aliado habia ya pasado de Castello-Branco, y, cuando se daban las ór-

denes para secundar aquellos proyectos, las tropas españolas y las francesas, mezcladas en las divisiones y contraviniendo tambien á aquel nuevo plan, habian invadido juntas el Portugal por la derecha del Tajo.

Carecen, pues, de fundamento las quejas producidas por el general Junot y su jefe de Estado Mayor. Lo que hay es que escarmentados los franceses de que en 1801 no hubiesen podido tomar parte en la campaña, por habérseles anticipado los españoles, quisieron sorprenderlos en 1807, para ser los primeros en invadir Portugal, y, de ahí, el variar repentinamente de plan y el destinar á sus aliados á un papel secundario. Pero la marcha calamitosa á través de la sierra, el estado lamentable en que llegaban las tropas, la detencion de la artillería y la pérdida de las municiones, les hicieron desistir de su propósito de marchar solos y les obligaron á acompañarse de sus aliados.

Junot encontró en Alcántara algunos de los cuerpos de la division Carrafa, á los que fué posible detener en su marcha de Extremadura y Castilla. Eran estos el regimiento de infantería Mallorca, el de caballería dragones de la Reina, cuatro compañías de zapadores minadores y dos de artillería á caballo (1).

Es innegable que estos cuerpos, con excepcion del de dragones, se encontraban en mediano estado; pero

(1) Thiebault y los autores de *Victorias y conquistas*, dicen que encontró veinte batallones, de los que hizo volver á sus anteriores cantones ocho por el mal estado en que se hallaban. Para demostrar la falsedad de este aserto, basta decir, que la division Carrafa no debia tener mas que once batallones; que dos entraron en Portugal con Solano, y que cuatro de ellos estaban todavía en Extremadura en marzo de 1808.

es preciso observar que era Ciudad-Rodrigo, y no Alcántara, el punto en que debian reunirse, y que allí se dirigian los víveres, municiones, tiendas y cuantos elementos les eran necesarios para entrar en campaña. La artillería, especialmente, estaba haciendo sus repuestos en Ciudad-Rodrigo, donde ya se encontraban algunas divisiones, y á esta plaza se encaminaban las compañías de los capitanes Goñi y Ulloa para completar su material, cuando recibieron la órden de acantonarse cerca de Alcántara. Nada de extraño, pues, que no se encontrasen los cuerpos españoles en el estado brillante que ellos y aun el gobierno desearan, por su propio decoro, al reunirse á los franceses.

Sin embargo, en los dos dias que permaneció Junot en Alcántara, se recogieron algunas raciones y se construyeron algunos miles de cartuchos, con que reponer los que los franceses traian averiados por la lluvia y la nieve que les habia caido en su desastrosa marcha. La pólvora que existia en la plaza y la que se llevó de Valencia de Alcántara y de Alburquerque, con el papel que se extrajo de los archivos de la órden militar de Alcántara, sirvieron para la construccion de aquellos cartuchos, y la influencia del general Carrafa, su actividad y su buen deseo, se emplearon en reunir algunos comestibles, raros en un país exausto entonces y en que no se esperaba que se detuviesen las tropas aliadas.

Lo apremiante de las órdenes imperiales obligaron á Junot á, sin dar descanso á sus soldados, meterlos arrebatadamente en Portugal. La presuncion de que la familia real se embarcaria en la escuadra inglesa, surta en la desembocadura del Tajo, y el temor de

que, dándola tiempo, se llevaria los tesoros y alhajas que encerraba Lisboa, impelian tambien al general francés á apresurar la marcha. Con hacerlo así, queria además prevenir la resistencia que pudieran oponerle los portugueses, si se decidian á abandonar la apática inaccion á que hasta entonces parecian entregados.

Unido á Carrafa penetra en Portugal.

Retrocedió, pues, de Alcántara con las tropas que le habian seguido de cerca, y el dia 20 de noviembre penetraba en la Beira en el órden siguiente. El general Maurin con la vanguardia, compuesta del regimiento francés 70 de línea, dos compañías de minadores españoles y el regimiento, tambien español, de dragones de la Reina, se habia dirigido el dia anterior por el camino alto de Idanha Nova y avistaba el 20 los muros de Castello-Branco. La primera division francesa, que regia el general de Laborde, con dos batallones del regimiento de infantería española, Mallorca, las compañías de artillería de don Hilarion Goñi y don Benito de Ulloa con cuatro y seis piezas respectivamente, y dos de minadores y zapadores, tambien españoles, pasó el Érjas el mismo dia 20 por el puente de Segura y se encaminó con el cuartel general á Rosmaninhal, pequeña poblacion situada en el valle del Aravil y ya cerca del Tajo. La segunda division siguió la direccion misma de la vanguardia; pernoctó el 20 en Idanha Nova y el 21 en Castello-Branco, donde se alojó, mientras campaba la primera, que habia llegado dos horas antes pero en estado menos lastimoso.

Las dos divisiones continuaron, sin embargo, su marcha al dia siguiente: la primera, por la Portella

das Talhadas, camino de Sobreira-Formoza, á donde llegó á media noche; la segunda, por la Portella da Milliairiça, fué á pernoctar en la pequeña villa de Perdigão, en la izquierda del Ocreza y próxima al Tajo. El 23, la primera, siguió á Cortizada por las faldas de la Serra do Moradal, y la segunda á Vendas Novas, entrando, por fin, aquella el 24 y esta el 25 y 26 en Abrantes, donde se encontraba desde el 23 la vanguardia.

Imposible describir extensamente las infinitas peripecias de aquella marcha; las fatigas y privaciones que las tropas tuvieron que soportar en ella y las calamidades de todo género de que fueron víctimas. La sobriedad y resistencia de nuestros infantes y caballos salieron airosas de aquella ruda prueba, dejando muy atrás, respecto á estas cualidades, á sus entusiastas aliados, cuyos generales tuvieron que arrojarse varias veces á cruzar pié á tierra las mas arrebatadas corrientes para infundir aliento á sus soldados. La artillería, aun aventajando y adelantándose siempre á la francesa, tuvo, sin embargo, que vencer obstáculos que parecian insuperables. La compañía del capitan Goñi, á pesar de ir sin fragua de campaña y sin los recursos necesarios para una marcha tal, siguió á la division hasta Sobreira Formoza, á donde llegó sola, pues la artillería francesa quedaba una marcha á retaguardia (1). Pero «viendo, como decia »aquel mismo oficial en su parte, la absoluta imposi»bilidad de seguir por estar los caballos todos desher-

Dificultades de la marcha.

(1) La dificultad de los caminos, dice Thiébault, unida al mal estado de los atalajes y á lo escarpado de aquellas montañas, causaron desde aquel dia el retraso que experimentó toda nuestra artillería; la artillería ligera española llegó sola á Castello-Branco.

»rados y decaidos por el excesivo trabajo y falta de »mantenimiento, como igualmente la tropa sin comer »cuasi en tres dias, empapada en agua por la mucha »lluvia y sin tener que mudarse, siendo el camino »cada vez mas escabroso y pendiente y mas frecuen»tes los pasos de los rios (que cubrian los cajones de »municiones) en los que se tenian que meter los ofi»ciales y artilleros, para ayudar á brazo la artillería,» determinó quedarse en la Cortiçada, de donde salió el dia siguiente para entrar el 28 en Abrantes. No fué tan afortunado el capitan Ulloa, que, viéndose á legua y media de Castello-Branco imposibilitado de continuar la marcha con los dos obuses de su compañía, tuvo que dejarlos á cargo de un oficial, quien, despues de los mayores esfuerzos por su parte, hubo á su vez de abandonarlos, enterrándolos sigilosamente. Aun así, las cuatro piezas restantes no pudieron incorporarse á la division española hasta el dia 7 de diciembre y con la pérdida de 14 caballos.

La infantería y caballería hicieron la marcha con la mayor regularidad y conservando un órden y una disciplina, tanto mas de admirar cuanto que contrastaban con la conducta del ejército francés, entregado en las poblaciones al saqueo y al desenfreno mas escandalosos. Infirióse, sin embargo, un castigo en la persona de un cabo de Mallorca, pero tan injustamente, que sin la intervencion de los jefes habria podido acarrear graves disgustos el furor que se apoderó de las clases de tropa, considerándose ofendidas sin causa ni motivo de su parte (1).

(1) Comprendemos la conducta de los escritores franceses ten-

Puede, pues, decirse, sin temor de ser desmentido, que en aquella ocasion salieron airosas las tropas españolas en cuanto á resistencia y disciplina, en la comparacion con las del ejército francés; siendo inútiles cuantos esfuerzos empleen sus detractores para demostrar lo contrario en escritos que ni merecian tomarse en cuenta (1).

Sepáranse Junot y Carrafa.

A su llegada á Abrantes, el general Carrafa recibió la órden de Junot para partir á Thomar con las

---

diendo á rebajar la culpabilidad de sus soldados con mostrar que los nuestros se entregaban á los mismos excesos; no la del conde de Toreno que supone á estos imitando el ejemplo de sus aliados, cuando no existe documento alguno de procedencia española que corrobore su aserto. Respecto á la artillería tenemos á la vista datos irrecusables que prueban «no haberse los artilleros utilizado de la cosa mas »mínima, á pesar de hallar los pueblos inhabitados y llenos de ropa »y otros efectos,» y de haber arrancado de los labios del general en jefe la confesion de que «los oficiales eran hábiles é inteligentes.» ¿Y cómo habia de negar Junot estas cualidades cuando veia que nuestra artillería, aun careciendo de medios por haberse anticipado la invasion, marchaba delante siempre de la suya, que empleó doce dias en trasladarse del Érjas á Abrantes? El historiador Schépeler dice á propósito de aquella expedicion. «La disciplina de las tropas »españolas, que se distinguia ventajosamente de la de las francesas, »tuvo una gran influencia para la reunion de dos pueblos peninsula»res en su resolucion posterior.»

(1) El general Thiébault, tratando de hacer creer que faltaba el valor á nuestros oficiales, lo cual despues de todo vendria á desacreditar á sus compatriotas por haber sido al fin vencidos, dice en una nota de su obra: «Uno de los ayudantes de campo del general Carrafa su»frió cerca de Rosmaninhal una caida bastante ligera del caballo. Lo »que habia oido decir sobre las consecuencias de las caidas, le de»terminó á dejar el ejército y volverse á su casa.» Casi se puede asegurar que este oficial era el teniente don Francisco Calderon, de quien decia su jefe, el ilustre coronel de artillería, don Martin Garcia y Loigorri, «haber quedado en Rosmaninhal imposibilitado de conti»nuar la marcha por el estado de debilidad que le ocasionaban los »males de que adolecia hace tiempo, sin que hubiese querido aban»donar su compañía antes, no obstante de que á la salida de Bada»joz fué arrojado por el caballo y expuesto á perecer.»

Pero ya que Thiébault trata de desacreditarnos, vamos á trasladar á este libro uno de los despachos de Napoleon, referente ¡caso extraño! á un camarada del general francés en el ejército de Por-

tropas españolas que le acompañaban, excepto los dragones de la Reina que continuarian con los franceses, y la artillería del capitan Goñi que debia embarcar su material en el Tajo y descender á Lisboa. Reunidos en Thomar los españoles, cuando llegasen los cuerpos que tenian órden de seguir la misma direccion desde Alcántara, se encaminarian á O'Porto, para ocupar la provincia de Entre Duero y Miño, que se suponia libre aun de los invasores. El resto de las tropas, que aun no habian llegado á la frontera, y las reservas de artillería que se hallaban en Ciudad-Rodrigo completando su armamento, recibieron la órden de pasar á Valencia de Alcántara, desde cuya plaza las veremos trasladarse mas tarde á la de Badajoz; pues, vistas las dificultades que presentaba el tránsito por la Beira, se trataba de dirigirlas por el camino del Alentejo, mucho mas cómodo y mas conveniente desde que los aliados fuesen dueños de Lisboa.

Junot continuó su marcha á la capital del reino con la misma precipitacion con que la habia emprendido. Desearia, sin duda, llevar sus tropas reunidas y en órden para hacer mas imponente su entrada en Lisboa; pero ni las instrucciones de Napoleon ni su propio anhelo le permitian la espera y menos el descanso. La mayor parte de su ejército, desorganizado,

---

tugal. Dice así: «Si el general..... está en Madrid, retenedlo. Es »ridículo que haya abandonado á Lisboa con el pretexto de que hay »allí enfermedades. Lo que buscan esos señores son los placeres de »Milan que los han acostumbrado á la ociosidad. Yo le he hecho ge- »neral para que sirva. Tenedle en Madrid, y, cuando se restablezca, »que vaya á Cádiz.» Correspondencia de Napoleon, 13,954. Bayona 21 de mayo de 1808.

por grupos, en la mayor indisciplina y cometiendo toda clase de excesos contra las propiedades y, lo que es peor, contra las personas dc los portugueses, quedaba desfilando como un hormiguero por el camino de Alcántara á Abrantes. Aun con la órden terminante del gobierno para no hostilizar á los franceses, y á pesar de que en los pueblos eran estos recibidos con muestras de la mayor consideracion y hasta de amistad (1), los pastores y serranos, indignados del cruel tratamiento que se les hacia sufrir, acometian á los soldados sueltos y aun á grupos enteros, desarmándolos con facilidad y apaleándolos á veces rudamente (2). Esto, sin embargo, no era suficiente motivo para que Junot contuviera la marcha, y, esperando que sus soldados sabrian tomarse por sí mismos venganza de aquellos ultrajes, se decidió á proseguirla con mas velocidad, si aun era posible. Con las compañías de preferencia de las dos primeras divisiones francesas formó, despues de municionadas y calzadas, un cuerpo de cuatro batallones, que á las órdenes del coronel de Grandseigne marcharon el 26 á Punhete, donde ya se hallaba el 70 de línea para preparar el paso del Zezere, sobre cuyas aguas debia echar un puente el coronel de ingenieros Vincent.

---

(1) «En cuatro dias de marcha hemos llegado sin encontrar ninguna oposicion en el camino; al contrario, hemos sido bien recibidos de los portugueses hasta aquí.» Comunicacion de Carrafa al marqués del Socorro.

(2) *Memorias históricas* de Joas Cabello Bareta. Mr. du Casse en las *Memorias y correspondencias del rey José*, dice textualmente: «Les soldats, marchant par bandes, s'étaint livrés au pillage; les paysans les assassinerent d'autant plus aisément, que plusieurs n'ayant plus la force de porter leurs armes, les avaient abandonnées.»

No pudo este terminar su obra por la fuerza de la corriente que arrastraba los materiales segun los iban colocando los pontoneros, y fué necesario el dia 27 embarcar las tropas en los pontones y lanchas que se pudieron procurar para trasladarlas á la orilla derecha. Aun así, pasó todo aquel dia en la operacion, porque la fuerza de las aguas impelia las barcas hasta el Tajo, y, ya en él, las hacia bajar un espacio considerable, necesitándose mucho tiempo y esfuerzos poderosos para remontarlas de nuevo al punto de embarque. La vanguardia, por lo mismo, no pudo avanzar de Gollegã donde se alojaron los cuatro batallones de Grandseigne que la componian; y la primera division no pasó de Cardiga, villa inmediata al Tajo y á medio camino entre el Zezere y la poblacion anteriormente citada.

Mision de Barreto.

Al cruzar el Zezere, el general Junot encontró en la orilla derecha al señor Barreto, comisionado por la córte de Lisboa para saludarle, con el objeto indudable de que le detuviera todo el tiempo posible en su arrebatada marcha, y ganar así tiempo, por si la familia real se decidia á trasladar su residencia al Brasil.

Vacilaciones del Regente.

La enagenacion mental de la reina, el carácter indeciso del regente y el afecto natural á sus súbditos, hacian dudar á este sobre el partido que debia tomar ante el espectáculo de una invasion, injusta ciertamente, pero en la que no creia existiese un verdadero peligro y, sobre todo, tan inmediato. Aun despues de haber recibido la noticia de la entrada de los franceses por la Beira, noticia que se extendió por Lisboa con una celeridad asombrosa llevando al ánimo de los habitantes la indignacion y el terror, vacilaba

el Príncipe, deseoso por un lado de mantener el trono, y empujado de otro por el embajador inglés que se mantenia en el navío Hibernia, anclado á la entrada del Tajo, y le aconsejaba el embarque para Ultramar. Vacilaba, repetimos, entre los encontrados afectos que le sugerian el amor de sus vasallos y el interés de su trono, y vacilaba en el mar de opiniones contradictorias que oia en su derredor; dictadas, unas, por el afecto y el valor, innatos en la raza portuguesa, otras, á la vez, por la prudencia de sus consejeros, que no creian deber hacerse ilusiones sobre la suerte de la patria y la de sus monarcas ante el poder, incontrastable hasta entonces de Napoleon, cuando llegó á manos del regente el *Monitor* del dia 13 de noviembre con un artículo en que harto claramente se traslucia la suerte que iba á caber á la familia reinante de Portugal.

Se resuelve á abandonar Europa.

Habíase descorrido el velo que cubria la tenebrosa política del César francés respecto á la nacion portuguesa: la publicacion de aquel artículo, cuando se creia á Junot dueño ya de la capital y dictando órdenes en todo el reino, publicacion llevada como en alas del viento de París á Lóndres y Lisboa por la prevision y diligencia inglesas, debia acabar con las vacilaciones del regente. Pero urgia el tiempo, porque Junot, encendido cada dia mas en el deseo de alcanzar la presa por él tan codiciada, volaba, puede decirse, hácia ella, venciendo los obstáculos que le oponian la estacion y el camino. El Príncipe, oido el 25 de los labios de lord Strangford el artículo del *Monitor*, y desechando sus anteriores dudas é incertidumbre, dispuso la traslacion de la córte á Rio Janeiro; el nom-

bramiento de una junta de gobierno que rigiese la monarquía hasta la paz general, época que fijaba para su regreso á Europa; y el anuncio de aquellas resoluciones á sus leales vasallos «quienes, ausentándose »él, creia serian menos inquietados por el enemigo.»

Embárcase la córte.

El embarque se hizo el 27 con la mayor precipitacion. La escuadra portuguesa, compuesta de un navío de 80 cañones, siete de 74, tres fragatas y cuatro briks, no bastaba para trasportar el infinito número de los emigrantes. Así que fué necesario fletar ventiun buques, de los que hacian el tráfico con el Brasil, para recoger, además de las personas, los efectos, muebles, alhajas, los penates, en fin, de los que ni aun presumir podian la época de su regreso, encontrándose Napoleon en el apogeo de su grandeza y de su gloria.

Espectáculo conmovedor fué el que presentó la fuga de aquella córte que, por mas que digan sus detractores, era, no querida, sino idolatrada por la mayoría inmensa de los portugueses. La familia real, precedida del Príncipe Regente que solo, sin escolta, atravesó las calles hasta Belem, bañado el rostro en lágrimas, se embarcó entre los sollozos y los gritos de dolor y de indignacion de todo Lisboa que habia acudido al muelle á darle el último adios y hacer las mas fervientes protestas de su lealtad y afecto. A los príncipes siguieron los dignatarios de palacio, y despues cuantos portugueses, con recursos para vivir lejos ó al abrigo de los reyes, desesperaban de la salvacion de la patria en la tormenta que amagaba sumergirla ó esclavizarla, al menos, por mucho tiempo. A ocho mil personas se hace subir el número de las

que se embarcaron aquel infausto dia y el siguiente, en que la escuadra no pudo salir al mar por ser los vientos contrarios. «Cada uno, dice un tes»tigo presencial, envidiaba la suerte de los que tenian »la dicha de seguir á aquella augusta y bienhe»chora familia; todos hubieran querido partir con »ella. Estos sentimientos arrancaban del corazon; el »cálculo y las ambiciones no entraban para nada en »ellos (1).» Todo se volvia idas y venidas en los botes y lanchas de la escuadra y del puerto: las cubiertas de los trasportes estaban materialmente llenas de visitadores que iban á despedir á sus parientes y amigos; y los buques de guerra, en que se hallaba repartida la familia real para evitar una catástrofe completa, no podian contener á tanto general, hombre de estado y fiel súbdito, como iba á rendir el último tributo de su homenaje y de su lealtad á los monarcas.

El viento continuaba, entretanto, contrario á la salida de la escuadra; aumentando por momentos la angustia que se habia apoderado de todos los ánimos con el temor de que llegase el ejército francés y, apoderándose del fuerte de San Julian, la encerrara para siempre en la bahía. Los buques ingleses, estacionados en la desembocadura del Tajo, maniobraban ya para proteger la salida de los portugueses en aquel caso desfavorable, y aun se empezaba á desarmar las principales baterías del puerto, cuando al amanecer del dia 29 empezó á soplar un viento suave, á cuyo

(1) Memorias de Bareta. Accursio das Neves al hacer la triste pintura de aquel suceso, recuerda el elocuente pentámetro de la Eneida *Hæc facies Troyæ cum caperetur erat.*

impulso logró salir el convoy entre los aplausos y gemidos de la multitud que poblaba los muelles, y los sonantes saludos de la escuadra rusa, surta en el puerto, y de los buques ingleses que le abrieron paso para acompañarlo despues.

De este espectáculo disfrutaron tambien los franceses de la vanguardia desde las alturas próximas á Sacavem, con la rabia y la desesperacion propias de quienes, despues de una marcha tan penosa y de esfuerzos tan grandes para anticiparse á la salida de la escuadra, la veian gallardearse, fuera ya del Tajo, y perderse, mas tarde, entre la bruma del Océano y las tinieblas de la noche.

En aquellos momentos de satisfaccion para los buenos portugueses, recorrian las dos leguas que separan Lisboa de Sacavem la comision de la Junta de Gobierno que iba á conferenciar con Junot, algunos desleales ó ilusos, anhelantes por ofrecerle sus servicios, y los emisarios que le habian precedido y volvian á enterarle de cuanto habia pasado en aquellos dias y del estado y opinion del público lisbonense.

Ni las instancias de Barreto ni el cansancio de las tropas, que iba causando un número considerable de enfermos y disminuyendo, de consiguiente, el de los soldados que le acompañaban ó le seguian inmediatamente en unas proporciones que hubiesen aterrado á otro hombre, lograron detener un momento al ardiente, ambicioso é infatigable Junot. El dia 28 se trasladó con la vangnardia á Santarem y Cartaxo por el camino próximo al Tajo que algo mas tarde no pudieron seguir las divisiones, obligadas á separarse del rio por haberse inundado en pocas horas la vasta

llanura que forma allí la orilla derecha. El 29 marchó á Sacavem, donde, segun ya hemos dicho, le esperaban las diputaciones de Lisboa, así para enterarle de la partida de la familia real y del estado en que dejaban la ciudad, como para investigar sus pensamientos, aun cuando revelados en el *Monitor*, que tambien le presentaron por si no tenia noticia de su contenido.

Junot en Sacavem. La noche que pasó en Sacavem fué muy penosa para el general francés: así lo dice Thiébault y es lo mas natural y verosímil. Se le acababa de significar la honda sensacion que habia producido en Lisboa la fuga de los monarcas y la inquietud de los habitantes al ver próximo á sus muros un ejército que, á pesar de las protestas de su general en jefe, iba á destruir la independencia del reino, arrojando del trono una dinastía en que los portugueses miraban representadas las glorias de su nacionalidad. Para neutralizar estos sentimientos, que podian despertar deseos de resistencia inmediata, llevaba él un ejército numeroso, pero cuya fuerza consistia en aquellos momentos en su reputacion tan solo, porque la material que constituyen la organizacion, la disciplina, el equilibrio de las diferentes armas y la union en un solo cuerpo concentrado y dispuesto para el combate, habia desaparecido en aquella marcha extraordinaria que estaba ejecutando. La situacion de Junot era, de consiguiente, muy difícil y capaz de arredrar á un alma del mas elevado temple.

Si las protestas de sumision que acababan de hacerle las comisiones de Lisboa resultaban supuestas ó dictadas en un concepto erróneo del espíritu público, agitado, como no podia menos de estarlo, ante

sucesos de tanta gravedad y trascendencia para la suerte del pueblo portugués; si un grito de indignacion pusiese las armas en la mano de los naturales para rechazar una invasion, imposible de justificar, el ejército francés seria irremediablemente destruido en el estado de diseminacion y decaimiento en que marchaba, y el general Junot perdido, si, una vez en las calles de Lisboa, encontraba la menor resistencia.

Por otra parte, y esto era acaso lo que mas le afectase, su pensamiento favorito, el que, además de las instrucciones del Emperador, le habia hecho no detenerse un momento para llevar en órden sus tropas, el de sorprender la córte, apoderarse de la familia real y hacerse dueño de los tesoros que, sabia él, se guardaban en los subterráneos del palacio de Queluz, quedaba completamente burlado.

¿Qué hacer en tal situacion y ante contrariedades tantas? Junot eligió el partido, que no por ser el mas osado, dejaba de ser, á la vez, el mas prudente. Era sumamente peligroso detenerse á dos leguas de una ciudad tan populosa que, por aquel mismo hecho, podia llegar á comprender su propia fuerza y la debilidad de su enemigo. A la vista tambien, y unida de nuevo en estrecha alianza, se hallaba surta una escuadra inglesa que se suponia dotada de tropas de desembarco, y si se dejaba tiempo al pueblo para que, volviendo del estupor en que le tenia sumido la fuga de sus monarcas y próceres, recobrase la fiereza y gallardía innatas en él, ese pueblo, ayudado por aquellas tropas, haria inútiles los esfuerzos de Junot y de sus mas próximas divisiones. La temeridad y la prudencia aconsejaban, pues, de consuno, que no se

detuviese, y el general francés, impetuoso á la vez que dotado de talento, penetró en Lisboa en la mañana del 30 á la cabeza de 1,500 granaderos que apenas podian marchar, aun al compás de las cajas, sin mas caballería que 25 portugueses, que habia encontrado en el camino y de quienes se hizo acompañar, sin una sola pieza de artillería y, lo que es peor, sin un solo cartucho en estado de inflamarse. Entra en Lisboa.

Esperábale á la entrada el marqués de Abrantes, y, junto á él, ofreció sus servicios al general el conde de Novion, jefe de la guardia de policía de Lisboa, que, olvidando sus deberes y la gratitud que debia al Príncipe regente, acompañó á los franceses y les hizo ver cuánto habia contribuido, con sus manejos y con la influencia que le daba el mando de 1,500 hombres, á la tranquilidad que se observaba en la poblacion.

Sin descansar un momento, Junot se dirigió á Belem, ocupó la batería del Buen Suceso y la torre de San Juan, y, encaminando algunas tropas á San Julian y Cascaes, se hizo dueño de toda la orilla derecha, desde la que empezó á hostilizar á los buques que aun no habian abandonado el Tajo; logrando detener algunos de menos andar que los demás. Inmediatamente despues, y á pesar de la lluvia torrencial que le llevaba empapado en agua, recorrió triunfalmente las calles principales y mas concurridas de Lisboa hasta apearse en la casa del baron Quintela, uno de los mas ricos negociantes del reino, por no haber admitido el palacio de Bemposta que se le habia destinado para alojamiento. El pueblo, abatido y triste, le vió pasar con un pequeño número de fran-

ceses que le seguian en el estado mas deplorable; pero, aun volviendo de su estupor y avergonzado de haber cedido á la reputacion de aquel puñado de hombres, no se decidió á ahogarlo entre sus apiñadas filas ni las tropas portuguesas, encerradas en los cuarteles, dejaron de someterse á las órdenes del afortunado general. La proclama fijada anticipadamente en todos los parajes públicos; el sentimiento que demostraba Junot por la marcha de la familia real, á la que fingia rendir una afeccion especial; la idea de que la política de Napoleon se dirigia tan solo á rechazar del continente á los ingleses; y la alianza de los invasores con España, de la que no esperaban graves daños, produjeron sin duda la apatía y la tranquilidad que admiraban los mismos que ponian en juego tales artes para enseñorearse del pueblo portugués.

Los gobernadores del reino se presentaron á Junot al poco tiempo de haberse instalado éste en su alojamiento; pero ni entonces les guardó las consideraciones debidas, ni despues contó con ellos para expedir los decretos y órdenes que iban á revelar á los portuses el verdadero objeto de Napoleon y la suerte que les aguardaba. Contribuciones onerosísimas; confiscacion de propiedades legítimas, por mas que fuesen de objetos de comercio ingleses; la licencia de generales, oficiales y soldados, consentida si no autorizada, para exigir de sus huéspedes toda clase de sacrificios é imponerles todo género de humillaciones; he aquí las ordenanzas que emanaban de la autoridad militar y la conducta que observaron desde el general en jefe hasta el último subordinado suyo, ordenanzas y conducta que solo podian hacer soportables

la prudencia de los gobernadores y la confianza que en ellos depositaba el pueblo.

Ya hemos dicho que contribuia en gran parte á esta resignacion de los portugueses la presencia de los españoles en su país. La confraternidad de las dos naciones peninsulares, el parentesco de sus reyes y las mismas condiciones políticas consignadas en el tratado de Fontainebleau, que llevaban allí á los españoles, movian á estos á observar, en vez de la conducta de los franceses, que, al decir de un escritor portugués, no aspiraban mas que á enriquecerse, una prudente, conciliadora y fraternal; que así, y no de otro modo, debe llamarse la que vamos á demostrar observaron entonces nuestros compatriotas (1).

Carrafa se dirige á O'Porto.

Dejamos al general Carrafa marchando á Thomar, destinado á ocupar la provincia de Entre Douro é Minho. El dia 28 de noviembre llegaba, efectivamente, con el regimiento de Mallorca y algunas compañías de zapadores á aquella antiquísima ciudad, memorable, mas que en ninguna otra circunstancia, por haber sido proclamado en ella Felipe II como rey de Portugal. Unidos á Carrafa dos batallones del regimiento de Zaragoza y la artillería de Ulloa, partió el 9 de diciembre para Coimbra y O'Porto, donde se le incorporaron despues los batallones de Barbastro y Gerona, los escuadrones de Santiago y Alcántara y la cuarta compañía de zapadores minadores.

Marcha de Taranco.

Encontrábase ya allí el general Taranco que, habiendo reunido en Tuy nna fuerza de 6,000 hombres

(1) Véase el apéndice núm. 5.º

y 12 piezas de artillería, penetró en Portugal el 10 de diciembre y, despues de guarnecer con un batallon la ciudadela de Viana y de esparcir algunos destacamentos á lo largo de la costa, se estableció pacíficamente el 13 en O'Porto. Las autoridades portuguesas tenian órden de recibir á los españoles como amigos, y solo el gobernador de Valenza difirió el hacerles la entrega de la plaza hasta que recibiera el mandato oficial de la Regencia, que no tardó en llegar.

Conducta de los generales españoles.

Si terminantes eran las órdenes que habia recibido Taranco respecto á la conducta benévola y justa que debia observar en la provincia que se le habia mandado invadir, de tal manera las ejecutó y llevó á tal punto de dulzura y de prudencia su mision, que obtuvo por ello la recompensa mas honrosa, los elogios de aquellos mismos que iban á sentir los efectos de una ocupacion militar odiosa en todas ocasiones y en todas repugnada. «Siempre, dice Accursio das Neves, »se conservó la mejor armonía entre el pueblo por»tugués y los españoles, por la severa disciplina en »que Taranco mantenia sus tropas y por la prudencia, »moderacion y buen comportamiento de este general, »cuya memoria seria agradable (saudosa) á los habi»tantes de aquella provincia, si pudiesen olvidarse »de que era general de un usurpador y estaba encar»gado de ejecutar planes de usurpacion.» «Tan sincero »en sus promesas, añade en otros distintos párrafos »de su obra el escritor portugués, como falaz y pér»fido Junot en las suyas, nunca se vió precisado á »emplear el rigor; disminuyó por su parte las cala»midades casi inseparables de la invasion; previno »los robos, las vejaciones y los estragos que asola-

»ban el país ocupado por los franceses; no impuso »contribuciones; no turbó el ejercicio de la autoridad »civil; no alteró la forma ni cupos de los pagos; no »hizo mas variaciones que las que exijian las circuns»tancias de la ausencia del soberano y cambio de di»nastía; y aun se guió por el dictámen y deseos de »los mismos habitantes.»

¡Cómo no ha de embargarse un alma española de la satisfaccion mas pura al leer esos renglones, que tal y tan chocante contraste forman con la pintura sombría é iracunda que el patriota lusitano hace de la dominacion francesa!

Y no fué solo Taranco quien logró arrancar de los portugueses confesion tan honrosa para su memoria; sino que Carrafa la escuchó tambien de los moradores de O'Porto, cuyo municipio hacia de él, entre otros elogios, el siguiente: «Cuando el Senado de Cá»mara de esta ciudad y todos sus habitantes afligidos »lloraban la casi repentina muerte del digno general »Excmo. señor don Francisco Taranco, y cuando no »esperaban otro jefe que le sucediese en el mando »manejando las riendas del gobierno con la destreza y »dulzura de su antecesor, S. M. se dignó conferirlo »al Excmo. señor don Juan Carrafa. Luego acreditó »la experiencia que si el general Taranco supo conci»liar la ejecucion de las órdenes que regulaban su »autoridad consolando y aliviando la pena que opri»me á los portugueses consternados, el Excmo. señor »Carrafa tan prudente como circunspecto, y tan ins»truido como amigo de la justicia, hizo cada vez mas »apreciable el gobierno español (1).»

(1) Carta del ayuntamiento al ministro Olaguer Feliu.

Operaciones de Socorro.

A su vez el marqués del Socorro dió principio á sus operaciones el 2 de diciembre por la ocupacion de Campo Maior con el regimiento de Córdoba y el batallon de Guardias Wallonas: las violencias y depredaciones que cometian los franceses, haciendo temer á los portugueses del Alem Tejo la dominacion de la provincia por aquellos, les impelian á pedir con grande instancia al general Solano entrase á guarnecer sus plazas y ciudades (1).

Sin puentes el Caya, fué preciso echar uno de barcas, y el dia 3 pasó la frontera la division española en dos columnas, la segunda y la tercera de las cuatro en que se repartieron los 5,760 hombres que formaban aquel cuerpo de ejército (2). Encaminóse á Élvas, cuyos fuertes recibieron alguna fuerza española que los guarneció en union con las portuguesas, aun cuando bajo las órdenes del brigadier Antonio José de Miranda Henriquez, de quien quedó como segundo el de igual clase don Vicente María Maturana, jefe de una de las brigadas españolas. Continuaron estas á Estremoz, donde tambien dejaron algunos destacamentos, y, tomando la direccion de Lisboa, ocuparon, además del Alem Tejo, toda la parte de la Extrema-

(1) Existe en el ministerio de la Guerra una carta en francés y anónima, pero que Solano atribuia al marqués de Alorna por haber tenido con él dias antes una conferencia sobre el mismo objeto, en la cual le pide no demore un instante su entrada en Portugal por saber que los franceses se dirigian á la provincia de su gobierno.

(2) Componian la primera columna 400 hombres del regimiento de Córdoba y 700 de Guardias Wallonas: la segunda, 430 Guardias Españolas, 1,400 Granaderos Provinciales, 90 Zapadores Reales, 90 de artillería, y 150 húsares de María Luisa: la tercera, 700 hombres del regimiento de Búrgos, 600 del de Ordenes, y 400 del de Campo Maior; y la cuarta, 300 del de Irlanda, y 500 voluntarios de Valencia.

dura portuguesa que asienta en la orilla izquierda del Tajo, estableciendo en Setuval su cuartel general y la mayor parte de las tropas, segun se le habia terminantemente preceptuado por Godoy.

El general Solano pasó inmediatamente á la capital donde conferenció con Junot. Por lo mismo que el carácter de ambos jefes era semejante en lo impetuoso y apasionado, debieron no establecer entre sí una cordial inteligencia; pues que el primero en sus comunicaciones al Príncipe de la Paz queria como demostrar que no habia faltado en nada al general francés, á quien deberia mirar como jefe aun cuando oficialmente no estuviese sometido á él en las operaciones militares ni en el gobierno del territorio que ocupaba con sus tropas (1).

Ese mismo carácter; la penuria en que se encontraron sus tropas; la exaccion consiguiente de contribuciones para mantenerlas, por no suministrar recursos el general francés, comprometido á hacerlo; y la oposicion que manifestaban los habitantes del Alem Tejo y Algarve, por saber que iban á ser vasallos del valido del rey de España, hicieron la administracion del marqués del Socorro difícil y hasta odiosa. Y sin embargo, quien recorra las comunicaciones suyas con el gobierno español observará in-

(1) Para que se vea cuán vehemente debia ser en su carácter el general Solano, vamos á trascribir el primer párrafo de una de sus comunicaciones al generalísimo Almirante en que le participa su llegada á Badajoz: «Sermo. señor, dice. Llegué anoche á este cuartel »general en medio del mas horrible temporal de agua de mas de »treinta horas con mis caballos descalzos, y todo dado á la trampa; »pero llegué.... Badajoz 28 de noviembre de 1807.»

mediatamente que si empleó el rigor en la gobernacion de aquellas provincias fué por absoluta necesidad, no encontrando en ellas ni la buena voluntad ni los medios que Taranco en el rico territorio de Entre Douro é Minho.

Junot entretanto iba á dar el golpe de gracia á la independencia de Portugal.

La bandera portuguesa sustituida por la tricolor.

El poco aprecio que hacia del Consejo de Regencia; la expedicion de órdenes completamente opuestas á las que aquel dictaba, al espíritu de las leyes que regian en Portugal y á las costumbres y usos de los habitantes; los robos y vejaciones que estos sufrian de sus altaneros huéspedes; y el alejamiento de las tropas portuguesas á puntos distantes de la capital, hacian presumir algun cambio rudo de situacion. No podia, efectivamente, retardarlo mucho la impaciencia de Junot, desde que se encontrasen reunidos sus soldados que por grupos, y nunca por cuerpos enteros, iban llegando lenta y sucesivamente en el estado mas miserable y en el desórden mas completo, pero irritados por las contrariedades de la marcha y ansiosos de manifestar por un gran golpe de espectáculo hasta donde llegaban su poder material y el influjo de su fama y renombre.

La primera division, como la primera que fué tambien en llegar, fué alojada en Lisboa, ocupando algunos conventos segun la capacidad y situacion de ellos, por haber parecido á Junot miserables barracas los cuarteles en que se alojaban los soldados portugueses. La segunda ocupó á Cintra, Mafra y todo el litoral hasta la península y fortaleza de Peniche. La tercera se estableció en la desembocadura del Tajo, ocupando

en la orilla derecha los fuertes de San Julian y de Cascaes y los puntos mas importantes hasta el cabo de Roca, así como en la izquierda el fuerte de Trafaria, y aun dentro del rio la torre de Bugio, que domina la entrada en Lisboa. Además se aseguraron las comunicaciones de España con tropas que fueron establecidas en Santarem y Abrantes; se dirigió un batallon á la plaza de Almeida para vigilar aquella frontera tan importante, y se reservó á los españoles la guarda de las provincias que habian invadido, con lo que el ejército francés se consideró perfectamente asegurado en la posesion del país, en sus comunicaciones con la metrópoli y contra todo ataque que pudieran intentar los ingleses, á los que querian oponer sus propias fuerzas, concentradas en los puntos de mayor peligro pero de mayor comodidad y, sobre todo, de mas fácil aprovisionamiento de toda clase de elementos de guerra. La caballería y la artillería, que eran las armas que necesitaban de mas recursos para reponer el ganado y el material, permanecieron en Lisboa, para dar, además, mayor fuerza y mas esplendor á las medidas que iba á dictar muy pronto el general en jefe. Entre estas tropas se encontraban los españoles que desde Abrantes le habian seguido; los húsares que habiendo llegado con la vanguardia en la tarde del 30 se habian trasladado inmediatamente á Mafra, Torres Vedras y Cintra, con excepcion de una compañía que habia sido dirigida á O'Porto; y los artilleros de Goñi, que al entrar en Lisboa el 8 habian encontrado su material montado y recompuesto, y desde aquel mismo dia, y á pesar del mal estado de los caballos, estaban haciendo el servicio que,

en alternativa con las baterías francesas, les estaba cometido (1).

Desarmadas en unos puntos, y próximas á serlo en las demás, las milicias del país; alejadas de Lisboa las tropas regulares, y ocupadas las provincias, si se exceptua la de Tras-os-Montes, por las tropas combinadas de las dos naciones, Junot creyó llegado el momento de descorrer el velo de su conducta, anunciando á los portugueses el principio de su servidumbre.

Celebróse el dia 13 de diciembre una gran parada en la anchurosa y célebre plaza do Rocío. Las tropas francesas, en número de 6 á 7,000 hombres, formadas en línea con los cañones puestos en batería y dirigidos á las avenidas principales, y los caballos en disposicion de lanzarse sobre la multitud del pueblo que, impulsado por la curiosidad y por vagos y siniestros presentimientos, se agolpaba á la plaza, presentaban un aspecto ostentoso al par que imponente. El general en jefe, rodeado de su estado mayor, las acababa apenas de revistar, cuando al sonar la hora del medio dia, se vió caer en la torre de San Juan el glorioso pabellón de las *Quinas* y enarbolarse la bandera tricolor entre el estruendo de las salvas, la armonía de las fanfarrias y las entusiastas aclamaciones de los soldados.

(1) «Desde dicho dia hasta el de la fecha (31 de diciembre) sigo »á las órdenes del Excmo. señor general en jefe, habiendo en este »tiempo asistido con la artillería á los puntos que se me han prevenido, pues á pesar de que los caballos están llenos de arestin y en »bastante mal estado, he dicho siempre que la compañía se halla »pronta para hacer su servicio como lo ha hecho y sigue haciéndolo.» (Parte oficial de Goñi.)

Un rumor sordo preñado de ira, de venganza y de indignacion sucedió inmediatamente á la explosion del orgullo francés. Lisboa toda se estremeció ante aquel pabellon odioso que se agitaba no solo en San Juan sino en los fuertes todos de la ciudad y en la escuadra, como signo de su esclavitud y como echándole en cara su temor y su flaqueza; así que apenas habian desfilado las tropas opresoras, para retirarse á sus alojamientos, cuando ya se principiaron á observar síntomas de una próxima sublevacion.

Conmocion en Lisboa.

Presenciaba aquel espectáculo á caballo y de incógnito el marqués de Alorna, que habia abandonado su gobierno del Alem Tejo al entrar en él los españoles, y, como era querido y la ocasion tan propicia, el pueblo empezó á victorearle y á pedirle lo dirigiese para recobrar su libertad. Otro personaje, que no citan las historias, el marqués del Socorro, que habia pasado á Lisboa á conferenciar con Junot, fué tambien, segun consta oficialmente en nuestros archivos militares, objeto de una ovacion semejante é instado con insistencia para que, poniéndose á la cabeza del pueblo y del ejército nacional, rechazase la opresion francesa, que habria necesariamente de extenderse á los españoles si allí no era sofocada en aquel dia. Los dos próceres creyeron deber declinar aquella responsabilidad y se ocultaron de la multitud; la cual sin jefes ni direccion, inerme y desoida á la puerta de los cuarteles por las pocas tropas portuguesas que aun quedaban en Lisboa, que no la consideraban con fuerzas suficientes para obtener un éxito completo, se desbandó por la ciudad, procurando dar, con la muerte de algunos franceses, satisfaccion á su patrio-

tismo y venganza á los ultrajes que acababa de recibir.

La autoridad francesa dejando á la policía el cuidado de castigar los excesos que se cometieran, mantuvo las tropas en sus alojamientos y en guarda de los edificios militares, sin interrumpir siquiera un magnífico convite, con que quiso celebrar tan grandioso suceso, y sin dejar de asistir al teatro, á pesar de celebrarse tales festejos entre el ruido, siempre imponente, de los disparos que revelaban la ira popular. Se ha querido pintar al general Junot como atemorizado en aquellos acontecimientos y disimulando con su habitual jactancia el miedo que le infundian los primeros síntomas de rebelion por parte de los portugueses. No es justo; el temple de su alma era mas fuerte que todo eso, y si es verosímil que á un hombre colocado en tal posicion le preocupase la actitud del pueblo de Lisboa, no lo es que quien tan intrépidamente entrara quince dias antes sin conocer los elementos de resistencia que encerraba tan populosa ciudad, temblase una vez desarmada, alejadas las tropas y sujeta á una ocupacion ya imponente.

Al siguiente dia se presentó algo mas agresivo el pueblo, y á los gritos de ¡*Viva Portugal*! ¡*Mueran los franceses*! acometió á algunos de estos que creyeron poder recorrer la ciudad ó mantenerse fuera de los cuerpos de guardia. La actitud de los franceses, sin embargo, y el abandono en que se veia, hizo al pueblo desistir de su empeño y someterse al invasor.

El movimiento, aunque poco importante, del 15 de diciembre, fué la primera manifestacion popular de la repugnancia que inspiraria una dominacion ex-

tranjera en la Península. Sucedió á ella la gran explosion del pueblo de Madrid en el dia 2 de mayo, de memoria, á la par que infausta, gloriosa y perdurable; pero las dos fechas servirán para demostrar que no habian desaparecido de la nacionalidad ibérica los caracteres de patriotismo y de amor á la libertad que siempre la habian distinguido, y de aviso á los usurpadores que intentasen sojuzgarla ó escarnecerla.

Tranquilo ya Lisboa, el general Junot, desenmascarándose completamente y sin respeto ninguno al Consejo de Regencia, que ya no era objeto mas que de desprecio y de ludibrio hasta del mismo pueblo lisbonense que tanto fiaba antes del carácter y sabiduría de sus miembros, principió á ordenar la imposicion de grandes contribuciones, el licenciamiento de la mayor parte de las tropas y la formacion con las restantes de un cuerpo que, con el marqués de Alorna á la cabeza, recibió la órden de trasladarse á España con pretextos especiosos. Todas estas medidas y cuantas tomó el general francés para el armamento de la plaza y de las costas, en espectativa de un desembarco de los ingleses, así como las que se referian al abastecimiento de las tropas y al gobierno del reino, que ya puede decirse que habia asumido, iban acompañadas de los atropellos mas groseros y de los robos mas escandalosos. Secuestráronse las mercancías inglesas sin respeto á la propiedad actual; confiscáronse los bienes de los que habian acompañado á la familia real en su emigracion; saqueáronse los templos, despojándolos de sus alhajas y ornamentos; y los particulares se vieron obligados no solo á regalar expléndidamente, sino á entregar sus caudales á unos hués-

pedes que se jactaban de haber ido allí á enriquecerse con el oro y los diamantes del Brasil.

La casa de Braganza deja de reinar en Europa.

Habíase consumado de hecho la servidumbre de Portugal: solo faltaba dar un paso para que el mundo supiera que aquel antiguo reino debia ser una provincia del grande imperio que se trataba de elevar en Occidente, y ese paso lo dió Napoleon haciendo proclamar en Lisboa por su lugar-teniente Junot, el 1.° de febrero, *que la casa de Braganza habia dejado de reinar en Europa.*

CAPITULO III.

Estado de la córte.—Carta de Fernando al Emperador.—Causa del Escorial.—Creacion de nuevos ejércitos contra España.—Napoleon se desentiende del tratado de Fontainebleau.—Recelos de Godoy.—Nuevas vacilaciones de Napoleon.—Entran en España los cuerpos de Dupont y de Moncey.—Entran los de Darmagnac y Duhesme.—Combinacion marítima para apoderarse Napoleon de Sicilia.—Estimula Napoleon indirectamente la fuga de la córte á América.—Ocupacion de la ciudadela de Pamplona.—Ocupacion de la de Barcelona.—Entrega de la plaza de San Sebastian.—Entrega del castillo de Pancorbo.—Ocupacion del castillo de Figueras.—Consecuencias de la ocupacion de las plazas.—Murat.—Instrucciones que traia.—Su entrada en España.

Estado de la córte.

No era mejor que la de Portugal la suerte á que destinaba Napoleon la monarquía española. Pululaban los agentes y espías franceses en Madrid y los Sitios Reales, y no se expresaba en la córte un concepto ni se tomaba providencia alguna importante en las regiones del gobierno, que no se repitiese ó de que no se tuviera noticia circunstanciada en las Tullerías. Y como

la familia real se hallaba dividida y los bandos aparecian mas enconados á medida que el favorito, á la par que orgulloso con la idea próxima acaso á realizarse, de ceñir una corona, se mostraba preocupado con la conducta misteriosa de Napoleon, la gestion de la cosa pública marchaba torpe y lenta, cual convenia á las miras del Emperador. Este habia conseguido que, aborreciéndole acaso todos, el rey, la reina, el príncipe de Asturias, el de la Paz y el pueblo entero confiaran en él; unos para mantenerse en el trono ó en el poder, y otros para que los libertase de la perniciosa influencia del favorito y salvara la nacion del inminente peligro en que la consideraban por la incapacidad ó mala fé de sus gobernantes. Era una red fortísima la en que habia envuelto á todos el César francés con sus manejos y por medio de sus numerosos agentes en España, y eran muy pocos los hombres previsores que en aquella época pudieran distinguir entre las muestras de benevolencia que recibia la nacion los lazos tendidos para sujetarla en el plan profundamente meditado con que se iba preparando el establecimiento del Imperio de Occidente.

La córte española era un abismo en que las pasiones y las intrigas precipitaban á los hombres de estado para luchar y desgarrarse en su fondo sin ningun fruto benéfico, sino, por el contrario, con grave perjuicio para el país. Los proyectos á que se creia haber dado ocasion una enfermedad reciente de Cárlos IV para arrebatar al príncipe de Asturias la sucesion al trono; las precauciones que éste habia considerado deber tomar con el objeto de mantener su derecho ileso, expidiendo nombramientos para el mando de las ar-

mas en caso de fallecimiento del monarca; y las escenas que se habian representado junto al lecho del augusto enfermo y en las habitaciones mas apartadas del palacio en que se agitaban los dos partidos opuestos, revelaban al primer golpe de vista el estado deplorable de la córte, y hacian presumir la suerte futura de la nacion. Conociendo los unos lo deleznable de su poder, pendiente de la vida de un anciano; temerosos los otros de que un golpe atrevido de sus contrarios les arrebatara para siempre sus legítimas esperanzas; y rodeados todos de agentes oficiosos que les ofrecian proteccion y ayuda de parte del emperador Napoleon, á él se dirigian en solicitud de consejos y de ayuda, en él confiaban para el triunfo de sus pretensiones, y entregábanse á él con todas sus fuerzas y todos sus recursos.

Carta de Fernando al Emperador.

Así que mientras el Príncipe de la Paz por la mediacion de su alucinado soberano, por las gestiones de Izquierdo y las relaciones que habia logrado entablar con el gran duque de Berg y otras personas influyentes de la córte imperial, buscaba un apoyo poderoso para el dia quizás próximo de una gran crisis, don Fernando, aconsejado por sus partidarios é impelido hasta por el mismo embajador francés, Mr. de Beauharnais, trataba de hacerse con el afecto del Emperador y aun de interesarle enlazándose con una de las personas de su familia.

Habíanse, efectivamente, entablado negociaciones muy serias respecto á este último punto. Mr. de Beauharnais, esperanzado de ver en el trono de España á una de los personas allegadas suyas, como pariente que era de la emperatriz Josefina, se mostraba parti-



dario acalorado del príncipe de Asturias, y, creyendo interpretar rectamente las intenciones de su amo y señor á pesar de no habérselas revelado, animaba en sus sécretas conferencias con los confidentes de don Fernando y en las recepciones públicas, por medio de signos convenidos, á tan favorables y halagüeños proyectos. En una reunion, celebrada en el cuarto mismo del heredero del trono, se habia resuelto que éste escribiese al Emperador, pidiéndole, con su proteccion, la mano de una de sus sobrinas, y se habia convenido en que se remitiese la carta por medio del embajador francés, como persona la mas autorizada en la córte y que se habia brindado á hacerlo con la mayor solicitud y eficacia. La carta demostraba, además de la profunda tristeza en que se hallaba sumido el ánimo del Príncipe por el estado humillante á que se le habia reducido, la confianza ilimitada que le inspiraban la benevolencia y magnanimidad de Napoleon, á quien prodigaba las mayores muestras de admiracion y respeto y de quien, al recibir la esposa que le eligiese, esperaba su salud y la del país que era llamado á gobernar.

Con este paso creian los consejeros de Fernando, no solo poner freno á las miras ambiciosas de Godoy, sino desbaratar, además, el proyecto, ya formado, de imponer al Príncipe su matrimonio con la cuñada del valido, enlace que apoyaban los reyes y del que Izquierdo tenia ya noticia.

Escrita dias antes aquella carta, ó remitida con premura, acaso hubiera producido el resultado que se deseaba; pero, por enviarla con toda seguridad, Mr. de Beauharnais perdió algun tiempo, por lo cual

no llegó á manos del Emperador hasta el 27 ó 28 de octubre, cuando los planes que se iban ejecutando en Portugal, la firma del tratado de Fontainebleau y el conocimiento ya exacto del estado de nuestra córte, inclinaban á Napoleon á determinar su conducta política respecto á España. Pero lo que paralizó por completo los buenos efectos que se esperaban de la iniciativa reservada de don Fernando, fué el tenebroso suceso del Escorial, cuya noticia, llegando á conocimiento del Emperador pocos dias despues que la carta á que nos acabamos de referir, fué, quizás, la que mas afirmó al jefe de la Francia en sus proyectos contra la dinastía española.

Causa del Escorial.

El retraimiento sombrío del príncipe de Asturias, privado de toda participacion en los negocios públicos y aun del cariño de los reyes que, en su ceguedad, tomaban por desvío á sus personas el odio que no podia menos de haberse creado en el corazon de su hijo hácia el favorito; la ambicion y jactanciosa conducta de éste, y la idea esparcida de que conspiraba por alcanzar un poder á que no le era dado aspirar, hacian prever dentro de la familia real conflictos gravísimos y próximos que no dejarian de influir en la suerte del país en época tan azarosa para los tronos y los pueblos. Se vigilaba á don Fernando en todos sus pasos y acciones; sabiéndose, de consiguiente, sus secretas conferencias con Escoiquiz, Infantado y otros partidarios suyos; y aun cuando su retraimiento fué atribuido en la Cámara Real á estudios históricos, de que habia presentado algunas muestras á sus padres, recelábase por sus enemigos que en algo mas que en traducir á Condillac se entretenia el Príncipe en las

largas veladas del otoño. Un aviso, cuyo contenido tremebundo y cuyo carácter de urgencia revelaban un peligro inminente, impulsó al rey el 29 de octubre á dirigirse bajo un pretexto frívolo al cuarto del Príncipe y secuestrarle sus papeles.

No eran estos, en verdad, tranquilizadores, pero tampoco encerraban el pensamiento que la delacion anónima atribuia al heredero del trono, el de arrancar á sus padres la corona y hasta la vida. El primero contenia una larga exposicion denunciando al monarca la conducta escandalosa del privado y sus intentos de arrebatarle el cetro y acabar con toda la familia real; pero usábanse en aquel documento rasgos tan fuertes y colores tan sombríos, que era difícil no se creyesen exagerados y producto tan solo de la pasion y del deseo de venganza. El segundo afectaba la forma de una instruccion qne se hubiese dado al Príncipe para lograr la caida del favorito, valiéndose de la ternura y del afecto maternal de María Luisa. Es difícil inventar escrito de peor gusto: pues en su estructura y en sus conceptos, que se atribuian á un fraile consejero de cierto jóven que trataba de eludir el matrimonio que le imponia su madre, asemejaba mas á sainete que á escrito serio de que se esperase la salud de un príncipe y, acaso, la de un gran pueblo. El tercero era una clave en cifra que habia servido para la correspondencia de la princesa de Asturias, ya difunta, con su madre la reina de Nápoles, y que entonces usaba don Fernando en sus cartas á Escoiquiz. Aun se dice que le fué interceptada al Príncipe una carta escrita aquel mismo dia, en que hacia comparaciones entre sus sufrimientos y los de San Her-

menegildo y trataba de concitar las iras populares contra Godoy y su misma madre; pero ni consta esa carta en el proceso, ni parece reconocer mas fundamentos su existencia que las aseveraciones del príncipe de la Paz en sus *Memorias* y las de un escritor anónimo, no muy partidario del que despues ciñó á sus sienes la corona de Castilla.

De todos modos, los documentos no podian nunca dar lugar á las providencias que produjo su descubrimiento, en las que, además de una precipitacion lamentable y de las consecuencias mas funestas, se descubrian ira y saña, muy ajenas à la calma que debe presidir á las decisiones soberanas y aun al rigor paternal, por severo que quiera hacérsele aparecer (1).

Al arresto del Príncipe, verificado con un aparato terrorífico que hizo al vulgo temer por la reproduccion de escenas que en tales momentos recordaban los que conocian la historia patria, sucedió la publicacion de un Manifiesto, el del 30 de octubre, *funesto monumento de la malicia mas espantosa*, segun decia despues el Consejo Real, y *cuya triste memoria durará mientras se conserven las ideas de lo justo y de lo injusto* (2). Aterrado el Príncipe, cometió la debilidad de revelar sus planes y aun denunciar á sus consejeros; manifestándose criminal quien podia muy bien cohonestar los escritos que se

(1) No trascribimos íntegros todos los documentos á que se refiere este sucinto relato, ya por ser muy conocidos, bien por dirigirnos prontamente al objeto principal de esta obra.

(2) Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real en los gravísimos sucesos ocurridos desde octubre del año próximo pasado, impreso de órden del mismo Supremo Tribunal.

le habian cogido con el apartamiento en que se le tenia, las asechanzas que cada dia se le armaban y los proyectos de que la opinion pública le suponia víctima. Pero entre aquellas manifestaciones, que consistian en reconocer como suyos, aunque inspirados por sus partidarios, los documentos ocupados por el rey, dió noticia don Fernando de su carta al Emperador en solicitud de la mano de una de sus sobrinas, y éste que verdaderamente podia considerarse como un delito le salvó de cuantos peligros pudiera hacerle correr su débil conducta, y salvó con él á sus amigos y servidores. Se encontraba Godoy en Madrid enfermo, si han de creerse sus *Memorias*; manifestando, segun algunos historiadores, no promover ni haber tomado parte en aquellos sucesos; infringiendo, de todos modos, la costumbre suya de pasar una semana en el Sitio y otra en la capital. La revelacion del Príncipe, produciendo en él la misma sorpresa y el mismo terror que en los que tomaban las declaraciones á S. A., le arrastró inmediàtamente á la córte á interceder con los reyes para que perdonaran los extravíos del hijo, queriendo así aparecer como mediador benévolo en una querella de familia, que manifestaba no haber provocado ni contribuido á fomentar. A este fin llevaba dos cartas que en su entrevista con el Príncipe heredero logró ver firmadas; cartas cuyo fondo, pues que se confesaba culpable, y cuyo estilo, si es que puede decirse que lo hay en ellas, debian favorecer muy poco á don Fernando, por mas que contribuyesen á su perdon.

En otras circunstancias, las dos cartas y las declaraciones anteriores hubiesen efectivamente perjudica-

do al Príncipe en el concepto de los españoles y le hubieran enagenado la consideracion del Emperador; pero aquellos atribuyeron la debilidad á intrigas del enemigo de su futuro rey, y Napoleon trató de explotarla para la ejecucion de sus planes en España. Quien considere la situacion del augusto preso, preocupado siempre con la idea de que se queria arrebatarle sus derechos al trono, idea apoyada en pruebas no insignificantes; quien tome en cuenta su inexperiencia, su carácter y educacion; y por fin observe que, abandonado de su padre y desposeido del cariño de la reina, debian infundir en su ánimo temor y angustia las amenazas que diariamente recibia, comprenderá su asentimiento inmediato á la propuesta de Godoy y la firma de las cartas. Esta situacion del Príncipe, que exageraba sin duda el pueblo, idólatra de la institucion monárquica y odiando de muerte á cuantos pudieran rebajarla, frustró el plan del favorito, volviéndose contra él los tiros que dirigia á don Fernando, pues los españoles, en su inmensa mayoría, atribuyeron á intrigas de Godoy aquella manifestacion de la debilidad del Príncipe. «Una fué en toda la monar»quía la expresion de pasmo, de escándalo y de in»dignacion; una la voz que proclamó inocente al »Príncipe; uno el grito que recriminaba al valido y »le pedia cuenta de la cabeza amenazada y de la opi»nion vulnerada de Fernando.» Y esto que es la espresion de historiadores posteriores (1), fué la de cuantos á la raiz misma de los sucesos se ocuparon en

(1) *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, escrita por la comision de jefes y oficiales.

narrarlos y comentarlos; produciéndose una explosion notable de ira contra el favorito, cuya ambicion hacia manifiesto el tratado del repartimiento de Portugal que, aunque no publicado todavía, corria ya de boca en boca.

Con fecha anterior en un dia á la del manifiesto dirigido por Cárlos IV á la nacion española, esto es, la del 29 de octubre, habia escrito el rey una carta al emperador Napoleon, dándole noticia de aquel tan desagradable acontecimiento, anunciándole su propósito de llamar á otro de sus hijos á la sucesion en el trono y pidiéndole le ayudase con sus luces y consejos. Pero una vez indultado el Príncipe y hecho público su perdon en 5 de noviembre, se notició tambien al monarca francés, con quien se contaba para todo y, mucho mas, cuando se trataba de desagraviarle, pues las revelaciones del Príncipe hacian presumir una complicidad de la córte de las Tullerías que, en vez de satisfaccion, habia de requerir humillaciones por parte de la nuestra. Y así sucedió con efecto como en prueba de la prevision del príncipe la Paz, pues á los pocos dias se recibieron pliegos de París en que don Rafael Izquierdo, con fecha 11 de noviembre, hacia conocer el furor que se habia apoderado de Napoleon al saber los sucesos del Escorial y su exigencia terminante y amenazadora de «*que por »ningun motivo ni razon y bajo ningun pretexto se »hablara ni se publicara en aquel negocio, cosa que »hiciese alusion al Emperadvr ni á su representante »en Madrid.*» Así se habia mandado por el gobierno español al ordenarse la prosecucion de la causa contra los que aparecian complicados con el príncipe de

Asturias, para lo cual se nombró una junta compuesta de doce indivíduos, presididos por el gobernador interino del Consejo Real.

Por dura que fuese la acusacion; por fundada que apareciera tratándose de una trama que se decia urdida contra el mantenimiento de Cárlos IV en el trono y contra la vida de María Luisa, no era posible juzgar cual en un procedimiento ordinario y completamente arreglado á las leyes. Habia desaparecido el principal autor de la conjuracion, esto es, aquel en cuyo favor y provecho se emprendiera; y se habia descartado además la personalidad del que la daba fuerza, como reflejada de la del Emperador de los franceses: ¿cómo, pues, exigir responsabilidad á los que, acaso, no eran mas que brazos de que se habia valido la astucia, ó clientes que así creian prestar un servicio patriótico y de lealtad? El Consejo absolvió á todos; y en ello no solo dió muestra de un espíritu honroso de independencia ante aquel que estaba acostumbrado á humillar á los mas orgullosos de la córte y á influir en los fallos de la justicia, sino que cumplió con un deber de conciencia, no castigando cuando incompleto el proceso no podia esclarecerse suficientemente la verdad. Jueces íntegros que hasta entonces habian dado constantemente pruebas de su rectitud, segun manifiestan los mismos que censuran su conducta en aquella ocasion, ¿cómo se atrevieron á faltar á ella, exponiéndose á la tacha de injustos y, además, á las iras de quien disponia de sus destinos y aun de su libertad, pues que de todo tenian ejemplos, y muy reciente el del inmortal Jovellanos? De su deber era completar el proceso; pero nosotros pre-

guntamos ¿podian hacerlo? ¿No se les habia exigido que no apareciese en él nada que hiciera alusion al embajador francés ni comprometiese al heredero del trono? Y entonces ¿cómo cumplir con las leyes? ¿Cómo fallar en justicia y extrictamente con arreglo á ellas? En aquel caso solo podia haber lugar á una medida gubernativa, y el gobierno, cerrado el camino de las leyes, la tomó por sí discrecionalmente, confinando á los que consideraba como culpables y separándolos así de la inmediacion del príncipe de Asturias.

Creacion de nuevos ejércitos contra España.

Si estos sucesos eran ya de por sí escandalosos y altamente perjudiciales al lustre y esplendor del trono, lo aparecian en mucho mayor grado cuando ya las tropas francesas habian atravesado la frontera y, aunque en direccion de Lisboa, se iban extendiendo por la banda septentrional de España sin esperar la ratificacion del tratado de Fontainebleau.

En pos de las tropas de Junot, cuya marcha y operaciones hemos reseñado, debian cruzar el Bidasoa nuevos cuerpos de ejército, formados con arreglo al artículo 6.° de la convencion anexa al tratado de Fontainebleau y con el pretexto de la posibilidad de un desembarco de ingleses en Portugal. Al organizar el cuerpo de observacion de la Gironda, Napoleon, no contando, como dice Thiers, con la España ni con las tropas que esta pudiera enviar á Portugal, y sí, en nuestro concepto, con que descubiertos sus planes, podria su ejecucion encontrar resistencia en nuestro país, dispuso la formacion de otro cuerpo de ejército, compuesto de 23 á 24,000 hombres y con el título de *segundo cuerpo de observacion de la Gironda*. Debian constituirlo tres divisiones que manda-

rian los generales Barbou, Vedel y Malher, formadas de algunos batallones de las cinco legiones de reserva que guarnecian los campos encargados de la defensa de las costas y de que tambien se habian sacado los cuerpos del ejército de Junot, de dos batallones de la guardia de París, cuatro suizos, del 3.° del 5.° regimiento ligero y del 1.° del 47 de línea.

A estos batallones, cuyo total de veintiuno venian á contener de 23 á 24,000 hombres, se unieron 40 piezas de artillería de campaña y algunos centenares de caballos que despues recibieron un aumento considerable, segun veremos detalladamente al seguir este cuerpo al campo de batalla mas célebre de nuestra gloriosa Independencia. El mando de todas estas tropas fué encomendado al general Dupont, uno de los que mas apreciaba el Emperador por sus servicios distinguidos en Alemania y recientemente en Friedland, donde habia contribuido á la mas pronta y feliz terminacion de tan sangriento combate (1).

En el momento en que llegaron á noticia de Napoleon los sucesos del Escorial, los preparativos y, sobre todo, la premura con que se dispusieron y fueron poniéndose en accion, indicaron que se marchaba en París á un objeto fijo y que, si no estaba preconcebido, acababa de determinarse resueltamente en el ánimo del jefe de la Francia. No tan solo se ordenó á los cuerpos del segundo de observacion de la Gironda y á su general en jefe apresurasen la marcha á Bayona, su cuartel general, usando del sistema de postas de que se valian las tropas en las ocasiones de mayor

(1) Véase el apéndice núm. 6.°

urgencia, sino que, además, se dieron las instrucciones necesarias para la formacion de otro cuerpo de ejército, mas numeroso que los dos anteriormente formados para Portugal, el cual recibió á su vez el título de *cuerpo de observacion de las costas del Océano.*

Si este título se dirigia á disculpar su formacion, pues que se fundaba en que seria necesario relevar las tropas de Dupont en el momento en que un desembarco de los ingleses pusiese en peligro á las de Junot la tranquila posesion en que estas se encontraban de todo Portugal, no ignorada ya en París; la premura con que se organizaba el nuevo ejército, cuando ninguna noticia circulaba que hiciese presumir el tan cacareado desembarco en los nuevos reinos de la Lusitania; y el movimiento simultáneo de concentracion de todos los ejércitos franceses hácia las fronteras del Imperio, dispuesto al mismo tiempo, demostraban que aquellos preparativos tenian por objeto el intervenir en los asuntos interiores de España; descubrimiento que fué, acaso, el que produjo todos los males que iba á sufrir nuestra patria. Porque la mayoría de los españoles, suponiendo, como ya hemos dicho anteriormente, por la conducta de Beauharnais, que la intervencion seria á favor y en provecho del príncipe de Asturias, recibian á las tropas francesas con singular agasajo, y con el mayor placer las noticias que se hacian circular sobre la proyectada alianza con la familia imperial. No ofrecian poco fundamento tambien á estas suposiciones los mismos soldados y oficiales franceses que, dando asenso á aquellas noticias, fraternizaban cordialmente con

nuestros compatriotas; esperando hacer comunes sus propios intereses y contribuir así todos á la destruccion de sus enemigos en Europa.

El nuevo cuerpo de ejército se organizó en cuatro divisiones. Tres eran de infantería, compuestas de cuarenta y cuatro batallones provisionales de los depósitos del grande ejército, y tres extranjeros de á cuatro compañías y 600 hombres cada uno, con un total de 28,000 infantes; y la otra de caballería, formada de dos brigadas, una de húsares y otra de dragones. A cada una de las divisiones de infantería, agregáronse una batería de artillería á pié y otra de á caballo; y al total del cuerpo de ejército algunos destacamentos del tren y de ingenieros. Recibió, en fin, el mando en jefé el mariscal Moncey, el mismo que habia dirigido las campañas de 1794 y 1795 en los Pirineos occidentales; y para el de las divisiones se designó á los generales Musnier, Morlot y Grouchy (1).

Todo dispuesto, y tomado ya su partido con la resolucion con que siempre lo hacia, Napoleon partió á Milan, á donde le llamaban la nueva adquisicion de la Etruria; la idea de reconciliarse con su hermano Luciano, cuya hija destinaba á compartir el trono de España con el príncipe de Asturias, si se resolvia á dejarlo en él; y el deseo de ver á su hijo adoptivo. Pero mientras realizaba aquel viaje, aparentemente en busca de la paz doméstica que siempre le negó la fortuna, y mostrándose ajeno á los asuntos de España, daba las órdenes para que emprendiera su mar-

(1) Véase el apéndice núm. 6.°

cha el cuerpo de ejército de Dupont; disponiendo, sin embargo, lo hiciese lentamente y solo hasta Valladolid, como para esperar que acontecimientos posteriores, resultado de los del Escorial, le indicaran la conducta que hubiese de observar.

No satisfecho todavía y como acostumbrado siempre á dar golpes decisivos, aun cuando no quisiese por entonces manifestar un espíritu hostil á nuestra familia reinante y, mucho menos, á los españoles, el Emperador dictó las disposiciones convenientes para la formacion de otros dos cuerpos que deberian encaminarse á Pamplona y Barcelona, plazas que él consideraba como las dos llaves de la Península en los dos únicos puntos accesibles de la cordillera pirenáica. Otro de reserva, compuesto en su mayor parte de caballería, sería el último eslabon de la grave cadena con que se ideaba aherrojar la España, apenas pudiese esta apercibirse de que el monarca francés pensaba en algo mas que en estrechar la alianza con que aparecia por entonces satisfacerse.

Debia organizarse el primero de aquellos cuerpos en San Juan de Pié de Puerto con cinco batallones de los de depósito que habian dejado los cuerpos del ejército de Junot en sus antiguos campos de Bretaña, uno suizo y una compañía de artillería á pié. Esta division recibió poco despues un aumento considerable con otros cinco batallones, cuartos de las legiones de reserva de reciente organizacion, que hicieron elevar su fuerza total á la de unos 6 ó 7,000 hombres, y cuyo mando se confió al general Merle (1).

(1) Véase el apéndice núm. 6.°

La division destinada á penetrar en Cataluña se formó en Perpignan con batallones italianos, un regimiento francés, recientemente llegado de Austria, y 1,200 caballos, sacados de los depósitos, constituyendo un cuerpo de 6 á 7,000 hombres. Mas tarde se le agregaron varios batallones provisionales, con los que reunió la fuerza de 12,000 hombres á las órdenes del general Duhesme (1).

Por fin, el cuerpo de reserva se reunió en Orleans y en Poitiers. El general Verdier organizó en el primero de aquellos puntos seis regimientos nuevos con batallones, tambien provisionales, sacados de los depósitos, y el general Lasalle en Poitiers hasta 3,000 coraceros, dragones, húsares y cazadores; componiendo entre ambos una reserva general de 10,000 hombres, á los que, en caso, se agregarian otros 2 á 3,000 de la Guardia Imperial, así para que se hallase representada en el ejército que se destinaba á España, como para darle mayor consideracion y mas fuerza (2).

Todos estos cuerpos de ejército, que recibieron despues modificaciones importantes en su composicion, representaban en su conjunto una fuerza de mas de 100,000 hombres, la cual se consideraba en las Tullerías como muy suficiente para ayudar al plan que, en vista de las circunstancias, se fijase definitivamente al decidir de la suerte de la Península. Se conoce que Napoleon no pensaba en llevar adelante el tratado de Fontainebleau, pues no tan solo no ha-

Napoleon se desentiende del tratado de Fontainebleau.

(1) Véase el apéndice núm. 6.°
(2) Véase el apéndice núm. 6.°

blaba de él á nuestros agentes diplomáticos, sino que, al hacérsele reclamaciones para el cumplimiento de los artículos convenidos, desentendiéndose de ellos, exigia imperiosamente su secreto. No impedia esto el que al presentársele en Milan la desgraciada reina de Etruria, ignorante del tratado hasta el momento en que con la mayor perentoriedad se la hizo evacuar sus estados, achacase el despojo á los reyes de España, y la consolara con la esperanza de un nuevo trono para su hijo. Pero, fuera de aquella ocasion, no volvió á tratarse del reparto, dejando iguales á la hija de Cárlos IV y al príncipe de la Paz.

Recelos de Godoy.

Godoy empezaba ya á abrigar temores que cada dia irian haciéndose mas sérios. Las noticias que recibia de Izquierdo, su agente mas fiel en París y el que por su talento y sagacidad podia imponerle de cuanto lograra traslucirse en la córte imperial, no eran nada tranquilizadoras. Aquella exigencia del secreto en que deberia conservarse un tratado cuando ya todo Portugal estaba sometido á las armas aliadas; la circunstancia de haberse encomendado la administracion del país á la autoridad francesa y, sobre todo, la reserva cruel que observaba Napoleon, así sobre aquellos puntos como acerca de sus proyectos, pues que los debia tener muy grandes al hacer tantos preparativos militares, indicaban á Izquierdo que se pensaba en algo mas que en las estipulaciones de Fontainebleau. Así que sus cartas, tristes por demás, revelaban temor é inquietud por la suerte de la misma España, pero particularmente sobre la de su patrono, contra quien suponia dirigirse principalmente las gestiones del Emperador cuando tanto se le ocultaban.

Las alarmas de Izquierdo, trasmitidas á Godoy, se extendian al ánimo de los reyes, sobre quienes ejercia éste tan fascinador influjo. No parecia sino que era uno el fundamento del poder y debian ser uno, tambien, el porvenir de Cárlos IV y el de su privado para que se presentase un espectáculo como el que ofrecia la política española. Toda ella se cifraba en sostener al príncipe de la Paz, y cuanto mas combatido se le veia por la opinion, mas y mas se obstinaba la córte en darle muestras de afecto y de privanza. La idea de procurarle un puesto èminente y seguro de toda contingencia el dia, acaso próximo, en que el príncipe de Asturias ocupase el trono, habia producido el convenio de Fontainebleau, ó al menos su aceptacion por nuestros reyes, sin observar que en sus artículos iba encerrado el árduo problema de la libertad de España, contra la que podrian volverse los elementos de fuerza que autorizaban para combatir á Portugal. El sostenimiento, despues, y el esplendor de que se queria rodear al futuro monarca de los Algarves, exigian ó, por mejor decir, daban pretexto á consideraciones tan altas, que no podian menos de ofender á hombres como los españoles, ya orgullosos de por sí y que, amamantados en el ejercicio de una igualdad práctica observada aquí cual en ningun otro país de Europa, han resistido siempre el rendir culto á ídolos, no elevados por sí mismos, si no por el favor.

Heríanles mas aquellas consideraciones al ver que se negaban al que tenia un derecho indisputable á ellas, al príncipe de Asturias; y por lo mismo, perdonando á éste sus defectos de carácter y olvidando

las muestras de debilidad que acababa de dar en los sucesos del Escorial, ponian en él todo su afecto, esperando su exaltacion como el mayor bien que el cielo pudiera enviarles. Los temores de la córte y las esperanzas del pueblo, chocándose, por decirlo así, en sus contrarias manifestaciones, constituian una situacion tan desagrable como extraña, que solo podia pasar ignorada en el palacio real y de que esperaba aprovecharse el Emperador en la primera ocasion manifiestamente propicia.

Nuevas vacilaciones de Napoleon.

Porque tambien Napoleon vacilaba entre los diferentes partidos ó resoluciones que podia adoptar; inclinándose, unas veces, á conceder al príncipe de Asturias la alianza de familia que habia solicitado; otras, á derribar al favorito, de cuya mala voluntad tenia pruebas y especialmente la manifestada en 1806, que nunca olvidaba (1), y, casi todas, á arrojar de España la dinastía actual, única que habia respetado hasta entonces, y que, á su parecer, servia de apoyo «á las »maquinaciones de los ingleses y á las intrigas, á la »esperanza y al pretexto de los demás Borbones des»tronados (2).» Así que, durante su permanencia en Italia, hubo ocasiones en que gestionó su reconciliacion con Luciano y aun obtuvo de él la mano de su hija para el príncipe de Asturias; las hubo en que hizo apresurar los armamentos, que seguramente no se destinarian para obligar á una alianza que ya en aquella fecha habia solicitado Cárlos IV tambien; y,

(1) «La injuria no debia quedar impune.»—*Memorial de Santa Elena.*

(2) *Memorial de Santa Elena.*

en no pocas, se dieron órdenes para contener y moderar la marcha de las tropas, con el objeto de ver mas claro y observar una prudente y eficaz conducta.

Uno de los efectos que producian las vacilaciones de Napoleon, era el de introducir la duda y la zozobra en la córte española. Sin adoptar él una resolucion enérgica, no podia romper el secreto de sus preparativos militares ni de sus gestiones diplomáticas; y su silencio ó sus palabras entrecortadas y misteriosas hacian en los demás el efecto que hacen la calma aparente y las exalaciones eléctricas que preceden á veces á la tempestad, la cual se hace temible á todos por lo mismo que nadie sabe donde ni cuando va á descargar.

En sus dudas y suponiendo que, una vez solicitado por don Fernando el emparentar con la familia imperial de Francia, seria hacerla un desaire manifiesto el no repetir y formalizar aquella demanda, Cárlos IV escribió á Napoleon una carta muy afectuosa, en que hacia ver que sus deseos estaban en aquella ocasion conformes con los del Príncipe su hijo. Aquella carta aconsejada, como es de suponer, por Godoy, á pesar de su natural repugnancia y de la resistencia que opuso la reina, debia, en concepto de todos, calmar las iras que habia manifestado el Emperador al tener conocimiento de los sucesos del Escorial, y dar orígen á una política clara, capaz de desvanecer los augurios tristes que el misterio en que se envolvia Napoleon levantaba en el ánimo de los atribulados monarcas y del favorito. Así debian esperarlo al menos; pero la respuesta, además de tardía, excitó mas y mas pavorosos presentimientos.

Negaba en ella el Emperador haber recibido solicitud ninguna por parte del Príncipe y, aun cuando se quisiese tomar esta negativa por disimulo lícito y aun galante, tal miramiento en quien hacia ya mucho tiempo que no los gastaba con el monarca español y abrumaba á desaires á nuestros agentes en París, revelaban una intencion que no iba descaminado Godoy al considerarla hostil á sus intereses y persona. Si algun rasgo de benevolencia se descubria en Napoleon, iba dirigido á don Fernando, á quien, segun ya hemos dicho, se pensaba á veces conservar al frente de la monarquía española, uniéndolo á una princesa de la sangre imperial; pero esto mismo probaba á Godoy, que nada que le fuera lisonjero debia esperar del que comprendia muy bien podia disponer de su suerte. Por lo mismo se esmeraba en el trabajo de desarmar la cólera del César, procurando, á fuerza de protestas de adhesion y de humillaciones, llevar á efecto el tratado de Fontainebleau, áncora de su salvacion en el mar proceloso de contrariedades y de obstáculos que su ambicion iba encontrando en el gobierno de un estado, cuya cabeza reconocida no era ni podria serlo jamás. Si le faltaba algun dato aun para convencerse de que estaba perdido, no tenia mas que echar la vista en derredor suyo y contemplar la alegría de sus enemigos declarados, los partidarios del príncipe de Asturias, al saber la direccion y las posiciones que los ejércitos franceses iban tomando en la frontera.

Entran en España los cuerpos de Dupont y de Moncey.

Las exposiciones que el *Monitor* de 24 de enero de 1808 publicó para probar la necesidad de que el Emperador fijase su atencion en la península españo-

la, suponiéndola objetivo de expediciones inglesas, y los inmensos preparativos que se acumulaban en Bayona y Perpignan, convertidas en dos grandes plazas de depósito, revelaban, sin embargo, que á algo mas que á la caida de un valido, cualesquiera que fuesen su mérito y su poder, se dirigian las miras de quien ni habia respetado en los hombres el derecho antiguo de reinar, ni en los pueblos el de constituirse segun sus usos, costumbres é intereses.

Pretextando el artículo 6.° del tratado de Fontainebleau en su convencion anexa, pero sin cumplirlo en lo que interesaba al gobierno español que debia conocer la necesidad y la época de su ejecucion, la division Barbou del segundo cuerpo de observacion de la Gironda habia cruzado el Bidasoa el dia 22 de noviembre, municionada como pudiera hacerlo en país enemigo, y cometiendo en su marcha á Vitoria no pocos y violentos atropellos (1). Las demás divisiones, ya enteras, ya fraccionadas, fueron penetrando sucesivamente; y á fines de diciembre todo el cuerpo se hallaba establecido entre Irun y Vitoria. A

(1) Tan ajeno estaba el príncipe de la Paz de que se tratase en Francia de hacer penetrar un nuevo ejército en nuestro país, que al despacho del general Laburia, en que con fecha 20 de noviembre le comunicaba un aviso del cónsul de Bayona, de «como una division »francesa de 6,380 hombres con otras tropas que se esperaban, ha»brian de acantonarse en las inmediaciones de Vitoria,» estampó la resolucion siguiente: «*No entiendo esto de acantonarse en Vitoria; »procure Laburia saber algo mas.*» Y en efecto, se le previno así con fecha del 26. En carta reservada del 11 de diciembre contestó Laburia, que el general Dupont, á su llegada á Bayona, se habia informado del estado de las fortificaciones de Pancorbo, su guarnicion, etc.; que la vanguardia de su ejército, que mandaba en Vitoria el general de division Barbou, habia entrado en Irun municionada como pudiera hacerlo en país enemigo; que todo el interés de Dupont se reducia á saber si era ó no cierta la noticia del matrimonio

principios de enero, antes de que el cuerpo de Dupont hubiese concluido de entrar, y precedido de avisos alarmantes sobre la evacuacion de la Sicilia por los ingleses y el reembarque para Portugal de las tropas que habian asistido al incendio de Copenhague, se puso tambien en marcha el *cuerpo de ejército de observacion de las costas del Océano*, salvando la frontera el dia 9 su primera division. Dupont pasó á Burgos, mientras Moncey ocupaba á Vitoria y pueblos inmediatos; y cuando este general, á consecuencia de órdenes de París, avanzó á Burgos, Dupont estableció sus tropas entre esta última ciudad y Valladolid, siempre en el camino ya trillado de Portugal, pero con instrucciones para observar á su izquierda los puentes del Duero. Ni Dupont ni Moncey pedian noticias á nuestras autoridades ni utilizaban las indicaciones que espontáneamente les hacian estas para el acantonamiento de las tropas: ellos lo elegian y sin consideracion de ningun género, sin atender á las reclamaciones de los pueblos por las exacciones y vejámenes que experimentaban y sin dar conocimiento de ninguna de sus operaciones, los dos generales establecian sus tropas allí donde mejor les parecia ó donde habian recibido órden ó instrucciones de su soberano

---

del príncipe de Asturias con la hermana del jóven Tacher (edecan de Junot); que el número de tropas del ejército de Dupont se aumentaba cada dia en Bayona; que en esta ciudad se hablaba con seguridad de la llegada de tropas á Burdeos para formar un tercer ejército de observacion, que debia igualmente entrar en España; que la fuerza total de los tres se compondria de 100,000 hombres, y que al *Gacetero de Bayona* se le habia prohibido el hablar de entrada y salida de tropas. Al mismo tiempo daba parte Laburia de que la vanguardia del segundo ejército se portaba muy mal en todos los tránsitos y que habia dado algunas providencias de precaucion para evitar quejas.

para hacerlo. Al gobierno español no le quedaba otra iniciativa ni otro recurso que aconsejar la prudencia á las autoridades, «*consolar* á los pueblos con la promesa de que cesarian pronto aquellos males, y excitarlos á la constancia, en la persuasion de que S. M. compensaria sus servicios.»

Las tropas francesas que habian entrado sin aviso prévio y, de consiguiente, antes de que pudiera hacerse preparativo alguno para recibirlas, experimentaban, al decir de los generales franceses, grandes dificultades para abastecerse de víveres, y como era necesario y hasta urgente proveer á esta atencion, el Emperador dispuso á principios de febrero que se extendiesen por los flancos. A consecuencia de esta órden, Dupont dirigió una de sus divisiones á Segovia, y Moncey encaminó otra de las suyas á Aranda de Duero; puntos los dos bastante distantes de la línea que aparentaban seguir los cuerpos de ejército, y que asientan precisamente en las dos únicas de comunicacion con Madrid.

Entran las de Darmagnac y Duhesme.

A este paso, que debia naturalmente alarmar al gobierno español, siguió otro mas grave aun, ya que no tan significativo por el momento; el de la entrada en España de los cuerpos de observacion de los Pirineos orientales y occidentales.

El dia 9 de febrero se alojaba en Pamplona el general Darmagnac con 2,500 hombres, que el 7 habian penetrado por Roncesvalles, y á quienes seguiria inmediatamente el resto de la division. A los pocos momentos solicitaba del virey, marqués de Vallesantoro, «se le franquease la ciudadela para entrar en ella 300 »ó 400 hombres de sus tropas con el objeto de hacer



»el servicio en ella con los nuestros, teniendo igual »solicitud para con la plaza (1).» El virey resistió y se convino, al fin, entre los dos generales que consultarian la resolucion, aquel al gobierno, y Darmagnac al mariscal Moncey que debia encontrarse en Burgos; suspendiendo el francés lo que decia estaba determinado á ejecutar *segun las órdenes é instrucciones que demostraba tener*.

En 22 de enero habia manifestado el capitan general de Cataluña, conde de Santa Clara, que, por lo que observaba en la frontera y rumores fidedignos que corrian, se preparaban algunos cuerpos franceses á penetrar en España. En 3 de febrero se le contestó «que si dichas tropas tratasen de internarse en estos »dominios lo evitase bajo el justo motivo de no tener »órden ni noticia para ello, dando aviso sin perder »tiempo por extraordinario.» Pues bien, el dia 10 daba parte aquella autoridad de que dos divisiones francesas compuestas de 11,008 infantes y 3,616 caballos al mando del general Duhesme, debian haber entrado en aquel dia y el anterior en Figueras en marcha para Barcelona, «sin mas antecedentes que un »simple aviso del comisario de guerra al gobernador »de aquella plaza, pidiéndole alojamiento, alimentos »y forrajes, cuya especie y cantidades determinaba, »y haciéndole responsable de la ejecucion.» El general conde de Ezpeleta, que habia relevado al de Santa Clara en el mando del Principado, ofició á Duhesme suplicándole cesase en su marcha; pero el general francés no se detuvo, y el dia 13 penetraba en Barce-

(1) Partes oficiales.

lona al frente de la division Lechi, anunciando que tenia órdenes para dirigirse á Cádiz con todo el cuerpo de ejército de su mando.

Este era el pretexto de aquellas nuevas invasiones; pretexto que el 9 de aquel mismo mes de febrero exponia el embajador francés á nuestro gobierno al anunciarle la entrada de 15,000 hombres por el Portus, y la formacion de un cuerpo de 4,000, que se sacarían de los de Dupont y Moncey, para encaminarse todos á Cádiz. Pero ni las notas que pasó el príncipe de la Paz al embajador, ni las órdenes que dió al general Ezpeleta, muy difíciles de cumplir por la mezcla de energía y dulzura y consideracion que en ellas se prescribia, bastaron á evitar la entrada en Barcelona de 5,405 infantes y 1,760 caballos. El capitan general de Cataluña antes de recibir la órden del 16, en que se le prevenia «que de ningun modo consin»tiese en dar mando en la plaza á los jefes de las tro»pas francesas, ni que estas guarneciesen parte algu»na de ella, de la Ciudadela, Monjuich, Atarazanas, »ni demás fuertes,» manifestó «que habian entrado »sin consentimiento suyo y que á vista de un inmen»so pueblo que acudió á la novedad, no quedaba otro »medio para evitar la entrada, como se le habia en»cargado, que usar de la fuerza, lo que no le habia «parecido prudente despues de bien meditadas las »circunstancias y consecuencias.»

Las circunstancias eran efectivamente dificilísimas y las consecuencias podian llegar á ser muy graves y funestas en el estado de incertidumbre en que se encontraba la nacion acerca de las intenciones benévolas ú hostiles del Emperador, en la posicion en que se

manifestaba ya el gobierno y en la debilidad que todos le reconocian para con el de Francia. Mientras el capitan general de Cataluña vacilaba, inseguro de lo que se proponia el príncipe de la Paz, este le comunicaba la órden de que tuviera dispuesto y prevenido cuanto conviniese para la subsistencia y *alojamiento interino de la tropa francesa en la capital*; y, conocida ya la entrada, el generalísimo se satisfizo con prevenir en real órden del 18 *que se diese á los franceses pasaporte para Cádiz, siguiendo la carretera de Valencia y alejándolos lo posible de la córte.*

No podia obtener éxito mas completo el plan maquiavélico de Napoleon. Ignorando el gobierno español sus intenciones y sus proyectos, no podia tomar resolucion ninguna enérgica ni prevenir á las autoridades de las provincias la conducta que habian de observar. Los capitanes generales veian absortos cómo penetraban en el territorio de su mando tropas extranjeras, sin saber el objeto que llevaban ni conocer su itinerario y, al contemplarlos ante los muros de su propia residencia, generales como el conde de Ezpeleta y el ilustre defensor de Bellegarde olvidábanse de hacer cerrar las puertas de las fortalezas. ¡Tal confusion, tal aturdimiento, tales vacilaciones y dudas habia introducido Napoleon en nuestro gobierno y en sus delegados!

Combinacion marítima para apoderarse de Sicilia.

En aquellos dias se estaba ejecutando otro plan combinado con la mayor habilidad, pero cuyos resultados no correspondieron á las esperanzas concebidas. Queria el Emperador aprovechar la evacuacion que se susurraba de Sicilia por los ingleses para apoderarse de la isla. La escuadra del almirante Rosily bloqueada

en Cádiz desde el combate de Trafalgar, la de Rochefort que mandaba Allemand, y nuestra escuadra de Cartagena, debian presentarse frente á Tolon y, unidas á la que saldria de este puerto completamente pertrechada y provista, dirigirse á realizar la proyectada empresa. Con una sola de estas tres escuadras que se uniese á la de Ganteaume, se creia posible un desembarco que hiciese á la Francia dueña del estrecho de Messina en el que ocuparia á Regio y El Faro, presidiados entonces por los ingleses, y no era improbable que una de ellas, al menos, lograra burlar el bloqueo de los puertos en que se hallaban fondeadas.

Con esta combinacion conseguia el Emperador dos resultados al contar con nuestra escuadra; el de que esta cooperase con las suyas á la expedicion, y el de arrebatarnos una fuerza naval que, una vez descubiertos los planes sobre la Península, habria probablemente de unirse á las de sus enemigos. Como Cartagena no era observada con la vigilancia que los demás puntos en que se abrigaban los buques franceses, no seria difícil al general don Cayetano Valdés, que mandaba nuestra escuadra, salir á la mar y aportar en Tolon. Convenido así con el gobierno, salieron, efectivamente, el 10 de febrero del antiguo emporio cartaginés los navíos, Reina Luisa, de tres puentes y 112 cañones; San Pablo, San Francisco de Paula y el Guerrero de 74; y San Ramon y el Asia de 64. El general Valdés ó no pudo ó no quiso arribar á su destino y hubo de acogerse á Mahon, donde fué relevado por el general Salcedo que recibió, además, el encargo de residenciarle; pero con las dilaciones que

todo esto produjo se consiguió salvar aquella fuerza, que poco despues seria de gran utilidad á la patria (1).

El movimiento de Dupont y de Moncey sobre su flanco izquierdo y en direccion de la córte, y la noticia inmediata de que los cuerpos de ejército de observacion de los Pirineos habian salvado la frontera por sus dos carriles mas usuales, el Portus y Roncesvalles, y alojádose en Barcelona y Pamplona, habian producido en España la sensacion mas profunda. Los partidarios del príncipe de Asturias, que lo esperaban por lo mismo que satisfacia sus deseos imprudentes de intervencion, demostraron una alegría extremada; los del de la Paz temieron, porque veian en aquel grave paso el fin de su mando; y los pocos hombres previsores que en aquella época se hallaban apartados del juego candente de la política, no pudieron menos de presentir desgracias y miserias muy próximas. Este era en aquellos momentos uno de los resultados que se proponia conseguir el Emperador. Es innegable que deseaba reinar por sí ó por criaturas suyas en España sin que el derramamiento de sangre abriese un abismo entre la nacion y el nuevo monarca; comprendia, y así lo dió á entender, que un pueblo orgulloso cual el nuestro no se sometería ante amenazas ni por me-

(1) Pocas páginas despues de decir Thiers: «Desde aquel momento quedaba descubierta la direccion sobre Madrid; pero la entrada de las tropas francesas en Cataluña y Navarra, que era preciso disponer al fin para ocupar Barcelona y Pamplona, decia aun mas claramente, que otro que Lisboa era el verdadero objetivo de aquellos movimientos,» tiene valor de lanzarnos esta injuria: «Traicion ó debilidad, el resultado era el mismo para los proyectos de Napoleon y revelaba con toda evidencia la manera con que acostumbraba España cumplir con sus deberes de aliada.»

dios violentos; y, demostrando siempre procurar su antigua grandeza, lo cual tanto halaga nuestro amor propio, quiso ensayar aquellas en la fraccion dominante, que, por lo mismo que mandaba, era la que podia temblar. Y como esta influia sin contrapeso alguno en la córte, esperaba Napoleon que, á fin de conservar un poder que iba á escapársele para siempre, aconsejaria á los reyes resoluciones extremas que ya por sus agentes secretos sabia que se habian examinado y discutido en la cámara real. Si la familia de Braganza habia abandonado Europa para trasladarse al Brasil y reinar tranquilamente en un imperio apenas explorado é inculto aun, ¿qué de extraño que la de Borbon, perseguida y maltratada, buscara en colonias florecientes y fabulosamente ricas un abrigo en que salvar su rama mas antigua é ilustre? Napoleon, pues, iniciando un paso que no podia dejarse de considerar como agresivo en el estado de alarma y de dudas que producia en Madrid su silencio, el secreto del tratado de Fontainebleau, sus arrebatos al conocer los sucesos del Escorial y las medidas que su lugar-teniente habia tomado en el vecino reino portugués, esperaba que Godoy, por conservar al menos lo que poseia, aconsejase la fuga de los reyes; y que estos, obedeciendo á la fascinacion que sobre ellos ejercia el favorito y deseosos de una vida tranquila que ya sentian turbárseles en los últimos tiempos, adoptaran resolucion para él tan grata.

Temiendo, además, que los mismos pretextos que él alegaba para el movimiento de las divisiones de Dupont y Moncey y aun para la entrada de las de Merle y Duhesme, se hiciesen verosímiles en la córte

española, que en tan corto concepto manifestó siempre tener, ordenó la posesion de las plazas fronterizas mas importantes, por la astucia, si fuese posible, y, cuando no, por el terror y la fuerza. Los generales traian las instrucciones necesarias y aun se conoce que ideadas las estratagemas de que habian de valerse, imitacion de la que en 1597 puso en manos de los españoles la fortaleza de Amiens. Así que, apenas habian entrado en las dos plazas cuya posesion se les habia encomendado, cuando pusieron en ejecucion sus planes, y desgraciadamente con éxito tan completo, que solo despues de seis años de una lucha tenaz y sangrienta se logró volvieran á poder de su antigua dueña, la España.

Ocupacion de la ciudadela de Pamplona.

La ciudadela de Pamplona fué la primera en experimentar suerte tan infeliz y adversa. El general Darmagnac, convenido en que, mientras el virey pedia instrucciones, comisionaria á un oficial que, á su vez, fuese á recibirlas de Moncey, se presentó el 15 por la mañana á aquella autoridad para manifestarle que su emisario habia regresado sin encontrar en Burgos al mariscal. En aquella entrevista nada se trató en punto á hacer el servicio de la plaza y Ciudadela mancomunadamente las tropas francesas y españolas; y el marqués de Vallesantoro quedó persuadido de que el general Darmagnac no persistia en su anterior pretension. ¡Cuál no seria su sorpresa al noticiársele en la mañana siguiente que la Ciudadela habia caido en poder de los franceses, y al recibir un escrito del mismo general francés participándole que enviaba tropas á aquella fortaleza y pidiendo fuesen alojadas en ella! Darmagnac habia tenido el refina-

miento cruel de añadir el escarnio á la grave ofensa que acababa de inferir á nuestras armas.

Las tropas francesas recibian sus provisiones de los almacenes de la Ciudadela, y acostumbraban á mandar por ellas un corto destacamento. Aquella operacion comun, ordinaria, de todos los dias, fué la base y fundamento de la estratagema que iba á arrebatarnos la ciudadela de Pamplona.

En la mañana del 16, sesenta hombres destinados á la provision se presentaron, como de ordinario, á la puerta de la fortaleza. Caia la nieve en abundancia y, mientras llegaba su jefe, los soldados figuraron entretener el tiempo en lanzarse bolas; ofreciendo así á los soldados españoles de guardia en la puerta un espectáculo que, aunque nada nuevo y mucho menos en Pamplona, recrea siempre y distrae. No todos los franceses tomaban parte en aquel juego, y algunos de ellos, como aburridos ó como atentos tan solo á su mision, se dirigieron á la entrada de la Ciudadela y formaron un grupo bastante numeroso sobre el tablero del puente levadizo y bajo la bóveda de la puerta. De pronto es atropellado el centinela, obligándole á ceder su arma, y sorprendido el vigilante que ve arrebatar del armero cuantos fusiles constituian la fuerza de la guardia. Acuden mientras los franceses que habian quedado en el glacis lanzándose pelotas de nieve; cien granaderos, que Darmagnac habia introducido clandestinamente en su alojamiento, situado en frente y á corta distancia de la Ciudadela, corren en pos de aquellos, seguidos, á su vez, de un batallon del 47, acuartelado no lejos de allí, y se apoderan todos de la muralla antes de que la guarni-

cion española pueda volver de su sorpresa y mucho menos ponerse en estado de defensa.

Pocos minutos despues recibia el virey la comunicacion, que ya hemos mencionado, del general Darmagnac, manifestándole, además de lo expuesto anteriormente, «que lejos de alterar aquel suceso la »buena armonía que debia reinar entre españoles y »franceses, debia considerarse como un lazo mas »entre dos aliados recíprocamente leales.»

Al márgen del parte en que se noticiaba tan escandaloso atentado, estampó el príncipe de la Paz el siguiente decreto: «se aprueba la tolerancia, pero »reencárguese la vigilancia para no recibir otra nueva »sorpresa.» Recomendacion inútil para el virey, puesto que habíamos perdido la única fortaleza de Navarra.

Ocupacion de la de Barcelona.

En Barcelona se usó de un ardid muy semejante. El príncipe de la Paz, sospechando de las intenciones de Napoleon, habia pasado á Ezpeleta la órden, fecha 16 de febrero, de la cual hemos trascrito lo de mayor interés, para que no se permitiese á los franceses ocupar puesto alguna importante en la plaza de Barcelona. El dia 22, noticioso ya de la pérdida de la ciudadela de Pamplona, el generalísimo resolvió enviar á Barcelona un oficial con órdenes verbales, dirigidas á que el capitan general tratara de inquirir los proyectos de Duhesme é indagar si se encaminaban nuevas tropas francesas á aquella capital; á que evitara que las que ya se hallaban en Barcelona ocupasen las Atarazanas y, en caso de que ya se alojasen en aquel cuartel, hiciese porque de él salieran las primeras que debieran marchar á Cádiz, «entrete-

»niendo, sin embargo, al general aliado, pues ya á »la sazon no convenia separarlos de aquellas inmedia»ciones.» Se recomendaba, además, al conde de Ezpeleta que explorase el espíritu público, dándosele algun desahogo, si era contrario á los franceses, para castigar sus excesos; y por fin á que se cuidara de la seguridad de los correos (1).

El conde de Ezpeleta no dió á los franceses participacion en el mando de punto alguno fuerte de Barcelona; mas no logró impedir la ocupacion de las Atarazanas, aunque con la protesta de *interinamente*; el establecimiento de guardias en las puertas de la plaza, *con objeto, tan solo, de evitar desórdenes y la salida de los soldados*; ni aun el de una guardia en la puerta principal de la Ciudadela, *como puesto de honor y como muestra de mútua confianza entre ambos ejércitos*, pero compuesta de la fuerza total de una compañía, mientras la española contaba solo 20 hombres.

(1) Copia de la minuta que formó la noche misma en que recibió las instrucciones el mencionado oficial, que era el teniente coronel de artillería don Joaquin de Osma. El príncipe de la Paz las publica tambien en sus *Memorias*. Difieren muy poco de las escritas por Osma; pero así en ellas como en las enviadas al virey de Navarra y á los comandantes generales de Vizcaya y Guipuzcoa por el conducto del teniente coronel de ingenieros don José Cortés, se destaca la órden de prevenir todo motivo de queja por parte de los franceses, órden que bien estudiada aparecia contradictoria con la de resistir las violencias de aquellos y quitaba toda idea de vigor á las autoridades á que se dirigia.

El general Laburia, en su exposicion á las Córtes de Cádiz, manifiesta las instrucciones que Cortés le comunicó, entre las que una de ellas decia así: «Evitará V. E. por todos los posibles medios, que »no penetre en España mas tropa francesa.»

Al leer esta y al reflexionar sobre las que se dieron á las demás autoridades militares, no se extrañará que Laburia diga á renglon seguido: «Por los expresados artículos conocí una parte de la situa»cion peligrosa en que nos hallábamos y *que la cabeza del favorito »se habia dislocado enteramente.*»



Mas aun, resuelto á mantener su autoridad mientras pudiera hacerlo sin chocar abiertamente con sus huéspedes, ignoraba el general Ezpeleta si deberia resistir con las armas, en el caso de que apelaran á la fuerza para lograr su intento, manifestado sin gran disimulo por Duhesme desde el dia mismo de su llegada á Barcelona: las instrucciones que recibia del gobierno prescribiéndole la guarda de los fuertes, le recomendaban tan imperiosamente la armonía con los franceses, que no era fácil conocer si seria aprobada una colision, aun sin provocarla nuestras tropas (1). El general Duhesme, á su vez, aguijoneado por el ejemplo de Darmagnac en Pamplona y por las comunicaciones que recibia de París, viendo que eran inútiles sus reclamaciones para compartir con el capitan general el mando de los fuertes, y receloso de la mision reservada de Osma, se decidió á usar de la misma astucia que su colega y, cuando no bastara, á valerse de las amenazas y aun de la fuerza (2).

(1) «Mientras que se dé lugar á explicaciones escritas ó verbales, »decia en oficio del 20, viva V. A. seguro de que no me desviaré de »sus instrucciones siempre que se intente tomar el mando de algun »punto ú objeto, sea el que fuere; pero si lo intentase con sus fuer»zas, ¿deberé resistir con las armas? Este es mi único cuidado.... »todo esto, (hablando del corto número de tropas españolas) impor»taria menos, pues llegaría nuestra defensa á donde llegasen nues»tras vidas.» (*Compendio de las providencias, etc.*)

(2) Segun Vacani, el general francés recibió la órden terminante *di tosto stabilirsi*, son sus palabras, *per qual si fosse via nel possedimento dei forti.* «Duhesme dice en sus *Memorias* que un ayudante »de campo del ministro de la Guerra le llevó una carta en que se »le manifestaba que el Emperador le suponia en posesion de la Ciu»dadela y de los fuertes.» «Es necesario, añade en una nota, llamar »aquí la atencion sobre el maquiavelismo del gabinete de Saint-Cloud: »no se habian querido dar las órdenes para una empresa de tal im»portancia, y sin embargo, se suponia ejecutada. El ayudante de »campo, portador de aquella carta, se negó á explicar la intencion »del gobierno francés.»

El dia 29 de febrero, al tiempo mismo que se hacia asomar á las puertas de la plaza la division Chabran, que hasta entonces habia ocupado á Mataró y pueblos circunvecinos, la de Lechi se presentó en la esplanada del glacis de la Ciudadela (1). Si el pretexto de aquella formacion era el de revistar las tropas que se decia iban al dia siguiente á emprender su marcha para Cádiz; si fué el de que se ocupasen en las evoluciones que casi todos los dias ejecutaban en aquel sitio; ó, por fin, si, como decia el capitan general en su parte, se verificó la formacion por razon de la parada diaria, es cosa verdaderamente inaveriguada. La última de estas versiones es, sin embargo, la mas probable, porque no de otro modo se comprende el abandono en que se encontraba la Ciudadela de toda precaucion militar, pues que la mayor parte de la guarnicion, la franca de servicio, habia salido de la fortaleza.

Ejecutadas algunas evoluciones, Lechi revistó las tropas con tal atencion y minuciosidad, que parecian efectivamente deber alejar toda sospecha de que pudiera fijarse el general en otro pensamiento que el de la policía de sus soldados. De pronto y precedido de un oficial de Estado Mayor, á quien habia encargado anunciase su visita al gobernador de la Ciudadela, se dirige al interior de esta recorriendo precipi-

(1) En cuanto á la fecha se hallan discordes varios de los historiadores de aquellos sucesos. Toreno, el mismo Duhesme y otros, suponen que la toma de la Ciudadela fué el 28; pero la circunstancia de celebrarse en aquellos dias el carnaval quita lugar á toda duda. El padre Ferrer en su *Barcelona cautiva*, hace notar que era lunes de Carnaval, y en aquel año cayó tal dia en el 29 de febrero. El parte de Ezpeleta confirma esta fecha del 29.

tadamente el camino y puente que separan el cuerpo principal de la fortaleza de sus obras exteriores. Detiénese unos momentos en el levadizo, como para dar algunas instrucciones al jefe de la guardia francesa, y con el objeto verdadero de dar tiempo á que las primeras compañías del batallon de Vélites, que apoyaba su cabeza en el rastrillo, penetren hasta el puente mismo, como efectivamente lo verificaron atropellando al primer centinela, cuyas voces no permitian oir las cajas de ambas guardias al hacer los honores al general. Entra este, por fin, en la plaza, escoltado de los vélites y de otros cuerpos que habian seguido su movimiento, y al mismo tiempo que los hace formar en ella ante el gobernador, que absorto y confuso no encuentra otra resolucion que la de entregar su espada al invasor, dirige destacamentos á las principales obras y á las avenidas todas de la fortaleza.

Los oficiales y soldados de la guarnicion, que se hallaban en Barcelona, tan pronto como supieron aquel atentado, trataron de reunirse á sus camaradas, que al entrar Lechi habian formado tambien en la plaza; pero, detenidos á la puerta, no pudieron penetrar hasta el anochecer, en que los franceses tenian ya tomadas toda clase de precauciones. Los españoles permanecieron frente á frente de los intrusos, en actitud que á cada momento hacia temer una colision, hasta que por la tarde recibieron la órden de abandonar la Ciudadela.

Al mismo tiempo marchaban hácia el castillo de Monjuich 800 hombres dirigidos por el general Milossevitz que llevaba la mision de penetrar en él

y aun de encargarse de su mando y custodia. Gobernaba la fortaleza, aunque interinamente, el brigadier don Mariano Alvarez, hombre cuyas cualidades militares le habian de proporcionar en otro teatro fama imperecedera. A la aproximacion de los franceses hizo cerrar la puerta y situó las pocas tropas que tenia á sus órdenes en actitud de defensa y, cuando el general Milossevitz le intimó bajara el puente levadizo y le facilitase la entrada en el castillo, se negó rotundamente á ello, mientras no le llevara una órden categórica y auténtica. Duhesme, al conocer esta resolucion, aumentó el número de las tropas de su subordinado y amenazó con un ataque á viva fuerza, para lo que hizo allegar cuerdas y escalas; pero, viendo inquebrantable al gobernador, acudió al capitan general, quien, segun dice en su parte, le hizo dueño del fuerte «para evitar la conmo»cion popular y por no tener el castillo provisiones »de boca ni de guerra.»

Entrega de la plaza de San Sebastian.

Despues de apoderado Duhesme de todos los puntos fuertes de la plaza de Barcelona, aun pedia al general Ezpeleta tomase las providencias oportunas para mantener la tranquilidad en el país, diciendo que el haber ocupado sus tropas la Ciudadela, «era una ma»yor razon para vivir en buena armonía.»

Por aquellos mismos dias mediaban comunicaciones entre los generales franceses y las autoridades españolas para la entrega, que así puede llamarse, de la plaza de San Sebastian. Mandaba en Guipuzcoa el duque de Mahon, recientemente llegado de la córte, cuando en 1.° de marzo se vió ya en la triste necesidad de consultar al gobierno qué línea de conducta habia



de seguir, pues el cónsul español en Bayona le advertia de que en conversacion privada le habia insinuado el príncipe Murat «la conveniencia de que las tropas »francesas ocupasen la plaza de San Sebastian con sus »fuertes, para guardar las espaldas á los ejércitos »franceses.» Entretanto Crillon, animado tambien por Laburia que le excitaba á no entregar la plaza, contestó á las intimaciones que, primero el general Monthion y despues el mismo Murat le hicieron para que la pusiese en sus manos, que resistiria hasta que llegaran las órdenes que muy pronto esperaba de Madrid. Y resistió hasta el 5 de marzo en que llegó á sus manos la lacónica, pero expresiva real órden siguiente. «Entregue V. E. la plaza, pues está indefensa, »pero amigablemente, segun han hecho los demás en »donde habia menos razon de disculpa.» Solo ante resolucion tan terminante cedió el noble descendiente del conquistador de Mahon; y falta Mr. Thiers á la exactitud que se debe un historiador de su mérito, al decir que lo hizo el duque á condicion de que Murat le restituiria la plaza si su condescendencia no era aprobada en Madrid.

La razon expuesta para obtener la ocupacion de las plazas fronterizas, por especiosa que fuese, iba todo lo francamente revelada que era de esperar del carácter del gran duque de Berg. Así que era de presumir no se detuviese en el camino emprendido hasta apoderarse de todas las que pudieran oponérsele en el que ya tenia órden de seguir en direccion de la córte de España.

Entrega del castillo de Pancorbo.

Existia en el desfiladero de Pancorbo, paso entonces preciso en la carretera general de Francia para la

entrada en Castilla, una fortaleza de no insignificante importancia por su objeto militar y por sus obras de defensa. Aleccionado el gobierno español con los reveses sufridos por nuestras armas en las campañas de 1794 y 1795, habia designado una comision de generales, entre los que se contaba á don Tomás de Morla y á don Gonzalo O'Farril, para que, estudiando el sistema militar de la frontera con Francia, propusiese el aumento necesario de obras hasta dejarla en estado completo de defensa. La comision, despues de demostrar la conveniencia de levantar una gran plaza entre Irun y Oyarzun para cubrir el puerto de Pasajes é interceptar al mismo tiempo la línea general de invasion, habia propuesto, para el caso de que su proyecto apareciera demasiado extenso ó caro, la construcciou de un castillo que impidiese el tránsito por el desfiladero de Pancorbo. Exhaustas las cajas del tesoro, el gobierno optó por el proyecto mas económico, y el castillo de Santa Engracia vió alzarse sus antiguos muros, mas robustos y en líneas mas propias para la resistencia que las anteriores, borradas casi del todo en la encumbrada cima de los montes Obarenes.

Era, pues, necesaria á los franceses la ocupacion de un fuerte tan bien situado; así que el 10 de marzo un capitan de infantería francesa del cuerpo de Moncey, intimó al comisario de Real Hacienda, encargado de los almacenes de artillería, la órden que habia recibido de su jefe, el general Morlot, para encargarse de las llaves y de la custodia del fuerte. El comisario, apremiado por el francés y convencido de que era inútil la resistencia, no contando mas que con unos

cuantos soldados españoles mandados por un subalterno, verificó la entrega del castillo (1).

Con la ocupacion de Pamplona, San Sebastian y Pancorbo quedaba á las tropas francesas completamente expedito el camino del interior por los Pirineos occidentales, pudiendo dirigirse á Madrid tranquilas respecto á sus comunicaciones con Francia. No sucedia otro tanto en Cataluña, donde á espaldas de Barcelona permanecian en poder de los españoles las importantes plazas de Rosas, Figueras, Hostalrich y Gerona. Rosas y Hostalrich no interceptaban el camino que habian seguido los franceses, y á su paso por Gerona no habian estos dado importancia á una plaza que encontraban en estado de tal abandono como observaron que se hallaba la que tanta sangre habia de costarles despues. No formó Duhesme el mismo concepto del castillo de San Fernando de Figueras que, aunque no habia ofrecido hasta entonces resistencia en ocasion alguna, podia, por lo vasto de su recinto, lo robusto de sus murallas y lo bien entendido de sus obras de fortificacion, servir de obstáculo poderoso á la entrada de otras tropas y al re-

Ocupacion del castillo de Figueras.

(1) Es muy extraño que ningun historiador haya hecho mencion de este acontecimiento. La resolucion del príncipe de la Paz estaba concebida en estos desconsoladores términos: «Nada puede desaprobarse despues de sucedido el caso: pero aunque falten medios para resistir la violencia quedan los recursos de la protesta para cubrir la opinion y el honor de las armas.» (*Compendio de las providencias, etc.*)

Este manuscrito, cuyo título estampamos completo al referirnos á él por primera vez, es el redactado para la causa que empezó á formarse al príncipe de la Paz despues de su arresto en Aranjuez. Termina con la fecha de 17 de abril de 1808, tres dias antes de la excarcelacion del valido y del de su salida para Bayona.

greso de las suyas, si se veia en la triste necesidad, nada improbable, de retroceder.

A su paso por Figueras habia dejado en la ciudad alguna fuerza que, al saber la ocupacion de los fuertes de Barcelona, intentó la del castillo que tenia á su inmediacion; pero vigilante el gobernador habia sabido frustrar las estratagemas de que quisieron valerse los franceses. A la vigilancia no correspondia, sin embargo, la energía del gobernador, y, ya que no con ardides, logró el comandante francés con ame nazas introducir en la fortaleza 200 soldados con apariencias de conscriptos, quienes, sostenidos por otros que á su sombra obtuvieron tambien ingreso, se enseñorearon del castillo el 18 de marzo despidiendo la guarnicion española.

«He aquí, dice el conde de Toreno, el modo insi»dioso con que en medio de la paz y de una estrecha »alianza se privó á España de sus plazas mas impor»tantes; perfidia atroz, deshonrosa artería en guer»reros envejecidos en la gloriosa profesion de las ar»mas, agena é indigna de una nacion grande y beli»cosa. Cuando leemos en la juiciosa historia de Colo»ma el ingenioso ardid con que Fernando Tello »Portocarrero sorprendió á Amiens, notamos en la »atrevida empresa agudeza en concebirla, bizarría en »ejecutarla, y loable moderacion al alcanzar el triun»fo. La toma de aquella plaza, llave entonces de la »frontera de Francia del lado de la Picardía, y cuya »sorpresa, segun nos dice Sully, oprimió de dolor á »Enrique IV, era legítima; guerra encarnizada andaba »entre ambas naciones, y era lícito al valor y á la »astucia buscar laureles que no se habian de manci-

»llar con el quebrantamiento de la buena fé y de la »lealtad. El bastardo proceder de los generales fran»ceses no solo era escandaloso por el tiempo y por el »modo, sino que tambien era tanto menos disculpa»ble cuanto era menos necesario. Dueño el gobierno »francés de la débil voluntad del de Madrid, le hu»biera bastado una mera insinuacion, sin acudir á la »amenaza, para conseguir del obsequioso y sumiso »aliado la entrega de todas las plazas, como lo orde»nó con la de San Sebastian (1).»

---

(1) La sorpresa de Amiens en 1597 tuvo lugar del modo siguiente segun la relata el mencionado Coloma.

Ideada la estratagema, 200 españoles y 100 walones se establecieron durante la noche junto á una ermita próxima á la ciudad, mientras la tropa de Portocarrero lo hacia en otra ermita, la de la Magdalena, algo mas distante. Al amanecer la guardia de la puerta de *Montreuil* hizo su descubierta con un descuido sumamente favorable á los expedicionarios, y muy pronto, serian las siete, empezaron á entrar en la plaza los aldeanos de las cercanías que acostumbraban á vender en ella comestibles. Entre ellos iban confundidos algunos españoles y walones, casi todos oficiales, vestidos miserablemente y al uso del país, y pocos pasos detrás rodaba un carro cargado de nueces y manzanas, al que precedian el sargento Francisco del Arco, conocido despues por *el capitan de las nueces*, y un walon que llevaba de mano el primero de los tres caballos que tiraban del carro. Arco se adelantó un poco y, en union con algunos de los que entraban delante, se acercó al fuego que ardia en el cuerpo de guardia, para restaurar sus fuerzas, casi apagadas con el intenso frio de la mañana. Travóse conversacion entre los recien llegados y los de la guardia sobre las circunstancias del momento, que los walones llevaban muy estudiadas y de que trataron con tanta naturalidad que los franceses despreciaron el aviso de una anciana que les dijo haber visto la noche anterior soldados sospechosos en las inmediaciones de Amiens. Entretanto avanzaba el carro y, viéndolo ya cerca del rastrillo el sargento del Arco, se disponia á dar la señal convenida, que era la de un disparo de pistola, cuando, acercándosele uno de la guardia, le preguntó de donde era, y respondiendo nuestro sargento «de aquí,» dió la señal tendiendo muerto á sus pies al interpelador. Inmediatamente los demás españoles se lanzan al armero y se apoderan del puesto; pero no tan de repente que el centinela que vigilaba la puerta desde lo alto del muro no tuviese tiempo para soltar las cuerdas del rastrillo que, por fortuna, no pudo cerrarse del todo

Un paso mas á Zaragoza y el ejército francés aparecia sólidamente establecido en España para todo aquel que guiándose por los principios generales del arte militar olvidara la historia de este país. Duhesme con su cuerpo de ejército ocupando á Figueras y Barcelona en el camino de los Pirineos orientales, además de imponer al país, inutilizaba los recursos y fuerzas considerables que el antiguo Principado pudiera prestar para la defensa del resto de la Península, y tendria en jaque á parte de las tropas que, á la mision de defender las varias plazas que aun quedaban en poder nuestro, añadirian la de hostilizarle, si se declaraba la guerra. A herir la monarquía en su centro político y administrativo marchaban los cuerpos de Dupont y de Moncey, quienes con la ocupacion de San Sebastian y Pancorbo habian dejado franco y expedito el camino á la córte, amenazada ya con las divisiones dirigidas á Segovia y Aranda; observando además las provincias del N. O. de España, y ligándose con el ejército de Junot, establecido ya sólidamente en Portugal. La única plaza situada en el flanco de aquel camino y que, por lo eminente y áspero del territorio qne la rodea, pudiera ser una amenaza cons- Consecuencias de la ocupacion de las plazas.

---

por haber encontrado en su caida el carro de nuecos, tan mañosa y oportunamente detenido debajo de él. Costó todavía facilitar el paso que, cada vez con mas insistencia, trataba de impedir el centinela, hasta que fué herido por los españoles y walones que habian quedado dentro. Acudiendo entonces los de la ermita con la velocidad que es de suponer, lograron ocupar una parte del muro y sorprender á tal punto la guarnicion francesa de la plaza, que toda huyó por otra puerta, la de *Beauvais*, con su gobernador el conde de Saint-Paul, abondonando á Amiens á sus hábiles é intrépidos enemigos. Las relaciones de Villalobos, Benavides y de Carnero, difieren un poco en la forma, mas no en lo esencial de esta estratagema.

tante para las comunicaciones de aquellos cuerpos con Francia, Pamplona, habia caido la primera en poder de las tropas imperiales, que se iban acumulando en ella con un objeto que no podia ser otro que el de avanzar á Tudela y Zaragoza. Un paso mas, repetimos, y los ejércitos franceses establecian una grande y sólida base de operaciones en el Ebro, un dominio absoluto en todo el territorio de la orilla izquierda de este rio, y podian marchar libremente y sin temor alguno á Madrid, objetivo ya ostensible de sus operaciones.

Habíanse salvado, efectivamente, las grandes barreras que la naturaleza y el arte parecian oponer á una invasion á viva fuerza. La cordillera pirenáica y los rios que en 1794 habian detenido un año entero á Moncey, obligándole á permanecer un invierno en la orilla derecha del Deva, los habiac ruzado ahora este mismo general en dos ó tres jornadas; y ni el Ebro ni los desfiladeros próximos habian sido obstáculo á su marcha. En Cataluña, el Fluviá y el Ter, que en las anteriores campañas habian sido una barrera insuperable á los ejércitos republicanos, habian dado paso franco á los imperiales que España recibia sin recelo ni temor, hasta con alegría. Apoderados de los puntos fuertes que les parecieron mas importantes y pudiendo seguir libremente las dos únicas líneas de operaciones que en sus dos extremos consiente la áspera cordillera de los Pirineos, los soldados de la Francia sin disparar un tiro, sin promover una excision ni casi una sospecha, habian realizado una invasion que, de otro modo, pudiera haberles costado mucho tiempo y mucha sangre.

Si el plan aparecia hábilmente imaginado, la ejecucion no podia haber sido mas feliz ni el éxito mas completo, á no haber descuidado la ocupacion de Gerona y de Zaragoza. En tal caso cualquier suceso contrario en el centro de la monarquía española, no hubiera podido influir de una manera decisiva en el total de las operaciones ni en la ocupacion de las provincias de la izquierda del Ebro.

Murat.

Para la ejecucion de plan tan vasto y que exijia prudencia consumada en todos los agentes encargados de llevarlo á cabo, era precisa absolutamente la unidad de mando en el teatro mismo de la accion. Así debió comprenderlo el Emperador; pues el 20 de febrero, y por el intermedio del ministro de la Guerra, se dió la órden para marchar inmediatamente á Bayona al mariscal Murat, gran duque de Berg, príncipe de la familia imperial, y á quien Napoleon destinaba un trono de los que con tanta frecuencia solia declarar vacantes. La eleccion parecia excelente tomando en cuenta los proyectos del Emperador, pues para fortificar en nuestros reyes el pensamiento de huir al otro lado del Atlántico, nada mas propio y conducente que el de enviar á España al que, por sus condiciones militares y de familia, se considerase capaz de ocupar el trono y cubrirse con la corona que intentaban abandonar. Por otra parte las instrucciones que traia, exageradas naturalmente por quien, ignorando los fines verdaderos á que debian de conducir, toda vez que no se le habia impuesto en el secreto de los planes de su cuñado y señor, se creia enviado á reinar en país tan importante, eran de índole tal, que, no mediando obstáculo alguno extraor-

Instrucciones que traia.

dinario, habian de producir un pronto y seguro resultado.

Si hemos de creer á Thiers, y en esto se halla su aserto conforme con los demás datos referentes á este objeto, las instrucciones dadas á Murat consistian; en que tomara el mando general de todas las tropas que hubiesen penetrado y penetrasen mas adelante en España; en que establecido su cuartel general en el de Moncey avanzase hacia Madrid por Aranda y Somosierra, dirigiendo al mismo tiempo el cuerpo de Dupont á Segovia y el Escorial, para hacerse dueño de los dos pasos principales de la sierra de Guadarrama; bien provisto de víveres para quince dias, con seiscientas mil raciones de galleta que se fabricarian en Bayona, esperar nuevas órdenes sin emprender movimiento alguno ulterior; ocupar inmediatamente la ciudadela de Pamplona, los fuertes de Barcelona y la plaza de San Sebastian, dando por razon á los jefes españoles la regla comun en la guerra de asegurar las comunicaciones á retaguardia cuando se marcha aun en país aliado; llevar las tropas reunidas como se solia hacer á la proximidad del enemigo; pagarlas bien para quitar todo pretexto de indisciplina; no mantener comunicaciones con la córte de España; no responder á ninguna carta del príncipe de la Paz ó contestar que los soldados franceses entraban para un objeto ventajoso á las dos naciones, pero que solo Napoleon sabia; pronunciar vagamente los nombres de Cádiz y Gibraltar; anunciar á las provincias Vascas que sucediera lo que quisiese, serian respetados sus fueros; publicar una órden recomendando á las tropas la mayor disciplina, las relaciones mas fraternales con el generoso

pueblo español, amigo y aliado del francés; y, no invocando en todas estas protestas de amistad otro nombre que el del pueblo, no pronunciar una sola palabra que pudiera referirse al rey Cárlos IV ni á su gobierno.

Murat al llegar el 26 á Bayona no encontró preparado nada para su entrada en España. Los generales Belliard y Lariboissière, jefe de Estado Mayor el primero y encargado el segundo del mando de la artillería, no habian podido seguirle inmediátamente; y las piezas, municiones, útiles, fuegos artificiales, trasportes y fondos que Napoleon habia mandado allegar en aquella plaza fronteriza estaban todavía en camino y no próximos. Tuvo, pues, el gran duque que permanecer allí hasta el dia 10 de marzo en que cruzó el Bidasoa, anhelante por pisar el territorio que se creia llamado á gobernar, aun cuando nada se le hubiera dicho que confirmase tan risueñas é ilusorias aspiraciones. Las poblaciones del tránsito recibieron á Murat con la mayor cordialidad y posible agasajo, saliendo á su encuentro y victoreándole como á un libertador. Disponia en su favor, además de la mision que se le atribuia de derrocar al valido de Cárlos IV, su figura arrogante, sus maneras marciales y la franqueza de su trato, dirigido por su parte á procurarse simpatías y captarse voluntades entre los españoles. Siguiendo fielmente las instrucciones del Emperador, nada dejó de hacer que en ellas se le hubiese prescrito; mantuvo una disciplina rigurosa en las tropas de su séquito; fué por todas partes halagando el espíritu levantado de nuestros compatriotas; dejó sin respuesta las cartas que Godoy le escribia con el objeto de

Su entrada en España.

descubrir sus pensamientos y en ellos los de Napoleon; y observó la reserva que se le habia encargado en su lenguaje acerca de los reyes y de su gobierno. Pero todo esto, que hacia en cumplimiento y obediencia de las órdenes recibidas como general, le mortificaba sobremanera como persona cuyas relaciones con el Emperador creia le hacian merecedor de que se le confiasen los planes y proyectos que se hubiesen formado sobre la suerte futura de España, donde casi le avergonzaba el papel de mero ejecutor sin iniciativa alguna y sin facultades para obrar en casos que de un momento á otro podrian sobrevenir y en los que no sabria qué línea de conducta seguir ni qué resoluciones adoptar. Recurrió, pues, á Napoleon en queja del papel que se le hacia representar y, extendiéndose despues en describir la situacion que en España habian creado los desaciertos de la córte y la entrada de las tropas francesas, presentaba como muy fáciles la caida de Godoy, y aun la de la dinastía Borbónica. La respuesta de Napoleon se redujo, sin embargo, á pocas palabras que, dejando á su Teniente en las mismas dudas y perplejidades, le produjeron el disgusto y causaron, quizás, los desaciertos de que en gran parte dependió el éxito infeliz de la empresa que tan fácil suponia el Emperador. «Cuando yo os mando, decia, que obreis militarmente, que lleveis »vuestras divisiones bien reunidas y á distancia con»veniente para combatir, tenerlas abundantemente »provistas para que no cometan desórdenes, evitar »toda colision, no tomar parte alguna en los asuntos »que dividen á la córte de España, y remitirme las »preguntas que se os puedan hacer de su parte, ¿acaso

»no os doy instrucciones? Lo demás no os incumbe, »y si nada os digo, es porque no debeis saber nada.»

Aun le añadió instrucciones á las militares que le habia dado anteriormente por conducto del ministro de la Guerra, y tan circunstanciadas y abrazando tantos detalles, que poco ó nada le dejó que ordenar por su parte. Los cuerpos que habian entrado en España recibieron el aumento de oficiales y tropa que se consideró en París necesario; nuevas divisiones vinieron para crear el cuerpo de ejército de los Pirineos occidentales, cuyo mando se confió al mariscal Bessieres, duque de Istria; y hasta se prescribió la época en que deberia hacerse campar á las tropas, el sistema de hospitales, las posiciones que debieran tomar los refuerzos en la línea de comunicacion de los ejércitos que los precedian, y hasta la manera de proveerse de lo necesrrio para su manutencion. Por fin se instruyó á Murat de cómo habia de ejecutar la marcha sobre Madrid, del dia en que deberia avistar la capital y la manera de entrar á viva fuerza si no lograba hacerlo por la persuasion. Al mismo tiempo se prescribió al embajador francés en Madrid que guardase la neutralidad mas absoluta entre los partidos; sin demostrar interés ni por el de Godoy ni por el del príncipe de Asturias, indicando, sin embargo, que Napoleon estaba muy descontento, mas sin decir por qué; y por fin, que si se le preguntaba acerca de la marcha de las tropas francesas, contestase que se dirigian á Gibraltar y Cádiz, donde era necesario reconcentrarlas para rechazar á los ingleses. No esperó, á pesar de esto, Napoleon á que se instase á Mr. de Beauharnais sobre el objeto que podian llevar las tropas de

Dupont y de Moncey al hacer el movimiento de flanco sobre Segovia y Aranda, sino que, al mismo tiempo que ordenaba á Murat la marcha sobre Madrid, dispuso se pasara al gobierno español una nota advirtiéndole que dos divisiones francesas, que en su totalidad compondrian unos 50,000 hombres y que iban á emprender su marcha á Cádiz, tendrian que detenerse algun tiempo en Madrid, esperando se diesen las órdenes convenientes *para su recepcion y, sobre todo, para que se asegurasen los sucesos.*

Dejemos ahora al gran duque de Berg exhibiendo su persona en las poblaciones que atravesaba con el ejército y procurándose adeptos entre los vascongados y castellanos que salian á su paso á admirar tambien el lujo, marcialidad y extraño aspecto de los mamelucos, polacos y demás soldados de la Guardia Imperial, y traslademonos á la córte de España donde reinaban la mayor ansiedad y confusion.

CAPITULO IV.

Alarma en la córte.—Proyecto de un nuevo convenio.—Godoy aconseja la fuga.—Oposicion del rey.—Cede al fin.—Preparativos militares.—La guarnicion de Madrid sale para Aranjuez.—Disgusto en el pueblo.—Motin de Aranjuez.—Es asaltada la casa de Godoy.—Abatimiento de los reyes.—Destitucion de Godoy.—Síntomas de nuevas exigencias populares.—Se presenta Godoy.—Le salva don Fernando.—Abdicacion de Cárlos IV.

Alarma en la córte.

Nada mas desconsolador que el espectáculo que ofrecia la córte de España desde la entrada de los cuerpos de Dupont y de Moncey y, sobre todo, desde la pérdida de nuestras plazas fronterizas; acontecimientos ambos, que la hacian prever un cambio adverso en su ya no risueña y venturosa suerte.

El príncipe de la Paz, de los mas interesados en el desenlace de aquellos que se presentaban como tan misteriosos procedimientos *de su gran protector*, y contando con medios que ningun otro tenia á su disposicion para poderlos interpretar con probabilidad de

acierto, fué el primero en comprender toda ó casi toda la gravedad que encerraban. No le daban poca luz para descubrir en parte los intentos de Napoleon, la reina de Etruria que acababa de llegar y, sobre todo, su agente en París, don Rafael Izquierdo, quien por aquellos dias se le presentó con instrucciones verbales del mismo Emperador, que, aun cuando dirigidas á extraviarle y confundirle con nuevas proposiciones y diferentes proyectos de los consignados y revelados en el convenio, todavía secreto, de Fontainebleau, dejaban traslucir la mala fé del héroe corso, su ambicion insaciable y su cinismo.

Proyecto de un nuevo convenio.

Olvidando á la infeliz reina de Etruria desposeida de sus estados, y olvidando tambien que se habia comprometido á dar una corona al príncipe de la Paz, ofrecia el Emperador al rey de España todo el territorio peninsular de la monarquía portuguesa. Este á su vez habia de cederle todo el que comprende la orillá izquierda del Ebro y provincias limítrofes con Francia, abrir las Américas españolas al comercio francés y hacer con el Imperio un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Además, las noticias particulares que traia Izquierdo acerca de la fisonomía que presentaban las relaciones con el Emperador, hicieron comprender á Godoy, que, lo mismo que el tratado de Fontainebleau, el nuevo que se proyectaba, solo iba encaminado á desorientarle del objeto principal que aquel se proponia, el de derrocarle del poder y á su amo y señor del trono de España.

Godoy aconseja la fuga.

Iba, pues, la trama surtiendo el efecto apetecido por Napoleon, el de atemorizar á la córte y precipitarla en determinaciones que por el carácter del favo-

rito y el de nuestros reyes vendrian á resumirse en la de la fuga al otro lado de los mares. Celebróse, con efecto, un consejo de ministros para tratar de poner un dique al torrente desbordado que amenazaba á la monarquía, consejo en que, si hemos de dar fé á sus *Memorias*, el príncipe de la Paz emitió la idea de pedir á Napoleon hiciese suspender la marcha de las tropas francesas y ordenase su regreso á Francia, y la de defenderse con las armas en caso de negativa, apelando á la nacion y al favor de Dios. Era el consejo muy enérgico y conducia á resolucion muy violenta para que se aceptase en una reunion de personas animadas de sentimientos encontrados, y en las que dominaba la idea de que los franceses venian á derrocar á aquel que, por conservarse en el poder, apelaba al triste recurso de abismar el país en una guerra con todas las probabilidades de funesta y desastrosa. El mismo rey, tan condescendiente siempre con el favorito, rebatió su opinion y, fundándose en las protestas de afecto que recibia constantemente del Emperador, de las que tenia muestra reciente con el envio de dos soberbios tiros de caballos acompañados de una carta en que solo le reprochaba el no insistir en la boda proyectada del Príncipe con una sobrina del César, decidió esperar á que nuevos pasos de su aliado le dieran á conocer sus verdaderos y, hasta entonces, recónditos pensamientos. Oposicion del Rey.

Sin embargo de esto, no habia pasado mucho tiempo cuando arrastrado por los consejos de Godoy, que cada dia encontraba mas inminente el peligro, se decidió á emprender su marcha á Andalucía, para desde allí, en vista de las resoluciones de Napoleon, Cede al fin.

embarcarse en busca de un refugio seguro, ó resistir con las armas.

Preparativos militares.

Con anterioridad al consejo celebrado, y desde el momento en que las tropas de Dupont y de Moncey significaron su marcha hácia Madrid, habia el príncipe de la Paz dispuesto la concentracion en Extremadura de todas las tropas que mandaba el marqués del Socorro, la retirada á Galicia de las que habian entrado en Portugal con el general Taranco, y la formacion en Talavera de un campo desde el que se observara al ejército francés y aun se protegiese á la córte. La suspicacia de Junot exigia una reserva y un disimulo muy difíciles en la ejecucion de las órdenes expedidas, porque las vacilaciones del generalísimo español al tomar una determinacion tan grave no podian menos de traducirse en movimientos que llamarian la atencion del general francés, le harian entrar en sospechas y le provocarian á providencias contrarias.

Socorro podia retirar sus tropas del Alentejo y, mas fácilmente aun, las que habia dirigido á la ocupacion del Algarve; las de Taranco lograrian tambien obtener autorizacion para retirarse á Galicia pretextando la necesidad de atender á la defensa de la costa y especialmente á la del Ferrol; pero no era facil sin excitar sospechas, arrancar á la autoridad y de la inmediacion de Junot la division Carrafa, considerada como una parte componente de su ejército, y cuyos cuerpos se hallaban en parte mezclados con los franceses. Para llevar á cabo proyecto tan importante, como era el de retirar de Portugal número tan considerable de tropas en ocasion como aquella, el prínci-

pe de la Paz, no solo trasmitió las órdenes oportunas á Solano y Carrafa, sino que comisionó á veces oficiales de su confianza que, haciendo ver á estos generales la situacion en que se encontraba el gobierno, les inspirasen la urgencia y el sigilo con que era necesario ejecutar aquellas cumplidamente. El primer pensamiento de Godoy se reducia á que sus delegados en Portugal «procurasen la separacion de nuestra »tropa, evitando el que fuese encerrada y rodeada;» pero al dia siguiente (17 de febrero) de dictar esta prevencion, disponia el generalísimo la retirada de las tropas de Socorro á Extremadura y costa de Andalucía, y pocos dias despues comisionó á don José Ruiz de Liory para decir de palabra á Carrafa, «que »mandase retirar á Galicia la division Taranco, y so»licitase de Junot la vuelta de la suya á Extremadura.» Se manifestaba en estas disposiciones el temor que naturalmente habian de infundir los cuerpos de Dupont y de Moncey al aproximarse á la córte; pero no revelaban proyecto alguno de fuga ni dejaban presumir mas que el intento de prepararse en un caso á la defensa, para la que eran indispensables las tropas que componian el ejército de Portugal.

Socorro se retiró efectivamente sin obstáculo y situó sus tropas, parte en Badajoz y cantones inmediatos, y el resto, compuesto de los Guardias Wallonas, los regimientos de Ordenes, Burgos y Campo-Mayor, y algunos destacamentos de zapadores y artillería, entre Ayamonte y Huelva. Solo habia dejado en Portugal 221 enfermos y los regimientos de Valencia y Murcia con alguna artillería que, como ellos, formando parte de la division Carrafa, habian penetrado con él

al principiar la campaña. Habíanse empleado en aquel movimiento la mayor celeridad y el órden mas conveniente; así que en marzo quedaba evacuado todo el Sur de Portugal, que fueron despues ocupando paulatinamente las tropas francesas, destacadas de Lisboa á las órdenes del general Kellerman.

Ya habia muerto el general Taranco acometido de un cólico violento en la noche del 26 de enero, acompañándole á la tumba el sentimiento del ejército y de todos los habitantes de O'Porto, cuyas autoridades populares, segun ya hemos dicho en el capítulo II, hicieron llegar hasta el gobierno español la expresion de su gratitud y de su afecto hácia el noble general que en cuatro meses de mando en la provincia no habia hecho derramar una sola lágrima, gobernándola con la mayor moderacion y desinterés (1). Encargado el general Carrafa del mando de las dos divisiones acantonadas en la derecha del Tajo, logró arrancar de Junot la autorizacion para que las tropas

---

(1) El municipio de O'Porto dirigiéndose al general Belestá, segundo de Taranco en el mando de la division, se expresaba así:

«Ilmo. y Excmo. Sr.: acabamos de asistir á las honras funerales »del Ilmo. y Excmo. Sr. don Francisco Taranco, y V. E. y todo el »ejército de S. M. Católica son testigos de que sus restos han sido »conducidos al sepulcro entre el lamento general y las lágrimas de »los habitantes de esta ciudad. Este es, Excmo. señor, el privilegio »esclusivo de la virtud y de la gloria, que jamás se consigue por otro »medio que no sea el del amor y beneficencia por los hombres. Po»demos asegurar á V. E. que en lo interior de cada una de las fami»lias de esta ciudad se han hecho exéquias de llanto y dolor al señor »general Taranco, y que durará para siempre en ellas el respeto de»bido á su memoria. Esta demostracion tan extraordinaria como bien »merecida por el señor Taranco, en pago de haber tratado á los de »O'Porto como á hijos, es acreedora á llegar á los pies de S. M. Ca»tólica, para que le sirva de satisfaccion lo acertado de su eleccion, »y la honra del vasallo que acaba de perder. Así que en nombre del

de Taranco volviesen á Galicia, pero con la circunstancia precisa de que no emprendiesen la marcha hasta el 25 de marzo, época en que el general francés creia podrian ir fuerzas de su nacion á relevarlas.

Carrafa deseaba tambien desentenderse de la autoridad del que desde 1.° de febrero reunia las atribuciones todas y llevaba el título de *gobernador general de Portugal*; pero, aun procurando por todos los medios imaginables seguir las instrucciones reservadas de Godoy, no pudo alcanzar la órden que con tanto empeño solicitaba pretextando la falta de forrajes y la necesidad de acudir á las costas españolas, amenazadas por los ingleses de un desembarco inmediato.

Mientras nuestros reyes no se resolvieron á partir para Andalucía, revelábase en las disposiciones del gobierno la idea de resistir. En 26 de febrero se dispuso que toda la caballería perteneciente al ejército de Portugal, y que no habia entrado con Carrafa, se acantonase en Talavera y Toledo; y en 4 de marzo siguiente la division entera del marqués del Socorro recibió la órden de trasladarse á aquellos mismos puntos. Se conoce que en la córte todo era dudas y

»vecindario de esta ciudad, y como representantes suyos, pedimos »á V. E. se sirva elevar á noticia de S. M. Católica este testimonio »de amor y de gratitud á un cadáver de que ya no habia que temer »ni que esperar; y al mismo tiempo tributamos á aquellas respeta»bles cenizas el incienso que se debe á la virtud y que el nombre del »señor general Taranco exije de nuestro reconocimiento.—Sírvase »V. E. condescender con nuestra súplica, seguro del respeto con »que le protestamos nuestra sumision y obediencia.—O'Porto en ca»bildo á 28 de enero de 1808.»

Accursio das Neves en su historia hace un elogio semejante del general Taranco, elogio del que ya hemos traducido algunos rasgos y que no proseguimos por no ser difusos.

vacilaciones; porque á los pocos dias se mandó suspender aquel movimiento, excepto el del batallon de Guardias Españolas y el de la tercera division de Granaderos Provinciales que con toda la artillería debian dirigirse á Castilla la Nueva; y aun despues, el 11, se expidió órden para que no entrara la caballería en esta provincia, mandándola acantonarse en puntos próximos, pero de Extremadura. Mas se presentaban los franceses en actitud amenazadora, y el gran duque de Berg, habiendo entrado en España, no revelaba con su silencio respecto ála familia real nada que la fuese favorable; lo cual daba mucha fuerza á los argumentos del príncipe de la Paz que suponia demasiado grandes todos aquellos preparativos y demasiado tenebrosa aquella conducta para derribar tan solo á su persona. El rey, como antes, daba de nuevo fé á las palabras y consejos del favorito; y penetrado, aunque algo tarde quizás, de la necesidad de huir, habia consentido en trasladar su residencia á Andalucía, para allí decidir si habia ó no de embarcarse. Era de temer que, una vez conocidas sus intenciones, las tropas francesas de Portugal, que ya se dirigian al Algarve, se extendiesen á Sevilla para cortar el camino á la córte, por lo que el dia 13 por conducto de los oficiales don Estanislao Solano y don Jacinto de Irisarri se comunicó órden al marqués del Socorro para que, «haciendo desde luego uso de las fuerzas de su man»do y demás disponibles de infantería, caballería, ar»tillería y zapadores, comprendidas las del general »Carrafa, permaneciese en Extremadura en observa»cion sobre cualesquiera movimientos de las tropas »francesas que intentasen adelantarse hácia Andalu-

»cía, cubriendo el flanco derecho de la carretera que »se encamina á aquella provincia para salirles al en»cuentro é impedir la ejecucion de sus designios si »llegase el caso de ejecutarse la operacion que podria »el general tener algun aviso.»

He aquí revelado oficial, aunque indirectamente, el proyecto de fuga. Mas se conoce que en el gabinete real combatian tendencias opuestas á este paso tan grave, pues al dia siguiente de salir Solano é Irisarri, corria á alcanzarlos un correo portador de un pliego para el mismo marqués del Socorro. Decíasele en él que el general Junot se habia negado á que la division Carrafa abandonase el Portugal; que á consecuencia de tal negativa se habia prevenido á este general que eludiese la entrada de su caballería en aquel reino y enviase á Galicia las tropas que habian constituido la division de Taranco y, noticiándole que los ejércitos de Dupont y de Moncey se encontraban sobre las dos carreteras que conducen á Madrid desde Medina del Campo y desde Burgos, se le mandaba que «tomase el mando de todos los cuerpos que se »hallaban en Extremadura y á toda prisa viniese por »Talavera y Toledo á enlazarse con los cuerpos que »saldrian de Madrid para cubrir el real sitio de Aran»juez.»

Tan urgente se consideraba la necesidad de aquellas tropas, que al final de la órden á que acabamos de referirnos, se decia: «Convendrá que la compañía »de artilleros de á caballo al cargo de don Antonio de »Ibarra se adelante por la mayor facilidad que le pres»ta su constitucion.»

Confiábase, efectivamente, en la fidelidad de las

tropas, y cuando por confesion del mismo Godoy todos se le iban mostrando enemigos, aun aquellos que le debian su elevacion y fortuna, necesitaba rodearse de soldados que hicieran respetar sus determinaciones y aun protegieran su misma persona. Dióse, pues, el 16 la órden para que los Guardias de Corps, los batallones de Reales Guardias Españolas y Wallonas, los escuadrones ligeros de Carabineros Reales, la mayor parte, en fin, de los cuerpos que componian la guarnicion de Madrid, se trasladasen inmediatamente á Aranjuez. La marcha de aquellas tropas y los preparativos que hacian algunas de las personas mas allegadas al príncipe de la Paz, que tambien habia pasado el 13 á aquel sitio real, confirmaron en el pueblo las sospechas que ya habia concebido de que se trataba de llevar la córte á punto mas distante de la accion de las tropas francesas. Y no solo el pueblo pensaba así, sino que las autoridades y aun el Consejo Real participaban de la misma opinion y se manifestaban contrárias á tal proyecto. La idea de que con la córte iba á arrebatárseles el príncipe de Asturias, encendia los ánimos á punto de que aquella corporacion, desobedeciendo la órden que le trasmitiera el coronel don Cárlos Velasco, del Estado Mayor General, para que se publicase un bando asegurando al pueblo que en la marcha de las tropas no habia mas miras que las de pura precaucion, representó al rey las consecuencias fatales que produciria su partida. Queríase ganar tiempo retardando la salida de las tropas que esperaban la publicacion del bando, con el fin de que «se hiciese lugar la reflexion acerca de las resultas »de la partida de los reyes, ó para que á lo menos se

La guarnicion de Madrid sale para Aranjuez.

»pudiese facilitar la evasion del Príncipe, para la cual »se aseguraba haberse tomado medidas ocultas, y era el objeto del deseo general (1).»

Coincidian estas gestiones del Consejo y la manifestacion de los habitantes de Madrid, que en los parajes mas públicos y sin recatarse de los agentes de la autoridad indicaban su desagrado por la marcha del Rey y sus zozobras por la suerte del Príncipe, con el desasosiego que mostraba el vecindario de Aranjuez y pueblos circunvecinos, al que parecian unirse en igual sentimiento las tropas que daban la guarnicion al Sitio. Los reyes y hasta el mismo Godoy comprendieron que aquel movimiento de las masas, aunque respetuosas y suplicantes entonces, podia degenerar en tumulto á la menor excitacion de persona influyente en ellas; así qué, aun valiéndose de subterfugios que les dieran pretexto para determinaciones ulteriores á cuya ejecucion estaban resueltos, idearon calmar la efervescencia popular con la publicacion de un decreto en que se expresaba la idea de desistir de un viaje que «solo la malicia podia haber »hecho suponer como preciso.» A pesar de que en los primeros momentos aquel escrito produjo el efecto deseado y una gran ovacion á los reyes; la ambigüedad con que estaba redactado, la noticia de haber salido de Madrid las tropas, y el rumor de que no cesaban en palacio los preparativos de viaje, haciendo comprender á los habitantes y soldados que se les habia querido tan solo entretener, les hizo romper la noche del 17 en la expresion mas enérgica de sus iras. Motin de Aranjuez.

(1) Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real.

Entre la multitud bullian gentes de la nobleza, aunque disfrazadas con el traje de la plebe, militares de todos los cuerpos de la guarnicion, partidarios tambien entusiastas de la pronta elevacion del príncipe de Asturias, y numerosos agentes del embajador francés, imbuyendo en todos la idea de que sus compatriotas venian á derrocar á Godoy de su poderío y privanza. La inquietud iba creciendo por instantes. A los comarcanos de Aranjuez se unian á cada momento masas de madrileños, que abandonaban la capital, y muchos de los soldados salidos de ella en la noche anterior; grupos de paisanos armados vigilaban los alrededores de palacio; y menudeaban las patrullas de diversos cuerpos dirigidas, regularmente, á un mismo objeto, pero animadas de sentimientos opuestos y de un espíritu diferente. Se esperaba, no obstante, que pasaria la noche sin perturbacion notable, cuando, saliendo de un coche en que se retiraba persona allegada al favorito ó de quien tuviese mision de dar la señal de alarma, sonó un tiro que efectivamente fué la de la mayor turbacion y desórden. Como impulsados por convenio anterior y movidos por un solo sentimiento, el de la venganza, paisanos y soldados, magnates y proletarios, hasta servidores del palacio real, acuden instantáneamente á la casa del privado, arrollan la guardia y, atropellándose por las habitaciones en busca de su presa, como las aguas al romper el dique por huir de su propia pesadumbre, destruyen, y por fin arrojan por las ventanas cuantos objetos habia reunido allí el lujo de su poderoso dueño. Mientras este, sorprendido en su lecho por la asonada, encuentra, medio desnudo y jadeante,

un albergue oscuro en qué ocultarse de sus perseguidores, los que no han logrado penetrar en la casa, exhalando su rabia en gritos desaforados y apilando los muebles y alhajas que los de arriba les arrojan, lo queman todo con excepcion de las condecoraciones numerosísimas con que el valido adornaba su pecho, entregadas religiosamente al rey; conducta á primera vista extraña pero general en cuantos motines han tenido lugar en nuestro país, cuyo desapropio se manifiesta hasta en tan tristes é ilegítimas ocasiones. Al toque de á caballo, dado sin órden de autoridad competente, las tropas se ponen sobre las armas y acuden tambien al lugar de aquellos lamentables sucesos, del que acompañan al regio alcázar á la infanta esposa y á la hija de Godoy, á quienes el pueblo lleva en triunfo á los gritos de «viva el rey» y «viva la reina,» como en manifestacion de su afecto á personas que se creia desconsideradas y hasta aborrecidas por su marido y padre.

Tras de estos actos, ejecutados en cortísimos momentos, y perdida la esperanza de saciar su rabia en la persona del privado, los amotinados se retiraron, abandonando al cuidado de dos compañías de Guardias la saqueada mansion, iluminada ápenas por los restos del fuego en que se habian consumido sus elegantes y ricos paramentos.

El palacio habia sido, entretanto, teatro en que se exhibieran los mas encontrados afectos y las mas opuestas manifestaciones. En la cámara real dominaba el terror: el ruido del motin, confuso por su índole, vigoroso y enérgico, como tan próximo, habitando Godoy á la entrada de la calle de las Infantas, hacia Abatimiento de los reyes.

manifiesto el peligro que corria el favorito y el sacrificio á que se le destinaba; pero no permitia conocer si este se habia ó no consumado. Al terror, pues, se unia la incertidumbre; y los reyes, al tiempo mismo que buscaban quien intercediese por aquel que disfrutaba hacia veinte años de su privanza y afecto, aparecian aquejados de mortal congoja y de la pérdida de toda esperanza. En la cámara del príncipe de Asturias se agitaban distintos afectos é intereses diversos. Acudian á ella, además de los partidarios declarados de don Fernando, los que desde principio de los acontecimientos que vamos refiriendo vislumbraban un nuevo sol en el horizonte de su ambicion; los que se dejaban arrastrar de la opinion, contraria ya al príncipe de la Paz de una manera ostensible y hasta provocadora; varios de los que mas le habian combatido; y hasta ministros allegados ó, á lo menos, elegidos por su enemigo. Algunos Grandes de los empleados en el servicio particular de los reyes y don Pedro Ceballos y el marqués Caballero, pariente el primero y hechura el segundo de Godoy, sin desertar de la casa de éste, le oponian ya obstáculos en cuantas resoluciones graves presentaba, llegando en el consejo á impugnar abiertamente el proyecto de marcha á Andalucía.

Las dos cámaras, pues, se encontraban en oposicion abierta, aunque omnipotente la de los reyes y menospreciada la del Príncipe; pero á tal estado habian llegado las cosas y tanta fuerza iba prestando á esta la opinion pública, ya casi general en su favor, que de un momento á otro, en la primera ocasion solemne, pasaria de desatendida á respetada, de hu-

milde, quizás, y de abatida á protectora de su misma rival. Esta trasformacion, que ya presumian los que en el palacio real observaban la marcha de los sucesos desde el desgraciado del Escorial, vino, con efecto, á realizarse en Aranjuez y hacerse manifiesta en la noche del 17 al 18 de marzo. Los reyes, viendo atropellados sus fueros por las masas que, no esperando justicia de ellos, trataban de proporcionársela por sí mismas, y rotos los lazos de la obediencia y de la disciplina por los soldados que, en vez de hacer respetar la autoridad real, acudian en ayuda de aquellas, tuvieron que recurrir al príncipe de Asturias para que al menos salvase al que era objeto de sus afecciones mas tiernas y dueño absoluto de sus voluntades. Accedió don Fernando y se mostró al pueblo desde un balcon de palacio para anunciarle que el rey participaba de la indignacion general contra su primer ministro; con lo que cesó la asonada, retirándose los amotinados despues de victorear al heredero de la corona con las mas entusiastas aclamaciones.

La consecuencia natural del motin, una vez hecha la declaracion del Príncipe, era la destitucion de Godoy; y en la mañana del 18 se hizo circular un real decreto en el que se le exoneraba de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde mas le acomodase. Esta resolucion produjo por el momento el mejor resultado: los reyes fueron calurosamente victoreados al salir al balcon á solicitud de un gentío inmenso que se agitaba al pié del real alcázar; pero, como en todos los movimientos populares de la índole del de Aranjuez, no tardaron en aparecer síntomas de que la exoneracion de Godoy

Destitucion de Godoy.



no satisfacia por completo. La revolucion no se sacia jamás de concesiones, sobre todo si son arrancadas por la violencia; comprendiendo en cada una de ellas su pujanza, inventa otras nuevas que exigir del poder que momentos antes la mantenia á sus piés muda y sujeta. La de Aranjuez, dirigida en un principio á estorbar el viaje de la familia real, amenazaba, al estallar, la existencia de Godoy y, proclamando amor y reverencia á Cárlos IV, concluiria por arrancarle la corona para colocarla en las sienes de su hijo.

Llegaban, efectivamente, á palacio noticias que á cada instante iban apareciendo mas alarmantes. Por mas que algunos cortesanos abrigaran la confianza de que con la caida de Godoy quedaban satisfechas las aspiraciones de los amotinados, no faltaban personas que, por amor á don Fernando ó por verdadero patriotismo, mantuviesen en palacio la zozobra producida por los sucesos que acabamos de referir, ya infundiendo miedo en los mas allegados á la cámara real, bien esparciendo el rumor de nuevos y mas decisivos trastornos. El temor de unos y la frialdad que observaban en los demás, producian en el rey y la reina una impresion profunda, pues que les hacian comprender que los sucesos que acababan de presenciar, no solo eran un acto aislado contra la persona de su favorito, sino la revelacion de un complot urdido, acaso, donde menos debian esperarlo, si ya no se atrevian á considerarlos como la de un disgusto hondo y general que se propagaria á los términos todos de la Península. Para atajarla en su marcha apelaron, pues, á ceder de nuevo. Fueron colocados al frente de las tropas y en los mas altos cargos

de la casa real el príncipe de Castel Franco, el conde de Villariezo y el marqués de Albudeyte; y con ellos y el ministro marqués de Caballero, se formó un consejo privado que ofreciese garantías á los que parecian oponerse al viaje y á los partidarios del príncipe de Asturias. Sondeados los ánimos, se vió, sin embargo, que no estaban satisfechos y que seria necesario hacer concesiones mas importantes y trascendentales. Victorioso el pueblo y viéndose secundado en Madrid por una gran parte de los habitantes y en Aranjuez por la mayoría de las tropas que formaban la guarnicion, elevó sus miras á la de obtener la exaltacion al trono de su ídolo, de aquel en quien cifraba todas sus aspiraciones patrióticas. Si la presencia de los reyes era saludada con aplausos y vítores, la de don Fernando excitaba la explosion de un entusiasmo que rayaba en frenesí; y solo á ella podian atribuirse la cesacion del motin y la moderacion que pueblo y soldados estaban observando, una vez perdida la esperanza de vengarse en el objeto de su odio tantos años contenido. Ibase, pues, formando, con esa velocidad característica en las masas sublevadas, la opinion de que era necesario buscar en la juventud del príncipe de Asturias y en el carácter y talento que aquellos suponian que habia revelado en las persecuciones de que se le consideraba víctima, medios con que contrarestar los peligros que parecian amenazar al país, efecto al parecer de la débil conducta del monarca y de la corruptora administracion de su privado. Esta opinion, general en la mayor parte de los españoles y que ya se exhibia paladinamente entre los amotinados de Madrid y de Aranjuez, recibió una es-

Síntomas de nuevas exigencias populares.

pecie de sancion al presentarse de nuevo en escena el príncipe de la Paz, infundiendo el temor de que, salvado de las iras populares y asentada la autoridad de Cárlos IV, volviera aquel á su antiguo favor y valimiento.

Se presenta Godoy.

Cubierto con un capote y armado de un par de pistolas, Godoy se habia escondido en un cuarto interior del último piso de su palacio al oir la vocería del pueblo y la refriega que este armaba con la guardia para apoderarse de él y asesinarle. Mal hallado en aquel escondredijo, cuya puerta, cerrada por un criado fiel, forzó su familia, ignorante del huésped que en aquel momento albergaba, se habia despues trasladado á un desvan, depósito de alfombras y de esteras, en un rollo de las cuales se supuso mas tarde que se habia guarecido y acomodado (1). Devorado allí por la sed y la fiebre, debilitado por el insomnio y la excitacion natural despues de treinta y seis horas de ansiedad y de constante é inminente peligro, hubo de decidirse á abandonar aquel recinto y presentarse á sus enemigos; prefiriendo la muerte inmediata que debia esperar á la lenta, de inanicion, que le aguardaba si permanecia allí. La vista de un artillero le infundió alguna esperanza y la resolucion de pedirle apoyo en su situacion miserable y desventurada, suponiendo conservaria gratitud por los beneficios que habia hecho al cuerpo cuando lo dirigia;

(1) Apartándonos de la version general nos ha parecido deber seguir la que da el mismo príncipe de la Paz en sus *Memorias*. No descubierto por nadie sino al presentarse á un soldado de la guardia de su casa ¿por qué no ha de darse mas fé á sus palabras que á la noticia de los que en aquella época trataban tan solo de hacerle aparecer destituido de toda idea de dignidad y de decoro?

pero el soldado huyó, revelando á los guardias que custodiaban la casa el nombre de su antiguo jefe. Felizmente para éste, acudieron á su encuentro los guardias, y entre muestras de sorpresa y de compasion por parte de algunos, de enemistad y de ira por la de muy pocos, y sin ofenderle nadie, se dirigió á la puerta suplicando le condujeran á presencia del rey. Pero veloz como el rayo habia cundido la nueva de la aparicion de Godoy, y á los pocos momentos acudia el pueblo en masa á saciar en él su ira, no permitiéndole salvar la puerta hasta la llegada de una partida de Guardias de Corps que, rodeándole y escudándole con sus caballos y personas, lograron llevarlo á su cuartel, aun cuando no sin que los amotinados le infiriesen toda clase de injurias y aun algunas aunque ligeras heridas.

Lo salva don Fernando.

Apenas llegó á noticia del rey y de la reina la horrible situacion en que se encontraba el valido, suplicaron al príncipe de Asturias acudiese apresuradamente á protegerle y salvarle. Acudió al momento don Fernando y su palabra hizo desaparecer el peligro de la cabeza del que poco antes le abrumaba con su orgullo. «Yo he visto, dice un extranjero testigo presencial de aquel episodio dramático, al príncipe que »como un dios salvador llegaba para que la sangre de »la víctima no manchase su triunfo; yo he visto á los »guardias y al pueblo obedecer con respeto religioso »al que parecian reconocer ya por su monarca, pero »que en aquella ocasion no tenia sobre ellos otro im»perio que el que ejercia en el corazon de los espa»ñoles (1).»

(1) Memorias históricas de Mr. Theodore Chemineau.



Abdicacion de Cárlos IV.

Puesto Godoy en salvo con la promesa de que seria juzgado y castigado segun sus delitos, calmóse la efervescencia general, pero por cortos momentos. Parecia como que se mantuviese la agitacion con un objeto que no se atrevia á manifestar ostensiblemente, pero mas alto, mas trascendental que el de la venganza contra un valido por encumbrado que se hubiera visto y por temible que aun pudiese aparecer. Mientras al pié de palacio las masas se presentaban alarmadas manifestando recelos de que el príncipe de la Paz escapara á la justicia como habia escapado á su furia, en el interior se revelaba, fingido ó real, el temor de que no pudiera recobrarse en las manos de Cárlos IV la autoridad soberana, menoscabada en aquellos dias. Los reyes se manifestaban presa de las mas crueles angustias: abatidos los cortesanos que siempre se habian apoyado en la influencia del favorito, y los que entonces se sentian fuertes con la del príncipe de Asturias, protestando de su adhesion y de su respeto al monarca, hacian creer que solo de aquel debia esperarse el recobro de la autoridad y la salud de la patria.

El rey al examinar los semblantes de sus inmediatos servidores y oir las contestaciones evasivas que los jefes de las tropas daban á sus preguntas sobre la garantía que estas podrian ofrecer para mantener ilesa la dignidad real; al ver cómo el pueblo no cesaba en sus manifestaciones contra Godoy, temiendo se le escapara; y al observar, por fin, cómo se iba trasladando la concurrencia palaciega de su cámara á la del príncipe de Asturias, se decidió á abandonar el grave peso de la gobernacion del Estado, para la que se

sentia sin fuerzas privado de la ayuda poderosa de su valido, cuya vida, por otra parte, creia salvar con tal sacrificio. Llamó, pues, á las siete de la tarde del mismo dia 19 de marzo á todos los ministros del despacho y dignatarios de su córte que se hallaban en el Sitio, y, despues de renunciar al trono de las Españas, colocó la corona real en las sienes de don Fernando; manifestando, al decir de un narrador y testigo de aquellos sucesos, que jamás habia hecho nada mas grato ni que fuese mas conforme con sus deseos é intenciones.

No apareció serlo menos para la mayoría de los españoles. Conocidos en Madrid los acontecimientos que habian tenido lugar en Aranjüez durante los dias 17 y 18, imitáronse el 19 con circunstancias muy semejantes las violencias y desmanes de que no hace mucho dimos cuenta. La casa de Godoy y las de su madre, hermanos, parientes y amigos mas allegados é íntimos, fueron el blanco exclusivo de la cólera popular, que no se satisfizo hasta que vió entre las llamas cuantos muebles y objetos de lujo contenian, arrojados por las ventanas entre los gritos de «viva el »rey» y «muera Godoy.»

Al dia siguiente, la noticia de la abdicacion, que desde las once de la noche anterior empezó á esparcirse por la villa, fué á colmar el entusiasmo y la alegria de los madrileños; sentimientos ambos de que á los pocos dias llegó á embargarse toda la poblacion de la Península.

No entra en nuestro propósito el discutir la validez de aquel acto tan controvertida en las historias políticas de la época: meros cronistas de sucesos en

que no tenga participacion la fuerza armada, nos concretamos á narrarlos sencillamente, segun prometimos al comenzar nuestra tarea. Lo especialísimo de la situacion creada en Aranjuez da lugar á juicios contradictorios entre los escritores mas imparciales, y no es de extrañar si se considera que, sobre el ruido siempre pavoroso del motin, descollaba la manifestacion de un deseo general y uniforme.

Cárlos IV habia dejado para siempre de ocupar el trono de las Españas. Subia á él y tomaba asiento su hijo don Fernando, muy jóven todavía y sin la experiencia necesaria para contrarestar con la energía y la habilidad, que solo dan los años y la costumbre de los negocios de estado, los amaños de Napoleon y la fuerza de los ejércitos franceses que ya se acercaban á Madrid. Alzado sobre el pavés entre las aclamaciones unánimes de un pueblo que veia en el encumbramiento de su Príncipe el fin de las calamidades que de mucho tiempo venian afligiendo la patria, pensó que se abririan los oscuros horizontes que le rodeaban ante manifestacion tan noble, tan espontánea y tan enérgica como la que acompañaba á su exaltacion al trono. Napoleon le estrecharia entre sus brazos, entregándole una de sus predilectas parientas para unir así á sus intereses los de la nacion española, identificada con su monarca; y las tropas imperiales, abandonando su actitud misteriosa y amenazadora, fraternizarian cordialmente con los españoles y evacuarian las plazas que habian ocupado en prenda de una alianza que, mandando Godoy, debian tener por equívoca y pasajera.

Desgraciadamente, pronto pudo convencerse de que aquel que presumia aliado suyo, al preparar los

medios para influir en los asuntos de España, abrigaba otros pensamientos que el de dispensarle su proteccion cuando sus generales se negaban á reconocerle y le oponian toda clase de obstáculos en la administracion y el gobierno de sus estados. ¿Seguian en esto su propia inspiracion ú obedecian á órdenes precisas de su poderoso monarca? No tardaremos en ver que se trataba nada menos que de variar la constitucion y los destinos de la nacion española, uniéndolos fuertemente á los de Francia.

CAPITULO V.

Alegría general en España.—Conducta de don Fernando.—Ilusiones de Murat.—Sus dudas al conocer los sucesos de Aranjuez.—Carta de la reina de Etruria.—Artes de Murat.—Entra en Madrid.—Entra al dia siguiente Fernando VII.—Descortesía de Murat.—Exige el alejamiento de las tropas españolas.—Reconcentra paulatinamente las francesas.—Entrega de la espada de Francisco I.—Trama urdida para arrancar de España al rey.—Mr. de Savary.—Se trata de que vaya á Francia la familia real.—Parte el infante don Cárlos.—Parte el rey.—Detiénese en Vitoria.—Prosigue á Bayona.—Le anuncia Savary el fin de la dinastía Borbónica en España.—Viaje de los reyes padres.—Renuncia condicional de don Fernando.

Alegría general en España.

La exaltacion del tan deseado príncipe don Fernando al trono castellano produjo general y hasta frenético alborozo, así en Madrid como en las provincias todas de la monarquía. En la mayor parte de ellas la alegría se reveló por medio de entusiastas aclamaciones y de espectáculos y fiestas; mas en algunas fué acompañada de vituperables y hasta punibles excesos.

A la elevacion del Príncipe iba unida la desgracia de Godoy, y no es de extrañar que se mezclase la ira al gozo que causaba acontecimiento tan fausto. A las manifestaciones del júbilo popular y de la adhesion monárquica mas puras y sinceras se unieron, pues, las de un espíritu de venganza tan ciego en algunas, aunque contadas, localidades, que llegó á cebarse hasta en los objetos mas útiles y beneficiosos. Era un delirio el que parecia haberse apoderado de todos los ánimos; y si en la mayor parte de las poblaciones, y con especialidad en las que ya guarnecian los franceses, se limitaban los habitantes á recorrer las calles victoreando al nuevo rey, como para hacerles ver su amor á la dinastía y su patriotismo, en otras se entregaban á violencias y ultrajes contra las personas y aun contra las obras de arte ó de utilidad pública, por apreciables que fuesen, si reconocian su elevacion ú orígen en la iniciativa ó en la proteccion del valido.

Conducta de don Fernando.

Fernando VII por su parte, y desde el momento mismo en que tomó las riendas del gobierno, trató de hacerse digno de las demostraciones de afecto y de entusiasmo que á porfía le prodigaban sus vasallos. Su primer cuidado fué naturalmente el de alzar el destierro á los que por adhesion á su persona gemian lejos de la córte desde el malhadado suceso del Escorial, dándoles, al mismo tiempo, colocacion en la casa real ó en el ejército. No por eso se olvidó de dictar resoluciones que lograran infundir en los españoles la esperanza de un mas lisonjero y hasta inmediato porvenir. En un principio conservó los ministros mismos que habian asistido con sus consejos al rey su padre; mas no tardó en relevar algunos y



en rodearse de personas que entonces gozaban de la opinion general de hábiles y leales. El ministerio de la Guerra fué confiado á don Gonzalo O'Farril, general distinguido por sus talentos militares y recien llegado de Italia, donde habia regido la division española de Etruria; el de Hacienda se encomendó al probo don Miguel José de Azanza; y al anciano don Sebastian Piñuela el de Gracia y Justicia; manteniéndose en el de Marina al respetable bailio don Francisco Gil y Lemus; y en el de Estado á don Pedro Cevallos que, á pesar de hallarse emparentado con el príncipe de la Paz, «habia acreditado, segun decia el decreto de su »confirmacion, tener un corazon noble y fiel á su so»berano.»

A estas medidas, puramente personales, y á las de igual índole que devolvieron su libertad de accion á ilustres personas que, como Cabarrús, Florida Blanca y Jovellanos, moraban en puntos apartados de la capital, sujetos á una vigilancia depresiva de su elevado carácter ó reducidos á prision y hasta en oscuras é insalubres mazmorras, añadiéronse providencias administrativas que en aquellos momentos pasaban por del mayor interés y urgencia. Desgraciadamente no habian de servir mas que de fondo para un programa bello como la mayor parte de los presentados á la expectacion pública por todo nuevo gobierno; pero en aquella ocasion fueron recibidas por la multitud con esa alegría característica de las masas en cualquiera grande y general mudanza. Cada decreto de los varios que fueron apareciendo sucesivamente en la *Gaceta oficial* para el mejoramiento de las comunicaciones interiores del reino, la conduccion de aguas á

Madrid, la supresion de la superintendencia general de policía nuevamente restablecida, y la suspension de la venta de bienes eclesiásticos, producia en los pueblos un entusiasmo que no lograban apagar otras resoluciones encaminadas á satisfacer enconos personales, y cuya ineficacia ocultaron las desgracias inmediatas y lamentables de su augusto iniciador.

La mayor parte de estos decretos, así como los que determinaban los procedimientos á que habia de sujetarse al príncipe de la Paz, trasladado sigilosamente al castillo de Villaviciosa bajo la custodia del marqués de Castelar, se hicieron públicos antes de su insercion en el periódico oficial en el que aparecieron el 25 de marzo, dia en que ya la córte se habia trasladado á Madrid. El deseo general, el del gobierno y aun el del nuevo monarca, anhelante de ver sancionada su elevacion al trono por el pueblo madrileño, recomendaban el abandono de Aranjuez, donde los recientes tristes sucesos y la permanencia del anciano que acababa de abdicar, anublaban la alegría natural en aquella situacion. Así que, muy luego se pensó en la marcha, fijándose para el dia 24 en que, efectivamente, se verificó la entrada en Madrid con universal regocijo, algo turbado por la presencia y equívoco proceder de las tropas francesas.

Ilusiones de Murat.

El gran duque de Berg, á quien dejamos penetrando en la Península, habia llegado á Burgos, punto al que, como cuartel general del cuerpo de ejército del mariscal Moncey, le llevaban las instrucciones del Emperador. Pocos dias permaneció en aquella ciudad, empleándolos fructuosamente en procurarse medios para continuar la marcha, en orientarse respecto al

estado de los ánimos entre los españoles, y en restablecer, á favor de la disciplina y de proclamas y medidas seductoras, relaciones que la conducta de las tropas no podia menos de haber enfriado entre los jefes franceses y las autoridades y pueblos españoles. Cuantas observaciones iba recogiendo, le convencian de que el espíritu público era muy distinto del que le habia hecho presumir su anterior correspondencia con el príncipe de la Paz, y de que, para captarse la benevolencia de los españoles, era necesario mostrarse hostil á un hombre cuyo poder no reconocia ya otro apoyo que el que pudiera prestarle el afecto personal del fascinado monarca. Y como Murat venia arrullado por la idea de ceñir á sus sienes la corona que al entrar en España aun conservaba Cárlos IV sobre su cabeza, nada mas natural que el cambio de sentimientos hácia Godoy, opuesto, como no podria menos de estarlo por propio interés, á la satisfaccion de sus ambiciones de aquel momento. Así que el 15 de marzo, al tiempo mismo que anunciaba á las Tullerías la facilidad de arrojar del trono de España la dinastía reinante, suponiéndola aborrecida ó despreciada, emprendia el camino de Madrid para decidirla á abandonar el suelo de la Península; calculando por el recibimiento que le hacian las poblaciones del tránsito, el halagüeño que obtendria cuando su cuñado le colocase á la cabeza de tan cortés y generoso pueblo.

Sus dudas al conocer los sucesos de Aranjuez.

A medida que avanzaba por la carretera de Somosierra, crecia su impaciencia con las noticias, cada dia mas gratas, que le iban llegando sobre el estado de los ánimos en Madrid y las perplejidades y vacilaciones de la córte. No debieron ser menores en él al

conocer los sucesos de Aranjuez, cuya noticia le alcanzó en Buitrago, cuando las dos primeras divisiones del cuerpo de Moncey habian ya cruzado la cordillera, y la de Barbou se acercaba á Guadarrama seguida de todo el cuerpo de ejército de Dupont. La caida del favorito, la renuncia de Cárlos IV y, como consecuencia natural, la elevacion del príncipe de Asturias, destruian casi por completo todas sus esperanzas y todos sus cálculos. Ya la córte no abandonaba España ni aun su asiento en el centro de la Península; el general disgusto, que habia observado entre los españoles, desaparecia con el inmenso júbilo que causaba la ruina de aquel gobierno decrépito y desautorizado; y en oposicion á su figura, por arrogante y respetada que fuese, se alzaba la de don Fernando entre los vítores mas entusiastas y patrióticos. Ante cambios tan trascendentales, sin el conocimiento de las intenciones del Emperador, y despues de haber aparecido como contrario á la antigua córte española animando con su estudiado silencio y la conducta de sus tropas á ahuyentarla ó derrocarla, ¿qué hacer? ¿qué partido tomar? Una carta de la reina de Etruria, suplicándole pasase sigilosamente á Aranjuez para enterarse de la situacion tristísima en que se encontraban sus padres y convenir en los medios de sacarlos de ella, le dió alguna luz para salir del laberinto de dudas en que se perdia su imaginacion (1).

Carta de la reina de Etruria.

(1) No aparece esa carta entre las publicadas hasta ahora, pero la que la misma reina de Etruria escribió al gran duque de Berg el dia 22 despues de haber visto al general Monthion, prueba que la iniciativa en la correspondencia de ambos habia partido de aquella señora, segun asegura Thiers.

Artes de Murat.

Murat recibió aquella carta el 21 estando en el Molar, é inmediatamente comisionó al general Monthion, uno de los jefes de su Estado Mayor, para que se trasladara á Aranjuez y se avistase con la reina de Etruria y sus padres. Monthion habló al dia siguiente con los desposeidos monarcas que, además de desahogar con él sus dolores y tristeza por el abandono en que se hallaban desde el momento de la abdicacion, y sus quejas por la que ellos llamaban traicion de su hijo, pusieron en las manos del delegado de Murat las cartas que iban á servir de fundamento á la intriga mas hábil y cruel. En aquellas cartas dirigidas, unas á Murat y otras, por su conducto, al Emperador, la familia real despues de producir las quejas mismas que habia escuchado el general Monthion, invocaba el poderoso auxilio del César francés, casi mas que en favor de Cárlos IV, en el de su inolvidable amigo el príncipe de la Paz. Murat comprendió al momento el partido que podia sacarse de una disposicion de ánimo tan propicia, como la en que, por las explicaciones verbales de Monthion, parecia encontrarse Cárlos IV; así que, dispuso la vuelta inmediata de este general al Sitio con la mision de arrancar del despecho del augusto anciano la formal retractacion de cuanto habia dicho y firmado el 19 al renunciar para siempre al trono de España. Efectivamente, al dia siguiente 23, volvia Monthion á Madrid con aquel notable documento en su poder (1).

(1) La protesta decia así: «Protesto y declaro que todo lo que »manifiesto en mi decreto del 19 de marzo, abdicando la corona en »mi hijo, fué forzado por precaver mayores males y la efusion de »sangre de mis queridos vasallos, y por lo tanto de ningun valor.— »Yo el rey.—Aranjuez 21 de marzo de 1808.»

El silencio anterior, el espíritu general que reina en la correspondencia en que nos estamos ocupando y la circunstancia en acompañarse la protesta á una carta escrita á Napoleon el 23, hacen comprender que Cárlos IV cedió, mas que á la suya propia, á las inspiraciones de quien le prometeria apoyar aquella decision con las armas. Tratándose de eludir la marcha á Badajoz, y aun mas de salvar á Godoy de una muerte que en la cámara real se consideraba inminente, Monthion indicaria la idea de recobrar el poder, como el mejor medio para remover todos los obstáculos que se oponian á tan justificados deseos; y los reyes viendo casi asegurado el éxito con la presencia de las tropas francesas, cederian á tan halagüeño á la par que realizable pensamiento. Pero á fin de que no se creyese sugerido por Murat, se estampó en la protesta la fecha del 21 que lleva á su pié, ardid con que indudablemente se creia cubrir la apariencia de una espontaneidad que los mismos escritores franceses han venido despues á negar con documentos fidedignos y hasta oficiales.

Perdido en sus esperanzas y cálculos el gran duque de Berg con encontrar ocupado el trono de España por un príncipe de quien se esperaba llevase á cabo la obra de restauracion de la monarquía, halló en aquella trama el hilo salvador que le habia de guiar por los tortuosos caminos de su ambicion, hilo que solo á fuerza de sacrificios sin cuento lograria romper la lealtad del pueblo castellano. Cubierto de tales armas; tranquilo respecto á la actitud que pudiera tomar el pueblo de Madrid; y decidido á no reconocer como rey á don Fernando con el pretexto de es-

perar las instrucciones de Napoleon, Murat dispuso su entrada en la capital para el 23, esperando, á la vez que deslumbrar con su aspecto y con el lujo de su séquito, imponer con el número y continente de sus tropas.

Entra en Madrid.

No se crea por eso que dejase de tomar toda clase de precauciones militares al penetrar en una poblacion de vecindario tan numeroso, aun con la esperanza de obtener una benévola acogida. Los proyectos que revolvia en su mente tenian forzosamente que inclinarle á no ponerse en manos de los que acaso pudieran resistirse á secundarlos, sino, por el contrario, á reunir medios con que llevarlos cumplidamente á cabo. Al efecto habia dispuesto que el cuerpo de ejército de Dupont se moviese tambien hácia Madrid, marchando por la carretera de Guadarrama á la altura misma que el de Moncey por la de Somosierra, de modo que cuando Murat avistó las torres de Madrid, la division Barbou, abundantemente municionada y dispuesta á todo evento, asomaba sus columnas á la cresta de la sierra para pernoctar el 21 en la aldea de Guadarrama.

Acompañado de dos divisiones del cuerpo de Moncey, á las que seguia lentamente una tercera, atenta al dominio de los pasos de la sierra en su parte oriental, y en combinacion con dos del de Dupont que habia dejado otra en Valladolid para observar toda la region occidental de Castilla, las Asturias y Galicia, Murat podia penetrar en Madrid sin temor alguno. Una sublevacion popular, para impedírselo, seria reprimida inmediatamente de intentada con las tropas que le acompañaban, tranquilas respecto á los movimien-

tos que ejecutasen los españoles que estaban en marcha para Talavera y Toledo observados por Dupont desde Guadarrama, y con la seguridad de tener libre su retirada á la izquierda del Ebro, donde habia plazas fuertes en que tremolaba el pabellon tricolor, y las tropas de Bessieres y Verdier escalonadas para en último caso protegerla.

Vemos, pues, que Murat, habituado á las armas y dirigido por el capitan mas sagaz y experto de la época, no habia echado en descuido al penetrar en Madrid ni precaucion ni medio que no contribuyeran al mas completo éxito de sus planes.

Verificóse la entrada con la mayor pompa militar posible, entre las aclamaciones de un gentío inmenso que acudió con la curiosidad de espectáculo tan nuevo. Precedido de los destacamentos de caballería de la Guardia Imperial, que naturalmente habian de hacer en los madrileños una impresion favorable al prestigio de los franceses, Murat se presentó á la cabeza de un Estado Mayor brillante, buscando en su apostura, maneras y sonrisa, la franca acogida y la popularidad que consideraba necesarias en su situacion de pretendiente. Pero si su persona, el Estado Mayor que le acompañaba y aquella admirable vanguardia produjeron el efecto deseado, la division Musnier que le seguia y las dos restantes que debian campar en las afueras, no lograron inspirar á los habitantes de Madrid otro sentimiento que el de la conmiseracion, «lo »cual, dice Thiers, era muy triste tratándose de un »pueblo cuyos sentimientos mas que su razon era ne»cesario impresionar.» Jóvenes, en su mayor parte, los soldados, mal vestidos y destrozados de fatiga, ni

podian presentarse con la marcialidad que requeria el espectáculo, ni despues en el trato con sus huéspedes fascinarlos con las relaciones maravillosas de sus camaradas del grande ejército, propias para impresionar fuertemente á un pueblo meridional y, de consiguiente, novelesco y entusiasta por la gloria.

Las tropas fueron alojadas en los cuarteles que, al salir para Aranjuez, habian abandonado los españoles, y Murat en el palacio llamado de doña María de Aragon, que antes habitaba el príncipe de la Paz, habiéndose negado á ocupar el real del Buen Retiro por no encontrarlo convenientemente habilitado, ó mas bien, al decir de un compatriota suyo, por considerarlo demasiado distante del centro de Madrid.

En los momentos mismos de su entrada y mientras recibia á las autoridades, corporaciones y personas mas notables de la córte, que acudieron á cumplimentarle, Murat se entregaba á la ejecucion de sus maquinaciones contra el nuevo monarca, aclamado por la nacion entera y reconocido ya por los representantes de las potencias extranjeras. Solo el de Francia, á quien hemos visto afanarse tanto y trabajar en favor del príncipe de Asturias, aparecia como fugitivo de Aranjuez y evitando toda ocasion en que fuese necesario tratar como soberano al que indudablemente habia él ayudado á subir al trono. Y como para mayor tormento de ese mismo Mr. de Beauharnais, cuya nueva conducta era la consecuencia de su primera entrevista con el lugar-teniente de Napoleon su señor y amo, á él apeló Murat para con mas rapidez y completo éxito llevar á cabo sus proyectos. Hízole partir á Aranjuez con la mision ostensible de impetrar de

don Fernando la órden para que todas las tropas españolas que habian evacuado el Portugal volviesen á unirse á las francesas que ocupaban aquel reino ó guarnecer los puntos que Junot les señalara, y con la secreta de aconsejar al Príncipe que demorase por algunos dias su entrada en la capital. Necesitaba Murat ganar tiempo á fin de preparar su accion, así en Madrid con su presencia y los muchos recursos de toda clase que tenia á la mano, como en Aranjuez cuyo palacio tenia ya Monthion dividido. Pero Fernando VII, sea que por consejo del mismo Beauharnais, contrario al que se le habia mandado dar, ó que, por comprender la intriga que se fraguaba en derredor suyo, quisiera destruirla haciéndose respetar con la magnífica ovacion que le preparaban los madrileños, resolvió acceder á las repetidas instancias que estos le hacian y verificar al dia siguiente su entrada en la coronada villa, tal cual lo habia dispuesto antes.

Entra al dia siguiente Fernando VII

Al ruido de esta nueva todo Madrid se conmovió de júbilo y, como movida por un solo resorte y un pensamiento solo, la poblacion entera se dispuso á ofrecer á su nuevo soberano la expresion de su afecto mas caluroso y de su adhesion mas entusiasta y sincera. Todo el que se sentia con las fuerzas necesarias para sobrellevar la fatiga del viaje y la inclemencia de la noche, se dirigió por el camino de Aranjuez, anhelando ser el primero que saludase al Príncipe, y solo se mantuvieron en sus casas los que por sus achaques, edad ó sexo se veian en la para ellos triste necesidad de esperar á victorearle desde los balcones.

Don Fernando, despues de recibir la bendicion de su padre, que no pudo contener las lágrimas al verle



entrar en la carrera espinosa que él acababa de abandonar, se encaminó á Madrid en la mañana del dia ya citado en compañía de su tio y de su hermano los infantes don Antonio y don Cárlos. De los pueblos inmediatos habian acudido los habitantes al camino y en él ofrecian al monarca, como en muestra de su amor, las mas vivas aclamaciones, unidas á las de los infinitos madrileños que se habian adelantado á recibirle. Pero cuando el entusiasmo llegó á su límite, al del mas delirante frenesí, fué al recorrer, ya á caballo, el espacio que media entre Atocha y el palacio real. Era inmensa la multitud que le rodeaba y le estrechaba para verle de cerca y admirarle en su juventud y apostura, en sus vivos y afables ademanes: los mas próximos arrojaban al suelo sus rojas y bordadas capas para que pusiese en ellas sus pies el caballo que montaba el monarca en quien fiaban la salud de la patria; y de las puertas y balcones, en que se veian tremolar á miles los pañuelos de las damas, caian versos, flores y dulces con la mas profusa abundancia. No se percibia voz ninguna articulada: el griterio frenético del pueblo, unido al repique de las campanas y al estruendo de la artillería, formaban un solo rumor confuso, vago, un solo sonido atronador y ronco que sin vacilar podria traducirse por el de «¡Viva el rey!» «Nunca pudo monarca gozar de triunfo mas »magnífico y sencillo,» dice el conde de Toreno testigo de aquella ovacion. Logró solo turbarlo, aunque momentáneamente, un extranjero ambicioso y audaz que no podia presenciar sin envidia aquella sincera manifestacion hecha á quien él consideraba en sus quiméricas ilusiones como un odiado rival. Viendo

Descortesia de Murat.

frustrado su intento de mantener á Fernando en Aranjuez, trató al menos de turbar su alegría y la general del pueblo interrumpiendo la carrera con maniobras que hizo ejecutar á las tropas de su mando en dia tan impropio para ejercicios doctrinales. Determinacion importuna, descortesía grosera que no dejó de disponer los ánimos á represalias funestas y á un movimiento que fué la causa primera manifiesta del malogro de sus esperanzas y de los planes de su soberano.

Exige el alejamiento de las tropas españolas.

A aquel que bien pudiera llamarse insulto, Murat añadió la desatencion de no acudir á cumplimentar al Rey, con el objeto, sin duda, de probarle que allí y rodeado de sus tropas él era un poder, si no tan respetable por su carácter, mas temible al menos por su fuerza. Y para que don Fernando llegase á comprenderlo así, al dia siguiente empezó á exigir del gobierno español resoluciones dirigidas á separar de Madrid los pocos elementos de resistencia que aun quedaban á este, aumentando proporcionalmente los recursos que Napoleon iba allegando para derrocarlo. Se conoce que el rey se habia desentendido en Aranjuez de la pretension de Beauharnais sobre la vuelta de las tropas españolas á Portugal; pero, al instalarse en Madrid, Murat debió insistir, pues la primera órden que se dictó para que aquella se verificase data del 25 de marzo, y la que se comunicó á Carrafa del 28. Era necesario tambien al delegado de Bonaparte que varios cuerpos que venian marchando á consecuencia de las disposiciones tomadas por Godoy para reunir una masa respetable que protegiera la córte, retrocediesen á sus antiguas guarniciones; y Murat lo consiguió del

mismo modo, pretextando en ocasiones la necesidad de alojamiento desahogado para los franceses, en otras las malas condiciones higiénicas de los cuarteles de Madrid, y aun en algunas los peligros de la aglomeracion de soldados de distintas naciones en un mismo punto. Los regimientos suizos de Reding y de Preux que guarnecian la capital recibieron, en su consecuencia, la órden de trasladarse á Getafe, de allí poco despues á Toledo, y mas tarde á Talavera; algunas compañías de Granaderos Provinciales que desde Ciudad-Rodrigo se encaminaban á la córte tuvieron que volver á aquella plaza, y otras que permanecian en Villaviciosa se trasladaron á Guadalajara; el primer batallon de Saboya que habia dejado de guarnecer á Cartagena se detuvo en Arganda, y despues de varias marchas, ejecutadas segun las órdenes contradictorias que recibia, no logró entrar en Madrid; los voluntarios de Toledo fueron destinados á guardar los caminos, los de Aragon á Sevilla, y los Guardias Españolas y dragones de Lusitania se acantonaron unos en Valdemoro y otros en Aranjuez. Entretanto que se hacia marchar y contramarchar á las tropas españolas con el objeto de apartarlas de la accion inmediata de su gobierno, las francesas se instalaban en la córte ó sus inmediaciones, sin disculparse siquiera de que desde Bayona á Búrgos habian venido diciendo que se dirigian á Portugal, de que el Emperador habia anunciado oficialmente su paso para las costas de Andalucía, y de que al encaminarse á Madrid solo pronunciaban los nombres de Cádiz y Gibraltar, como para indicar el objetivo de su marcha y operaciones. Los cuerpos que no tenian cabida en los cuarteles,

Reconcentra paulatinamente las francesas.

camparon junto á el Pardo en grandes barracas construidas con el ramaje y leña de los bosques que rodean aquel sitio real y que se les facilitaron en abundancia. En el Buen Retiro se establecieron unos 2,000 hombres en tiendas de campaña de las destinadas en Zamora y Ciudad-Rodrigo al ejército español de Portugal; y en algunos pueblos inmediatos se fueron acantonando las divisiones de Dupont, segun llegaban de Castilla la Vieja, donde habian cometido no pocos ni insignificantes desmanes.

Así Murat, cuyas exigencias constantes, de todas horas, habian logrado alejar las tropas españolas de la córte, rodeándose de las suyas y de las numerosas que se iban escalonando en el camino de Francia, no solo privaba al Rey de fuerzas con que resistir en un caso, sino que le hacia imposible la fuga al seno del ejército ó á las provincias meridionales en que pudiera desentenderse de la influencia opresora de los franceses. La situacion de nuestro monarca íbase, pues, haciendo mas crítica de un dia á otro; encontrándose casi á merced de un hombre que se negaba á reconocer su soberanía y que, para hacerle mas patente su impotencia, no se cuidaba siquiera de reprimir los ultrajes que sus soldados inferian á los habitantes y á los objetos para ellos mas caros.

No debian, sin embargo, satisfacer á Murat las precauciones tomadas para tener inerme y sin defensa al monarca español, ni tampoco los medios militares con que contaba, cuando apeló á la vez á la obra del desprestigio para enagenarle las voluntades de sus vasallos. El camino era acertadísimo como todo lo que ocurria á aquellos hombres que, aun sin comunicarse

sus ideas, parecian comprenderse cuando se trataba de la obra de iniquidad que habian emprendido; porque el pueblo castellano, aun apasionado de sus monarcas, exige siempre para amarlos la dignidad misma y el noble orgullo de independencia que á él le caracterizan. Imaginó, pues, Murat arrancar de la armería real la espada que ceñía Francisco I en la batalla de Pavía, é intervenir, al mismo tiempo, para la libertad del príncipe de la Paz, joya aquella de tanta estima para los españoles y objeto este de su animadversion y de su odio. El Rey, creyendo sin duda que sobrexcitadas como estaban las pasiones con la reciente caida del favorito, preferirian sus vasallos la satisfaccion de vengar en Godoy la postracion actual de España, que todos le atribuian, á la de conservar en su poder una muestra de su antigua grandeza, accedió á la primera de aquellas pretensiones, negándose á detener ni por un momento la accion de las leyes contra el derrocado ministro.

Entrega de la espada de Francisco I.

La espada pasó, efectivamente, á las manos de Murat, y con ceremonias tan degradantes, por lo mismo que se consideraba prenda de tanto valor y aprecio, que los madrileños no dejaron de echar de menos en su monarca una de las cualidades que en él admiraban antes, la del carácter, con lo que se abrió en sus pechos la brecha por donde mas tarde habia de irse haciendo paso el desvío que en ocasiones posteriores le mostraron.

Trama urdida para arrancar de España al Rey.

Al mismo tiempo que así se iba aislando la córte española y mientras se trabajaba sin descanso en la obra de su descrédito, Murat y los agentes todos que recibian sus inspiraciones, principiaban á desenvolver

otra intriga de lo mas vil é indigno que puede imaginarse. Pero, dudándose acaso de la sagacidad y de la impudencia del encargado de llevar á ejecucion tal proyecto por la rudeza de su carácter y la ignorancia en que se encontraba todavía de los planes del Emperador, se le agregó un hombre, un general, en quien no se sabe qué admirar mas, si el arte de fingir y de engañar con las palabras mas dulces y las promesas mas lisonjeras, ó el de negar sus propias obras con la osadía mas descarada. Este general era Mr. de Savary, duque despues de Róvigo, favorecido constantemente por Napoleon con encargos de la índole del que le trajo á España, cronista mas tarde de los sucesos que presenció ó en que influyó con sus artes, para describirlos en loor suyo y con las mayores y mas parciales y lamentables inexactitudes. **Mr. de Savary.**

Se trata de que vaya á Francia la familia real.

Ya Murat al acercarse á Madrid habia empezado á anunciar la venida del Emperador á España. Que se habia pensado en ella, segun lo aseguran los escritores franceses, debe ser cierto, pues lo confirman la correspondencia de Napoleon, recientemente publicada, las instrucciones que trajo Savary, la cita dada para Búrgos á Mr. de Tournon y varios otros datos bastante fidedignos; pero siempre para el caso en que no se pudiese lograr la marcha de la familia real española á Bayona, punto al que se disponia á partir el Emperador para de cerca tomar sus últimas determinaciones con mas probabilidades de éxito. Mas al entrar en Madrid y aun algo antes, al recibir al duque del Parque enviado por don Fernando para darle toda clase de seguridades respecto á la continuacion del nuevo gobierno en los mismos y acaso mas acendrados senti-

mientos de amistad respecto á la Francia, y de afecto y veneracion hácia el Emperador, Murat y con él todos los agentes franceses, se esmeraron en manifestar tal evidencia y en dar tales señales de la próxima llegada de su soberano, que parecia inconveniente, hasta injuriosa la duda (1). Por lo mismo el Rey invitado, aunque indirectamente, repetidas veces para que hiciese salir al recibimiento de Napoleon á algunos de los personajes mas importantes de la córte, comisionó al efecto á los duques de Medinaceli y de Frias y al conde de Fernan Nuñez, quienes, no encontrando á S. M. I. en el camino de Irun, creyeron deber continuar hasta Tours, de donde tuvieron que retroceder con la esperanza de ser recibidos en Bayona.

Murat, sin embargo, manifestaba, con las seguridades del inmediato arribo del Emperador, la urgencia de darle nuevas muestras de consideracion por parte de los españoles, para que, convencido de lo sincero de la alianza que le prometia don Fernando,

---

(1) Llegó á Madrid un aposentador francés para preparar el alojamiento del Emperador; llegaron carros cargados (de contrabando, dice *El manifiesto imparcial sobre los sucesos de Aranjuez, Madrid y Bayona*) con inscripciones pomposas; se enseñaron un sombrero y unas botas de Napoleon; se preparó el baño segun las explicaciones de Murat; se repartieron convites para el que iba á ofrecerse á S. M. I. y R., y, aun en la órden general del ejército, se anunció oficialmente la llegada del que ya se consideraba como huésped de nuestros monarcas y dirimidor de sus querellas interiores. El anuncio de la próxima llegada de Napoleon le estaba prescrito por éste mismo á Murat en las varias cartas que en aquellos dias le escribió. «Junot, »dice Accursio das Neves, hacia cundir con gran estruendo por las »calles de Lisboa las mismas noticias que Murat y sus secuaces por »las de Madrid. Mandó preparar magnificamente el palacio de Que»luz para recibir al Emperador, porque este se proponia tambien »proporcionar esa honra á nuestro país. Todavía está en duda si era »una ficcion ó si verdaderamente se proyectó tal viaje.»

le reconociese y confirmase en su exaltacion. El gobierno ya no sabia qué otorgar para satisfacer al Gran Duque, cada dia mas altanero y exigente, pues que consideraba como poco digno y hasta peligroso el que abandonara el monarca la capital en circunstancias tan críticas y delicadas. Sucediánse unos á otros los consejos de ministros, sin decidirse á resoluciones terminantes; tal era el estado de incertidumbre y de desconfianza en que se encontraban todos; hasta que, habiendo llegado á Madrid el canónigo don Juan Escoiquiz, pareció inclinar la balanza del lado de las concesiones. Resolvióse, pues, acceder á los deseos de Murat, reducidos en aquellos dias, por temor sin duda de infundir sospechas, á que el infante don Cárlos, hermano de Fernando VII, se adelantara á recibir y obsequiar al Emperador, cuya llegada á Madrid se anunciaba para dentro de dos ó tres dias. Salió, efectivamente, el príncipe el 5 de abril y, como los Grandes que le habian precedido, tuvo que extender su escursion hasta Tolosa para despues cruzar el Bidasoa y avistarse en Bayona con su ilustre huésped. Aquel dia pareció Murat satisfecho; al siguiente volvió á sus antiguas pretensiones por medio del embajador Mr. de Beauharnais, convencido ya de que iba errado en sus anteriores cálculos, y el dia 7, poco despues de llegar Savary, que debió revelarle los planes del Emperador y su mision especial, se decidió á continuarlas con nuevo y mayor empeño (1).

Parte el infante don Cárlos.

(1) Si fuese necesario añadir otro testimonio al respetable de los ministros de Fernando, víctimas entonces de la falácia y de la disimulada astucia de Savary, para cerciorarse de que el objeto de su mision era el de conducir á Bayona la familia real de España, no ha-

El duque de Róvigo, como emisario y conocedor que se le suponia de las intenciones de Napoleon, fué blanco, no solo de los obsequios y galantería de la córte, sino tambien del exámen de las personas mas afectas á Fernando, que naturalmente trataron de sondearle para conocer el verdadero objeto de su venida. Pero ni el canónigo Escoiquiz ni el duque del Infantado, que acudieron á cumplimentar al general, ni los que asistieron á la entrevista de este con el monarca, eran desgraciadamente lo perspicaces y astutos que exigia la sagacidad, el disimulo y la falsía del delegado imperial, diestro en el desempeño de tales misiones y estimado por su éxito en ellas. Así que, sus palabras halagadoras, la circunstancia de haberse doblegado á tratar como á magestad á don Fernando, y las promesas repetidas con el mayor aplomo y la apariencia de la mas firme conviccion de un reconocimiento inmediato de lo sucedido en Aranjuez, acabaron de seducir á unos ministros débiles y á un príncipe inexperto que no podian comprender en su honradez ó en su juventud accion tan ruin y artera como la de que iban á hacerse víctimas. El reconocimiento de su nuevo título y la mano de una princesa imperial eran para Fernando el áncora de salvacion en la lucha que desde su advenimiento al trono estaba sosteniendo

---

bria mas que apelar á Thiers que, apoyado en documentos originales y que dice ser autógrafos, asegura repetidas veces que «Napoleon »ordenó al general Savary atraer á Fernando á Bayona con la espe»ranza de ver el litigio juzgado en favor suyo, ó, si se obstinaba en »no ir, publicar la protesta de Cárlos IV, declarar que solo este rei»naba en España, y tratar á Fernando como á hijo y súbdito rebelde.» ¿Se quiere mayor mentís á las descaradas negaciones que el duque de Róvigo estampa en sus apasionadas y falsas memorias?

con la cámara de los reyes sus padres y con el orgulloso y desatento mariscal que mandaba el ejército francés; elementos todos que, ayudándose mútuamente, ponian en contínua zozobra el recien botado bajel de sus esperanzas y ambicion. Era necesario salir pronto y felizmente de tantas dudas é incertidumbre, y como el único camino que descubria era el que le aconsejaban tomar amigos y enemigos, nada de extraño que se engolfase en él lleno, es verdad, de tristes presentimientos y de amargura por no considerarlo el mas recto y digno, pero confiado en que su derecho y la magnanimidad del que siempre habia tenido, y ahora todos le hacian suponer, como protector suyo, habian de sacarle á salvo. El despacho de 24 de marzo remitido por Izquierdo, confirmando cuanto este diplomático habia hecho conocer durante su reciente estancia en Aranjuez, y nosotros hemos expuesto anteriormente, acerca de los proyectos de Napoleon para la adquisicion de las provincias de allende el Ebro y del monopolio comercial de las Américas, era un aviso importante que, unido á la observacion de la conducta de los delegados y agentes imperiales, debia hacer presumir algo de la vil intriga que fraguaban contra el príncipe español. Pero así este como sus consejeros, apelando á la historia, desfigurada ciertamente, de las expoliaciones que de otros tronos habia cometido Napoleon, á la interpretacion misma del despacho de Izquierdo, y á la esperanza de que acaso muy pronto tendrian que dirigirse á otra parte la atencion y los pasos del César, supusieron que toda su conducta misteriosa, la arrogante de Murat en su retraimiento del monarca,

adhesion á Cárlos IV y favor al príncipe de la Paz, y la varia, en fin, de los agentes, entre los que se distinguia Mr. de Beauharnais tan afecto antes al partido reinante, se encaminaban á solo hacer mas estrechas y aun necesarias las relaciones de España con el Imperio, y, cuando mas, á obtener la Navarra ó en su vez la neutralidad de un camino para Portugal.

Parte el Rey.

Decidióse, pues, la marcha á Búrgos ó lo mas á Vitoria, punto donde, al decir de Savary, se verificaria la entrevista con el Emperador que, segun aquel general, venia ansioso de conocer las buenas intenciones del nuevo monarca y establecer con él una sólida y cordial alianza.

La córte española que aun no hacia un mes se preparaba á huir hasta los términos meridionales de la Península de la presencia de los ejércitos franceses y de la accion consiguiente del Emperador, hoy se encontraba alojada entre ellos y se iba á arrojar en los brazos del moderno Briareo, que regularmente la estrecharia entre ellos para ahogarla. Se ha criticado mucho este cambio de ideas despues de conocidos los fatales resultados que tuvo; pero no dejaba de ser en parte natural y hasta cierto punto lógico. Los partidarios de Fernando habian combatido la fuga en el concepto de que los ejércitos imperiales venian á Madrid para derrocar del poder al aborrecido privado; creencia tanto mas fundada cuanto que el embajador francés era el primero en acreditarla y los soldados de su nacion en confirmarla y aplaudirla. Asegurados en ella, habian salido y con ellos el pueblo todo á recibir á Murat en el tránsito de Búrgos á Madrid, y aun esta capital le habia abierto sus puertas y ofrecídole

una espontánea ovacion. Es verdad que desde el dia de la entrada de Fernando se habia empezado á observar, con la arrogancia de Murat y su desvío de la nueva córte, alguna diferencia en la conducta de los jefes y agentes todos de la Francia, y disgustaba la que observaban las tropas con el paisanaje; es cierto tambien que don José Martinez de Hervás, hijo del marqués de Almenara y cuñado del mariscal Duroc, que venia á Madrid como intérprete de Savary, habia manifestado sospechas de que se trataba de tender al Rey algun lazo, y la conveniencia de no acceder al viaje que se le proponia; pero, aun abrigándose por todo esto temores y no infundados, ¿qué resolucion tomar? No habia medios para una resistencia manifiesta, ocupado como estaba Madrid por 40,000 hombres, la fuga era imposible, vigilado el palacio real por toda clase de agentes y circuido de tropas así en el interior como en las afueras; y, por fin, la permanencia en la capital, si bien era digna, ofrecia el peligro de que se tomara á desaire y causase, con el enojo de Napoleon, la pérdida de toda esperanza de reinar y la seguridad de volver á la antigua servidumbre. No diremos que la mejor ó la única resolucion debia ser la tomada por don Fernando; pero sí sostendremos que no era tan fácil la del problema que se le presentó á los pocos dias de haberse ceñido la corona. Sus pocos años é inexperiencia en los negocios de Estado; la falta de datos en sus consejeros, pues que solo Godoy se hallaba en estado de presumir con algunas probabilidades de acierto las intenciones de la córte imperial; y la manera insidiosa con que se le trató por cuantos tenian algun conocimiento de los

intentos de Napoleon ó al menos de los de Murat, disculpan, en nuestro sentir, al nuevo rey, salido como por encanto y por medios que necesitaba justificar ante el Emperador de la oprobiosa tutela en que se le habia tenido.

Antes de abandonar la capital, el rey nombró una Junta Suprema de gobierno compuesta de los ministros residentes en Madrid y que bajo la presidencia del infante don Antonio quedó encargada de resolver en todo lo gubernativo y urgente que no debiera consultarse al soberano por su importancia ó gravedad. Quiso tambien este despedirse de sus padres antes de emprender una excursion, resuelta entre tan encontrados sentimientos y vacilaciones tan varias, y pedirles una carta para el Emperador con que pudiera probar que tenia para con él los mismos sentimientos que le habia demostrado su padre; pero la despedida no pudo verificarse, y Cárlos IV se negó á escribir la carta pretextando sus inveterados males. Don Fernando, en cambio, se acordó de recomendar la mayor vigilancia respecto al príncipe de la Paz, cuya entrega acababa de rehusar á los franceses, empeñados en la libertad del valido, esperando hacer de él un arma terrible contra el nuevo monarca y aun contra don Cárlos á quien aparentaban favorecer, pero con el intento real de malquistarle así con los españoles (1).

El Rey partió el 10 de abril con su ministro de Estado, los duques del Infantado y de San Cárlos el marqués de Muzquiz, los de Ayerbe, de Guadalcázar

(1) «Arrachez des mains de ces gens-là le prince de la Paix,» escribia Napoleon á Murat el 20 de marzo.

y de Feria, el conde de Villariezo, don Juan Escoiquiz y don Pedro Labrador, personas todas de su mayor confianza ó de su servidumbre. Los habitantes le vieron marchar con la mayor tristeza, afectados de los mas fatídicos presentimientos é influidos por ese instinto popular, mucho mas sagaz y previsor en ocasiones que el talento y la sabiduría de los hombres de Estado. En el camino las poblaciones del tránsito y de las cercanías salian en masa á su encuentro para demostrarle su amor y lealtad, casi gozosas de un viaje que les proporcionaba el inefable placer de saludar á su soberano.

El 12 llegó este á Búrgos donde ni noticia habia del Emperador, lo cual no dejó ya de alarmar á aquellos ilusos cortesanos; pero, á pesar de sus temores y del recelo que empezó á manifestar el Rey, Savary, que habia obtenido licencia para acompañarle, logró sostener la confianza necesaria en sus promesas de un pronto y feliz encuentro con su amo, para que la córte española continuase su expedicion hasta Vitoria. Efectivamente, el 14 entraba en esta ciudad don Fernando sin otro resultado que el de saber que Napoleon se encontraria ya próximo á Bayona. Decidió detenerse allí, resuelto á no pasar adelante y esperar á su futuro huésped, creyendo haber hecho por obsequiarle cuanto podia exigirse á su rango y situacion. Savary comprendió que era necesario acudir á nuevos argumentos para ejecutar el plan que se le habia cometido y, no encontrándolos ya, agotado como deberia hallarse el vasto repertorio de mentiras y argucias de que iba valiéndose en tan dilatado viaje, se encaminó á Bayona ansioso

Detiénese en Vitoria.

de consultar con el Emperador la prosecucion de su vil intriga. Era á la vez portador de una carta en que Fernando, quejándose á Napoleon de su silencio y de la conducta de Murat y de Beauharnais, solicitaba de nuevo su proteccion poderosa y la mano de una de sus sobrinas.

Mientras el general diplomático corria á toda brida á concertarse con el Emperador, era Vitoria teatro de escenas, á la vez que conmovedoras por el patriotismo y lealtad que en ellas exhibian el pueblo y algunos ilustres ciudadanos llevados de su amor al trono, tristes por la debilidad y torpeza de una córte tímida é ignorante. Los que en Madrid no pasaban de ser presentimientos mas ó menos amenazadores, pero improbables en concepto de muchos, en Vitoria aparecian ya como anuncios seguros de una ruina total y próxima. En Madrid, rodeada la nueva córte de sus mas entusiastas partidarios, podia entregarse á alguna, aunque remota, confianza de que fuese respetada aun en medio de 40,000 bayonetas extranjeras; pero en Vitoria, envuelta entre soldados que obedecerian ciegamente á los que ya empezaba á tener por enemigos ó al menos por aliados tiránicos, y solo apoyada por una poblacion de muy escaso vecindario y por consejeros de muy cortos alcances, debia haber perdido algunas de las halagüeñas esperanzas con que emprendiera aquella malhadada expedicion. Los sucesos humanos, una vez en marcha, suelen recorrer la pendiente hasta su fin, sin que sea fácil contenerlos allí donde se advierte que van torcidamente encaminados. Si en Madrid se consideraba temerario resistir á los deseos de Murat y se creyó conveniente anticiparse

á la llegada del Emperador para obtener su proteccion, ¿cómo ministros débiles, consejeros ineptos y un príncipe sin experiencia habian de negarse á entrar en Francia si Napoleon manifestaba deseos de que se le visitara en ella?

A cada momento se recibian en la cámara real noticias y avisos alarmantes. Ya era el comandante encargado del resguardo en la línea del Ebro quien anunciaba los peligros de aquel viaje, por conversaciones con los oficiales franceses que se los habian denunciado; ya era un alcalde el que, por voces que corrian como válidas entre los aliados y que el pueblo tenia por verosímiles en vista de la insistencia con que se esparcián, consideraba inminente la pérdida del soberano si se dirigia á Bayona; y Hervás, que seguia á la córte, y don Mariano Luis de Urquijo, que desde Bilbao acudia á besar las reales manos, no cesaban de reprobar tal determinacion. Tan inminente se creia el peligro que unos proponian la fuga á Zaragoza protegida por los 2,000 carabineros que mandaba el citado comandante, y otros á Vizcaya, fiándola á la lealtad y á los brios de los naturales; pero todos convenian en que era de absoluta necesidad para salvar á su adorado monarca. Solo en la antecámara del Rey se tomaban por absurdas aquellas noticias y por descabellados tales proyectos.

Llegaron á su colmo las alarmas del pueblo y la ceguedad de los cortesanos al volver Savary el dia 18 concertado ya con Napoleon y portador de la respuesta á la carta de don Fernando. Y no era para menos, porque si la contestacion del Emperador revelaba á los mas avisados y prevenidos planes tenebrosos y

nada favorables al nuevo monarca español, significaba á los que habian aconsejado á éste su salida de Madrid que era ya muy tarde para retroceder. Las recriminaciones dirigidas al Príncipe por la que se queria considerar como conducta propia y aun por sus humildes cartas al Emperador, manifestaban, efectivamente, en éste una notable falta de benevolencia y la idea de rebajarle; así como la significacion de la necesidad de avistarse con él para que sincerándose, si podia, obtuviera el reconocimiento de su exaltacion al trono, parecia encaminada á que Fernando añadiese un nuevo sacrificio al que acababa de hacer trasladándose á Vitoria. Savary, que hasta entonces se habia mostrado galante y complaciente hasta la bajeza, ahora se tornaba altanero y amenazador en los momentos de mayor vacilacion y de angustia; mezclando las promesas mas animadoras, si se escuchaban los consejos de su amo, con la seguridad de las resoluciones mas violentas si llegaban á desoirse (1).

¡Dilema tremendo el que se ofrecia, por una parte, á un Rey tan confiado é inexperto que desde Madrid á Vitoria habia ido á cada ruido asomando la cabeza á la portezuela del coche con la esperanza de encontrar al Emperador, y por otra á unos consejeros tan torpes que no conocian el lazo en que les hacia caer la falaz verbosidad de un general sin poderes que

(1) Mientras decia al Rey: «Me dejo cortar la cabeza si al cuarto »de hora de haber llegado V. M. á Bayona no le ha reconocido el »Emperador por rey de España y de las Indias,» hacia rondar y observar la casa que ocupaba Fernando y como por inadvertencia dejaba traslucir las órdenes que traia y las que habia comunicado á los jefes franceses para arrancar á los españoles su monarca.

acreditasen una mision seria y amistosa! El pueblo y los generosos patricios que habian acudido á Vitoria á denunciar el peligro, podian determinarse á una evasion inmediata y despues á, desenmascarando al tirano ante las naciones todas, apellidar la guerra; pero en la cámara real, la desgracia anterior, lo repentino y acaso inesperado del encumbramiento reciente y el temor á unas armas y un poderío que ya no reconocian contrapeso en Europa, inclinaban á los cortesanos y al rey á determinaciones que, por lo mismo que eran las mas débiles, debian aparecerles como las mas fáciles. Y así fué: en vano el pueblo demostró su desaprobacion y aun se arriesgó á cortar los tirantes del coche real; en vano Hervás, Urquijo, Alava y otros varios representaron los peligros y el desdoro de abandonar el suelo patrio; en vano Crillon en San Sebastian y Laburia en Irun manifestaron la facilidad de evadirse y Olazabal ofreció embarcacion en que verificarlo por el Bidasoa; Escoiquiz irguiendo la cabeza dijo sentenciosamente; «Es negocio concluido, se nos »han dado todas las seguridades que podiamos de»sear;» y el monarca español, cruzando el 20 la frontera, penetró en Bayona bajo los tristes auspicios que debian inspirarle la soledad del camino y las explicaciones de Medinaceli, Fernan-Nuñez y Frias, que habian salido tardíamente á recibirle, y con admiracion del mismo Emperador que no podia creer lo que entonces consideraba como su mayor fortuna.

Prosigue á Bayona.

En su inmenso orgullo creia aquel hombre extraordinario haber atraido á sus piés y aherrojado al leon de España. ¡Pobre é ignorante vanidad humana! enredábanse en sus dedos las guedejas; la fiera quedaba

en su guarida afilando sus agudas uñas y sus acerados dientes.

Le anuncia Savary el fin de la dinastía Borbónica en España.

Aun no habia llegado á su término el dia 20 cuando á la vuelta de un banquete, á que le invitara el Emperador, y al recogerse en el poco decoroso tugurio que le habia preparado la generosidad francesa, recibia don Fernando por boca de aquel mismo Savary, queel dia anterior apostaba la cabeza á que inmediatamente se verificaria el reconocimiento de lo sucedido en Aranjuez, el triste anuncio de que la dinastía borbónica cesaba desde aquel momento de reinar en España. El magnánimo Emperador queria que uno de sus hermanos hiciese la felicidad de los españoles y ofrecia, en cambio, á los Borbones una imágen de trono, una sombra de poder, en la Etruria, arrebatada á otro Borbon para incorporarla al Imperio.

Entonces, y solo entonces, fué cuando los consejeros de Fernando sintieron rasgarse el velo que cubria sus ojos. ¡Entonces comprendió el débil é inexperto monarca el lazo en que le habian hecho caer la tiranía de su protector y las artes de los agentes de que éste le habia rodeado! ¡Ejemplo de iniquidad de que tendria su autor que arrepentirse al recordarlo, cuando al ir *como Themístocles á sentarse en el hogar del pueblo británico*, en vez de la proteccion que pedia, encontraba en la roca abrasadora de Santa Elena la hospitalidad *del mas poderoso, constante y noble de sus enemigos*!

No es fácil reproducir la sorpresa que experimentaron Fernando y sus acompañantes. Hiciéronse mil comentarios á tan inexperado anuncio en aquella noche de triste recordacion; pero, á pesar de lo

categórico que era y aun observando la alegría é impudencia con que Savary lo habia pronunciado, todos supusieron que debia reducirse á las proporciones y carácter de una amenaza para obtener condiciones mas favorables que las que le fuera dable á Napoleon esperar del reconocimiento de Fernando. Firmes en esta conviccion, decidieron rechazar las proposiciones del Emperador, encargándose don Pedro Ceballos, como secretario de Estado, de hacer manifiesto el ultraje que se inferia á la nacion española con el secuestro de su monarca, y patentes los derechos y la legitimidad de don Fernando. Ceballos, con el calor de su lealtad, la expresion, acaso excesivamente enérgica, que le caracterizaba, y la lógica de razonamientos que eran realmente muy difíciles de rebatir, disgustó á Napoleon quien, despues de cubrirle de dicterios, exigió el nombramiento de otro negociador mas flexible. Sustituyó á Ceballos don Pedro Labrador, diplomático reputado por su espíritu conciliador y por la habilidad con que habia sabido distinguirse en sus misiones á Italia. Mas tampoco agradó al Emperador, hallándole tan incorruptible como Ceballos y mas de temer por la elocuente, aunque suave, entereza con que defendió los principios de independencia y de integridad en que debia descansar la alianza de España con el imperio Napoleónico. Cesaron, pues, las negociaciones que por parte del César se dirigian á obtener el asentimiento de Fernando al abandono de sus inalienables derechos, para apelar á otros medics mas torcidos aun, medios á que no podia menos de acudir quien ya se habia lanzado por los caminos de la usurpacion.

Viaje de los reyes padres.

Eligióse á los reyes padres por instrumentos en la nueva intriga. Temerosos de que adelantándose Fernando al encuentro del Emperador alcanzara de éste el tan suspirado reconocimiento de su exaltacion al trono, mostrábanse impacientes por neutralizar con su presencia el efecto que con la suya pudiera aquel producir ante el poderoso monarca de la Francia. Así que, cuando Napoleon hizo conocer á Murat la conveniencia de que toda la familia real de España se trasladase á Bayona, no necesitó éste recurrir á la fuerza, como en último caso se le recomendaba, sino que lo mismo Cárlos IV que María Luisa se ofrecieron á hacerlo con tanta mejor voluntad, cuanto que al mismo tiempo se haria partir para el mismo punto á su inolvidable príncipe de la Paz.

Ninguna dificultad ofrecia la marcha del monarca y de su esposa que, habiéndose trasladado al Escorial aunque con el pretexto de pasar allí la Semana Santa, con el fin de hallarse mas al amparo de la proteccion francesa, podian abandonar el país sin que casi lo advirtiesen sus antiguos vasallos tan desentendidos ya, por otra parte, de su afecto como de su autoridad. No sucedia lo mismo respecto á Godoy, objeto cada dia de mayor odio y cuya libertad, solicitada desde el dia mismo de la partida del Rey, no lograba Murat obtener tampoco de la Junta de Gobierno. Por mas que el gran Duque usaba de toda clase de ardides y de mentiras para arrancar á su antiguo amigo del poder de los españoles, ya asegurando que Fernando se lo habia ofrecido el dia antes de su marcha, ya queriendo demostrar que fuera de España el favorito, se haria imposible su vuelta al poder, los ministros se man-

tenian firmes en el propósito de solo obedecer las instrucciones recibidas hasta que el Rey contestara á las consultas que, repetidamente y á cada nueva exigencia de Murat, se le hacian y debian alcanzarle en el camino. Pero, siendo ambíguas las respuestas del monarca, apremiantes las instancias de Murat, que decia tener órdenes de Napoleon para trasladar á Bayona al recientemente derrocado ministro, y no difíciles de llevar á efecto las amenazas que diariamente hacia de arrebatarle á la fuerza, cedió la Junta, y el infante don Antonio, su presidente, firmó la órden que poco despues y á pesar de las representaciones del marqués de Castelar que mandaba las tropas de Villaviciosa, ponia á Godoy en manos de los franceses.

En recompensa de este servicio, que se creia espontáneo, Cárlos IV se avino á dictar actos de soberanía que, aun comprendiendo que habrian de reducirse á un vano alarde, eran necesarios á Murat para establecer en España un dualismo de mando de que naturalmente podria resultar la falta de gobierno y, de todos modos, la de autoridad en el que funcionaba en nombre de Fernando VII. La Junta de Gobierno se resistió á todo concierto cuando el gran duque de Berg, por conducto de O'Farril, la anunció la publicacion de una proclama en que Cárlos IV iba á manifestar haber sido forzada su renuncia; pero, amenazada de nuevo y temiendo un gran conflicto en circunstancias tan graves como las que atravesaba el país, transijió en que, una vez que el anciano monarca notificara su protesta, la Junta consultaria á don Fernando, pero en la inteligencia de que todo habria de quedar sumido en la mas profunda reserva

hasta conocer los resultados á que diese lugar (1). Cárlos IV comunicó al infante don Antonio la protesta con el poco acierto de referirla al mismo dia 19 en que habia abandonado el trono y, como en manifestacion de su recobrada autoridad, confirmó á la Junta en la que le habia delegado su hijo, y en sus nuevos destinos á todos los empleados desde el citado dia 19. La Junta de Gobierno acusó el recibo de aquellas determinaciones, pero no representó acto alguno de sumision á una córte que, al dia siguiente al en que daba aquella como muestra de resurreccion, corria á precipitarse tambien en brazos de su mortal enemigo.

Rápida, en efecto, fué la marcha, mas de lo que manifiestamente convenia á la quebrantada salud del anciano monarca; pero, aun protestando por continuar en la gobernacion de España, bien comprendia él en su no limitado talento que ya era imposible reinar en un país que con tanto alborozo habia saludado la exaltacion de su hijo al trono. Dejábalo, pues, aunque con el dolor y la mortificacion consiguientes, con el consuelo de que muy pronto podria estrechar á su pecho al amigo que con tanta abnegacion, en su sentir, le habia ayudado á sobrellevar el grave peso de la corona.

El dia 30 de abril hallábanse en Bayona los destronados reyes, sus hijos don Fernando y don Cárlos,

---

(1) De Schepeler en su *Historia de la revolucion de España y de Portugal*, dice que O'Farril al leer la proclama replicó que no seria obedecida por las autoridades. «Los cañones y las bayonetas les »obligarán á ello,» respondió furioso Murat; «En ese caso, dijo O'Far»ril, vale mas empezar por ahí, porque no encuentro diferencia »entre la proclama y las bayonetas.» O'Farril cuenta tambien este diálogo en su *Memoria justificativa*.

y el príncipe de la Paz. Si en la córte de España se sentian ya los efectos de la discordia que se habia introducido en la familia real y sobre todo desde los acontecimientos de Aranjuez, ¿cuánto tardarian á salir á luz allí donde la nacion no podia imponer con el unánime veredicto con que habia aprobado el reciente cambio y daba fuerza al nuevo órden de cosas?

Aun no habia descendido de los carruajes la comitiva de los ancianos monarcas, cuando don Fernando pudo ya comprender que muy poco ó nada debia esperar del amor de sus padres para conjurar los graves peligros que cada dia, desde el de su llegada á Bayona, se amontonaban sobre su cabeza. Efectivamente, en la noche de aquel mismo dia en que, además de ver que se publicaban oficialmente los documentos relativos á las ocurrencias de Aranjuez y la protesta de Cárlos IV, sufrió la mortificacion de oir los honores que hacian á éste y á su esposa, se le exigia á él, reducido á la condicion de príncipe de Asturias, que reconociera la invalidez de su encumbramiento al trono, confesando la de la abdicacion de su padre.

Renuncia condicional de don Fernando.

Era natural que don Fernando resistiese un acto que no solo encerraba la pérdida de sus aspiraciones y legítimos derechos, sino que daba á entender que se habia anticipado á obtenerlos por medio de la violencia. Así fué que, obligado á ceder despues de una entrevista con sus padres, de la cual hasta el mismo emperador Napoleon salió horrorizado, al decir del arzobispo Mr. de Pradt, lo hizo al fin, pero con tales condiciones de prudencia y dignidad que anulaban, para el objeto deseado, la renuncia que se le exigia.



Despues de recordar á su padre lo espontáneo de su abdicacion en Aranjuez, demostrándoselo con las mismas palabras que en aquella triste circunstancia y en otras posteriores habia pronunciado el augusto anciano, manifestaba don Fernando estar dispuesto á devolverle el cetro, pero en Madrid, ante las córtes ó ante los tribunales y diputados de los reinos, sin la intervencion ni acompañamiento de personas que se hubiesen concitado el odio de la nacion, y gobernando él como lugar-teniente de Cárlos IV, si éste, como le habia indicado, no queria reinar por sí ni volver á España.

Don Cárlos, instrumento entonces y solo instrumento del soberano de la Francia, para quien no eran aceptables las limitaciones que imponia don Fernando á su renuncia, le dirigió una carta que lleva la fecha del 2 de mayo, inspirada indudablemente por Napoleon, y en la que, despues de hacer la historia de nuestras alianzas con Francia y de ponderar los beneficios recibidos de esta nacion y de su ilustre jefe, rechazaba la cesion en los términos en que la proponia su hijo. «Yo soy Rey, decia don Cárlos, por »el derecho de mis padres: mi abdicacion es el resul»tado de la fuerza y de la violencia: no tengo, pues, »nada que recibir de vos, ni menos puedo consentir á »ninguna reunion en junta, nueva necia sugestion de »los hombres sin experiencia que os aconsejan.»

Aun respondió el que ya en Bayona no recibia otro título ni mas honores que los de príncipe de Asturias, manifestando sus deseos bien demostrados de estrechar mas y mas sus relaciones amistosas con el emperador Napoleon, pero defendiendo su derecho in-

disputable al trono y la conveniencia de consultar á la nacion en tan críticas y solemnes circunstancias. Y como las razones en que se apoyaba don Fernando eran incontestables, por mas que de rechazo fuesen dirigidas á quien consideraba á los pueblos como rebaños obedeciendo sus despóticas voluntades, marchaban lentamente las negociaciones entre Napoleon y don Cárlos, obligados á seguir un camino de controversia en que era muy difícil alcanzar solucion satisfactoria sin provocar una resistencia por parte de España que el anciano monarca demostraba en toda su correspondencia presumir y temer.

No se resolvia don Fernando á provocarla, á pesar de los consejos que, en ocasiones y segun las circunstancias del momento, le daban sus partidarios, constituidos casi constantemente en su alojamiento. Las comunicaciones que cada dia le llegaban de Madrid le infundian la esperanza de que la Junta de Gobierno velaria por que los pueblos hicieran una elocuente manifestacion de amor á su persona. Esta esperanza se fundaba en la consulta que le habia dirigido la Junta, sobre la conveniencia de que en alguna de las provincias libres se formara un gobierno provisional que, apelando al sentimiento de la nacion, la levantase para iniciar la resistencia. Don Fernando se oponia á llevar las cosas á tal extremo, temiendo, aun resuelto á no ceder á las amenazas de Napoleon, el que tales proyectos pudieran comprometerle. Pero en 4 de mayo, despues de una entrevista con los reyes sus padres, á que mas adelante haremos referencia, y previendo que tendria muy pronto que cesar en su propósito de resistir la decision de don Cárlos y las violencias de Na-

poleon, se resolvió á buscar en sus pueblos la fuerza que no encontraba en su derecho, por claro y hasta indisputable que fuese. Expidió, pues, dos decretos que llevan la fecha del 5 de mayo, autorizando en uno á la Junta para que, en cuerpo ó sustituyéndose en otras personas, se trasladara á punto libre en que pudiese ejercer la soberanía é iniciar la lucha, y dando, en el otro, facultades al Consejo Real y, en su defecto, á cualquiera Chancillería y Audiencia, para que convocase las Córtes, que deberian ocuparse por el pronto en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino. Estos decretos iban dirigidos á revocar las instrucciones dadas á la Junta por el conducto de don Justo Ibar Navarro, oidor de Pamplona, á quien se habia hecho salir para Madrid, y que, llevando noticias de cuanto sucedia en Bayona, se encargó de aconsejar en nombre del Príncipe la conservacion de la paz y buena armonía con los franceses. Tardíos los decretos y mucha la diligencia de Ibar Navarro, la Junta, como veremos mas adelante, no consiguió sinó engolfarse en un mar de contrariedades y de dudas.

Es probable que en el alojamiento de los reyes padres se sospechara que el Príncipe tomaba precauciones para salir á salvo de tan crítica situacion, por lo que, y temiendo la influencia de la Junta de Gobierno en las resoluciones á que pudiera entregarse el país, don Cárlos expidió á su vez un decreto nombrando por su lugar-teniente en España al gran duque de Berg, decreto al que pronto veremos producir su efecto en los momentos mas angustiosos para nuestra patria.

Así andaba empeñada la lucha entre nuestros soberanos, cuando la noticia de un acontecimiento funestísimo, á la vez que glorioso, para el pueblo de Madrid, fué á precipitar el desenlace de las tenebrosas maquinaciones que el emperador Napoleon fraguaba para destronarlos.

CAPITULO VI.

Estado de los ánimos en Madrid.—Conducta de Murat.—De la Junta de Gobierno.—Precauciones de Murat.—Atropellos de los franceses.—Quejas y amenazas de Murat á la Junta.—Alardes de fuerza.—Murat exige la marcha de los infantes á Francia.—Resistencia de la Junta.—Síntomas de alteracion en el pueblo de Madrid.—DOS DE MAYO.—Parte la reina de Etruria.—Las lágrimas de don Francisco conmueven al pueblo.—Rómpese el fuego.—Son muertos los franceses que resisten.—Salvados los inermes.—El paisanaje acude á los cuarteles.—Parque de Artillería.—Daoiz y Velarde.—Combate en el centro de Madrid.—Asalto del parque.—Muerte de Velarde, de Daoiz y de Ruiz.—Venganza francesa.—Monumento del DOS DE MAYO.—Pérdidas de una y otra parte.—Consecuencias del DOS DE MAYO.

Estado de los ánimos en Madrid.

La marcha de don Fernando á Bayona habia causado en Madrid una dolorosa impresion y, segun ya hemos dicho anteriormente, dejaba entre los habitantes esa inquietud sombría que en los pueblos de carácter enérgico revela siempre la proximidad de graves y trascendentales sucesos. Sin el respeto ya que infundia la presencia de un monarca sinceramen-

te amado por sus vasallos, el ejército francés, inspirándose en el orgullo de su general en jefe, empezaba á provocar la longanimidad caballeresca de los españoles que, viéndose abandonados á sí mismos, pues que mal podia protegerles un gobierno que solo el nombre tenia de tal, tendrian que apelar á sus propias fuerzas para reprimir la brutal conducta de sus huéspedes.

Las quejas eran diarias y de cuantos puntos ocupaban los franceses. Ya llegaban de Guadarrama y Segovia por excesos que Murat prometia no tolerar, pero que dejaba sin castigo; ya de los pueblos y cantones inmediatos á la córte, donde la soldadesca, faltando á la obediencia debida á sus oficiales y al respeto que reclamaban los nuestros, maltrataba á las gentes y robaba y talaba las propiedades; bien, por fin, tenian orígen en Madrid mismo, cuyos habitantes, especialmente los de los barrios bajos, presenciaban toda clase de escándalos. El rio era teatro de las escenas mas repugnantes, las cuales se convertian en reyertas formales y cruentas en que casi siempre salian mal parados los provocadores. Llegó á darse junto al puente de Toledo un verdadero combate, en que se creyeron obligados á tomar parte algunos soldados españoles, ofendidos de la conducta grosera de los franceses para con las mujeres de nuestro pueblo. Y no era solo en las afueras, sino que en las puertas, y aun en las calles de la villa, se repetian á cada momento acontecimientos de la misma índole; habiéndose hecho necesario nombrar patrullas que recorriesen todos los barrios para mantener la concordia entre los habitantes y los recien llegados. El buril inimita-

ble de Goya ha trasladado á la estampa algunas de las escenas mas repugnantes que presentaba la grosería de aquellos propagadores de la civilizacion en nuestra desgraciada patria; escenas cuya autenticidad consta en documentos oficiales que tenemos á la vista y que no publicamos por no encender en ira ánimos que, como de españoles, están acostumbrados á perdonar y hasta poner en olvido las ofensas.

Pero si los madrileños podian soportar las que la brutalidad extranjera inferia á sus personas, vengándose inmediatamente como les era dable, no era fácil que en su patriotismo y amor al trono se mantuvieran mudos é impasibles ante la ejecucion de los planes que se habia trazado é iba poco á poco llevando á cabo la política torcida de Napoleon.

Conducta de Murat.

En concepto de Murat urgia ya un rompimiento con el pueblo de Madrid para que dando lugar á una represion severa, pusiese en sus manos la autoridad suprema y la gobernacion del país. No perdonaba medio ni desperdiciaba ocasion, por inconveniente ó poco oportuna que fuese, para alcanzar un objeto, que por lo reprobado habia de producir forzosamente los resultados mas funestos.

Lo que mas pronto habia de llevar las cosas al fin deseado y previsto por Murat seria la publicacion de la protesta de Cárlos IV y el temor consiguiente de que volviese á tomar este monarca las riendas del gobierno. Conociendo la animadversion que excitaban, mas que la persona del desventurado anciano, las de los que influian en sus determinaciones, y sobre todos Godoy, cuya libertad acababa de producir manifiesto y general descontento, comprendia Murat que

con solo anunciar la anulacion de lo ejecutado en Aranjuez podria obtenerse un motin que disculpara la supresion de todo lo existente y el establecimiento de una nueva dinastía. Ya dos franceses, Jumiel y Ribat, dependientes del general Grouchy, habian recorrido algunas imprentas en busca de quien estampase la proclama, intento que se habia frustrado por la lealtad de los dueños de aquellos establecimientos, como las amenazas de Murat para que la Junta Suprema de Gobierno obedeciese las intimaciones de don Cárlos se habian estrellado en la dignidad y teson de sus miembros y vocales. Ya que no por estos medios, el gran duque de Berg encontraba por otros la manera de hacer observar á los españoles su propósito de no reconocer la autoridad de don Fernando, haciendo que sus generales y oficiales aprovechasen todas las ocasiones que se les presentaran para desprestigiarla y hasta escarnecerla. Los soldados franceses se acostumbraron así á considerar como enemigos á los partidarios del jóven soberano; en Burgos se habia interceptado un correo dirigido desde Bayona á las autoridades españolas, y un oficial de Estado Mayor, encargado de preparar en Toledo el alojamiento para una de las divisiones de Dupont, declaraba en voz alta y públicamente que el Emperador no reconoceria á Fernando VII, y que Cárlos IV volveria á ocupar el trono. Esta conducta sublevaba todos los ánimos: los franceses se hacian objeto del odio popular; en Burgos se habia querido castigar el secuestro de la correspondencia en el intendente marqués de la Granja, hechura de Godoy, y en Toledo el furor de la plebe, respetando al imprudente emisario de tan desagrada-

bles nuevas á quien se hizo salir en coche de la ciudad, se cebó en las casas del corregidor y de los concejales, acusados de connivencia con los extranjeros.

Esto era, sin embargo, lo que deseaba Murat. Obtenia así pretextos para manifestar su resentimiento á la Junta de Gobierno; disculpaba las violencias de sus soldados y las exageraciones de su orgullo; y excitaba con ellas la ira de los españoles, cuya explosion creia conveniente á sus fines.

De la Junta de Gobierno.

La Junta buscaba en sí misma y en el país recursos con que poder llevar á feliz término la alta mision que se le habia encomendado. Las deliberaciones se sucedian con una rapidez y una constancia que revelaban el mayor celo; y si no se obtenian resultados satisfactorios, necesario es reconocer que no era por falta de patriotismo ni por escasez de luces, sino porque las circunstancias en que tenian colocada á la Junta la gestion maquiavélica del Emperador, las vacilaciones, diferencias y debilidad de la familia real española y las imponentes amenazas del duque de Berg, eran superiores ya en tales momentos á la inteligencia de aquellos varones, á la fuerza de que podian disponer y á la energía que fueran capaces de desplegar. Tratóse varias veces de apelar á las armas para rechazar las pretensiones de Murat. Para verificarlo con alguna, aunque remota, esperanza de éxito, se hacia necesaria la evasion de algunos miembros importantes de la Junta que á todo evento la representasen lejos de Madrid, en punto libre de la coaccion y violencia de los franceses. Deberian salvarse los de mas importancia de entre los que componian la Junta; pero el infante don Antonio se resistia á dar un paso

que pudiera servir de pretexto á Napoleon para entregarse á mayores violencias de las que ya cometia con nuestros soberanos. Se convino, pues, en consultar á Bayona estas resoluciones, de que ya hemos dado alguna idea en el capítulo anterior, y que se encargaron de presentar á S. M. el comandante don José Zayas, que fué arrestado en la frontera, y don Evaristo Perez de Castro, oficial de la secretaría de Estado, á quien la fortuna llevó felizmente á su destino. Cuatro eran los puntos que la Junta de Gobierno proponia á don Fernando: «1.° Si convenia autorizar á la Junta á »sustituirse en caso necesario en otras personas, las »que S. M. designase, para que se trasladasen á para»je en que pudiesen obrar con libertad, siempre que »la Junta llegase á carecer de ella: 2.° si era la vo»luntad de S. M. que empezasen las hostilidades, el »modo y tiempo de ponerlo en ejecucion: 3.° si debia »ya impedirse la entrada de nuevas tropas francesas »en España cerrando los pasos de la frontera: 4.° si »S. M. juzgaba conducente que se convocasen las »Córtes dirigiendo su real decreto al Consejo, y en »defecto de este (por ser posible que al llegar la res»puesta de S. M. no estuviese ya en libertad de obrar) »á cualquiera Chancillería ó Audiencia del reino que »estuviere libre de tropas francesas (1).»

En espectativa de una resolucion conforme á estas proposiciones, todavía se aventuró la Junta á tomar algunas medidas que despues deberian contribuir á la ejecucion de sus planes. Se prepararon las órdenes para

(1) Memoria de don Miguel José de Azanza y don Gonzalo O'Farril.

hacer salir la guarnicion de Madrid, aun cuando fuese dispersándola ó promoviendo su desercion; para destruir los medios de trasporte en derredor de los cantones franceses; y á fin de que las tropas españolas pudieran reunirse, bien provistas de víveres y municiones, en puntos que se considerasen á propósito para principiar la guerra. La Junta comprendia que era urgente prepararse para las eventualidades que pudieran provocar la conducta de Murat y de sus agentes; pero, segun declaran dos de sus miembros mas influyentes, «nada temia tanto como un lance »que comprometiese la poblacion de Madrid, ó diera »ocasion á que el pueblo se expusiese á sacrificios que »no podian tener sino un éxito funesto (1).»

Se conocia á primera vista que el gran duque se hallaba tambien preparado á sucesos en su concepto de suma gravedad, si es que no los iba él mismo disponiendo á medida de sus planes (2). Que pisaba un

(1) Memoria de don Miguel José de Azanza y don Gonzalo O'Farril.

(2) Que no obedecia en esto las instrucciones del Emperador se deduce de los despachos de éste insertos en la correspondencia recientemente publicada, ¿Será, por eso, verdadero el de 29 de marzo de 1808, al que tanta importancia se ha querido dar por los defensores de Napoleon respecto á su conducta en España? Estudiada detenidamente la correspondencia anterior á aquella fecha, se hace verosimil la redaccion del referido despacho; porque toda ella respira el temor de un rompimiento que pudiese dar origen entre los españoles á la idea de resistir la intervencion que el Emperador tan erradamente habia comenzado á ejercer en nuestro país. En corroboracion de esto podriamos citar varios despachos que suponemos no hayan sido desfigurados por sus compiladores. Especialmente en los de 8, 16 y 19 de aquel mismo mes de marzo, se encuentran frases que están muy de acuerdo con las mas sustanciales del de 29 de marzo, y que tambien revelan el estudio que Napoleon habia hecho del carácter de los españoles. De modo que aplicadas estas comparaciones en el juicio sobre cuestion tan dudosa, bien pudiera aceptarse la idea de que Napoleon, temiendo la indiscrecion de Murat, qui-

terreno que debia ya contemplar como enemigo, lo daban á entender el número de las tropas que habia acumulado en Madrid, las posiciones que elegian y el continente hostil que presentaban. Mas de 25,000 hombres de todas armas habia acantonados en Madrid y pueblos inmediatos de Fuencarral, el Pardo y Chamartin, todos pertenecientes al cuerpo de ejército de Moncey y á las tropas de la Guardia y caballería que componian el cuartel general. Dos de las divisiones del cuerpo de Dupont observaban la capital desde Toledo, Aranjuez y el Escorial, y la tercera, así como

---

siese moderar sus arranques, dirigidos impremeditadamente á decidir pronto la suerte de nuestros monarcas y la suya propia, tan interesada en las soluciones que su ambicion iba buscando.

Pero entonces ¿por qué no se dió curso á aquel despacho? ¿Cómo, no habiéndolo expedido, se conservó para una oportunidad tan lejana como la en que se llegó á publicar? Por mas que el conde de las Casas, primer descubridor de tan importante documento, lo presente como auténtico y por mas que Thiers, Bausset y otros se inclinen tambien á considerarlo así, existe en él cierto espíritu que, mas que profético, parece calculado por el éxito y la posicion especial de su iniciador en 1816 para echar sobre Murat el resultado funestísimo de la guerra de España. Napoleon, durante el largo tiempo de su cautiverio, se esmeró en disculpar sus errores políticos y militares con tal anhelo y á veces con tal inexactitud, que llegó á rebajar no poco su elevado carácter, y hasta á hacer menor la conmiseracion que no podia menos de infundir el injustificado martirio que le impuso la Inglaterra. Tan meditado está el despacho de 29 de marzo, tan conforme con ideas anteriormente emitidas por el Emperador, pero tan ajustado á la situacion de éste despues de 1808, que por mas que se estudie y se analice no es posible deducir algo de seguro y cierto. La correspondencia posterior con Murat es, por otro lado, contradictoria respecto á la que la precede en fechas. No se ordena en ella la provocacion á los españoles, pero si el rigor, recomendado en las instrucciones de Napoleon á un punto que desdice notablemente del espíritu de aquel documento. ¿Seria por haber cambiado de opinion el dia 29 de marzo precisamente por lo que no se remitiese á Murat?

Creemos inaveriguable la verdad. Por lo demás, nuestros lectores encontrarán el despacho á que nos venimos refiriendo en el apéndice núm. 7.°

las tropas de Bessières, cubrian las líneas de comunicacion con Francia ó se mostraban dispuestas á cruzar Guadarrama y sostener la accion de las que Murat tenia á la mano. De modo que á una poblacion de vecindario no muy considerable, como era entonces Madrid, sin fortificaciones y completamente inerme, se la cubria y rodeaba con 35 ó 40,000 hombres, apoyados de cerca por otros 20,000, para que no pudiera oponer resistència de ningun género. Pero lo que de una manera mas elocuente demostraba las precauciones que se creian necesarias para sujetarla y, mas aun, la prevision de acontecimientos graves é inmediatos, era la situacion de la mayor parte de aquellas tropas. No se las habia acuartelado ni establecido dentro de la poblacion, como se hace cuando reina una cordial y franca armonía entre dos naciones amigas, sino que se las hacia ocupar en el perímetro y zona inmediata los puestos mas importantes bajo el punto de vista militar. En la Casa de Campo, la Moncloa y convento y alturas de San Bernardino, campaba una gran parte de las tropas francesas, y en el Retiro se habia establecido, además, un inmenso parque de artillería con todas las piezas montadas, unas en batería y dirigidas contra Madrid, y las demás en disposicion de utilizarse inmediatamente para el combate. En la villa solo se alojaban la division de infantería de Musnier, la Guardia Imperial y una brigada de caballería, el arma que necesita buen alojamiento para su cuidado y conservacion, y la fuerza que debia proteger la morada del general en jefe. ¡No puede negarse que Murat cumplimentaba al pié de la letra las órdenes de Napoleon para que mantuviera siempre

las tropas como se acostúmbra hacer al frente del enemigo!

Mas no eran solo estas las precauciones que habia tomado el lugar-teniente del Emperador. Ya hemos advertido el empeño que desde el dia en que llegó á Madrid habia formado para alejar de la córte las tropas españolas. Las que debian abandonar el Portugal y situarse en Talavera y Toledo habian vuelto á Extremadura y aun al mismo reino lusitano, y las procedentes de las provincias orientales, despues de vagar de un punto á otro obedeciendo órdenes sucesivas y las mas veces contradictorias, se habian alejado de nuevo, ó para su anterior destino ó hácia puntos distantes de los cuerpos franceses. Hasta los regimientos, escasos en número y mas escasos de fuerza, que habian quedado en Madrid, iban fraccionándose de dia en dia para dar destacamentos, vigilar las comunicaciones, convoyar los útiles de campamento que necesitaban los aliados, y aun para dar escolta á los mismos generales imperialistas que iban á Sevilla ó Badajoz con misiones, siempre contrarias á nuestros intereses y defensa. Así que en Madrid no habia mas guarnicion española que unos 3,000 hombres, empleados en conservar el órden y la apariencia de que existia una como sombra de gobierno español.

Todo, pues, parecia preparado por parte de Murat para dar un golpe decisivo que hiciese comprender á la nacion española que habia perdido, al tiempo mismo que sus monarcas, arrancados traidoramente de la tierra patria, su libertad é independencia, los objetos mas caros para ella. Solo faltaba el pretexto, pues que la ocasion no era necesario ya dilatarla, y

en busca de uno legal ó injusto, verosimil ó impertinente, se lanzó la imaginacion atropellada del duque de Berg.

Atropellos de los franceses.

Las provocaciones de los soldados franceses se iban haciendo cada vez mas frecuentes y mas intolerables cada dia. En los barrios bajos las riñas se sucedian sin intervalo y, por mas que el gobernador del Consejo y las autoridades municipales redoblando su celo y vigilancia hacian observarlos constantemente con patrullas, la calle de Embajadores y los alrededores de San Francisco el Grande eran teatro de las escenas mas repugnantes y sangrientas. El señalamiento de las localidades, tan separadas de los puntos de acuartelamiento de los franceses, revela que aquellas reyertas no eran buscadas por nuestros compatriotas, quienes no hacian mas que resistir los injuriosos desmanes de los que indudablemente eran mandados allí para provocar el característico orgullo y desenfado de los habitantes.

Aquellas provocaciones y aquella resistencia eran, sin embargo, el aguijon que empleaba Murat para que, una vez exasperados los ánimos, unos y otros, españoles y franceses, se chocaran con mas violencia y encarnizamiento el dia, no lejano, de una colision. Con eso la lucha, sin tener menos probabilidades de éxito por su parte vista la desproporcion de fuerzas, produciria el escarmiento que deseaba el delegado imperial para sumir la nacion en el abatimiento mas profundo é introducir así en ella las variaciones radicales que suponia en la mente de su soberano. No cesaba, por lo mismo, de ponderar á la Junta de Gobierno el peligro de que creia amenazada la bue-

na armonía existente entre los dos paises, y á las reclamaciones verbales, de todos los dias, de todos los momentos, añadia de vez en cuando alguna por escrito, como para hacer ver que obraba con la mayor parsimonia y el mejor deseo de la paz y de la concordia. En 23 de abril escribia así al infante, presidente de la Junta Suprema. «Primo y señor: acaban »de informarme que ha habido reuniones de pueblo en »Burgos y en Toledo, y que el populacho, persuadido »por nuestros enemigos comunes, y por miserables »codiciosos de crímenes y de pillaje, ha pasado á »grandes desórdenes. En Bnrgos el intendente general »de la provincia, ha estado para ser víctima de su »celo; ha debido la vida á un francés, que le arrancó »todo cubierto de heridas de las manos de estos mal»vados. Su crímen á sus ojos era la probidad con que »cumplia sus deberes. El general Merle ha tenido que »hacer disipar esta reunion de gentes á fusilazos. Los »mas débiles han quedado en el campo; los demás »han huido. Esta medida ha restablecido la calma, y »detenido el furor popular á que instigaba el deseo »de saquear y abrasar las casas de los propietarios »mas ricos.

Quejas y amenazas de Murat á la Junta.

»En Toledo se acaban de cometer pillajes: se han »incendiado algunas casas; y por la segunda vez la »fuerza armada española ha dejado obrar á la po»pular.

»El anuncio de una Gaceta extraordinaria para las »diez de la noche, ha dado lugar ayer aquí á una re»union. Todos los habitantes de Madrid han declama»do fuertemente contra este anuncio; y ha sido nece»sario que se conociese tan perfectamente la pureza

»de las intenciones de todos los miembros de la Jun»ta de Estado para no haberse creido autorizado para »pensar que ella misma habia tratado de hacer sa»quear la villa.

»Lo declaro á V. A. R: la España no puede estar »mas tiempo entregada á semejante anarquía: el ejér»cito que yo mando no puede sin deshonrarse dejar »cometer desórdenes. Debo seguridad y proteccion á »todos los buenos españoles: los debo sobre todo á la »buena villa de Madrid, que ha adquirido eternos de»rechos á nuestro reconocimiento por el entusiasmo »que ha mostrado, y á la buena acogida que nos ha »hecho desde nuestra entrada en las murallas. Debo »por vuestro órgano hacer cesar sus inquietudes, ase»gurar al propietario, al negociante y al habitante pa»cífico de todas las clases. Debo, en fin, deciros por »la última vez, que no puedo permitir reunion alguna. »Yo no veré sino sediciosos, enemigos de la Francia »y de la España, en los individuos que se atrevieren »todavía á reunirse ó esparcir alarmas. Daos prisa, »pues, á anunciar á la capital y á las Españas mi ge»nerosa resolucion; y si no os encontrais con bastante »fuerza para responder de la tranquilidad pública, »me encargaré de ella mas directamente. Me persua»do que V. A. R., la Junta de Estado y la nacion es»pañola aplaudirán esta determinacion, y encontra»rán en ella una nueva prueba de mi estimacion y »constante deseo de contribuir á la felicidad de este »reino.

»Que los agentes de la Inglaterra; que nuestros »enemigos comunes pierdan la esperanza de armar á »dos naciones amigas, tan esencialmente unidas por

»intereses recíprocos. Los buenos españoles no ha»brán dejado de ver en la actitud tranquila que he »guardado constantemente, cuán lejos está el ejército »de dejarse arrastrar por pérfidas insinuaciones, y »que jamás hemos confundido la sana parte de los »buenos españoles con esos miserables intriguistas.»

»Sin esto ruego á Dios etc......»

¿Puede darse documento de mas descarada y falsa procacidad? Demostrado, como queda, que tanto en Toledo como en Burgos y Madrid la provocacion habia partido de los franceses ¿es aventurado pensar que estos obedecian á un plan premeditado, cual era el de producir una colision con el pueblo, para así disculpar la usurpacion que intentaban? Los españoles, sin embargo, aun no dejando impunes los desmanes de sus huéspedes, seguian obedeciendo á las autoridades; y la Junta suprema de gobierno contemporizaba con Murat, llevada del temor de que su resistencia llegara á producir la catástrofe que su legítimo soberano veia amenazante sobre su trono y aun sobre su cabeza. Ha sido motejada la Junta de débil en su conducta; pero quien estudie detenidamente su posicion en los acontecimientos que iban, se puede decir, atropellándose, y ante las circunstancias que hacian prever los insidiosos manejos de los agentes napoleónicos, comprenderá que eran necesarios mucho tacto y mucha prudencia para no comprometer los intereses personales del monarca ni los generales de la nacion. Mayor energía en sus resoluciones ¿qué hubiera producido? El país acudiria sin duda al llamamiento que se le hiciera para resistir la invasion; pero sin tiempo para convencerse de la pronta ne-

cesidad de apelar á las armas, sin saberse aun la suerte que iba á caber al monarca que con tanto júbilo y entusiasmo habia proclamado, sin llenarse, en fin, la medida de su sufrimiento, no hubiera roto acaso con la misma ardiente y unánime resolucion que empleó poco despues para sacudir el yugo á que se trataba de sujetarla. La Providencia elige los caminos por donde ha de llegar al objeto, siempre grande, que se propone, y en aquella ocasion, sábia como en todas, dirigió á los hombres y encaminó los sucesos por donde mas fácilmente habia de llevar á remate la trabajosa empresa de derrocar al protervo.

En las condiciones en que se encontraba España, desarmada con la marcha de sus mejores tropas á Dinamarca y Portugal, sin plazas en que iniciar una guerra que debia suponerse dificilísima con los vencedores de la Europa entera, sin recursos en el erario, sin aliados y sin el monarca, en fin, en que se cifraban todas las esperanzas, ¿era absurdo considerar como temeraria la resolucion que aconsejaban algunos vocales de la Junta, la de apelar á las armas? Y si esta duda se ofrece al que estudia aquellos sucesos despues de haber dado todos sus resultados, y despues de descubiertos los medios que se emplearon para obtenerlos, ¿cuál no seria la de aquellos varones responsables de la salud de España y responsables de la mision de velar por ella á la vez que de no comprometer á un monarca, víctima de la perfidia y de la traicion mas negras? Las vacilaciones, pues, de la Junta y la falta de energía que se le achacan, hijas son de su posicion escepcional ante la intriga tenebrosa

que la política de Napoleon iba mañosamente desarrollando á su vista; los arranques de heroismo no suelen tampoco emanar de los representantes del poder, y mucho menos si este es delegado; la responsabilidad ahoga sus resoluciones, por acertadas que se consideren; tienen casi siempre su orígen en el sentimiento, la mayor parte de las veces irreflexivo, de las masas que, guiadas por ese instinto patriótico que constituye su inteligencia y su consejo, se lanzan á las empresas mas aventuradas con el entusiasmo y la seguridad de un éxito indudable. Estúdiese la historia de la humanidad y se verá que si las masas populares no sirven para gobernar, puesto que al momento aparece en ellas el espíritu de anarquía que solo puede producir la muerte de los estados, son, en cambio, las que encuentran en sí mismas la energía y la resolucion heróicas necesarias para salvarlos de borrascas, que en vano intentarian contrarestar la prudencia ni la sagacidad de los gobernantes. El principio de la guerra de la Independencia, su larga duracion y sus vaivenes y cambios de fortuna, tienen su orígen y reconocen sus causas en esta para nosotros incontrovertible verdad.

Alardes de fuerza.

A lo inconveniente de la conducta de sus subordinados y á lo violento é injustificado de sus reclamaciones á la Junta, unia Murat un alarde de tropas, tan provocador, que era efectivamente de esperar produjese al fin, ó el enojo que hubiera de disculpar sus planes ó el temor de que se valiese para ejecutarlos. La guarnicion francesa formaba todos los dias de fiesta en el Prado, donde su general en jefe la revistaba. Despues de ejecutadas en aquel paseo algunas ma-



niobras que revelasen el grado de instruccion y el continente militar que iban adquiriendo los soldados que habian sido objeto de desprecio de los españoles en la época de su venida, entraba á su frente en Madrid y, recorriendo las calles mas concurridas, las dirigia á los puntos de acuartelamiento. El trage fantástico de que por lo comun hacia uso, y las maneras pretenciosas, características en Murat, así como el orgullo con que desfilaban sus tropas, no podian menos de causar el enfado de nuestros compatriotas. Estos no lo disimulaban en tales casos, y si el duque de Berg y los soldados franceses prodigaban la altanería y la provocacion en sus ademanes y miradas, no perdian los madrileños ocasion de contestarlas, á veces con la insolente gravedad de que suelen revestirse, y no pocas con gritos y silbidos que hacian manifiesto su desprecio. «Los soldados, dice el gene»ral Foy, se acostumbraron á mirar como enemigos »á los partidarios de Fernando VII,» y para estos se habia descorrido el velo que ocultaba las intenciones de Napoleon.

Murat exige la marcha de los infantes á Francia.

Hallábanse en tal estado los ánimos, cuando el dia 30 de abril Murat presentó al infante don Antonio una carta en que Cárlos IV disponia la marcha á Bayona de los dos únicos hijos que habia dejado en Madrid, la reina de Etruria y el infante don Francisco. Para deliberar la Junta si habia de accederse ó no á un mandato, arrancado probablemente á don Cárlos con el objeto de dejar á España huérfana de la familia real, creyó debia asociarse los gobernadores y decanos de los consejos supremos, y aun dos ministros mas de cada uno de ellos. Sintiendo lo grave de

las determinaciones que estaba llamada á tomar en aquel momento, buscaba en otras corporaciones hombres y cònsejo, con cuya ayuda pudiera dictar las mas acertadas.

Resistencia de la Junta.

La Junta deseaba ganar tiempo para conocer la voluntad de Fernando, único á quien reconocia por rey y en cuyo nombre tan solo ejercia la autoridad suprema. Murat, á su vez, apremiaba, comprendiendo que la debilidad de la Junta reconocia por causa principal su aislamiento y la dudosa y comprometida situacion en que se encontraba la persona de su monarca.

La lucha, pues, no podia ser ni mas difícil ni mas ruda.

Tres de los vocales pasaron á exponer á Murat en nombre de la Junta las razones que tenia esta para no acceder á la marcha del Infante, puesto que la reina de Etruria podia, segun manifestaba desear, emprenderla cuando gustase.

La respuesta del mariscal fué, como era de esperar, dura y hasta insolente, y así en ella, como en los frecuentes mensajes, que despues dirigió á la Junta, no solo manifestó que haria uso de la fuerza para que se cumpliese el deseo de Cárlos IV, sino que le proclamaria inmediatamente como rey de España, constituyéndose él en su lugar-teniente.

Aun cedió algo de estas amenazas al ver que la Junta no se intimidaba y seguia resistiendo; pero sus concesiones se limitaron á manifestar, que cargaria con toda la responsabilidad de la marcha del Infante, sacándole de palacio en la oscuridad de la noche. Ni esta resolucion eximia á la Junta de su responsa-

bilidad para con el Rey, ni era digno de los encargados de regir una nacion, que en tanto estimaba los fueros de su independencia, el ocultar su debilidad con tales supercherías; así fué que rechazó la proposicion de Murat. Pero era necesario encontrar salida honrosa en el dédalo de resoluciones tan opuestas como las que se indicaron en la larga y agitadísima sesion de la noche del 30 de abril: no hubo medida, prudente ó temeraria, que no se discutiese, y se llegó á examinar una proposicion para que, haciendo un llamamiento al país se resistiera con la fuerza la salida del Infante.

Ya hemos dicho cuán poco probable era la aceptacion de tal medida por aquella Junta y en tales circunstancias. El general O'Farril expuso, á peticion de un vocal, el estado y situacion de nuestro ejército, manifestó lo escaso de su fuerza, la reciente pérdida de nuestras mas importantes plazas, la nulidad de nuestros recursos, y, haciendo un paralelo con el número de los franceses que habian penetrado en España, su concentracion en Madrid y medios de que en todos casos podian disponer, concluyó con decir «que en la situacion en que se hallaba la capital una »resistencia armada á cualquiera violencia de las tro»pas francesas, podria comprometer la poblacion y »excitar la guerra (1).»

Mas que las declaraciones de O'Farril vinieron á aumentar la irresolucion de la Junta y á justificar la resistencia que á toda medida violenta oponia el in-

(1) Memoria de Azanza y O'Farril.

fante-presidente las instrucciones, aunque contradictorias, de que era portador don Justo Ibar Navarro, que á fuerza de astucia habia logrado llegar á Madrid sin contratiempo alguno. Si por una parte podia contar la Junta con que el Rey y sus consejeros estaban decididos á sobrellevar con resignacion heróica la aun incierta suerte que les deparaba el Emperador, las noticias que la trasmitió aquel magistrado debieron persuadirla, por otra, de que no se estaba en el caso aun de recurrir á medidas de fuerza, si no se queria cargar con la responsabilidad de comprometer al príncipe en cuyo favor habian de tomarse.

A pesar de esto, la Junta volvió á su primer idea de sustituirse con otras personas que, lejos de la accion francesa, pudieran iniciar una lucha que ya se hacia inevitable. Llamóse á la cámara del Infante al general de marina don Antonio Escaño, á los ministros de los consejos don Manuel de Lardizabal y don Juan Perez Villaamil, y al alcalde de casa y córte don Felipe Gil de Taboada, los que, excepto Villaamil que se hallaba enfermo en Móstoles, recibieron las instrucciones convenientes para que, reuniéndose con los generales Cuesta y conde de Ezpeleta, llevaran á ejecucion las planes de la Junta. Para facilitar su evasion, se les dieron órdenes simuladas con encargos especiales del servicio propio á cada uno de ellos, con las que, aun cuando inútilmente, lograron algunos salir de la córte. Pero en cuanto á la línea de conducta que hubiese de seguir la Junta en Madrid, se acordó por unanimidad el desechar todo proyecto de resistencia armada, adoptando por principio constante el de calmar los ánimos, precaver por todos medios

las inquietudes populares y contenerlas en último caso con las propias fuerzas de la Junta.

Con esta resolucion quedaba virtualmente decretada la marcha del Infante.

¿La aprobaria el pueblo español? Aun ignorándola, el de Madrid demostró cuán á despecho suyo veria ausentarse al último vástago de la dinastía que se le trataba de arrebatar para, con una nueva, introducir costumbres, que no eran las suyas, y leyes, que él no se habia dado.

Síntomas de alteracion en el pueblo de Madrid.

El desasosiego de los habitantes se iba haciendo mas notable á cada momento. En los dias de correo especialmente, la Puerta del Sol era el punto de reunion de cuantos esperaban noticias de Bayona, y de los muchos que, por su patriotismo y su amor al monarca, deseaban conocerlas para, á su vez, trasmitirlas á sus parientes y amigos. La llegada del posta producia una agitacion y un movimiento que instantáneamente se comunicaban á toda la villa, atrayendo hácia la casa de Correos, no solo á los curiosos que á todos momentos la contemplaban como si de ella hubiera de salir el fallo de su suerte futura, sino la multitud que de todos los barrios parecia acudir á escucharlo tambien. Cada impreso de los que, aunque clandestinamente, circulaban, y cada carta que daba á conocer las violencias de que se hacia blanco á la familia real, producian una irritacion y unas manifestaciones que auguraban próximas y terribles represalias. La Puerta del Sol era un horno en que las pasiones, fundiéndose con el afecto al país y al trono, amalgamaban al rico con el pobre, al militar con el sacerdote y el aldeano, para producir esa masa

candente que, sin temor á nada ni á nadie, es capaz, lo mismo que de exhibir el mayor heroismo, de cometer los mas violentos desmanes. Así que los poquísimos que aun sentian afecto hácia el anciano padre de don Fernando, eludian el pasar por aquellos contornos, y los franceses, ya sueltos, ya en cuadrilla, que por allí transitaban, eran objeto de las burlas, ya que no todavía de los atropellos de la muchedumbre. El mismo Murat al cruzar la Puerta del Sol el 1.° de mayo, cuando ya se traslucia por el pueblo su exigencia de mandar à Bayona al infante don Francisco, no se libertó de las rechiflas mas insultantes, á pesar de ir rodeado, como siempre, de un brillante Estado Mayor y seguido de numerosas tropas.

La poblacion en tal estado atraia, por esa fascinacion que siempre ejerce lo extraordinario, un número considerable de forasteros que, por ociosos ó por ávidos de emociones, acudian de los pueblos y provincias inmediatas á saciar su curiosidad ó satisfacer sus instintos y sentimientos patrióticos. Esto hacia suponer á los franceses que en el pueblo de Madrid existia el pensamiento preconcebido de un movimiento insurreccional, y convencidos de su superioridad militar, no disimulaban el deseo de vengar las que ellos decian ser provocaciones injustificadas de sus huéspedes.

Así las cosas y en tal estado los ánimos, amaneció el dia DOS DE MAYO.

General ya la voz de que se haria partir en aquella mañana á la reina de Etruria y al Infante, inundáronse de gente desde muy temprano las dos plazas y el patio del palacio real. «Como los rios se precipi- DOS DE MAYO.

»tan en el mar, dice un extranjero testigo presencial, »así las olas del pueblo se dirigian, en todas las calles, »hácia aquel punto.» ¿Qué oculto resorte las impelia, ó qué pensamiento las llevaba á aquel que iba á ser teatro de dolorosas y acaso sangrientas escenas? La ira y tal vez el pensamiento de la resistencia; porque en aquellas masas, que se atropellaban para llegar á Palacio, se escuchaba ya ese murmullo que hace presentir el olvido de todo principio de órden, la ausencia de toda consideracion á las leyes y á la disciplina, el huracan, en fin, desencadenado de las pasiones populares.

«Oíanse, contínua Schépeler, cruzarse las pregun»tas y las respuestas de los curiosos, así como las »maldiciones á media voz contra los franceses. «Napo»leon, se decia por lo bajo, quiere tener en su poder »toda la familia real.» La voz de «No dejemos partir »al Infante» parecia errar en todos los labios y ha»berse escrito con fuego en todas las miradas.»

Hallábanse en Palacio los carruajes destinados á conducir á tierra extranjera aquellos restos de la familia real, cuya presencia en Madrid revelaba que aun no habia dejado de reinar en España la dinastía de los Borbones. Esta idea, que era precisamente la que hacia á Napoleon atropellar los sucesos tan cautelosamente preparados, era, á la vez y lógicamente, la que llevaba allí á los madrileños, la que los impulsaba á lamentar la pérdida de objetos que simbolizaban su independencia, sus leyes y usos nacionales, y la que podia muy bien conducirlos á resistir, si un accidente llegaba á encender la ira que se retrataba en todos los semblantes. Porque sin haber,

como ya hemos indicado, un pensamiento ni proyectos formados contra la ejecucion de los del Emperador, un grito, un gesto, una palabra sola bastaria quizás para producir el conflicto que bien á las claras hacian presentir la premura que los franceses manifestaban por que se emprendiese la marcha, la lentitud que empleaba la servidumbre real en los preparativos, y la indignacion de la muchedumbre que los presenciaba.

Parte la reina de Etruria.

La reina de Etruria partió sin que por nadie se opusiera á su marcha obstáculo alguno: las atenciones que la prodigaba Murat la habian enagenado el afecto del pueblo, á pesar de que este debia ignorar aun por algun tiempo la parte que aquella princesa habia tomado en las intrigas urdidas para devolver la corona á Cárlos IV.

Las lágrimas de don Francisco conmueven al pueblo.

No sucedió lo mismo cuando se dispuso la aproximacion á la regia escalera del coche que iba á conducir al infante don Francisco. Un murmullo sordo de desaprobacion fué la primera señal de descontento general: la voz de que el tierno príncipe se resistia á marchar, derramando lágrimas y profiriendo espresiones de cariño hácia los españoles, cunde de la servidumbre al pueblo con la velocidad del relámpago, y, como de entre el vago rumor de la tempestad se destaca horrísono el trueno al estallar el rayo, el grito de *¡nos lo llevan!* proferido por una anciana, arranca de la multitud la resolucion heróica de resistir al vencedor de la Europa.

Los espectadores todos se precipitan al coche; los tirantes caen al suelo hechos trizas, y un ayudante de campo del gran duque de Berg que venia á apre-

surar la marcha del Infante, escarnecido y atropellado por el pueblo, debe solo su salvacion, primero á la generosidad de un oficial de wallonas y despues á la energía de una patrulla francesa que lo saca de entre las manos de los sublevados. Pero aun no se habia escuchado el ruido de un solo tiro ni vertido una gota de sangre; todavía era posible y, sobre todo, conveniente á quien se titulaba aliado y amigo de los españoles, sostener sin violencia un mandato que no podia emanar de su autoridad, habiendo en Madrid un gobierno nacional con medios para hacerse respetar, cuando un batallon, que desde el inmediato alojamiento de Murat fué destacado con dos piezas de artillería, rompió el fuego contra la multitud reunida á las puertas de Palacio.

Rómpese el fuego.

El ruido de la fusilería, los ayes de las víctimas y los gritos de venganza de los fugitivos de Palacio, resuenan en los ámbitos todos de la villa imperial. La voz de la alevosía francesa corre y se trasmite por los barrios, y vése al momento aparecer en las calles gente de todas condiciones y estados, mal armada de sables y escopetas, de navajas y trabucos, pero decidida á no dejar impune la afrenta que acaba de inferirse al pueblo de Madrid. La Puerta del Sol y las calles principales que á ella afluyen, especialmente las de Alcalá, Mayor, del Arenal y la Carrera de San Gerónimo, se llenan instantáneamente de gente inflamada de ira y apellidando con todas sus fuerzas guerra y venganza.

Son muertos los franceses que resisten.

Los pocos soldados y oficiales franceses que se encuentran en la poblacion, alojados ó por razon del servicio, son el blanco de la saña de los madrileños.

Un ordenanza que llevaba pliegos al Principal, establecido como hoy en la casa de Correos, es desarmado y á los pocos momentos muerto con sus propias armas; un peloton de franceses, que tenia que pasar por aquel mismo sitio con leña y provisiones, es acometido al salir de la calle de la Zarza y puesto en fuga con muerte de algunos de sus indivíduos; pero ¡contraste elocuente y de que apenas se encuentran ejemplos en un pueblo que ha roto los lazos de la obediencia! todo el que se presenta sin armas ó apelando á la generosidad castellana es respetado y aun conducido con escolta á paraje seguro (1). Salvados los inermes.

En quienes mas se ensaña la rabia de los sublevados es en los mamelucos que formaban de ordinario la escolta de Murat. Su uniforme y la ferocidad de que, aun siendo en general franceses, hacian alarde, recordando á los españoles la dilatadísima y encarnizada lucha con los árabes, los hacian odiosos y aborrecibles, y, sin embargo, dos de aquellos soldados que pasaban del Retiro al palacio del Gran Duque, su general en jefe, no recibieron mas ofensa que la de arrancárseles el pliego de que eran portadores. Pero enciéndense en ira los mamelucos con aquella tropelía y, lanzándose á rienda suelta por la calle de la Montera, van atropellando con sus caballos la gente que les obstruye el paso y matando ó hiriendo con sus armas á cuantos trataban de estorbárselo, hasta

(1) Thiers dice: «Algunos debieron la vida á la humanidad de la »clase media que los ocultó en sus casas.» «El restablecimiento del »órden en el hospital fué obra del capitan de guardia español,» dice tambien el mayor francés, Mr. Vantal, que se encontraba entre los enfermos.

que al fin los arroja al suelo exánimes la multitud en la Red de San Luis y calle de la Luna.

El paisanaje acude á los cuarteles.

Aquellos, sin embargo, no eran mas que chispazos de una hoguera que empezaba á arder y cuya llama llegaria muy pronto á manifestarse en toda su terrorífica extension. Entre algunos que comprendian que en grupos aislados, sin armas ni organizacion, nada podria conseguir el pueblo de Madrid, surgió la idea de buscar en las tropas españolas de la guarnicion la ayuda que se hacia indispensable, si habia de obtenerse un resultado satisfactorio. Acudieron, pues, á los cuarteles; pero, aunque en todos observaron una inquietud que revelaba la lucha en que se encontraban los ánimos de oficiales y soldados á la vista de sucesos tan decisivos para la suerte de la nacion, y á pesar de que hallaron en todas las clases las simpatías mas calurosas, no pudieron atraerse las tropas, ni aun siquiera conseguir que se les abrieran las puertas de sus alojamientos. La repugnancia á desatar los lazos de la disciplina, que consideraban deberse mantener mas apretados en tan difíciles circunstancias, el espíritu de obediencia á la Junta de gobierno, cuyas órdenes prescribian una actitud pasiva como la única salvadora ante la fuerza superior de los franceses, y la situacion cada vez mas comprometida en que se encontraba la familia real, impedian la explosion de los sentimientos de patriotismo que, sin duda, se agitaban en el ánimo de aquellos que mas parecian prisioneros de guerra que soldados de una nacion libre é independiente.

Parque de artillería.

Solo dos oficiales de artillería logran, valiéndose de su carácter y destino, penetrar en el parque, ser-

vido en aquellos momentos por 16 hombres y guardado, á la vez, por un destacamento imperial que allí habia introducido la suspicacia francesa. Encontrábase ya en aquel establecimiento el teniente del arma don Rafael de Arango que, aun cuando con el carácter de transeunte por tener su destino en América, llenaba las funciones de ayudante del comandante de artillería de la plaza don José Navarro Falcon. A su entrada en el parque, saludada con vítores por un grupo de paisanos que se agolpaba á la puerta pidiendo armas y municiones, le habia sido necesario convencer al jefe del destacamento francés de lo imprudente y hasta inhumano que seria el rechazar con el fuego á un paisanaje que, por lo poco numeroso y por lo indefenso, no podia producir por entonces temor alguno. Con esto y con manifestar que en los barrios centrales de Madrid iba restableciéndose la tranquilidad, Arango habia logrado evitar una colision en momentos nada favorables á sus compatriotas, y en que la energía del jefe francés hubiera podido impedir la accion posterior de los que no tardarian en hacer de aquel edificio el baluarte de su heróica insurreccion. Penetrando despues en la cuadra en que se alojaban los 16 artilleros destinados á los trabajos del parque habia dispuesto que se emplearan en colocar piedras en los fusiles de la sala de armas, y en preparar municiones, de que se carecia absolutamente en aquel establecimiento.

Luchaba Arango entre la obediencia á las órdenes que le acababa de trasmitir su jefe, recomendándole la mayor moderacion, los sentimientos de su patriotismo que le impelian á unirse á los sublevados, y las

Daoiz y Velarde.

instigaciones de algunos de estos que clandestinamente iban penetrando en el Parque, cuando, uno tras otro y con corta diferencia de tiempo, lo hicieron á su vez los capitanes del cuerpo don Luis Daoiz y don Pedro Velarde.

Seguíanles dos subtenientes de la misma arma, y á no larga distancia un capitan, tres oficiales subalternos y unos 40 soldados del regimiento Granaderos del Estado, que fueron introduciéndose aisladamente sin que el capitan francés opusiera obstáculo alguno, suponiendo que no era de las tropas españolas, sino del paisanaje, de donde habia de partir y temerse la agresion. Los recien llegados parecian, sin embargo, obrar por convenio prévio, de comun acuerdo y como decididos á acometer una empresa aventurada.

Daoiz era no solo el oficial mas antiguo y mas caracterizado por su edad y servicios, ya dilatados y relevantes, sino que además reunia la circunstancia de estar encargado del detall del Parque, lo cual, en aquellos momentos y no presente el comandante de artillería de la plaza, le constituia en jefe del establecimiento. Tales condiciones hacian que todos los oficiales que habian entrado con él se considerasen bajo su dependencia y á sus órdenes. Arango, al ver á Daoiz, se encontró como descargado de la inmensa responsabilidad que antes creia pesar sobre sus hombros y, dejándose arrastrar de su patriotismo, se dispuso á secundar los planes que su jefe parecia ir á desarrollar inmediatamente.

Se conocia, sin embargo, que Daoiz vacilaba tambien entre los mismos encontrados sentimientos que habian agitado el ánimo de Arango. La idea de resis-

tir las órdenes de la Junta de Gobierno; la ira, no apagada aun, que habia producido en su pecho un altercado reciente con algunos oficiales franceses; y la impresion que acababa de recibir en las calles viendo á sus compatriotas empeñados en un combate sin probabilidades de éxito, le hacian sumirse en meditacion, tanto mas profunda cuanto que los medios que podia escogitar no dejarian nunca de ofrecer una muy difícil realizacion. Mas de pronto, como impelido por el clamoreo que el pueblo hacia escuchar á la puerta del Parque, abandona la actitud inerte en que le contemplaban Velarde y los demás oficiales y, reuniendo á los artilleros que preparaban las armas, los conduce resueltamente á la entrada, para franquearla á los paisanos que, como un torrente, se precipitan por ella á los gritos de «¡viva el Rey!» «¡viva »la artillería!» Los soldados franceses del destacamento, admirados de la resolucion de Daoiz, no saben la que tomar y, entre las dudas de su comandante y el temor que infunde aquella masa que invade el edificio en busca de armas, se dejan arrebatar las suyas de las manos y esperan como estátuas, en el mismo sitio de su formacion, el desenlace del sangriento espectáculo que allí se prepara.

A las vacilaciones anteriores de Daoiz sucede la mas enérgica iniciativa. Repártense las armas disponibles; se organizan á la voz de Velarde los pocos paisanos que, comprendiendo la necesidad de la union, no van á desbandarse por la villa; y se abocan, por fin, á la puerta principal cuatro piezas de campaña que acababa de montar Arango. De los voluntarios del Estado, son muy pocos los que se resuelven

á tomar parte en la accion que se presiente; pero estos á las órdenes de su teniente don Jacinto Ruiz, se situan en los puntos de mayor peligro, mientras sus camaradas permanecen cual meros espectadores junto á los franceses de la guardia.

Y tan oportunamente y con tal actividad son ejecutadas todas estas operaciones, que al terminarse las mas urgentes, los paisanos apostados en los balcones de las casas próximas, anunciaban una columna francesa en marcha para el Parque.

Combate en el centro de Madrid.

En los demás barrios iba, entre tanto, apagándose el fuego de la sublevacion. La rapidez con que Murat habia tomado y sus tropas ejecutaban las medidas que ya tenia, puede decirse, preparadas en prevision de aquellos ó semejantes sucesos, debia producir prontos y decisivos resultados. A la primera noticia de lo que pasaba al pié del regio alcázar, habia mandado poner sobre las armas el ejército y formar columnas que se abocaran á las calles mas anchas y que conducen á los puntos mas importantes de la poblacion. Las tropas acantonadas en el Retiro recibieron la órden de dirigirse por la calle de Alcalá y Carrera de San Gerónimo á la Puerta del Sol, á donde acudirian opuestamente por la calle Mayor los fusileros de la Guardia, para formar un gran centro militar bajo la direccion y gobierno del general Grouchy. El general Lefranc, cuya division se alojaba en San Bernardino, iba á penetrar por la puerta de Fuencarral y se apoderaria del Parque mientras llegaba á establecerse en la plazuela de Santo Domingo y á poner en comunicacion sus tropas con las de la Puerta del Sol y el palacio real. Por fin, los coraceros y el resto de la ca-

ballería alojada en los Carabancheles penetrarian por la calle de Toledo, para ocupar los barrios bajos y ligarse en la plaza Mayor al cuerpo de Grouchy.

Murat, á caballo ya y escoltado por las tropas que vivaqueaban en la Casa de Campo, se estableció en la montaña del Príncipe Pio, para desde allí comunicar sus órdenes, cuyo cumplimiento y resultados podia apreciar inmediatamente.

Como era de esperar, las tropas francesas no encontraron obstáculo alguno capaz de detenerlas en su camino y, á pesar del fuego que se les hacia en las encrucijadas de las calles y desde los balcones de las casas, pudieron sin grande esfuerzo establecerse en la Puerta del Sol y en cuantos sitios se les habia designado por su general en jefe. Actos señaladisimos de heroismo que por lo temerarios, llenando de admiracion á los franceses, los encendian en el deseo de venganza que con tan refinada crueldad habian de hacer sentir pocas horas despues, mostraron la indignacion de que se hallaban poseidos los madrileños. Aquí un paisano, armado de piedras ó de un palo ó sable, acometia á un infante ó á un jinete para, si llegaba á vencerlo, arrojarse con su fusil ó su caballo en lo mas espeso de los escuadrones enemigos; allá una cuadrilla de albañiles lanzaba sobre los franceses los materiales de construccion que tenia á la mano; y en todas partes las mujeres, mezclándose con sus deudos ó vecinos, se precipitaban á luchar varonilmente en las calles ó se deshacian de sus mejores muebles, para arrojarlos sobre las columnas enemigas que pasaban al pié de sus balcones ó boardillas. Interminable seria la enumeracion de estos actos de

rabia, de verdadera y frenética locura, á que en su patriotismo se entregaron los madrileños por combatir y aniquilar, si les era posible, á los que de huéspedes se convertian en árbitros de sus destinos. La fama los hizo públicos y la tradicion, que los conserva en la memoria de los que entonces no tenian ojos para distinguir ni razon para admirar, los trasmitirá religiosamente á los descendientes de sus heróicos autores para memoria y ejemplo suyo. Pero ¿qué influencia podian ejercer esos actos de desesperacion en el éxito de un combate contra ejércitos acostumbrados á no cejar ante la metralla y la fusilería de enemigos sabiamente organizados y dirigidos? Ninguna. Así es que fué rarísimo el de ellos que logró detener un momento la marcha de las tropas francesas, las cuales fueron extendiéndose por la poblacion y ocupando las plazas mas concurridas y los edificios mas notables, para despues ligarlos entre sí con destacamentos que cuidaran de mantener expeditas las comunicaciones.

Por otra parte, la Junta de Gobierno habia diputado á Azanza y O'Farril, sus miembros mas influyentes, para que, despues de conferenciar con el Gran duque, recorriesen las calles exhortando á la paz y aconsejando á los paisanos la vuelta al seno de sus familias. Y, efectivamente, ambos se dirigieron al camino de la puerta de San Vicente á Palacio, donde se hallaba entonces Murat con el mariscal Moncey, y lograron que el general Harispe y otros jefes y oficiales franceses los acompañaran para ofrecer al pueblo las mayores seguridades de proteccion por parte del gobierno y de clemencia por la del lugar-teniente del Emperador. El Consejo de Castilla, animado de los

sentimientos mismos que la Junta, avisó á los demás consejos de la nacion, y publicó una proclama breve, pero muy propia de tan tristes circunstancias, que varios vocales hicieron manifiesta por las calles acompañando á aquella embajada de paz y conciliacion.

No tardaron una y otra en producir sus naturales efectos. Comprendiendo los madrileños, por la inutilidad de los esfuerzos ya hechos, lo temerario de nuevos actos de un valor indefectiblemente estéril y al verse pocos y sin esperanza de ayuda por parte de las tropas españolas que continuaban encerradas en sus cuarteles, fueron poco á poco recogiéndose á sus casas en la seguridad, tan proclamada y repetida por la Junta y los comisionados franceses, de que no corrian peligro ni la independencia ni los fueros de la nacion.

Asalto del Parque.

Con esto, la lucha entablada en el Parque entre unos pocos y el ejército francés quedaba aun mas desigual que antes; se hacia imposible. Sin embargo, dentro de aquella débil y carcomida tapia iba á revelarse el espíritu marcial de los que, diez siglos antes, habian hecho morder el polvo á los afamados *Pares* de Occidente, y á tejerse la inmarcesible y mas bella corona de aquel memorable dia.

El Parque constaba de un vasto edificio, antiguo palacio de los marqueses de Monteleon, y de un gran recinto exterior, limitado al N. por la Ronda, al E. por la calle de San Andrés, sin salida entonces á ella, al O. por la ancha de San Bernardo hasta el portillo de Fuencarral, y al S. por la calle recta y dilatada de San José, hoy de Daoiz y Velarde. Circuian el palacio un extenso jardin y el gran patio de entrada, al que se

penetraba por una puerta en arco frente á la calle de San Pedro que, con el nuevo nombre del Dos de Mayo, desciende perpendicularmente á la de San José desde la alta de San Vicente. El palacio, hoy casi en ruinas, presentaba en sus fachadas ventanas y balcones desde donde se descubria cuanto en derredor pudiera suceder; pero la tapia exterior, algo distante del cuerpo del edificio, impedia el exámen inmediato de la calle de San José, que hubo de confiarse á los paisanos de las casas inmediatas. La defensa general del Parque se hacia, de consiguiente, difícil sin una fuerza considerable, así por lo dilatado del recinto, como por lo débil de la tapia que lo forma; pero como los franceses ni creian en una resistencia séria, ni podian buscar medios dilatorios por el estado de Madrid, las avenidas principales, las que dirigian á la puerta de entrada, serian por el pronto las líneas de ataque y las que, por lo mismo, debian observarse y defenderse. De manera que, si bien el palacio podia ser considerado como un reducto interior, eficaz para la defensa general por lo aislado y eminente, la accion inmediata, la que exigian las circunstancias del momento, debia ejercerse en la puerta, punto de union de las tres comunicaciones que á ella dirigian. Tan era así, que ni los franceses se dedicaban á buscar otra entrada, que un par de piezas hubiera franqueado en dos minutos por la Ronda, ni los defensores del Parque se cuidaban de observar mas frentes que el meridional.

La columna francesa, que hemos dicho se dirigia al Parque, se acercó á la puerta que aun permanecia cerrada. Ya se preparaban los gastadores á abrirse con

sus útiles un paso que creian fácil, cuando en el patio del Parque se hizo escuchar la voz de «fuego.» Tras de ella resonó el pavoroso trueno de la artillería al que en cien ecos contestaron los fusiles distribuidos por Velarde en las ventanas y balcones, y la calle quedó sembrada de cadáveres. Un momento despues, los defensores del Parque abrian la puerta, hecha casi astillas por la metralla, y emplazaban las piezas en la calle, para enfilar las tres avenidas y especialmente la de San José, que los franceses iban recorriendo poseidos del mayor pánico y entregados al desórden mas espantoso.

Corto fué, sin embargo, el descanso; no eran gente los imperiales que cejaran sin nuevos y mas rudos escarmientos ante la poco numerosa del Parque, ni podia esperarse que por reveses tan pequeños abandonaran la empresa de someter á Madrid. Despues de un ligero tiroteo sostenido en las casas y calles inmediatas, mientras se relevaba la columna francesa, apareció otra nueva, que desde la calle ancha de San Bernardo penetró á paso de carga por la misma de San José que la anterior habia recorrido. Ni el fuego que salia de todos los balcones, ni el mas terrible y mortífero de la pieza que enfilaba la calle, lograban detener aquel batallon, cuyo jefe iba á la cabeza para animar á los soldados que cubrian instantáneamente los claros que en sus filas no cesaban de abrir los proyectiles españoles. Ya tocaba á las piezas y parecia todo perdido para los defensores del Parque, cuando un oficial comisionado de la Junta, abriéndose paso por la calle de San Pedro, logró contener con sus voces y signos de paz la marcha de la columna, mien-

tras manifestaba á Daoiz, con las órdenes de hacer cesar el fuego, la indignacion de que el gobierno se hallaba poseido por su conducta temeraria y loca. En tanto que Daoiz y el oficial cruzaban la palabra, el comandante francés y algunos de sus oficiales se habian casi confundido con los españoles, esperando acabar la contienda; pero, electrizado el artillero que tenia la mecha con el grito de «viva Fernando VII» que lanzó un paisano inmediato á él, la aplica al cañon, y con tan rara fortuna, que aquel solo disparo basta para que la calle entera vuelva á aparecer despejada y libre de enemigos, dejando prisioneros al jefe y oficiales que estaban confundidos con los nuestros.

Este nuevo triunfo causó grande entusiasmo en los defensores del Parque. Huian ante ellos los soldados que blasonaban de invencibles; y la tropa y los paisanos, en su inmensa alegría, casi, casi se hacian la ilusion de que iban á libertar á Madrid de la presencia odiosa de sus huéspedes. Pero no se escuchaba el eco de un solo disparo en el resto de la poblacion; las noticias que llegaban estaban conformes en que habia cesado la resistencia en todas partes; y los oficiales, aun decididos á continuar la lucha, viendo en su derredor muy pocos soldados y unos cuantos paisanos medio ocultos en los balcones, no debian esperar grandes resultados contra todo el ejército francés que, en caso necesario, podria atacarles nuevamente. El sacrificio era, de consiguiente, indubitable; pero se prestaban á él con ánimo sereno y esforzado en la esperanza de que no seria estéril al conocerse en los ámbitos todos de la monarquía.

No pasaron muchos minutos sin que volviese á la carga una nueva columna de dos batallones, dirigidos por el mismo general Lefranc que mandaba aquel distrito, quien, sin contestar al fuego nutrido que hacian las escasas fuerzas de Daoiz y Velarde, llegó hasta las piezas y, confundiéndose con los artilleros que impotentes ante masa tan compacta se atropellaban por la puerta, acabó con la resistencia. Velarde murió un momento despues de un tiro, y fué objeto del despojo mas ultrajante; Daoiz fué mortalmente herido por los oficiales y soldados imperiales que le vieron esgrimir su espada para vengar las groseras reconvenciones que le dirigia el general francés; y don Jacinto Ruiz, único oficial de Voluntarios del Estado que hubiese tomado parte en el combate, roto un brazo y herido en el pecho, quedó confundido entre los muertos. Los artilleros y paisanos, que aun permanecian en pié á la inmediacion de la puerta, fueron muertos ó heridos á bayonetazos, y los oficiales debieron sus vidas, y el mismo Daoiz el no ser atropellado en su angustiosa situacion, á la generosidad del comandante francés prisionero con quien habia guardado los mayores miramientos, y á la intervencion de las autoridades militares españolas que penetraron momentos despues en el Parque.

Muerte de Velarde.

En la confusion y el desórden, naturales en tal situacion, Velarde fué sacado de allí, envuelto en el lienzo de una tienda de campaña que le sirvió de sudario en la afrentosa desnudez en que le dejaron; Daoiz conducido á su casa, donde á las pocas horas exaló su último aliento; y Ruiz, en hombros de algunos de sus soldados, logró ocultarse á las pesquisas

De Daoiz.

De Ruiz.

de los franceses, fugándose de Madrid, aun cuando abiertas las heridas, causa al fin de su muerte.

Los demás oficiales pudieron tambien evadirse inmediatamente, excepto Arango, á quien aun detuvieron largo rato las impremeditadas órdenes de sus jefes, que no comprendian, sin duda, el peligro que le amenazaba.

Tal, en resúmen, fué la defensa del Parque en la memorable jornada del DOS DE MAYO. Los historiadores franceses no han querido detenerse en la narracion de episodio tan brillante, como para ocultar un acto que aminora la gloria de sus armas en aquel dia, y rebajar con el silencio de sus nombres el mérito de los dos heróicos oficiales que le promovieron. Para conseguir esto último, han intentado mas tarde representar á Daoiz y Velarde como dos militares temerarios, olvidados de sus deberes, y explotando, para distinguirse, la turbacion de los ánimos en Madrid. ¡Trabajo inútil! El talento y los servicios de Daoiz eran conocidos en todo el ejército; Murat habia intentado atraerse á Velarde, á quien conocia desde su llegada á Buitrago; y, sobre todo, no era fácil que el pueblo madrileño se equivocara al distinguir aquellos dos ilustres varones de los otros mártires del DOS DE MAYO.

Venganza francesa.

Con la ocupacion del Parque por el general Lefranc, Madrid quedaba tranquilo, mas no en silencio. No satisfechos los franceses con la represion, alcanzada mas bien por las gestiones y consejos de las autoridades de Madrid que por la fuerza de las armas, se entregaron á saciarse en la venganza de que quedaban sedientos, y durante las horas de la tarde y de la noche se estuvieron oyendo las descargas que

señalaban la ejecucion de centenares de ciudadanos inocentes, en su mayor parte, ó víctimas de su patriotismo.

Apenas sofocada la sublevacion, Murat habia hecho publicar un bando, calificado de draconiano, y con razon, por uno de nuestros historiadores. Amenazábase en él de muerte á todos los presos con armas durante la contienda; á aquellos sobre quienes se encontraran, fuese en sus casas ó en la calle, y á los que se reuniesen en corrillos de mas de ocho personas; haciéndose responsables á los amos de sus criados, á los fabricantes de sus operarios, á los padres de sus hijos, y á los prelados de sus religiosos. Pero mas cruel aun que el bando fué la interpretacion que dió á sus prescripciones la comision militar que, bajo la presidencia del general Grouchy, se instaló en la casa de Correos.

Fueron registradas las casas de donde se habia hecho fuego á los franceses, y se llevó á la comision á cuantos, como en la calle, se encontraron en ellas con armas, siquiera estas consistiesen en navajas, cortaplumas y hasta tijeras. Y como en la casa de Correos no eran dilatorios los procedimientos, puesto que no se escuchaba á los acusados ni se inquirian antecedentes, estado, ni aun el sexo de ellos, hombres, mujeres, sacerdotes y niños, eran llevados al suplicio, si no se les sacrificaba en el punto en que los habia encontrado la soldadesca francesa. Algunos fueron salvados por Azanza y O'Farril, incansables en procurar perdon ó misericordia para los vencidos; pero en la mayor parte de los casos vieron su mediacion despreciada por los jefes franceses, comandantes

de los puestos, ó desoida por Murat, que creia con el rigor escarmentar para siempre á los españoles.

Varios de estos fueron fusilados en la Puerta del Sol contra los muros del templo del Buen Suceso; algunos en San Ginés; muchos en la montaña del Príncipe Pio, pero la mayor parte recibieron la muerte, en monton, y sin socorro alguno espiritual, en el Prado, en el sitio que hoy lleva el nombre de *Campo de la Lealtad* y donde se eleva el mausoleo conmemorativo del DOS DE MAYO.

Monumento del DOS DE MAYO.

No es aquel un monumento alzado por el rencor; es un altar ofrecido á los manes de las gloriosas víctimas del DOS DE MAYO para honrar su patriotismo y su desgracia. No es lo que en París la columna de Julio, que contiene en sus bóvedas los restos mortales de los que combatiendo por una causa política mezclaron su propia sangre con la de sus hermanos, y recuerda así en el bronce de su fábrica las divisiones intestinas, la guerra civil en fin; es, por el contrario, el centro á que convergen las voluntades todas de los españoles en una causa comun, legítima, gloriosa, la de la Independencia nacional. Para el triunfo de tan brillante idea, todos combatieron ardientemente y sin descanso, fundiendo sus ideas políticas en la sola de mantener el trono y la religion amenazadas; pero la señal de la pelea, el grito que revelaba la indignacion de España, se lanzó por los madrileños el DOS DE MAYO y nada mas justo, ni mas propio que el consagrar á los que perecieron en tan patriótica empresa un cenotafio digno de sus hazañas y de la gratitud de la patria.

Despues de esto, nada mas natural que el eterni-

zar los nombres de Daoiz y Velarde, mártires los mas caracterizados y que mas se distinguieron en aquella santa sublevacion. ¿Representa acaso en Berlin la estátua de Blucher al general victorioso que llena el mundo con la memoria de las batallas ganadas y de los paises conquistados con su espada, ó se eleva para recordar á los prusianos el noble patricio que á fuerza de entusiasmo y de pertinacia consigue levantar el espíritu abatido de sus conciudadanos, los arma y organiza, para, aun siendo vencido repetidas veces, arrojar al extranjero del suelo natal? ¿No lo está diciendo el que, en vez de trofeos y de representaciones de batallas, se halle su pedestal adornado de la célebre proclama de 1813, estimulando al pueblo á sacudir el yugo francés? Pues, del mismo modo, Daoiz y Velarde representan, como iniciadores del movimiento nacional de 1808, el espíritu de independencia de los españoles, y el amor á la religion y al trono de sus mayores. Todos los estados de la nacion invocan aquellos nombres gloriosos como símbolo de sentimientos tan nobles y de aspiraciones tan levantadas; gloria es, pues, de todos, y cada partido político, al querer atribuírsela exclusivamente, no solo comete una injusticia, sino que tiende, aunque por fortuna en vano, á menoscabar uno de los acontecimientos mas grandes de nuestra historia.

Nada es mas fácil de demostrar que la premeditacion con que obraban los delegados franceses, preparados á un movimiento de los madrileños, con provocarlo en sus contínuos atropellos y con la situacion de sus tropas, la mas conveniente para sofocarlo. Que se temiese la insurreccion por la Junta de Gobierno,

es muy natural, como que iba ya penetrándose del verdadero objeto de Napoleon, y, conociendo el carácter de sus compatriotas, esperaba que alguna de las chispas que hacia Murat saltar, encendiese la hoguera de la ira nacional. Que el movimiento del DOS DE MAYO no fué un acto preconcebido, lo está diciendo á voces el haberse presentado el pueblo sin armas y el haber combatido despues sin ellas tambien, sin organizacion alguna y sin jefes que lo dirigieran.

No es, pues, el DOS DE MAYO una sublevacion preparada en que un pueblo que desea sacudir el yugo extranjero, acecha la ocasion mas propicia para exterminar á los que quieren imponérselo; no es la ateniense esperando á Trasíbulo para arrojar á los Treinta del Pireo, ni mucho menos la siciliana esperando el toque de vísperas para exterminar á los soldados y agentes todos del de Anjou: es una sublevacion espontánea, sin concierto anterior, en que la idea conservadora, innata en el pueblo español, excitada ante el espectáculo de la religion nacional escarnecida, de la monarquía legítima esclavizada y de los fueros populares atropellados, se presenta, crece y desarrolla instantáneamente para el mantenimiento de tan venerados objetos y, cuando no, para vengarlos en la cabeza de sus enemigos.

Pérdidas de una y otra parte.

Imposible es fijar el número de las víctimas en aquel dia de triste y eterna memoria. El Consejo de Castilla, que hizo poco despues formar un espediente para conocerlo, manifiesta que consistió en 104 muertos, 54 heridos y 55 extraviados, cuyos nombres se dieron al público para demostrar la exactitud con que se habia hecho el recuento. A la lista de los muertos

habria que añadir la de varios, cuyos nombres no se pudieron conocer siendo forasteros atraidos á Madrid por la curiosidad que excitaban el advenimiento del nuevo soberano y la presencia del ejército francés. Las pérdidas de los franceses fueron naturalmente superiores, y esto se comprende con observar que tenian que exponerse al fuego de los españoles recorriendo las calles á pecho descubierto y formados casi siempre en masa.

Unos y otros, españoles y franceses, exageraron las bajas, haciendo subir á miles el número de los enemigos muertos ó heridos. Hay escritor español que dice ascender á 2,500 el de los franceses puestos fuera de combate por nuestros compatriotas; y para demostrar que puede ser exacto, dice que solo el metrallazo de puertas adentro del Parque produjo 800 bajas en los enemigos, sin pensar en que el claro de la puerta, aun estando franca, no podia dejar paso á los proyectiles necesarios para echar por tierra tanta gente que, subiendo además por la calle de San José, no se hallaba enfilada por nuestra artillería, sino, por el contrario, á cubierto del fuego con la tapia de aquel establecimiento. Los franceses, á su vez, exageraron extremadamente nuestras pérdidas. Napoleon, escribiendo á su hermano Gerónimo el 6 de mayo, dice que habian sido muertos mas de 2,000 de los 30 ó 40,000 hombres que se habian sublevado y hecho fuego por las calles y desde las ventanas de las casas. No necesitamos refutar este aserto, aun siendo muy prudente si se compara con otras relaciones publicadas en los periódicos franceses: quien conozca la poblacion de Madrid en aquel tiempo y el modo de pe-

lear de sus habitantes en tales casos, comprenderá el absurdo que encierran aquellas. La de 1,200 hombres de una parte y otra que estampa el conde de Toreno, parece de consiguiente la mas aproximada á la verdad, que seguramente no exige mayor exámen, pues que en nada disminuye la grandeza de la heróica resolucion de los madrileños.

Consecuencias del DOS DE MAYO.

Murat, de todos modos, aprovechó la ocasion, buscada ó no, que le deparaba la suerte para ejercer en España una dura represion y á su favor poner en planta los planes que él creia mas conducentes al éxito de la política francesa.

El infante don Francisco salió para Bayona el dia 3, cuando aun retumbaba el eco de las descargas que señalaban el sacrificio de los que perecian por retenerle en Madrid. El infante don Antonio, recibió tambien por conducto del conde de Laforest, que representaba al Emperador en la córte de España, la intimacion de incorporarse á la familia real, que solo reunida podria, en concepto de aquel diplomático, tomar el acuerdo mas conveniente á la felicidad del país: intimacion que el augusto personaje se apresuró á cumplimentar, despidiéndose de la Junta que presidia en una epístola que, por lo curiosa, han trasmitido á la posteridad todos los cronistas de aquellos sucesos. Ocupó su lugar al frente de aquella corporacion, motu propio, sin órden que así lo previniera, ni invitacion de los miembros que la componian, el mismo duque de Berg; presentándose en ella la noche del 4, cuando se creia hubiese desistido de hacerlo por las consideraciones que se le habian expuesto aquella misma mañana. Sin valor los de la Junta para

rechazar la participacion de Murat en sus discusiones, sometiéronse á que las presidiera en el mismo dia precisamente en que Cárlos IV, segun dijimos en el capítulo anterior, delegaba su autoridad en él, nombrándole su lugar-teniente en España. Coincidian así la debilidad de la Junta, tachada, y con razon, de vergonzosa, á la raiz de sucesos en que el pueblo madrileño habia demostrado resistir toda intrusion extranjera en nuestros asuntos, con la sumision del anciano monarca á las inspiraciones del Emperador, que le hacian olvidar el afecto de padre, los deberes de español y los mas sagrados é imperiosos aun de soberano.

Desde aquel momento, Murat comenzó á regir, puede decirse por sí solo, la monarquía española, primero en nombre de Cárlos IV, y en el de Napoleon cuando llegaron á su noticia las renuncias arrancadas violentamente á la dinastía legítima y deseada. A la inercia que no podia dejar de observarse en la gestion de la Junta, cohibida, como se hallaba, con la presencia de un ejército extranjero y las exigencias, cada dia mas imperiosas, de Murat, sucedió la actividad y la energía que caracterizaban la administracion francesa. Expidiéronse inmediatamente las órdenes mas precisas á los capitanes generales con el fin de que no solo mantuvieran las provincias en obediencia, sino que contribuyesen con su accion y con su influjo á cambiar el espíritu público, que se temia contrario á las mutaciones que iba la nacion á experimentar. Lo que mas preocupaba al Emperador era la actitud que pudieran tomar las tropas, cuya situacion y fuerza se habia hecho comunicar desde el dia

de la renuncia de don Cárlos. Apenas conocidas, empezó á ordenar los movimientos que él consideraba mas necesarios para impedir la comunicacion de nuestras tropas entre sí. De los cuerpos que operaban en Portugal, unos debian dejar el reino y trasladarse á Andalucía á las órdenes del marqués del Socorro, con cuya adhesion se contaba, aunque sin fundamento, para neutralizar la influencia que pudiera ejercer el general Castaños en el Campo de San Roque; otros tendrian que regresar á Extremadura y Castilla à la vista de las divisiones francesas; y los demás irian á reunirse al ejército de Junot que, en un caso dado, los haria combatir á los ingleses como si fueran sus propios soldados. Con los regimientos suizos, á los que se prometeria continuar sus contratos con las mismas ventajas otorgadas por el anterior gobierno, se pensaba formar brigadas, que en union con los cuerpos de igual orígen al servicio de la Francia pelearan, si era necesario, por la causa del Emperador. Los halagos que se hacian á los suizos se prodigaron á los jefes de nuestras tropas para conseguir su conformidad al nuevo órden de cosas; y mas aun, á los generales con mando, á quienes no solo se ofreció respetar sus empleos y posiciones, sino que se les hizo entrever otras mas ventajosas en los dominios de Ultramar. Al mismo tiempo y sabiendo que en varias previncias se empezaba, con las noticias de lo sucedido en Madrid, á difundir el sordo rumor de un movimiento, que si llegara á tomar cuerpo, podria comprometer la tranquilidad y la sumision del país, inundáronse las capitales de agentes, de comisionados y hasta espías que indagaron el fundamento de las sospechas que, á pesar de

las seguridades que le daba Murat, iban abriéndose camino en el ánimo suspicaz é impresionable del Emperador. Extremadura y Andalucía, por las muchas tropas que componian sus guarniciones; Cartagena y Ferrol, por sus arsenales; y Mahon, por la escuadra surta en su celebrado puerto, fueron objeto preferente de la atencion del nuevo gobierno; y admira, al estudiar la correspondencia de Napoleon, la insistencia con que recomendaba al duque de Berg, hasta en los detalles mas minuciosos, las disposiciones que debia dictar, la vigilancia que convenia ejercer, y los medios mas propios para atraerse los hombres influyentes de la nacion.

Esta podia, pues, considerarse sujeta al yugo, siempre odioso, del extranjero; y no sin razon habia supuesto el pueblo de Madrid, al sublevarse el DOS DE MAYO, que la marcha de los infantes era la señal de que, como la de Braganza en Portugal, cesaba de reinar en España la dinastía de los Borbones.

CAPITULO VII.

Ecos del DOS DE MAYO.—En Bayona.—Conferencia real.—Amenaza de Napoleon.—Abdicacion de don Fernando.—Abdicacion de don Cárlos.—La familia real es internada en Francia.—Eco del DOS DE MAYO en las provincias.—Sublevacion general.—En Asturias.—En Galicia.—En Santander.—En Leon.—En Logroño y Segovia.—En Valladolid.—En Cartagena.—En Murcia.—En Valencia.—En Zaragoza.—En Cataluña.—En Andalucía.—En Cádiz.—Rendicion de la escuadra francesa.—En Jaen y Córdoba.—En Granada,—En Extremadura.—En las islas Baleares.—En Canarias.—Tropas españolas de Portugal.

Ecos del DOS DE MAYO.

El grito del DOS DE MAYO produjo dos ecos bien distintos al trasmitirse de Madrid á las provincias de la monarquía española y á la residencia de sus soberanos. En aquellas resonó iracundo y respondió como ofreciendo guerra y venganza; en Bayona, en vez de ardimiento y de satisfaccion, reveló el término de una resistencia que ya se consideraba bastante tenaz y digna. Y es que mientras en España servia la sublevacion madrileña para encender los ánimos contra los

invasores y para provocar la explosion general que debia preceder á la lucha, en Bayona daba pretexto al usurpador para terminar descaradamente la obra que habia emprendido con tan refinada y cruel hipocresía.

Las circunstancias eran ciertamente muy distintas. La responsabilidad colectiva no impone lo que la personal, y los pueblos, al levantar su voz y sus armas por una idea ó contra un atropello, no sienten ni reconocen ese temor que individualmente sobrecoje al que, siendo orígen ó causa de aquel acto, ve inmediatas las consecuencias que puede producir. Este recurre generalmente á la astucia y, creyéndose hábil, se muestra pusilánime y débil, entretanto que las masas, que no calculan sino sienten, ni tienen ni pueden usar otros recursos que los de la fuerza, que son los únicos respetables en ellas. En la Península, el espíritu de independencia y el orgullo de los naturales se unian para considerar posible el movimiento y fácil el triunfo; en Bayona se veia inmediato al verdugo, ya probado, y no hacia mucho, en los fosos de Vincennes, prepotente en todo el mundo y árbitro de la suerte de todos los tronos y de todos los soberanos que los ocupaban. Sin creer, pues, en que era conducta conveniente ni, mucho menos, digna la que vamos á ver que observaron los monarcas castellanos en mayo de 1808, no puede menos de disculparse, en parte, la de don Fernando, jóven é inexperto príncipe, sin el conocimiento todavía de la índole de sus pueblos y agoviado bajo el peso de la reprobacion paternal y de la venganza presumible en su falso huésped.

Las escenas que entonces tuvieron lugar en Bayo-

na no pueden ser mas repugnantes. Al punto mismo en que llegaron las noticias de lo sucedido en Madrid en la mañana del DOS DE MAYO, el emperador Napoleon, demostrando una cólera que hacia verosímil la exageracion que siempre acompaña á las primeras relaciones de todo acontecimiento notable, acudió á la habitacion de Cárlos IV. Nada omitió para impresionar al débil anciano y á su vehemente esposa; el pueblo de Madrid, instigado por los emisarios de don Fernando, habia cometido desmanes que horrorizarian aun en las mas incultas sociedades, y las represalias que habia tenido que ejercer Murat para vengar la muerte de los muchos miles de franceses sacrificados, habian convertido la capital en un verdadero campo de batalla. Era necesario, de consiguiente, poner pronto término á una situacion tan perjudicial para las dos naciones, y de que solo lograrian sacar fruto los ingleses que, conociendo las simpatías del príncipe de Asturias, atizaban por su parte tambien el fuego de la guerra civil; y solo en las renuncias inmediatas de Fernando y don Cárlos podia encontrarse la solucion que convenia á la felicidad de España.

Conferencia real.

Con la impresion de tan enérgica pintura, como la que de los sucesos de Madrid acababa de hacer Napoleon, fué llamado don Fernando, á quien se le comunicaron entre los apóstrofes mas duros y denigrantes. La exageracion del cálculo con que el Emperador, llevado, además, de aquel espíritu poético y grandioso que caracterizaba sus discursos, habia tratado de conmover á los dos ancianos, se elevaba en estos á un grado que no podian disculpar en quienes aun se daban el dictado de padres, ni la cólera mas violenta ni

el deseo de castigar un ultraje próximo, ni, mucho menos el de complacer y lisonjear al que suponian su escudo y vengador. Nada se omitió para imponer al Príncipe; las reconvenciones mas amargas, las injurias mas ultrajantes, las amenazas mas tremebundas le fueron dirigidas por los desposeidos monarcas. Don Fernando de pié, inmoble, fijos en tierra los ojos, escuchaba sin dar muestra alguna de conmocion ni de miedo, y solo habló para rechazar la acusacion que se le hacia de ser autor del levantamiento del DOS DE MAYO. La escena se iba haciendo larga y enojosa sin producir por eso el resultado apetecido, el de arrancar del Príncipe la abdicacion incondicional que se le exigia. Napoleon impaciente ya y fatigado de aquella escena, que despues dijo haberle horrorizado, trató de darla el giro que le convenia para su desenlace, y, acercándose á don Fernando como para despedirse de él, le dijo con un tono imperioso y glacial: «Príncipe, »es necesario optar entre la cesion y la muerte;» palabras cuya emision ha sido puesta en duda, sustituyéndolas con las de que Fernando «seria tratado como »rebelde y conspirador,» pero probables en quien no se cansaba de llamar raza degenerada y cobarde á la dinastía de los Borbones (1).

Amenaza de Napoleon.

(1) Escribia Napoleon á Murat el 5 de mayo: «El Rey y la Reina »les han hablado (á don Fernando y don Cárlos) con la mayor indig- »nacion. Yo les he dicho: si de aquí á media noche no habeis recono- »cido á vuestro padre por vuestro legítimo rey y no lo haceis saber »á Madrid, *sereis tratados como rebeldes*.» Al dia siguiente en una carta dirigida á Talleyrand, describia así á don Fernando: «El prín- »cipe de Asturias es hombre que inspira poco interés. Es tonto hasta »el punto de no haberle podido sacar una palabra. Cualquier cosa »que se le diga, no responde jamás. Repréndasele ó dígansele lisonjas »no cambia nunca de fisonomía. Para quien le ve, su carácter se »describe con una palabra: es un solapado (un sournois.)»

Abdicacion de don Fernando.

Aquel fué el golpe de gracia dado á la constancia de don Fernando. El y sus consejeros temblaron ante la amenaza, suponiendo á su autor capaz de ejecutarla sí, como parecia, era conveniente á los fines ambiciosos que le guiaban; así que, á la mañana siguiente renunció sin limitacion alguna un poder en que, realmente, era mayor el número de las amarguras y de las desgracias que el de los dias que lo habia ejercido.

De don Cárlos

En espectativa de este resultado, pero anticipándose á él, esto es, en el mismo dia 5, uno despues de haber expedido á Madrid el decreto en que volvia á asumir la autoridad real, el infeliz don Cárlos abandonaba de nuevo la gobernacion de un estado que su padre y predecesor le habia entregado tan robusto y floreciente, cediéndolo á una familia enemiga irreconciliable de la suya, sin el consentimiento de sus pueblos, sin la aquiescencia de sus legítimos sucesores, y sin ninguna de las formalidades que prescribian las leyes del país.

¡Así se hacia pasar el pueblo castellano de uno á otro dominio! Las sociedades modernas no podian presenciar espectáculo mas degradante, ni raza alguna sufrir acto mas indigno de arbitrariedad y de desprecio como el de arrebatarle sus monarcas sin atender á su eleccion ni escuchar su voz. No parece sino que Napoleon ejercia en Europa la tutela que el mundo romano habia conferido al senado de la metrópoli para disponer así de los pueblos y de sus elegidos.

Pero si era indigno el acto de expoliacion que se ejecutaba en Bayona, mas fea y degradante fué la forma en que se llevó á cabo. Don Manuel Godoy, el

odiado favorito, el ministro desposeido por la corona y perseguido por el pueblo con un encarnizamiento de que no hay ejemplo en la triste historia de los validos, firmó el tratado de cesion en nombre de un soberano que se habia por sí mismo despojado de los atributos reales, sin que sus vasallos tuvieran siquiera conocimiento de que los hubiese recobrado, ni mucho menos vuelto á ejercer acto alguno de soberania. Decia Napoleon en Santa Elena: «Cárlos IV se »habia gastado para los españoles, se debió haber »gastado lo mismo á don Fernando: el plan mas dig»no de mí, el mas seguro para mis proyectos, hubie»ra sido una especie de mediacion como la de Suiza. »Debí dar una constitucion liberal á la nacion espa»ñola y encargar à Fernando de ponerla en práctica. »Si la ejecutaba de buena fué, España prosperaba y se »ponia en armonía con nuestras nuevas costumbres: »se habia alcanzado el grande objeto, la Francia ad»quiria una aliada sincera y una adicion de poderío »verdaderamente formidable. Si Fernando, por el »contrario, faltaba á sus nuevos compromisos, no de»jarian los españoles mismos de expulsarle y hubieran »venido á solicitar de mí otro soberano...... Sin em»bargo, lo confieso, yo manejé muy mal este asunto; »la inmoralidad debió mostrarse demasiado patente, »la injusticia demasiado cínica, y el todo ha parecido »muy villano, pues que he sucumbido; porque el »atentado no se presentaba desde entonces mas que en »su mas asquerosa desnudez y privado de todo lo »grandioso de los numerosos beneficios que entraban »en mis intenciones.»

No era, con efecto, dable encontrar condiciones

de nulidad mas patente que las que llevaba en sí el convenio de 5 de mayo de 1808. ¿Necesitaria Napoleon la ruda experiencia de siete años de una lucha constante y de las tristes vicisitudes de los dos últimos para conocerlo?

Apenas celebrado el convenio, el Emperador comprendió que, además de la renuncia de don Fernando como soberano, era necesaria la de sus derechos como príncipe de Asturias y lo seria despues la de los Infantes, herederos eventuales de la corona de España. Mas no tardó en obtenerlas todas: el desaliento habia penetrado en el corazon de los Príncipes y en el de sus allegados y consejeros que, á la debilidad de un acto tal, unieron la humillante de disputar el premio. Ya en este asunto no tomó parte Godoy, sino que el canónigo Escoiquiz, que parecia tener tambien el negro privilegio de intervenir en las desgracias de España, fué el encargado de firmar un nuevo convenio, el de 10 de mayo, en que, á trueque de pensiones, ciertamente bien mezquinas, don Fernando y los infantes don Cárlos y don Antonio hicieron absoluta cesion de sus derechos. No creyó necesaria la renuncia de don Francisco de Paula sin duda por su corta edad y por deber acompañar á don Cárlos y á María Luisa, de quienes se decia que era el hijo mas querido; ni se dió importancia alguna á la reina de Etruria, que tambien siguió á sus padres, perdida toda esperanza de trono para su hijo y atenida á una miserable pension (1).

(1) Véase en el apéndice núm. 6.° el convenio de 10 de mayo.

Obtenida la adhesion de los interesados en el convenio del 10 de mayo, todos los miembros de la familia real española fueron internados en Francia, no sin que en el camino se dejara de exigir de su debilidad y de la torpeza de sus consejeros una manifestacion á sus antiguos súbditos en favor de la nueva dinastía que se les destinaba. Cárlos IV y su esposa, don Francisco de Paula y la reina de Etruria, se dirigieron á Compiegne, seguidos de su inseparable amigo el príncipe de la Paz; y don Fernando y los infantes don Cárlos y don Antonio, fueron relegados á Valencay, donde ya les esperaba Talleyrand, encargado por Napoleon de hacerles mas llevadera la esclavitud dilatada que les esperaba. La familia real internada en Francia.

Así quedó consumada la obra de expoliacion que tanto tiempo hacia andaba persiguiendo el ambicioso emperador de los franceses, para reunir en un sistema federal, gobernado por su familia, pero bajo su sola direccion, el occidente de Europa. ¡Pobres cálculos humanos! Lo que Napoleon en el apogeo de la gloria y con la satisfaccion del genio tomaba por complemento de su grandeza era el principio de su decadencia y el orígen de sus desgracias. La Providencia proporcionaba al mundo el arma con que debia reconquistar su libertad en la misma que el tirano creia haber hallado para sujetarlo entero á su capricho y á sus ambiciones.

No es difícil comprender el efecto que el triste resultado de las vistas de Bayona, como las llama un escritor distinguido, habia de producir en España. La Junta de Gobierno, sometida virtualmente á Murat desde la cruenta jornada del dos de mayo, tuvo que Junta de gobierno.

sufrir dos dias despues, segun anteriormente dijimos, la presidencia del mariscal francés, á pesar de la oposicion manifestada por algunos de los vocales que la componian. El miedo en los demás, la oscuridad en que se encontraban todos respecto á lo que sucedia en Bayona y, mas aun, el temor de añadir combustible al fuego que no podria menos de producir la sublevacion que acababan de presenciar y cuyos horrores se harian muy pronto manifiestos á toda la nacion, disculparon un acto de condescendencia, del que, si pudieron tener escrúpulos sus autores, los desvaneceria por entonces el decreto que el dia 4 de mayo habia expedido Cárlos IV para recobrar la soberanía y delegarla en el gran duque de Berg.

Desde aquel momento la gobernacion del Estado quedaba en manos del Emperador, y las providencias todas que emanaran de la Junta habian de contribuir precisamente á llevar á término feliz sus planes de sujetar á España. Las órdenes é instrucciones de don Fernando, dictadas un dia despues que las de su padre y llevadas á la Junta con las dilaciones que exigia su secreto y sin los medios de trasmision de que disponia el Emperador, tendrian que quedar sin efecto ó producirlo tan solo en los pocos á cuyo conocimiento llegaban. Así, Azanza, á quien fueron entregadas, y los ministros, á quienes aquel las leyó, no creyeron deberlas hacer públicas, temerosos de que, habiendo variado tanto las circunstancias, comprometiese su publicacion al mismo en cuyo favor deberian ejecutarse; opinion que vino á fortificar don Evaristo Perez de Castro, fugado de Bayona despues de firmadas las renuncias. Las órdenes de Cárlos IV tenian, por el

contrario, que ser obedecidas, aun cuando su única fuerza consistiera en la que les prestában las bayonetas de que estaba rodeado el lugar-teniente. No quedaba, pues, á la Junta otro recurso que el de considerarse exenta de su mision, ni otro al Consejo Real que el de no estampar en la publicacion todas las fórmulas para su cumplimiento. ¡Subterfugio inútil como todos los que dicta la debilidad! Los encargados de ejecutar los mandatos del anciano monarca no obedecian ya á la Junta, sino á una fuerza mayor que era la de las armas; y los que se veian fuera del alcance de estas, lo mismo habrian de obrar con la insercion que sin la insercion de aquellas fórmulas, sin otro resultado en tal crisis que el puramente cancilleresco.

Pero con la misma rapidez con que se sucedian en Bayona las mudanzas que acabamos de referir, se llevaban en Madrid á ejecucion por el Gran duque, ansioso de llegar á un pronto desenlace en la oscura intriga de que era uuo de los principales agentes, aun ignorando los hilos y la trama con que se tejia. Así es que, el país se encontraba cada mañana con decretos y manifiestos completamente contradictorios, cuyo objeto no le era fácil prever envueltos, como aparecian, en las nebulosidades de un plan que no podia descubrir por lo oscuro, ni esperar por lo rastrero é infame El dia 8 se recibieron los decretos de Cárlos IV que, sin la renuncia de don Fernando, debian considerarse como no válidos, y el 9 llegó esta con la revocacion de poderes á la Junta Suprema; pero cuando se creia que el término de las negociaciones seguidas en Bayona se limitaria á que las cosas volviesen al mismo ser y estado del 19 de marzo, corria un posta para entregar

en Madrid el pliego que revelaba la cesion de la corona al emperador de los franceses. Con él venia tambien la consulta á los altos cuerpos del Estado sobre quien habia de ser el sucesor de Cárlos IV, y para que no divagasen en sus acuerdos ni vacilaran en la eleccion, se les indicaba la de José Bonaparte, hermano del Emperador y rey entonces de Nápoles. De manera que de sorpresa en sorpresa, sin descansar en sus conjeturas por las diversas fases que iba tomando cuestion tan importante y por las peripecias que presentaba, se encontró el país en laberinto tan intrincado que ni la Junta de Gobierno, reducida ya al papel de consultiva, ni el Consejo Real, ni corporacion, ni tribunal alguno, lograban ponerse de acuerdo para, tomándolo unánime, oponer una resistencia séria á la presion que sobre ellos se ejercia. Cuando los ministros y consejeros de Fernando no habian sabido precaver ni resistir la usurpacion; cuando las plazas fronterizas se hallaban en poder de las tropas francesas y la capital de la monarquía ocupada por un ejército numeroso que acababa de reprimir la sublevacion de sus habitantes, la voz de aquellas corporaciones no podia resonar sino trémula y apagada. ¿A qué, pues, esos pomposos manifiestos para proclamar el patriotismo y valor de sus firmantes? Digan que la oscuridad de los tiempos, el maquiavelismo de Napoleon y la debilidad de sus víctimas, los traia confusos y vacilantes, y que al fin tuvieron que obedecer á la fuerza de las armas extranjeras de que se veian amenazados, y al temor de una lucha que la mayor parte de ellos, si no todos, consideraban desesperada. Y la prueba es que ninguna de aquellas corporaciones se atrevió

á apellidar la guerra, ni ninguno de sus miembros á abandonar sus hogares para buscar comarca en que encenderla, sino que todos con mas ó menos repugnancia creyeron deber ahogar sus sentimientos y ceder á circunstancias indudablemente muy difíciles. Mas cuando la turbacion llegó á su colmo, porque la debilidad y las vacilaciones iban á producir el descrédito, si no la pérdida, de los que pudieran cometerlas, fué al publicarse el decreto en que el lugar-teniente general del Reino y la Junta Suprema de Gobierno manifestaban el deseo del Emperador de que en Bayona se reuniese una diputacion de 150 personas compuesta del clero, nobleza y estado general «para tratar de la »felicidad de España y proponer las reformas mas »convenientes para destruir los males que el anterior »sistema habia ocasionado.» En el contexto de aquella disposicion aparecian ya elegidos algunos de los personajes mas ilustres ó mas influyentes en los diferentes estados, y en el sistema de eleccion que encerraba su espíritu, se descubria el pensamiento de arrancar de la capital y de las provincias, para trasladarlos á Bayona, á cuantos ofrecieran sospechas de que pudiesen resistir en aquellas localidades las disposiciones del Emperador. La Junta Suprema de Gobierno que pocos dias antes habia dicho en una exposicion «No haya mas Pirineos,» y que no podria menos de ayudar á Murat en la designacion de personas, habia de proponer necesariamente aquellas en cuyo conjunto no apareciese ella como única responsable de los acuerdos que iban á tomarse.

Alguuos de los nombrados rechazaron la eleccion segun su carácter ó los medios con que contaban para

eludirla: varios fueron á Bayona para asistir el 15 de junio á la inauguracion de las conferencias que iban á celebrarse, cediendo, como la Junta, el Consejo y las altas corporaciones del Estado lo habian hecho dias antes, á circunstancias cuyo desenlace favorable no consideraban al alcance de sus fuerzas.

No lo estaba efectivamente: el lazo que sujetaba el yugo que se queria imponer á nuestro país, no podia deshacerse con protestas ni negociaciones, por enérgicas y hábiles que fuesen; como el de Gordiano, requeria una espada de un temple fuerte que lo rompiera, y para ello se levantaron miles en las manos de los españoles que entre sangre y desolacion llevaron á cabo su noble y generoso propósito.

Eco del DOS DE MAYO en las provincias.

Ya hemos dicho al principiar este capítulo que el grito del DOS DE MAYO habia resonado en las provincias de la monarquía preñado de ira y rebosando del deseo de la venganza. Tal fué la rapidez con que se difundió por la Península el parte que de la heróica resolucion de los madrileños habia dado en la noche del mismo dia 2 el alcalde de la vecina aldea de Móstoles, que al enviar la Junta Suprema á todos los gobernadores el aviso de lo ocurrido en la córte y las instrucciones para impedir todo desórden, en vez de hacerse tranquilizadora la gestion de aquellos en las poblaciones, llegó en la mayor parte de ellas á producir un efecto completamente contrario. Los habitantes, inflamados ya con la noticia de las hazañas que la exageracion en tales casos engrandece y multiplica, y con la de las desgracias que la venganza francesa habia ocasionado, inmolando, con los héroes de la jornada, víctimas inocentes que hiciesen mas tremendo

y aterrador el sacrificio, ni creian en los partes oficiales, ni se consideraban obligados á la obediencia de disposiciones que ya no emanaban de un gobierno nacional é independiente.

Numerosos corrillos rebosando de gente obstruian las plazas y calles principales de los pueblos de mayor importancia, donde se comentaban en voz alta ó baja, segun se hallaban ó no libres de franceses, las noticias de Madrid. ¿Era un delito acaso proclamar á Fernando VII, el soberano legítimo y deseado de toda la nacion? ¿Por qué se queria arrebatar de la córte á los únicos príncipes que no habian partido para Bayona, cuando ni se hallaban próximos á la sucesion del trono ni en condiciones de impedir la accion legal de los mandatos soberanos? ¿Qué se queria hacer de la familia real? ¿Qué del país? ¿Cuál era la negra intriga que se fraguaba contra una y otro? Tales eran las preguntas que se cruzaban entre los interlocutores con esa velocidad y esa pasion características de los pueblos meridionales, y que lo exagerado de las noticias y lo extraordinario de las circunstancias tenian que hacer sobresalir en el nuestro. Y los cálculos y las conjeturas se difundian de las calles á las familias, y de los mercados á los pueblos y aldeas de la inmediacion, donde las afecciones ó la ignorancia misma abultaban los peligros personales y el comun de la patria, hasta el punto de creerse á la merced de un brutal conquistador la seguridad, la honra, las leyes y la religion, los objetos, en fin, mas caros y venerados. La inquietud de los ánimos era, pues, muy profunda, y no contribuia poco á aumentarla la incertidumbre que á todos asaltaba de los planes del Emperador, á cuya

ejecucion parecian brindarle la esclavitud, puede decirse, espontánea en que se habia constituido la familia real, la impericia de los gobernantes, el estado indefenso del país y el concepto, entonces general, de que su espíritu antiguo se encontraba apagado y frio.

En medio de estas dudas y de la irresolucion que no podian menos de producir, aun en imaginaciones tan vivas y en ánimos tan acalorados como los de nuestros compatriotas en tales circunstancias, cundió la voz, luego confirmada, de las renuncias de Bayona, y de la incorporacion de España al sistema napoleónico. La impresion que produjo fué la misma de la electricidad, instantánea, enérgica, conmovedora; y la masa total de los habitantes se sintió agitada de un mismo impulso, el de la resistencia. En la mayor parte de las poblaciones fué simultáneo el grito contra la opresion francesa; así lo demostraremos con la revelacion de las fechas en que aquellas lo dieron, y fué sin prévio acuerdo, sin comunicacion siquiera, arrastradas todas por el sentimiento de su independencia y de su dignidad. Si alguna provincia se anticipó á las demás en la expresion de ese mismo sentimiento, fué porque la nueva de las violencias ejecutadas en los madrileños el DOS DE MAYO la impelió á buscar por el camino de las represalias el de su satisfaccion patriótica; pero eso mismo confirma la opinion de que el movimiento general, á que pocos dias despues se entregó la Península, fué, no la obra de sugestiones personales dirigida hábilmente por un interés individual mas ó menos elevado, sino la explosion de un espíritu nacional, antiguo y, como tal, arraigado en el corazon de los españoles.

Por eso varias de las provincias se disputan el honor de la prioridad en aquel movimiento, honor que á todas ellas cabe por haber sido la insurreccion espontánea y sin enlace alguno ni acuerdo anterior, ignorando cada una si sería ó no apoyada por las demás en empresa tan arriesgada como la de rechazar la francesa. Pero alguna hubo que sin esperar la noticia de las renuncias de Bayona, y sin que el Emperador hubiese todavía revelado sus planes de usurpacion, llevada tan solo del deseo natural de vengar la sangre vertida en las calles de Madrid y de resistir la intervencion que aparecia quererse ejercer en asuntos puramente españoles, cuales eran los de la sucesion al trono, se alzó para pedir su libertad de accion, la validez de sus sufragios y la independencia de su anterior y legítimo gobierno. Sublevacion general.

Cupo esa honra al noble solar de Asturias, cuna de la monarquía castellana. Los descendientes de aquellos animosos montañeses que habian comenzado la lucha de ocho siglos enarbolando el estandarte de la cruz contra la media-luna son ahora los primeros en entablarla con el insigne capitan que en menos de diez años habia sujetado los pueblos mas inteligentes, á la par que bravos, desde las risueñas márgenes del Pó y del Rhin hasta las nebulosas y áridas del Vístula y del Niemen. Con el mismo lema de Independencia y con el mismo favor de la Vírgen que sus padres veneraban en Covadonga, donde uno y otro se presentaron é hicieron manifiestos á principios del siglo VIII, van en 1808 á pelear para, con igual propósito y perseverancia, conseguir el mismo fin. En Asturias.

Cuando llegó á Oviedo el bando, dirigido el 3 de

mayo al pueblo de Madrid, que Murat habia hecho remitir á todas las capitales de provincia, ya se habia esparcido por las Asturias la nueva de todo lo ocurrido en la córte. Así que, al proceder las autoridades á la publicacion de aquella que los asturianos debian tomar por amenaza sangrienta despues del desacato cometido por los gijoneses el 29 de abril en la persona del cónsul francés, encontraron los ánimos tan alterados, que entre los gritos de «viva Fernando VII y muera »Murat» hubieron de retroceder á la Audiencia. Animados los revoltosos con aquel primer triunfo y confiando en obtener apoyo de la junta general del Principado, compuesta, no de empleados que el favòr hubiese llevado allí, sino de los mas ilustres propietarios de la provincia, corrieron al edificio en que se reunia, y menestrales, labriegos, estudiantes y próceres, entraron confundidos en la sala de sesiones, pidiendo la declaracion de guerra á la Francia y el armamento general. No iban errados en sus cálculos, porque la mayoría de los que componian la Junta, encendidos tambien en el santo fuego de la patria que veian amenazada en su independencia, juntamente con el trono y los fueros de sus antepasados, apoyaron calurosamente al pueblo, distinguiéndose por su entusiasmo el conde de Toreno, padre del que habia de ser el mas insigne historiador de la lucha que se iba á inaugurar, y el marqués de Santa Cruz de Marcenado, nieto del célebre escritor y general de su mismo nombre y título, quienes al aconsejar la sublevacion pidieron servirla con su espada y fortuna. La Audiencia, sin embargo, trabajó, y no sin algun resultado, por aquietar los ánimos, dando así tiempo al

gobierno para tomar providencias con que sofocar en su orígen un movimiento que no sería difícil se propagara á las demás provincias. Pero entretanto que se expedian las instrucciones de Murat y se allegaban los medios materiales para castigar el atentado de los asturianos, iban llegando á Oviedo noticias circunstanciadas del DOS DE MAYO, que escuchadas de boca de quienes habian presenciado las desoladoras escenas de aquel dia, aumentaban, si era posible, la ira, encendida tambien en el pecho de los oyentes con las violencias y despojo que en Bayona se ejecutaban contra nuestros monarcas.

Con esto, el dia 24 al presentarse el comandante que se destinaba al mando de las armas de la provincia, precedido de un ayudante de campo del mariscal Bessiéres, encontró la poblacion profundamente conmovida y á punto de realizar las amenazas que una multitud furiosa iba profiriendo cada noche de las anteriores en las frecuentes asonadas que habian tenido lugar desde el dia 9, primero de aquella sublevacion. Y efectivamente, á media noche, segun estaba convenido, un repique general de campanas hizo salir á las calles una muchedumbre inmensa, compuesta de casi todos los habitantes de la ciudad y muchos de las aldeas vecinas á donde habia llegado el llamamiento hecho de antemano. Despues de armados por los oficiales de artillería, á cuyo cargo se hallaba un considerable depósito de fusiles, los insurrectos se esparcieron por las calles, una parte hácia la casa del gobernador militar, con el objeto de impedir la ejecucion de las providencias que pudiese dictar, y el resto, hácia las de los individuos de la junta general del Principado, para

que se reunieran y constituyesen en Junta Suprema de Gobierno. Así lo hicieron todos y, nombrando presidente al marqués de Santa Cruz, á quien además confiaron el mando de las armas, y haciendo un llamamiento á la juventud para que las empuñase, afirmaron la revolucion sin que la manchara una sola gota de sangre. ¡Resultado incomparable en el movimiento y confusion que no podian menos de producir cerca de 18,000 hombres que acudieron de todas las partes del Principado á organizarse bajo la direccion de la oficialidad de los mismos cuerpos que se habian mandado á reprimir el alboroto del dia 9, y que pudieron vestirse y equiparse con los cuantiosos donativos que hicieron las clases acomodadas! El conde del Pinar y el célebre poeta don Juan Melendez Valdés, comisionados para hacer una informacion sobre el alboroto del dia 9, estuvieron algo mas tarde á punto de perecer en union con el coronel Lallave y los jefes del regimiento de Hibernia y de los Carabineros Reales que habian sido destinados á reprimirlo y castigarlo. Ya se les habia llevado al campo de San Francisco, donde sujetos á los árboles iban á sufrir el suplicio ignominioso con que la plebe queria castigar la comision de unos y la resistencia que los otros habian opuesto á secundar la sublevacion, cuando un sacerdote dignísimo, ayudado de personas que debian tener autoridad en las masas, y valiéndose del freno de la religion á que siempre ha obedecido aquel pueblo, logró, imponiendo á los mas fogosos, salvar aquellos desgraciados y alejarlos del país.

Era necesario que el Principado no quedara *solo* en demanda tan crítica y difícil, como la en que se

habia comprometido, y urgente el buscar entre los enemigos de Napoleon poderosos aliados con cuyo auxilio pudiera emprenderse la lucha con mas igualdad que la que hacia presumir un levantamiento aislado en España y hasta entonces en sola una de las provincias. Dirigiéronse, pues, á todas ellas proclamas calurosas que levantaran los ánimos contra la Francia, y una comision, compuesta de don Andrés Angel de la Vega Infanzon y del conde de Matarrosa, hijo del ya citado de Toreno, se embarcó en un corsario con rumbo á Inglaterra para entablar negociaciones con el gobierno. Recibidos los emisarios con el mayor agasajo, el ministerio inglés y especialmente Mr. Canning, su miembro mas influyente, comprendiendo la trascendencia de una revolucion popular de la índole de la que se revelaba en Asturias, ofreció toda clase de auxilios, y en pocos dias se vieron salir del Reino Unido armas, equipos, vestuarios y recursos de todo género con que propagar la sublevacion y empezar la lucha.

No tardó Galicia en seguir el impulso dado por sus vecinos los de Asturias. Madurado ya el complot que militares y paisanos llevaban urdido desde que llegaron á su noticia los sucesos de Madrid y las renuncias de Bayona, é impelidos los coruñeses á apresurar su explosion por la presencia de un oficial comisionado para investigar el estado de los ánimos, creyeron el 30 de mayo encontrar en la supresion hecha aquel año de la antigua costumbre de izar el pabellon nacional en los baluartes de la plaza pretexto y coyuntura favorables á sus intentos patrióticos. La multitud, precedida de una banda de muchachos En Galicia.

dando vítores al recientemente desposeido monarca, se acercó al palacio de la autoridad militar. Pronto obtuvo la órden para que se enarbolase nuestra bandera en los puntos de costumbre; pero, no satisfecha con ella, comenzó á elevar sus exigencias al compás mismo de las concesiones que se la iban haciendo. El capitan general don Antonio Filangieri, vista la inutilidad de sus esfuerzos para calmar un motin que amenazaba convertirse en revolucion de no poca gravedad y trascendencia, buscó en la evasion el medio de no dar mas satisfacciones á la plebe, cuando ya esta, atropellando la guardia, remontaba las escaleras del palacio. Con la fuga del general, que fué á refugiarse en el convento de Dominicos, la sublevacion podia considerarse triunfante. Y no sin fundamento, pues que, instantes despues, se insultaba al gobernador de la plaza y al coronel del regimiento de Toledo que salian de conferenciar con Filangieri, sin que la guardia que presenciaba aquel atropello, tratara de impedirlo ni tomase la defensa de sus jefes.

Como acontece en tales casos, fué aumentándose la gente, ya con los vecinos que veian vencedora á la que habia asaltado el palacio, bien con aldeanos que llamaban á la Coruña la festividad del dia y las instrucciones de los sublevados. Formóse, pues, una masa imponente que, envalentonada con el éxito de sus primeros pasos, se dirigió al parque, y, asaltándolo, siempre en connivencia con las tropas, se armó con los fusiles allí depositados y pasó á recorrer las calles, llevando á su frente el retrato de Fernando VII.

Era de absoluta necesidad la instalacion de una junta que regularizara el movimiento, puesta de acuer-

do con la de Asturias y las que, segun las noticias que llegaban ó se inventaban, se habian formado en las demás provincias y reinos de la monarquía. Establecióse, pues, en la Coruña la misma tarde del 30, colocando á su cabeza al general Filangieri que, por su carácter afable y la fama de sus talentos, habia sabido captarse la estimacion de los gallegos. Que es cualidad característica de los españoles el olvidar tan pronto los que, en un momento de acaloramiento se toman por agravios, que, una hora despues, se someten al mismo á quien se atribuia inferirlos, considerándolos ya como deberes de su cargo. Esto pudo observarse en la gloriosa sublevacion que vamos relatando: la mayor parte de las autoridades constituidas, aun resistiendo el levantamiento en los primeros momentos, fueron elevadas á la presidencia de las juntas que se formaron, en la que se creia podian prestar grandes servicios, así por el conocimiento de los intereses locales que debian administrar y defender, como por el hábito del mando que les haria utilizar los medios y recursos ya existentes contra un desbordamiento, tan fácil en tales circunstancias y tan comun en pueblos impresionables como el nuestro.

En la junta de la Coruña entraron las autoridades de mayor importancia así militares como civiles y eclesiásticas de aquel antiguo reino; con lo cual se logró, no solo poner órden en la capital y en las demás poblaciones que seguian su movimiento, sino el vencer en algunas la resistencia que los delegados del gobierno de Madrid oponian á la sublevacion, como sucedió en el Ferrol, donde el conde de Cartaojal, comandante de la division de Ares, y don Pedro Obre-

gon, jefe del arsenal, se mostraban poco dispuestos á obedecer las órdenes de la junta.

Una de las disposiciones, casi todas acertadas, que tomó la de Galicia, fué la de sustituirse por una diputacion que, elegida segun por antigua costumbre lo hacia aquel reino cada seis años, fuese la representacion genuina de sus pueblos, con lo que era de esperar serian obedecidas y respetadas con mas gusto providencias que forzosamente habian de tomar un carácter de extraordinarias y extremas. En tanto se verificaba la eleccion, se proveyó á formar un ejército, para el que habia un núcleo excelente en las numerosas tropas que, así por la guerra con los ingleses como por la invasion de Portugal, guarnecian aquella importante costa. Muchos de los regimientos se hallaban casi en cuadro, por haber dado la tropa á los expedicionarios de Oporto, y en todos cabia el admitir un gran número de reclutas. Así que, segun veremos mas adelante, ascendió á 40,000 hombres el ejército de Galicia, comprendido el célebre *batallon literario*, que formaron los estudiantes de la universidad de Santiago.

Instalóse entretanto la nueva junta, compuesta, como ya hemos dicho, de los diputados elegidos por las ciudades, á quienes se agregaron los obispos de Orense y Tuy por su rango y patriotismo, acrisolado en el primero en un célebre documento recientemente dirigido á rechazar su eleccion para las conferencias de Bayona, y, por fin, don Andrés García en memoria de la malograda princesa de Asturias, de quien habia sido director espiritual. La actividad desplegada por la Junta, á pesar de los obstáculos que trató de opo-

neria el arzobispo de Santiago suscitando rivalidades entre la Coruña y la ciudad capital de su diócesis, que lo habia sido no hacia mucho de los cuatro reinos de Galicia (1); la cooperacion de las clases militares que unieron todos sus esfuerzos á fin de procurarla elementos de fuerza, los mas necesarios en tales ocasiones para mantener el órden, y la buena voluntad con que todos los pueblos de la provincia secundaron el alzamiento y se prestaron á toda clase de sacrificios, hicieron fácil y acertada la marcha de la Junta, así en la gestion política como en la administrativa. Se completó la organizacion de los cuerpos militares, á los que se dió inmediatamente la órden de trasladarse á las fronteras de Leon para dar fuerza al alzamiento de aquella provincia y observar al ejército francés acantonado en Búrgos y en el camino de Madrid; y, como en Asturias, se apeló á la Inglaterra en demanda de su alianza y de auxilios para sostener la guerra que se declaraba al emperador de los franceses. Todas las juntas comprendian la necesidad de buscar un apoyo sólido y poderoso para el éxito de una sublevacion que, como popular y en un país desarmado por las artes del enemigo, tendria que sufrir rudos embates antes de constituirse y organizarse con medios propios; y todas comprendian á la vez, que solo la nacion inglesa, rival secular de la Francia y la mas in-

(1) Los santiagueses presumian tambien de haber sido los primeros en manifestar su adhesion á Fernando VII. Fundábanse en una exposicion que el dia 6 de mayo habia elevado su ayuntamiento al general don Francisco Biedma, encargado entonces de la capitanía general de Galicia, exposicion que nuestros lectores podrán ver en el apéndice núm. 8.°, y sumamente curiosa, porqué revela el estado de los ánimos en las provincias, aun antes de saberse en ellas los acontecimientos del DOS DE MAYO.



teresada en vencer al coloso que se habia propuesto su aniquilamiento, podria reunir voluntad, fuerza y recursos para conseguirlo. La Inglaterra, á su vez, vislumbraba el cumplimiento de su única esperanza, de los cálculos mas sublimes de sus hombres de estado, en la resistencia que un pueblo unánime trataba de oponer á la dominacion napoleónica, no con ejércitos que su mortal enemigo era maestro en aniquilar instantáneamente, sino con un espíritu enérgico que haria interminable la contienda, dándola á ella tiempo para desplegar los elementos de fuerza con que contaba. Por eso el gobierno inglés recibió con el mismo regocijo que á los comisionados de Asturias á los que la junta de Galicia y las de las demás provincias fueron enviando á Lóndres, donde recibieron toda clase de obsequios, y la seguridad de que su mision daria los mas brillantes resultados. Y así sucedió, pues. además de recursos materiales de todo género, fueron expedidos á España diputados, de talento y carácter reconocidos, que observaran el espíritu público, los medios con que podia contar cada provincia de las sublevadas, y los que serian necesarios para mantener su noble propósito. Con tal mision partieron de Lóndres sir Tomás Dyer, que debia desembarcar en Gijon acompañando á los comisionados asturianos, y sir Cárlos Stuart que aportó á la Coruña con la noticia, además, de que eran puestos en libertad y conducidos á España todos los prisioneros de Buenos Aires que gemian en los pontones anclados en el Támesis.

Precedidos de la fama de aquellas pruebas de la alianza y generosidad británicas, los dos comisionados fueron recibidos como en triunfo por los habi-

tantes de ambas poblaciones, ávidos de mostrarles su gratitud y su alegría.

Antes de conocerse la sublevacion de Asturias, **En Santander.** Santander habia tambien lanzado al aire el grito, entonces popular de «viva Fernando VII.» Receloso el mariscal Bessiéres de que el fuego de la insurreccion prendido en Madrid, pudiera extenderse á las montañas cantábricas que se alzan sobre el flanco y retaguardia de los cantones que ocupaba su ejército en la provincia de Búrgos, habia despachado á Santander un oficial de su Estado Mayor con pliegos en que se conminaba al municipio con severísimos castigos, si llegaba á atentarse á la tranquilidad y al cumplimiento de las órdenes del gobierno central. La amenaza produjo efecto contrario al que se habia propuesto el duque de Istria, y el 26 de mayo la ciudad rompió en abierta sublevacion contra el poder que apoyaban las bayonetas francesas. Proclamóse inmediatamente á don Fernando y se constituyó una junta compuesta de las personas mas importantes del país, á cuyo frente se llamó al rígido, austero y ejemplar prelado de la diócesis; y por fin, con cuadros del provincial de Laredo se organizó un pequeño ejército que fué dirigido á los puertos y ásperas gargantas de la cordillera para impedir á Bessiéres el cumplimiento de sus amenazas.

Ya hemos dicho que Leon se habia tambien alzado **En Leon.** para proclamar á su soberano legítimo, aun hallándose en tierra que la caballería enemiga podria recorrer y devastar sin temor á grandes obstáculos. Pero si el levantamiento de Leon revela el entusiasmo y la audacia singular de aquellos habitantes, el de Logro-

ño, Segovia y varias otras poblaciones de Castilla, desde cuyas torres, al decir de un historiador francés, *podia verse el humo de los campamentos imperiales*, debieron demostrar á los delegados de Napoleon hasta donde rayaban aquellas cualidades características de nuestro pueblo, y cuán pocas esperanzas debian abrigar sobre la suerte futura de la dinastía que se le trataba de imponer. La represion seria fácil en aquellos puntos, y pronto la hicieron sentir los generales franceses, sin dejar, empero, de comprender, como mas tarde lo manifestaron algunos, que, una vez en aquel camino, seria muy difícil, sino imposible, la sumision pacífica con que su jefe presumia unir la España á su sistema continental.

En Logroño y Segovia.

En Valladolid.

Los fugitivos de Segovia se acogieron á Valladolid pronunciada á la vista de los fabricantes de mantas y estameñas que llevaban á su frente la bandera de la Inquisicion. Tambien allí se habia instalado una junta, aunque sin las atribuciones soberanas que en otras provincias, por no permitirlo don Gregorio de la Cuesta que, despues de una resistencia que pudo costarle hasta la vida, consintió, aun considerándolo prematuro, en dirigir el alzamiento del territorio de que era capitan general (1). El carácter áspero y la obstinacion que distinguian al general Cuesta, así como sus costumbres y principios militares rigurosos y hasta exagerados, le llevaron á no conceder á la Junta otras

(1) El general Palafox en notas marginales á la obra de Sarrazin, dice á propósito: «Así se lo escribió al general Palafox; pero se vió »forzado á ceder al imperioso entusiasmo del pueblo y, como otro »Codro, se sacrificó por su patria.»

facultades que las que condujesen á la administracion de la provincia y á la organizacion de fuerza armada con que apoyar el levantamiento; así que le fué preciso sostener luchas contínuas con otras juntas de capitales próximas que se abrogaban, como sucede siempre en tales casos, el título de soberanas. Sin embargo, el patriotismo avino los ánimos de todos, y con los socorros que facilitaron las plazas de Zamora y Ciudad-Rodrigo, medianamente abastecidas para la la invasion de Portugal, se logró armar alguna gente que, como veremos mas adelante, fué la primera en medir séria, aunque desgraciadamente, sus fuerzas con las del enemigo.

La parte septentrional estaba, pues, levantada ya contra los franceses, no permaneciendo sumisos otros puntos que los que estos ocupaban militarmente. Aun hubo alguno, y hasta en las inmediaciones de la frontera, en que cuerpos enteros se atrevieron á levantar la bandera de la insurreccion, como el 3.er batallon de Africa que salió de San Sebastian para unirse al regimiento que se hallaba en Algeciras, y las tropas de la casa real que, estacionadas en Tolosa y Hernani despues de haber acompañado al Rey, se internaron en Castilla jurando vengar la violencia cometida con Fernando VII. Por todas partes se veian destacamentos de tropas, oficiales y soldados sueltos, huyendo de las guarniciones en que habia franceses y buscando en los centros de sublevacion un puesto de honor en que demostrar su ardor marcial y su patriótico anhelo.

En algunas poblaciones se cometieron excesos que nunca reprobará bastante la historia; pero en las que

abraza la relacion que acabamos de hacer fueron en cortísimo número y neutralizados, si en esto cabe serlo, con actos de generosidad que en circunstancias iguales pueden contar muy pocos pueblos de Europa. No solo las personas de los franceses fueron respetadas en Oviedo, Santander y otros puntos, sino que hasta se llegó á guardar, unas veces con los mismos ciudadanos y otras con tropas del ejército, las casas y los bienes de aquellos contra quienes parecia dirigirse el movimiento y excitarse la animadversion de los españoles.

No sucedió lo mismo en las provincias meridionales y orientales, donde la sublevacion se manchó con sangre en su mayor parte inocente. El genio turbulento de los naturales, su carácter impresionable, casi árabe todavía, su irritabilidad y suspicacia, les hace exagerar todo, lo mismo el celo religioso y patriótico que los instintos de ira y de venganza que, haciendo de su país el teatro de las aventuras mas novelescas, han dado motivo á relaciones de fábulas siempre cruentas, casi siempre absurdas, pero por lo extraordinarias capaces de inflamar aquellas almas ardientes, ávidas de imitar todo lo maravilloso. Las sospechas que infundian los delegados del gobierno, criaturas, en su mayor parte, del príncipe de la Paz, los hacian objeto de la observacion mas escrupulosa y, por corta que fuese la oposicion que manifestaban al movimiento nacional ó la frialdad por los principios que en él se proclamaban, los que acaso creian llenar un deber y en ocasiones solo parecian cometer un error político, quedaban en el ánimo de los habitantes convertidos en instrumentos de

Napoleon. Por otra parte, el número considerable de franceses que se habian avecindado en las poblaciones del litoral del Mediterráneo, en busca de un comercio, que su industria, y aun mas la incuria de los solariegos, hacia lucrativo, fué en aquella ocasion el motivo de su desgracia y ruina, porque producia recelos ó temor en los ilusos ó en los menos resueltos por causa de exito tan dudoso, y daba pretexto á los malvados para sus intentos de destruccion y de muerte.

No buscamos disculpa á escenas que salpicaron de sangre el alzamiento de algunas provincias; nuestra pluma es incapáz de tal debilidad y bajeza: no hacemos mas que revelar el orígen y causas de actos, cuya descripcion contrista á todo aquel que, presumiendo de sentimientos generosos, tiene que apurarla hasta en sus menores y mas repugnantes detalles. Afortunadamente la grandiosidad del conjunto en aquella gloriosísima sublevacion y el sin cuento de hechos heróicos que la llevaron á feliz término con exito tan cabal como el que obtuvo España y con ella la Europa entera, de tal manera embargan la imaginacion que la distraen de algunos de sus accidentes y episodios, por desagradables y dolorosos que sean.

Cartagena fué la primera en dar el grito de independencia en la antigua corona de Aragon. Los sucesos del DOS DE MAYO y las órdenes para juzgar la conducta de los marinos que condujeron á Mahon la escuadra salida de aquel arsenal en febrero último, traian desasosegados é inquietos á los habitantes, parientes ó camaradas en gran parte de aquellos. Ya el 17 habia estallado un motin del que á duras penas lo- **En Cartagena.**



graron salvarse un coronel francés, portador de órdenes sumamente severas sobre el mismo objeto, y los que le ocultaron para evitar su muerte. Pero el dia 23 la poblacion casi en masa reunida á la puerta de la casa-correo, al oir la lectura de la *Gaceta* del 20 que contenia las renuncias, rompe en vivas á Fernando y en gritos de indignacion y de venganza contra los franceses. Un artillero hace trizas el forro de su casaca y proveyendo de escarapelas á los paisanos que le rodean, los dirige á la Maestranza, donde los oficiales facilitan armas, pertrechos y cuanto es necesario para hacer fuerte y respetable la sublevacion. El capitan general del departamento, don Francisco de Borja, es reemplazado por don Baltasar Hidalgo de Cisneros, y la junta que se forma, y en la que tiene un lugar eminente el ilustre marino don Gabriel Ciscar, despues regente del Reino, propaga la insurreccion por las poblaciones inmediatas y la lleva á la capital de la provincia con cuatro oficiales que recorren las calles proclamando á Fernando VII y, al decir de un escritor aleman, con los tan celebrados contrabandistas de Algezares.

En Murcia. Murcia imitó efectivamente el alzamiento de Cartagena y formó á su vez una junta con el carácter de *suprema* de la provincia, confiriendo su presidencia al anciano conde de Florida-Blanca, de cuya experiencia y talentos se esperaba una hábil y feliz direccion. Y como las medidas que mas urgian al declarar la guerra á Napoleon, debian ser las que se refiriesen al armamento y organizacion de un cuerpo de tropas que pudiera mantenerla, se hizo un llamamiento general á que acudió toda la juventud de la

provincia. Incorporada á los regimientos que la guarnecian se pertrechó á estos con las armas y el equipo que remitia Cartagena, plaza de depósito la mas importante de todo el litoral inmediato; y, entregándolos al mando del coronel de milicias don Pedro Gonzalez de Llamas, fueron dirigidos hácia la Mancha y Valencia para, en combinacion con las tropas de este reino del que militarmente dependerian, observar las avenidas y defenderlas del enemigo.

Estos movimientos y los de Orihuela y Alicante, ocurridos en los mismos dias, debian, sin embargo, pasar como desapercibidos junto al de Valencia. La importancia de la poblacion y el carácter sombrío de los sucesos que acompañaron al alzamiento, hicieron llamar sobre él la atencion general y la del gobierno nuevamente establecido en Madrid.

Una turba de haraposos de lo mas soez y miserable inicia el pronunciamiento de Valencia, declarando la guerra al grande Emperador. Aquella, la mas insignificante parte de la plebe valenciana, hace, sin embargo, lo que las astillas aplicadas á la hoguera; comunica el propio fuego en que arde á la masa general de los habitantes, desde los que nada tienen que perder y están, de consiguiente, prontos á cualquier turbacion, hasta las clases mas elevadas. En Valencia.

La Gaceta de Madrid del 20 de mayo causa allí, como en todas partes, la explosion del sentimiento popular contra las violencias del DOS DE MAYO y las órdenes todas que posteriormente habia expedido Murat para consolidar el dominio francés en la Península. Uno de esos oradores que por su virulencia suelen

atraerse el favor popular, despues de leidas las renuncias que publicaba aquel periódico, prorumpe en imprecaciones contra el usurpador, y desde la plaza de las Pasas, donde tenia lugar esta escena, dirige el grupo, cada vez mas numeroso, de aquellos patriotas al palacio del Capitan general, quien promete convocar el Real Acuerdo y tomar las providencias que mas convengan al reino.

La multitud se da entonces á recorrer las calles de la ciudad en el mayor desórden, sin intencion, al parecer, determinada y sin concierto, hasta que en la puerta del palacio del conde de Cerbellon, donde habia depositada una gran suma que en aquellos momentos se sacaba para Madrid, se le aparece un guia que la conduzca al fin que desde un principio deberia haberse propuesto, el de la organizacion del alzamiento. El P. F. Juan Rico, religioso franciscano y hombre de algunos talentos y fácil palabra, pero sobre todo de una perseverancia y celo dignos del mayor encomio, se dirige al pueblo y despues de obtener su representacion lo encamina de nuevo á la capitanía general. No tarda allí en arrancar del Real Acuerdo la proclamacion de Fernando VII y el decreto de alistamiento general de los hombres de diez y seis á cuarenta años para formar un ejército que deberá mandar el general conde de Cerbellon.

Sumisas las autoridades á la voz del pueblo, todo fué ya hacedero al padre Rico, constituido en una especie de tribuno al modo romano, segun se propuso y manifiesta en sus escritos haberlo ejecutado el fogoso é infatigable sacerdote. En vano el capitan general, y con él las personas mas influyentes

del Real Acuerdo intentaron neutralizar la victoria conseguida por el pueblo, poniendo en conocimiento del consejo de Castilla y de Murat los sucesos del dia, la violencia de que se les habia hecho objeto y hasta la necesidad de tropas con que reprimir aquel movimiento que podria poner en combustion el reino entero. Ese ardid de su misma flaqueza pudo salirles muy caro sin la serenidad de espíritu de la hija del conde de Cervellon, que rasgó el duplicado de aquellos partes cuando iban á caer en poder del pueblo; y el padre Rico, ayudado por el teniente de Saboya don Vicente Gonzalez Moreno y los hermanos don Manuel y don Mariano Bertran de Lis, se apoderó de la ciudadela, declaró la guerra solemnemente y formó una junta de gobierno en que tuvo la habilidad de no entrar para, con el carácter de representante del pueblo, ser el árbitro de Valencia.

Entre el número considerable de personas que componian la Junta se hallaban las autoridades que anteriormente habian funcionado en nombre del gobierno de Madrid, lo cual quitó una gran fuerza á sus decisiones, porque, siendo el capitan general, el arzobispo y una gran parte de los miembros del Real Acuerdo hechuras de Godoy y, de consiguiente, sospechosos á los insurrectos, hacian partícipe á la Junta de un principio de debilidad que con el tiempo habia de ser, en no pequeña parte, causa de la mucha sangre con que se manchó aquella sublevacion. Bien pronto llegó á conocerlo el padre Rico; pero, cuando vió que en la Junta habia muchos que trataban de poner obstáculos á su gestion enérgica y activa, comprendió tambien que su denuncia seria tanto como

condenarlos á un suplicio que repugnaba á su alma generosa y á sus pensamientos patrióticos y de órden.

La Junta, sin embargo, cediendo siempre y no sin repugnancia en ocasiones, activó el alistamiento, organizó un cuerpo de tropas ligeras, cuyo mando se confió á Moreno aunque con la intencion de destinarlo á levantar el pais colindante de Cataluña, y formó varias compañías de vecinos honrados de la Huerta que hiciesen mantener el órden en la ciudad y campos inmediatos. Para armar tanta gente se apeló á Cartagena, de donde llegaron pocos dias despues cuantos pertrechos se consideraban necesarios para la organizacion de un pequeño ejército, que fuera á unirse con el de Murcia en Almansa. Pero ni la energía de Moreno ni el ascendiente, cada dia mayor, que iba cobrando el padre Rico sobre las masas, bastaron para evitar el primer acto y despues los posteriores del drama sangriento que presenció Valencia entre el estupor de los habitantes y el miedo de las autoridades.

Habíase cometido la imprudencia de nombrar indivíduo de la Junta al baron de Albalat, aborrecido de los valencianos por haberles hecho fuego al frente de su regimiento en un motin anterior. El baron, que en los primeros momentos de efervescencia del 23 se habia retirado á Buñol, rehusó tomar parte en las deliberaciones de la Junta; y esta, cediendo á exigencias del pueblo y creyendo salvar así á su representante, ordenó su arresto en la Ciudadela, que creia seguro asilo para él y para los franceses que iban ya siendo el blanco de las iras populares. No contaba la Junta con la dificultad de que el baron llegara á la

Ciudadela, y no tomó la precaucion de elegir una hora apropósito y un camino desconocido á la multitud, ávida de sangre y de una ejecucion que impusiera á los que pudiesen hallarse en caso semejante al del infeliz que escogia por su primera víctima. La escolta que envió Moreno para proteger la marcha del de Albalat logró depositarlo en casa del conde de Cerbellon, á donde pidió se le condujera; pero, al atravesar desde allí á la Ciudadela, ni las amenazas de Moreno ni las exortaciones de Rico fueron eficaces para salvarle del puñal de los asesinos, á cuyos golpes cayó sacrificado en los brazos mismos del impotente fraile que, herido tambien y en un abatimiento mortal, fué sacado por sus amigos de aquel teatro de sangre è ignominia.

Momentos despues de tan escandaloso y aterrador suceso entraba por la puerta del Mar el capitan de un bergantin inglés que vigilaba aquella costa, á quien acompañaban dos de los patriotas mas distinguidos de Valencia, que se habian ofrecido á embarcarse en su busca para conferenciar con él, comunicarle las novedades que ocurrian y pedirle su mediacion para con el gobierno de la Gran Bretaña. La entrada del capitan inglés fué triunfal, y su estancia en Valencia una continuada ovacion: de tener lugar horas antes, hubiera distraido á la plebe y evitado quizás la catástrofe del baron de Albalat.

Valencia, sin embargo, parecia haber quedado tranquila. La presencia del inglés, las muestras de amistad que este habia dado, y el deseo que manifestaba de contribuir por su parte á la reconciliacion de España é Inglaterra, encargándose de la conduccion

de los pliegos de la Junta á su gobierno, al comandante de la plaza de Gibraltar y á los almirantes que bloqueaban el puerto de Mahon, ofrecian la esperanza de prontos y poderosos socorros. Por otra parte, las noticias que llegaban de Cartagena y Murcia, todas satisfactorias; el haberse conjurado en aquella misma mañana, por el disimulo del padre Rico y la generosidad de algunos vocales, un nuevo y tremendo peligro al abrirse la correspondencia de Madrid en que llegaba la contestacion de Murat á los partes dados el 23 por el Capitan General y el Real Acuerdo; la muerte misma del de Albalat que habia causado una impresion profunda en la masa general de la poblacion, disponiéndola á agruparse en derredor de la Junta por temor de nuevos crímenes, parecian elementos suficientes para restablecer el órden de un modo permanente y sólido. Podíase, pues, en adelante, si habia patriotismo en el pueblo y energía en las autoridades, atender y con éxito al objeto principal del alzamiento.

La Junta pensó en ello y activó la organizacion de las tropas; pero, destacando una parte de ellas á la línea del Ebro para observar á los franceses de Barcelona y promover la sublevacion en el Principado, con lo cual creia satisfacer los deseos de los mas acalorados, y aun apartar á algunos del recinto de Valencia, dió lugar á una nueva catástrofe, mas tremenda y escandalosa que la del Baron, á una inmensa hecatombe humana que será borron eterno para aquella ciudad en la historia de una de sus mayores glorias. Porque con la marcha de Moreno á la cabeza de la division del Ebro, la Ciudadela, en que se habia en-

cerrado y custodiaban los franceses avecindados en Valencia, sin el único jefe que por su energía y popularidad pudiera en circunstancias tales gobernarla y mantenerla, quedaba á merced de cualquier atrevido que idease desde ella dominar á la Junta y á toda la parte sensata y de arraigo de la poblacion. Precisamente acababa de llegar de Madrid don Baltasar Calvo, canónigo de San Isidro, hombre en quien no se sabe qué admirar mas, si la hipocresía y la travesura, que no tendria poca para sin conexiones ni recursos enseñorearse de ciudad tan populosa, ó el fanatismo, y sobre todo la ferocidad salvaje que desplegó en los pocos dias de su dictadura, que bien puede llamarse así á su intervencion en aquel alzamiento. No pudiendo entenderse con el padre Rico, cuya poderosa influencia queria explotar, entró en relaciones con los hombres mas abyectos de la plebe; los engañó fácilmente con palabras de uncion y con ideas de un patriotismo que ellos tomaron por ardiente pero verdadero, y, haciéndoles creer que bajo su direccion el alzamiento tendria un éxito pronto y feliz, entró capitaneándolos en la Ciudadela y, apoderándose de ella, la armó completamente para hacerla inaccesible á los delegados y á las tropas de la Junta.

Desde aquel momento la muerte y la desolacion se aposentaron en la fortaleza, y el asombro y el terror se difundieron entre las autoridades y los habitantes de Valencia. Los franceses impulsados por el hipócrita canónigo á buscar en la fuga su salvacion, que él les decia con acento compunjido desear vivamente, encontraron, al querer salir de la Ciudadela por una puerta que da al campo, la turba de sicarios que te-

nia preparada aquel hombre feroz para la ejecucion de su diabólico plan. Solo hubo compasion, y esta fingida, para unos pocos, á quienes á ruegos de los sacerdotes y de algunos vecinos honrados y bastante valerosos para arrostrar á aquella fiera, se permitió la salida, para despues ser sacrificados en la Plaza de Toros: los demás fueron asesinados, uno tras otro, lentamente, sin atender á sus ruegos y lágrimas y sin otro consuelo que el espiritual que algunos pocos tuvieron tiempo de recibir en aquella escena de horror y de desesperacion (1).

Ya desde entonces no tuvo freno la autoridad que habia empezado á abrogarse el canónigo de San Isidro. Las órdenes que dictaba desde el torreon en que se habia fortificado se obedecian inmediatamente; y hasta los miembros de la Junta y el Arzobispo y el Capitan General acudian á su llamamiento llenos de terror y de humildad. Se trató de sobornar á sus seides, de quienes habia formado la guarnicion de la

---

(1) Don Pedro Carey Tupper, inglés de origen, pero que representó en Valencia un papel muy honroso en favor de la revolucion española, dice así en una informacion judicial dirigida á acreditar su conducta: «En medio de tantos horrores llegó, por fin, el amanecer, »y entonces los asesinos á la vista del espectáculo que tenian delante, »se llenaron de asombro y paralizó por un momento la venganza que »habia excitado un malvado, y que el fanatismo guiaba: en este mo»mento se dejaron oir voces moribundas de entre el monton de ca»dáveres, llamando la atencion de los mismos asesinos, consultaron »entre sí lo que debian hacer, y resolvieron sacar de entre los muer»tos aquellos que aun quedaban con vida, recogerlos en una pieza »separada de la Ciudadela, establecer allí un hospital, y buscar ci»rujanos para curarlos; por motivo, decian ellos, que los que que»daban aun vivos eran algunos buenos que Dios habia querido con»servar para otros fines, y que así debian vivir. De estos unos doce ó »trece heridos tuvieron la fortunade sanar de sus heridas, y de este »modo salvar sus vidas.»

¡Qué fanatismo!

Ciudadela; pero pasos imprudentes de algunos hicieron fracasar un plan que, puesto en ejecucion por el padre Rico, hubiese producido pronto y feliz resultado. Ya pensaba el enérgico fraile en asaltar la fortaleza y andaba allegando fuerza para hacerlo con fortuna, cuando á alguno ocurrió, no se sabe si con buena ó mala intencion, nombrar á Calvo indíviduo de la Junta, con lo que, satisfecho su anhelo de figurar y creyendo dominaria aquella corporacion, desistió de formar una nueva que ya habia proyectado. Este fué el orígen de su desgracia y de la fortuna de los valencianos; porque teniendo que asistir á la Junta se apartó del punto que constituia su principal fuerza que era la Ciudadela, donde se encontraba siempre rodeado de asesinos, dispuestos á ejecutar sus proyectos. En la primera sesion á que asistió, pudo libertarse del peligro con que ya le amenazaba el padre Rico, apostrofándole rudamente y pidiendo su pronto castigo, y aun hizo presenciar á los vocales sus compañeros el espectáculo de una nueva carnicería en ocho infelices franceses que habian escapado á la del 6; pero en la junta del 7, volviendo Rico á acusarle y temerosos todos de la venganza del canónigo, se decidieron á arrestarle y á encerrarle en un barco que le condujese á Mallorca para así juzgarlo despues sin los obstáculos que naturalmente hubiera producido su prision en Valencia.

Mientras tenian lugar los procedimientos contra Calvo, que habian de producir su ejecucion el 3 de julio por *traidor á la patria y mandante de asesinos*, y en tanto que se sustanciaban las causas contra los principales fautores de la matanza de los franceses,

fautores que en su mayor parte fueron despues ajusticiados, la Junta volvió á ocuparse en su principal objeto, el del armamento y organizacion del ejército. Y en verdad que ya era urgente, pues que el duque de Berg habia dispuesto la marcha de una fuerte division que con el mariscal Moncey á la cabeza restableciese en Valencia el órden y la autoridad del nuevo gobierno. La Junta, por lo mismo, dispuso la pronta formacion de un ejército que con las tropas de Murcia y Alicante llegó á reunir un efectivo de 20,000 hombres bajo las órdenes de Cervellon, y situó además en los pasos del Cabriel y en las angosturas de las Cabrillas una fuerza de 8,000 voluntarios mandados por el general don Pedro Adorno. La principal gloria de aquella campaña pertenecerá, sin embargo, al pueblo de Valencia, que lleno de valor y de abnegacion supo rechazar al enemigo, como para lavar la mancha que tanta sangre vertida habia arrojado sobre su glorioso alzamiento.

En Zaragoza. Si Valencia vió interrumpida á veces la patriótica empresa que habia acometido con excesos como los tristísimos y lamentables que acabamos de presentar á la memoria de nuestros lectores, el pueblo aragonés ofreció el espectáculo de una revolucion en que el ardimiento y la energía, que siempre habian distinguido á sus moradores, lograron igualar la templanza y generosidad con que tan felizmente la ejecutaron, aun pareciendo incompatibles con la inminencia de una represion que la proximidad del enemigo debia hacer presumir como inmediata y ruda.

Desde que fueron conociéndose en Zaragoza los acontecimientos del DOS DE MAYO, comentados, como

es de suponer, por los que de Madrid iban huyendo de la crueldad francesa, empezó á conmoverse la poblacion en todas sus clases, desde las mas abyectas y miserables hasta las mas ricas y elevadas. Acababa tambien de llegar, pero de Bayona, don José Palafox y Melci, Exento de Guardias, persona que se consideraba como muy allegada á don Fernando, y que no solo traia noticias de la situacion angustiosa en que se encontraba el monarca tan vivamente deseado por los españoles, sino que era, además, portador de instrucciones belicosas en consonancia con las dictadas en los despachos del 4 de mayo á la Junta de Gobierno.

Su mision era la de constituir en Zaragoza un consejo de Regencia que deberia presidir el infante don Antonio, cuyo secuestro estaba preparado por los amigos de Palafox al paso de S. A. por Tolosa. Sus gestiones con don Antonio y don Gerónimo Torres, jefes del cuerpo de Fusileros de la provincia, con el capitan de artillería don Ignacio Lopez Pinto y otras personas influyentes en la poblacion, fueron descubiertas por la autoridad militar; y Palafox, fingiendo dar cumplimiento á la órden de trasladarse á Madrid, se ocultó en la torre de Alfranca, quinta distante unas tres leguas de Zaragoza.

Los ánimos aparecian, con esto, inquietos, aun entre las gentes mas pacíficas, afectadas, por otra parte, con presagios que los mas preocupados tomaban por avisos celestes de próximos é importantes sucesos (1). Entre las de accion, se observaba fácilmente

(1) Un folleto anónimo publicado en Zaragoza á raiz de aquellos sucesos y tambien Schepeller, el historiador aleman ya citado, di-

que iba dando su fruto el complot dirigido por Palafox y sus colegas contra los desafueros del Emperador y la debilidad de nuestros gobernantes. El Coso y las plazas mas próximas se encontraban todo el dia llenas de hombres que ya formando corrillos, ya discurriendo de uno á otro punto, manifestaban abiertamente su intencion de aclamar á Fernando y pedir su inmediata libertad. Todos se reunian despues en la casa de Correos, punto de cita, entonces, en todas las poblaciones de España para los que se interesaban en la cosa pública, y, leidas á la puerta en voz alta las noticias que cada uno recibia, volvian de nuevo á esparcirse por la ciudad para circularlas y comentarlas con el calor y la exageracion fáciles de presumir en un pueblo tan ardiente y en circunstancias tan críticas.

Como si se presintiera algo de extraordinario, el dia 24 de mayo fué mayor la concurrencia á la casa de Correos y la curiosidad se hallaba al parecer mas excitada que en los dias anteriores. Pocos momentos bastaron para que las renuncias que contenia la *Gaceta* del 20 se hicieran conocer en toda la ciudad, y no mucho despues, lo numeroso de los grupos que se dieron á recorrer las calles, lo descompuesto de las voces que salian de ellos y la agitacion que se pintaba en todos los semblantes, revelaban la efervescencia general y la explosion inmediata de la ira y el horror

---

cen que las iglesias de Zaragoza se llenaban por entonces de fieles á implorar la clemencia del Altísimo, especialmente desde el dia 17 en que las nubes compusieron sobre la ciudad la forma exacta de una palma de blancura resplandeciente, como símbolo del martirio que esperaba en término breve á los habitantes.

que habian causado aquellas noticias. Es invadida inmediatamente la casa del capitan general don Jorge Juan de Guillelmi, quien amonestando al pueblo y prometiéndole su proteccion y ayuda, pero vacilante sobre la conducta que ha de observar entre el cumplimiento de lo que considera como su deber y la presion que con él se ejerce, se traslada al castillo de la Aljafería rodeado de una multitud inmensa que le acompaña victoreando á Fernando VII y á España. Aun resistió algun tiempo la entrega de las armas que se custodiaban en aquella fortaleza; pero, como siempre sucede, dado el primer paso se hace necesario recorrer la escala toda de las debilidades, y los fusiles y los cañones fueron puestos á disposicion del paisanaje. En tal situacion Guillelmi, puede decirse, preso en el castillo de la Aljafería, era imposible conservase el mando, y comprendiéndolo así, lo resignó al dia siguiente en el teniente general don Cárlos Mori, su segundo, quien, á su vez, tachado de desafecto por su calidad de extranjero, se tenia por muy dichoso el 26 con que lo aceptase el brigadier Palafox, conducido la tarde anterior en triunfo desde la torre de Alfranca (1).

(1) Hay quien dice que fué convidado con el mando el teniente general don Eugenio Navarro, el defensor de Collioure, que residia en Tarazona, y que se ofreció despues al tambien de su clase don Antonio Cornel; pero lo corto del tiempo trascurrido desde el levantamiento de Zaragoza hasta la eleccion de Palafox y el continente amenazador que presentó el pueblo en la sesion celebrada la mañana del 26 por todas las autoridades reunidas en la Audiencia, exigiendo el nombramiento del que ya era su ídolo, demuestran que no era aceptable en Zaragoza otro jefe que el emisario y amigo de Fernando VII. Aquellos dos generales pudieron ser llamados por algunos amigos ó admiradores suyos, pero no por la mayoría de los zaragozanos, pronunciados desde el 24 en favor de Palafox.

Aclamado capitan general de Aragon y en sus manos la autoridad omnímoda de las masas populares y del Real Acuerdo, satisfechas aquellas de su triunfo y éste de su vencimiento, Palafox formó un especie de Junta ó mas bien Consejo para dar mayor fuerza á su mando, verdadera dictadura, militar por exigirlo así lo crítico de las circunstancias, pero dulce por el carácter noble y franco del nuevo general. Jóven, lleno de actividad y de celo, supo, además, rodearse de personas que á un patriotismo elevado unian talentos y virtud; así que mientras se reunian las Córtes, convocadas inmediatamente por Estamentos, segun el antiguo fuero aragonés, se decretó el alistamiento general, organizó con oficiales retirados, con los que servian en los cuerpos de la escasísima guarnicion de Zaragoza y con los que acudian de los puntos ocupados por los franceses, cinco cuerpos á que dió el título de Tercios, en memoria de los que tanta prez habian alcanzado en Italia y Flandes, y armándolos, instruyéndolos y proveyendo en lo posible á su vestuario y equipo, logró formar un pequeño ejército, cuyo valor veremos muy pronto brillar en aquel teatro de gloria (1).

No se habia declarado la guerra, ni se manifestaba el objeto de la sublevacion, sino que, por el contrario, en una proclama, atribuida erradamente al

(1) La fuerza existente en Zaragoza consistia en una compañía de fusileros de la provincia, 60 artilleros, y un escuadron de dragones del Rey. Residian allí algunos oficiales en comisiones del servicio, ó retirados hasta el número de 25, y aun de estos, los habia de edad muy avanzada. Lo que habia suficiente era material de guerra, pues se guardaban en los almacenes del castillo 22,000 fusiles y 75 piezas de campaña, en su mayor parte de los calibres de 4 y 8.

célebre conde de Cabarrús que pocos dias despues habia de abandonar fugitivo la ciudad de Zaragoza, se indicaba ser el deseo de órden la causa del levantamiento, todo con objeto de dar tiempo á que este se organizara y se hiciese fuerte con la ayuda de las otras provincias limítrofes antes de que llegasen los franceses que no podrian tardar en acudir á sofocarlo. Pero cuando se tuvo la seguridad de que todos los pueblos de aquel antiguo reino se adherian con el mayor entusiasmo á la sublevacion de su capital, y que Valencia se habia pronunciado tambien contra las usurpaciones del Emperador y ofrecia su cooperacion y auxilio, el general Palafox declaró paladinamente el objeto del levantamiento. En un manifiesto que lleva la fecha de 31 de mayo hizo, además, responsables á Napoleon, á su familia y á todos los generales y oficiales franceses, de la seguridad del Rey y de sus hermanos y tio, así como de los robos y atropellos que se cometiesen por las tropas imperiales; y, aludiendo al antiguo modo de elegir su soberano los aragoneses, fijó el derecho del archiduque Cárlos de Austria, como nieto de Cárlos III, á ocupar el trono de Castilla, para el caso de un atentado contra los individuos de la familia reinante y en el de que no pudieran concurrir el príncipe de Sicilia y el infante don Pedro.

Pocos dias despues, el 9 de junio, reunidos en la casa consistorial los diputados, ya elegidos, de las ciudades de voto en Córtes y de los cuatro brazos del reino, en que figuraban los apellidos y títulos mas ilustres de Aragon, se ponia el sello al levantamiento con el decreto para que inmediatamente se proclamara á Fernando VII. En él se confirmaba tambien á

Palafox en el cargo de capitan general, se hacia el nombramiento de una junta que le ayudara y aconsejase, y se aprobaban cuantas medidas habia tomado aquel para mantener la noble causa por la cual todos se manifestaron dispuestos á sacrificar sus bienes y hasta perder la vida.

Asegurado ya Palafox con el voto de los representantes de la provincia y con la ayuda de los muchos que de todos los puntos invadidos por los franceses se dirigian á buscar la sombra de la bandera española, siguió, con mas calor aun que antes, desplegando su energía y actividad en pro de la causa patria. La ciudadela de Jaca fué puesta en estado de defensa lo mismo que los castillos y fuertes de la frontera; armáronse los habitantes en los valles y angosturas del Pirineo; y se aumentaron fuerzas ya organizadas á las que ya se habian dirigido á las avenidas de Castilla y de Navarra por donde se tenia noticia de que se acercaban algunos cuerpos franceses con la órden de penetrar en Aragon y apoderarse de Zaragoza.

En Cataluña. En la junta de los diputados de Aragon, habian aparecido dos emisarios de las ciudades de Lérida y Tortosa, pronunciadas tambien contra el emperador Napoleon. La cautividad en que gemia Barcelona, y la vigilancia que observaban los franceses en los puntos inmediatos y en la línea toda de su comunicacion con Francia, impedian el establecimiento de un centro comun para todo el Principado, de donde partiese la iniciativa y en que pudiera residir el núcleo de resistencia. Por eso Lérida que conmovida, como toda España, con la noticia de las renuncias de Bayona y estimulada con el ejemplo de los aragoneses, habia

izado el 29 de mayo en sus castillos el estandarte de la rebelion, á cuya defensa acudia la juventud del Urgel; y Tortosa que en el dia de San Fernando se habia sublevado contra la autoridad militar, que parecia esperar la llegada de tropas francesas para mantener en órden y obediencia la plaza y desconfiaba de Valencia cuyo capitan general sospechoso de no ver con gusto la insurreccion, estaba en íntimas y funestas relaciones con aquel, buscaban en Zaragoza la autoridad y la cooperacion que no podia ofrecerles su capital, ni otra alguna poblacion de Cataluña.

No tardó mucho, sin embargo, en hacerse general en aquella tierra la idea de rechazar la odiosísima intervencion que se ejercia en la Península; y en los pueblos y en las montañas empezaron á resonar el toque de somaten y los gritos bélicos que iban á despertar el espíritu de independencia que tantos sacrificios ha costado á sus habitántes y tantos al resto de la España. En Barcelona, agitada constantemente con la presencia de los extranjeros, ya que no era posible arrojarlos de la ciudad, se estableció una propaganda activa para encubrir y estimular la desercion de los soldados españoles, que sueltos y á veces en destacamentos mandados por sus oficiales abandonaban la plaza para trasladarse á los puntos sublevados, y aun para apoyar la de los soldados italianos de la division Lechi, á quienes se facilitaba dinero, disfraz y hasta guias que los condujeran y salvasen. Y no bastando al patriotismo de los barceloneses aquel apoyo procurado á la sublevacion del Principado á costa de no pequeños sacrificios, que hacia aun mas duros la severidad del general Duhesme, no pasaba dia en

que la fijacion de los decretos de Murat ó de los bandos de su delegado en Cataluña, no produjera riñas, alborotos y aun motines en que los habitantes ejercian en los franceses las represalias personales, á que en su situacion podian únicamente entregarse. Otro tanto sucedia en Mataró y en Figueras, ocupadas tambien por las tropas francesas, cuya vigilancia tuvo que hacerse exquisita para evitar una catástrofe, con que siempre las amenazaba un pueblo de un valor y de una altivez que los mismos invasores han sido los primeros en reconocer, aun castigándolos con sin par crueldad. Las guarniciones francesas tenian que mantenerse generalmente encerradas en los fuertes ó en sus alojamientos, y no pocas veces tuvieron que retroceder á ellos á la presencia del paisanaje, armado para preservar á un compatriota á quien se culpara de haber protegido alguna desercion ó practicado algun acto de venganza en sus aborrecidos huéspedes.

En la tierra alta, las cosas pasaban de otra manera. Manresa habia visto quemar en su plaza todo el papel de sello autorizado por Murat como lugar-teniente del reino; y, para resistir el castigo que los franceses, tan inmediatos, pudieran intentar, una junta de defensa, compuesta el 2 de junio de las personas mas importantes de la ciudad, habia decretado el armamento de cuantos quisieran pelear por la buena causa, alistándose los que pocos dias despues rechazaban á los aguerridos batallones del general Schwartz. Con el ejemplo de Manresa toda la montaña se inflama en el fuego arrebatador de la guerra y, como dice un cronista de aquella época, «desde Tor»tosa á Puigcerdá y desde Lérida á Rosas, grita entu-

»siasmada *«viva la Religion, viva Fernando VII, vi-»va la Patria* (1).»

En vano Duhesme, para hacerse propicio el pueblo catalan, obtiene de Murat un decreto alzando los efectos de la real órden de 24 de diciembre de 1715 en que se prohibia el uso de armas en el Principado: los paisanos se valen de tal concesion, pero solo para armarse contra los franceses. Todos los hombres de armas tomar abandonan á Barcelona; los soldados desertan de sus banderas, no uno á uno sino en tropel; un escuadron del regimiento de Borbon sale con su comandante y un trompeta á la cabeza, y los cuerpos de infantería que por considerarse peligrosos en la capital son enviados á distintos puntos de la costa, van á engrosar las filas de los insurrectos. Manresa proporcionó pólvora de su fábrica, y á falta de proyectiles se fundió todo el plomo existente en la ciudad, hasta las pesas de relox, y en su defecto se usó el hierro de las varillas de las cortinas que por ser del mismo calibre que los fusiles fué cortado en menudos pedazos. Otra junta constituida en Igualada, y que subsistió como la de Manresa hasta que todas las de Cataluña se fundieron en la de Lérida, proporcionó tambien hombres y dinero, con lo que todo el país próximo de Solsona, Calaf, Sellent y Cervera puesto en armas se preparó á rechazar á los franceses que ya salian de Barcelona para ahogar en su nacimiento la sublevacion.

Lo mismo que en las provincias orientales, pasa- **En Andalucía.**

(1) El Padre don Raimundo Ferrer en su «Barcelona cautiva, »ó sea diario exacto de lo ocurrido en la misma ciudad mientras la »oprimieron los franceses.»

ba en las meridionales de la Península. La indignacion causada por los sucesos de Madrid y de Bayona era la misma, general y ardiente; y, como en aquellas, se hacia manifiesto en Andalucía el entusiasmo por la persona del jóven monarca arrebatado alevosamente á sus súbditos.

La noticia del DOS DE MAYO que el alcalde de Móstoles, aconsejado por el secretario del almirantazgo don Juan Perez Villaamil, dirigió á las provincias meridionales y occidentales de España, fué trasmitida á Sevilla con gran velocidad aunque por caminos ni directos ni frecuentados (1). La efervescencia popular, que ya era considerable, se aumentó visiblemente, anunciando síntomas muy significativos el peligro de una conmocion inmediata en la masa general de los habitantes. Un hombre, Tap y Nuñez, oriundo de Cataluña, anheloso de vengar en cualquier parte ofensas que habia recibido de un francés, aunque desconocido y sin recomendaciones de ningun género, se presentó en Sevilla con el propósito firme de sublevar la poblacion contra el emperador de los franceses. Y tal ascendiente llegó en poco tiempo á cobrar sobre los impresionables sevillanos, que á los pocos dias se atrevió á pedir, primero á varios particulares y eclesiásticos y por fin al cabildo de la catedral, la suma de 12,000 duros para llevar á cabo su patriótico intento. Su orígen no andaluz, el fuego que encerraban

(1) «Chispa eléctrica que encendió á Europa y al fin la purificó »de tiranos.» Así la califica Vargas Ponce en su memoria *Servicios de Cádiz*.

El parte del alcalde de Móstoles decia así: «La patria está en peligro; Madrid perece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, »corred á salvarla!»

sus palabras y hasta la circunstancia de ser poeta mas entusiasta que correcto, dándole la apariencia de un hombre extraviado, hicieron infructuosas demandas que sobre ser pecuniarias, siempre sospechosas en los conspiradores, podian sobre todo comprometer á los que las atendiesen. Pero tales son los efectos de la constancia que, poniéndose Tap en relaciones con algunos hombres del pueblo y con unos cuantos dragones del regimiento de España, se creyó con medios suficientes para despues de algunas demostraciones abierta y descaradamente ejecutadas en los puntos mas públicos, perorando al pueblo y rasgando los edictos en que la autoridad hacia manifiestas las renuncias de Bayona y las providencias de Murat, acometer el dia 26 de mayo la empresa de sublevar á Sevilla. Un hombre que para principiarla se confiesa, oye misa y comulga, va dispuesto á ejecutarla ó morir en la demanda; y Tap provisto de escarapelas, banderas y muchas armas que repartia entre sus afiliados, se encaminó al cuartel de España situado extramuros, penetró en él recibido por la tropa á la voz de *viva Fernando VII*, y saliendo á los pocos momentos á la cabeza de los soldados de aquel regimiento y algunos del de Olivenza alojados en el mismo edificio, se internó en Sevilla arrastrando en pos de sí las voluntades de los habitantes que en número inmenso se le fueron reuniendo en el camino de la plaza de San Francisco, á donde llegó aclamado por el pueblo y sin oposicion alguna por parte de las autoridades. No podia, efectivamente, tomarse por tal la presencia del general Jácome al frente de alguna tropa, pues habiéndole presentado Tap la alternativa de

unirse á él ó de aparecer como traidor á la patria, optó por retirarse de la plaza no sin muestras de aprobar la sublevacion. Con esto creció el movimiento á tal punto, que aquella noche llegaron á reunirse en la mencionada plaza de San Francisco y calles adyacentes, cerca de 20,000 hombres armados con los fusiles y pertrechos que se les facilitó de la maestranza y demas establecimientos de artillería que tiene allí el arma.

En la mañana del 27, reunidos los principales motores de la revolucion en las casas consistoriales, se procedió al nombramiento de una junta, para la que puede decirse que se designó por sí ó por sus agentes el conde de Tilly, que conspiraba tambien hacia algun tiempo con el mismo objeto que Tap, pero que apareció en aquel dia por primera vez en el patriótico drama que se representaba en Sevilla. La junta presidida por don Francisco Saavedra, quien por el delito de relevar en el poder al príncipe de la Paz en 1799 aun permanecia desterrado en Andalucía, comenzó inmediatamente á dictar medidas enérgicas y en general acertadas.

Una de sus primeras resoluciones fué la de expedir emisarios á las demas provincias, al ejército de Portugal y á los jefes de las tropas que, como en costa tan amenazada por los ingleses cuál era la de Andalucía en aquella época, no dejaban de ser numerosas y respetables. No se descuidó tampoco respecto á los alistamientos necesarios para defender de una invasion francesa los cuatro reinos de Andalucía, que pretendió gobernar con la monarquía toda, tomando el pomposo título de *Junta Suprema de*

gobierno de España é Indias, aun cuando, compuesta de elementos heterogéneos, desconocidos entre sí y aun con aspiraciones encontradas, no logró establecer su autoridad con la robustez que exigian circunstancias tan difíciles. Así que ni pudo impedir el asesinato del conde del Aguila, diputado por el ayuntamiento desde el hospital de la Sangre para conferenciar con la Junta, asesinato que se atribuyó á uno de los miembros de la misma, ni le fué dado evitar tampoco que se hiciera un comercio no poco vergonzoso con los favores y comisiones que podia otorgar y conceder.

Dos eran los objetos que desde el primer momento debian absorber la atencion de la Junta y á que atendió inmediatamente al instalarse. El primero era el atraerse las tropas que cubrian el campo de San Roque, bastante numerosas por la importancia que habia adquirido desde su establecimiento á poco de la pérdida de Gibraltar y despues por hallarse España en guerra con la Gran Bretaña; y el segundo, no menos interesante, era el de que siguiese el movimiento de Sevilla la ciudad de Cádiz, que á sus condiciones de plaza y de arsenal marítimo reunia la de tener fondeada en su bahía desde el desastre de Trafalgar una escuadra francesa que, rendida, constituiria una buena presa para dar principio á la guerra.

En el campo de San Roque habia efectivamente de 8 á 10,000 hombres de buenas tropas y cuadros excelentes para nuevos cuerpos por haberse sacado de los que allí campaban bastante fuerza para la expedicion de Portugal. Mandaba el campo el teniente general don Francisco Javier Castaños quien como jefe se

habia distinguido mucho en la guerra de la república á la cabeza del regimiento de Africa, y como general habia sabido captarse el afecto á la par que el respeto y la consideracion de sus subordinados, persona de conocimientos, de ingenio agudo y de dotes tan propias para vivir y brillar en la córte como en el campamento. Tan previstos tenia el término de los tenebrosos planes de Napoleon y las debilidades de nuestra córte, que antes de los sucesos de mayo habia entablado, aunque secretamente, comunicaciones con el gobernador de Gibraltar Sir Hew Dalrymple que despues de haber tenido lugar aquellos, se hicieron mas frecuentes é íntimas. Solo al general Peña, que mandaba en Cádiz durante la ausencia del marqués del Socorro, habia dado Castaños conocimiento de aquellas comunicaciones, en las que se estipularon los subsidios y fuerzas con que el gobernador de Gibraltar deberia auxiliar á los españoles si el ejército francés penetraba en Andalucía, las operaciones que el almirante Collingwood emprenderia en las costas y los avisos que se harian remitir á América y Dinamarca. Y ¡coincidencia estraña! Castaños, como Palafox, pensaba en el archiduque Cárlos para ocupar el trono español, si ninguno de los príncipes de la familia reinante lograba recobrar su libertad.

A la llegada á Algeciras de don Juan Bautista Esteller, Castaños no vaciló como otros generales en su lugar, y sin condiciones y despreciando los halagos y las ofertas de Murat, entre las que se le hacia la del vireinato de Méjico con que se trataba de comprar á alguno de los generales mas influyentes, se adhirió al alzamiento de Sevilla, á cuya disposicion

puso las tropas de su mando, pidiendo tan solo á la Junta instrucciones para operar donde se creyera conveniente.

El conde de Teba, que fué á Cádiz con la mision de comunicar á las autoridades y al pueblo el alzamiento de Sevilla y la instalacion de la Junta, así como para solicitar su adhesion y apoyo, encontró al marqués del Socorro, capitan general de Andalucía, en una disposicion de ánimo que, solo conociendo sus antecedentes y sentimientos patrióticos, podria traducirse por esa frialdad que se observa en todo hombre que inspirado de una grande idea y deseoso de llevarla á cabo, se ve precedido de otros en su realizacion. El general Solano, á quien hemos visto en Portugal en no muy amistosas relaciones con el general Junot y sensible á la conducta de los portugueses en la jornada del 15 de diciembre en que le habian convidado con el mando en la plaza de Rocio, á su vuelta á España habia pensado mas de una vez en que la situacion á que iba Napoleon llevando nuestra patria exigiria muy pronto un rompimiento para conservar ilesa la independencia nacional, y recobrar al monarca aprisionado en Bayona. Y no solo habia pasado por su imaginacion tan patriótica idea, sino que aun la habia comunicado á otras personas y hasta hay quien asegure que al infante don Antonio que la rechazó como peligrosa para los intereses y aun la salud del mismo príncipe á quien se trataba de favorecer. Pero sea por esto mismo, sea que por lo contrario desde que habia vuelto de Portugal enaltecia, segun otros, la fuerza militar de los franceses y el genio de su emperador siempre que se le revelaba el pensa- En Cádiz.

miento de resistir, sea, en fin, porque acostumbrado al mando y á la disciplina militares sintiera repugnancia en someterse á la Junta, es lo cierto que recibió con tibieza el anuncio de la sublevacion de Sevilla y, no pensando en contrariarla, creyó debia hacer sentir al pueblo de Cádiz el peso de su autoridad personal y oficial. Con el conde de Teba, y antes quizás que él, habian llegado á la isla gaditana emisarios que los sevillanos y aun algun miembro de la Junta habian expedido con las noticias del alzamiento é instrucciones para secundarlo, obligando á las autoridades á hacerlo si no se mostraban propicias á ello. El marqués del Socorro se encontró, pues, cuando reunia á los generales con mando en Cádiz para deliberar sobre las proposiciones y órdenes de la Junta, con que el pueblo se hallaba ya profundamente conmovido, las tropas fraternizando con el paisanaje, y él mismo hecho objeto de las murmuraciones y aun de la ira de aquellos que tanto aprecio le habian mostrado hasta entonces. La costumbre de verse obedecido, la confianza en sus soldados y su propio valor y entereza de carácter, le hacian, sin embargo, desoir las opiniones que revelaba la multitud al pié de sus balcones y despreciar las amenazas que se le dirigian..

La resolucion del consejo en que, despues de hacer presente al pueblo los peligros que llevaba consigo la guerra con los franceses, y el á que se exponia con llamar en su auxilio á los ingleses, se ofrecia, sin embargo, á seguir el movimiento y la suerte de los sevillanos, fué publicada aunque de noche con grande ostentacion y aparato, como si se creyera que

debia satisfacer por completo las aspiraciones de los mas exigentes. El tumulto creció entonces sobremanera hasta imponer al mismo Solano, cuyo valor y hasta temeridad eran proverbiales, quien, ante una manifestacion tan enérgica como la que se le hacia para declarar la guerra á la Francia y rendir la escuadra surta en la bahía, prometió volver á reunir la Junta de generales para decidir lo que mas cumpliera á los deseos del pueblo.

Desde aquel momento toda resistencia era inútil y todo pensamiento de oposicion á la voluntad popular peligroso para el que se atreviese á ensayarla. El concurso de los amotinados se hizo numerosísimo, se allanó la casa del consul francés, que tuvo que acogerse á los buques de su nacion, y fué invadido el parque en el que la misma tropa que lo custodiaba facilitó fusiles á cuantos se acercaban á reclamarlos y hasta piezas de artillería, tan codiciadas siempre por la muchedumbre.

A la mañana siguiente se reunieron efectivamente los generales; pero sus resoluciones no podian ya considerarse sino efecto de debilidad y acaso del miedo que les imponia la actitud cada vez mas amenazadora del pueblo, el cual impelido á la violencia por los agentes de Sevilla, creyendo por una equivocacion lamentable que el general Solano se oponia al desarme de la escuadra francesa, y olvidando el antiguo y merecido afecto que le profesaba, acabó por allanar su casa para así someter aquella voluntad de hierro. La guardia resistió, pero su fuego hecho al aire no intimidó á los sediciosos que, no obedeciendo mas que á la rabia que en ellos producia la entereza mis-

ma del que ya apellidaban traidor é infame, invadió las habitaciones y registró las vecinas hasta encontrar en la del irlandés Strance al que ya podia considerarse víctima, mas que de su falta de lealtad y patriotismo, de su obcecacion y carácter. Inmediatamente se pensó en el suplicio á que habia de condenársele, pero cuando se le conducia á la horca, levantada siempre en la plaza del mercado, una mano, no se sabe si aleve ó amiga que todo induce á creer el modo y el arma con que heria, puso fin de una estocada á la vida de aquel hombre, cuyo semblante no reveló en situacion tan amarga mas que el valor de que estaba poseida su alma y el desprecio que le infundian sus verdugos. Así acabó uno de los generales en que mas esperanzas debia fundar nuestra patria por su talento y dotes de mando: su resistencia á obedecer órdenes de una junta, entre cuyos miembros los habia que solo le merecian el mayor desprecio; la confianza de que le respetaria un pueblo de quien tantas pruebas habia recibido de cariñosa consideracion, y la que le inspiraban las tropas que guarnecian la plaza con las cuales habia verificado la expedicion de Portugal, causaron su desgracia y con ella una grave pérdida para la nacion en circunstancias en que mas le eran necesarios hombres del temple y del genio del general Solano.

Sucedióle en el mando, como mas antiguo y el mas simpático al pueblo de Cádiz, el general Morla, mayor general que habia sido en el ejército del Rosellon, antiguo oficial distinguidísimo de artillería, pero de carácter débil aunque altanero y de no gran fijeza en sus ideas de patriotismo, que poco despues

sintió enfriarse á impulsos de la desgracia en sus empresas militares y del respeto ó terror que le habian de imponer la severidad y la grandeza del emperador Napoleon.

Parecia que la primera providencia del nuevo gobernador seria la de atacar la escuadra francesa, causa, si no pretexto, de la desgraciada muerte de Solano; pero hábil Morla en buscar expedientes logró dilatarla, entreteniendo á los mas fogosos con los preparativos militares necesarios para llevar á cabo la empresa pronta y felizmente. En tanto que gestionaba la rendicion de la escuadra francesa por medio de mensajes al almirante Rosilly que, de no permitírsele continuar en el puerto, solicitaba la salida, previo acuerdo del que regia la inglesa de bloqueo, quien á su vez andaba en tratos para penetrar en la rada con sus naves y 5,000 hombres de desembarco, Morla proclamaba á Fernando VII y alistaba gente con que reforzar los cuerpos de la guarnicion bastante escasos de fuerza y crear otros nuevos que hiciesen innecesaria la presencia de los ingleses y relevaran en el servicio á los veteranos que deberian marchar al interior. Con esto y con dictar proclamas entusiastas y bandos para la devolucion de las armas cogidas en el parque por quienes despues no querian ó no debian llevarlas, se pasó hasta el 9 de junio en que, recorridos todos los caminos de avenencia y agotados todos los pretextos, no fué ya posible diferir el proyectado ataque.

Rendicion de la escuadra francesa.

Desde el dia 30 de mayo en que se dirigió la primera intimacion al almirante Rosilly, la escuadra francesa se habia retirado al canal de la Carraca á

fin de evitar el fuego de los castillos, á que se veria expuesta en cuanto los buques españoles abandonasen la posicion intermedia que habian venido ocupando hasta entonces. Esto no obstante, habia sobrados medios en las márgenes de la gran bahía interior para, en combinacion con las fuerzas sutiles de nuestra escuadra, combatir la francesa hasta obligarla á rendirse, como efectivamente sucedió y con ligerísimas pérdidas de una y otra parte. Rompió el fuego á las tres y cuarto de la tarde del 9 una batería construida en el caño del Trocadero con la artillería de Fort-Luis, y lo continuaron despues las que se habian levantado en el arsenal de la Carraca, provision de víveres y almacenes de la pólvora situados en la punta de la Cantera, sosteniéndolo por su parte las fuerzas sútiles del arsenal y las del apostadero de Cádiz que fueron á fondear frente á Fort-Luis. La batería de la Cantera fué desmontada, echados á pique una cañonera y un místico españoles é inutilizadas otras cañoneras; pero aun así Rosilly se vió obligado á enarbolar la bandera española en el trinquete del navío Héroe que montaba. Las nuevas proposiciones de Rosilly eran inadmisibles, como encaminadas á dar tiempo á que Dupont, que ya habia penetrado en Andalucía, tuviese el suficiente para llegar á Cádiz. A pesar de que eran casi iguales á las que anteriormente habia presentado, Morla las trasmitió á la Junta de Sevilla que las rechazó categóricamente, por lo que se dispuso un nuevo ataque para la mañana del dia 15. Desesperanzado ya Rosilly de todo auxilio, y convencido de que seria inútil toda resistencia ante los medios que los españoles habian acumulado para

abrumarlo con sus fuegos, se rindió al ver echada al viento la bandera de fuego en el navío Príncipe que montaba nuestro jefe de escuadra don Juan Ruiz de Apodaca.

Thiers ha hecho de la accion del 9 al 10 un verdadero combate naval. Segun él, Morla habia engañado á Rosilly para sacar la escuadra española de una posicion en que los buques franceses la hubieran echado á pique en un abrir y cerrar de ojos; los vientos habian impedido al almirante situarse donde sin ser ofendido por los españoles hubiera podido destrozar sus establecimientos y aun la plaza misma; y por fin esos mismos vientos, variando despues de cuadrante, le habian impedido acometer una de esas empresas heróicas que el historiador francés se deleita siempre en idear y cuya realizacion, imposible para otros, es, sin embargo, hacedera para sus compatriotas. Rosilly tenia resuelto, para cuando se hubiera de romper el fuego nuevamente, arrojarse con esa furia característica de los franceses sobre la escuadra española, incendiarla antes de que pudieran prestarla auxilio los ingleses, lanzarse en seguida sobre estos, si se atrevian á presentarse, y destruirlos ó hacerse destruir por ellos, encomendando á la suerte el cuidado de salvar toda la division ó parte de ella. Por desgracia de Rosilly y de la Francia, Neptuno no se mostró propicio, y los vientos hicieron inútiles los brios del almirante francés. Por lo demas, durante el combate, y aun peleando contra los elementos mismos que sin duda se habian puesto de parte de los españoles, los franceses habian destrozado 15 cañoneras y 6 bombardas y, viendo esto y la pérdida de 50 hom-

bres habia ordenado Morla la suspension de hostilidades, Con decir que nuestra pérdida consistió en cuatro muertos, creemos haber echado por tierra todo ese castillo de fuegos y ruinas y sangre que Thiers se distrae en levantar en sus elegantísimos libros.

Con la rendicion de la escuadra francesa cesaron en Cádiz toda inquietud y todo peligro para los extranjeros, pudiéndose dedicar la Junta formada el 30 á ayudar á la de Sevilla cuya autoridad acataba como todas las de Andalucía. Invadidas las provincias septentrionales por el ejército de Dupont, necesitaba la Junta de Sevilla, no solo las fuerzas todas que formaban el campo de San Roque, sino las que pudiera proporcionar la isla gaditana, la cual hizo marchar la mayor parte de las de línea que la guarnecian, y expidió cuantos recursos pudo allegar, prometiendo además los que ya esperaba de Inglaterra.

En Jaen y Córdoba.

Jaen y Córdoba, á pesar de ser las poblaciones mas amenazadas por los franceses, en marcha ya hácia ellas, siguieron el movimiento; y Arcos, Jerez, Ronda y las ciudades todas de alguna importancia, donde por un decreto de la Junta de Sevilla se habian formado otras subalternas, como en toda poblacion de 2,000 ó mas vecinos, reconocieron la supremacía de aquella y, no obedeciendo mas que á sus sentimientos patrióticos, se prestaron á secundar las órdenes que de ella emanasen y á ayudarla con todas sus fuerzas y recursos.

En Granada.

No así Granada que, habiéndose sublevado á la llegada del emisario sevillano y obligado al capitan general á formar una Junta, la quiso independiente de las demas presumiendo reunir por su localidad, pobla-

cion y riqueza condiciones no inferiores á las de Sevilla. Uniéronse á ella Málaga y todos los pueblos de aquel antiguo reino y, llamando á la capital á don Teodoro Reding, gobernador de aquella ciudad, formó por alistamiento general un pequeño ejército que, armado con los pertrechos que don Francisco Martinez de la Rosa pudo alcanzar del gobernador de Gibraltar, é instruido en lo posible por el brigadier don Federico Abadía, defendiese la provincia de los enemigos de Fernando VII. Manchóse con sangre la sublevacion granadina, sacrificando en la capital, en Málaga y algun otro pueblo personas cuyo delito no podia ser otro que el de sus conexiones con el caido príncipe de la Paz; así es que fué necesario imponer castigos severísimos que, por lo mismo de no seguirse en ellos los procedimientos ordinarios, atrajeron pronto, con el temor de los malvados, el órden y la tranquilidad en los ánimos de todos los buenos y verdaderos patriotas.

La provincia á que primeramente llegó el tantas veces citado parte del alcalde de Móstoles, fué la de Extremadura, y Badajoz la capital en que principió á manifestarse el sentimiento que causaban á los españoles las crueldades de los franceses en Madrid. Tan veloz corria el postillon conductor del parte que, habiendo salido la noche del 2 de mayo de la aldea castellana, entraba por las puertas de aquella plaza fronteriza con Portugal al amanecer del 4, acompañado de un numeroso séquito atraido por la noticia que aquel iba publicando en voz alta y el pliego en las manos levantadas al cielo. **En Extremadura.**

Hallábase todavía en Badajoz el marqués del So-

corro que, despues de haber emprendido con las tropas de su division la marcha para Andalucía con objeto de proteger la de Cárlos IV á América, habia recibido la órden de permanecer en Extremadura, y aun de destacar cuatro batallones á Setubal para reforzar el cuerpo francés de ocupacion en las inmediaciones de Lisboa. El conde de la Torre del Fresno, que desempeñaba el cargo de capitan general, llamó naturalmente á Solano para comunicarle aquellas nuevas. De acuerdo los dos generales y con ellos los de su clase que residian en Badajoz y fueron convocados á junta, resolvieron publicar una proclama llamando á las armas á los españoles para vengar la sangre vertida en Madrid y recobrar al monarca aprisionado en Bayona. Y comprendiendo que la primera exigencia en aquella situacion y próximos como se hallaban los enemigos, era la de hacer venir á Badajoz las tropas que campaban en Portugal entre los franceses, se comisionó un oficial que participase á los generales que las mandaban, la situacion de Madrid y los invitara á que con el mayor disimulo posible volviesen á donde serian muy pronto necesarios sus servicios. Entretanto, marchaban tambien otros emisarios de toda confianza á Madrid para conferenciar con el general O'Farril, á Sevilla y Algeciras para conocer la opinion del ejército de Andalucía, y á varios otros puntos en que se creyó seria conveniente buscar elementos con que promover una sublevacion que pronto llegara á hacerse general y uniforme.

Madrid, sin embargo, habia quedado en el silencio de la muerte; y en las provincias, ó no se habia formado todavía una opinion bastante robusta para in-

ducir al alzamiento ó se esperaban otras violencias que, hiriendo mas vivamente el sentimiento nacional, produjeran lo que hasta entonces no podia causar el espíritu de venganza, una explosion decisiva para la suerte del país. Esto retrajo á Solano y á Torre del Fresno de continuar en su iniciativa patriótica, y á pesar de que sus excitaciones primeras fueran secundadas en algunos pueblos de Extremadura con ofrecimientos de caudales y de gente de guerra, las noticias de Madrid cada dia mas desfavorables y la órden para que Solano continuase á Andalucía con las tropas que ya habian evacuado el Portugal, echaron por tierra todos los proyectos belicosos que hacian esperar un próximo alzamiento en Extremadura. Aquellos dos hombres, uno de los cuales era acaso la esperanza mas fundada de la patria, iban pocos dias despues á perecer, cuando, obcecados con la idea de la imposibilidad del triunfo que antes ambicionaban y creian probable, trataban de apagar la hoguera á que ellos mismos habian aplicado la primera chispa.

Quedaba en Extremadura una sorda fermentacion que iba creciendo segun llegaban las noticias cada dia mas desconsoladoras de Bayona. Y en efecto, apenas principiaron á cundir las de las renuncias cuando el pueblo de Badajoz se decidió á romper los lazos de obediencia á la autoridad que, entregada ya á su sola inspiracion y sin energía, variando de opinion por temor ó por cálculo, se resistia á ponerse al frente de un movimiento que antes habia estado á punto de realizar. Tan profunda era la oscuridad con que las artes y amaños de Napoleon rodeaban á los delegados del gobierno español, y tal la fluctuacion que

esa misma oscuridad introducia en ánimos que, fuertes y decididos en otras condiciones, no resolviéndose á arrostrar ahora de frente la responsabilidad de su puesto en uno ú otro sentido, caian sin gloria envueltos en el manto de su irresolucion y de su impotencia. El 30 de mayo, Badajoz, como otras varias poblaciones, se propuso aprovechar el pretexto que ofrecia la festividad de San Fernando para alzar pendones por el idolatrado monarca que llevaba nombre tan glorioso en los fastos de la historia española. El capitan general creyó no deber condescender con los deseos del pueblo que al pié de sus balcones solicitaba se hiciese la salva; mas para mayor baldon suyo y para mejor prueba de cuán general era el pensamiento de la sublevacion, una mujer fué la que, denostando á los artilleros por su ciega obediencia, disparó el primero de los cañonazos con que se acabó por solemnizar la fiesta del jóven monarca. Dado este primer paso era consiguiente el exigir al general su cooperacion á la empresa comenzada. Resistióse Torre del Fresno y acalorado el pueblo penetró en la casa y la registró toda, buscando ya en aquel una víctima que aplacase su furor. Autoridad que huye puede perder toda esperanza de salvacion: la resistencia enérgica, ó impone á la multitud siempre impresionable y dada á respetar la audacia, ó es vencida con gloria; quien huye no obtiene ni la compasion que suele inspirar el desvalido. Así es que, alcanzado Torre del Fresno cuando ya tocaba la puerta que da al Guadiana, por la que sin duda querria ganar el fuerte de San Cristóbal ó la frontera de Portugal, fué muerto por la multitud y su cadáver arrastrado inhumanamente por las calles.

Elevado al mando militar el brigadier de artillería don José Galluzo, formóse una junta de notables que con sus providencias generalizó la sublevacion en toda la provincia, atendiendo sobre todo á la creacion y organizacion de una fuerza que supliese la falta de tropas que con la marcha de las de Solano se dejaba sentir en Badajoz, precisamente cuando estaba acantonado en la inmediata plaza portuguesa de Elvas el general francés Kellerman con una parte considerable de su division. Los pueblos se extremaron en hacer efectivo el alistamiento, y tan numeroso fué y tan cuantiosos los donativos que ofrecieron y pusieron al alcance de la Junta, que, á pesar del disgusto que produjo la conducta del capitan don Ramon Gabilanes, comisionado por los sevillanos, quien con sus exageraciones y con los abusos que cometió llegó hasta comprometer el éxito del pronunciamiento, pocos dias despues del 30 de mayo Extremadura presentaba un efectivo de 15 á 20,000 hombres á que vinieron á dar instruccion y consistencia los muchos soldados que burlaban la vigilancia de los franceses en Portugal.

En las islas Baleares.

De Valencia se comunicó á las Baleares el fuego de la insurrecion. El capitan general don Juan Miguel de Vives, despues de algunas vacilaciones nacidas de la presencia de un oficial francés portador de pliegos en que el gobierno de Madrid daba seguridades de tranquilidad en la Península, se puso al frente de una junta compuesta de las personas mas influyentes en el país y de los jefes de las tropas. Siguió el movimiento Mahon, en cuyo puerto se hallaba surta la escuadra que en febrero habia sacado de Cartagena don Cayetano Valdés, y con estas fuerzas y las terres-



tres, muy numerosas en aquellas islas por la guerra con la Gran Bretaña, la junta de Mallorca, libre de todo temor á los franceses, pudo proporcionar á los ejércitos de Valencia y Cataluña frecuentes y no insignificantes refuerzos.

En Canarias. En las Canarias se hizo tambien sentir el impulso que la Junta de Sevilla, por su carácter de suprema, trató de comunicar á las provincias todas de la monarquía. Aun sin cesar en sus antiguas rivalidades, Tenerife y la Gran Canaria se esmeraron á la vez en disputarse la supremacía, en demostrar el entusiasmo que la causa de la independencia despertaba en aquellos isleños, tan amantes de los mismos objetos que la Península trataba de mantener ó recobrar con la fuerza de la razon y de las armas. La Junta que inmediatamente se creó en Tenerife destituyó al capitan general, marqués de Casa-Cagigal, á pesar de hallarse en las islas como desterrado desde la época de sus ensayos tácticos, y elevó á aquel cargo al Teniente Rey de la plaza don Cárlos O'Donnell. Aun no apoyando á Casa-Cagigal, la junta de la Gran Canaria se negó á reconocer la nueva autoridad; y hubiérase producido acaso una excision funesta en las Canarias sin la intervencion de la central de España que dirimió la contienda y calmó los ánimos.

Tropas españolas en Portugal. Si magnífico era el espectáculo que ofrecian las provincias españolas al rechazar la agresion extranjera, no lo era menos el de las tropas que, lejos de la patria y rodeadas de enemigos que las observaban con la vigilancia mas escrupulosa, encontraron en su patriotismo y en la union de sus voluntades fuerza ó maña suficientes para, á la primera noticia del movi-

miento que se operaba entre sus compatriotas, abrirse paso entre aquellos hasta tocar la tierra sagrada que les habia dado el ser.

Mas adelante veremos cómo supieron evadirse de Dinamarca las tropas que allí mandaba el marqués de la Romana: ahora nos toca relatar lo que ejecutaron las expedicionarias de Portugal al escuchar los ayes lastimeros de la patria y los gritos de venganza de sus hermanos en España.

Ya hemos dicho que en la junta celebrada en Badajoz por iniciativa de los generales Solano y conde de la Torre del Fresno se decidió comisionar algunos oficiales de toda confianza para que enterando de cuanto pasaba en Madrid á los jefes de las tropas que permanecian en Portugal, los invitaran á regresar á España. A consecuencia de este acuerdo, partió para Lisboa el teniente de Wallones don Federico Moretti, hombre de talento, activo y diestro, sobre todo, en disimular sus pensamientos y en desvanecer las sospechas que pudieran infundir sus acciones. Tan diligente anduvo Moretti que á las veinte y dos horas de su salida de Badajoz se encontraba ya en Lisboa, y momentos despues conferenciando con el cónsul general de España. No se presentó, sin embargo, hasta el dia siguiente, 7 de mayo, al general Carrafa, quien, fuese por desconfianza de Moretti ó por creer imposible la empresa de arrancar sus tropas de donde las francesas las tenian circuidas y esmeradamente vigiladas, se retrajo de acometerla.

La posicion de Carrafa era una de las mas difíciles en que puede encontrarse un general. Ya le hemos visto en O'Porto luchando entre las órdenes siempre

contradictorias de Godoy, dirigidas á que evacuara disimuladamente el Portugal, y las terminantes de Junot que le prescribia la permanencia de sus tropas en el reino y aun su aproximacion á la capital. Con este motivo se habia entablado una correspondencia sumamente agria entre Junot y Carrafa, un verdadero pugilato entre el pérfido teniente del Emperador y el que, presumiendo sus fines mas ó menos aproximadamente, trataba de eludirlos; correspondencia que dejando traslucir el odio que se habia creado en ambos, y aun siendo ineficaz para evitar al general español la desgracia de entonces, sirvió despues para sacar ilesa su honra. Carrafa acudia á Madrid en solicitud de instrucciones tan claras que le autorizaran para retirar las tropas; pero el príncipe de la Paz le seguia recomendando la prudencia y en todo caso la sumision á las órdenes de Junot; don Antonio Olaguer Feliu, despues del 19 de marzo, le advertia de que las tropas españolas *no deberian hacer movimiento alguno sin anuencia y conocimiento del general en jefe del ejército francés en Portugal*; y O'Farril, como de la Junta de Gobierno, no se cansaba de prevenirle *que ejecutara cuanto hubiese dispuesto ó dispusiere el general Junot, conformándose en un todo con su voluntad* (1).

Estas órdenes, que no podia recibir Carrafa en plazo breve por no haber entre Madrid y O'Porto comunicaciones directas, llegaban á Lisboa inmediatamente, y Junot las hacia conocer con esa concision y esa

(1) Reales órdenes de 25 y 28 de marzo, 8 y 12 de abril.

energía propias de su carácter y del estado de acritud á que habian llegado sus relaciones oficiales con el general español dependiente de su autoridad (1).

Una vez en Lisboa, á donde le habian llevado las órdenes de Junot empeñado en tenerlo á su inmediacion y en que se acantonaran en puntos tambien próximos los escuadrones de Alcántara y Montesa, el general Carrafa quedaba en una condicion tan subalterna que bien podia considerársele como destituido del mando. Todos los cuerpos de su division campaban en un espacio de mas de 90 leguas; rarísimo de entre ellos aparecia reunido, diseminados en su mayor parte por la costa ó en las márgenes del Tajo; y ninguno debia obedecer órdenes que estuviesen en contradiccion con las que directamente recibian del Estado Mayor francés. El general Carrafa no podia expedir un pase para que un soldado que necesitara licencia por enfermo ó cualquier otro motivo pudiera trasladarse á España.

Así la autoridad del jefe español y su ánimo en el estado que es de suponer, apareció don Federico Moretti, muy conocido en Lisboa y con la fama de avisado, pero ligero. Debia ser cierta la mision de Moretti, aun cuando despues la negara el general en su manifiesto de Cádiz; pero coincidiendo con la entrada en Portugal de los dos batallones de la division de granaderos provinciales de Castilla la Vieja y los de infantería ligera de Tarragona y Valencia que, como

---

(1) «En adelante, decia Junot á Carrafa en 6 de abril, ningun »cuerpo deberá abandonar la provincia del Minho sin órden mia: el »general que manda esas tropas debe haber recibido las órdenes del »rey de España sobre este particular. Tengo el honor, etc....»

del ejército de Carrafa, habia Junot dispüesto se acantonaran en Lisboa y puntos inmediatos de la izquierda del Tajo, y habiendo recibido pocos dias despues comunicaciones del marqués del Socorro y del general Coupigni reclamando la vuelta de Moretti, nada de extraño que Carrafa desconfiara de la veracidad de un oficial que por otra parte frecuentaba la compañía de los oficiales franceses. Ya hemos dicho que á los pocos dias de haberse recibido en Badajoz el parte del alcalde de Móstoles, se habia desistido de sublevar el país, causa indudable de que no se hiciera retroceder los batallones y de que se ordenara la vuelta de Moretti á Extremadura; y este oficial, además, tenia que disimular su estancia en Lisboa, por lo que hasta creyó verse comprometido á asistir á un convite de Junot y lucir allí su habilidad en la música.

No podia Carrafa contar con las tropas que regia el general Belestá sin mucha mas autoridad sobre ellas que él sobre las suyas, vigilado como debia estar por el general Quesnel que con una corta fuerza de caballería francesa habia tomado el mando de la provincia de Entre Douro é Minho. Las de Solano habian evacuado completamente el Alem-Tejo y se disponian á internarse en España ó marchar á Andalucía á donde las dirigia la suspicacia de Murat. Carrafa no podia contar, de consiguiente, con auxilio en el momento en que, al emprender una fuga tan difícil por la diseminacion de sus tropas, se encontrara comprometido á usar de la fuerza para abrirse paso á España.

He aquí en nuestro concepto las causas del ningun resultado de la comision de Moretti, imposible, además, de obtener, cuando las provincias no habian

respondido todavía al llamamiento hecho por el pueblo de Madrid el DOS DE MAYO.

No debió sospechar Junot la mision de Moretti, por mas que este oficial indique en su contestacion al manifiesto de Carrafa el temor de que se ideara alguna asechanza contra su vida: Thiebault no hace referencia alguna á ella ni hemos visto escrito alguno francés que la revele.

La primera noticia que tuvo Junot de que el espíritu de sublevacion, que se iba haciendo general en España, cundia á las tropas de aquel ejército, fué la de la marcha del general Belestá á Galicia con todos los batallones que guarnecian á O'Porto, el general Quesnel y su escolta.

Cuando Carrafa tuvo que ir á Lisboa, le relevó en el mando de las tropas de O'Porto el general de division Quesnel que, no pudiendo ocupar aquellas provincias con tropas francesas, segun se habia propuesto Junot al permitir la salida de Portugal á las de Taranco, reclamó la permanencia de algunos batallones que ya estaban en marcha para Galicia. Volvieron efectivamente, aunque no todos, porque ya por entonces pensaban Junot y Murat disminuir el ejército español de Portugal, no dejando en este reino mas que dos divisiones de á 4,000 hombres cada una, que se suponia podrian ser de utilidad á los franceses sin ofrecerles el peligro de tantas fuerzas como las que hasta entonces les habian acompañado.

Permanecian, pues, en O'Porto dos batallones del regimiento de Zaragoza, dos del de Mallorca, uno de voluntarios de la Corona (despues San Marcial), medio de Gerona, medio de Barbastro y dos compa-

ñías de zapadores. A Quesnel solo acompañaban 80 dragones franceses, y en Figueira y Coimbra habia dejado algunos cortos destacamentos, no queriendo Junot, temeroso de un desembarco de los ingleses en la costa próxima á Lisboa, desmembrar de su cuerpo de ejercito mas tropas que las que ya habian marchado á Almeida, Elvas y el Algarbe, con los generales Loison, Kellerman y Avril.

Inquietos los ánimos de los soldados españoles con la noticia de lo ocurrido en Madrid, llegó á O'Porto el 6 de junio la de la sublevacion de la Coruña el dia de San Fernando y la del movimiento general que se operaba en toda Galicia para imitarla y darla fuerza y consistencia. Al mismo tiempo que á los españoles habia llegado á Quesnel, y ya trabajaban sus delegados por asegurarse de los buenos oficios de las autoridades portuguesas de la ciudad, cuando de acuerdo Belestá con el conde de Maceda, coronel de Zaragoza, y con los demás jefes de los cuerpos, dispuso el arresto del general francés y el desarme de su escolta. La operacion se verificó con un sigilo y una celeridad admirables. Los granaderos de Zaragoza que daban la guardia á Quesnel lo prendieron inmediatamente, y algunas fuerzas de Mallorca se apoderaron del alojamiento de los dragones que, con excepcion de tres ó cuatro que se hallaban fuera y pudieron fugarse, marchaban al dia siguiente á Galicia con su general en concepto de prisioneros de guerra. Con esto, la ciudad proclamó tambien la independencia de Portugal entre los aplausos de los españoles y las salvas con que se izaba de nuevo en el fuerte de San Juan de Foz el glorioso pabellon de las Quinas. Belestá,

formada ya una junta que gobernara interinamente el reino y afirmase la revolucion, tomó con sus batallones el camino de España, dirigiéndose al Miño que cruzó en los dias 10 y 11 sin obstáculo ni contratiempo alguno.

La nueva de estos sucesos llegó á Lisboa en la mañana del 9, cuando Junot, alarmado con las noticias de España y la presencia de los muchos agentes que comisionaban las Juntas á los cantones españoles, andaba imaginando el modo de evitar se propagara la insurreccion á las provincias de su gobierno. Aun cuando no se hubiese fijado en la resolucion que debia tomar en tales circunstancias, el secuestro de Quesnel y sus dragones debia darle idea de las represalias que mas podian convenirle, y, efectivamente, en el mismo momento de saberlo *fué decretado*, al decir de Thiebault, *el desarme de cuantos españoles quedaban en Portugal*. Pocas horas despues se expedian á los jefes franceses las órdenes mas convenientes, en concepto de Junot y de su jefe de Estado Mayor, para efectuarlo.

El primer batallon de granaderos de Castilla la Nueva, que estaba en Lisboa, recibió la órden de embarcarse para Setubal en la noche del 10 al 11; los de la division de Castilla la Vieja, que se habian acantonado en Veiras, fueron destinados á reforzar el campo de Morfacem; embarcóse un batallon francés para que remontando el Tajo sorprendiese el regimiento de Santiago acantonado en Santaren; diéronse las instrucciones convenientes para que el regimiento de Murcia pasara á Lisboa; destacáronse fuerzas tanto á Mafra y al litoral todo del Norte, que cu-

brian nuestras tropas divididas en destacamentos, como á la izquierda del Tajo, donde se extendian hasta Sines y Alcacer do Sal y, por último, no se descuidó providencia alguna que condujese al desarme simultáneo y ejecutivo de todos los españoles que se hallaban en la Extremadura portuguesa.

Los granaderos de Castilla la Nueva, que el dia 6 habian estado á punto de sublevarse y se habian conformado á permanecer inactivos con la esperanza de salir luego para los Algarbes á formar una de las dos columnas de 4,000 hombres que hemos dicho se habia pensado organizar, recibieron gozosos la órden de embarcarse. A las dos de la mañana del 11 dirigiéronse al Terreiro do Paço, donde fueron divididos en dos cuerpos, de los que uno siguió á la ribera de las Naos, mientras el otro permanecia en el Terreiro esperando el momento del embarque. De pronto, de entre los arcos y por las boca-calles salen tropas francesas de todas armas de la guarnicion y, amenazando con romper el fuego á la primera señal de resistencia, intiman la rendicion á los que habian quedado en aquella plaza. Los españoles, bramando de ira, se preparan á rechazar la violencia, pero su coronel, don Tiburcio Carcelen, los disuade de tal temeridad y entregan las armas. Igual suerte experimentó el otro cuerpo encerrado súbitamente en el arsenal y rodeado por todas partes de franceses muy superiores en número. Entretanto el general Taviel acudió al cuartel en que se alojaban nuestros artilleros, los cuales, á su vez, hubieron de rendirse aturdidos de tamaña alevosía.

Por medios semejantes fué desarmada la division

de granaderos de Castilla la Vieja y todos los cuerpos que se encontraban en la derecha del Tajo sorprendidos en sus cantones ó en las marchas que les habia prescrito el general frances, única autoridad de quien recibian órdenes. El general Carrafa, á quien solo se daba traslado de ellas, ni pudo conocer el objeto de Junot, ni impedir la ejecucion de un plan de que fué la primera víctima, habiéndosele llamado al alojamiento del general francés y detenídole en él hasta la mañana del dia siguiente en que se le permitió trasladarse al suyo.

De los regimientos situados en la sierra de Cintra, solo uno, el de húsares de la Reina, pudo eludir el desarme, aun ignorando el objeto de la órden que acababa de recibir para recoger sus destacamentos y disponerse á una revista general de la division.

Hallábase el regimiento en Mafra y, aun cuando constaba de dos escuadrones, el general Loison, que mandaba la division á que estaba afecto, la habia fraccionado destacando algunas compañías á Torres Vedras, Peniche y O'Porto. Despues de la marcha penosísima de Alcántara á Lisboa en que, segun ya hemos dicho, formaba parte de la vanguardia, no habia ejecutado otro movimiento que el de una expedicion á Caldas con el objeto de castigar un motin contra 200 franceses que allí tomaban los baños minerales que han dado nombre á la poblacion. Vueltos los húsares á Mafra, su coronel, el marqués de Malaespina, se habia dedicado á la instruccion, que solo fué interrumpida en los primeros dias de junio para dar el forraje á los caballos.

Al tiempo mismo en que el jefe de Estado Mayor de

la division comunicaba al marqués la órden de formar los escuadrones en la mañana del 13 para que fueran revistados, llegaba él teniente don Juan Serrano que habia quedado enfermo en Castello Branco, y daba noticia de la sublevacion de las provincias y del rumor de que se iba á proceder al desarme de los españoles del ejército de Portugal. Jefes y oficiales, comprendiendo entonces para qué se les hace formar en la mañana siguiente, se deciden á huir de entre los franceses, arrostrando cuantos peligros puedan correr, así por hallarse rodeados de todas partes, como por la desfavorable circunstancia de tener sus caballos en forraje.

En la madrugada, pues, del 13, en lugar de reunir sus escuadrones, segun se les habia mandado, frente al palacio real de Mafra, emprenden los húsases el camino de Torres-Vedras, donde recogen la compañía allí destacada, y siguen sin descanso hasta pernoctar á once leguas ya de aquel real sitio. Alcánzalos, sin embargo, aquella noche un oficial del Estado Mayor francés que, con otros pliegos de oficio en que el general encargado del mando de la division ordena al coronel la vuelta del regimiento á sus cantones, le entrega una carta particular donde, disculpando su conducta con las voces que corrian sobre los sucesos de España, le exorta á permanecer en Portugal en la seguridad de que todo se arreglará pacífica y satisfactoriamente; pero advirtiéndole que, de otro modo, tiene tomadas todas las medidas para alcanzar á sus soldados y desarmarlos.

Convocados los oficiales al alojamiento del coronel, éste les hace ver los pliegos que acaba de reci-

bir y, despues de manifestarles los peligros á que todos se exponian si eran alcanzados ó encontraban obstruidos los puentes y pasos del Duero á que se dirigian, les pide su consejo franco y sincero. En tales situaciones los pareceres rara vez se muestran conformes; así es que los oficiales de la Reina aparecieron profundamente divididos, proclamando unos la conveniencia de continuar precipitadamente la marcha y combatir si era preciso, y otros la necesidad de retroceder y de someterse á las órdenes de Junot. Indeciso aparecia el coronel entre consejos tan opuestos y aun era de temer un choque que hiciese inútil y hasta perjudicial el arranque de la madrugada en Mafra, cuando se anunció la solicitud de un húsar para presentarse en aquel que bien pudiera llamarse consejo de guerra, tal era la índole y la importancia del asunto que en él se debatia.

«Era este, dice el conde de Clonard en la historia »del regimiento de la Reina, un veterano de bigote »cano y retorcido, un dragon viejo que habia peleado en la guerra de 1793, grande hablador y no me»nos bebedor pero honrado y bien quisto, porque en »aquel tiempo todavía se miraban con gran veneracion »los soldados viejos. Cuadróse á la entrada de la ha»bitacion; el coronel le hace adelantar algunos pa»sos preguntándole lo que queria: Vengo, dijo, mi »coronel, á decir á V. S. que si nos detenemos mas »aquí somos cogidos por la espalda; la guarnicion de »Mafra y cuantos franceses habia en las inmediaciones »marchan en nuestro alcance; el parlamentario (lla»maba así al oficial francés que habia traido los plie»gos) no tiene mas fin que entretenernos mientras que

»las fuerzas que nos persiguen no paran de noche ni »de dia, acaso mañana á estas horas habremos ren»dido nuestras armas y entregado nuestro estandar»te.... ¡nuestro estandarte, mi coronel! y las lágrimas »asoman á los ojos de este buen servidor sin permi»tirle continuar. ¿Por quién ha sabido V. esto? le dijo »con entereza Malaespina. Por uno de los ordenanzas »que acompañaban al *edecan*, que ha estado largo ra»to bebiendo vino conmigo, y como el vino descubre »mas que el azogue (estas fueron sus palabras textua»les) me ha dicho cuanto sabe.—Y cuanto necesitamos »saber para no dejarnos engañar, añadió con energía »el teniente don Juan Serrano, poniéndose en pié, lo »cual fué imitado por toda la gente jóven de la asam»blea.—Silencio, señores, interrumpió el marqués; »esto está concluido; pueden Vds. retirarse que ya se »dispondrá lo que deba hacerse.»

Disuelto el consejo vuelve á emprenderse la marcha, pero, dudando la tropa de que se la lleve á España, empieza á pedir á grandes voces que se la conduzca por buen camino; consiguiéndolo por fin entre los vítores mas entusiastas, aumentados si cabia con saber, pocos momentos despues por un postillon, que habian sido desarmados y yacian prisioneros los regimientos que se hallaban en Lisboa.

Ya hemos dicho que los húsares de la Reina se dirigian á O'Porto esperanzados de reunirse allí al general Belestá y á una de sus compañías, y con el objeto además de no encontrar el camino á la frontera interceptado por las tropas de Loison acantonadas en Almeida y sus inmediaciones. No encontraron la division española, pero sí franco el puente del Duero,

por el que penetraron en la provincia del Minho para pocos dias despues besar en Galicia el suelo sagrado de la patria con los mayores trasportes de entusiasmo y júbilo.

Este no era, sin embargo, mas que uno de los brillantes episodios que ofrece la historia del ejército de Portugal. En la izquierda del Tajo, los regimientos de Murcia y Valencia iban á mostrar que solo la astucia de Junot podia llevar á cabo el desarme de los españoles, no la fuerza ni la destreza de sus tropas y generales.

Ya dijimos que Murcia habia recibido la órden de cambiar de guarnicion con los granaderos provinciales de Castilla la Nueva. Para entonces, ya uno de los emisarios de la Junta de Sevilla se habia hecho escuchar de algunos oficiales y aun de parte de la tropa; pero delatado por el coronel del regimiento, que lo era don Jorge Galban, fué á pagar en una mazmorra su patriotismo y abnegacion. La semilla habia caido, sin embargo, en tierra bien preparada, y pronto pudo observarse el fruto que producia, pues en todos los destacamentos que cubria el regimiento en el litoral empezaron los soldados á buscar, por el de la desercion, el camino de España.

Al recibir el coronel la órden de Junot, reunió el regimiento y lo puso en marcha para Lisboa con la precaucion, dícese que dictada por el general francés, de que lo hiciera sin municiones. Los soldados, sin embargo, se habian reservado algunas, contando con que acaso tuvieran que hacer uso de las armas decididos, como es de presumir que iban, á, en vez de pasar el Tajo, dirigirse al Guadiana en busca de la

tierra natal. Y efectivamente, al llegar al punto de union de los caminos de Setubal y Badajoz y cuando ya la cabeza del regimiento habia tomado el de Lisboa, unos soldados empiezan á gritar «Vamos á España.» No mas rápida que aquella voz corre por el hilo conductor la descarga eléctrica que ha de dar fuego á la mina: como esta, enciéndese á su vez la tropa toda en el anhelante empeño de abandonar la tierra en que solo espera humillaciones de los que atentan á la independencia de la patria y á la libertad de sus monarcas. La voz del coronel, imponiendo silencio y órden, se pierde en la inmensa gritería de los soldados, y á sus ademanes para obligarlos á continuar la marcha contestan con el fuego de sus armas. Huye Galban con el sargento mayor en direccion de Palmela; pero, entre la ira de los mas acalorados y el remordimiento de los mas prudentes, ábrese paso la division, esa compañera inseparable de las colectividades españolas, y al decidirse la resolucion mas conveniente crúzanse las recriminaciones entre oficiales y soldados y por fin, 300 de estos con cuatro subalternos, apoderados del teniente coronel y de una de las banderas, toman precipitadamente el camino de España,no sin cambiar algunos tiros con sus compañeros de regimiento.

No habian pasado muchas horas cuando un cuerpo de dragones franceses que sospechando de los de Murcia habia Junot hecho salir de Lisboa á las órdenes del general Graindorge, alcanzó á los 300 fugitivos. El teniente coronel conferencia con los franceses á cuyo campo se pasa viendo que son completamente inútiles los esfuerzos que hace para que vuelvan al ca-

mino de la obediencia sus soldados. Graindórge entonces se decide á atacarlos; pero si en los primeros momentos logra alguna ventaja con la sorpresa de una carga repentina y enérgica, no tardaron los de Murcia en rechazar á los dragones y en obligarlos á retirarse ó, mejor, á huir, con lo que pudieron los españoles continuar su marcha hasta pisar sanos y salvos el suelo de la patria. Accursio das Neves refiere así el resultado de este choque. «Encontró en el camino un desta»camento francés, y resultó del encuentro venir á pa»rar á Lisboa varios caballos sin ginetes, monturas »sin caballos, cascos sin cabezas, mochilas, espadas »retorcidas y otros despojos que vió el pueblo con »extremada alegría desembarcar en el Terreiro do »Paço (1).»

El resto del regimiento de Murcia retrocedió á Palmela en busca de su coronel, á quien prometió someterse con la condicion de que no habia de conducirlo á Lisboa. Era esto un principio de obediencia inadmisible para Galban, y verdaderamente muy difícil de comprender, porque en la situacion del regimiento de Murcia no habia mas alternativa que obedecer las órdenes de Junot ó marchar á España. Esto explica, sin embargo, con el estado de fluctuacion de los ánimos, lo fácil que era conducirlos á una determinacion decisiva en un sentido ú otro, en el de la obediencia al jefe hasta entonces reconocido, ó en el

(1) Copiamos este párrafo del escritor portugués testigo de aquellos sucesos en Lisboa, porque los historiadores franceses nos hablan de haber Graindorge batido á los españoles y cogídoles muchos prisioneros.

de acudir á la sagrada obligacion de salvar la patria.

Don Vicente Vargas, ayudante de campo del general Carrafa que fugándose de Lisboa llevaba la noticia del desarme de los españoles y las proclamas y manifiestos que las Juntas de España le habian remitido, logró arrancar aquella determinacion y con ella la fuga del coronel que, disfrazándose de fraile, fué á participar á los franceses aquella nueva faz de las irresoluciones de su regimiento.

Vargas entretanto reunió oficiales y soldados y despues de leerles en voz alta la proclama de la Junta de Badajoz preguntó si querian ir al socorro de la patria á vengar las violencias ejecutadas en el monarca y las ofensas hechas á la religion. «Un sí universal, manifestado con firmeza, dice el distinguido oficial cronista de aquellos sucesos, marqués despues de la Constancia, confirmó esta unánime voluntad, con tanto mayor mérito cuanto que el cuerpo apenas tenia municiones y contaba solo en sus filas con tres capitanes y veinte y seis subalternos inclusos cuatro cadetes (1).»

Rota de nuevo la marcha y eludiendo el paso de Vendas Novas, ocupado por un destacamento francés, el regimiento de Murcia, despues de cruzar el Guadiana, recibia en Paimogo las muestras mas elocuentes de la alegría que inspiraba en la poblacion su vuelta á España.

Seria tarea muy larga la de narrar circunstanciadamente los muchos y honrosos rasgos de patriotismo

(1) Conde de Clonard: *Historia de los Regimientos.*

de las tropas españolas en Portugal. Tres compañías de voluntarios de Valencia destacadas en Cezimbra, burlando la vigilancia de sus oficiales pero á la sombra de su bandera arrebatada del cuerpo de guardia, toman el camino de España que habian dejado expedito los 300 soldados de Murcia, y sin obstáculo alguno cruzan las aguas del Guadiana y no mucho despues las del Guadalquivir: 200 soldados de Tarragona, conducidos á Setubal como prisioneros, logran fugarse en una embarcacion, llevando su coronel por faja, para mejor ocultarla, la bandera del regimiento: allí, en fin, donde el valor y el patriotismo pueden repeler ó neutralizar la astucia y el número de los enemigos, allí se manifiesta la resolucion unánime en los soldados españoles de unirse á sus compatriotas, empeñados en la gloriosa empresa de sacudir el yugo extranjero que ya pesa sobre ellos.

Los que por su situacion entre los franceses no pudieron obtener la libertad, fueron conducidos á pontones surtos en el Tajo, á los que tambien fueron relegados los oficiales, por haber desertado algunos de Lisboa socorridos por Carrafa que como ellos permanecia libre y ayudados por el pueblo portugués, ansioso todo él de prestarles el auxilio posible y los medios necesarios para la fuga.

Tal fué la sublevacion de los españoles en los últimos dias de mayo y primeros de junio de 1808. Quien se detenga á observar las causas que la promovieron, y á confrontar las fechas en que cada provincia la llevó á cabo, comprenderá fácilmente la exactitud de cuanto expusimos en la introduccion para demostrar que fué un movimiento tradicional en el país,

idéntico á los que nuestros predecesores habian operado por móviles semejantes, ya que no iguales por la disparidad de los tiempos.

Que estos móviles eran el espíritu religioso, el amor al trono y la repulsion á recibir leyes que no fuesen las nacionales, lo demuestran los gritos con que se reveló el alzamiento, las determinaciones que vino á provocar y los excesos mismos con que anubló su gloria en algunas, y, preciso es confesarlo, no pocas localidades. La índole conservadora de los españoles, impresionables á la vez que enérgicos y arrebatados, intransigentes con toda idea de innovacion cuyas ventajas ó defectos no podian conocer por el aislamiento en que ellos mismos procuraban mantenerse, los impelia á resistir una intervencion en sus asuntos que no podia menos de dirigirse á cambiar lo conocido por lo ignoto y lo que querian y admiraban por lo que se habian pintado como aborrecible y feo. Y tan encarnado se hallaba este espíritu en nuestros compatriotas, que, no por el ejemplo, el contagio, pudiera decirse, sino por un movimiento simultáneo, general, pronunciaron su fallo en el litigio bochornoso de Bayona en sentido contrario á la sentencia del hombre de mas genio, del mas poderoso de las generaciones modernas. Como este contaba con medios que habian bastado para imponer leyes á la mayor parte de la Europa, creyó que, aun sin emplearlos todos, tenia los suficientes para dictarlas aquí en la sagacidad suya, en la diligencia de sus agentes y en la fama de sus batallones no vencidos hasta entonces. Apeló, pues, á su astucia y á la fascinacion que en otras partes producia su nombre, apoyándolas con

fuerzas que consideraba bastar al número y á la disciplina de nuestros soldados, no contando con el número ni el espíritu de los habitantes. Con el uso de tales medios hirió la susceptibilidad castellana, y los mismos que creian descubrir en sus soldados el vehículo de las ideas civilizadoras del siglo, no vieron al manifestarse en toda su desnudez las maquinaciones tenebrosas de que venian á ser fautores, mas que los instrumentos de la invasion y de la tiranía. Napoleon lo decia despues en Santa Elena: «Desdeñaron el in»terés para no ocuparse mas que de la injuria: se in»dignaron á la idea de la ofensa, se sublevaron á la »vista de la fuerza y todos corrieron á las armas. Los »españoles en masa se condujeron como un hombre »de honor.» ¡Y sin embargo, por tales medios esperaba las bendiciones de nuestro pueblo! ¿No veia que la injuria, la ofensa y la fuerza habian de chocarse necesariamente con la ingenuidad y buena fé de nuestros compatriotas y estrellarse en el amor propio y el orgullo castellanos?

Y así fué: como impulsados por un resorte, los españoles todos, descubriendo en Napoleon al detentador del suelo patrio, y no mirando sino como seides á sus soldados y como traidores á cuantos en España admiraban la grandeza del coloso, acometieron la empresa, considerada entonces como temeraria y loca, de derribarlo.

Y no sin razon podia calificarse de temeraria y loca si, desechando de la memoria la de las terribles crisis porque en otras épocas habia pasado nuestra nacionalidad, se apelara tan solo al cálculo de las fuerzas que se iban á entrechocar en la lucha que de-

bia ser la consecuencia inmediata de la sublevacion española.

Veamos ahora, cuales eran estas y cuales las de cuantos por afecto ó intereses debian salir á la defensa y al mantenimiento de nuestros derechos, con lo que podrá comprenderse mejor la historia de los acontecimientos militares que van despues á relatarse.

CAPITULO VIII.

EJERCITOS BELIGERANTES EN MAYO DE 1808.

Enemigos de la Francia.—Ejército francés.—Generales franceses.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Ingenieros.—Guardia imperial.—Estado Mayor y Administracion.—Modo de reemplazar las bajas en campaña.—Tropas auxiliares.—España.—Política española.—Pacto de familia.—Errores de Godoy.—Ejército español.—Guardia real.—Infantería.—Caballería.—Artillería é ingenieros.—Reemplazo.—Educacion de los oficiales.—Instruccion táctica.—Escritos militares.—Estado Mayor.—Administracion.—La Europa toda imitando la organizacion francesa.—Reserva.—Milicias provinciales.—Milicias urbanas.—Consideraciones generales.—Material.—Fortificaciones.—Conveniencia de las fortificaciones en España.—Fuerzas de Ultramar.—Alianzas.—Qué se debia esperar de ellas.—Ejército inglés.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Estado Mayor y Administracion.—Milicias.—Fuerzas inglesas en la Península.—Su objeto principal.—Portugal.—Ejército portugués.—Su reduccion por Junot.—Espíritu nacional.—Superioridad de los ejércitos franceses.—Guerra marítima.—Marina española.—Ultimas consideraciones.

Los proyectos ambiciosos de Napoleon y su empeño en llevar á cabo el bloqueo continental hacian extensiva á cuatro naciones la lucha tan imprudente- **Enemigos de la Francia.**

mente provocada en la península española. No es posible que este resultado escapara á la elevada inteligencia y á la prevision del Emperador, influido, además, constantemente por la idea de que allí donde dirigiese sus miras conquistadoras habia de encontrar la escudriñadora ó la activa intervencion de sus eternos enemigos los ingleses. Y no solo estos, sino que los recientemente vencidos y los que, sujetos al yugo de la Francia en una década de concepciones inimitables y victorias siempre decisivas, atisvaban el momento mas favorable para su emancipacion, aprovecharian el que pudiera presentarles una nueva campaña fuera de las líneas seguidas hasta entonces por la Revolucion francesa (1). Era muy grande el poderío de la Francia, inmenso el prestigio de sus armas é inagotable el genio del Emperador; pero tambien eran vastísimas las atenciones que tenia que cubrir, muchos los enemigos, aunque mudos entonces y sumisos, que arrostrar; y un error ó un descalabro podian despertar á los pueblos y animarlos á romper la trama admirable en que los iba enredando Napoleon para concluir su grande obra de dominio universal. Por eso buscaba éste en la astucia las armas necesarias para llevar á ejecucion sus planes respecto á la Península; presumiendo como auxiliares poderosos el descrédito en que consideraba caidas las dos casas reinantes de Portugal y España, y la gloria, cada dia

(1) El orígen, la marcha y el desenlace de las campañas de 1793, 94 y 95 demuestran claramente que fueron defensivas por parte de los republicanos, que siempre hicieron ver cuánto deseaban la alianza española para tener libre y desembarazada su accion en el Norte y el Este de la Francia.

creciente, de la dinastía de que se habia hecho raiz y cabeza.

Ya hemos demostrado cuán inexactas eran sus ideas en este punto y cuán errado caminaba en sus cálculos de avasallar la Península sin acudir á la fuerza de las armas: una vez interceptado el sendero tortuoso y oculto de los manejos y del soborno, tuvo que recurrir al de la violencia, en el que tambien se perdió, mas que por no haberla usado con la oportunidad y acierto de costumbre en él, por ser ineficaz para con el pueblo español en la situacion y condiciones en que se hallaba.

La paz de Tilsit, que habia elevado á Napoleon al apogeo de la gloria y de la grandeza humanas, colocaba á la Francia en una situacion mucho mas difícil que la que tenia antes de la guerra con Prusia. Ya no podia escudarse el imperio con aquellas barreras neutrales que la habilidad diplomática de Napoleon habia creado en derredor suyo; sus provincias, pues que no podian llamarse de otro modo los reinos nuevamente erigidos, tocaban á las de naciones poderosas, y los batallones franceses campaban en el territorio del gran Federico ó frente á los numerosos y aguerridos de los rusos y austriacos. La satisfaccion, pues, de alejar mas y mas de París al dios *Término*, aun cuando hipócritamente dijera al Senado que se contentaba con la posesion de Kehl, Cassel, Wesel y Flesinga, necesaria para perfeccionar el sistema defensivo del imperio, se compensaba con los sacrificios no insignificantes que exigia la mayor extension que el ejército francés se veria obligado á ocupar y defender. Así que, á pesar de haber sido llamado á las armas en

la primavera de 1807 el contingente de la conscripcion de 1808, en el próximo invierno, cuando ya estaban en marcha por España los cuerpos de ejército de Junot y de Dupont, se pedia el correspondiente á 1809, como *necesario para conquistar la paz marítima.*

Ejército francés.

Este último reemplazo hacia ascender al ejército imperial á la enorme cifra de 1.000,000 de soldados.

«A fines de 1807, dice el general Foy, el Emperador mantenia 620,000 soldados á pié y á caballo, »á saber: 380,000 de infantería y 70,000 de caballe»ría, distribuidos en 417 batallones y 353 escuadro»nes, todos franceses; 32,000 suizos, alemanes, irlan»deses y hannoverianos á sueldo de la Francia; 46,000 »hombres para el servicio activo de la artillería é in»genieros, y 92,000, que con los nombres de gendar»mería, media-brigada de veteranos, compañías de »reserva, artilleros y guarda-costas, componian el »ejército nacional, destinado especialmente á la poli»cía y á la proteccion del territorio. Napoleon, dispo»nia, además, de las fuerzas militares del reino de »Italia, de Nápoles, de España, de Holanda, del gran »ducado de Varsovia y de los estados de la confede»racion del Rhin. Aliados del dia anterior, aliados de »hacia cien años, cualquiera que fuese la diferencia »de afecciones, estaban movidos por una sola inteli»gencia y hácia un solo y mismo objeto.»

Tres cuartas partes de este ejército, superior en número á cuantos recordaba la historia desde la edad media, eran de veteranos, solo comparables con aquellos legionarios cuyo patriotismo, amor á sus enseñas y disciplina sin igual, habian llevado á Roma

al imperio del mundo. Quince años de constante pelear, sin mas tregua ni descanso que el de los campamentos, y esto para con la esperiencia enriquecer el arte de la guerra, habian elevado el ejército francés al mas alto punto de espíritu militar y de instruccion, y la Europa y el mundo todo civilizado lo consideraban incontrastable en el campo de batalla.

Generales franceses.

La idea liberal, lo mismo que en Grecia y Roma, habia sacado á luz en Francia á cuantos abrigaban con el valor y el carácter la inspiracion de la guerra. Si Napoleon no habia formado discípulos eminentes, cuidándose mas de hacerse con servidores entendidos, todavía conservaba en las filas muchos de los generales que habian ilustrado la Revolucion, resultado no fácil de obtener con turbas indisciplinadas, sin organizacion ni conocimientos militares, bajo la influencia opresiva de los convencionales y con la guillotina á la vista. A las órdenes de Napoleon ó donde la envidia y las rivalidades no pudiesen ejercer su influjo maléfico, varios de los generales franceses valian por sí solos un ejército. Tal era el talento de algunos y la experiencia que todos habian adquirido en tan prolongadas luchas, que en otros tiempos, solos y sobre todo sin la sombra que sobre ellos proyectaba la gran figura del Emperador, habrian obtenido el primer rango en la lista de los capitanes ilustres.

Infantería.

La infantería, que habia demostrado en Austerlitz ser la primera de Europa, era como en todas partes el nervio del ejército. Su organizacion en regimientos de á cuatro batallones, de los que uno quedaba siempre de depósito en Francia, se habia modificado recientemente. El Emperador pensaba convertir los re-

gimientos en legiones mandadas por un mariscal de campo, varios coroneles y tenientes coroneles. Ocho batallones, incluso en ellos uno de depósito, compondrian la legion, la cual podría así tener batallones en los diferentes paises que guarnecia el ejército francés, sinlos inconvenientes que experimentaban los regimientos en su desmembracion casi constante. Lacuée y Clarke, director general de la conscripcion el primero y ministro de la Guerra el segundo, lograron demostrar á Napoleon lo inconveniente de una organizacion solo posible en sus manos, y que, despues de todo, no tenia otra ventaja, si así podia considerarse, que la del prestigio de su nombre, que traia á la memoria las conquistas y las glorias del imperio romano. Aun cuando precisamente esto era lo que, nuevo César, trataba Napoleon de recordar á todas horas al pueblo francés, cedió de su propósito en parte, manteniendo los regimientos, aunque con el aumento de un batallon, y aplicando el título de legiones á los nuevos cuerpos que se organizaban en las costas bajo las órdenes de los senadores mas caracterizados por sus anteriores servicios en el ejército. Así, no solo creia disculpar el que dos batallones de un regimiento se encontraran en las orillas del Vístula ó del Elba, mientras los otros dos guarnecian á Mantua ó Lisboa, sino que con el aumento de cuadros daba facilidad para nuevas creaciones de cuerpos, sin por eso acrecer el número de los depósitos de donde salia la instruccion y el espíritu militar de los reclutas. Cada batallon quedó con solo seis compañías de á 140 hombres, de las que una era de granaderos y otra de cazadores, excepto el de depósito que solo contaba cuatro de fusileros. La fuer-

za total del regimiento era, pues, de 3,970 hombres, contando los oficiales y clases de tropa.

Napoleon era apasionado por una sola infantería, y la francesa, aun cuando compuesta, si bien es verdad que en una pequeña parte, de tropas ligeras, por seguir la corriente general en materia de organizaciones, podia considerarse como de un solo instituto. Y no sin razon, pues que el soldado francés por su agilidad, su energía y por el espíritu y vivacidad que le distinguen, sirve lo mismo para hacer el servicio de *la línea* que para el mas agitado é inteligente de los cazadores. Esto disculpa tambien la disminucion de las compañías en los batallones, disminucion que en otro país seria muy perjudicial por lo difícil de sostener en ellas las de preferencia, que exigen un personal de soldados de condiciones no comunes de estatura, robustez y genio.

La caballería francesa consistia en dos regimientos **Caballería.** de carabineros, doce de coraceros, treinta de dragones, veinte y cuatro de cazadores y diez de húsares; total setenta y ocho regimientos. Estos constaban de cuatro escuadrones cada uno, y cada escuadron de dos compañías; organizacion que ha subsistido hasta que el general Preval demostró la conveniencia de que se formara el *escuadron compañía* para dar al mando la unidad mas necesaria en esta arma que en otra alguna.

En las primeras campañas de la Revolucion, la caballería francesa habia sufrido no pocos reveses al combatir la alemana de los diferentes estados con que habia peleado. La superioridad de los caballos del otro lado del Rhin, la destreza de los prusianos y

austriacos en manejarlos, y hasta el modo de sus maniobras, presentaban serios obstáculos al ardor de los franceses, medianamente montados, por carecer de razas y aun de ganado, y por la ninguna costumbre de cabalgar, limitada á las clases acomodadas del país. Prevaleció, sin embargo, aquel ímpetu que llevaba á los soldados de la República á cargar siempre á fondo; y especialmente en el uso mas general del arma, que es el de acabar la victoria y recoger su fruto, se distinguió muy pronto la caballería francesa arrastrando hácia su cuerpo de batalla miles de prisioneros que dejaban al enemigo sin fuerzas para continuar la campaña. Las conquistas despues, proporcionando un gran número de caballos de las mejores razas, dieron lugar á aquellas masas de coraceros que, como en Eylau, cargaban con tanto éxito á la impertérrita infantería de los rusos.

Napoleon, que nunca se detuvo en organizar la caballería con la profunda atencion y el esmero que empleaba en las otras armas, era apasionado por los institutos de dragones y cazadores, sin duda por lo que convenia al servicio peculiar de ellos la generalidad de los caballos franceses. Esta aficion, que le hizo á veces tener que desmontar los dragones, y la naturaleza de nuestro suelo peninsular le movieron á mandar á los ejércitos que aquí peleaban, muchos miles de caballos de ambos institutos, formándolos en grandes masas, segun era su costumbre, á las órdenes de Kellerman, Lasalle, Montbrun y Milhaud, sus mas hábiles generales de caballería.

El hombre que cuando veia maniobrar á un regimiento de caballería no dejaba nunca de hacerle for-

mar el *cuadro*, aun sin estar prescrito en los reglamentos tácticos, con el objeto sin duda de adoptarlo en recuerdo de esta formacion de la caballería griega, no habia armado de lanzas sino algunos escuadrones; siendo necesario á veces apelar á la caballería extranjera ó, como en Dresde, á la escolta de un general para romper la infantería enemiga, inmoble ante las espadas de los coraceros franceses. Apasionado de aquellas masas inmensas que nadie hasta entonces habia sabido mover con la maestría y desembarazo que él, se deleitaba en lanzar á la carga 10 ó 15,000 caballos, lo mismo en el cementerio de Eylau al observar la marcha de frente del ejército ruso que iba á *devorarlo*, segun decia á Murat en aquel momento supremo, que en el monte San Juan de Waterlóo al correr Ney á decidir la suerte de la batalla antes de que entraran en línea los 60,000 prusianos que llevaba el mariscal Blucher. Para obtener resultados de tales cargas, Napoleon contaba tan solo con el choque de los grandes caballos de los coraceros y el valor impetuoso de sus cazadores, sin pensar en la longitud de las armas con que unos y otros iban á ofender y sí solo en la fuerza de los brazos encargados de hacerlo. La lanza quedaba para los polacos y otros auxiliares que la utilizarian en combates propios de su carácter, aficion y modos de pelear.

Artillero por educacion y por carrera en sus primeros servicios á la República, Napoleon fomentó el arma y la utilizó como ni antes ni despues lo ha hecho ningun otro general. **Artillería.**

Decia Napoleon: «la artillería hace hoy el verda»dero destino de los ejércitos y de los pueblos; hoy

»se baten á cañonazos como á cachetes (á coups de »canon comme á coups de poing), y en las batallas co»mo en los sitios, el arte consiste en hacer converger »los fuegos á un mismo punto. Una vez empezado el »combate, el que tiene la habilidad de dirigir, súbi»tamente y sin que el enemigo lo sepa, á una de sus »posiciones una masa impensada de artillería, puede »estar seguro de tomarla. Hé aquí mi gran secreto y »mi gran táctica.» El estratego de Marengo y de Ulma debia ser consecuente en todas sus concepciones, lo mismo en las grandes maniobras de la guerra que en las tácticas y de detall del campo de batalla. Así es que con la caballería formaba en ocasiones tales masas, que era necesario darles el título de *cuerpos de ejército de caballería*; y hacia uso de la artillería en tal número de piezas y con violencia tan grande sobre un punto dado de la línea enemiga, que era tan difícil resistir y contener sus efectos como descubrir y contrarestar el objeto y los movimientos de los ejércitos franceses en las vastas y complicadas operaciones que solia acometer aquel genio de la guerra.

En las guerras de Italia de principios del siglo XVI los beligerantes, y particularmente los españoles, habian reunido la artillería de sus ejércitos para destruir las grandes masas de infantería que en imitacion de la falange y de la legion presentaban franceses, suizos é imperiales en los campos de batalla. Pero mas tarde con adelgazar las líneas y darles, de consiguiente, mayor extension, los generales habian creido deber repartir su artillería para hallarse preparados á todas las eventualidades en la grande área que empezaban á ocupar las tropas por la ligereza y la

flexibilidad de las nuevas maniobras. Parecia aun mas conveniente este sistema con la invencion de la artillería volante, que habia valido á Federico no pocos triunfos ayudándole eficazmente en sus combates en órden oblícuo, y mas aun por las proporciones que se habian dado á los ejércitos en las guerras de la Revolucion; pero perfeccionado y aun con mayor movilidad aquel instituto de la artillería; sin olvidar los sábios principios del arte de las batallas, restablecidos por el rey de Prusia, y con ejércitos mas numerosos, el emperador francés demostró la ventaja de las grandes baterías con la elocuencia de resultados que no hace muchos años se tocaban aún en Magenta y Solferino. A tal punto se llevó el pensamiento de aumentar y aumentar la artillería que, no encontrando medios de trasportarla en tan grandes masas, se volvió á distribuir entre los infantes, pero para reunirla de nuevo al frente del enemigo. Era necesario para esto aumentar el personal del arma, y se hizo á tal punto que en 1814 el número de artilleros ascendia al de 103,336, casi igual, segun la expresion de un escritor francés, al de hombres que componian todo el antiguo ejército del rey de Francia.

En 1807 constaba la artillería francesa de ocho regimientos á pié, seis de á caballo, dos batallones de pontoneros, ocho batallones del tren, quince compañías de obreros, 13 de artilleros veteranos, 130 de artilleros guarda-costas y trescientos noventa y nueve hombres empleados en el servicio del material.

Una gran novedad ofrecia esta organizacion, la cual constituia un adelantamiento de inmensa trascendencia. Nos referimos á la creacion de los bata-

llones del tren. En los tiempos anteriores á la revolucion, existia en el servicio de la artillería una division y falta de homogeneidad que lo hacian sumamente lento é imperfecto. Las piezas permanecian en los parques hasta el momento del combate; el ganado que debia arrastrarlas era propiedad de un contratista; y los conductores, que no pasaban de ser unos *carreteros* de la artillería, eran criados y nada mas que criados del dueño de los caballos. Los republicanos habian hecho así la guerra; pero Napoleon en su consulado con Cambacérès y Lebrun y por consejo del general Marmont, despues duque de Ragusa, estableció en 13 nivoso del año VIII (3 de enero de 1800) los batallones del tren. Con esta medida no solo se evitaron los conflictos frecuentes entre los jefes de las baterías y los dueños del ganado, sino que se obtuvo la unidad del mando y con ella una instruccion uniforme y puede decirse que completa para el servicio del arma.

En el material tambien se habian adoptado refor mas muy importantes. Habíanse reducido los calibres manteniendo los únicos necesarios, así en las piezas de sitio y plaza como en las de campaña, para obtener el efecto conveniente en sus diferentes destinos; y en el sistema de carruaje de Gribauval, que ofrecia la inmensa ventaja de una uniformidad que lo habia hecho adoptar en todos los ejércitos, se redujeron á diez las veinte y dos clases de ruedas que en él existian. Los calibres usuales en campaña eran los de á 8 y 4, aunque introducido por Marmont el de á 6 llegó á hacerse bastante comun durante el Imperio. Solo para las baterías de posicion, cuando se

esperaba una gran batalla, se arrastraban los cañones cortos de á 12.

El cuerpo de ingenieros que, constando antes tan solo de capacidades encargadas del diseño y construccion de las fortificaciones, habia logrado agregarse algunas compañías de zapadores, segun lo reclamaba ya Vauban en 1669, tenia en 1807 un personal numerosísimo y una organizacion muy propia de su instituto. Ingenieros.

Los minadores, que antes formaban parte de la artillería, habian recibido su verdadero destino; y si bien los pontoneros continuaban con sus parques en el general de aquella arma, las obras de campaña y casi todo el servicio confiado hoy á los ingenieros eran ya de su atribucion y responsabilidad. Puede decirse que del ejercicio exclusivo de la arquitectura habian pasado al de la guerra en sus aplicaciones mas elevadas y extensas: los generales de ingenieros, lo mismo aparecian construyendo plazas en Italia y Holanda y reductos en el fondo de la Moravia, que investigando los tránsitos del mar Rojo ó gobernando las provincias de España y Portugal. El general Foy decia: «En la guerra de campaña, los »ingenieros estaban encargados del trabajo de los re»conocimientos, y fueron nuestros mejores, por no »decir nuestros únicos oficiales de Estado Mayor. »¿Dónde hubiéramos encontrado otros de educacion »mas esmerada y propia y cuya abnegacion pudiera »ser puesta á tantas pruebas?»

A la cabeza de las tres armas y representando á todas ellas en el ejército francés, figuraba la Guardia imperial, creada sobre la robustísima base de la que Guardia imperial.

en Marengo habia conseguido arrancar de la admiracion del primer cónsul, el título de *la columna de granito*. En 1807 la formában 10,590 infantes, 3,885 caballos y 758 artilleros, oficiales y soldados, todos veteranos, cubiertos de cicatrices y designados como los primeros entre los valientes, eran en los dias de prueba la esperanza del Emperador, que vivaqueaba entre ellos como en una fortaleza guardada por la lealtad y defendida por el valor, esas dos divinidades del ejército. Si en algo se mostraba avaro su caudillo, era en el uso de aquellos soldados heróicos, destinados á retener en sus filas la fortuna, tan mutable en los campos de batalla; los trances generales y mas comunes se dejaban á la *carne de cañon* que iba la guerra consumiendo con insaciable voracidad (1).

Estado Mayor y Administracion.

Tal era el ejército francés en sus elementos de fuerza, los mas sabiamente constituidos de cuantos entraban entonces en la composicion de las tropas europeas. Es verdad que no existia en él un cuerpo de Estado Mayor, instruido cual debia estarlo, para su servicio especial, porque Napoleon, fiando todo á su genio y á la extraordinaria actividad de su mayor general el mariscal Berthier, no apreciaba la cooperacion de oficiales de quienes solo exigia la trasmision

(1) En 21 de mayo de 1808, escribia Napoleon á Daru intendente general del grande ejército: «¿Qué necesidad hay de tener »mercados, preparar almacenes ni de otras mil futesas semejantes? »Ese parece un ejército del antiguo régimen. Lo que es necesario es »situarse en la linde de un bosque, hacer barracas, y ya está el »ejército campado. En cuanto á los víveres, no hay pueblo en Pru»sia que no pueda procurar subsistencias para 8,000 hombres.»

¿Qué estraño, pues, que no atendiera con predileccion al servicio administrativo quien así pensaba y quien repetia todos los dias que 20,000 hombres podian vivir hasta en el desierto?

de las órdenes y la formacion de los estados de fuerza. La Administracion no estaba tampoco organizada ni tenia la consideracion que ha alcanzado en estos últimos tiempos. La índole de las guerras, todas ofensivas, que mantenia el Imperio, obligaba á las tropas á vivir del merodeo que tanta sangre les habia de costar en la guerra de España. Este sistema, si así puede considerarse el que seguian Atila y Gengis-Kan como único practicable con ejércitos tan numerosos, hacia marchar á los franceses en líneas extensísimas y por cuerpos separados, casi independientes, cuyos jefes, atendiendo á la ejecucion de un plan general en dia fijo y en un lugar dado, por caminos diferentes y no todos conocidos, tenian que entregarse por sí mismos á procurar víveres y trasportes que era imposible facilitara la Administracion á grandes distancias de las bases de operaciones.

Otro tanto sucedia al cuerpo de Sanidad, atento siempre á su servicio en los combates y desempeñándolo con la mayor abnegacion, pero imposibilitado de montar suficiente número de ambulancias y de establecer el necesario de hospitales para los muchísimos enfermos que en guerras tan dilatadas y en paises tan remotos iban causando la fatiga y la diferencia de climas. Así los territorios que tenian la desgracia de ser visitados por los ejércitos franceses quedaban presentando el espectáculo de la mas cruel devastacion y de la mayor miseria, al tiempo mismo que veian llenarse los cementerios de soldados víctimas del abandono en que los dejaban sus compatriotas y que seguramente no habia de remediar la cólera de los habitantes.

Sin embargo, el talento del Emperador, el entusiasmo con que era servido y el patriotismo de los franceses, disimulaban en parte lo imperfecto de aquellos institutos auxiliares en su organizacion y servicio. La Francia, cubierta de gloria por aquella serie de campañas constantemente felices, se habia organizado para la guerra universal y perpétua, y así como parecia un semillero inagotable de combatientes, así daba á luz oficiales de Estado Mayor como Saint-Cir y Decaen y producia administradores como Daru y Dejean.

Modo de reemplazar las bajas en campaña.

Como en el arte de combatir, sobresalia el Emperador en el de organizar los ejércitos y, mas aun, en los métodos para cubrir las bajas de los cuerpos con hombres cuya resistencia é instruccion compensaran en lo posible la pérdida de los veteranos. La última campaña del Vístula habia ofrecido en esto un ejemplo sumamente instructivo.

De cada tercer batallon, que en 1803 era el de depósito de los regimientos, arrancaba un destacamento que, unido á otros inmediatos, formaba una compañía. Con varias de estas, se componia un batallon, y con dos ó tres batallones, un regimiento que recibia el nombre de provisional y cuyos jefes y oficiales debian, una vez disuelto, volver á sus respectivos depósitos. De las márgenes del Rhin, donde se hallaban establecidos los batallones correspondientes al grande ejército, debian emprender los regimientos provisionales su marcha al Vístula, deteniéndose en Erfurt, Halle, Magdeburgo, Witemberg, Spandau, Custrin ó Franfort sobre el Oder. Despues de descansar en estas plazas unos dias, que se aprovechaban

para no perder la instruccion recibida en Francia; proveyéndose además del equipo y armamento necesarios, almacenados cuidadosamente en puntos fuertes del tránsito, y recogiendo cuantos rezagados encontraban en su camino, los regimientos seguian á los cuarteles generales de los cuerpos de ejército respectivos, en los que procedian á disolverse.

El arma de caballería tenia en Potsdam y Spandau un gran depósito de caballos procedentes de la disolucion de algunos ejércitos de los estados de Alemania, de compras y aun de contribuciones impuestas en Prusia. Los regimientos franceses á su paso hácia el Vístula, montaban los hombres que aun iban á pié y cambiaban sus caballos de deshecho por los que permanecian en las magníficas cuadras del ejército prusiano; y así aparecian en el grande ejército con toda la fuerza reglamentaria y en estado de entrar en combate al dia siguiente.

De este modo los regimientos tenian siempre en campaña el completo de organizacion, y el ejército se encontraba al mes de una gran batalla ó del asedio de una plaza en estado de resistir y vencer los de sus enemigos.

Ejércitos auxiliares.

Los ejércitos franceses, como los consulares en Roma, se componian de tropas nacionales y extranjeras. El reino de Italia, el de Nápoles, el de Holanda, Westfalia, Sajonia, la Confederacion germánica, la Polonia y hasta Portugal y España daban sus contingentes al Imperio, ya como tributo debido al conquistador, bien como en muestra de union entre naciones regidas por individuos de una misma familia; y, en fin, para cumplir con estipulaciones de una



alianza casi siempre arrancada por la astucia ó la violencia. Y llevaba el Emperador á tal punto la imitacion, que así como los romanos doblaban sus legiones con las extranjeras para formar los ejércitos que mandaban sus cónsules, así él compartia la fuerza de los ejércitos con sus aliados que, sin embargo, solo peleaban para la gloria y por el interés de la Francia. Las tropas napolitanas iban á hacer frente al Austria en el norte de Italia, las de este nuevo reino peleaban con los rusos, y de unas y otras habia en España guarneciendo las plazas de Figueras y Barcelona. El ejército de la Confederacion habia contribuido á sojuzgar á sus hermanos del Elba y del Oder; los westfalianos, holandeses y polacos campaban en las inmediaciones de Madrid ó en las cumbres del Pirineo; y los españoles y portugueses combatian al rey de Suecia en las orillas del Báltico ó guardaban la frontera meridional del Imperio. Nadie en Europa conocia el descanso de la paz, y los que por su edad ó por falta de vigor no empuñaban las armas, ponian en tortura su inteligencia para procurar recursos de toda índole al magnánimo y feliz Emperador.

De este modo las naciones aliadas yacian en la miseria y en una verdadera servidumbre, mientras la Francia, compensando la pérdida de su comercio marítimo con las ventajas de su influencia en el continente, y las que iban proporcionando á su agricultura é industria las obras colosales que se ejecutaban en su territorio, aparecia rica, gloriosa y omnipotente.

España. Veamos ahora cuál era España, la nacion que en el silencio bochornoso en que habia quedado la Eu-

ropa se atrevia á levantar su voz contra el nuevo César de Occidente y á resistir con la fuerza la de tan poderoso imperio. ¿Se hallaba preparada para hacerlo con éxito?

Política española.

No basta á las naciones la riqueza para ser poderosas é influir en los destinos del mundo. Tal es pobre y recogida en límites estrechos, cuyo afecto vale una conquista, cuya enemistad es un mal irreparable. El oro produce el fausto y da el esplendor que fascinan; en las instituciones estriba la verdadera grandeza, porque haciendo imposibles los malos gobernantes llevan siempre por vias seguras la nave del Estado. Arrojad la vista sobre el mapa y, con la historia en la mano, comparad unas con otras las naciones todas del globo. Al lado de grandezas repentinas y que asombran, hallareis en algunas decadencias mas rápidas aun é inesplicables; pero tambien observareis cual crecen otras y se desarrollan, despacio, muy despacio, pero incesante, progresivamente, hasta límites que no es dado prever. Las causas, no busqueis otras, están en las instituciones.

España se habia hecho gigante al dia siguiente de verse dividida en cuatro reinos, y estos en la mayor anarquía; y sesenta años despues de unidos Aragon y Castilla, de arrojados los moros de Granada, y de escarmentar la intervencion de los portugueses, cuando parecia no caber en Europa el cuerpo robustísimo de nuestra monarquía, se desmembraba de nuevo en las manos mismas que la habian hecho una y extendido por todas las latitudes del globo. Surcaban los mares nuestros galeones cargados de oro, y España moria á su vista sin ejércitos, sin escuadras y, lo que

es peor, sin poblacion, sin agricultura ni industria.

Aquellos galeones producian, sin embargo, un efecto semejante al del electro-magnetismo y, en manos de mas hábiles operadores, parecia volver á la vida el cadáver destrozado de la nacion. Así aconteció en los reinados de Fernando VI y de Cárlos III; pero acababa de cerrar los ojos el último de estos monarcas excelentes, aun no reposaba en los mármoles de sus predecesores y ya caia aquel imperio todavía dilatadísimo, todavía inagotable de oro, en una postracion y abatimiento cual los en que vamos inmediatamente á presentarlo. Y era que á un monarca celoso, valiente ó sabio, sucedia otro descuidado é inepto que por sí ó por un valido, lleno de ambicion y sin otros recursos que los de la lisonja, deshacia la obra del primero. El país no oponia obstáculos á las operaciones de aquel, pero tampoco ponia freno, ni podia dar consejos siquiera, á la incuria y la ineptitud del segundo.

No creemos pecar de exageracion al decir que un año despues de la muerte de Cárlos III habia desaparecido España de la lista de las grandes naciones de Europa.

Lanzado del poder el conde de Florida-Blanca, experto en el arte de gobernar, pero intimidado con las innovaciones que se iban introduciendo allende el Pirineo; y destituido tambien, al poco tiempo de su elevacion al ministerio, el conde de Aranda, «mas »firme que diestro, mas arrojado que prudente,» y acusado en la córte de afecto á los principios que la Revolucion proclamaba en Francia, se encargó don Manuel Godoy de la direcion de la cosa pública. Jó-

ven y como tal sin experiencia alguna, sin las dotes del talento y de una educacion propia para los fines á que le arrastraba el destino, ¿cuál era la política que habia necesariamente de seguir? No hay mayor enemigo de la energía que la ignorancia, y el duque de Alcudia, infatuado con el encumbramiento repentino que llevaba á sus salones lo mas selecto de la córte, y seguro de la proteccion real, se entregó á la política mas fácil, aun cuando la mas perniciosa, la de las vacilaciones. Creyéndose hábil, y haciéndoselo creer así la lisonja que le rodeaba, aduló á su vez el poder y siguió siempre la estrella del mas fuerte, al menos del que le amenazaba de mas cerca. Guiábanle buen deseo y sana intencion; ¿quién á su edad y en posicion como la suya, no busca la gloria y en todo caso el modo de justificar su fortuna?; pero le faltaban medios, y el humo de la adulacion le impedia descubrir á los que podian guiarle por el tortuoso camino en que le habian hecho penetrar su engreimiento y la ceguedad de sus protectores.

Pacto de familia.

En paz ya con la Francia, el *Pacto de Familia*, si antes perjudicial, monstruoso y absurdo, volvió con la celebracion del convenio de San Ildefonso á surtir sus antiguos y naturales efectos. En interés de una dinastía que, concitando las iras de toda Europa por su política ambiciosa y agresiva, tenia á la Francia exhausta, sin ejércitos ni armada, Cárlos III entregaba para una lucha interminable los tesoros y los buques que tanto habia cuidado de allegar su predecesor. Pero si en 1761 se podia disculpar tan funesto convenio con la fuerza de la sangre y el orgullo característico en el soberano español, ¿cómo hacerlo en 1796,

cuando al reanudar las mismas relaciones de amistad, se hacia con los que habian arrastrado al patíbulo al monarca, al pariente, al jefe de la familia, en cuyo favor y obsequio se habia celebrado antes? Solo era posible por el deseo de la paz interior, solo por el del libre y tranquilo ejercicio de un poder que, como fundado en el favor, recibiria rudos embates entre la agitacion de luchas que era regular vinieran á interrumpir los goces del mando y la satisfaccion de aquel mismo favor y valimiento (1). La guerra tendria lugar en los mares, cuando mas en las colonias; y, cualquiera que fuese la suerte de las armas, ni España debia temer por su independencia ni Cárlos IV por su corona. El príncipe de la Paz descubria mayores y mas inmediatos peligros en la continuacion de la guerra con la República, de la que podia resultar cuando menos su propia desgracia. La Francia no pedia mas que dinero y buques para combatir á la Inglaterra, y aun cuando no abundaria aquel, interceptado el camino de las Américas, su falta podria suplirse con el crédito no escaso todavía, y la ruina de la marina no significaba la del país, privado no pocas veces de tan poderoso elemento.

Errores de Godoy.

No tardó en dejarse sentir el triste influjo de la paz de Basilea, y sobre todo, del tratado de San Ildefonso. Eran inmensos los sacrificios que imponia tan largo pelear con la Inglaterra y, para soportarlos, fué necesario desatender las necesidades mas perentorias

(1) «Nuestra paz interior, dice el príncipe de la Paz en sus *Memorias*, casi imposible de conservarse en aquel tiempo sin estar en »paz con la República, era un motivo poderoso de interés, para optar por su amistad entre ella y la Inglaterra.»

del servicio interior de la Península. Si el descubrimiento de las Américas habia producido el abandono de la agricultura y de la industria en España, la paralizacion del comercio con tan ricas posesiones, sin aprovechar para nada á aquellos ramos de la riqueza pública, consumó la ruina del país. Once millones de habitantes en un territorio abundante de cereales y caldos, así como de las producciones mas estimadas para el establecimiento de industrias de todas clases, necesitaban importar en grandes cantidades aquellos mismos géneros, cuya exportacion parece ser muy considerable; y privados del numerario que ó no salia de nuestras colonias, ó caia en poder de los ingleses, se vieron pronto víctimas de las mayores privaciones y, en años, hasta de la miseria mas espantosa.

El gobierno no cuidaba, y hay que reconocerlo, no podia cuidar del remedio eficaz de estos males. Los españoles han vivido en una constante tutela; hoy mismo con instituciones libres parecen solicitarla de sus gobiernos hasta en sus operaciones mas triviales, sin poder desechar la indolencia para cuanto no toca á sus sentimientos mas íntimos; y el príncipe de la Paz, por buenos deseos que abrigara, ni tenia recursos materiales, ni los que el genio exhibe, para compensar en España las consecuencias de una guerra marítima. No desconocia Godoy del todo tamaños perjuicios, y trató algunas veces de corregir sus anterioriores yerros; pero con tan triste fortuna, que lo mismo en 1801 al hacer la paz con Portugal, que en 1806 al dar á luz su famosa proclama del 6 de octubre, no logró mas que aumentar el mal, si esto era posible.

Los republicanos franceses y Napoleon comprendian que no podia ser duradera una alianza basada en su solo interés y no en el de España, y, para no temer las veleidades del gobierno español, le privaban de cuantos recursos le eran necesarios para prepararse á la resistencia el dia en que se viera obligado á intentarla.

A la campaña de 1795 siguió el desarme, y tan desatendidos quedaron los ramos todos de la administracion militar que, cuando en 1801 fué necesario aprestar un ejército para la invasion de Portugal, iba este de tal modo desprovisto, que un aguacero *inhabilitó la pólvora, dejó las tropas desnudas y las armas en estado preciso de rehabilitarse* (1).

Admiró, sin embargo, á Napoleon el que pudieran reunirse en España 40,000 hombres, aun siendo para empresa de tan corto desempeño. Dedicóse, en consecuencia, á debilitar mas y mas á su aliada y, no satisfecho con sobrecargarla de subsidios de no fácil realizacion por efecto de la guerra con los ingleses, la arrebató una parte considerable de sus tropas para llevarlas primeramente á Italia y despues á Dinamarca. El pago de los subsidios y el mantenimiento de un ejército numeroso se excluian necesariamente en la situacion de España, y el príncipe de la Paz, interesado por su doble cargo de ministro y generalísimo en el lustre del ejército, ya que por sus errores políticos y la falta de recursos, su consecuencia inmediata, no podia sostenerlo en el pié de guerra que

(1) Así lo dice una carta de Godoy dirigida á la reina desde Badajoz en 18 de mayo de 1801.

exigian las circunstancias, hizo cuanto le fué posible para darle consideracion, reformando algúnos abusos, introduciendo organizaciones ya necesarias y conservando no pocas y antiguas ventajas á las diferentes clases de la milicia. La nacion veia en Godoy, y no sin fundamento, el orígen de muchas de sus desgracias, la causa quizás única de su ruina ya inminente; pero, preciso es reconocerlo, el ejército le debia muchos cuidados y proteccion no escasa. Sea por inclinacion natural, ó porque los reyes vieran en derredor suyo el lujo y el bienestar que en nadie podian admirar de mas cerca que en las tropas, lo cierto es que estas fueron objeto de una predileccion especial de parte del generalísimo.

Ejército español.

Componíase el ejército activo en principios de 1808 de 87,201 infantes y 16,623 soldados y oficiales de caballería con 10,960 caballos, comprendiéndose en una y otra arma 6,971 artilleros y 1,223 ingenieros. Las milicias provinciales constituian la reserva, compuesta en aquella época de un total de 32,418 hombres, y aun habia milicias urbanas y cuerpos de inválidos hábiles que tenian la comision de mantener el órden en algunas localidades ó servir de guarnicion en ciertas y determinadas plazas de guerra.

El ejército activo se dividia en tropas de casa real, regimientos de línea ó ligeros y cuerpos especiales de artillería é ingenieros.

Guardia real.

La Guardia Real contaba, además de tres compañías de Guardias de Corps y una de Alabarderos, destinadas al servicio interior de Palacio, un regimiento de infantería española, otro de infantería wallona y seis escuadrones de Carabineros Reales. Los regimicntos

tenian tres batallones de á seis compañías cada uno, y de los escuadrones de carabineros, cuatro eran de línea, y ligeros los otros dos que daban la guardia de honor al generalísimo. Con decir que los coroneles y comandantes de estos cuerpos eran tenientes generales y mariscales de campo, se comprenderá la consideracion que se habia querido dar á la Guardia Real, creada al advenimiento de la dinastía Borbónica en España (1).

Si el personal de tropa era escogido no lo era menos el de la oficialidad, en la que se reunia lo mas noble y esclarecido de las armas generales, salvo algunas excepciones que, no solo entonces, sino siempre, han logrado introducir el favor y la intriga. La guerra de la República habia dado gran reputacion á la Guardia Real, pnes se la habia visto combatir en los puntos de mayor peligro, siempre disoiplinada, impertérrita en todas ocasiones y, aun quedando en cuadro, sin ceder una pulgada de terreno cuando de hacerlo creia crromprometer la suerte del ejército.

Infantería. La infantería de línea constaba de treinta y cinco regimientos españoles y diez extranjeros, de los que los cuatro primeros, Irlanda, Hibernia, Ultonia y Nápoles, tenian como los Wallones el mayor número de sus soldados españoles y se consideraban como parte integrante de nuestra infantería veterana. No asi los seis regimientos suizos cuyo alistamiento y reemplazo se verificaban en la confederacion Helvética.

Todos los regimientos de línea españoles, y los

(1) El coronel del regimiento Walon en 1808 era el capitan general príncipe de Castel Franco.

cuatro extranjeros anteriormente nombrados, contaban tres batallones de á cuatro compañías, de las cuales dos eran de granaderos en el primer batallon y las demás de fusileros. Aun no se habian establecido las compañías de cazadores, pero en cada una de las que componian los batallones de línea habia, á la manera de los actuales soldados de distincion, ocho escogidos que, con el nombre de tiradores, seguian á sus respectivos cuerpos en todas las maniobras de guerra, haciendo de descubridores en las marchas y sosteniendo las retiradas (1).

Los regimientos suizos tenian dos batallones tan solo, y cada uno de estos seis compañías, de las que una era de granaderos.

Los regimientos de infantería ligera eran doce, que constituian otros tantos batallones de á seis compañías todas iguales.

Esta organizacion, dictada por un espíritu de economía, tanto mas laudable cuanto que permitia mejorar la suerte de todas las clases militares, pobremente dotadas hasta entonces, respondia á la vez á principios que si no nuevos, pues que se practicaban en Francia, eran sí muy adecuados á la situacion que trabajosamente iba atravesando el país.

A pesar de haberse firmado recientemente la paz con Portugal y de estarse ajustando la de Amiens, que parecia dar fin á la era belicosa de la Revolucion, los mas confiados debian comprender que no sería larga, no siendo, como no podia ser, sincera por ninguna

(1) Así lo prescribe el reglamento para la organizacion de la infantería de 26 de agosto de 1802.

de las partes mas interesadas en la anterior contienda. La Francia no se hallaba ni definitiva ni sólidamente constituida. La dictadura que en ella se ejercia necesitaba otra forma mas permanente y capaz, por su independencia de la iniciativa y el vigor, que necesitaba el genio para el desarrollo de sus concepciones. Y como siendo inminente una trasformacion de gobierno que reuniese una gran parte de las opiniones hostiles ó recelosas respecto á las veleidades anteriores y á la interinidad actual, los enemigos de la Francia temian ver consolidados en ella el principio de autoridad y acaso una dinastía nueva que aseguraran las recientes conquistas, buscarian motivos y, cuando no, pretextos para, debilitar la que nuestros vecinos del Pirineo, empezaban á llamar la *gran nacion*.

Estando, pues, para firmarse la paz de Amiens, se hallaba ya la Europa preparándose para nuevas luchas, acaso mas dilatadas y sangrientas que las que se fingia querer olvidar en aquel célebre tratado.

Por otra parte, la guerra de Portugal habia mostrado los defectos de nuestra organizacion militar. Habíase reunido en el Alem Tejò casi todo el ejército español disponible en aquella época; pero puede decirse que en destacamentos, pues no otra cosa representaban los cuerpos de infantería, compuestos de dos batallones al pié de paz y mermados por las bajas que producian la penuria del tesoro y la confianza de que aquella no se turbaria sin un cambio improbable en la política española. Los regimientos de tres batallones ofrecian, ademas de una economía notable, la gran ventaja de que puestos los dos primeros de

cada regimiento en pié de guerra con fuerza suficiente para entrar en campaña, quedaba el tercero como de depósito para la instruccion de los reclutas con que habian de reemplazarse las bajas. Era la organizacion francesa con todas sus ventajas y sin los inconvenientes de un número excesivo de batallones que, ni eran necesarios en España, ni otro que Napoleon podia mantener organizados y con espíritu de cuerpo. Como el objeto preferente era el de tener cuadros, la reduccion de las compañías á cuatro en cada batallon, no podia ser mas acertada, y con ella se conseguia además un equilibrio en las clases que hacia mas rápidos los ascensos de una á otra, y mas fácil, de consiguiente, á la de jefes, empleo que se consideraba por encima de las aspiraciones de la generalidad de los oficiales.

Los regimientos de infantería ligera se encontraban en distintas condiciones. Un batallon suelto necesita encerrar en sí mismo todos los elementos para ser bastante fuerte en campaña y reemplazar las muchas bajas que la fatiga y las balas causan siempre en la infantería. Por eso debe tener un número de compañías mayor que el de los batallones de línea y el de seis era suficiente y propio del instituto.

Si elogios merece la organizacion dada á la infantería en 1802, no deben tampoco escasearse á la que obtuvo la caballería por su reglamento de 30 de enero de 1803, aun cuando no fuera perfecta en sus detalles. Caballería.

Con la fuerza de diez y seis regimientos de á doce compañías que existian organizados en la campaña de 1795, se crearon veinte y cuatro de á cinco escuadrones con dos compañías cada uno.

Habíanse suprimido los dragones tan en boga en Francia y tan necesarios en un país montuoso como el nuestro, en que el ginete puede verse muchas veces obligado á combatir á pié; pero dos años despues, los ocho primeros regimientos de la caballería ligera recibieron el armamento de los dragones y un uniforme adecuado á su nuevo instituto. Consecuencia de esta variacion fué la de los regimientos de cazadores, cuyo número se redujo al de dos, y al de dos tambien el de los húsares; de modo que en 1808 la caballería española constaba de doce regimientos de línea, ocho de dragones, dos de cazadores, y dos de húsares, con un total de ciento veinte escuadrones, y la fuerza que anteriormente hemos consignado.

Un paso mas, el de convertir las dos compañías del escuadron en una sola, y el reglamento de 1803 seria el que hoy rige á propuesta de los generales mas entendidos de nuestro tiempo. Porque con los cuatro escuadrones, el regimiento, ó no puede presentarlos en campaña, ó se ve obligado á disminuir el número de las secciones de cada uno de ellos, en lo que se comete un error mas grave aun. Acaso mas que la infantería necesita sus depósitos la caballería, y mal puede tenerlos esta arma sin un quinto escuadron que en la paz pueda ocultar las bajas naturales en los regimientos y reemplazar las frecuentes y numerosas de la guerra con hombres y caballos hábiles é instruidos.

Habia degenerado sensiblemente la raza caballar en España, y aun cuando oficiales tan entendidos como el marqués de Casa Cagigal y el general Freire trabajaban sin descanso por mejorarla y aumentar el

número de los caballos, la escasez de fondos, la ignorancia de los labriegos y el mal entendido interés de los criadores, hacian inútiles esfuerzos tan generosos. Así es que, ni la caballería de línea estaba convenientemente montada, ni el arma en proporcion de fuerza con la de la infantería, segun las ideas admitidas entonces. En cambio, la caballería ligera era excelente y algunas veces nuestros cazadores lograron resistir y aun vencer á los impetuosos y aguerridos de los franceses. La ligereza y resistencia de los caballos, no acostumbrados á mucho regalo y sí á la gran fatiga que exigia su movilidad en un terreno como el peninsular, los hacia incansables; y el dia en que iban dirigidos por un general experto, los ginetes podian demostrar el arrojo que cualesquiera otros de Europa. Lo que necesitaba la caballería española era una eleccion atinada para la recluta de sus hombres en las diferentes provincias del reino, y soldados y caballos la educacion que hace al ginete dueño del bruto para convertirlos en un solo elemento poderoso para la guerra.

Artillería é ingenieros.

Los cuerpos que mas habian ganado con la administracion del príncipe de la Paz eran los de artillería é ingenieros. El primero habia obtenido una constitucion nueva, aumentos no insignificantes en su personal é institutos, y progresos considerables en su material: el segundo, abandonando su carácter de Plana Mayor á que se veia reducido, habia alcanzado la creacion de un regimiento que ejecutara los trabajos encomendados á la inteligencia de sus oficiales. El impulso venia de antes en la artillería, comunicado por los condes de Gazola y Lacy y sobre todo por la

sabia iniciativa del general Morla, la antorcha de los artilleros hasta nuestros últimos tiempos; pero aconsejado por éste y otros oficiales de mérito, el Generalísimo que miraba el cuerpo con predileccion, lo encumbró á un grado muy alto entre las demás armas.

Desde 1792, en que se introdujo para nuestra artillería el sistema Gribeauval que tanta oposicion habia encontrado en Francia, las fundiciones y maestranzas estaban ocupadas en el moldeo de las piezas y en la construccion del carruaje del nuevo modelo. No mucho despues la experiencia de la guerra con la República, hacia crear nuevas fábricas de armas y de municiones á distancias considerables de la frontera; reducíase el número de las de pólvora para poderla hacer igual en todas; y se organizaban las baterías á caballo, formadas por nuestros oficiales en Buenos Aires, antes que la Francia pensara introducirlas en sus ejércitos. Pero lo que puso el sello á los adelantamientos que experimentaba nuestra artillería, fué la publicacion de las ordenanzas de 2 de julio de 1802. Mas que un reglamento de organizacion y del servicio del arma, son un tratado completo de artillería, que al señalar las máximas mas importantes de la ciencia y los métodos mas aventajados para llevarlas á una práctica feliz, revelan el estado de esa misma ciencia en aquella época y la sabiduría y pericia de los autores de obra tan acabada y perfecta.

La artillería peninsular constaba en 1808 de un Estado Mayor afecto á la persona del Generalísimo, cuatro regimientos de diez compañías cada uno y, entre las cuarenta, seis de á caballo, diez y siete compañías fijas que hacian su servicio en las plazas

de guerra, y cinco de obreros para el de los parques y maestranzas. A estas fuerzas que, segun ya hemos dicho, componian un total de 6,550 artilleros, oficiales y soldados con 317 caballos, hay que agregar la division destinada al Norte, la cual constaba de 24 oficiales y 455 artilleros.

Formaban el cuerpo de ingenieros 173 jefes y oficiales, entre los que son de contar los de dotacion del regimiento de zapadores-minadores, compuesto de 1,049 hombres de todas las clases de tropa, de los que 127 con 5 oficiales, se hallaban tambien en Dinamarca.

Creado en 1711, el cuerpo de ingenieros habia visto, entre las atribuciones de otros mas antiguos, las que en buena y bien entendida organizacion no podian menos de competirle exclusivamente. Los puentes, las minas y hasta las baterías de campaña eran, en sus construcciones, obra de los artilleros, y en España, lo mismo que en el vecino Imperio y en otros ejércitos, los ingenieros eran los arquitectos militares, pero teniendo que buscar sus obreros en otros institutos no instruidos suficientemente para el objeto especial de aquel cuerpo. La creacion del regimiento de zapadores-minadores, no lo perfecta que fuera de desear, sacaba, sin embargo, á los ingenieros de la dependencia en que se hallaban para su servicio práctico; pero en lo que mas brillaron entonces fué en la enseñanza teórica de las armas generales que les estaba confiada, y posteriormente en la formacion de los Estados Mayores de que fueron la parte mas inteligente y apta (1).

(1) Véase el apéndice núm. 9.º con el estado general del ejército español.

No correspondian las demás instituciones á la organizacion de las tropas, como se conoce que no podian igualar los medios del gobierno al deseo, presumible, en él de ofrecer al país y á los extraños un estado militar respetable.

Reemplazo. Tres eran los procedimientos en uso para el reemplazo del ejército; el del enganche voluntario, el de la quinta y el de las levas. Nada mas natural que la recluta voluntaria, muy conveniente dentro de ciertos límites y con no muy ámplias condiciones. Pero apagada, y no poco, en los españoles la aficion á la vida de campamento y de aventuras, genial en nuestros antepasados, se habia llevado á tal exageracion el número de los banderines y el celo de los reclutadores, que repugna la observacion de los medios bochornosos á que se acudia para atraer los mozos á los regimientos. Las tabernas eran el cuartel general del banderin, y el vino ó la satisfaccion del juego ó de caprichos brutales los alicientes y los lazos con que se arrancaba la juventud al amor y á la paz de la casa paterna. No era solo en España donde se recurria á tales medios para aumentar las filas del ejército; pero no por eso debe disculparse en un país tan vehemente como el nuestro, en el que acaso por esta misma circunstancia se ha continuado hasta hace poco en el mismo reprobado sistema para la recluta de Ultramar.

No se diferenciaba mucho en sus resultados la recluta forzosa por medio de las levas. Si en estas caia lo mas abyecto y criminal de las poblaciones tropezando en las redes tendidas por la policía, no era lo mejor de cada casa lo que se enredaba en las se-

ducciones groseras de la soldadesca, que con rara profusion se esparcia por los pueblos y aldeas en busca de servidores del Rey y del Estado, que, ya en las filas, necesitaban el empleo de todo el rigor de la ordenanza para instruirlos y sujetarlos.

A lo que no llegaban la recluta voluntaria y las levas, ocurria la quinta, regularizada en el real decreto de 27 de octubre de 1800, mejorando notablemente las ordenanzas de 3 de noviembre de 1770 y su adicional de 17 de marzo de 1773. El objeto de la modificacion habia sido el de aliviar en algo la carga de la quinta que pesaba en su casi totalidad sobre los labradores, sin que las exenciones concedidas á varias otras clases, y con particularidad á las de obreros, hubieran producido los frutos que se esperaban en la industria, ni en general para la prosperidad del país. Algo se adelantó con el nuevo decreto en el camino de la justicia y de la igualdad para el repartimiento de carga tan grave; pero al estudiar aquella ordenanza y observar el número y la calidad de los exentos, se comprende lo difícil que seria obtener de los pueblos los cupos correspondientes con todas las condiciones necesarias para un reemplazo equitativo y útil. Así es que en el artículo 18 del reglamento de 26 de agosto de 1802 para la organizacion de la infantería, se mandaba que siempre que hubieran de ponerse sobre el pié de guerra algunos regimientos de línea. los de provinciales diesen la fuerza necesaria para efectuarlo. Esta medida, resultado de una triste experiencia en la guerra de la República que habia hecho modificar la ordenanza de reemplazo, era á su vez un error de no corta trascendencia. Porque ó era necesa-

rio destinar á los cuerpos, compuestos generalmente de hombres de una misma provincia, soldados de milicias de la misma ó se introducia en cada regimiento, no una mezcla general que en nada daña ni al espíritu nacional ni al de cuerpo, sino un antagonismo tanto mas pernicioso cuanto que era de dos ó tres colectividades en un país siempre dividido por disensiones inveteradas de reino á reino y de provincia á provincia.

Cuestion es esta muy antigua y muy debatida; pero de las que en su resolucion no admiten términos medios; ó la mezcla y confusion de todas las provincias en cada cuerpo, y es lo que creemos mas conveniente en las filas del ejército activo, ó la reunion de los de cada provincia en uno ó varios regimientos, que constituye tambien un sistema con sus ventajas y defectos. Lo que es inadmisible de todo punto, es el presentar una al lado de otra dos provincias acaso dispares en índole y costumbres, pues que, en vez de emulacion y noble empeño de rivalidad, se establecerá un principio de discordia perenne, un gérmen permanente de disensiones y de indisciplina, sin ninguna de las ventajas inherentes á cualquiera de los otros sistemas.

Educacion de los oficiales. En la educacion de los oficiales y en la instruccion de las tropas, se habia caminado de ensayo en ensayo y de consiguiente innovando con una frecuencia lamentable.

Antes de 1790 habia academias para cadetes y oficiales de milicias en Oran, Ceuta, Puerto de Santa María, Ocaña y Barcelona. No era buena la situacion de la mayor parte de ellas, ni la educacion podia ser

igual como es conveniente. Redujéronse, pues, en 14 de enero de aquel año á solo tres, establecidas en Cádiz, Zamora y Barcelona, en las que por órdenes posteriores se admitieron algunos paisanos en concepto de alumnos. Pero iniciada la guerra de la República en 1793, se creyó sin duda que eran mas necesarios los brazos que las inteligencias y, destinándose todos los cadetes á cuerpo, se cerraron las academias para no abrirse hasta 1795 despues de ajustada la paz y de convencerse el gobierno del grave error que habia cometido. Sino en la escala que en el sistema anterior á 1790 se tocaban en las tres academias de Cádiz, Zamora y Barcelona los mismos inconvenientes de falta de homogeneidad en los estudios, y no pocos generales encontraban en la constitucion de ellas el defecto de que se pervertia la juventud con la demasiada libertad de que gozaba en ciudades tan populosas. Renovábase la antes y despues tan debatida cuestion de colegios ó academias, y el gobierno, siguiendo lo que bien pudiera llamarse espíritu de la época, optó por el primero de los dos sistemas, pero sin que llegase á realizarlo á pesar de haberse extendido y circulado las órdenes correspondientes con fecha de 22 de mayo de 1797. Sea que por temor á nuevas invasiones por la parte de Cataluña ó de que la guerra con la Gran Bretaña hiciera probable un ataque á la plaza de Cádiz, bien porque con el nuevo siglo vinieran nuevas ideas, en 1805 se refundieron las tres academias en una sola, ampliacion de la de Zamora, donde fueron á reunirse los alumnos de todas, excepto los que manifestaron su propósito de estudiar la ciencia del ingeniero, para quienes se estableció una

escuela especial en Alcalá de Henares. Era tal, sin embargo, el número de los que acudian á Zamora que, creyéndose excesivo, se redujo al de sesenta, repartidos segun el que queria señalarse á los diferentes institutos de las armas generales.

Los estudios duraban diez y ocho meses y consistian en aritmética, geometría, fortificacion permanente y de campaña, castramentacion y nociones de artillería y de dibujo topográfico. Concluidos los cursos, los cadetes que no optaban por examinarse en Alcalá para ser ingenieros iban á practicar el servicio en los cuerpos de infantería y caballería.

Esto no obstaba para que se continuase observando el antiguo método de instruir á los cadetes en los regimientos, bajo la direccion de sus maestros especiales, método tanto mas incomprensible en un país en que era necesario extraer el escaso número de los profesores para las academias del órden civil ó de la Iglesia. Sin detenernos en un sistema que con universal admiracion se ha seguido en nuestro ejército hasta estos últimos dias, y concretándonos al de las academias, fácil es de comprender que no podia ser muy sólida la instruccion de los oficiales con tantas variaciones así en las localidades como en los sistemas de enseñanza. Variaban á cada momento los jefes de los establecimientos á efecto muchas veces de intrigas de la política, y los profesores, unas veces militares y otras paisanos ó eclesiásticos, se encontraban imposibilitados de acabar un estudio profundo y útil sobre las materias que habian de explicar á sus alumnos.

Para concluir copiaremos una parte del discurso preliminar en que el erudito traductor de la obra del

prusiano Gaudi sobre la *Instruccion dirigida á los oficiales de infantería*, demuestra cual era la de los de nuestro ejército, así como las esperanzas que hacian concebir los nuevos proyectos del príncipe de la Paz en 1806. «La superioridad, dice, convencida de »cuantas verdades acabamos de exponer, ha presen»tado ya á el público el plan de los nuevos colegios »militares, cuyo establecimiento va á asegurar para »siempre el lustre del ejército español; el digno jefe »que revestido de la confianza del rey, ha tomado á »su cargo la organizacion de todos los ramos de la »milicia, superior á las dificultades que presenta esta »árdua empresa, todo lo ha zanjado, y camina á fina»lizarse tan grande obra. Los medios, dice despues, »que se han tomado para la nueva organizacion del »ejército aseguran resultados ventajosos é importan»tes para lo sucesivo, y responden del grado de ins»truccion suficiente que llegarán á adquirir los ofi»ciales de todas armas, pero los progresos serán len»tos, y el tiempo solo puede madurarlos. La especie »de descuido que se ha tenido hasta ahora en la ins»truccion de la oficialidad de la infantería, no sumi»nistrándola los conocimientos auxiliares de todos los »diversos ramos de la ciencia militar, como son la »aritmética, geometría, álgebra, diseño, etc. es causa »de que no sea fácil publicar obras que estén á su al»cance, y de que puedan sacar fruto; pues para los »que carecen de estos principios en cualquiera idioma »en que estén, serán desconocidos.»

No obstante, la circunstancia de ser casi todos los oficiales miembros de las familias mas distinguidas del país, los hacia aparecer dotados de educacion tan

escogida que no es extraño que un jefe de infantería, don Angel Arenal, autor de un *Sistema militar* en 1820 y partidario vehemente de las ideas constitucionales, creyese muy superior la oficialidad de 1808 á la de aquella época de libertad y de igualdad civil.

Escritos militares.

Nada revela el grado de instruccion de un ejército y el amor á la carrera en sus individuos, como el número de los escritos militares. Quien tiene base en estudios, siquiera sean tan solo medianamente profundos, y se siente con fuerzas para arrostrar la severidad de la opinion, tiende, ya que no á lucir sus conocimientos, á esplayar su ánimo, como el poeta y el músico al exhibir sus versos ó sus cantos, mas que para satisfacer su amor propio, da al aire sus querellas ó sus alegrías para desahogar con ellos su corazon. Este pensamiento podrá parecer á algunos una disculpa paradójica, y, sin embargo, es una verdad, aunque indemostrable, de una grande exactitud.

Ahora bien; podrá ser cierto que el príncipe de la Paz protegiera y aun remunerase toda clase de publicaciones y entre ellas las militares; pero tambien lo es que en el tiempo de su mando fueron muy raras las originales que vieron la luz y no muchas las traducidas del francés ó del aleman. Creemos haber examinado la mayor parte de ellas; tenemos en nuestro poder algunas mas de las que cita Godoy al defender su administracion y, sin embargo, al observar lo que habian producido las guerras de Federico II en elucubraciones puramente militares, y lo que debia producir la revolucion que respecto al arte de la guerra estaba operando el emperador Napoleon, se comprende cuan escasos frutos daba en España el

protectorado del Generalísimo y la enseñanza de las academias donde, por el estudio de las obras elementales y los consejos de los profesores, empieza á adquirirse la aficion á trabajos mas grandiosos y de mayor trascendencia. *El Honor militar*, *los Ensayos políticos científicos y militares y el Espíritu del sistema moderno de guerra*, son obras apreciables sin duda, y la primera y la última encierran no pocas ideas nuevas que de haberse aceptado, no censuras, sino elogios y abundantes mereceria la educacion de nuestro ejército en aquel tiempo; pero tres ó cuatro mas, y no de gran mérito, completan el repertorio de las originales escritas por entonces. Las traducciones son mas numerosas y como es natural se refieren á obras clásicas antiguas y aun á algunas modernas de comun ó inmediata aplicacion; pero fuera de la de Gaudi ya citada y de la *Instruccion destinada á las tropas ligeras*, ambas ejecutadas, como el *Honor militar*, por oficiales de los cuerpos facultativos, no mereceria casi ninguna mencion especial, sino fuese por el motivo que ahora las trae á la memoria.

En los últimos años, esto es, de 1805 á 1808 mejoró indudablemente la educacion, á cargo ya de los ingenieros que se habian propuesto formar oficiales instruidos y hasta en condiciones de resistir el severo exámen que exigian sus compañeros de cuerpo en Alcalá; pero las primeras operaciones de la guerra iniciadas en Castilla llevaron á los alumnos y profesores á los campos de batalla, disolviéndose por sí misma, como dice un escritor militar, la escuela de Zamora. Igual suerte cupo á la de ingenieros y á la ya antigua y tan acreditada de Segovia,

cuyo profesorado habia obtenido muestras muy honoríficas de distincion, de parte de las corporaciones mas sabias de Europa por sus trabajos científicos, que, al decir del *Diario de Ciencias de París*, «revelaban los extensos conocimientos que poseian los oficiales de la artilleria española en la teoría de esta arma (1).»

Todos estos colegios y academias fueron mas tarde á buscar su asiento en otros puntos libres de la accion de los ejércitos franceses, segun iremos viendo al reseñar las nuevas organizaciones de nuestro ejército á consecuencia de la guerra.

Instruccion táctica.

La instruccion de las tropas adolecia del mismo carácter de vacilaciones y de interinidad que tanto perjudicaba á la de los oficiales. Se sentia la necesidad de ir á la par en los adelantamientos del arte con los que un dia podrian convertirse en enemigos, y así como antes se buscaba en Prusia el estudio de las organizaciones y la táctica, ahora se dirigia toda la atencion á la Francia, cuyos triunfos debian consistir tanto en sus métodos militares como en el genio de su Emperador. No se quiso, sin embargo, copiar á ciegas, y se formaron en ocasiones campos de maniobras en que se ensayasen las variaciones que pudieran introducirse en los sistemas tácticos que se iban á imitar.

Los *acantonamientos de instruccion* en Extremadura á fines de 1796, sea el que fuese el motivo de su formacion, pudieron producir resultados importantes. El general don Benito Pardo Figueroa, mate-

(1) Número 114 correspondiente al 24 de abril de 1806.

mático profundo y oficial experimentado, y su mayor general don Francisco Eguía que pasaba por táctico excelente, encontrando en los reglamentos franceses de 1793 los mismos prusianos que formaban la base de la instruccion en España, pero notablemente simplificados y con mejoras en su aplicacion práctica, se decidieron á trasladarlos al castellano, no sin introducir alguna novedad en los fuegos y varias consideraciones sobre la direccion mas conveniente y eficacia probable de ellos.

El marqués de Casa Cagigal, á quien se habia dado el mando de una brigada de caballería, tradujo tambien la táctica francesa de 1788, variando algunas evoluciones y estableciendo la escuela parcial de guias, desconocida hasta entonces, y los desfiles por cuatro que el reglamento francés prescribia por tres.

Aquellos, sin embargo, que debian considerarse como adelantamientos notables en un ejército entregado al mayor desórden y á la mas absoluta arbitrariedad de los jefes de cuerpo en punto tan trascendental del arte de la guerra, no pudieron tomarse sino como ensayos mas ó menos acertados, porque, disueltos *los acantonamientos*, «sirvieron antes bien á introducir la mas extravagante discordancia en los ejércitos, en términos de que las evoluciones y voces de mando eran distintas entre los batallones de un mismo regimiento, segun que habian asistido ó no á la escuela de Extremadura (1).»

---

(1) *Historia de la guerra de España contra Bonaparte* por la comision de jefes y oficiales, 1818. El mismo príncipe de la Paz dice á propósito de esto. «Los que habian aprendido segun las nuevas reglas, no por esto las dejaron, resultando el doble mal de que amen-



Nuevos campos de instruccion establecidos no mucho despues de la disolucion de los de Extremadura en Vallecas y los Carabancheles, demostraron la excelencia relativa de los trabajos de Pardo Figueroa y de Casa Cagigal, á punto de mandarse que las tropas de infantería y caballería ya amaestradas en los métodos nuevos que aquellos habian escrito, aunque no publicado todavía, pasaran á Aranjuez, donde SS. MM. presenciarian los ejercicios y las maniobras que ejecutasen. Pero así como el desvanecimiento de los recelos que infundia la política del gabinete de Lisboa habia producido la disolucion de *los acantonamientos*, del mismo modo una intriga palaciega, urdida por el ministro Caballero, enemigo de las asambleas militares, causó con la destitucion de Pardo Figueroa y el destino de Casa Cagigal, primero á Almagro y despues á la Coruña, el abandono de las reformas tácticas y el trastorno á la antigua escuela prusiana de 1768.

Continuaron, pues, el desórden y el capricho de los coroneles, hasta que en 1806, al partir la division expedicionaria de Etruria, y en 1807 al emprenderse la invasion de Portugal, creyó el gobierno que nuestras tropas debian mostrar su instruccion igual á la de los franceses, y se mandó que la infantería observara en sus maniobras el reglamento del general Pardo Fi-

»guada y hecha casi nula la instruccion de oficiales y soldados, unos »cuerpos maniobrasen á la antigua y otros á la moderna, nueva suer»te de embarazo que nos habria traido gran quebranto en la guerra »de Portugal, si la hubiésemos habido con otros enemigos mejor »alicionados ó mas fuertes.»

Y decimos nosotros ¿por qué no puso él despues remedio á tal desórden?

gueroa. Esto revela la asiduidad con que así las tropas españolas estacionadas en las orillas del Elba, como las que guarnecian las provincias portuguesas, se dedicaban al estudio y ejercicio de las maniobras, tratando de ocultar á sus aliados la discordancia que existia entre ellas, tan extraordinaria, que en algunas paradas se habia visto á varios regimientos cargar el fusil de diferente manera.

Como en la educacion de sus oficiales, los artilleros aventajaban á las armas generales en la enseñanza de los ejercicios y maniobras á todas sus clases de tropa.

El reglamento de 1801 que, siendo director del arma el célebre general don José de Urrutia, dió á luz el teniente coronel don José Navarro Sangran, oficial despues del Estado Mayor del Generalísimo, era tan apropiado al nuevo material de artillería y tan completo y armónico en todas sus partes, que ha venido observándose hasta estos últimos tiempos, hasta que el sistema Gribeauval ha desaparecido de entre los de la Tormentaria en España.

Estado Mayor.

No habia en nuestro ejército un cuerpo de Estado Mayor, y las planas mayores que se organizaban para campaña, eran en un todo semejantes á las de Francia. Otro tanto sucedia respecto á la administracion militar, cuyo personal era entonces como ahora excesivamente numeroso, sin que esto evitara, ya por su defectuosa organizacion y por lo vasto y heterogéneo de sus atribuciones, bien por la escasez de recursos, el que las tropas al moverse de un punto á otro, no pocas veces en sus mismos acantonamientos y casi siempre que se preparaban para una campaña, careciesen hasta de lo mas indispensable.

Administracion.

La Europa toda imitando la organizacion francesa.

Al observar la descripcion de nuestro ejército activo de 1808, el lector habrá ido recordando la de las tropas francesas, y cuán semejantes eran ambas organizaciones, fundadas en idénticos principios y en bases casi iguales. Ni podia suceder otra cosa: la serie de guerras con que se habia amamantado y obtuvo su mayor desarrollo la Revolucion, era una escuela práctica que habia de dar sus frutos naturales en la organizacion y servicio de los ejércitos. Los beligerantes y mejor aun los neutrales, tenian puestos los ojos en aquellos soldados que de un armamento general y, como tal, informe y desordenado, sin jefes ni oficiales, pues los del antiguo ejército, como nobles en su mayoría, se hallaban en el campo de los enemigos, abandonados, puede decirse, á sí mismos y al instinto guerrero característico de los galos, habian pasado á mayor regularidad, á disciplina mas severa y á instruccion mas sólida que las de que ellos blasonaban. Los soldados de Montecúculi y del príncipe Eugenio, aun reproduciéndose con admirable profusion, eran vencidos úna y otra vez; los de Federico el Grande que habian sabido contrarestar, y siempre con fortuna, la coalicion de todas las potencias fronterizas á su nuevo reino, veian ahora á este sumido en la mas honda esclavitud tras dos batallas simultáneas; y la sólida infantería de los rusos se hundia hecha pedazos en la nieve de Eylau ó en las ondas del Alle. El secreto de tan graves desastres podia estar en el genio de sus enemigos, especialmente en el del gran capitan que habia aparecido entre ellos; pero aun así, éste, para ejecutarlos con la decision y éxito con que habian tenido lugar, debia haber empezado por orga-

nizar sus tropas, distribuir con propiedad sus diferentes servicios é instruirlas sólidamente. Todos, pues, fueron modificando sus instituciones militares á imitacion de las francesas, y España que habia traido de Berlin las fundamentales de su ejército por el vehículo del conde de Aranda y otros jefes entendidos, tendió á fortificar las suyas con la imitacion á Francia, que en otros tiempos mas felices habia copiado literalmente las nuestras.

Reserva, milicias provinciales.

No sucedia lo mismo en las reservas, españolas en su orígen y mas aun en su organismo. Las de las milicias provinciales era una institucion coetánea de la de los ejércitos permanentes, y se mantenia con el mismo espíritu monárquico y popular á la vez que los habia armado; pero caso extraño, dirigidas por la nobleza del país para cuya subordinacion habian sido creadas. Los reglamentos de 1734 y 1766 habian servido para corregir los defèctos de que adolecian las antiguas compañías y para asimilarlas á mas nuevas y mejor entendidas organizaciones de la fuerza armada. En 1808 ningun ejército de Europa tenia mejor reserva que las milicias provinciales.

Eran cuarenta y tres los regimientos todos de un solo batallon y ocho compañías, con los nombres de las capitales y poblaciones del distrito en que se reclutaban. Las clases de tropa procedian de una quinta especial muy distinta de la general del ejército, quinta en que no tomaban parte todas las provincias y en que era mucho mayor el número de los exentos: los oficiales y jefes, excepto el sargento mayor y los ayudantes, que pertenecian á la infantería veterana, eran miembros de las familias mas distingui-

das de los mismos distritos. Los soldados todos plebeyos, si se exceptuan los de Asturias y Laredo, servian diez años como para compensar los menos pero de mayor fatiga para que eran llamados á las armas los de los cuerpos del ejército activo, y los oficiales necesitaban tiempo determinado y servicios no comunes para obtener el carácter de veteranos, aun en empleos inferiores á los que desempeñaban en las milicias.

Poníanse estas sobre las armas al emprenderse una guerra ó cuando lo disponia el soberano por temor de ella ó de que se alterase el órden en la monarquía, y no era raro, hasta se hizo permanente, el reunir las compañías de granaderos de algunas provincias, en cuerpos que llevaban el nombre de ellas. En la época á que nos vamos refiriendo, estaban organizadas cuatro *divisiones ó columnas* de granaderos provinciales de á dos batallones, las de Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Andalucía y Galicia, fuerza que por su personal y espíritu era el orgullo, legítimo y laudable, de nuestra antigua reserva.

Milicias urbanas.

Constituian lo que pudiera llamarse segunda reserva, ciento catorce compañías de milicias urbanas destinadas á la guarda de las costas de Galicia, Andalucía y Granada y de la frontera de Portugal, cuarenta y una de inválidos hábiles esparcidos por todos los ámbitos de la Península, para retiro y comodidad de los veteranos no imposibilitados del todo para el servicio, y ochenta y cinco fijas, de las que dos eran de caballería de guarnicion en Ceuta, á quienes estaba confiada la custodia del sin número de fuertes y torres de costa que entonces cubrian las

fronteras, especialmente el litoral del Mediterráneo. Pero ni estas compañías estaban al completo de su fuerza, ni hacian el servicio con la regularidad y el órden convenientes; ni como tropas de guarnicion y de policía tenian la consistencia ni el espíritu necesarios. Solo las que presidiaban las fortalezas de Africa ofrecian alguna utilidad, y aun se toleraban á sus indivíduos tales abusos y demasías, que mas parecian tropas coloniales aun en peores condiciones que las rusas en tiempos de paz, que cuerpos que cada dia podian verse en el caso de combatir con los moros vecinos.

Consideraciones generales.

Las condiciones del ejército español revelaban con la mayor claridad las especiales del gobierno y la situacion á que este habia conducido al país. La organizacion de la fuerza activa era buena, excelente si se considera con relacion á aquella época; resultado de un buen deseo innegable y de la cooperacion de hombres que, mirando por el bien de la nacion y por el lustre del ejército, estudiaban, y no sin fortuna, los procedimientos inventados ó reproducidos en la guerra dilatada que iba sobrellevando la Europa. El espíritu era bueno bajo el punto de vista de la disciplina: el régimen monárquico, el doble prestigio de las clases mas elevadas de la milicia que solian serlo á la vez de la sociedad española, y la manera misma de los ascensos en las inferiores de oficiales, así como la conformidad de las de tropa por su misma constitucion y la política del Estado, tenian arraigada en el ejército la satisfaccion interior que tanto se le recomendaba en las ordenanzas de 1768, la duracion y mantenimiento de cuyas prescripciones fundamentales

las ha valido, y con razon, el dictado de *sabias*. Pero aquel ejército, respetado y considerado como se hallaba en la opinion general del país, necesitaba el movimiento que saca á luz el carácter y el talento de sus indivíduos, el que haciendo salvar las barreras que la sociedad entonces y siempre la justicia han levantado para los tiempos ordinarios y tranquilos, excita las nobles ambiciones y facilita y justifica su satisfaccion. Ese movimiento es la guerra, y desde la de 1793 á 95, esto es, hacia trece años que el ejército español, escuchando el estruendo de las batallas que iban igualando las clases en toda Europa por la comunidad del peligro y la elevacion del genio, descansaba sobre las armas en el abatimiento que producian la lenta pero constante ruina á que caminaba la patria, y la inerte espectacion en que se le mantenia.

La administracion, por otra parte, como que exigia grandes recursos que la política necesitaba para cubrir atenciones para ella preferentes, y entravada además por el *dualismo* civil y militar que constituia su mas grave defecto, no podia ejercer expedita y útilmente su accion. Así es que las tropas vestidas y equipadas con lujo para que la córte, el país y las naciones extrañas formaran por su brillante aspecto una opinion aventajada de la nacion, y mas aun de la perspicacia y de la vigilancia del gobierno, tenian dentro de sus filas, en sus cuarteles, en todo su mecanismo interior, grandes privaciones que sufrir y no pocas dificultades que vencer para sus movimientos, instruccion y servicio. Sucedia lo que en la nuestra y en todas las sociedades del mundo se ha observado siempre; los ramos cuyo adelantamiento depende del

talento y del buen deseo, como la organizacion, se sostenian ó mejoraban, y los que necesitan un impulso y recursos materiales para crecer y desarrollarse en razon á las necesidades ocasionadas ó de la época, decaian ó se arruinaban al compás mismo que el cuerpo de la monarquía cuyos miembros, aun cuando aparecian unidos y robustos, caian sin fuerza para desgajarse precipitadamente. De aquí la corta proporcion de nuestra caballería en ganado, la no mayor de las piezas de arrastre para campaña en un tiempo en que se llevaban á centenares á los campos de batalla, y el estado de las fortificaciones en un país que siempre ha sobresalido en el arte y el teson para defenderlas.

La artillería, por la que sentia el Generalísimo una predileccion particular, pudo obtener recursos para cambiar su antiguo material ya inútil ó en desuso, y aun construyó armamento portátil en cantidades que no dejan de causar asombro y admiracion en muchos que, por su concepto respecto al gobierno de Cárlos IV ó su desprecio á las cosas antiguas, consideran la España de aquellos tiempos en un estado mucho mas favorable del en que realmente se hallaba. El celo de los jefes y la insistencia de los del Estado Mayor del arma que servian á la inmediacion del príncipe de la Paz, procuraban medios que iban utilizándose paulatinamente segun era posible, pero sin cesar hasta obtener un resultado bastante satisfactorio y honroso para todos aquellos (1). Material.

(1) Véase el apéndice núm. 10.

Fortificaciones.

Las fortificaciones no presentaban un cuadro tan halagüeño, pero tampoco el triste y sombrío que algunos se han imaginado y nos han trasmitido. La invasion de 1794 habia puesto de manifiesto los defectos de nuestro sistema defensivo en la frontera francesa. Habíase querido corregirlos, y á fin de ejecutarlo con acierto se habia formado una comision de los generales mas entendidos para que, con el exámen de las localidades, propusiera las reformas mas convenientes. Desempeñaron los generales su cometido, segun ya hemos tenido ocasion de manifestar en otra parte, con tan gran diligencia y tino, que aun se busca con ahinco y se lee con avidez la Memoria luminosa que escribieron. Pero faltaba el dinero, ese elemento acaso el mas poderoso para la guerra, y en vez de crear una gran plaza en Oyarzun que con Pamplona cubriese toda la frontera occidental, de conservar la torre de Cárlos V en Fuenterrabía y demoler el frente de tierra de San Sebastian, se optó por reforzar el castillo de Santa Engracia sobre el desfiladero de Pancorbor. Quedaba expedito el camino hasta el Ebro, y, como el de la plaza de San Sebastian, no era difícil el flanqueo del castillo de Pancorbo: pero ¿lo está ahora menos? Seguros estamos de que los detractores de aquel gobierno y los que se glorian de la época actual no tendrán respuesta satisfactoria que darnos.

En los Pirineos orientales se veian las plazas de Puigcerdá y Rosas, mostrando sus antiguas y gloriosas brechas y Gerona y Hostalrich en un abandono injustificables, igual al de hoy; entregada la defensa de Cataluña al inexperimentado castillo de San Fernando de Figueras, á la plaza de Barcelona, á la fra-

gosidad de la tierra y al valor de sus naturales. Aun permanecian en pié varias fortalezas de las numerosísimas que cubrian las provincias catalanas á principios del siglo último, y, aunque no bien entretenidas ni convenientemente pertrechadas, la Seo, Berga y Cardona por su posicion en la alta montaña, y Tarragona, Lérida, Tortosa y Mequinenza en el interior, tendrian tiempo para prevenirse y armarse.

Desgraciadamente las malas artes de que se valió Napoleon para arrebatar su independencia á nuestros padres hacian no solo inútiles sino perjudiciales las plazas que guardan la frontera de los Pirineos, descuidadas confiando en la amistad de la Francia, para llevar á las que amenazaban los ingleses, toda la actividad y todos los recursos de una administracion no muy celosa y no muy rica en ellos. Cádiz, el Ferrol y Cartagena consumian los pocos medios disponibles, y allí y en el campo de San Roque se acumulaban las tropas atentas á interceptar la entrada en el suelo patrio del leopardo de la Gran Bretaña, mientras las águilas francesas con su rápido y encumbrado vuelo trasmontaban el Pirineo y se introducian en todas nuestras mas importantes plazas del norte y del este de la Península.

Conveniencia de las fortificaciones en España.

A pesar de esto, que fué una verdadera calamidad para España, aun quedaban fortalezas en que resistir á los enemigos y detenerlos por mucho tiempo en sus atrevidas y vastas operaciones.

Cuando un pueblo pierde los ejércitos y los caudillos que lo han ilustrado y dado nombre y supremacía entre las demas naciones, si en sus hijos brilla el valor y arde aun el afecto á su independencia, ese



valor y ese afecto, impotentes ya en campo abierto, buscan otro teatro donde suplan á la organizacion y á la disciplina de los enemigos. El inmenso poderío de Cárlos V primero, y despues la generosa intervencion de Sobieski y el talento del príncipe Eugenio habian logrado detener á los turcos en su marcha al corazon de la Europa y ahogar su ambicion en el Oriente; pero aquel martilleo casi constante de los Occidentales no consiguió amortiguar el ardimiento de los secuaces de Mahoma que, á falta de ejércitos y de grandes capitanes, apelaron á las murallas, á cuyo amparo han demostrado que aun guardan el antiguo valor y fanatismo.

España ha seguido tambien esa que nosotros creemos ley indeclinable en las razas belicosas. Olvidados los verdaderos principios de la milicia en el caos de guerras y de empresas á que los llevaba la política tradicionalmente agresiva de nuestros gobiernos, y apagado con las desgracias el espíritu aventurero que los distinguia, los españoles, como los turcos, reservaron su actividad y su energía para la defensa del hogar paterno. Reducidos á esa esfera de accion, habian demostrado en todos tiempos gran perspicacia, tenacidad inquebrantable y mas que humana resistencia así para las privaciones como para la fatiga. Fundados sin duda en esto los gobiernos procuraron favorecer una tendencia que, en el papel puramente defensivo que se veia obligada á representar España, serviria para mantener ilesa la independencia nacional, única aspiracion posible en decadencia tan marcada como la en que nos veíamos precipitados, y se construyeron plazas y castillos en cuantos puntos se

consideraron de verdadera importancia estratégica. Cataluña se vió materialmente cubierta de fortalezas que hicieron el país casi inexpugnable, y no hubo tránsito en los Pirineos centrales, ni avenida usual ó fácil en los occidentales, que no se hallara interceptada con altas y robustas murallas. Y no tardaron los sucesos en justificar aquellas construcciones por costosas que hubiesen sido. No satisfechos los franceses con las ventajas decisivas que iban obteniendo en Flandes, y con habernos arrebatado el Rosellon, intentaron repetidas veces la invasion de nuestras provincias fronterizas; pero Fuenterrabía, Pamplona, Lérida, Gerona y otras varias fortalezas detienen sus ejércitos y desacreditan á sus generales á mediados del siglo XVII, y en la guerra de Sucesion el duque de Noailles y el mariscal Berwick necesitan años y años para ir avasallando y destruyendo las innumerables fortalezas que van encontrando en el camino de Perpignan á Barcelona.

Las fronteras de Portugal estaban tambien defendidas por plazas y castillos tan próximos, que se veian entre sí al mismo tiempo que descubrian los que á su vez tenian levantados los enemigos. Las guerras de Aclamacion y posteriores se redujeron, pues, á guerras de sitios, con lo que se afirmó mas y mas el sistema de aumentar y aumentar el número de fortificaciones, que se defendian cada dia con mayor teson y con superior habilidad.

Estas eran las ideas que prevalecian á fines del siglo pasado en nuestro país; y si las campañas de la República formaban una excepcion en el sistema de guerra anterior, debida á la iniciativa de nuestras ar-

mas en 1793 y al talento del general Ricardos, muerto éste, las defensas de Bellegarde y de Collioure, cuando ya nuestro ejército se hallaba desorganizado, recordaron las ventajas de las plazas. Los resultados mismos de no haberse defendido las de Figueras y San Sebastian demostraron la necesidad de buscar en su defensa y en la de las demás el medio de contrarestar las invasiones de ejércitos que en el campo se habian hecho incontrastables. Zaragoza, Gerona, Ciudad-Rodrigo, Badajoz, Astorga y cien otras vinieron luego á proclamar con elocuencia singular y terrorífica que aun eran convenientes en España muchas y buenas fortificaciones, y hoy, y mientras nuestros ejércitos no se hayan familiarizado con las grandes operaciones de la guerra, no aconsejariamos á ningun gobierno la destruccion de una plaza sin antes levantar la que hubiera de sustituirla con ventaja.

Afortunadamente en 1808 aun habia suficiente número de fortalezas, aunque descuidadas é indefensas, para ensayar la resistencia ínterin se organizaban los ejércitos destinados á combatir en campo abierto; y, aun cuando las mas importantes de la frontera francesa estaban en poder de los invasores, los primeros descalabros de estos permitieron ir poniendo las demás en estado de ofrecerles una resistencia que no contribuyó en poco á la desgraciada suerte, que con admiracion universal experimentaron sus armas en la Península (1).

(1) Véase el apéndice núm. 11 que demuestra el número y el estado de las fortificaciones en aquel año.

Aun contaba la monarquía española con mas tropas; pero, destinadas á la defensa de sus vastas y remotas colonias, harta tarea tenian con la que les estaba encomendada de mantener el honor de nuestras armas y la integridad del territorio, amenazados constantemente por los ingleses, dueños absolutos entonces de toda la extension de los mares. Los cuerpos peninsulares y las milicias disciplinadas rivalizaban en denuedo y en amor á la Metrópoli, condiciones que, segun ya hemos visto, habian salvado á Venezuela y Buenos Aires. Mas despertándose con las maquinaciones que se habian usado entre los naturales un espíritu de autonomía que podria ofrecer en cualquiera eventualidad serios peligros, aun hecha la paz con la Gran Bretaña, era necesario vigilar nuestras posesiones de Ultramar y no desguarnecerlas de tropas que, aun traidas á España, ni aumentaban en número considerable las que aquí peleaban, ni ofrecerian ya una grande utilidad. Solo una corta fuerza, que los ingleses habian hecho prisionera en su primera y afortunada expedicion de Buenos Aires, vino á España desde los pontones del Támesis en que gemía desde aquella época, segun ya antes hemos tenido ocasion de manifestar. Fuerzas de Ultramar.

Al comparar con el inmenso poderío terrestre de la Francia la flaqueza y el abandono en que yacia España se comprende cuán desigual era la lucha que iba á emprenderse entre las dos naciones vecinas. Era de esperar que nuestro país no quedaría solo en la contienda, porque Napoleon tenia muchos enemigos que acechaban el momento de sacudir el yugo que hacia pesar sobre ellos, ó de abrumarlo con otra nue- Alianzas.

va coalicion mas robusta que las anteriores. ¿Cómo formarla?

Varias eran las naciones interesadas en llevar á efecto esta coalicion; la Europa entera lo estaba, si se exceptuan aquellos pueblos unidos ya á la Francia en un solo y, preciso es confesarlo, vasto y poderoso sistema. Sin embargo, de las naciones del Norte la Rusia, ó por mejor decir su Emperador, se habia ligado á Napoleon con estrecha y al parecer sincera amistad, pero, aun volviendo por sus verdaderos intereses, necesitaba algun descanso para reponerse de sus recientes descalabros; Prusia yacia en el mayor abatimiento; y el Austria, dispuesta de nuevo á combatir, esperaria á ver comprometido á su enemigo en una empresa grandiosa, de proporciones superiores á las que le era dado suponer alcanzaria una campaña en la Península. La Inglaterra y el Portugal eran las que tenian en la que iba á inaugurarse en España un interés especial y del momento; Portugal porque, borrado de la lista de los pueblos independientes, era natural que se apresurase á recuperar sus fueros, y la Gran Bretaña, porque, en lucha incesante desde la ruptura de la paz de Amiens, aprovecharia la oportunidad que le deparaban su fortuna y los errores de Napoleon para hacerse con nuevos aliados en el continente. La Inglaterra conseguia, además, que se le abrieran puertos por donde burlar el bloqueo continental que, perjudicando sobremanera á su industria y comercio, la hacia buscar mercados remotos y, de consiguiente, menos lucrativos que los de Europa. Y era esto tanto mas importante para ella, cuanto que por esos mismos puertos podria ejercer el con-

trabando con los demás paises del continente, hasta en la misma Francia, donde no todos deseaban la destruccion de la Inglaterra, considerada por unos como el baluarte de la libertad y por otros como la mantenedora del derecho antiguo y legítimo de la dinastía proscripta.

Pero aun así, ¿habria tiempo para que la coalicion diese prontos y eficaces resultados?

Si hubiéramos de calcular por las guerras precedentes, no deberian abrigarse esperanzas muy lisongeras. Dos meses habian bastado á Napoleon para destruir completamente un ejército austriaco en Ulma ocupar Viena, é internarse en la Moravia para acabar la campaña en Austerlitz. En pocas semanas habia sometido toda la Prusia, vencida en Jena y Averstadt, y cuando como en la anterior campaña aparecieron los rusos, los franceses, aunque lejos de sus fronteras y de la base de sus operaciones, llevaban con las victorias precedentes una superioridad moral tan grande que equivalia á la numérica y material que aquellos pudieran presentarles. **Qué se debia esperar de ellas.**

Con tales antecedentes, en el concepto que toda Europa tenia formado de la celeridad y decision que el Emperador imprimia á las operaciones de la guerra, y ante el espectáculo que presentaba España, dividida, sin ejércitos ni tesoros, y ocupada en parte muy considerable por los invasores, no era prudente abrigar la esperanza de que llegasen á tiempo los socorros que enviaran los nuevos aliados para salvarla de una catástrofe igual, si no mas terrible, que la experimentada por Austria y Prusia. Y efectivamente, hasta el año de 1811, y sobre todo hasta el de 1812,

los ingleses y portugueses no ejercieron mas que una influencia, puede decirse, indirecta, pues Moore en 1809 tuvo que retirarse á la Coruña donde se reembarcaron sus tropas, y lord Wellington, aun venciendo en Talavera, no logró salvar al general Venegas que habia avanzado hasta Toledo, ni mantenerse él mismo en el territorio conquistado á los franceses. Los aliados hasta la época indicada en primer lugar se mantuvieron siempre en el reino portugués, protegiéndolo de una invasion que siempre creian ó querian hacer creer inmediata, pero sin ayudarnos mas que con la fuerza de su permanencia en la Península.

Ni era de esperar, por otra parte, que estos socorros fuesen en número y cantidad tan considerables que bastaran á inclinar la suerte del lado de los españoles. Los ingleses no habian verificado todavía expediciones que consiguieran poner en alarma á Napoleon; por el contrario, no habian hecho mas que encenderle en el deseo de encontrarlos en tierra firme para escarmentar de una vez para siempre á sus constantes y tenaces enemigos. ¿Qué eran puestos en el continente ejércitos como los que en Holanda, Portugal, Nápoles y la isla de Rugen, no habian hecho mas que aparecer como una amenaza, pero sin realizarla nunca? Si en Egipto habian obtenido éxito por el corto número de los franceses y su aislamiento en tierra enemiga é inhospitalaria, ¿debia suponerse que lo obtendrian tambien en Europa al alcance de unas legiones cuya fama de invencibles era general, merecida y justa? Y si los españoles, de quienes como militares no tenia el Emperador una idea aventajada, habian sabido vencer en Buenos Aires y en Canarias á las me-

jores tropas del Reino Unido ¿qué seria de las que se atrevieran á arrostrar la furia francesa? Desaparecerian del campo de batalla como desaparece el humo impulsado por el huracan en las vastas regiones de la atmósfera.

Veamos el estado militar de la Inglaterra y observaremos la probabilidad, mas aun, la exactitud de estos cálculos, fallidos por causas que entonces preveian pocos y han sido despues mal é injustamente apreciadas. El influjo de los ingleses era, mas que real y efectivo, moral, y durante un largo espacio de tiempo fué completamente ilusorio. Se podia esperar de ellos dinero, de que no se hallaban escasos, y no tardarian en hacer llegar á la Península armas y pertrechos de que, provista abundantemente la Gran Bretaña, se valia para auxiliar á cuantos se la unian con el objeto de combatir al imperio francés. Pero ni eran suficientes las tropas de que podia disponer el Reino Unido en una empresa como la de arrojar á los franceses de la Península, ni la conducta que observaba el gabinete inglés era propia para infundir gran confianza en los españoles.

El ejército inglés constaba de 605,449 hombres, de los que 229,596 pertenecian al ejército activo, 77,184 á las milicias, 298,669 á los cuerpos de voluntarios recientemente formados para la defensa de las islas, y 22,500 á las legiones extranjeras compuestas en su mayor número de alemanes. Ejército inglés.

Componian el ejército activo ciento sesenta y cinco regimientos de infantería, setenta de caballería y uno de artillería. De estos regimientos, tres eran de guardias, ciento cuatro de infantería de línea y ligera,

diez y nueve creados para el servicio de las colonias, diez y ocho para el servicio de guarnicion y como voluntarios destinados á un servicio sedentario, diez de la *legion real alemana*, cuatro de suizos, y siete reclutados con extranjeros desertores ó prisioneros de guerra. La organizacion de estos cuerpos era tan varia que habia cincuenta y dos regimientos formados de un solo batallon, cuarenta y siete de dos, cuatro de tres, y aun existia uno, el número 60, que contaba ocho batallones. Es verdad que los batallones estaban organizados de manera que pudieran hacer su servicio aisladamente y con entera independencia; pero esta falta de homogeneidad está revelando la carencia tambien de un sistema verdaderamente militar; y el batallon suelto, por muy numeroso que sea su personal, y no lo era el de los ingleses, ofrece en la línea el gran inconveniente de que un solo combate algo obstinado destruye la organizacion mejor estudiada de un ejército de operaciones. En los regimientos entraban indistintamente y mezclados hombres de los tres reinos y de todos los condados: solo cuatro, que componian en 1808 un total de nueve batallones, estaban compuestos exclusivamente de escoceses de la montaña, cuyo nombre (*Highlanders*), traje y notables acciones, les han dado grande prestigio y nombradía.

Infantería.

No habia que exijir por entonces á la infantería inglesa soltura ni precision en las maniobras, ni de consiguiente esa movilidad en las operaciones que solo dan el hábito de la guerra en su mayor desarrollo y una instruccion uniforme y sólida. Nada de eso tenian cuando desembarcaron en Portugal los regimien-

tos de línea; pero si en algun ejército se ha sabido suplir la falta de condiciones tan esenciales con un valor verdaderamente estóico, una obediencia sin límites á la voz de los jefes, y una solidez incomparable en los campos de batalla, ha sido en el inglés. El carácter enérgico y frio á la vez de sus soldados, la severidad de una disciplina dirigida á sujetar las voluntades de hombres que espontáneamente ó por un puñado de oro iban á buscar la muerte, y la superioridad de sus oficiales, alistados en las clases mas elevadas de la sociedad, eran las bases de aquel edificio militar, que en un siglo de guerras frecuentes solo se le habia visto bambolear en Fontenoy, para despues tomar asiento y desafiar inmoble los huracanes de hierro que sobre él habian lanzado sus mas terribles enemigos. No sin razon llamaba un escritor francés á la infantería inglesa el *robur peditum*, título con que los romanos designaban á los *triarios* de sus legiones: una serie nunca interrumpida de desastres hacian á Foy admirar tanto el instrumento, sin echar de ver el brazo de que se valia la Providencia para arrojar por el suelo las ambiciones de la Francia, y burlarse del genio de su Emperador.

La caballería no gozaba del mismo concepto. Eran soberbios los caballos y valentísimos los ginetes, y, sin embargo, no podian en general rivalizar con los que iban á tener á su frente en los combates. Si se exceptuan la del Puente de Castro Gonzalo y la de García Hernandez, la una contra los cazadores de la Guardia Imperial, y la otra contra la infantería que se retiraba de los Arapiles, apenas puede contarse accion que merezca un recuerdo notable en la guerra Caballería.

de la Península. Aun así, la segunda de estas victorias fué alcanzada por los dragones y húsares de la Legion real alemana, que componian la flor de la caballería inglesa.

Esta constaba de tres regimientos de guardias, siete de dragones-guardias, y seis de dragones pesados (*heavy dragoons*), quince de dragones ligeros y cuatro de húsares. Además tenia como auxiliares dos regimientos de dragones y tres de húsares de la Legion alemana. Cada regimiento se componia de cinco escuadrones de á dos compañías, y cada una de ellas de 60 á 80 caballos. No se conocian en la caballería inglesa ni la coraza ni la lanza, falta que no podia menos de producir una inferioridad notable respecto á las demás de Europa en una gran batalla. Así es que, cuantas acciones brillantes ha llegado á contar la de la Gran Bretaña, han sido debidas á un ímpetu, ó por mejor decir, á una temeridad del jefe y al valor nunca desmentido de los soldados. El general Foy describe así la caballería inglesa: «Los soldados son »bravos, los caballos buenos, pero esto no basta; son »necesarias aun la union y la ciencia. Hemos visto »mas de una vez cortos destacamentos cargar á nues»tros batallones á fondo, pero en desórden. El ginete, »ébrio de ron, lanzaba su caballo á la carga, y el ca»ballo llevaba á su ginete mas allá del punto objetivo. »No se podia formar de nuevo los escuadrones; no »habia otros á distancia conveniente para consumar la »obra, y aquel rasgo de audacia quedaba sin fruto »para el ejército (1).»

(1) Un juicio semejante habia formado Napoleon. En el *Memo-*

¿Quién al leer estos renglones del ilustrado escritor francés no trae á la memoria la carga de Balaklava?

El regimiento de artillería contaba diez batallones de otras tantas compañías cada uno, de las que una era de á caballo. Dignos émulos de la infantería por su valor y sangre fria, los artilleros se distinguian en el ejército inglés por su destreza en manejar el magnífico material que la riqueza y la industria de la nacion presentaban como el mejor de Europa. Oficiales dedicados, como sucede en todas las carreras en Inglaterra, á la parte mas esencial y práctica en las operaciones de la guerra, y soldados para quienes la vida militar era un constante ejercicio de su arma lo mismo en paz que en guerra, todos sobresalian por un desembarazo en el manejo de las piezas y un acierto en los disparos, que neutralizaban en muchas ocasiones el número y el calibre superiores de los cañones y obuses de los franceses, tan pródigos de artillería. **Artillería.**

A los oficiales de artillería, lo mismo que á los de ingenieros, les faltaba práctica en la guerra polémica ó de sitios; por lo que apelaban casi siempre prematuramente al asalto, vengando despues los rios de sangre que les costaba con los ultrajes, las muertes

---

morial de Santa Elena, dice así su autor: «Napoleon me dijo que en »su concepto la caballería inglesa estaba muy lejos de poderse com»parar con la infantería; que los ginetes, por una causa que igno»raba, no podian contener los caballos é iban expuestos á verse des»trozados si en una carga era necesario hacer alto ó retirarse; que »los caballos estaban acostumbrados á un alimento excesivo y á de»masiado regalo, y que, á la vez, por lo que habia oido, estaban »muy descuidados por sus ginetes.»

y los incendios que tantos odios les llegaron á concitar en la Península. En cambio introdujeron el uso de la granada rellena, conocida por Shrapnell del nombre de su inventor, coronel del arma; proyectil que en la guerra de la Independencia adquirió gran boga, pero cuya poca eficacia han venido á demostrar experiencias posteriores aun despues de introducidas algunas mejoras en su confeccion y uso. Las balas de que se llena el hueco de los proyectiles distan mucho de hacer en las tropas el efecto que hacen la metralla ó los cascos de una granada.

Mas tarde, otro artillero inglés, sir William Congreve, inventó ó reprodujo los cohetes de guerra que, perfeccionados por los austriacos, en cuyas filas se inauguraron los de campaña en 1813, han sido, á la vez que un misterio en los parques de Viena, un motivo de curiosidad y de terror en las naciones vecinas, cuya satisfaccion y desahogo han venido tambien á proporcionar las últimas campañas de Italia. La desviacion en los tiros y el alejamiento en que otras invenciones modernas han tenido á la caballería, contra la que iban dirigidos principalmente los cohetes, los han desacreditado y hecho considerar como poco eficaces y casi inútiles.

Estado Mayor y Administracion.

El Estado Mayor y la Administracion militar se formaban de una manera análoga á la de los demás ejércitos de aquella época. En ninguno faltaban oficiales instruidos que los generales pudieran llamar á su lado, y el dinero, abundante en las cajas de los ejércitos ingleses, hacia su administracion, si muy costosa, todo lo menos difícil que era posible en paises devastados por una desoladora lucha de muchos

años. No fueron pocas, sin embargo, las ocasiones en que se temieron graves desórdenes en los campamentos ingleses por escasez de raciones ó mala calidad de los víveres, cuyos desperdicios parecian á los españoles bocados exquisitos y de regalo.

Milicias.

Inútil es que nos detengamos á enumerar y describir los cuerpos de milicias y de voluntarios destinados á la defensa de las islas; no iban á tomar en la guerra de España otra participacion que la de contribuir en parte al reemplazo del ejército de operaciones. La ventaja de pasar á la línea en su misma clase, ofrecida á los oficiales de milicias que presentaran cierto número de soldados dispuestos á servir en España, contribuyó poderosamente á que el ejército inglés pudiera cubrir las numerosas bajas que causaba la guerra. Los voluntarios constituian cuerpos puramente locales, instituidos despues, cuando los armamentos de Boulogne hicieron temer una invasion francesa en Inglaterra.

Fuerzas inglesas en la Península.

Aun siendo exactas las cifras que acabamos de estampar, no se crea que el ejército inglés pudiera poner en la Península un contingente de tropas capaz de contribuir esencialmente al éxito de la guerra. Ya lo hemos dicho antes: los cuerpos ó divisiones que habian aparecido en distintos puntos del litoral, eran de poca importancia para un choque decisivo; hacian el juego que los comparsas en un teatro, mostrándose un dia en un punto y luego en otro de las costas, mas para alarmar á los franceses que para oponerles un obstáculo serio ú afrecerles un verdadero peligro. No pasaba de 50,000 el número de los soldados de que la Inglaterra podia desprenderse, y aun durante la pri-



mera campaña de 1808 no llegó al de 30,000 el de los que tenia disponibles en distintos lugares del continente, y guarneciendo la parte oriental de las islas y el canal de la Mancha (1).

Su objeto principal.

Ni estas fuerzas fueron enviadas con la idea generosa de rechazar directamente la agresion francesa. Una gran parte de ellas se encontraba en Gibraltar con el objeto de atacar nuestra plaza de Ceuta; y habiendo desistido de este proyecto por considerarlo irrealizable, el general Spencer que las mandaba se dedicó á vigilar la Sicilia que se sabia pensaba ocupar el emperador Napoleon. Las primeras tropas que el ministerio inglés resolvió enviar á favor de España consistian en 9,000 hombres reunidos en Cork á fin de formar un establecimiento permanente en la América del Sur; y sir Arturo Wellesley que se puso á su frente, desoyendo las súplicas de la Junta de Galicia para que desembarcara en la Coruña, siguió su rumbo á Portugal donde peligraban intereses esclusivos de su país. Por fin, las dos pequeñas divisiones que debian embarcarse en Ramsgate y Harwich con los generales Austruthez y Accland, tardaron mucho tiempo en hallarse dispuestas para darse á la mar. Los modernos cartagineses luchaban entre pensamientos opuestos;

(1) Dice Napier: «Las fuerzas inglesas no pasaban de 30,000 »hombres que se hallaban repartidos cerca de Cádiz, en la costa de »Portugal, en la parte oriental de Inglaterra y en el Canal. Las fuerzas »francesas en España y en Portugal consistian en cerca de 120,000 »hombres, y estaban en posesion de todas las plazas fuertes de Por- »tugal y una gran parte de las de España.=El ejército inglés no »tenia reserva ni tampoco plan fijo; debia dividirse y operar sobre »una doble línea de operaciones. Los franceses tenian una fuerte re- »serva en Bayona; el grande ejército, compuesto de 400,000 soldados »aguerridos, se mantenia intacto y pronto á socorrer á las tropas de »la Península si tenian necesidad de ello.»

entre el de aquellos que vinieron á arrebatar la España á sus hermanos y aliados los de Tiro, y el del heróico mancebo que atravesaba los Alpes para ahogar á Roma dentro de sus mismos muros. Los sucesores de Pitt prefirieron el de los oscuros y avaros comerciantes conquistadores de Cádiz, y encaminaron todas sus miras á apoderarse de esta ciudad y de Lisboa, otro emporio del comercio con las Indias.

El almirante Parvis y el general Spencer instaban porque se destruyera la escuadra de Rosily y se les permitiese entrar en Cádiz; pero viendo que el general Solano y lo mismo Morla, cuando obtuvo el mando de Andalucía, se negaban á todo concierto sobre este punto, dirígieron las proas de su flota á Lisboa, donde esperaban dar tambien un golpe de mano afortunado. Navegando por la costa habian tenido ocasion de dar un golpe rudo á la division Avril que se encontraba en el bajo Guadiana para unirse á Dupont en su marcha á Sevilla; pero convidaba mas á una empresa aventurada Lisboa, donde confidencias, que se creian dignas de fé, hacian suponer una corta y débil guarnicion francesa. Salieron estas falsas, y el general Spencer, por confesion de su mismo compatriota el general Napier, *condenado á errar entre Ceuta, Lisboa y Cádiz, buscaba, como el caballero de la Mancha, un enemigo que combatir*, mejor dicho, una presa que ofrecer á su gobierno. Y, caso extraño, cuando Pitt años antes y entonces la nacion inglesa veian en una guerra nacional española la ruina del coloso que dominaba en Europa, el gabinete de lord Grey y el de Grenville no descubrian entre los oscuros pliegues de su política otro pensamiento que el de arrebatar-

nos la plaza que ya se creia destinada á ser el último pero seguro abrigo de nuestra independencia.

La batalla de Vimieiro que fué el golpe de gracia asestado á la dominacion de los franceses en Portugal, pero que no podia influir en la suerte de la guerra por haberse dado en punto tan distante de toda comunicacion estratégica, fué debida á una reunion casual de las divisiones del ejército británico, esparcidas por toda la costa por efecto de la *envidia, la traicion, la astucia y la bajeza* que impulsaban la política inglesa de aquellos dias (1).

Portugal. El estado de Portugal era sumamente precario. Abandonado de sus monarcas y perdida su independencia, el pueblo portugués yacia en una profunda servidumbre con pocas y en caso muy remotas esperanzas de alivio. Las rentas públicas iban á parar á las cajas del ejército francés, y ningun fruto podian producir los veneros de riqueza que la Providencia habia concedido á su hermoso suelo, que tan solo sabia explotar la industria inglesa (2). Las exacciones y los ultrajes, que los franceses cometian á cada paso y con el menor pretesto, tenian las provincias sin recurso alguno y á los habitantes sumidos en la mayor miseria y en la mas dura esclavitud. Nada quedaba del antiguo esplendor, nada de la reciente mediania

(1) Con estos mismos epítetos la califica Napier.

(2) El cuadro de ingresos probables para el pago de la contribucion extraordinaria decretada por Napoleon en enero de 1808, dá por resultado una cantidad de 43 000,000 de francos. Aun comprendiendo en él el comercio, las mercancías inglesas secuestradas, las alhajas de las iglesias y una fuerte contribucion al clero, á las órdenes militares y á la propiedad, no pudo reunirse aquella suma, que no llegó ni á la mitad de la que exigia el Emperador.

y hasta amenazaba el hambre concluir la obra inícua de los invasores, y el abandono del cielo en la desventurada Lusitania. Se habia realizado la amenaza proferida por el general Bonaparte en la playa de Aboukir. «Tiempo vendrá, habia dicho, en que la »nacion portuguesa pagará con lágrimas de sangre el »ultraje que hace á la República;» y ocho años despues se encargaba Junot de hacerlas verter copiosamente, á torrentes.

Si la confraternidad española y la proteccion de la Gran Bretaña hacian antes inútil el sostenimiento de un ejército numeroso, el pago á la Francia del subsidio mensual de un millon de francos, estipulado en 1803 para obtener la neutralidad, lo habia hecho imposible. Pero aun siendo muy pocas las tropas que quedaban, las absolutamente necesarias para mantener el órden en el interior, la administracion francesa cuidaba ahora de disolver hasta el último elemento militar del reino, sacando de él, con el objeto de inutilizarlos para la resistencia ó gastarlos en provecho del Imperio, los que, aun esparcidos por el país, pudieran dar un dia cuerpo á la sublevacion. Ejército portugués.

Del antiguo ejército, cuya composicion es inútil describir porque en 1808 se hallaba completamente disuelto, (1) quiso Junot formar tres cuerpos con la Su reduccion por Junot.

(1) El ejército portugués antes de la invasion francesa contaba veinte y cuatro regimientos de infantería de línea de á dos batallones, con una fuerza total de 35,000 hombres, doce regimientos de caballería de á cuatro escuadrones con 4,500 caballos, cuatro de artillería de á diez compañías con cerca de 3,000 bombarderos, zapadores, minadores y artilleros, y por fin, una brigada de tropas ligeras que llevaba el nombre de legion de Alorna, compuesta de ocho compañías de infantería, dos escuadrones y una batería á caballo.

denominacion de *Legiones* del Tajo, del Duero y de los Algarbes. Debia componerse la primera de dos batallones de línea, uno de cazadores, otro de artillería y seis escnadrones: cada una de las otras dos, de un batallon de línea, otro ligero, cuatro compañías de artillería y otros tantos escuadrones, y la fuerza total de las tres deberia ser de 7,524 hombres y 1,344 caballos. Sea que no agradara al Emperador esta organizacion, ó fuese porque los acontecimientos de los dias 13 y 14 de diciembre hiciesen surgir nuevas ideas sobre el destino de las tropas portuguesas, lo cierto es que se abandonó el pensamiento de las legiones y se resolvió la completa disolucion del ejército portugués. Para llevarla á efecto, se mandó licenciar á todos los soldados, cabos y sargentos que llevasen mas de ocho años ó menos de seis meses de servicio, y con los que aun debian permanecer en las filas se completaron algunos regimientos y se formó una division de 6,000 infantes y cerca de 2,000 caballos que inmediatamente se pusieron en marcha para Francia, llevando á su cabeza al marqués de Alorna y á los generales y oficiales mas distinguidos y de mayor influencia. Solo quedaron en Portugal el regimiento de guardias de Lisboa en que Junot colocó los oficiales con quienes podia contar, y destacamentos, que no otra cosa podian llamarse los cuerpos cuya supresion no se habia decretado. Las milicias que constituian cuarenta y ocho regimientos con una organizacion, si no igual, muy semejante á la de las provinciales de España, fueron disueltas en casi su totalidad, pues solo en las provincias que ocupaban los españoles hubo alguna lenidad para el desarme

y el licenciamiento de ellas. Finalmente y para complemento de estas resoluciones, se dictó la de una prohibicion absoluta de armas, lo mismo de guerra que de caza, dispensándose tan solo el uso de las últimas á los que por una adhesion indudable á los franceses, ó por el sacrificio de sumas no insignificantes, obtenian licencia del general de Laborde, gobernador de Lisboa.

¿Qué era, pues, de aquel esplendor y de las riquezas que el marqués de Pombal y el conde Linhares habian sabido atraer muy recientemente á Portugal? ¿Qué del comercio y de la agricultura que tanto habian conseguido fomentar aquellos dos eminentes hombres de Estado? ¿Qué del ejército? ¿Qué de la marina que en los últimos años de convulsiones políticas y de guerras habia recibido aumentos tan considerables y perfeccionamientos tan importantes? Todo habia desaparecido de Portugal, riquezas, industrias, soldados y navíos. Las provincias yacian en el mayor abandono, y por la capital no discurria mas que una multitud de campesinos, artesanos, clérigos y oficiales, todos andrajosos y repugnantes, implorando la caridad pública á la vista de los mismos extranjeros, causa de sus dolores y de su miseria.

Solo podia observarse, entre tanta indigencia y á través de la sumision en que aparecia abismado el pueblo portugués, aquel antiguo espíritu de los lusitanos, tan concentrado y tan vivo, que era de esperar se hiciese manifiesto á la primera oportunidad, en la ocasion mas próxima y con el motivo menos fundado. Los soldados de Alorna desertaban á centenares; los aldeanos ocultaban ó servian de guias

Espíritu nacional.

á los españoles que mas tarde abandonaron sus regimientos para trasladarse á nuestro país; no hubo un portugués que se negara á socorrerlos ni que delatase su fuga; y cuando llegó á los pueblos la noticia de la sublevacion que se operaba entre sus hermanos de la Península, todos trataron de imitar su ejemplo, lanzándose á la arena en busca de su independencia ó de la muerte.

Superioridad de los ejércitos franceses.

Tal era el estado militar de las cuatro naciones que iban á medir sus fuerzas en la Península. En una guerra metódica, como la que acababa de tener lugar en Europa, era indudable que la victoria se inclinaria del lado de los franceses mas numerosos, diestros y aguerridos. ¿Quién entonces podia siquiera presumir de resistencia á tanto ardimiento, tanta instruccion y tanto genio, como brillaban en el ejército francés?

Guerra marítima.

Solo en los mares podia reconocerse una superioridad incontestable de parte de los aliados. Si hacia cuatro años, cuando juntas surcaban el mar las naves españolas, aun muy numerosas, y las francesas que cada dia iban recibiendo aumento y mejoras considerables, era posible, aunque sumamente difícil, la lucha entre las dos grandes naciones de Occidente, desde el combate de Trafalgar Inglaterra imperaba en el Océano sin rival, sin la menor oposicion siquiera. ¿Qué seria, pues, cuando la Francia se encontrara sola y al frente de las fuerzas mismas que antes combatian á su lado con tanto valor y abnegacion tanta? El pensamiento de resistir hubiera sido una insensatez, y Napoleon limitó de consiguiente todas sus aspiraciones á conservar las escuadras en

los puertos á que se habian recogido, y aprovechar las fuerzas sutiles en operaciones secundarias, para avituallar ó proveer de municiones las plazas conquistadas en el litoral de nuestras costas próximas á las francesas.

Seria inútil, completamente infructuoso para el objeto de este libro, el reseñar el estado naval de las naciones que iban á emprender la guerra en la Península. Con decir que era imposible la lucha, se comprende que los aliados podian navegar libremente á lo largo de las costas, lo cual, como veremos mas adelante, dió lugar á operaciones sumamente importantes sobre los flancos y retaguardia de los ejércitos franceses. Expedito además para los españoles el camino de las posesiones de ultramar, pudieron comunicar con ellas, restablecer en algunas la autoridad un tanto quebrantada por las maquinaciones de los ingleses, y procurarse algunos y no insignificantes recursos para la guerra continental. Pero si esta manifestacion aparece causa suficiente para omitir la descripcion de las fuerzas navales de los beligerantes en general, no lo es respecto á nuestro país, el conocimiento de cuyo estado no sería perfecto sin el de todos los ramos de su administracion, sin el de todos sus medios y recursos.

Marina española.

La marina de guerra ofrecia un cuadro verdaderamente desconsolador. Nuestras grandes escuadras que, aun sin las condiciones que solo dan el tiempo y la gradacion lenta y metódica en su desarrollo, desafiaban no pocas veces á las de los ingleses, yacian en su mayor número desarmadas en los arsenales, y los buques que aun podian surcar los mares no lo hacian



mas que en servicio de la Francia. A pesar de haberse rescatado las estipulaciones del tratado de San Ildefonso por un subsidio onerosísimo que, pagado con la mayor puntualidad, dejaba exausto el erario español, el emperador Napoleon disponia de nuestros buques y de nuestros arsenales como de los suyos propios. Alistábanse en ellos las naves francesas, y las españolas, cuya brillante oficialidad habia tenido ocasion de admirar en los puertos del Imperio, no llenaban otras funciones, ni tenian otra mision que las señaladas por el soberano de la Francia en sus grandiosos y á veces fantásticos planes. De Brest y Rochefort al Ferrol y Cádiz, y de Cartagena á Tolon, eran las únicas expediciones que la vigilancia inglesa consentia; y cuando por una combinacion qne estuvo á punto de proporcionar el dominio del canal de la Mancha, y de consiguiente la invasion en Inglaterra, las escuadras combinadas de Francia y España se lanzaron á recorrer los mares y desafiar las de la Gran Bretaña, tras peripecias sin cuento y combates desgraciados ó de éxito infructuoso fueron á perecer en las aguas de Trafalgar. El valor de los españoles no pudo resistir á la pericia de los enemigos, y abandonados, puede decirse, á sus fuerzas solas, rotos por el fuego y dispersos por la tempestad, nuestros buques en número muy menguado fueron á encerrarse en los puertos para no volver á salir al mar. La mayor parte de ellos estaban desarmados en la época á que nos vamos refiriendo, y los pocos que permanecian en estado de servicio ó anclaban entre las naves francesas, que aun antes que las nuestras se habian acogido á Cádiz, ó habian pasa-

do á las Baleares para coadyuvar al plan de Napoleon que, segun ya dijimos en su lugar, mas parecia dirigido á amenguar nuestra fuerza marítima que á conquistar la Sicilia. Habíanse reducido las tripulaciones á lo mas preciso, y los batallones de marina insuficientes en otro tiempo, por lo que se apelaba á la infantería y á la artillería del ejército para dar la guarnicion en los buques, estaban ahora destinados á la de los arsenales y no tardarian en pelear en campo raso y formal batalla (1).

De los setenta y tres navíos, cuarenta y cinco fragatas y ciento sesenta y siete buques y embarcaciones de menor porte que componian nuestra escuadra en el reinado de Cárlos III, quedaban en el de su hijo y sucesor del mismo nombre cuarenta y dos navíos, treinta fragatas y hasta ciento cincuenta y seis buques pequeños; pero de ellos diez y siete navíos, veinte y una fragatas y treinta y dos corbetas, bergantines, lugres y demas buques menos considerables se encontraban desarmados en nuestros puertos. Habiamos dado seis navíos á la Francia en 1800, se habian perdido cuatro en el combate de San Vicente, otros tres en la Trinidad, dos en el estrecho de Gibraltar, dos en Finisterre y doce en Trafalgar.

Desgraciadamente para nuestra armada, de la guerra en que no podiamos ofender á la Inglaterra pasamos á la en que para nada podiamos servir á la que el mundo proclamaba la *señora de los mares*, y cuanto el gobierno español pudo hacer en favor de la

(1) Véase el apéndice núm. 12.



marina fué el expedir los buques en estado de servicio á nuestras posesiones de ultramar donde no gravasen al erario cuyos fondos se destinaban á objeto mas del momento, y cuando mas, emplearlos en trasportar tropas de uno á otro punto de nuestro extenso litoral. El porvenir de nuestro estado marítimo despues de Trafalgar estribaba en una guerra de fuerzas equilibradas: sin ella, no quedaba esperanza para la armada española y, con efecto, fué viendo desaparecer paulatinamente sus antes tan numerosos y magníficos *leños*, podridos en las estancadas aguas de los arsenales ó deshechos para poder sacar de ellos algun fruto (1).

Ultimas consideraciones

Porque todo entonces se dirigia á la guerra continental; todo, hombres, dinero, valor, talento, todo se utilizaba para salvar el santo principio de la independencia y de las leyes patrias. Otra causa que la de la usurpacion y otros móviles que los injustificados de arrebatar á España una dinastía antigua y legítima para darle una que representaba orígenes, costumbres

(1) El desarme de los buques proporcionó algunos recursos para la guerra. Cartagena no solo pudo satisfacer los pedidos de artillería, fusiles y demas pertrechos de guerra que le hicieron Valencia, Murcia. Lorca, Orihuela. Granada, Málaga, Aguilas, Guardamar, Elche, Santa Pola, Denia. Peñíscola, Mazarron, Sevilla, Almería, Tortosa, Lérida, Alicante y Mallorca al tiempo de la sublevacion, sino que aumentó y artilló las fortificaciones de la plaza montando en ellas hasta doscientos veinte cañones, diez morteros y diez y seis obuses, y por fin durante los siete años de la guerra facilitó pólvora y municiones á Cádiz, Tortosa, Tarragona y á cuantas plazas sitiaron los franceses en el litoral del Mediterráneo. (Testimonio librado por el ayuntamiento de Cartagena.) El Ferrol y Cádiz pudieron tambien atender á las necesidades militares de las provincias inmediatas con los recursos que proporcionaban los arsenales.

y aspiràciones que repugnarian mucho tiempo á las, puede decirse, inmutables de nuestro carácter nacional, hubieran encontrado acaso eco en el entonces descontento manifiesto de los españoles. De otro modo, la vieja, mas aun, la decrépita España, sumida, como creia Napoleon, en la esclavitud mas profunda, en la abyeccion mas humillante, hasta en la ignorancia y barbarie primitivas, iba á sacudir su indolencia, á mostrar su antiguo orgullo, y á reivindicar sus libertades é independencia. No tenia la fuerza que repele la fuerza y las violencias del conquistador en campo abierto; no encerraba los recursos que neutralizan la debilidad numérica y el abandono de las defensas creadas por el arte; no los talentos militares que suplen esa fuerza y ocultan esa debilidad; pero la ira en ocasiones, la desesperacion en otras y siempre el patriotismo mas ardiente y la abnegacion mas generosa arrancarian de sus enemigos un grito de admiracion primero, despues el clamoreo del descontento, de la impaciencia, del cansancio, del miedo, y la victoria en fin de la cruenta é interminable lucha en que la ambicion de su jefe los habia comprometido y envuelto. Las alianzas servirian para distraer la atencion de los invasores sobre puntos de su mismo litoral ó en empresas que, como las guerras de Austria y de Rusia, exigirian grandes masas de hombres é inmensos recursos; servirian, aunque mas tarde, para mantener en la Península concentradas las tropas francesas que la ocupaban; pero la resistencia que no dejaba á estas un momento de reposo y mucho menos de solaz, la que acabó con su energía, con su valor y con el talento de sus generales,

fué la que los españoles le oponian en sus montañas, en sus ciudades, en sus casas, en sus corazones, la resistencia, no nos cansaremos de repetirlo, de *la virtud, la constancia y la pobreza que no se agotan jamás.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

APENDICES.

NUMERO 1.º

ESTADO DE LAS TROPAS QUE COMPONIAN LA DIVISION EXPEDICIONARIA DEL NORTE AL MANDO DEL MARQUES DE LA ROMANA EN LA EPOCA DE SU FORMACION.

ARMAS.	REGIMIENTOS.	FUERZA.		
		Homb.ˢ	Caball.ˢ	Piezas.
Infantería de línea.	Zamora.	2,256	»	»
	Guadalajara. . . .	2,282	»	»
	Asturias.	2,332	»	»
	Princesa.	2,286	»	»
Infantería ligera.. .	Vol.ˢ de Cataluña.	1,200	»	»
	Id. de Barcelona.	1,240	»	»
Caballería de línea.	Rey	540	540	»
	Infante.	540	540	»
	Algarve.	540	540	»
Caballería ligera . .	Almansa..	540	540	»
	Villaviciosa. . . .	540	540	»
Artillería.	Artilleros á pié. .	225	»	»
	Id. á caballo.. . .	252	»	»
	Caballos y mulas .	»	388	»
	Piezas	»	»	25
Ingenieros.		432	»	»
Total general.		14,905	3,088	25

Este cuadro está sacado de la obra del conde de Clonard

con ligerísimas variaciones, introducidas despues de un exámen detenido de varias memorias manuscritas sobre aquella tan celebrada expedicion. Al proseguir mas adelante en la historia de la division del Norte presentaremos el cuadro de las fuerzas que la componian en Dinamarca y al tiempo de su desembarco en España.

En el texto de la presente obra se ha padecido la equivocacion de señalar como de 600 el número de los artilleros, sin incluir el de los ingenieros como era el propósito del autor.

NUM. 2.°

ESTADO DE FUERZA DEL PRIMER CUERPO DE EJERCITO DE OBSERVACION DE LA GIRONDA.

PRIMERA DIVISION.—GENERAL DE LABORDE.

1.ª Brigada.	2.° batallon del 17 de línea. . . .	1,541	4,884	
	1.° y 2.° batallones del 70 de línea.	2,358		
	1.er batallon del 4.° reg.° suizo.. .	985		
2.ª Brigada.	3.er batallon del 15 de línea. . . .	1,086	3,587	
	1.° y 2.° batallones del 86 de línea.	2,501		

SEGUNDA DIVISION.—GENERAL CONDE LOISON.

1.ª Brigada.	3.er batallon del 2.° ligero	1,075	4,731	
	3.er batallon del 4.° ligero.	1,098		
	3.er batallon del 12.° ligero	1,253		
	3.er batallon del 15.° ligero	1,305		
2.ª Brigada.	3.er batallon del 32 de línea. . . .	1,034	3,565	22,959
	3.er batallon del 58 de línea. . . .	1,428		
	2.° batallon del 2.° regimiento suizo	1,103		

TERCERA DIVISION.—GENERAL BARON TRAVOT.

1.ª Brigada.	3.er batallon del 31.° ligero	846	3,304	
	3.er batallon del 32.° ligero	1,099		
	2.° batallon del 26 de línea	517		
	1.° y 2.° batallones de la legion del Mediodía..	842		
2.ª Brigada.	3.er batallon del 66 de línea. . . .	1,125	2,892	
	3.er batallon del 82 de línea. . . .	963		
	Legion Hannoveriana	804		

DIVISION DE CABALLERIA.—GENERAL KELLERMAN.

1.ª Brigada.	4.° escuadron del 26 de cazadores.	263	903	2,151
	4.° escuadron del 1.° de dragones.	335		
	4.° escuadron del 3.° de dragones.	305		
2.ª Brigada.	4.° escuadron del 4.° de dragones.	298	1,248	
	4.° escuadron del 5.° de dragones.	291		
	4.° escuadron del 9.° de dragones.	337		
	4.° escuadron del 15 de dragones.	322		

	Hombres.	Caballos.
Total de la infantería	22,959	»
Total de la caballería	2,151	2,190
Artillería	670	»
Tren de artillería	373	545
Obreros	30	»
Ingenieros	18	»
Tren de equipages	292	500
Gendarmería	39	39
Total general	26,532	3,274

Este estado, que es el mismo en resúmen que estampa Tiebault en su obra, se refiere al 15 de julio de 1808 cuando ya habia recibido el ejército algunos refuerzos.

De aquí la diferencia que se observará respecto al que estampa el general Foy en su obra, que trascribimos íntegro en otro apéndice por ofrecerlo completo á nuestros lectores.

El cuerpo de ejército de Junot entró en España con 24,133 hombres.

El número de piezas de artillería ascendia al de 38.

NUM. 8.°

ESTADO DE FUERZA DE LAS DIVISIONES ESPAÑOLAS QUE COMPONIAN EL EJERCITO DE PORTUGAL EN 1808.

ARMAS.	REGIMIENTOS.	FUERZA. Homb.ˢ	Caball.ˢ	Piezas.
	DIVISION CARRAFA.			
Infantería de línea.	Division de Granaderos provinciales de Castilla la Vieja.	4,796	»	»
	Zaragoza......	850	»	»
	Mallorca......	4,849	»	»
Idem ligera....	2.° de Cataluña...	354	»	»
	Tarragona......	633	»	»
	Gerona.......	620	»	»
	Barbastro......	700	»	»
Total...........		6,769	»	»
Caballería.....	Príncipe......	»	237	»
	Borbon.......	»	300	»
	Farnesio......	»	446	»
	Alcántara......	»	458	»
	España.......	»	450	»
	Calatrava......	»	447	»
	Santiago......	»	300	»
	Drag.ˢ de la Reina..	»	428	»
	Numancia.....	»	450	»
	Olivencia......	»	448	»
Total...........		»	2,464	»
Artillería.....	Division de batalla..	212	»	10
	Otra idem idem...	212	»	10
Total...........		424	»	20
Ingenieros.....	Zapadores-minad.ˢ.	400	»	»

ARMAS.	REGIMIENTOS.	FUERZA. Homb.^s	Caball.^s	Piezas.
RESUMEN.				
Infantería		6,769	»	»
Caballería		»	2,464	»
Artillería		424	»	20
Ingenieros		400	»	»
Total		7,593	2,464	20
DIVISION SOLANO.				
Infantería	Guardias españolas	800	»	»
	Idem Wallonas	833	»	»
	Tercera division de Granaderos provinciales de Andalucía	1,545	»	»
	Saboya	455	»	»
	Córdoba	580	»	»
	Búrgos	800	»	»
	Múrcia	1,832	»	»
	Ordenes militares	584	»	»
	Irlanda	353	»	»
Idem ligera	Valencia	685	»	»
	Campo-Mayor	680	»	»
Total		9,447	»	»
Caballería	Húsares de María Luisa	»	150	»
Artillería	Division de batalla	199	»	12
	Idem idem á pié	232	»	»
Total		431	»	12

ARMAS.	REGIMIENTOS.	FUERZA. Homb.ˢ	Caball.ˢ	Piezas.
RESUMEN.				
Infantería		9,447	»	»
Caballería		»	150	»
Artillería		131	»	12
Total		9,578	150	12
DIVISION TARANCO.				
Infantería de línea.	Division de Granaderos provinciales de Galicia	633	»	»
	Rey	761	»	»
	Príncipe	1,004	»	»
	Toledo	519	»	»
	Leon	789	»	»
	Aragon	1,098	»	»
	Voluntarios de la Corona	744	»	»
Idem ligera	Navarra	620	»	»
Total		6,168	»	»
Artillería	Artilleros á pié	315	»	12
Ingenieros	Zapadores	101	»	»
RESUMEN.				
Infantería		6,168	»	»
Artillería		315	»	12
Ingenieros		101	»	»
Total		6,584	»	»
Total general		23,755	2 314	44

NUM. 4.°

ESTRACTO DEL TRATADO DE FONTAINEBLEAU.

EXTRACTO DEL TRATADO Y CONVENIO

- **ENTRE EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES, Y EL REY DE ESPAÑA** por el cual
  - **EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES**
    - promete..
      - enviar á Portugal un cuerpo de 25,000 infantes y 3,000 caballos.
      - reunir en Bayona otro de 40,000 hombres pronto á obrar, si los ingleses intentasen socorrer el Portugal.
      - guardar en secuestro las provincias portuguesas de Tras los Montes, Beyra y Extreinadura, hasta la paz general.
    - garantiza al rey de España sus posesiones Europeas al O. de los Pirineos.
  - **EL REY DE ESPAÑA..**
    - promete..
      - enviar tres cuerpos de tropas al Portugal, como auxiliares de la Francia.
      - mantener y alimentar los cuerpos franceses destinados al Portugal, cuyos sueldos serán pagados por la Francia.
    - adquirirá.
      - á la paz general, ó á mas tardar dentro de tres años, el título de Emperador de las Américas.
      - el título de protector de los nuevos reinos de Lusitania y Algarves, y de los demás que se formen con provincias portuguesas.
      - el derecho de dar la investidura de dichos reinos en caso que falten las lineas reinantes.
      - el derecho de dividir con el emperador de los franceses las colonias portuguesas.
    - renuncia. para siempre á incorporar en sus estados los de Portugal.
  - **EL REY DE ETRURIA..**
    - cede.... al emperador de los franceses el reino de Etruria.
    - adquiere.. en cambio la ciudad de Oporto y provincia de Entre Duero y Miño con el título de *rey de la Lusitania Septentrional.*
  - **EL PRINCIPE DE LA PAZ..**
    - adquiere.. la soberanía de los Algarves y Alentejo con el título de *príncipe de los Algarves.*
- firmado en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807 por el ....
  - Mariscal de palacio Mr. Duroc, plenipotenciario del Emperador.
  - Consejero de Estado y Guerra, don E. Izquierdo, plenipotenciario de España.

NUM. 5.°

Instruccion dada al general Taranco para obrar por sí con su division ocupando á O'Porto y provincia de entre Duero y Miño (1).

»El Serenísimo señor príncipe generalísimo almirante »supone que V. E. al arribo de este pliego se hallará sa»bedor de la ausencia del príncipe regente y toda la fa»milia real de Portugal y de las consecuencias que tal no»vedad ha producido en la capital y en el reino; pero co»mo V. E. pudiera estar indeciso acerca del partido que »deba tomar, nos manda S. A. digamos á V. E. que se »apodere inmediatamente de O'Porto y provincia entre »Duero y Miño; que tome posesion de todo el país y aun »de la provincia de Tras los Montes, en nombre del rey »nuestro señor, así como lo habrá hecho en este momen»to el general francés Junot, de la capital Lisboa en nom»bre de S. M. el emperador de los franceses y rey de Ita»lia. Cuidará V. E. sobre todo, de posesionarse de O'Porto »y de los bajeles qne haya en él de cualquier modo per»tenecientes á la nacion portuguesa. Dispondrá V. E. que »las tropas del rey se mantengan sobre el país imponien»do para este fin las contribuciones que juzgue convenien»tes. Si la milicia de Portugal estuviere sobre las armas, »despedirá V. E. al paisanaje haciendo que vuelva á seguir »sus labores bajo la proteccion y seguridad del nuevo go»bierno; pero conservará V. E. los cuerpos veteranos ha»ciéndoles prestar juramento de fidelidad á nuestro sobe»rano y suyo, subdividiendo la tropa y mezclándola en »número inferior con la nuestra. Ofrecerá V. E. proteccion »á los oficiales superiores y generales portugueses, pero al »mismo tiempo vigilará su conducta, y si se manejan al »gusto de V. E. mandará que se les paguen sus sueldos. »Uno de los primeros desvelos de V. E. será apoderarse en »todas partes de los depósitos de armas de cualquiera es»pecie, de las municiones, de los almacenes y de los ví»veres, empleándolos en los usos que nos puedan conve»nir y que vayan dictando las circunstancias, y preca»viendo todo desórden é impidiendo puedan servir para »cimentar algun partido que se intentase sublevar. Anu-

(1) Así esta instruccion como la dirigida al general Solano están sacadas del *Compendio de las Providencias y órdenes, etc.*

»lará V. E. toda autoridad que no sea la del rey nuestro »señor, plantificando ésta en todo el territorio de que V. E. »está encargado de apoderarse; pero siendo la administracion de justicia uno de los principales puntos que se han »de tener presentes, reelegirá V. E. ó constituirá en cada »poblacion su gobierno municipal, dejará á los jueces ter»ritoriales el ejercicio de la justicia civil, y que la admi»nistren segun las leyes del país; y tomará en cualquier »otro caso de los aquí no prevenidos, la resolucion que á »V. E. dicten sus conocimientos y el objeto á que se diri»gen los principios enunciados. El Serenísimo señor prín»cipe generalísimo almirante, no duda que V. E. lo eje»cutará todo con el celo y buen desempeño que conoce en »V. E: y únicamente le encarga la prontitud en la ejecu»cion, y que con su autoridad y recursos, remueva cuales»quiera obstáculos que pudieran presentarse ú oponerse al »cumplimiento de estos designios y de las órdenes preci»sas de S. A.=Dios etc.=Antonio Samper.=Joséf Navar»ro. P.D. Advierte tambien S. A. á V. E. que se establezca »en O'Porto haciendo de él el centro del mando de todo el »país ocupado, encargándole particularmente la conside»racion prudente á las propiedades particulares, el que las »contribuciones sean moderadas y ceñidas á lo que nece»siten nuestras tropas y las portuguesas unidas á ellas ba»jo el mando de V. E. para su manutencion y demas ha»beres de vestuario y subsistencia, de modo que no ten»ga V. E. que recurrir á nuestro gobierno para estos obje»tos, haciendo conocer al país la equidad, la moderacion »y lo indispensable de esta providencia =Sr. D. Francisco »Taranco.»

Instruccion dada al general marqués del Socorro, para su manejo en Setubal, Algarves y Alentejo (1).

»Se aprueba lo hecho: le reencargo el cuidado y pru»dente desconfianza, pues sea que el gobierno de regen»cia ó el ardor del pueblo exciten algun partido, son temi»bles las consecuencias por nuestra escasez de combatien»tes. Supongo ya en Lisboa al general Junot, y al punto »habrá disuelto el tal consejo, tomando el mando y voz de »presidente á nombre del Emperador.—Esto mismo á nom»bre del rey nuestro señor debe hacer el marqués del So»corro en toda la parte de los Algarves, Alentejo y Setu»bal, ocupando esta plaza.—El ejército de su mando se ha »de sostener por el país, y para esto impondrá contribu-

(1) Esta es copia de la resolucion original del príncipe de la Paz.

»cion por derechos, se hará cargo de la administracion y »tratará á los del país, como si fueran vasallos de S. M. y »su residencia en una de las provincias de su reino.—Li»cenciará para que vuelvan á sus labores, á todas las tro»pas de milicias del país, pero conservará los cuerpos ve»teranos que haya en aquellas provincias, y los mezclará »prudente y sabiamente para el servicio de plaza con nues»tras tropas.—Asegurará del buen trato á los generales y »oficiales de graduacion y los colocará con los españoles »en órden numérico para el servicio, cuidando de pagar»les sus sueldos.—Procurará no se altere la administra»cion de justicia y reelegirá los jueces para que la ejerzan »segun las leyes que conocen.—Se apoderará de las armas »del país (pero obrando con prudencia para que no crean »desconfianzas sino necesidad de ellas para equipar las tro»pas) y destruirá las defensas que crea pudieran ofender»nos en un alboroto popular ó desembarco de ingleses.— »Seguirá correspondencia con el ejército del centro para »lo que pueda convenir en las operaciones militares y en»lazará la defensa de la costa hasta la de Andalucía, abo»cando para esto todas las tropas del interior en su dis»trito.»

---

m

E, ral de brig
OT , d. ic
AN

uard
tren

obse s
. . . . 12,724 h.ª

.º DE JUN

DEL MISMO

ados delante

dos batallones

neral Grandj

órdenes del

NUM. 7.°

Al gran duque de Berg, lugar-teniente del Emperador en España.

.... 29 de marzo de 1808.

Señor gran duque, temo no me engañeis sobre la situacion de España y temo que no os engañeis á vos mismo. El suceso del 20 de marzo ha complicado singularmente los acontecimientos, por lo que quedo en una perplegidad muy grande.

No creais que vais á atacar á una nacion desarmada y que no teneis mas que presentar en parada vuestras tropas para someter España. La revolucion del 20 de marzo demuestra que hay energía en los españoles. Teneis que habéroslas con un pueblo nuevo, que tiene todo el valor y tendrá todo el entusiasmo que se encuentra en los hombres no gastados por las pasiones políticas.

La aristocracia y el clero son los árbitros de España. Si estos temen por sus privilegios y por su existencia, excitarán contra nosotros un levantamiento en masa que podrá hacer eterna la guerra. Yo tengo partidarios, y si me presento como conquistador me quedaré sin ninguno.

El príncipe de la Paz está aborrecido por que se le acusa de haber entregado España á la Francia: he ahí la queja que ha producido la usurpacion de Fernando: el partido popular es el mas débil.

El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades que necesita el jefe de una nacion: esto no impedirá, sin embargo, el que para oponérnoslo se haga de él un héroe. No quiero que se cometa ninguna violencia con los personajes de esa familia: nunca es útil el hacerse odioso y el encender rencores. España tiene mas de cien mil hombres sobre las armas; es mas de lo que necesita para sostener con ventaja una guerra interior; divididos en varios puntos, pueden servir de núcleo al levantamiento general de la monarquía.

No hago mas que presentaros en conjunto los obstáculos que me parecen inevitables, porque hay otros que sentireis: la Inglaterra no dejará escapar esa ocasion de mul-

tiplicar nuestras dificultades: ella expide diariamente *avisos* á las fuerzas que tiene sobre las costas de Portugal y en el Mediterráneo, y alista sicilianos y portugueses.

No habiendo abandonado á España la familia real para ir á establecerse en las Indias, solo una revolucion puede cambiar el estado de ese país, el menos preparado, quizás, de Europa para ella. Los que ven los vicios monstruosos de ese gobierno y la anarquía que sustituye á la autoridad legal, son los menos; el mayor número se aprovecha de esos vicios y de esa anarquía.

Yo puedo dispensar á España grandes bienes en interés de mi imperio. ¿Cuáles son los medios mas propios para conseguirlo?

¿Iré á Madrid? ¿Ejerceré yo el acto de un gran protectorado pronunciándolo entre el padre y el hijo? Me parece difícil conseguir que reine Cárlos IV; tan impopulares son así su gobierno como su favorito que no se sostendrian tres meses en el poder.

Fernando es enemigo de la Francia y por eso lo han proclamado rey. Colocarle en el trono seria servir á las facciones que hace veinte años desean la ruina de la Francia. Una alianza de familia seria un vínculo muy débil: la reina Isabel y otras princesas francesas han perecido miserablemente, cuando se ha podido sacrificarlas á venganzas atroces. Yo creo que es necesario no atropellarse, que conviene aconsejarse de acontecimientos futuros y próximos, y para ello deben reforzarse los cuerpos de ejército que se mantengan sobre las fronteras de Portugal y esperar.

No apruebo el partido que V. A. I. ha tomado de apoderarse tan precipitadamente de Madrid: se debió conservar el ejército á diez leguas de la capital. No teniais una seguridad de que el pueblo y las autoridades iban á reconocer á Fernando sin protestar; el príncipe de la Paz debe tener partidarios en los empleos públicos; existe, además, una adhesion de costumbre al anciano monarca que podia dar resultados, y vuestra entrada en Madrid, inquietando á los españoles, ha servido de mucho á Fernando. He dado órden á Savary para que se aviste con el nuevo rey y observe lo que pasa en derredor suyo, poniéndose de acuerdo con V. A. I. Yo dictaré despues el partido que deberá tomarse; y entretanto he aquí lo que juzgo mas conveniente el prescribiros.

No me comprometais á una entrevista en España con Fernando, si no juzgais por la situacion de las cosas, que debo reconocerle como rey de España. Proceded bien con

el rey, la reina y el príncipe Godoy; exigiendo para ellos y rindiéndoles los honores mismos que antes, y obrando de manera que los españoles no puedan sospechar el partido que yo tome, lo cual no os será muy difícil, puesto que yo mismo no lo sé todavía.

Hareis comprender á la nobleza y al clero que, si Francia llega á intervenir en los asuntos de España, serán respetados sus privilegios y sus inmunidades. Les direis que el Emperador desea el perfeccionamiento de las instituciones políticas de España, para ponerla en relacion con el estado de civilizacion de Europa y para sustraerla á la influencia de los favoritos. Direis á los magistrados y á los habitantes de las ciudades, á las personas cultas, que España necesita renovar la máquina de su gobierno, que le son precisas leyes que garanticen á los ciudadanos de la arbitrariedad y de las usurpaciones del feudalismo é instituciones que reanimen la industria, la agricultura y las artes; les pintareis el estado de tranquilidad y de bienestar de que goza la Francia á pesar de las guerras en que se ha visto siempre comprometida, el explendor de la religion que debe su restablecimiento al Concordato que he firmado con el Papa; les demostrareis las ventajas que pueden reportar de una regeneracion política, el órden y la paz en el interior, la consideracion y el poder en el exterior. Tal debe ser el espíritu de vuestros discursos y vuestros escritos. No arriesgueis ningun paso; puedo aguardar en Bayona; pasar los Pirineos y fortificándome hácia Portugal conducir la guerra por ese lado.

Pensaré en vuestros intereses particulares, no penseis en ellos. Portugal quedará á mi disposicion. Que ningun proyecto personal os ocupe ni influya en vuestra conducta; esto me perjudicaria y os perjudicaria tambien mas que á mí.

Vais demasiado lejos en vuestras instrucciones del 14; la marcha prescrita al general Dupont es demasiado rápida por efecto del suceso del 19 de marzo. Hay que hacer cambios, por lo que debeis tomar nuevas disposiciones á cuyo fin recibireis instrucciones de mi ministro de relaciones exteriores.

Debe mantenerse la disciplina mas severa, no haya gracia aun para las faltas mas leves, guardando hácia los habitantes los mayores miramientos y respetando principalmente las iglesias y los conventos.

El ejército debe evitar todo encuentro ya con los cuerpos españoles, ya con los destacamentos, para que en ninguna parte llegue á inflamarse ni siquiera el cebo de una carga.

Dejad á Solano que pase de Badajoz; hacedle observar, dando vos mismo la indicacion de las marchas de mi ejército, para tenerlo siempre á distancia de algunas leguas de los cuerpos españoles. Si se encendiese la guerra, todo era perdido.

Corresponde á la política y á las negociaciones el decidir de los destinos de España: os recomiendo, por lo mismo, que eviteis toda explicacion con Solano y con los demás generales y gobernadores españoles. No dejeis de enviarme *estafetas* diariamente; y, en caso de acontecimientos graves, enviadme oficiales de vuestro Estado Mayor é inmediatamente á mi caballerizo de Tournon que os lleva este despacho á quien dareis una comunicacion detallada de todo.

NAPOLEON.

NUM. 8.°

CONVENIO DEL 10 DE MAYO DE 1808.

Artículo 1.° Su A. R. el príncipe de Asturias, adhiere á la cesion hecha por el rey Cárlos de sus derechos al trono de España y de las Indias, en favor de S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia, y renuncia, en cuanto sea necesario, los derechos que á la corona le pertenecen como príncipe de Asturias.

Art. 2.° S. M. el emperador de los franceses rey de Italia, concede á S. A. R. el príncipe de Asturias que tenga en Francia tratamiento de Alteza Real, con todos los honores y prerogativas de que gozan los príncipes de su familia imperial. Los descendientes de S. A. R. el príncipe de Asturias, conservarán el título de príncipe, con tratamiento de Alteza Serenísima, y tendrán en Francia perpetuamente el mismo rango que los príncipes dignatarios del imperio.

Art. 3.° S. M. el emperador de los franceses rey de Italia, cede y dona por el presente tratado en toda propiedad á S. A. R. el príncipe de Asturias y sus descendientes los palacios, parques, tierras de la hacienda llamada de Navarra, con los bosques dependientes de ella, hasta la concurrencia de cincuenta mil aranzadas, todo exento del

gravámen de hipoteca, para que lo gocen en toda propiedad desde la firma del presente tratado.

Art. 4.° La referida propiedad pasará á los hijos y herederos de S. A. R. el príncipe de Asturias; en su defecto á los del infante don Cárlos; en el suyo á los del infante don Francisco, y por último á los del infante don Antonio. Se expedirá título y patente de príncipe al que heredare dichos bienes.

Art. 5.° S. M. el emperador de los franceses y rey de Italia, concede á S. A. R. el príncipe de Asturias, cuatrocientos mil francos de renta alimenticia, sobre el tesoro de Francia, pagables por duodécimas partes cada mes, para que la gocen S. A. R. y sus descendientes, y á falta de su descendencia directa, sea para el infante don Cárlos, sus hijos y herederos, y faltando estos para el infante don Francisco y los suyos.

Art. 6.° Con independencia de lo estipulado en los artículos precedentes, S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia, concede á S. A. R. el príncipe de Asturias, una renta de seiscientos mil francos sobre el tesoro de Francia para que la goce durante su vida. La princesa su esposa gozará la mitad de dicha renta, en caso de sobrevivirle.

Art. 7.° S. M. el emperador de los franceses rey de Italia, concede y garantiza á los infantes don Antonio, don Cárlos y don Francisco, tio y hermanos de S. A. R. el príncipe de Asturias: 1.° el título de Alteza Real con todos los honores y prerogativas que gozan los príncipes de su sangre. Los descendientes de SS. AA. RR. conservarán el título de príncipe, con tratamiento de Alteza Serenísima, y tendrán en Francia el mismo rango que los príncipes dignatarios del imperio: 2.° el goce de las rentas de todas las encomiendas que tenian en España para durante su vida: 3.° una renta alimenticia de cuatrocientos mil francos para que la gocen ellos y sus herederos en los tiempos futuros perpétuos, con declaracion de que si los infantes don Antonio, don Cárlos y don Francisco muriesen sin herederos, ó su posteridad llegare á extinguirse, pertenecerán á S. A. R. el príncipe de Asturias, sus descendientes y herederos, todo con la condicion de que SS. AA. RR. don Cárlos, don Antonio y don Francisco accedan al presente tratado.

Art. 8.° Este será ratificado, y las ratificaciones cangeadas á los ocho dias, ó antes si se pudiere.=Bayona diez de mayo de mil ochocientos ocho.—Duroc.—Juan de Escoiquiz.

NUM. 8.º

Representacion del Ayuntamiento de Santiago en favor de Fernando VII despues de su viaje á Bayona.

Esta ciudad se halla sumamente afligida con las tristes noticias que circulan por todo el público sobre la crítica situacion en que se ve constituida la sagrada persona de nuestro amabilísimo soberano en Bayona de Francia, á donde le ha conducido el innato amor que su católico corazon profesa á sus fieles vasallos, sin que hubiesen correspondido los efectos con sus razonables esperanzas. La imperial villa de Madrid se halla como bloqueada de crecido número de tropas que se decian nuestras aliadas, pero animados todos sus moradores del mayor espíritu y constancia en favor de la causa comun en que se interesa la integridad de la monarquía: el principado de Cataluña, el Aragon, la Navarra y provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava levantan en masa, segun las mismas noticias, cuerpos enteros de gente armada, toda llena de fuego y aliento para vindicar la ofensa que se hace al rey y á la patria. Todas las provincias y todos los pueblos de España siguen con noble entusiasmo y emulacion este ejemplo; y no perdiéndolo de vista esta capital con todos sus provincianos, no puede dejar de consultar y proponer á V S. los vivos sentimientos de que está penetrada, y sus inalterables deseos de contribuir por su parte á hacer causa comun con todos los corazones españoles, V. S. se halla á la cabeza de este reino, y sus acreditadas disposiciones contribuirán sin duda no solamente á su seguridad sino tambien al auxilio de nuestro rey, conforme á la situacion en que se halle, y como las noticias que V. S. puede tener deben de ser mas fundamentales y precisas, espera la ciudad se sirva ayudar sus pasos y medidas con arreglo á esta urgencia, dictándole las órdenes conducentes á acudir á ellas, asegurando á V. S. no hay vasallo alguno que no sacrifique gustoso su vida por su legítimo soberano y conservacion de la monarquía.—Nuestro señor guarde la vida de V. S. muchos años.—Santiago, nuestro ayuntamiento de 6 de mayo de 1808.—Firmada.—don Ramon Perez Santa Marina y Flores.—Don Ramon Duran y Figueroa.—Don Juan María Abraedes de Mendoza.—

Don Pedro Francisco Varela Fondevila.—Don Francisco Gonzalez Pardo.—Don Manuel Valderrama y Barrio.—Don Agustin Bernardo de Ron.—Don Juan Gutierrez.—Don Manuel Rivadeneira.—El conde de Osmonde.—Don Juan José de Neira y Prado.—Don Juan Francisco Xavier Somoza.—Don Ramon Acebedo.—Acuerdo de la M. N. y Santa ciudad de Santiago.—Pedro Nicolás Astray y Canesa.—Señor don Francisco de Biedma.

El general Biedma contestó el siete que no eran verdaderas aquellas noticias esparcidas por la malicia. «Pero, »añadia al terminar: si contra mi esperanza fuese preciso »hacer uso de la buena voluntad de VV. SS. no duden un »momento que les participaré mis intenciones, y que cuen»to en sus generosos alientos y facultades para sacrificar»me en el real servicio de un soberano tan amante y tan »amado de sus vasallos (1).»

(1) Manuscrito existente en el Depósito de la Guerra.

NUM. 9.°

ESTADO que manifiesta la organizacion y fuerza efectiva del ejército permanente español con las milicias provinciales y cuerpos extranjeros al servicio de España al declarar la guerra la Francia en 1808, con expresion de los destinos que tenian los cuerpos en aquella época y ejércitos á que pasaron á servir al empezar as hostilidades.

CUERPOS.	Batallones.	Escuadrones.	Gefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.	Destinos que tenian los cuerpos antes de declararse la guerra.	Ejércitos á que pasaron á servir.	OBSERVACIONES.
DE CASA REAL.								
Guardias de Corps. . .	»	»	65	615	627	Castilla la Vieja, Madrid.	Ejército de Cataluña.	Este cuerpo por efecto de las vicisitudes de la época se encontraba en el mes de junio de 1808 con 53 guardias presentes en Madrid.
Alabarderos.	»	»	3	152	»	Madrid	Disueltos. .	La fuerza está arreglada á un estado de 1.° de julio de 1808.
Guardias españolas. . .	3	»	98	3,394	»	Barcelona, 3.er batallon, Castilla la Nueva.	Aragon. . .	Id. de 30 de abril de 1808.
Id. Wallones.	3	»	98	2,583	»	1.er batallon, Madrid. 2.°, Barcelona . . . . 3.°, Portugal	Prisionero.. Andalucia .	Id. de 1.° de junio id.—Cada escuadron de esta brigada estaba dividido en dos compañías.
Brigada de Carabineros Reales.	»	6	»	540	490	»	»	Id. de 1.° de mayo id.
Total.	6	6	264	7,284	1117			

REGIMIENTOS DE INFANTERIA DE LINEA	. . .	. . .	. . . .	. . .	. . .	. . . .	. . . . . .	La fuerza y situacion anterior á la guerra de los regimientos de infantería de linea, está arreglada á un estado firmado en 29 de junio de 1808.
Rey.	3	»	70	1,353	»	1.er batallon, San Sebastian. . . . . . 2.°, Oporto . . . . . 3.°, Ares	Galicia . . .	Se incorporó el 15 de junio de 1808 al ejército de Galicia.
Reina.	3	»	70	1,530	»	Málaga.	Andalucía .	»
Príncipe	3	»	70	1,267	»	1.° y 2.°, Valencia del Miño. . . . . 3.°, Coruña..	Galicia . . .	»
Saboya	3	»	70	936	»	1.°, Vallecas. . . . . 2.° y 3.°, Valencia.. .	Valencia.. .	»
Corona.	3	»	70	902	»	Algeciras.	Andalucía..	»
Africa.	3	»	70	898	»	1.er batallon, Algeciras. . . . . 2.°, San Sebastian.. . 3.°, Algeciras.	Andalucía..	»
Zamora.	3	»	70	2,096	»	Division del Norte. .	Galicia . . .	»
Soria.	3	»	70	1,344	»	Mahon.	Cataluña . .	»
Córdoba..	3	»	70	793	»	1.er batallon, Setubal. 2.°, Isla de Leon. . . 3.°, id.	Andalucía..	»
Guadalajara.	3	»	70	2,069	»	Division del Norte.. .	Prisionero .	Regresaron 120 hombres.
Sevilla..	3	»	70	1,168	»	Ferrol.	Galicia . . .	»
Granada..	3	»	70	1,443	»	Mahon.	Cataluña . .	»
Valencia	3	»	70	923	»	Cartagena..	Valencia . .	»
Total..	39	»	940	16,559	»			

CUERPOS.	Batallones.	Escuadrones.	Gefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.	Destino que tenian los cuerpos antes de declararse la guerra.	Ejércitos á que pasaron á servir.	OBSERVACIONES.
Suma anterior . .	39	»	940	16,559	»			
Zaragoza	3	»	70	1,564	»	1.° y 2.° batallon, Oporto. . . . . . . 3.°, Cádiz.	Galicia . .	»
España.	3	»	70	1,037	»	Ceuta	Andalucía. .	»
Toledo.	3	»	70	1,058	»	1.er batallon, Coruña. 2.°, Vivero . . . . . . 3.°, Camiñas, Portugal.	Galicia. . .	»
Mallorca	3	»	70	1,749	»	1.° y 2.° batallon, Oporto . . . . . . 3.°, Badajoz.	Galicia.	» El 3.er batallon permaneció en Extremadura y sirvió mas tarde de base para formar el 2.° regimiento de Mallorca.
Burgos.	3	»	70	1,264	»	1.er batallon, Los Santos. . . . . 2.° y 3.°, Cádiz . . .	Andalucía .	»
Murcia.	3	»	70	1,762	»	1.° y 2.° batallon, Setubal . . . . 3.°, San Roque. . . .	Andalucía. .	»
Leon.	3	»	70	1,495	»	Barcelós.	Galicia. . .	»
Cantabria	3	»	70	1,024	»	Ceuta	Andalucía. .	»
Asturias.	3	»	70	2,103	»	Division del Norte. .	Prisionero. .	»
Ceuta	3	»	70	1,235	»	Ceuta	Andalucía. .	»
Navarra.	3	»	70	822	»	Coruña.	Galicia. . .	»
Aragon	3	»	70	1,296	»	1.° y 2.° batallon, Viana. . . . . 3.°, Puente de Eume.	Galicia. . .	»

América	3	»	70	808	»	1.er batallon, Aranjuez 2.° y 3.°, Alicante	Valencia	»
Princesa	3	»	70	1,969	»	Division del Norte	Galicia	»
Extremadura	3	»	70	770	»	Tárrega	Aragon	»
Málaga	3	»	70	851	»	Málaga	Andalucía	»
Jaen	3	»	70	1,755	»	1.° y 2.° batallon, San Roque 3.°, Ceuta	Andalucía	»
Ordenes militares	3	»	70	708	»	1.er batallon, Badajoz 2.° y 3.°, Cádiz	Andalucía	»
Voluntarios de Castilla	3	»	70	1,487	»	Cartagena	Valencia	»
Id. del Estado	3	»	70	742	»	Madrid	Se disolvió	»
Id. de la Corona	3	»	70	1,296	»	1.er batallon, Oporto 2.° y 3.°, Ferrol	...... Galicia	Se incorporó al ejército de Galicia el 18 de junio de 1808.
Borbon	3	»	70	1,544	»	1.er batallon, Villacarlos 2.° y 3.°, Palma	Cataluña	»
Total infantería de línea española	105	»	2,450	44,398	»			
REGIMIENTOS DE INFANTERIA EXTRANJERA	...	...	...	...	...	...	...	La fuerza y situacion de los regimientos de infantería extranjera está tomada de estados formados á fines de marzo de 1808. (Sin firma).
Irlanda	3	»	70	543	»	1.er batallon, Olivenza 2.°, Puerto de Santa María 3.° id	Andalucía	»
Total	3	»	70	543	»			

CUERPOS.	Batallones.	Escuadrones.	Gefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.	Destinos que tenian los cuerpos antes de declararse la guerra.	Ejércitos á que pasaron á servir.	OBSERVACIONES.
Suma anterior. .	3	»	70	513	»			
Hibernia.	3	»	70	854	»	1.er batallon, Asturias 2.° y 3.°, Ferrol.. . .	Galicia . . .	El batallon que estaba en Asturias se distribuyó en parte entre los que formaron en el Principado al principiar la guerra, otra parte sirvió de base para organizar el regimiento del infante don Cárlos.
Ultonia	3	»	70	354	»	Gerona.	Cataluña . .	»
Nápoles.	3	»	70	288	»	Ferrol.	Galicia . . .	»
Wimpffem, núm. 1.°, Suizo	2	»	70	2,079	»	Tarragona	Cataluña . .	Una parte de este cuerpo estuvo en el primer sitio de Zaragoza.
Reding, núm. 2.°, id. .	2	»	70	1,573	»	Talavera de la Reina.	Se disolvió.	»
Reding, núm. 3.°, id. .	2	»	70	1,809	»	Málaga. . . . . . . ,	Andalucía. .	»
Beschard, núm. 4.°, id.	2	»	70	2,051	»	Mallorca	Cataluña . .	»
Traxler, núm. 5.°, id. .	2	»	70	1,757	»	Cartagena..	Valencia . .	»
Prenx, núm. 6.°, id. .	2	»	70	1,708	»	Madrid.	Se disolvió.	»
Total infant.a extr.a.	24	»	700	12,983	»			
CUERPOS DE INF.a LIGERA	. . .	. . .	. . .	. . .	. . .	. . . .	. . . . . .	La fuerza y situacion de estos cuerpos se ha tomado de un estado de 29 de marzo de 1808, consultando además otros antecedentes y las noticias que da el conde de Clonard en su *Historia de las armas.*

1.º de Aragon	1	»	41	1,305	»	Madrid.	Aragon. . .	Habia en Zaragoza alguna fuerza, el resto salió de Madrid, pero se presentó en la capital durante el primer sitio.
2.º de Cataluña	1	»	41	685	»	Coruña.	Galicia. . .	Al ejército de Galicia se incorporó medio batallon, el otro medio se hallaba en Extremadura.
Tarragona	1	»	41	1,142	»	S.ª Vicente (Extremadura). Pamplona. .	Cataluña . .	Una parte de este cuerpo que se hallaba en Pamplona, de donde se fugó, Concurrió á la defensa de Zaragoza en su primer sitio.
Gerona.	1	»	41	1,149	»	Portugal y campo de San Roque.	Galicia. . .	Al ejército de Galicia se incorporó medio batallon que se hallaba en Portugal, el otro medio estaba en el campo de San Roque. Despues de la batalla de Rioseco, se formó sobre estos dos medios batallones el 1.º y 2.º de Gerona.
2.º de Barcelona	1	»	41	1,300	»	Menorca.	Cataluña . .	»
2.º de Aragon.	1	»	41	1,225	»	Mallorca.	Aragon. . .	Desem.º en Tortosa en jul.º
Barbastro.	1	»	41	1,061	»	San Roque y Portugal	Galicia . . . Andalucía. .	La plana mayor del cuerpo, con medio batallon, estaba en San Roque: otro medio batallon estaba en Portugal y se incorporó al regimiento de Galicia, sobre estos dos medios batallones, se formaron el 1.º y 2.º batallon de Barbastro.
Total	7	»	287	7,867	»			

CUERPOS.	Batallones.	Escuadrones.	Gefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.	Destinos que tenian los cuerpos antes de declararse la guerra.	Ejércitos á que pasaron á servir.	OBSERVACIONES.
Suma anterior . .	7	»	287	7,867	»			
1.º de Barcelona. . . .	1	»	11	1,266	»	Division del Norte . .	Galicia. . .	»
Voluntarios de Valencia.	1	»	11	1,242	»	Portugal y Tarifa. . .	Andalucía y Cataluña. .	En Tarifa se hallaba solamente medio batallon, el otro medio estuvo prisionero en Lisboa, y regresaron el 25 de octubre, desembarcando en la Rápita, y se incorporó al ejército de Cataluña.
Campo Mayor.	1	»	11	1,153	»	Portugal y San Roque	Andalucía. .	»
Voluntarios de Navarra.	1	»	11	963	»	Portugal y el Ferrol .	Galicia. . .	Alguna fuerza de este cuerpo quedó en el Ferrol, se incorporó en 18 de junio de 1808 al ejército de Galicia.
1.º de Cataluña.	1	»	11	1,164	»	Division del Norte . .	Galicia. . .	»
Total de inf.ª ligera. .	12	»	492	13,655	»			
MILICIAS PROVINCIALES.	. . .	. . .	. . .	. . .	. . .	. . . .	. . . . . .	La situacion y fuerza de las Milicias Provinciales, está tomada de los datos publicados en 1821 por la seccion de Historia Militar, modificados á veces en vista de los datos consultados y principalmente de un estado firmado en 16 de mayo de 1808.

Primera division . . 1.er bat.n.	1	»	63	822	»	Setubal.	Prisionero. .	Desembarcó el 25 de octubre en la Rápita con las tropas que quedaron prisioneras en Portugal.
Primera division . . 2.º bat.n. .	1	»	63	783	»			
Segunda division. . . 1.er bat.n.	1	»	53	1,430	»	Lisboa.	Idem. . . .	»
Segunda division. . . 2.º bat.n. .	1	»	53					
Tercera division. . . 1.er bat.n.	1	»	53	1,443	»	Campo de Gibraltar. .	Andalucía. .	»
Tercera division. . . 2.º bat.n. .	1	»	53					
Cuarta division. . . 1.er bat.n.	1	»	34	668	»	Graña	Galicia . . .	»
Cuarta division. . . 2.º bat.n. .	1	»	53	709	»	Portugal.		
Regimiento de Jaen. . .	1	»	34	584	»	Algeciras.		
Lorca.	1	»	34	562	»	Idem.		
Sigüenza.	1	»	34	579	»	C. de Buena Vista. . .		
Guadix.	1	»	34	588	»	San Roque.		
Chinchilla	1	»	34	558	»	Estepona.	. . . . .	Tenia una compañía agregada al cuerpo de artilleria.
Málaga.	1	»	34	401	»	Los Barrios		
Cuenca.	1	»	34	596	»	Tarifa		
Ecija.	1	»	34	589	»			
Jerez.	1	»	34	574	»			
Córdoba.	1	»	34	584	»	Cádiz	Andalucía. .	»
Toledo	1	»	34	579	»			
Ronda.	1	»	34	574	»			
Ciudad-Real.	1	»	34	575	»	. . . .	. . . . . .	Tenia una compañía agregada al cuerpo de artillería.
						Puerto de St.ª María.		
Trujillo	1	»	34	567	»	. . . .	. . . . . .	Ciento setenta y un individuos estaban agregados al regimiento caballería de la Reina.
Sevilla	1	»	34	547	»	Jerez de la Frontera.	. . . . . .	Tenia una compañía agregada á Castilla.
Total.	23	»	935	14.282	»			

CUERPOS.	Batallones.	Escuadrones.	Gefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.	Destinos que tenian los cuerpos antes de declararse la guerra.	Ejércitos á que pasaron á servir.	OBSERVACIONES.
Suma anterior.	23	»	935	44,282	»			
Búrgos	4	»	34	577	»	Jerez de la Frontera.		Tenia una compañía agregada á Castilla.
Alcazar	4	»	34	595	»	San Lucar de Barrameda..		Tenia una compañía agregada al cuerpo de artillería.
Bujalance	4	»	34	594	»			
Granada	4	»	34	553	»	Isla de Leon		Cuarenta individuos estaban agregados al regimiento caballería de España.
Toro	4	»	34	553	»	Idem	Andalucía	»
Logroño	4	»	34	558	»	Idem		Tenia una compañía agregada al cuerpo de artillería.
Plasencia	4	»	34	593	»	Idem		
Ciudad-Rodrigo	4	»	34	585	»			
Badajoz	4	»	34	589	»	Ayamonte..		Ciento cincuenta y siete individuos estaban agregados al regimiento caballería de María Luisa y 122 al de Calatrava.
Reg.º provincial de Tuy.	4	»	34	583	»			
Mondoñedo	4	»	34	594	»			
Pontevedra	4	»	34	568	»			
Lugo	4	»	34	589	»	Ferrol..	Galicia	»
Monterrey	4	»	34	595	»			
Santiago..	4	»	34	596	»			Tenia una compañía agregada al cuerpo de artillería.

Compostela	1	»	34	599	»	Coruña	Galicia	Idem.
Betanzos	1	»	34	599	»			
Segovia	1	»	34	594	»			»
Leon	1	»	34	591	»	Ares		
Valladolid	1	»	34	562	»			
Orense	1	»	34	584	»	Vigo	Idem	»
Salamanca	1	»	34	600	»	Montefaro		
Laredo	1	»	34	571	»	Santander		
Oviedo	1	»	34	543	»	Gijon		
Murcia	1	»	34	564	»	Cartagena	Valencia	Tenia una compañía agregada á artillería.
Soria	1	»	34	582	»	Valencia		
Avila	1	»	34	574	»	Alicante		
Mallorca	1	»	34	570	»	Mallorca		
Total de Mil.s Prov.s	54	»	1,887	30,531	»			
REGIMIENTOS DE CABALLERIA DE LINEA.								
Rey, núm. 1.°	»	5	38	634	467	Division del Norte	Galicia y luego Extremadura	»
Reina, núm. 2.°	»	5	44	668	202	Valladolid	C.a la Vieja.	
Príncipe, núm. 3.°	»	5	42	573	434	Talavera de la Reina.	Andalucía	
Infante, núm. 4.°	»	5	42	615	494	Division del Norte	Galicia y luego Extremadura	»
Borbon, núm. 5.°	»	5	42	646	450	Barcelona	Andalucía	»
Farnesio, núm. 6.°	»	5	39	547	359	Jerez de la Frontera.	Andalucía	»
Total	»	30	244	2,623	2406			

CUERPOS.	Batallones.	Escuadrones.	Gefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.	Destinos que tenian los cuerpos antes de declararse la guerra.	Ejércitos á que pasaron á servir.	OBSERVACIONES.
Suma anterior . .	»	30	244	2,623	2046			
Alcántara, núm. 7.º. . .	»	5	42	589	490	Portugal, dos escuadrones. — El resto en el campo de San Roque.	Cataluña . .	Los dos escuadrones que estaban en Portugal fueron desarmados traidoramente por los franceses el dia 11 de enero en Lisboa (véase correspondencia del general Mahy, espediente de Portugal) á consecuencia de la Convencion de Cintra, y en 25 de octubre desembarcaron en San Cárlos de la Rápita. Con la fuerza que habia en San Roque, se formó el 2.º de Alcántara.
España, núm. 8.º . . .	»	5	39	553	358	Almería, Granada.. .	Andalucía .	»
Algarve, núm. 9.º.. . .	»	5	42	572	455	Division del Norte. .	Prisionero..	»
Calatrava, núm. 10. . .	»	5	44	679	369	Búrgos.	Andalucía .	»
Santiago, núm. 11.. . .	»	5	44	549	370	Portugal, dos escuadrones.—Campo de San Roque	Cataluña . : Andalucia .	Los dos escuadrones de Portugal fueron hechos prisioneros en Lisboa, y en virtud del tratado de Cintra regresaron á España, desembarcando el 25 de octubre en San Cárlos de la Rápida. Los escuadrones de Andalucía sirvieron de base para formar el 2.º regimiento de Santiago.
Montesa, núm. 12. . .	»	5	40	667	259	Málaga.	Andalucía .	»

REGIMIENTOS DE CABALLERIA LIGERA.								
Rey, 1.º de cazadores .	»	5	40	577	185	Madrid.		El 1.er escuadron pasó á la Coruña y el 3.º estaba en Pontevedra el 24 de junio.
Reina, 2.º de id	»	5	42	584	421	Andalucía.. . . . . . Portugal.	Andalucía . Galicia. . .	
Almansa, 3.º de id. . .	»	5	38	598	479	Division del Norte. .	Galicia, luego Estremadura. .	»
Pavia, 4.º de id	»	5	42	663	507	Puerto de St.ª María.	Andalucía. .	»
Villaviciosa, 5.º de id. .	»	5	35	628	448	Division del Norte . .	Galicia, luego Estremadura. .	»
Sagunto, 6.º de id . . .	»	5	39	499	189	San Lucar.	Andalucía. .	»
Numancia, 1.º de húsar.s	»	5	44	630	327	Valencia.	Valencia.. .	»
Lusitania, 2.º de id. . .	»	5	42	554	409	Madrid.	. . . . . .	Salió fugado de Madrid en junio de 1808, y se dirige á Extremadura, una fraccion de este cuerpo sirvió de base para formar los dragones de Cáceres; el resto conservó el nombre de Lusitania.
Olivenza, 3.º de id.. . .	»	5	37	558	468	Portugal.	Valencia.. .	»
Vol.s de España, 4.º id.	»	5	34	548	460	Talavera de la Reina.	Extremad.ª	»
María Luisa, 5.º de id. .	»	5	40	680	394	Badajoz	Idem. . . .	»
Húsar.s esp.s, 6.º de id.	»	5	38	692	532	Palma	Cataluña . .	»
Total de cab.ª ligera.	»	60	468	7,208	4819			

CUERPOS.	Batallones.	Escuadrones.	Gefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.	Destinos que tenian los cuerpos antes de declararse la guerra.	Ejércitos á que pasaron á servir.	OBSERVACIONES.
REGIMIENTOS DE ARTILLERIA.								
1.º	»	»	19	1,143	131	Barcelona	Cataluña	Este regimiento tenia 464 individuos agregados de los regimientos provinciales de Sória, Búrgos y Logroño. (1.º de febrero.)
2.º	»	»	25	1,146	64	Cartagena	»	Tenia agregados este regimiento 436 individuos de los provinciales de Ciudad-Real, Alcázar y Chinchilla.
3.º	»	»	36	1,078	122	Sevilla	Andalucía	Este regimiento tenia 304 individuos agregados, pertenecientes á los provinciales de Sevilla y Bujalance.
4.º	»	»	25	1,043	»	Coruña	Galicia	Tenia 463 individuos agregados pertenecientes á los provinciales de Santiago, Betanzos y Compostela. Toda esta fuerza agregada, figura con las de sus cuerpos respectivos.

COMPAÑIAS FIJAS DE ARTILLERIA. —								
Brigada de Mallorca . .	»	»	»	200	»	»	»	»
Comp.ª fija de Figueras.	»	»	»	93	»	»	»	»
Id. de Tarragona. . . .	»	»	»	100	»	»	»	»
Id. de Valencia.	»	»	»	116	»	»	»	»
Id. de Alicante.	»	»	»	113	»	»	»	»
Id. de Zaragoza.	»	»	»	67	»	»	»	»
Brigada de Ceuta. . .	»	»	»	250	»	»	»	»
Compañia fija de San Lucar de Barrameda.	»	»	»	79	»	»	»	»
Id. de Málaga.	»	»	»	133	»	»	»	»
Id. de Almeria	»	»	»	119	»	»	»	»
Id. de Algeciras	»	»	»	136	»	»	»	»
Id. de Badajoz	»	»	»	57	»	»	»	»
Id. de Vigo.	»	»	»	113	»	»	»	»
Id. de Gijon	»	»	»	64	»	»	»	»
Id. de Ciudad-Rodrigo.	»	»	»	64	»	»	»	»
Id de Santander. . . .	»	»	»	66	»	»	»	»
Id. de San Sebastian.. .	»	»	»	134	»	»	»	»
Oficiales de las c.ª fijas.	»	»	76	»	»	»	»	»
Plana mayor	»	»	101	29	»	Segovia	»	»
Division de artillería destinada al Norte.. .	»	»	10	306	»	»	Galicia . . .	»
Total de artillería.. .	»	»	292	6,679	»			
Real cuerpo de ingenieros.	»	»	169	»	»	En varios puntos. . .	En varios ejércitos. .	»
Zapadores-minadores. .	2	»	»	922	»	Alcalá de Henares.. .	Valencia y Murcia . .	»
Id. dest.ˢ á la d.ⁿ del N.	»	»	5	127	»	»	Galicia . . .	»
Total de ingenieros. . .	2	»	174	1,049	»			

RESUMEN GENERAL.

ARMAS.	Batallones.	Escuadrones.	Gefes y oficiales	Tropa.	Caballos.
Tropas de Casa Real. .	6	6	264	7,284	1,117
Infantería de línea . .	105	»	2,450	44,398	»
Idem extranjera . . .	24	»	700	12,983	»
Idem ligera.	12	»	492	13 655	»
Milicias provinciales. .	51	»	1,887	30,531	»
Caballería de línea . .	»	60	495	7,232	4,707
Idem ligera..	»	60	468	7,208	4,819
Artillería	»	»	292	6,679	317
Ingenieros.	»	»	174	1,049	»
Total general.. .	198	126	7,222	131,019	10,960

Este cuadro es el primero de los arreglados por la seccion de Historia militar en 1821, corregido despues y aumentado en el Depósito de la Guerra.

NUM. 1

CION DE HISTORIA.

de todas claalmacenes de la Península é islas
tos facilitados

DE BALAS.			ARMAS PARA LA INFANTERIA.							
FANTERIA.	DIARIAS.	INACION.	ISTAS.	ADAS.	LES.	ILES.	IAS Y ES-ETAS.	OLAS.	JETES.	AS DE CAMPAÑA.

.... y ... de 1050, otro muro delante que ha-

NUM. 11.

RESEÑA Y ESTADO DE LAS PLAZAS Y PUNTOS FUERTES EN ESPAÑA, EN MAYO DE 1808.

Capitania general de Castilla la Nueva.

No habia en ella ningun punto fortificado.

Capitania general de Castilla la Vieja.

PLAZA DE ZAMORA. Rodeaba la poblacion una antigua y alta muralla, con adarve y algunos torreones que proporcionaban fuegos de fusilería. El castillo, antiguo reducto con torreones, admitia artillería y tenia foso; pero todo se hallaba dominado y con edificios muy próximos, por lo que era indefendible contra un ejército regular. Su estado en 1808 era mediano.

PLAZA DE CIUDAD-RODRIGO. Dos recintos encerraban el caserío: el interior era un alto muro antiguo, con tres torreones: el exterior, circuyendo á aquel, menos por la parte escarpada del rio, de traza irregular, con redientes, tenia foso y un pequeño rebellin, pero carecia de camino cubierto. Ambos recintos dominados de el exterior y con dos arrabales, dos conventos y otras construcciones muy próximas. Su estado mediano.

PLAZA DE LA PUEBLA DE SANABRIA. Castillo antiguo en lo mas alto de la meseta, que no admitia artillería. Recinto de simple muralla, con cuatro pequeñas obras flanqueantes, pero dominado del exterior, mal entretenido y enclavado en el caserío por un lado. Habia otro recinto, que circuia toda la poblacion, con foso y mejores condiciones defensivas, pero abandonado desde la guerra de Sucesion.

FUERTE DE LA CONCEPCION. Reducto abaluartado, por el primer sistema de Vauban, pero con flancos rectos; lado exterior de 555 pies; completo en todas sus defensas y con numerosos alojamientos á prueba. Tenia un fuerte destacado á 600 pies del glásis, capaz de gran resistencia y retirada una caponera doble, con un través artillado. Todo nuevo y en el mejor estado.

FUERTE DE SAN FELICES. Constituia el recinto un alto muro, en forma de polígono de nueve lados con cuatro torreones y á falta de foso, otro muro delante que ha-

cia de contra-escarpa. En un extremo, una elevada torre cuadrada, con foso. Su estado mediano.

FUERTE DE FERMOSELLE. Castillo en una eminencia, dominando la poblacion, pero con el caserío muy próximo.

Capitania general de Aragon.

CASTILLO DE LA ALJAFERIA, EN ZARAGOZA. Antiguo alcázar de los reyes moros: recinto rectangular, con foso, pero sin flanqueo. Su estado bueno.

PLAZA DE JACA. Rodeando la poblacion un antiguo muro almenado y con torreones, defendible solo con fusilería y en un extremo la ciudadela, pentágono regular abaluartado, por uno de los sistemas italianos. El estado de esta plaza es bueno, pero su situacion desventajosa, pues, ademas de hallarse dominada, tenia próximo un gran barranco, no batido.

CASTILLO DE BENASQUE. El recinto era un muro aspillerado con algunos emplazamientos para artillería, pero flanqueo débil. De recinto interior servia una torre antigua.

CASTILLO DE MONZON. Antiguo y situado en una altura dominante: por la parte mas accesible tenia además dos líneas de defensa sucesivas, con lienzos cortos y quebrados y mas adelante un pequeño fuerte, con foso y caballero. Su estado descuidado.

CASTILLO DE MEQUINENZA. Por la parte única accesible, un hornabeque, con foso y camino cubierto y por el resto el recinto se reducia á un muro sencillo, contorneando el escarpado. Un antiguo castillo hacia de reducto interior y dos líneas de murallas protegian las comunicaciones con la villa y defendian á esta de una sorpresa. Su estado mediano.

CASTILLO DE ALCAÑIZ. Era un antiguo palacio, rodeado despues con un recinto cuadrilátero, con pequeñas obras flanqueantes y un muro aspillerado para cubrir el camino que bajaba á la poblacion. El recinto que circuia á esta era antiguo y sin valor; el castillo estaba bastante descuidado.

Capitania general de Cataluña.

PLAZA DE BARCELONA. Vasto recinto irregular, abaluartado, por varios sistemas anteriores á Vauban y por la parte de tierra con fosos, camino cubierto y glásis. Va-

rias obras destacadas y una de ellas, el Fuerte Pio, ventajosamente situado á 2,600 pies de la plaza y capaz de gran resistencia. Su estado bastante bueno.

CIUDADELA DE BARCELONA. Unida convenientemente á la plaza, era su forma un pentágono regular, con 1,200 pies de lado exterior, abaluartado segun el primer sistema de Vauban, con dos caballeros, vastos alojamientos y algunas bóvedas á prueba. Una luneta destacada hácia el puerto, de buena resistencia y unida con doble caponera.

CASTILLO DE MONJUICH, EN BARCELONA. Dominando la poblacion á 735 pies sobre el mar. El recinto compuesto de dos frentes abaluartados completos, sistema de Vauban, unidos por largas cortinas. Delante del frente mas atacable, un hornabeque y dos lunetas, con foso y camino cubierto. Todo bien conservado.

PLAZA DE TARRAGONA. La poblacion alta tenia por recinto un antiguo muro romano, con algunas obras de flanqueo, pero sin foso ni masas cubridoras. La poblacion baja tenia, solo por la parte que daba al campo, un débil recinto de tierra y piedra seca, con tres obras flanqueantes y foso, y algo mas al interior un pequeño reducto abaluartado con foso y glásis. Tenia además el conjunto ocho pequeños fuertes destacados próximos y dos lejanos, entre estos uno de alguna importancia defensiva. Todo en regular estado, pero con bastantes construcciones próximas á las defensas.

TORRE DE SALOU. De costa, circular y con una batería avanzada bien situada. Su estado bueno.

CASTILLO DEL COLL DE BALAGUER. Hornabeque regular, con flancos quebrados; por la parte accesible tenia foso y glásis. Lo restante de la meseta en que estaba situado, lo circuia un muro sencillo aspillerado. Su estado regular.

PLAZA DE TORTOSA. Recinto irregular de cinco frentes, con algunas pequeñas obras flanqueantes y exteriores; por la parte del rio un muro sencillo. Cuatro fuertes destacados, uno de los cuales era la cabeza del puente sobre el rio Ebro, luneta del sistema de Cormontaigne, y otros dos tenian bastante capacidad, dobles recintos, fosos y glásis. Parte de la plaza estaba dominada y su estado era regular.

CASTILLO DE TORTOSA. Formaba el último recinto de la plaza, á la que dominaba; su construccion era antigua, y aunque renovado parte del muro, lo hacia fuerte, sobre todo, su situacion. En el mismo estado que la plaza.

TORRE DE SAN JUAN, EN ALFAMA. Antigua torre de costa, en mediano estado.

FUERTE DE SAN JORGE, EN ALFAMA. Batería con alojamientos y buenas condiciones. Su estado, mas que regular.

PLAZA DE LÉRIDA. Recinto antiguo con torreones, sin foso ni camino cubierto; pero con tres baluartes y algunas otras pequeñas obras flanqueantes. Dos obras destacadas, la una bien situada y capaz de buena defensa, y la otra un simple rediente de campaña que formaba la cabeza del puente sobre el rio Segre. Todo en regular estado.

CASTILLO DE LÉRIDA. Formando parte del recinto de la plaza, á la que dominaba, era un vasto cuadrilátero, con pequeños baluartes, foso y camino cubierto, excepto por el lado exterior, muy escarpado, en donde solo tenia una falsa-braga. Por el frente mas accesible habia además un rebellin y dos contraguardias irregulares. Su estado mediano.

PLAZA DE CARDONA. El recinto, antiguo muro con torreones, indefendible contra tropas regulares. El castillo situado al extremo, sobre un escarpado, tenia un vasto recinto irregular, con baluartes, un camino cubierto, casi inaccesible y un reducto destacado; de último atrincheramiento hacia una antigua torre, con una luneta al pié. Las mamposterías todas descubiertas y el conjunto en mediano estado.

CASTILLO DE BERGA. Antiguo y de escasa defensa, dominaba la villa y tenia una batería avanzada.

PLAZA DE LA SEO DE URGEL. Se llamaba así una posicion militar compuesta de cuatro fuertes, dos de ellos de regular defensa con obras exteriores y baterías de consideracion, y los otros dos reductos destacados con retirada á aquellos. Todos mas ó menos dominados y en mediano estado.

PLAZA DE GERONA. Recinto antiguo de fuerte muro con torreones, adicionado al exterior con baluartes anteriores á Vauban y una torre; sin foso ni camino cubierto: diez fuertes ó torres destacadas (sin contar los dos que siguen) pequeños en general y de escasa defensa. Todo en estado descuidado y con edificios y dos arrabales próximos al recinto.

CASTILLO DE MONJUICH, EN GERONA. Exterior á la plaza, en una eminencia, era un cuadrado de 600 pies de lado exterior, abaluartado por el primer sistema de Vauban, pero con flancos rectos: en los dos frentes que daban á la plaza, el parapeto era solamente un fuerte

muro aspillerado y no tenia rebellines. Estado mediano.

FUERTE DEL CONDESTABLE. Situado en una meseta y relacionado con otros cercanos, contribuia á la defensa de Gerona. Venia á ser un triángulo abaluartado, con foso. Su estado el de la plaza.

PLAZA DE FIGUERAS O CASTILLO DE SAN FERNANDO. Exágono irregular, abaluartado, por el sistema de Vauban perfeccionado, teniendo además dos contraguardias y tres hornabeques descatados, que formaban otro recinto; casamatas en todas las cortinas y vastos alojamientos á prueba. Faltaban algunos detalles en las fortificaciones, pero el conjunto en perfecto estado.

PLAZA DE ROSAS. La componia el fuerte, pentágono irregular, con baluartes pequeños y foso de agua; capaz, regularmente conservado y con buenos alojamientos, pero dominado y con el caserío de la villa muy próximo.

CASTILLO DE LA TRINIDAD DE ROSAS. En una eminencia, dominando al puerto y á 8,000 pies de la fortaleza anterior, tenia forma de estrella y una batería baja, avanzada, en muy buena posicion. Su estado mediano.

FUERTE DE LAS ISLAS MEDAS. Torre de costa pequeña, situada en una de dichas islas y en regular estado.

CASTILLO DE HOSTALRICH. En una eminencia, dominando la poblacion y la carretera de Barcelona á Francia; el recinto por la parte accesible, era un pequeño frente abaluartado, prolongado por un lado con redientes; tenia foso, camino cubierto y obras exteriores, pero escasos alojamientos. Una pequeña tenaza servia de caballero y último atrincheramiento. Las mamposterías bastante descubiertas y su estado regular.

Capitanía general de Valencia y Murcia.

PLAZA DE VALENCIA. Recinto de antiguo muro con adarve; algunos torreones y almenas y foso solamente en reducidos trozos; todo bastante descuidado. El terreno exterior con innumerables edificios, cercas y acéquias y muy próximos los arrabales y varios conventos.

CIUDADELA DE VALENCIA. Formaba parte del recinto anterior y era un antiguo fuerte trapecial, con foso, un pequeño baluarte y dos torreones: estaba artillado y en mediano estado, pero carecia de condiciones defensivas.

PLAZA DE PEÑÍSCOLA. Situada en un peñon escarpado, avanzado en el mar, al cual contorneaba el recinto; por la parte del istmo era este un frente abaluartado irregular, sin foso, pero de buena defensa. En lo mas al-

to del peñon, un antiguo castillo hacia de último atrincheramiento. Las mamposterías todas descubiertas y la plaza dominada por alturas exteriores. Su estado mediano.

PLAZA DE DENIA. Su recinto era un antiguo muro, con imperfectos terraplenes adosados, sin foso ni camino cubierto. El castillo que la dominaba, tenia dos recintos descubiertos, de muro antiguo con torreones, unido el exterior con la plaza y una batería destacada para defensa del puerto. Todo bastante descuidado.

PLAZA DE ALICANTE. El recinto era un antiguo y descuidado muro con torreones y adarve, que se prolongaba hasta el castillo; estaba muy dominada y con tres barrios y numerosas construcciones próximas.

CASTILLO DE ALICANTE. Una sólida muralla con algunas baterías contorneaba la roca, casi inaccesible, de su situacion; un caballero á 550 pies sobre el mar, hacia de último atrincheramiento y tenia intermedios otros dos recintos, escalonados y en anfiteatro, de buena defensa. Su estado descuidado.

PLAZA DE SAN PABLO O NUEVA TABARCA, EN LA ISLA PLANA. Recinto irregular con pequeños baluartes y en mediano estado, encerrando el caserío. Una alta torre, nueva y bien entretenida, servia de vigia y último atrincheramiento.

CASTILLO DE SANTA POLA. En la bahía de su nombre y distante del mar 800 pies, era un recinto cuadrado con torreones, emplazamientos para artillería y algunas bóvedas á prueba, pero sin foso ni camino cubierto. A media legua, una torre de costa. Todo en mediano estado.

PLAZA DE MORELLA. Abandonada como punto fuerte, desde la guerra de Sucesion, su recinto era un antiguo muro ó media ladera, aspillerado, con torreones, pero sin foso ni camino cubierto. En lo mas alto del escarpado, el castillo, con una elevada torre y dos recintos exteriores hácia la plaza, que admitian artillería. Las mamposterías descubiertas y deterioradas, escaseando los alojamientos.

PLAZA DE SAN FELIPE O JÁTIVA. Recinto antiguo y sin condiciones defensivas: el castillo en un cerro dominante, tambien de poco valor. Todo descuidado.

PLAZA DE CARTAGENA. Recinto de antiguo muro, adicionado con terraplen imperfecto y catorce pequeños baluartes, pero sin foso ni camino cubierto. Para defensa del puerto y arsenal, tres fuertes destacados, con foso, buenas defensas y alojamientos y además seis baterías aisladas, cerradas por la gola. Su estado mediano, pero dos baterías muy deterioradas.

CASTILLO DE LAS ÁGUILAS. Sobre un elevado peñon, avanzado en el mar, dominando los dos fondeaderos. Se componia de una torre artillada, con buenos alojamientos y una batería baja en comunicacion con aquella por doble caponera. Su estado regular.

Capitanía general de Mallorca.

PLAZA DE PALMA. Vasto polígono irregular abaluartado por sistemas anteriores á Vauban, y un hornabeque avanzado por la parte de tierra; foso, camino cubierto y glásis, excepto en los frentes que daban al mar. Su estado regular.

CASTILLO DE SAN CÁRLOS. Cuadrilátero abaluartado, con foso, camino cubierto y una batería avanzada, baja, un antiguo castillo sirve de caballero y último atrincheramiento. Situado en un cerro á la entrada del puerto de Palma, defendia á este y se hallaba en buen estado.

CASTILLO DE BELLVER. Como el anterior, defiende el puerto de Palma y tambien algunas avenidas á su recinto. Es una antigua fortaleza con torreones, rodeada de un imperfecto trincheron; de muy poca defensa y bastante descuidado.

PLAZA DE ALCUDIA. Dos recintos: el interior, de fuerte muro, con adarve, foso y torreones, en los cuales habia cuatro pequeñas baterías, estaba en mediano estado; el exterior, próximo al otro era un débil recinto con pequeños baluartes, foso imperfecto, y sin obras exteriores, muy deteriorado. A corta distancia una torre de costa y un batería contribuian á defender el puerto.

CASTILLO DE CAP DE PERA. Recinto exagonal, antiguo y débil, con torreones y alojamientos, pero sin obras exteriores ni condiciones defensivas. A distancia de una legua habia una torre de costa del mismo nombre que acababa de ser volada por los ingleses.

CASLILLO DE POLLENZA. Torre de costa exagonal, con foso y camino cubierto, pero sin flanqueo. Batia el puerto de su nombre, pero su defensa era débil y su estado regular.

CASTILLO DE SOLLER. Torre de costa en el puerto de su nombre, de escasa defensa y en estado mediano. A la entrada de el puerto y en una elevacion estaba el

CASTILLO DE PIEDRA PICADA. Semejante al anterior en su objeto, resistencia y estado.

CASTILLO DE PORTOPETRO. Semejante en sus condiciones á los anteriores, en el puerto de su nombre.

CASTILLO DE CABRERA. Unica defensa de la isla de este nombre; torreon irregular muy elevado, sin flanqueo y con tres baterías á distintas alturas. Su estado regular.

Gobierno de Menorca.

PLAZA DE MAHON. Para defensa del puerto habia: dos baterías de buena situacion á su entrada, una de ellas al pié de una pequeña torre de costa; otra batería en el interior de aquel y en el promontorio llamado la Mela otras dos torres de costa. Todas en mediano estado.

PLAZA DE CIUDADELA. Unica poblacion murada de la isla. El recinto era un octógono irregular, con seis frentes abaluartados y dos en escarpado, con simple muro aspillerado. Los baluartes muy exiguos; no tenia foso, camino cubierto ni obras exteriores y sí muchos edificios y cercos próximos. Una torre de costa defendia la entrada del puerto. Todo descuidado.

CASTILLO DE FORNELLS. Pequeño reducto abaluartado, con foso y un cubrecaras por dos de sus frentes, en mediano estado. Contribuyen con él á la defensa del puerto: una batería con torre de costa, á cada lado de la entrada bien situadas y en estado regular y en la isla Sargantona, dentro del puerto, otra batería de madera y hierro, que á poco se mandó destruir.

PLAZA DE IBIZA, EN LA ISLA DE SU NOMBRE. Recinto de siete pequeños frentes abaluartados, con flancos retirados, mal desenfilados, sin foso ni obras exteriores y con un arrabal muy próximo. En situacion elevada un castillo con alojamientos y una batería regular. Su estado mediano.

Capitanía general de Navarra.

PLAZA DE PAMPLONA. Recinto con siete frentes abaluartados y dos alas de union con la ciudadela, con foso, camino cubierto y glásis, escepto en la parte bañada por el rio, cinco rebellines y una luneta avanzada. En un baluarte habia un caballero y en otros dos torreones interiores: dicho recinto tenia bastantes defectos de trazado y desenfilada, pero se hallaba en buen estado.

CIUDADELA DE PAMPLONA. Pentágono regular, con 1,020 pies de lado exterior, abaluartado, segun el primer sistema de Vauban, con todas sus defensas y además en el frente mas avanzado, al exterior, contraguardias y caballero. A 1,800 pies de este frente un rápido descenso en que podia quedar á cubierto de la ciudadela hasta un ejér-

cito y aunque habia un hornabeque destacado para batirlo, lo hacía ineficazmente. Su estado el de la plaza.

Comandancia general de la costa de Asturias y Santander.

PLAZA DE SANTADER. No estaba murada, pero para defender su puerto y avenidas, habia en el promontorio ó monte de su emplazamiento, ocho baterías, bien situadas por lo general y en regular estado de conservacion.

CASTILLO DE SAN CÁRLOS DE LA CERDA. Era una de las baterías citadas y estaba situada en un saliente elevado á la misma boca del puerto de Santander. Era una sencilla batería ó barbeta, cerrando la gola los alojamientos.

Comandancia general de Vizcaya.

No habia en ella ningun punto fortificado.

Comandancia general de Guipúzcoa.

PLAZA DE SAN SEBASTIAN. Pequeña y no de gran defensa, entregada á sí misma, pero en buen estado. Su recinto, por la parte de tierra, un frente único con estrechos baluartes, unidos por una larga cortina que tenia en su mitad un torreon acasamatado, foso, rebellin, cubrecaras y un hornabeque destacado, con foso, camino cubierto y gran rebellin formando un primer recinto. Dos antiguos muros, con adarve y torreones, unian dicho frente con el monte inaccesible posterior.

CASTILLO DE SANTA CRUZ DE LA MOTA. Situado en lo alto del citado monte, inaccesible, servia de último atrincheramiento á la plaza y contribuia á su defensa, á pesar de su altura y de componerse solo de un antiguo torreon de costa, con un reducido recinto mas bajo. Su estado el de la plaza.

CASTILLO DE SANTA ISABEL DE PASAGES. Bien situado para defender la entrada del puerto, pero dominado y de escasa resistencia por tierra; era una torre de costa, encerrada en un recinto irregular. Para defender el muelle habia otra torre, con pequeña batería baja, perteneciente á la provincia. Ambos en mediano estado.

Capitanía general de Andalucía.

PLAZA DE CÁDIZ. Recinto irregular de altos muros que servian de dique á la poblacion contra los embates

del mar, con baluartes y otras obras flanqueantes. Por el istmo ó lado de tierra, un frente abaluartado de 1,200 pies de lado exterior, con varias obras sucesivas y ramales de mina, que aumentaban su fortaleza. Uno de los salientes hácia el mar, estaba cerrado por la gola con un hornabeque y foso, formando una pequeña ciudadela denominada castillo de Santa Catalina. Habia extensos alojamientos y muchas bóvedas á prueba; encontrándose todo en bastante buen estado. Contribuian con la plaza á la defensa del puerto, del arsenal y de las avenidas de la isla de Leon ó Gaditana (además de los fuertes que siguen) trece baterías de costa y seis hácia la campaña, todas permanentes, bien artilladas y conservadas.

CASTILLO DE SAN SEBASTIAN. Avanzado en el mar, por la parte opuesta á la bahía y colocado sobre peñascos inaccesibles. Se componia de un recinto bajo con varias baterías y foso y una gran torre de costa; buenos alojamientos y bóvedas y la calzada de comunicacion con la playa estrecha y fácil de cortar. Su estado regular.

CASTILLO DE PUNTAL O SAN LORENZO DE PUNTALES. En un saliente de la costa de la isla de Leon, hácia la bahía. Recinto trapecial con baterías alta y baja hácia el mar y un reducto avanzado, á flor de agua, para fusilería; por la gola un frente abaluartado de 270 pies lado exterior, con foso de agua y camino cubierto, en el que habia una fuerte batería flanqueante, capaz de buena defensa y bien conservada.

CASTILLO DE SAN PEDRO O SANTI PETRI. En un islote bajo á la embocadura del canal de su nombre; de forma rectangular con salientes para flanqueo, alojamientos y en el interior una fuerte torre de señales con almacenes. Su estado regular.

FUERTE LUIS. En la punta del Trocadero y desembocadura del caño del mismo nombre por el lado N. de la bahía, cruzando sus fuegos con el del Puntal. Venia á ser una extensa batería á flor de agua, cerrada por la gola y con alojamientos, que llenaba perfectamente su objeto y estaba bien conservada.

CASTILLO DE MATAGORDA. En el otro lado de la embocadura del caño del Trocadero. De forma cuadrilátera y con solo fuegos bajos de frente. Sus condiciones las del anterior.

CASTILLO DE SANTA CATALINA DEL PUERTO DE SANTA MARIA. A media legua de esta poblacion hácia la entrada de la bahía. Recinto curvo con baterías al mar y por la gola un hornabeque con foso, camino cubierto y glá-

sis. En el interior una fuerte torre de costa, con extensos alojamientos y bien conservada. A 1,500 pies una batería de costa cerrada por la gola.

CASTILLO DEL ESPÍRITU SANTO. Delante de San Lucar de Barrameda y enfilando el paso de la barra del Guadalquivir. Recinto semielíptico, con dos alas que le unian al hornabeque de la gola. Con buenos alojaminentos, y en excelente situacion y estado

PLAZA DE AYAMONTE. Un antiguo hornabeque, en mediano estado, resguardaba la poblacion por el S. El castillo de San Salvador que contribuyó antes á protegerla, estaba arruinado por un terremoto, pero la defendian tambien á ella y al curso del Guadiana, dos baterías y ademas habia una torre de costa en la desembocadura de dicho rio.

CASTILLO DE SAN LUCAR DE GUADIANA. Castillo antiguo, en una eminencia, dominando la poblacion y la plaza portuguesa de Alcoutin. Recinto trapecial, con torreones en los ángulos, dos de ellos con obras modernas; un recinto exterior bajo, delante del frente mas atacable; todo con foso y camino cubierto. Alojamientos regulares y el estado bueno.

CASTILLO DE LA PUEBLA DE GUZMAN. Recinto pentagonal, con pequeños baluartes, dominado por varias partes y capaz de muy poca defensa. Su estado mediano.

CASTILLO DE PAIMOGO. Pequeño fuerte abaluartado, con foso y un rebellin, con la iglesia del pueblo en su interior. Dominado y sin desahogo, tenia pocas condiciones defensivas contra un ejército regular. Su estado mediano.

Comandancia general del campo de Gibraltar.

LINEA DE SAN ROQUE O DE CONTRAVALACION DE GIBRALTAR. Cerraba el istmo y tenia de desarrollo 6,000 pies, con quebraduras para su flanqueo y cinco plazas de armas: en sus extremos estaban los dos fuertes de San Felipe y Santa Bárbara, que eran grandes lunetas con hornabeques en la gola, bien situadas y artilladas. Otros dos fuertes importantes, tambien cerrados por la gola, defendian las avenidas por donde pudiera tomarse de revés la línea. Todo se encontraba en muy buen estado.

Cuatro fuertes mas y tres torres de costa en regular estado, habia dentro de la bahía de Algeciras para su defensa.

PLAZA DE TARIFA. Siete frentes irregulares de muro antiguo, con adarve, torres y torreones, pero sin foso ni

obras exteriores y con muchos edificios próximos y otros adosados por el interior; dentro del recinto y casi tocándole, estaba el antiguo castillo de los Guzmanes. En la isla de Tarifa habia una torre de costa y en el istmo una batería. Estas en regular estado, pero la plaza y castillo muy deteriorados.

FUERTE DE SAN LUIS DE MARBELLA. Cercano á la poblacion y á la orilla del mar; era un batería de costa que defendia la rada, con alojamientos y por la gola un pequeño rediente aspillerado. Su estado era bueno.

Capitanía general del reino y costa de Granada.

PLAZA DE MÁLAGA. La poblacion solo conservaba algunos trozos de su antiguo recinto murado. Para defender el puerto habia dos pequeños fuertes y dos baterías, y además dominando la ciudad y el puerto, sobre un monte poco accesible, estaba el castillo de Gibralfaro, de buena defensa, con recinto irregular y algunas obras flanqueantes, una falsabraga alrededor, que proporcionaba fuegos bajos y una doble caponera en la subida. Todo en regular estado.

CASTILLO DE MOTRIL O DEL BARADERO. Era una pequeña batería con un recinto aspillerado y dos tambores que encerraban capaces alojamientos. Estaba dominado, con edificios próximos y en mediano estado.

CASTILLO DE SAN JOSE DEL CABO DE GATA. Sobre una elevada punta de roca, avanzada en el mar; lo componian tres baterías semicirculares, cuyas golas cerraba un solo edificio que contenia los alojamientos. Su estado era regular.

CASTILLO DE LA ALHAMBRA DE GRANADA. Vasta fortaleza antigua, dominando la ciudad y contornos, en situacion poco accesible: recinto irregular de elevado muro con torreones y algunos emplazamientos para artillería: en un estremo habia una cortadura, formada con un murallon, con pequeño terraplen pero sin foso, que aislaba el saliente y hacía de último atrincheramiento, recibiendo el nombre de ciudadela. Una altura próxima que dominaba á una parte del castillo, estaba ocupada por una alta torre. Las defensas estaban poco cuidadas.

PLAZA DE ALMERIA. Recinto extenso de antiguo muro, con algunas obras flanqueantes terraplenadas, pero sin foso ni obras exteriores, dominado y parte de él enclavado en el caserío. A un extremo, sobre el monte, el castillo de la Alcazaba, vasto y capaz de alguna defensa,

con tres recintos sucesivos, pero mal desenfilado. Su estado descuidado.

CASTILLO DE TORREMOLINOS. Era una batería cerrada por un muro aspillerado y un torreon con foso en la gola. Tocando al castillo habia molinos y acequias y fuera de él estaban los alojamientos. Su estado mediano.

Capitanía general de Galicia.

PLAZA DE LA CORUÑA. La ciudad alta, tenia recinto cerrado con siete frentes irregulares; los tres que daban á la tierra eran abaluartados por el sistema de Vauban, con todas sus defensas y además cubrecaras, contraguardias y falsabraga; todo de sólida construccion, aunque dominado y con la ciudad baja muy próxima: á esta la defendia de un golpe de mano, un frente abaluartado, en el istmo que la separaba de la costa, el cual continuaba sus defensas hasta el recinto de la ciudad alta solamente por la parte del puerto; esta línea exterior estaba tambien enfilada y dominada. Todo en regular estado.

CASTILLO DE SAN ANTON. Situado en una peña aislada de acceso difícil, á la entrada del puerto de la Coruña: el recinto era rectangular, con sólido muro y en uno de los lados menores que daba á dicha entrada, un frente abaluartado: tenia alojamientos y condiciones para su buena defensa y la de la plaza y se encontraba en buen estado.

CASTILLO DE SAN DIEGO. Frente al anterior, cruzando con él sus fuegos y con su mismo objeto, condiciones y estado; su recinto era, hácia el mar una especie de hornabeque y por la gola una doble tenaza con flancos: le dominaba una altura cercana.

CASTILLO DE SANTA CRUZ. Bien situado para el mismo objeto que los anteriores y defendiendo además la ria de la Coruña, venia á ser una gran batería cerrada por la gola, en regular estado.

PLAZA DEL FERROL. Vasto recinto irregular, de muro aspillerado, con ocho pequeños baluartes, pero sin foso ni camino cubierto: delante de la gran dársena del arsenal de marina habia una batería para 122 piezas. La entrada y curso de la ria estaban defendidos, además de los tres fuertes que siguen, por ocho baterías de costa y la ria de Ares por otras siete. Todo en bastante buen estado.

CASTILLO DE SAN FELIPE. Extenso fuerte que defendia la ria del Ferrol, en su parte mas estrecha: el recinto hácia el mar, antiguo y saliente en varias líneas y

por la parte de tierra un hornabeque, con foso, camino cubierto y plaza de armas; todo rodeado de otro recinto mas bajo que se unia al interior por dos caponeras. Alojamientos vastos y bóvedas á prueba; todo bien conservado.

CASTILLO DE LA PALMA. Situado frente al anterior, cruzaba con el sus fuegos: se reducia á cinco lados ó baterías bajas y otras dos altas, todas hácia el mar y por la gola dos recintos sucesivos de muro aspillerado que encerraban los alojamientos. Su estado era regular.

CASTILLO DE SAN MARTIN. Con el mismo objeto que los anteriores, sobre una roca escarpada de la costa; se reducia á una batería hácia la ria y cerrando la gola un muro aspillerado con salientes. Su estado regular.

FUERTE DE MARIN. En una punta, á la entrada de la ria de este nombre ó de Pontevedra. Su recinto era irregular y cerrado, largo pero muy angosto y tenia una batería hácia la mar y otra hácia dentro de la ria. Su estado mediano.

PLAZA DE MONTE-REY. Se llamaba así una fortaleza que dominaba la villa de Verin y la carretera de Portugal. Tenia tres recintos sucesivos, con anfiteatro y algo dominados: el interior, sin mas flanqueo que un pequeño baluarte; el segundo paralelo y cercano á este, con medianos baluartes y el exterior que venia á ser un extenso camino cubierto, de traza irregular, con redientes, y contenia algunos edificios particulares y conventos; ninguno de los recintos tenia foso ni obras exteriores y su estado era mediano. La villa de Verin estaba circuida por un simple muro aspillerado.

PLAZA DE TUY. Situada á la orilla del Miño y á tiro de cañon de la importante plaza portuguesa de Valenza. Su recinto era un antiguo muro con torreones, enclavado por una parte en la poblacion, por lo cual se construyó otro recinto exterior con baluartes, pero todo de tierra y estaba casi abandonado.

PLAZA DE SALVATIERRA. Fuerte á dos leguas de Tuy y tambien en la márgen española del Miño: su recinto era un pentágono irregular, con obras flanqueantes, menos por la parte del rio que era escarpada; y estaba rodeado de otro, especie de falsabraga, con una plaza de armas exterior. Ninguno de ellos tenia foso ni camino cubierto y su estado era mediano.

FUERTE DE GOYAN. Rectángulo abaluartado por sistema anterior á Vauban, con lados exteriores de 400 á 500 pies, foso, glásis y tres rebellines, pero solo en la entra-

da camino cubierto. Situado en la orilla del Miño y á legua y medio de su embocadura, se encontraba en regular estado, aunque dominado por la parte de España y con tapias y bosques muy próximos.

PLAZA DE BAYONA. Sobre una pequeña península, en la entrada principal de la ria de Vigo. El castillo ó recinto interior era antiguo é irregular, pero bien establecido y con baterías á la ria: el recinto exterior, para defender el istmo y la poblacion, se componia de un hornabeque y una gran tenaza, unidos entre sí y con el primer recinto por largas cortinas. Estaban ambos dominados, pero en buen estado y las obras esmeradamente construidas,

FUERTE DE SANTA CRUZ DE LA GUARDIA. Situado casi en la boca del Miño, pero sin poder defenderla; era un rectángulo abaluartado, con rebellines, foso, camino cubierto y glásis, aunque todo muy reducido, dominado y con pocas condiciones defensivas contra tropas regulares. Su estado era mediano.

Capitanía general de Extremadura.

PLAZA DE BADAJOZ. Situada en la orilla del Guadiana y sobre la falda de un alto cerro ocupado por el antiguo castillo, que forma parte del recinto: este era un antiguo muro con torreones que tenia hácia la campaña, ocho frentes abaluartados, de distintas épocas, con foso, camino cubierto, glásis y algunos pequeños rebellines. Habia cuatro débiles obras destacadas, de las cuales una era la cabeza del puente sobre el rio, hornabeque reducido con foso y camino cubierto. El estado de la plaza era regular, pero estaba dominada y carecia de abrigos á prueba.

FUERTE DE SAN CRISTOBAL. Hornabeque avanzado al recinto de Badajoz, en una altura, al lado opuesto del Guadiana y cruzando sus fuegos con la cabeza de puente: tenia foso, rebellin y camino cubierto y por la gola, en vez de parapeto, un muro aspillerado. Su estado era regular.

PLAZA DE OLIVENZA. Recinto de nueve frentes abaluartados, con foso, camino cubierto, rebellines y una luneta destacada, pero todo exíguo, mal aplicado, con difáciles comunicaciones y dominado. Una antigua torre en el centro del caserío, hacía de caballero. Su estado era mediano.

PLAZA DE ALCÁNTARA. En terreno muy quebrado y

con recinto vario é irregular; de muro antiguo con torreones, transformados algunos en pequeñas obras flanqueantes: terraplenes y fosos solo en cortos trozos. Por obras destacadas, una batería, cuatro débiles fuertes y la cabeza del puente sobre el Tajo, reducida á dos tambores y una torre romana. Todo bastante descuidado, dominado y de escaso valor defensivo.

PLAZA DE ALBURQUERQUE. Recinto irregular, de alto muro, con torreones y en algunas partes, foso y glásis; formaba parte de aquel un castillo antiguo con foso y dos recintos hácia el exterior. La mayor parte del caserío estaba fuera del recinto y muy próximo á él y además éste se hallaba dominado y descuidado.

PLAZA DE VALENCIA DE ALCÁNTARA. Recinto irregular, abaluartado imperfectamente y construido casi todo de tierra, con solo los paramentos de mampostería, sin foso ni camino cubierto: en una altura y como parte del recinto, el castillo, exágono irregular abaluartado sin foso y con falsabraga hácia el exterior, pero con obras muy pequeñas y el caserío casi adosado á él. Todo en mediano estado.

Posesiones de Africa.

PLAZA DE CEUTA. Situada en la lengua de tierra que separa al promontorio. Hacho del continente africano, tenia, cerrando el istmo, dos frentes abaluartados sucesivos, con varias obras avanzadas que, aunque exíguas y dominadas, venian á formar con los frentes, cuatro líneas de defensa, con galerías de mina. En el istmo estaba la poblacion dividida en dos trozos, separados por un foso y cada uno con su recinto cerrado de muralla con baterías y algunas obras flanqueantes; por último, el monte Hacho, separado tambien del recinto anterior por foso y muro, tenia en su contorno un pequeño castillo y diez baterías, ligadas por una muralla en los trozos accesibles de la costa y en lo alto una fortaleza antigua, exágono, muy irregular, con cinco obras flanqueantes, pero sin foso ni camino cubierto, y con quebraduras del terreno muy próximas y no batidas. Todo estaba en buen estado.

PLAZA DE MELILLA. Su núcleo, hácia el mar, era una fortaleza antigua con recinto cerrado, adicionado con algunas defensas mas modernas; dos frentes abaluartados sucesivos, con numerosas obras, formaban otras dos líneas de defensa hácia el exterior y por último, habia una línea avanzada de 2,000 pies de longitud, compuesta de

siete fuertes ú obras flanqueantes unidas por cortinas, todo con camino cubierto y preparado para la defensa subterránea. La plaza estaba dominada de tierra y era débil por la parte del mar. Su estado era mediano.

PLAZA DEL PEÑON DE LA GOMERA. Sobre un peñasco aislado en el mar y dominada desde la costa; se componia de tres recintos sucesivos en escalones, compuestos de muros irregulares, con torres, baterías y sistema de minas; en otro peñon próximo habia un pequeño fuerte avanzado. Todo en estado mediano.

PLAZA DE ALHUCEMAS. Situada en una isla, á 2,600 pies de la costa africana, se componia de una muralla que circuia la isla menos por la parte escarpada, con algunas baterías y por el lado que formaba playa, un trozo de muro aspillerado, como camino de rondas: un peñasco cercano estaba tambien circuido por un muro y unido á la isla. Su estado era mediano.

Comandancia general de las islas de Canaria.

Isla de Tenerife.

PLAZA DE SANTA CRUZ DE TENERIFE. La poblacion no estaba cercada, pero tenia hácia el mar once baterías y cinco pequeños fuertes, unidos estos por un débil muró: hácia tierra habia otras dos baterías, todo mas ó menos dominado por alturas próximas. .Su estado era bastante regular.

CASTILLO DE PASO-ALTO. Era uno de los fuertes citados, que defendian la rada de Santa Cruz y se reducia á una buena batería acasamatada, con plataforma superior y los alojamientos en la gola, cerrándola.

CASTILLO DE CANDELARIA. Pequeño reducto en mediano estado, que protegia la bahía de su nombre.

PUERTO DE LA OROTAVA. Estaba defendido por cuatro baterías, en estado regular.

Isla de Gran Canaria.

CASTILLO DE SAN FRANCISCO DEL RISCO, EN LA CIUDAD DE LAS PALMAS. Era un triángulo abaluartado, con 270 pies de lado exterior, en una altura dominante y con una pequeña batería en el borde escarpado, hácia el mar. Otras dos baterías defendian el puerto. Su estado era regular.

NOTA. Además de las fortalezas reseñadas, habia en

todo el litoral marítimo de la Península, Baleares y Canarias, gran número de torres ó baterías de costa artilladas, que además de servir para señales, impedian los insultos de los corsarios y de los piratas argelinos (1).

NUM. 12.

La infantería de marina se componia de 12,096 plazas, distribuidas en doce batallones al cargo de un *comandante general*, aunque por entonces habia tenido S. M. por conveniente reducir á solos cuatro el número de aquellos batallones. Se hallaban repartidos en los tres departamentos bajo el mando de un capitan de navío, denominado *comandante principal* de los que sirven en cada uno, y tenia un *sargento mayor*, que es teniente de navío; pero el *comandante principal* en Cádiz era brigadier y *segundo comandante general del cuerpo*, y un *sargento mayor* capitan de fragata Los batallones eran mandados particularmente por capitanes de fragata, y el *segundo alferez de navío*, y cada batallon se dividia en seis compañías constando cada uno de la fuerza siguiente:

Un capitan que era *teniente de navío*.
Un segundo capitan, *teniente de fragata*.
Un teniente, *alferez de navío*.
Un subteniente, *alferez de fragata*.

Sargentos	9
Cabos de granaderos	2
Idem de fusileros	16
Tambores	3
Granaderos	16
Fusileros	122
Total de plazas	168

Sacado del estado general de la Armada en 1808.

(1) Este cuadro ha sido formado por el comandante don Mariano Bosch, capitan de ingenieros, encargado del archivo de la Direccion general del arma.

INDICE DEL TOMO I.

PAGINAS.

PÁGINAS.